

# Políticas de la Memoria

Revista de investigación e información del CeMIA (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina)

N° 35 | Verano 2014/15



Croce inédito: **Cómo nació y cómo murió el marxismo en Italia** / Dossier **La correspondencia en la historia intelectual**: M. Arnoux, A. Mailhe, G. Cabezas, M. Muñoz, M. Chinski, E. Jelin, J. Myers, M. Bergel, M. Ribadero, A. Celentano, M. Starcenbaum / Dossier **Intelectuales comunistas latinoamericanos**: Rafael Rojas sobre Juan Marinello, Lincoln Secco sobre Caio Prado Jr., Vania Markarian sobre José Luis Massera, David Schidlowsky sobre Pablo Neruda,

Adriana Petra sobre Héctor Agosti; Luciano García sobre los psiquiatras comunistas argentinos / **Los intelectuales europeos y la Gran Guerra**: Maximiliano Fuentes Codera, Daniel Szabón / Bruno Groppo sobre **la memoria rusa y los usos del pasado** / Carlos Barros: **franquismo, historiografía y memoria** / Editoriales latinoamericanas: Valeria Añón sobre Era y Joaquín Mortiz, Martín Cortés sobre Folios / Grabados del **Taller de Gráfica Popular**

# Índice

<b>Instantáneas: Los archivos hoy. Interrogantes en torno a su accesibilidad</b> .....	1
<b>Dossier La correspondencia en la historia política e intelectual latinoamericana</b> .....	5
Magdalena Arnoux, <i>Cartas de mujeres de la segunda mitad del XIX: algunas líneas teóricas para describir un estado de género</i> .....	9
Alejandra Mailhe, <i>¿Un Aleph de papel? Fragmentos de la vida intelectual en los epistolarios de José Ingenieros y de Robert Lehmann-Nitsche</i> .....	17
Gonzalo E. Cabezas, <i>Funcionamiento partidario y sentidos del socialismo en la correspondencia del Centro Socialista de Bahía Blanca (1911-1921)</i> .....	29
Manuel Muñiz, <i>Del Caribe al Plata, del Plata al Caribe. Sobre la recepción en Cuba de José Ingenieros a partir de la correspondencia (1915-1925)</i> .....	37
Malena Chinski y Elizabeth Jelin, <i>La carta familiar. Información, sentimientos y vínculos mantenidos en el tiempo y en el espacio</i> .....	47
Jorge Myers, <i>El epistolario como conversación humanista: la correspondencia intelectual de Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1916-1939)</i> .....	53
Martín Bergel, <i>Un partido hecho de cartas. Exilio, redes diaspóricas y el rol de la correspondencia en la formación del aprismo peruano (1921-1930)</i> .....	71
Martín Ribadero, <i>Cartas antiimperialistas. La correspondencia latinoamericana de Jorge Abelardo Ramos (1950-1960)</i> .....	87
Adrián Celentano, <i>Cartas desde la prisión a la fábrica. Un análisis de la correspondencia entre los obreros clasistas presos y los intelectuales de la Secretaría de Prensa del SITRAC</i> .....	97
Marcelo Starcenbaum, <i>La filosofía marxista entre Francia y América Latina. Una lectura de la correspondencia entre Louis Althusser y Fernanda Navarro</i> .....	107
<b>Los lugares de la memoria</b>	
Carlos Barros, <i>Historia, memoria y franquismo</i> .....	123
Bruno Groppo, <i>Tribulaciones y dilemas de la memoria rusa</i> .....	135
<b>Historia Intelectual europea “Homenaje a José Sazbón”</b> .....	145
<b>Dossier Los intelectuales europeos frente a la Gran Guerra</b>	
Emiliano Sánchez, <i>Presentación</i> .....	147
Maximiliano Fuentes Codera, <i>Neutralidad o intervención. Los intelectuales españoles frente a la Primera Guerra Mundial (1914-1918)</i> .....	151
Daniel Bernardo Sazbón, <i>La sociología francesa y la gran guerra</i> .....	161
<b>Dossier Las “crisis del marxismo” (III)</b>	
Horacio Tarcus, <i>El joven Croce, el viejo Labriola y la “crisis del marxismo” en Italia</i> .....	169
Benedetto Croce, <i>Cómo nació y cómo murió el marxismo teórico en Italia (1895-1900). De cartas y recuerdos personales</i> .....	176
<b>Dossier Intelectuales comunistas latinoamericanos</b> .....	191
Rafael Rojas, <i>Juan Marinello. El dogma y la crítica</i> .....	193
Lincoln Secco, <i>Caio Prado Junior</i> .....	201
David Schidlowsky, <i>Extractos de un racconto biográfico. El itinerario político de Pablo Neruda entre 1937 y 1966</i> .....	205

Vania Markarian, <i>Un intelectual comunista en tiempos de Guerra Fría. José Luis Massera, matemático uruguayo</i> .....	215
Adriana Petra, <i>Héctor P. Agosti, intelectual y político</i> .....	225
Luciano Nicolás García, <i>Juan Marinello. La cultura científica en la medicina y psiquiatría filo-soviética y comunista en la Argentina (1935-1956)</i> .....	235
<b>Historia del libro, la edición y la lectura:</b>	
<b>Experiencias editoriales de izquierda en México</b> .....	245
Valeria Añon, <i>Políticas editoriales, canon y mercado: editoriales independientes mexicanas en los años sesenta</i> .....	247
Martín Cortés, <i>El tiempo de la política. La última aventura editorial de José Aricó</i> .....	257
<b>Reseñas críticas</b>	
Ezequiel Saferstein: A propósito de Alejandro Dujovne, <b>Una historia del libro judío. La cultura judía argentina a través de sus editores, libreros, traductores, imprentas y bibliotecas</b> .....	268
Ezequiel Grisendi: A propósito de Moyn, Samuel & Sartori, Andrew (eds.), <b>Global Intellectual History</b> .....	270
Irene Depetris Chauvin: A propósito de Mariano Siskind, <b>Cosmopolitan Desires. Global Modernity and World Literature in Latin America</b> .....	270
Leandro Sessa: A propósito de Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas (Coordinadores), <b>Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930</b> .....	272
Karina Jannello: A propósito de Alejandra Torres Torres, <b>Lectura y sociedad en los sesenta: a propósito de Alfa y Arca</b> .....	274
José María Casco: A propósito de Mariano Zarowsky, <b>Del laboratorio chileno a la comunicación-mundo. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart</b> .....	274
Sabrina González: A propósito de Mariana Di Stéfano, <b>El lector libertario. Prácticas e ideologías lectoras del anarquismo (1898-1915)</b> .....	275
Lucas Domínguez: A propósito de Andreas L. Doeswijk, <b>Los anarco bolcheviques rioplatenses (1917-1930)</b> .....	277
Martín Bergel: A propósito de Michael Goebel, <b>La Argentina Partida. Nacionalismos y Políticas de la Historia</b> .....	278
Vera Carnovale: A propósito de Sebastián Carassai, <b>Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia</b> .....	280
Rubén Chababo: A propósito de Claudia Hilb, Salazar, P-J y Martin, L. (Editores), <b>Lesas Humanidad, Argentina y Sudáfrica: reflexiones después del Mal</b> .....	281
<b>Fichas de libros</b>	
Ricardo Pasolini, <b>Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX</b> .....	282
Juan Sebastián Califa, <b>Reforma y Revolución. La radicalización política del movimiento estudiantil de la UBA 1943-1966</b> .....	282
Julietta Pacheco, <b>Nacional y popular. El MALENA y la construcción del programa de liberación nacional (1955-1969)</b> .....	282
Ana Longoni, <b>Vanguardia y Revolución. Arte e izquierdas en la Argentina de los sesenta-setenta</b> .....	283
Mabel Bellucci, <b>Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo</b> .....	283

---

## Los archivos hoy

# Interrogantes en torno a su accesibilidad

---

### I

El 25 de marzo de 2014, con motivo de cumplirse diez años de la apertura del Archivo de la ex Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA), la Comisión Provincial por la Memoria organizó un panel de debate titulado: “Hacer historia reciente: tensiones entre lo público y lo privado en el uso de documentos producidos por fuerzas represivas”. El objetivo de la convocatoria era, de algún modo, actualizar el debate que había tenido lugar en La Plata en 2002, luego de que el gobierno provincial transfiriera el Archivo a la Comisión Provincial por la Memoria para que hiciera de éste un “Centro de Información con acceso público tanto para los afectados directos como para todo interesado en desarrollar tareas de investigación y difusión” (Ley 12.642). A ese debate fueron invitados referentes del campo académico e intelectual (historiadores, archivistas, antropólogos, sociólogos, etc.), funcionarios públicos y figuras destacadas tanto del quehacer archivístico como del movimiento de derechos humanos.

La tarea que encomendaba la ley era enorme y, por supuesto, acarrea una también enorme cantidad de dilemas y decisiones de índole tanto teórico-metodológica como ética y política. Si se atiende al hecho de que el Archivo de la DIPBA es, en definitiva, “un extenso y por-menorizado registro de espionaje político-ideológico sobre hombres y mujeres a lo largo de medio siglo”, no resulta difícil advertir que de aquellos dilemas y decisiones se han recortado como particularmente polémicos los referidos a los grados de accesibilidad pública que debía otorgársele a la “información sensible” (expresión consensuada, útil, cómoda y hasta podría decirse que políticamente correcta, pero no por ello suficiente y libre de arbitrariedades).

¿Qué tipo de información entra en la categoría de “sensible”? ¿Cuáles son las fronteras entre lo público y lo privado? ¿Y entre lo privado y lo íntimo? ¿Quiénes tienen derecho a acceder y quiénes no a aquello que se decide excluir de la incumbencia pública? ¿Sobre qué criterios y/o fundamentos se pueden establecer aquellas distinciones y prerrogativas? ¿Quiénes pueden y deben participar del proceso de toma de decisiones que establezca una política de archivo respecto de estos interrogantes? En definitiva, ¿de quién es el Archivo y para qué es el Archivo?

Hace diez años, los debates en torno a estos problemas quedaron nítidamente polarizados entre quienes se pronunciaban por una accesibilidad sin restricciones de ningún tipo (posición representada, fundamentalmente, por quienes se dedican a la investigación histórica) y quienes, por el contrario, se manifestaban enfática y terminantemente partidarios de la preservación de la identidad de las personas nombradas en los documentos y, en consecuencia, de la restricción, eventualmente parcial, del acceso al archivo (posición representada, podría decirse, por antropólogos y activistas del movimiento de derechos humanos).

En cierta medida —poco más, poco menos—, esta última fue la posición que finalmente se impuso: a partir de su apertura pública, los documentos del archivo podrían ser consultados por todo interesado; pero los nombres propios allí consignados serían “tapados” al momento de la consulta. Algo similar se haría con los legajos personales: sólo los afectados —o sus familiares directos en caso de fallecimiento o desaparición— tendrían acceso a ellos y, aquí también, serían “tapados”, al momento de la consulta, los nombres de las terceras personas.

A lo largo de estos últimos diez años, las tareas de desclasificación, ordenamiento, catalogación y digitalización del Archivo han recibido el reconocimiento de las más diversas personalidades e instituciones del país y del exterior; al tiempo que el Archivo mismo fue objeto de miles de consultas: “afectados directos”, descendientes, profesionales de diversas disciplinas y simples curiosos, han tenido acceso —eventualmente parcial, por supuesto— a la valiosísima información allí contenida.

De alguna manera, sin embargo, la propia experiencia de estos años ha obligado a rebrir viejos interrogantes y, en un contexto histórico muy distinto de aquel de su apertura, a re-pensar la legitimidad y pertinencia de las decisiones antaño tomadas en torno a su accesibilidad. Ése fue el espíritu del debate del 25 de marzo. Con el objeto de mantenerlo abierto y extenderlo a muchas de las áreas de trabajo e intervención que nos incumben a quienes pensamos “políticas de la memoria” (así, en minúsculas), reproducimos aquí, palabras más, palabras menos, lo que en aquella oportunidad planteó una de las integrantes de nuestro equipo editor, la historiadora Vera Carnovale.

## II

En principio, quisiera advertir que si me hubieran invitado a este debate hace diez años (por aquel entonces yo participaba de la construcción del Archivo Oral de Memoria Abierta), me hubiera pronunciado, definitivamente, por la preservación de la intimidad de las personas que allí, en esos documentos, eran nombradas; especialmente, respecto de lo que en forma elegante se denomina “información sensible”, y que, en rigor, para los casos que, en general, nos ocupan y preocupan, es información vinculada no sólo a militancias políticas, sociales y gremiales sino, especialmente, a la delación bajo tortura que, por supuesto, es la más difícil de tratar.

En aquel momento, decía, me hubiera posicionado cual celosa guardiana de la intimidad de las personas. Quizás porque participaba de la construcción de aquel otro Archivo, quizás porque ante mí, en cada entrevista, se había depositado una confianza inviolable, quizás, porque era más joven y tenía muchas más certezas de las que tengo ahora. Pero desde aquel entonces hasta ahora han pasado muchas cosas, entre ellas, por ejemplo, que comencé a ser usuaria del Archivo de la ex DIPBA.

La primera vez que consulté el Archivo fue, en realidad, acompañando a mi marido que buscaba información sobre su padre. Y me gustaría referirme brevemente a esa experiencia porque, entiendo, me permite encarnar situaciones específicas y plantear, a partir de allí, algunas preguntas.

Cuando con una profesionalidad y calidez realmente inestimables la persona que nos atendió le entregó la copia del Legajo de su padre, Gustavo, mi marido, quedó sencillamente conmovido. Ante él se desplegaba una carátula tan escueta como escalofriante: “Policía de la Provincia de Buenos Aires. Central de Inteligencia. JOSÉ SCHUJMAN, LEGAJO N° 7100, MC [Mesa Comunista]”. Él había llegado hasta allí impulsado por una búsqueda más personal que política: quería saber de su padre, quería completar sus recuerdos, alimentarlos, entenderlos mejor; quería interpelar un relato familiar siempre quieto, repetido y, vaya a saber uno por qué, dudoso, insatisfactorio. Las páginas que seguían no eran muy generosas: apenas una ficha incompleta sobre datos que de todas maneras, pensó, no tenían derecho a saber (cónyuge, cantidad y nombre de hijos, “lugar de trabajo”, “salario”, “religión que profesa”, “amigos que frecuenta”) y un reporte que consignaba, sin mayores sorpresas, un allanamiento en la casa familiar: “24-5-63. Cap. Fed. Esta delegación secuestró de su domicilio abundante propaganda y literatura comunista. No fue detenido por hallarse prófugo”. Hasta ahí, nada nuevo, sólo el impacto de ver el nombre de su padre en un legajo de Inteligencia. Pero más abajo, a José Schujman se lo relacionaba con otra causa:

El causante está vinculado a [nombre tapado] y a [nombre tapado], detenidos por la Comisaría de Merlo, que les secuestrara un mimeógrafo y gran cantidad de panfletos y propaganda comunista como así también gran cantidad de proyectiles y vainas. Manifestando [nombre tapado] que unos treinta kilos de munición se los entregó a SCHUJMAN ya que éste se los había entregado tiempo atrás para que se los guardara.

Gustavo conocía el episodio del allanamiento, sabía también “algo de unas armas”. Pero... ¡30 kilos de municiones! ¿Cuánto era eso? ¿Mucho? ¿Poco? ¿Entran en un bolso, por ejemplo? Gustavo es Licenciado en Filosofía; se dedica a Educación, más precisamente al área de Formación Ética y Ciudadana. De armas, poco y nada; a decir verdad, nada. Pero como por

suerte siempre hay alguien cerca que sabe de estas cosas, bastó una conversación muy corta por celular para empezar a “ordenar” el panorama y, también, para entrar en un espacio difuso de asombros y preguntas.

-¿Cuánto es 30 kilos de municiones?

-Y...es; tá lindo... ¿En qué andás? [risas]

-No, en serio. ¿Cuánto es? [explicación de por medio]

-Y, mirá, para cargarte a un ñato es mucho, para establecer un foco y hacer la revolución es poco. Calculá que un cargador de FAL te lleva unos 800 gramos, más o menos. Y una 9...a ver...pará. [A otros: 'Ché, ¿cuánto carga la 9? Me preguntan por 30 kilos de municiones...'] Acá me dicen que calcules unos 15 gramos por máquina.

El celular tendrá sus cosas pero que sirve, sirve. Gustavo lo usó, además, para hacer la cuenta: los 30 kilos le daban para algo así como 37 FAL o 200 pistolas 9 mm... ¿Era así? ¿En qué andaba su padre? ¿Cómo saberlo? ¿A quién/es se le podría preguntar? ¿Quiénes eran esos “a quien estaba vinculado”, como rezaba el Legajo policial?

Gracias a esas flexibilidades... ¿humanas? ¿institucionales?... que tienen lugar en la consulta, esos nombres, finalmente, le fueron revelados oralmente a Gustavo en un gesto que él nunca terminará de agradecer. Porque esa revelación fue fundamental: cambió un relato familiar y ese cambio intervino directamente en su vida, en su intimidad. La figura de su padre tan denostada en el relato familiar, en el que ocupaba el lugar de culpable de persecuciones, prisiones y desgracias varias, se convertía, en esta otra información revelada en víctima de una delación que él mismo no podía desconocer y sobre la cual, a pesar de todo, guardó silencio para siempre (más adelante volveré sobre este problema).

Desde otra perspectiva, uno podría referirse a la dimensión más bien histórica de la información que ese legajo ofrecía: nuevamente ¿en qué andaba su padre? ¿Para qué eran esos 30 kilos de municiones? Estamos hablando de los años sesenta, del Partido Comunista y la “revolución por etapas”. Si nosotros pudiéramos tener acceso legal, explícito, a esas otras personas mencionadas quizás podríamos saber cuál iba a ser el destino, al menos en la planificación política, de esos 30 kilos; podríamos pensar, por ejemplo, como cree recordar mi suegra, que tenía que ver con un intento de asesinato del Almirante Rojas, pero no lo sabemos. Lo que me interesa destacar, en todo caso, es que con cada nombre “destapado” se abren puertas a la investigación histórica —muchas, pocas, qué más da— que de otra manera permanecerían cerradas o, más aún, inexistentes.

Y digo esto porque me interesa precisamente el cruce entre lo privado y lo público. Porque lo que se llama “información sensible” no debiera reducirse sólo a un asunto de los “afectados directos” y el destino de sus vidas y sus memorias; podría considerarse, también, asunto de todos o de muchos puesto que es particularmente potente para la reconstrucción de la cultura, de la historia y la memoria de las clases subalternas, de los movimientos sociales, de las organizaciones revolucionarias... de las militancias. Es decir, es información que queda guardada, bien en la memoria (a la cual eventualmente y a contra reloj se puede acceder a través de los testimonios orales), bien en este otro tipo de documentación producida por las fuerzas represivas. Y sin acceso a esa información —insisto en que hace diez años me hubiera manifestado enfáticamente celosa de su privacidad— sería más difícil la reconstrucción de aquella cultura, de aquella historia, de aquellas memorias.

¿Qué sería de los diccionarios biográficos, de la tan reclamada “historia desde abajo”, del conocimiento de militancias clandestinas, de experiencias silenciadas si no tuviéramos acceso a la “información sensible”? ¿Qué sería de la labor del Equipo Argentino de Antropología Forense, por ejemplo, para quienes es especialmente este tipo de información la que permite la reconstrucción de caídas, de secuestros, de asesinatos, de desapariciones? ¿Qué sería, en definitiva, del *saber*, así, sin más, si le limitamos el acceso a aquellas sustancias que lo nutren?

Entonces, me pregunto, re-editando, quizás, preguntas viejas: ¿qué es finalmente un Archivo que alberga este tipo de información, este tipo de documentación? ¿Es un simple custodio? ¿Es el garante último del carácter público de esa documentación? ¿Es una suer-

te de censor que tacha u oculta lo que no debe ser visto por cualquiera o por todos, lo que no debe tener libre circulación? ¿Quién decide lo que se tacha u oculta y lo que no? Ese que tacha u oculta, inevitablemente y de hecho, ve y conoce aquello que los demás no, ¿en función de qué prerrogativas o *status*?

Desde que se abrió este archivo hasta el día de hoy, decía anteriormente, han pasado muchas cosas. Ha pasado, por ejemplo, que se impulsaron y se llevaron adelante los Juicios por la Verdad; ha pasado, por ejemplo, que la nulidad de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida ha posibilitado la reapertura de procesos judiciales que habían quedado trancos en los años ochenta. Y entonces me pregunto, y ya no sé si re-editando preguntas viejas: ¿qué pasa con ese mismo tipo de “información sensible” cuando entramos en el terreno de la Justicia? ¿Por qué ese mismo tipo de información está disponible para la Justicia y no para el conocimiento? ¿Debemos suponer que su carácter “sensible” está indefectiblemente atado a los avatares de los contextos históricos y políticos? ¿Qué determinaría esos contextos? ¿Quién o quienes identificarían esos cambios y, nuevamente, tendrían las prerrogativas para actuar en consecuencia? Lo cierto es, en todo caso, que en materia de Verdad y Justicia esta “información sensible” tiene mucho que aportar y, de hecho, lo hace, sin tachaduras ni ocultamientos. Y entonces, una vez más, me pregunto ¿Por qué la Justicia sí y el área de la investigación, del conocimiento (en sentido estricto), de la divulgación, no?

Lo que llamamos “reparación” de injusticias, de humillaciones, de vejámenes, de crímenes no puede reducirse nunca ni al terreno judicial, ni al económico: hay una reparación, aunque más no sea simbólica, en la reconstrucción de experiencias individuales y colectivas, en la reconstrucción de historias... Hay una reparación, aunque más no sea simbólica, en la transmisión de relatos, de memorias individuales y colectivas, en la escritura de la Historia. Y entonces, también me siento obligada a pensar y a preguntarme ¿qué es lo que se pretende *cuidar* cuando se habla de preservar lo privado? ¿Qué es lo que determina el carácter privado de un nombre en materia de militancias políticas que, justamente por políticas, son colectivas? ¿Y qué es *cuidar*, qué se entiende por *cuidar*? ¿Y con qué criterios es legítimo establecer qué y cómo *cuida* y a quién *cuida*?

Es evidente que hay un tema particularmente difícil y conflictivo de tratar cuando de documentación producida por las fuerzas represivas se trata: una proporción considerable de la información allí contenida se vincula directa o indirectamente con la delación bajo tortura. Y es evidente también, que detrás de la preservación de las identidades involucradas en esas delaciones, se erige, noble, la voluntad de no echar sal sobre las heridas, de no contribuir a la estigmatización, culpabilización o demonización de aquellos que dieron información pero no por eso eligieron hacerlo. Y aquí el problema me parece justamente ese: si partimos de la profunda convicción de que no hay demonios ni culpables en circunstancias como las descriptas, sino simplemente hombres y mujeres en situación de extrema opresión ¿por qué hacer silencio al respecto? ¿Por qué ocultar información, tapar nombres, como si allí habitara la defecación y la vergüenza? En todo caso, lo que debe afrontarse es el hecho de aquellas estigmatizaciones y demonizaciones habitan el universo de sentidos y valores de cierta cultura política heredera de la experiencia revolucionaria y que, de alguna manera, “rodea” al Archivo, constituye su público o destinatario natural, si se me permite el término (o al menos uno de ellos). Y entonces me pregunto: ¿el problema está en el acceso o en el uso? ¿Es legítima la tentación de controlar directa o indirectamente el uso? ¿El Archivo se hará eco, y finalmente reproductor, de los cánones de aquella cultura política ocultando los nombres de los condenados, o pondrá aquellos cánones en tensión con otras sensibilidades, con otros fundamentos, dando cuenta claramente de que no hay nada que ocultar? ¿Qué es *cuidar* en estos casos?

Honestamente, no estoy segura de las respuestas que yo misma podría dar a todas las preguntas que aquí he planteado y, sin embargo, sí estoy segura de que no debo dejar de preguntar. Y lo cierto es, en todo caso, que al fin de cuentas me siento impulsada a pronunciarme por la libre accesibilidad. Y esto, porque simplemente tiendo a pronunciarme siempre a favor del saber, del conocimiento. Porque el saber, la divulgación y la accesibilidad pueden considerarse casi como marcas, herencias, de lo mejor de la tradición ilustrada; aquellas que alentaban a echar luz sobre lo oscuro, lo tapado; y diseminar esas luces que permiten ver y saber, hacerlas de todos. Ese aliento, para mí, constituye una de las formas más lindas y promisorias del *cuidar*.

# La correspondencia en la historia política e intelectual latinoamericana

---

En noviembre de 2013 el CeDInCI celebró sus VIII Jornadas de Historia de las Izquierdas, dedicadas como en cada ocasión a un tema específico. Esta vez, la perspectiva elegida fue “La correspondencia en la historia política e intelectual latinoamericana”. En el texto de presentación de las Jornadas, se hallan expuestos los propósitos que guiaron la apuesta asociada a esta elección:

“Las correspondencias, las memorias, las autobiografías y los archivos particulares han cobrado particular relevancia en las últimas décadas. El interés por estos documentos ‘privados’ puede explicarse tanto por un cambio de rumbo de las prácticas historiográficas como por una modificación en la escala de observación de lo social a través de la microhistoria, los estudios feministas y la antropología histórica. Dimensiones como la vida privada, la cotidianeidad, la intimidad, los afectos, las relaciones interpersonales y la subjetividad emergen a través de estas fuentes autobiográficas y constituyen tanto una cantera inagotable de interrogantes y problemas como un reto para la reflexión historiográfica.

De ese conjunto de escrituras, rubricadas como “escrituras de sí”, la correspondencia se destaca por su importancia en la historia política e intelectual. La crítica literaria primero y los estudios culturales después dieron a los epistolarios de los escritores un lugar preponderante. En la vida social y política de las izquierdas, la correspondencia ha jugado un rol crucial, cuyo estatuto no siempre ha sido reconocido por la historiografía. Basta pensar en el carácter constitutivo del intercambio epistolar en el grupo de los populistas rusos en el exilio, como lo ha mostrado magistralmente E. H. Carr en **Los exiliados románticos**. O en el influjo que durante generaciones ejercieron las cartas cruzadas entre Marx y Engels, ellas mismas testimonio de una productiva hermandad política e intelectual. O en el subgénero que conforman las cartas desde la prisión de autores como Liebknecht, Rosa Luxemburg o Gramsci en Europa, o entre nosotros las de Flores Magón, Haya de la Torre o Pascual Vuotto. En movimientos de carácter internacionalista como las izquierdas, las cartas no son sólo vehículo de ideas y de información, sino auténticos articuladores políticos.

Militantes, obreros, publicistas, escritores e intelectuales han trazado con sus epistolarios, sus breves misivas o sus escuetas notas enviadas por correo, un mapa de intercambios y redes que atraviesa América Latina. Preservadas, inhallables, reencontradas o ilegibles, las cartas confrontan al investigador con numerosos desafíos. En principio, su propia materialidad, el delicado papel que las soporta, la temblorosa caligrafía, las peripecias de su conservación. Luego, la profunda densidad de los diálogos y el juego, nunca transparente, entre la vida pública y la privacidad. También, el universo de lo cotidiano con sus complejas notas de intimidad, subjetividad y afectos. El conjunto de esos desafíos evidencia, al mismo tiempo, la necesidad de un enfoque que sepa combinar, con creatividad y rigor, las herramientas de diversas disciplinas.

En un campo en pleno proceso de expansión y consolidación como es el de los estudios sobre las izquierdas, la apelación a todo ese conjunto de fuentes, y a la correspondencia en particular, ha dado lugar a una auténtica renovación. Desde los estudios sobre el movimiento





obrero hasta la historia de los intelectuales, los enfoques sociobiográficos y el análisis de las prácticas militantes, los clásicos enfoques institucionales y político-ideológicos han cedido su lugar a una historia de las izquierdas multidimensional, crítica y abierta a la polifonía, la disidencia y los márgenes. Lejos de la hagiografía y las cuerdas monocordes de los relatos oficiales y oficiosos, se descubren nuevas cartografías, impensadas relaciones intelectuales y afectivas e inesperados itinerarios personales. En ese marco, la correspondencia recupera otros emisores que no siempre son los autores de las grandes obras o los hombres de los grandes nombres, pero sí participantes de un diálogo que es, al fin, el de la reinvención permanente de las izquierdas.

Estas jornadas invitan a presentar, en un espacio de intercambio colectivo, los resultados de la confrontación de los desafíos que ofrece el trabajo con la correspondencia. Pero también es un llamado a un ejercicio crítico sobre los hallazgos y reinterpretaciones que continúan provocando en la senda de la historia política e intelectual latinoamericana”.

En términos generales, las ponencias de las Jornadas respondieron a la convocatoria en dos direcciones distintas (aunque a menudo complementarias): por un lado, haciendo uso de la correspondencia como fuente privilegiada para el análisis histórico, social y cultural, en un proceso a través del cual se obtienen claves que permiten iluminar un amplio abanico de cuestiones; por otro lado, interrogando la existencia material misma de las cartas, en una clave sustancial para la elucidación de la historia de grupos intelectuales y de vínculos interpersonales y familiares e, incluso, como espacio de producción de subjetividad. Las Jornadas propiciaron además un diálogo todavía incipiente en torno a cuestiones tales como los procedimientos de conservación y catalogación de cartas, el juego intersubjetivo entre investigadores y correspondencia en la experiencia del archivo, o los problemas y lógicas familiares, institucionales y políticas que favorecen u obstaculizan la edición de epistolarios.

A modo de cierre de ese rico proceso, que para el colectivo editor de **Políticas de la Memoria** supuso diversas instancias de discusión, además de la publicación en el número anterior de un dossier de corte metodológico más general titulado “El desafío epistolar”, en esta edición se publica una porción relevante de las ponencias presentadas en las Jornadas, ahora transformadas en artículos.

El trabajo de Magdalena Arnoux (Centro de Investigaciones Filológicas “Jorge M. Furt” — Universidad de San Martín) —“Cartas de mujeres de la segunda mitad del XIX: algunas líneas teóricas para describir un estado del género” — da cuenta de la historicidad de la “carta personal”. La autora revisa los contornos del género a partir del análisis de las cartas que escribieron a Juan Bautista Alberdi dos mujeres: Angéline Dauge, su ama de llaves francesa, e Ignacia Gómez de Cánova, una amiga de Buenos Aires. Por su parte, Alejandra Mailhe (Universidad Nacional de La Plata) en “¿Un Aleph de papel? Fragmentos de la vida intelectual en los epistolarios de José Ingenieros y de Robert Lehmann-Nitsche” recurre a dos valiosas colecciones de cartas inéditas —la del Fondo José Ingenieros en el CeDInCI y la del fondo Robert Lehmann-Nitsche del Instituto Iberoamericano de Berlín— para preguntarse en cada uno de esos casos por la construcción de redes de sociabilidad y formas de circulación de bienes e ideas. En este caso, los epistolarios del psiquiatra, criminólogo y ensayista argentino y del antropólogo alemán permiten vislumbrar las posibilidades y los límites del trabajo con la correspondencia; tensiones que la autora sabe explorar en favor de la complejización del análisis de redes e intercambios intelectuales.

La intervención de Gonzalo E. Cabezas (Universidad Nacional del Sur) —“Funcionamiento partidario y sentidos del socialismo a partir de la correspondencia administrativa del Centro Socialista de Bahía Blanca (1911-1921)” — parte de un minucioso trabajo de archivo a través del cual un corpus de material burocrático y administrativo es recobrado como prisma que permite estudiar el funcionamiento de una zona del entramado del Partido Socialista. El intercambio de cartas con simpatizantes y adherentes que el autor considera, permite acce-

der a la voz de actores usualmente desatendidos en la construcción del partido. El artículo de Manuel Muñiz (Universidad de Buenos Aires) —“Del Caribe al Plata, del Plata al Caribe. Sobre la recepción en Cuba de José Ingenieros a partir de la correspondencia (1915-1925)”— ofrece un panorama detallado de la recepción de José Ingenieros en Cuba. Avanzando sobre una perspectiva inexplorada, recurre a las cartas del Fondo Ingenieros del CeDInCI para explorar la red personal e intelectual que sostuvo aquella recepción.

En el trabajo en conjunto que ofrecen —titulado “La carta familiar. Información, sentimientos y vínculos mantenidos en el tiempo y en el espacio”—, Malena Chinski (Universidad Nacional de General Sarmiento; Instituto de Desarrollo Económico y Social) y Elizabeth Jelin (Instituto de Desarrollo Económico y Social) recuperan un material precioso: el archivo privado de una familia judía oriunda de Polonia. En el marco de los procesos migratorios vinculados a las grandes tragedias del siglo XX, las misivas y fotos que lo constituyen brindan testimonio de la capacidad de creación y recreación de vínculos familiares de carácter íntimo que las cartas pudieron generar a pesar de su fragilidad aparente. Por su parte, en su ensayo “El epistolario como conversación *humanista*: la correspondencia intelectual de Alfonso Reyes y Genaro Estrada, 1916-1939”, Jorge Myers (Centro de Historia Intelectual-Universidad Nacional de Quilmes) recupera exhaustivamente los pliegues del diálogo intelectual sostenido en el tiempo y el espacio por vía epistolar por dos figuras de relieve del campo letrado mexicano (y latinoamericano, al menos en el caso de Reyes). La correspondencia es en este vínculo no solamente un espacio de tramitación de una relación de peculiar espesor en la que tiene lugar una verdadera conversación sobre aspectos variopintos de la cultura de las humanidades, sino también un ámbito en el que picarescamente se ventilan pormenores cotidianos y hasta íntimos de miembros de la comunidad intelectual.

A su turno, en “Un partido hecho de cartas. Exilio, redes diaspóricas y el rol de la correspondencia en la formación del aprismo peruano (1921-1930)”, Martín Bergel (también del Centro de Historia Intelectual de la UNQ y del CeDInCI) recupera de un conjunto de archivos públicos y privados de difícil acceso un amplio corpus de cartas que le permite examinar un hecho infrecuente: el de un movimiento político, el APRA, que se conforma a través de la correspondencia. El autor interroga las prácticas y discursos epistolares que dieron vida a una comunidad transnacional de militantes revolucionarios, y pone en cuestión, a partir de la perspectiva provista por las cartas, algunos lugares comunes de la historiografía sobre el aprismo. A continuación, Martín Ribadero (Universidad de Buenos Aires) ofrece un texto —“Cartas antiimperialistas. La correspondencia latinoamericana de Jorge Abelardo Ramos (1950-1960)”— que se adentra en la red de intercambios sostenida por Jorge Abelardo Ramos a nivel latinoamericano. Son relevados así los vínculos del líder de la izquierda nacional argentina con intelectuales y militantes como Juan José Arévalo, Ezequiel Ramírez Novoa, Vivian Trías, Alberto Methol Ferré, Helio Jaguaribe y Alfredo Terzaga.

Ya más cerca en el tiempo, Adrián Celentano (Centro de Investigaciones Socio-Históricas, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de La Plata) consagra su trabajo titulado “Cartas desde la prisión a la fábrica. Un análisis de la correspondencia entre los obreros clasistas presos y los intelectuales de la secretaría de prensa del SITRAC” a recorrer las epístolas que los militantes del Sindicato de Trabajadores de Concord intercambiaron desde la cárcel con intelectuales del mismo sindicato. Celentano persigue la travesía de esas cartas en el derrotero que las conduce a la prensa (a través del recurso a la “Carta Abierta”) y a espacios como asambleas y fábricas. Se trata de misivas, en definitiva, que tanto impulsaron como documentaron prácticas políticas obreras. Finalmente, Marcelo Starcenbaum (Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de La Plata) en su artículo “La filosofía marxista entre Francia y América Latina. Una lectura de la correspondencia entre Louis Althusser y Fernanda Navarro” nos permite descubrir el trasfondo del proceso de construcción del libro **Filosofía y marxismo** editado en 1988 por la editorial Siglo XXI de México. Este trabajo echa luz tanto sobre la estación final del pensamiento de Althusser, como sobre las circunstancias per-



sonales que atravesaba luego de la reclusión en una institución psiquiátrica a la que fue condenado tras el asesinato de su esposa. Las cartas que se publican a modo de apéndice (del artículo y del dossier) fueron enviadas por Louis Althusser a Fernanda Navarro durante el proceso de edición del mencionado libro, y se encuentran en el Archivo Louis Althusser depositado en el Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine (IMEC). Algunas de ellas fueron publicadas en francés en Louis Althusser, **Sur la philosophie** (París, Gallimard, 1994), y en inglés en Louis Althusser, **Philosophy of the Encounter: Later Writings, 1978-1987** (Londres, Verso, 2006).

## Cartas de mujeres de la segunda mitad del XIX

# Algunas líneas teóricas para describir un estado del género

Magdalena Arnoux\*

### Introducción

La carta personal resulta, para los analistas del discurso, un objeto aún hoy desconcertante. Si bien, por un lado, su *genericidad* es transparente, es decir, se la reconoce inmediatamente como tal, por otro, parece rehuir las descripciones sistemáticas y los límites —composicionales, temáticos, estilísticos— a los que se la busca circunscribir. Esta diversidad es todavía más notoria en un *corpus* como el nuestro —cartas escritas por mujeres a Juan Bautista Alberdi en el segundo tramo del siglo XIX— ya que a la citada variedad temática, pragmática y estilística se le suman otras que parecen proceder de una doble inestabilidad: la de la representación del género que tienen estas mujeres (en su gran mayoría, escritoras inexpertas) y aquella que el género autoriza y que les permitirá moverse, conforme se vayan entrenando en esa práctica, en terrenos imprevisibles en los inicios de la correspondencia con Alberdi, como el de la discusión política y el discurso amoroso.<sup>1</sup>

En la presente intervención, nos proponemos recorrer brevemente las descripciones que se han hecho de la carta personal tanto en los textos con alguna orientación pedagógica (*ars dictaminis*, manuales, *Secretarios*, etc.) como en los textos teóricos que, desde la lingüística, la sociología y la historia de la cultura escrita, han intentado explicar los rasgos del género y su funcionamiento en el seno de la sociedad. Haremos, finalmente, algunas observaciones sobre nuestro *corpus*, que resulta particularmente rico para reflexionar sobre un momento histórico de esta práctica en tanto se inscribe en un período de transición que refleja y del cual participa. Veremos que en este caso, algunas de las vacilaciones que lo

atraviesan ponen en evidencia la porosidad de la carta respecto del entorno en el que surge y la muestran como un ámbito privilegiado de la construcción de una subjetividad naciente, de la apropiación de la cultura escrita por parte de sectores relegados, y un espacio en el cual se evidencia la voluntad de participar en la esfera pública en aquellos sujetos que ésta todavía excluye.

### 1. Breve recorrido histórico

#### 1.1. De las *ars retórica* a los *Secretarios*

Las cartas que conforman nuestro *corpus* pertenecen al amplio conjunto de textos que han sido históricamente designados como *correspondencia privada*, *personal* o *familiar*. Heteróclito, profuso, marcado por representaciones que los datos históricos a veces desestiman, este grupo de cartas fue objeto, tardíamente y en forma elusiva, de una descripción sistemática. En efecto, si bien su primera manifestación conservada son las *Epistulae ad familiares* de Cicerón, en el siglo I a. C., la práctica estaba instalada desde mucho antes, sin que por ello hayan quedado registros o incluso referencias en los textos pedagógicos o normativos, que sí se ocuparon de otros géneros, e incluso de ciertos tipos de cartas. Según Carol Poster, parecería que, desde el comienzo, este tipo de escritos estuvo vinculado a una enseñanza semi-formal y dependió en gran medida de la “self education”.<sup>2</sup> A falta, muchas veces, de manuales epistolares (*artes dictandi*), la teoría epistolar debió buscar rastros de este ejercicio en textos prescriptivos de otro tipo (gramáticas, manuales de buenas costumbres), así como también en los modelos de cartas (*formularies*) o en antologías de correspondencia, ficticia o verdadera, que reflejaban las representaciones del género en algunos tramos de su evolución. Al trazar la historia de la “norma epistolar”, Alain Boureau señala a Caius Julius Victor, un continuador de Cicerón del siglo IV, como uno de los primeros rétores

\* Centro de Investigaciones Filológicas “Jorge M. Furt” - UNSAM.

<sup>1</sup> Trabajamos con un *corpus* de más de 800 cartas escritas a Juan B. Alberdi entre 1844 y 1884 por 74 mujeres distintas, y que este conservó entre sus papeles personales. Esta documentación se encuentra en el Archivo y Biblioteca de la Fundación “Jorge M. Furt” (administrados por la Universidad Nacional de San Martín), en la Estancia “Los Talas” de Luján, provincia de Buenos Aires.

<sup>2</sup> Carol Poster, *Introduction. Letter-writing Manuals and Instruction from Antiquity to the present*, University of South Carolina, 2007.



en haberse detenido explícitamente en el fenómeno de las cartas privadas.<sup>3</sup> Éste segmenta, en efecto, los ámbitos de aprendizaje en tres grandes grupos: la retórica, la conversación y las cartas, divididas a su vez entre *negotiales* y *familiares*; recomienda para estas últimas claridad y simplicidad, y se permite algunos comentarios sobre el saludo inicial y final. A partir de allí habría un largo silencio teórico respecto del género epistolar, que recién se quiebra en el siglo XI con la aparición de un tratado elaborado por el monje benedictino Alberic de Monte Casino. La “ciencia epistolar” es estudiada aquí a la par del sermón y del arte poética, y es vinculada exclusivamente al ámbito clerical. Unos años después, la técnica epistolar ingresa al mundo laico, administrativo y jurídico, y es objeto de numerosos *Ars dictaminis*, que ofrecen hasta el agotamiento modelos de fórmulas, principalmente ligadas al estilo que se debe adoptar (sublime, medio o inferior) y al modo de interpelar al destinatario, en función de su estatus. En este marco, la carta personal tiene un lugar difuso en tanto no parece distinguirse del funcionamiento propuesto para las demás cartas, volcadas a actualizar, en su circulación y su contenido, las complejas tramas sociales, profundamente jerárquicas. Tal sería, en realidad, una de las funciones principales de la carta en el mundo medieval: una forma privilegiada de incorporar, actualizar y reproducir las tramas jerárquicas del mundo social. De ahí la importancia que adquirió la norma epistolar, y en particular, las numerosas fórmulas que la conformaban: permitían incorporar y evidenciar, en aspectos aparentemente anodinos como el saludo, todos los matices de la sociedad, y los lugares respectivos de quien escribe y su remitente.<sup>4</sup> En lo que respecta a la correspondencia personal y familiar, hay que esperar el Renacimiento para observar un interés creciente de esa vertiente. Según Luc Vaillancourt, este fenómeno coincide con la revalorización de los textos epistolares de Cicerón, en los cuales se aprecia el “encanto” de una elocuencia “natural”, que favorece “la expresión espontánea de los sentimientos”.<sup>5</sup> Así, a la par de los ya legitimados tipos de cartas, se postula uno nuevo, la carta familiar, para el cual se predica una “retórica informal” y la búsqueda de la singularidad del locutor, el *ingenium* individual. Al mismo tiempo que aparecen las primeras teorías sistemáticas del género epistolar —entre las que se cuentan **Opus de conscribendis epistolis**, de Erasmo (1522) o la **Epistolica institutio**, de Justo Lipse (1591)—, se publican epistolarios diversos que ponen de manifiesto algunas de las exigencias del género: “sinceridad”, “transparencia”, “informalidad”, cierto mimetismo con el arte de la conversación, la voluntad de ganarse el afecto del destinatario, la ruptura con la artificiosidad de la elocuencia oratoria.

En estos mandatos se reconocen fácilmente algunas ideas con las cuales se va a insistir en los siglos posteriores, y que están en el origen de no pocos mitos y distorsiones acerca del género, sobre

los cuales nos detendremos más adelante. Otra idea que nace poco después y que manifestará “astounding continuities” en los siglos posteriores,<sup>6</sup> es aquella según la cual esta sensibilidad que la carta personal pone de manifiesto está más vinculada con el universo femenino que el masculino. Uno de los primeros en explicitarlo fue La Bruyère, quien señaló en su libro **Les Caractères** (1689):

Ce sexe [le féminin] va plus loin que le nôtre dans ce genre d'écrire. Elles trouvent sous leur plume des tours et des expressions qui souvent en nous ne sont l'effet que d'un long travail et d'une pénible recherche... il n'appartient qu'à elles de faire lire dans un seul mot tout un sentiment... elles ont un enchaînement de discours inimitable qui suit naturellement et qui n'est lié que par le sens. Si les femmes étaient toujours correctes, j'oserais dire que les lettres de quelques-unes d'entre elles seraient peut-être ce que nous avons dans notre langue de mieux écrit.<sup>7</sup>

Nuevamente aquí es posible hablar de “mito”, en tanto, como señaló Roger Duchêne, esto no se corresponde con lo que ocurría entonces ni ocurriría después: en la antología **Les plus belles lettres des Auteurs français** del año 1689 hay apenas una mujer, Mme de Villedieu, y la mayoría de compendios de “cartas de mujeres” que se publicaban entonces profusamente eran escritas por hombres.<sup>8</sup> Así y todo, estas representaciones no solo no perderán vigencia sino que se irán imponiendo en los siglos posteriores conforme se delinee el estado moderno y se delimiten, principalmente en función del sexo, los ámbitos de lo público y lo privado.<sup>9</sup>

Un momento particularmente importante dentro de esta evolución lo constituye el siglo XVIII, con frecuencia señalado como el del “apogeo de lo epistolar”. En efecto, a la vez que la carta aparece en la literatura filosófica como el formato ideal para “l'expression efficace d'une pensée engagée”, se publican numerosas antologías de cartas “curiosas y exóticas” y florece la novela epistolar, que encuentra su manifestación más exitosa en **La nouvelle Héloïse** de Rousseau.<sup>10</sup> En este contexto, se multiplican las publicaciones de variados *Secretarios*, que proveen consejos y reglas de escritura, así como compilaciones de cartas familiares, que se presentan como modelos para el gran público. Al analizar el caso inglés, Victoria Myers observa el vínculo insoslayable que parece haber entre estos manuales y el mundo de los textos pedagógicos y morales: el aprendizaje epistolar aparece, en ellos, como un modo de entrenarse en la sociabilidad y en los valores de la cada vez más preponderante burguesía comercial. Así, por dar solo un ejemplo, los rasgos discursivos de las cartas (“concisión”, “austeridad”, “autenticidad”, “inteligibilidad”, etc.) son análogos a los que se predicaban en otros ámbitos para el comportamiento social de los *tradesmen*.<sup>11</sup> Al estudiar el caso francés, Roger Chartier

<sup>3</sup> Alain Boureau, “The Letter-Writing Norm, a Mediaeval invention”, en Roger Chartier, Alain Boureau y Cécile Dauphin, **Correspondence. Models of Letter-Writing from the Middle Ages to the Nineteenth Century**, Princeton University Press, 1997.

<sup>4</sup> Ian Cornelius, “The Rhetoric of Advancement: Ars Dictaminis, Cursus, and Clerical careerism in Late Medieval England”, **New Medieval Literatures**, n° 12, 2010, pp. 287-328.

<sup>5</sup> Luc Vaillancourt, **La lettre familière au XVIe siècle. Rhétorique humaniste de l'épistolaire**, Paris, Champion, 2003.

<sup>6</sup> Alain Boureau, 1997, *op. cit.*

<sup>7</sup> Jean de La Bruyère, **Les caractères ou le moeurs de ce siècle**, Editions Garnier Frères, Paris, 1962, p.79.

<sup>8</sup> Robert Duchêne, “Le mythe de l'épistolière: Mme de Sévigné”, en **L'épistolarité à travers les siècles**, Cerisy-la-Salle, F. Steiner, 1999.

<sup>9</sup> Carol Pateman, **El contrato sexual**, Barcelona, Anthropos, 1995.

<sup>10</sup> Marie Claire Grassi, **Lire l'épistolère**, Paris, Lettres Sup, 2005, p. 28.

<sup>11</sup> Victoria Myers, “Model letters, Moral living: Letter-Writing Manuals by

da cuenta de la amplitud que alcanzan este tipo de publicaciones en este momento histórico, y aunque concuerda en que permiten vislumbrar ciertas representaciones sobre la carta en general y la carta personal en particular, demuestra que se trata de manuales lo suficientemente contradictorios o alejados de las prácticas concretas de sus lectores como para que les resulten totalmente inútiles a la hora improbable de ponerse a escribir. Así, más que ofrecer la descripción de un estado del género o de los rasgos históricos de la práctica en ese momento preciso, estas publicaciones constituirían, en forma rudimentaria, textos de ficción, en tanto esbozan historias que se sitúan —por la clase social de los interlocutores y el ámbito en que dicen circular— en un universo de exotismo social en el que radicaría su atractivo. Y si son un “modelo imposible” desde el punto de vista discursivo, se inscriben sin problemas en una “pedagogía del mundo social” al que presentan como estratificado, homogéneo, inamovible.<sup>12</sup>

## 1. 2. El siglo XIX: la edad dorada y sus sombras

Un cambio notorio, aunque progresivo y lleno de matices, se da en el siglo XIX de la mano de tres evoluciones mayúsculas: el aumento del alfabetismo con la lenta puesta en marcha, a partir de mediados de siglo, de los sistemas públicos de enseñanza; el desarrollo del transporte y una apertura económica que propicia los desplazamientos y el consecuente florecimiento de las cartas comerciales o de negocios; y la formación de una esfera privada, a resguardo del espacio público, en la cual la correspondencia privada aparece asociada con la idea de “refugio del sentimiento, la efusión, la verdadera naturaleza del yo, comunicada a quien sea digno de escucharla”.<sup>13</sup> Los cambios mencionados —tanto en el plano económico, como político, social y cultural— reconfiguran los rasgos y los usos de la carta personal y agudizan, en función de distintas variables, las divisiones que venían dándose desde tiempo atrás. Por un lado, se ubican las cartas de “letrados” —cartas con valor literario, intelectual o político— que pasarán a engrosar el universo de los textos literarios, autobiográficos o teóricos. Y por otro, las cartas de los *peu lettrés*, de la gente común, emparentada con la escritura doméstica, y cercana, por ello mismo, con géneros tales como los cuadernos de la contabilidad doméstica o los diarios íntimos o los *faire part*—participaciones— de casamiento o nacimiento, u otros géneros que no pretenden trascender la vida privada. Retomando los términos de Dominique Maingueneau, estaríamos ante textos que, si bien comparten la *escena genérica*, pertenecen a *escenas englobantes* distintas, es decir, forman parte de universos discursivos diferentes: la literatura (de ficción o de ideas) en un caso; el mundo doméstico y cotidiano, en otro.<sup>14</sup> Más

allá de las representaciones que han prosperado y que sitúan al siglo XIX como la edad dorada del género epistolar, lo cierto es que la correspondencia privada dista de estar tan ampliamente difundida como se supone. Según Cécile Dauphin, en el caso francés, esta representa el 10% de la correspondencia total, y si bien aparece como un ritual instalado en las clases altas, que lo conciben como un instrumento clave de la sociabilidad, este no parece haberse extendido, hasta mucho tiempo después, al resto de la población.<sup>15</sup> Por el contrario —y en nuestro *corpus* hay ejemplos de esto— la escritura es todavía, para la gran mayoría de la gente, una práctica extraña. Florence Weber recuerda, al estudiar la escritura de cartas votivas en las clases populares francesas del siglo XIX, el carácter “laborioso e intimidante” del gesto escriturario para quien no está acostumbrado a tomar la pluma.<sup>16</sup> Por un lado, como vimos, por la ausencia de entrenamiento y de modelos —o su contrario, igualmente nocivo: la abundancia de modelos, todos inútiles. Por otro, por el esfuerzo físico, manual, que tal práctica entraña, y que Roger Chartier expresa con una imagen elocuente: “la plume est trop légère pour une main habituée à manier de lourds outils”.<sup>17</sup> En las cartas que le envía a Alberdi Angéline Dauge, su ama de llaves francesa, de quien hablaremos más adelante, se refiere a esta situación al decirle en diciembre de 1879: “je finit car j’ai des douleurs en écrivant qui sont terrible” y de hecho recurre, en gran parte del intercambio epistolar, a los oficios de un “écrivain public”.

En suma, si bien parece legítimo considerar el siglo XIX como la edad dorada del género epistolar, y en particular, del sub-género “carta personal”, conviene matizar su alcance y señalar algunos clivajes que muestran que no se trató de un universo discursivo homogéneo. Como dijimos antes, estaba por un lado la correspondencia personal de artistas, de intelectuales, de notables, que tenía tras de sí una larga tradición y que aparece, tanto por el grado de entrenamiento de los correspondientes como por la estabilidad genérica que le fue dando la imprenta, como un grupo de textos de rasgos medianamente previsibles. Por otro, la correspondencia de las clases altas, con cierto grado de instrucción y con la soltura que da expresarse en un género que la vida social los ha llevado a frecuentar con cierta asiduidad; y por último, la correspondencia de quienes llegan tardíamente al mundo escrito, como la gran mayoría de las mujeres y las clases bajas. Desde el punto de vista de la *teoría* y de la *pedagogía* de este género, vimos que los *Secretarios*, estos primos “bastardos”—expresión de Cécile Dauphin— de las *ars dictaminis* del pasado, aunque difundidos, no eran de ayuda para quienes se veían en la situación de ponerse a escribir. En el caso más específico de las mujeres, esta autora señala que no solo eran mayormente escritos por hombres —solamente se consignan 28,2% de autoras mujeres— sino que las cartas que ofrecen de modelo ponen en escena signatarios mayoritariamente masculinos (entre un 70 y

Daniel Defoe and Samuel Richardson”, *Studies in the cultural History of Letter Writing*, *Huntington Library Quarterly*, Vol. 66, n° 3-4, University of California Press, 2003.

<sup>12</sup> Roger Chartier, *La correspondance. Les usages de la lettre au XIXe siècle*, Paris, Fayard, 1991.

<sup>13</sup> Maire Claire Grassi, 2005, *op. cit.*, p. 12.

<sup>14</sup> Dominique Maingueneau, “Scénographie épistolaire et débat public, en J. Siess (éd.), *La lettre, entre réel et fiction*, Caen, SEDES, 1998.

<sup>15</sup> Cécile Dauphin, “Questions à l’histoire culturelle des femmes. Les manuels

épistolaires au XIXe siècle”, en *Genèses*, n° 21, 1995, pp. 96-119.

<sup>16</sup> Florence Weber, “La Lettre et les lettres: codes graphiques, compétences sociales. Des outils pour l’analyse des écritures ordinaires”, en *Genèses*, n° 18, 1995, pp. 152-165.

<sup>17</sup> Roger Chartier, 1991, *op. cit.*, p. 73.

<sup>18</sup> Danièle Poulhan, “Les stéréotypes de l’épistolier à l’épreuve des gravures

90%).<sup>18</sup> Danièle Pouban, muestra a su vez que esta invisibilidad de la mujer aparece reforzada por las imágenes que acompañan los manuales. Así, no solo hay muy pocas imágenes de mujeres sino que, cuando aparecen, rara vez lo hacen en situación de estar escribiendo. Estos son los datos que recalca esta autora: de 32 escenas de escritura, solo 5 muestran a mujeres, y a diferencia de lo que pasa con los varones que aparecen en un escritorio rodeados de libros y de los objetos necesarios para la escritura, se las ve sentadas en el salón o en un *boudoir* con actitud dubitativa, soñadora, que hasta hace dudar de que en algún momento tomen la pluma y escriban la carta.

En el caso argentino, si bien no disponemos de *Secretarios* que nos permitan reconstruir algunas de estas representaciones, hay textos que vinculan, en forma interesante, a los no letrados en general y a las mujeres en particular, con el universo epistolar. Mencionaremos brevemente dos, en tanto nos posibilitan vislumbrar las ideas que se tenía del género, y que sin dudas tuvieron alguna incidencia en la práctica concreta de las mujeres que se pusieron a escribir en ese entonces. Uno de estos textos, precisamente, fue publicado por Alberdi en **La moda** en el año 1838 bajo el título “Las cartas”. En él pone en escena a una mujer que se ve en la situación de contestar una carta pero que, desconociendo los rasgos básicos del código escrito (el uso de tinta y papel, la temporalidad diferida que permite una articulación menos improvisada del mensaje, la necesidad de anular la distancia espacial con el gesto de hacer llegar la carta a destino) así como de las reglas mínimas de urbanidad (contestar en tiempo prudente la carta que se ha recibido), queda en la ridícula situación de no contestar jamás la misiva que ha llegado a sus manos. Al sarcasmo de que es objeto esta mujer —tanto por no saber escribir como por no ser consciente de su falta— Alberdi agrega un argumento: la carta, dice, es “una visita hecha a una persona ausente [...] unas y otras ayudan a la libertad desde que ellas intiman a los hombres, y la libertad descansa en esta intimidad”.<sup>19</sup> Así, desde esta perspectiva, la comunicación epistolar cumple una función primordial en la sociedad moderna, pues es mediante su ejercicio que sus miembros se ponen en contacto y entrenan su libertad individual. Sarmiento, por su parte, señala en la **Memoria** sobre la reforma ortográfica que redacta en Chile que “el conocimiento de la ortografía, o la manera de escribir las palabras, es una cosa que interesa a todos igualmente; a los que se dedican a las letras, como a los comerciantes, a los hacendados, a las mujeres, a toda persona, en fin, que tenga la necesidad de escribir una carta.”<sup>20</sup> La escritura, en otras palabras, se ha filtrado ya en todas las esferas de la vida social y todos deben poder manejarla: desde los hombres de letras hasta el polo opuesto de la escala, que estaría representado por las mujeres, pasando por la pluralidad de ocupaciones que se dan cita en el mundo civilizado. En estos

textos, pues, la carta personal aparece como el dispositivo mínimo de comunicación escrita que hay que saber usar, como un género fácil por su aparente cercanía con la oralidad y por ello mismo apto para una pedagogía de la escritura que apuntase al uso concreto de este código en sociedad, y un género que presenta la “ventaja” —desde la óptica de la generación del 37— de tener un alcance limitado ya que su ámbito de circulación no excede de la vida doméstica.<sup>21</sup>

Pero, más allá de estas representaciones, ¿cuáles son los rasgos que definen la carta personal desde el punto de vista de su funcionamiento social y discursivo? ¿Cuáles son sus exigencias concretas? ¿Ante qué decisiones debía enfrentarse quien empuñara la pluma, y qué consideraciones debía tener en cuenta?

## 2. Un género escurridizo

### 2.1. Consideraciones teóricas

Como dijimos más arriba, en oposición con su tan mentada *naturalidad*, que parece explicar su tardía incorporación a los manuales de escritura, al intentar caracterizar el género las dificultades arrecian. Brigitte Díaz comienza su libro **L'épistolaire ou la pensée nomade** aseverando que: “Las correspondencias son textos híbridos y resistentes a todas las identificaciones genéricas”.<sup>22</sup> El lingüista Jean-Michel Adam, por su parte, se hace eco de las palabras de Noel y La Place, autores de un manual de referencia sobre literatura y moral del siglo XIX, quienes decían: “No hay literatura de género más variado, más extendido: comprende todo lo que el pensamiento puede abrazar, todo lo que la palabra puede expresar”.<sup>23</sup> Vincent Kaufman asegura, por su parte, que “la carta es un objeto demasiado movido, demasiado poliforme como para que podamos encarar una descripción verdaderamente sistemática”.<sup>24</sup> Ya Erasmo notaba en 1502: “Rex tam multiplex propeque ad infinitum varia”, es decir, una materia discursiva regida por una variabilidad infinita.

A la hora de mirar más de cerca esta “infinita variedad”, aparecen algunas explicaciones recurrentes que describen los contornos porosos de este objeto, ubicado en el cruce de una gran diversidad de prácticas. Por un lado, se insiste en el hecho de que parece construirse en torno de algunas paradojas que son tanto del orden de la representación como de su materialidad discursiva. Paradojas, en primer lugar, en cuanto al juego que se da entre lo individual y lo social: palabra ritualizada, llena de fórmulas y estereotipos, sometida a las normas de sociabilidad de cada época, organizada en torno al lugar social que ocupan los interlocutores; y también libre, íntima, ámbito en el cual se invita al sujeto a

(France, XIX)”, en **L'épistolaire au féminin**, Díaz, B. y J. Siess (éd.), Caen, Presses Universitaires de Caen, 2006.

<sup>19</sup> Juan Bautista Alberdi, “Las cartas”, **La moda**, n° 8, 06/01/1838, p. 4.

<sup>20</sup> Domingo F. Sarmiento, “**Memoria (sobre la ortografía americana) leída a la Facultad de Humanidades**”, [1843], Biblioteca Virtual Manuel de Cervantes, 2010, p. 4. Disponible en línea: [www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcj10h8](http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcj10h8).

<sup>21</sup> Graciela Batticuore estudia con detenimiento numerosas escenas de lectura y escritura de cartas que precisan el vínculo entre mujeres y género epistolar en nuestro país en el siglo XIX. Ver, por ejemplo: “Cartas de mujer. Cuadros de una escena borrada (Lectoras y autoras durante el rosismo)”, en **Letras y divisas**, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1998; o **La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830 - 1870**. Buenos Aires, Edhasa, 2005.

<sup>22</sup> Brigitte Díaz, **L'épistolaire ou la pensée nomade**, Paris, PUF, 2006, p. 9.

<sup>23</sup> Jean-Michel Adam, “Les genres du discours épistolaire. De la rhétorique à l'analyse pragmatique des pratiques discursives”, en J. Siess (éd.), **La lettre entre réel et fiction**, Caen, SEDES, 1998, p. 38-39.

<sup>24</sup> Vincent Kaufmann, **L'équivoque épistolaire**, Paris, Editions de Minuit, 1990.

mostrarse “tal cual es”, a expandir su subjetividad. “Libre et codifié, intime et publique, tendue entre secret et sociabilité, la lettre, mieux qu’aucune autre expression associe le lien social et la subjectivité”, resume Grassi.<sup>25</sup> Esta dualidad tiene su correlato en el vínculo ambivalente con la norma, algo que quedó en evidencia a partir del siglo XVII: según R. Duchêne cuando el género por fin se codifica, se impone *ipso facto* el desdén por cualquier forma de sujeción a las reglas.<sup>26</sup> A su vez, si aparece como el espacio discursivo ideal para la construcción de una expresividad y subjetividad nacientes, ya en el siglo XIX, su divulgación se da a través de textos e instituciones que persiguen el objetivo contrario. Ya vimos más arriba el modo en que los manuales desalentaban, en los hechos, la escritura, y promovían el confinamiento de la mujer al espacio privado y a la mera lectura; también se ha señalado que la pedagogía de la carta fue igualmente utilizada como la ocasión para promover una educación moral cristiana, un espacio de restricción, de control sobre sí mismo: “Elle dicte les bonnes manières et les bons sentiments aux enfants d’une société qui prône le respect des familles et l’ordre bourgeois.”<sup>27</sup> Otra inestabilidad que recorre el género, y que lo torna refractario a la descripción, tiene que ver con su doble naturaleza de objeto completo e incompleto a la vez. Según Kerbrat Orecchioni, es “completo en tanto se presenta como un texto (con secuencias visibles de apertura y cierre); y es incompleto en tanto no tiene sentido si no es en relación con otro texto”. Este carácter “bastardo” estaría en el origen de algunas de sus características discursivas más notorias: abundancia de referencias diafónicas (al discurso del otro), tendencia a la enumeración, etc. Este rasgo remite a otro: el hecho de que se trate tanto de objetos discursivos puntuales como de eslabones de un proceso mayor que involucra, de manera activa, a más de un enunciadore. En efecto, cuando estamos ante un epistolario, cada carta debe pensarse en relación con otras, incluso en sus aspectos discursivos más básicos: el registro, el tono, el *ethos* de los correspondientes, los temas que se abordan y los que se descartan, todo forma parte de una negociación o estabilización progresiva, que se va dando con el correr de las cartas.<sup>28</sup> Françoise Voisin-Altani observa, de hecho, aquí uno de los rasgos más salientes de la carta personal: en ella se veía una forma específica de enunciación en la cual la subjetividad se construye en el marco de una relación recíproca entre el locutor y el alocutario.<sup>29</sup> De ahí que algunos la consideren “una forma híbrida y polívoca”: sincrónicamente, como una red de voces que se entretejen las unas a las otras; diacrónicamente, como las modulaciones sucesivas de una misma voz. De ahí también su particular vínculo con la temporalidad: las referencias al pasado (nostálgico) de la presencia del otro o al de la carta del otro; un presente que genera la ilusión del cuadro espacio-temporal compartido, y un futuro al que tiende toda carta en tanto allí, finalmente, se verifica su eficacia, aunque más no sea en mante-

ner el vínculo latente. En estas consideraciones también, siguiendo a Kerbrat-Orecchioni, se podría ver el costado abierto, inconcluso, transitorio, paradójico, de toda carta personal.

Desde la óptica de la teoría de los géneros discursivos, estas inestabilidades constituyen un desafío: la diversidad de temas y estilos, la presencia de secuencias discursivas variadas, distintos actos de habla involucrados, estructuras variables, caprichosas, etc. En ese sentido, no resulta llamativo que dos de sus más reconocidos referentes le hayan dedicado textos que están en el origen de revisiones importantes del concepto de género. Dominique Maingueneau, por ejemplo, utiliza la carta personal/familiar para ilustrar su teoría según la cual toda “escena de enunciación” supone tres escenas de habla: la escena *englobante* (que remite al tipo de discurso del cual se trata, al universo social en el que se inscribe: el discurso religioso, político, publicitario, etc); la escena *genérica* (ligada a los géneros discursivos, es decir, a los rituales socio-lingüísticos en los que se inscribe); y finalmente la *escenografía* (un dispositivo construido en el interior del discurso que supone una distribución de roles, un decorado, una cronología... desde el cual se interpela al interlocutor). El ejemplo que brinda es el de la “Lettre à tous les Français” con la cual François Mitterrand articuló su campaña presidencial en 1988, un texto en el cual el programa político que se anuncia adopta la escenografía de una carta familiar, donde el entonces presidente oficia de padre, afectuoso y serio, ante los “hijos” que lo escuchan. Este análisis lo lleva a concluir que la carta es un “hiper-género” que elude las taxonomías compactas en la medida que no es fácil deslindar géneros y sub-géneros (por ejemplo: la carta de amor sería un sub-género de la carta personal pero un género dentro de los discursos amorosos) y que, al poseer muy pocas restricciones temáticas, composicionales y estilísticas, puede asimilarse a las prácticas comunicativas más variadas, como género o como escenografía.<sup>30</sup> Jean Michel Adam,<sup>31</sup> por su parte, estudia la organización interna de las cartas partiendo de los modelos prescriptos por la retórica y la observación de las ocurrencias actuales. En ese marco, señala que más allá de las variantes aludidas, se observa una regularidad en la composición que, en forma de normativa, ya estaba presente en la tradición clásica y la medieval. La primera postulaba en toda carta tres grandes momentos: el exordio o la toma de contacto; el desarrollo del tema o la *narratio*; y la conclusión. En el medioevo, las partes se extienden a cinco: la *salutatio*, la *captatio benevolentiae*, la *narratio*, la *petitio* y la *conclusio*. Desde la perspectiva pragmática y textual en la cual se inscribe, él propone tomar como punto de partida la macro-unidad del texto dialogal que supone secuencias fáticas de apertura y cierre —visibles en toda interacción epistolar— y otras secuencias transaccionales diversas que constituyen el cuerpo de la carta, cuyo contenido, largo, y distribución temática va a depender del objetivo de la misma. Por otra parte, retomando a Bajtín, va a decir que no hay

<sup>25</sup> Marie Claire Grassi, 2005, *op. cit.*, p.9.

<sup>26</sup> Robert Duchêne, 1999, *op. cit.*

<sup>27</sup> Brigitte Díaz, 2006, *op. cit.* p. 25.

<sup>28</sup> Catherine Kerbrat-Orecchioni, “L’interaction épistolaire”, in J. Siess (éd.), **La lettre entre réel et fiction**, Paris, SEDES, pp. 15-36.

<sup>29</sup> Françoise Voisin-Altani, “L’instance de la lettre”, in J. Siess (éd.), **La lettre entre réel et fiction**, Paris, SEDES, pp. 15-36.

<sup>30</sup> Dominique Maingueneau, 1998, *op. cit.*

<sup>31</sup> Ver: Jean-Michel Adam y Ute Heidmann, “Des genres à la genericité. L’exemple des contes (Perrault et les Grimm)”, **Langages**, n° 153, Larousse, Paris, 2004, pp. 62-72; Jean-Michel Adam, “Types de textes ou genre de discours? Comment classer les textes qui disent de et comment faire?”, **Langages**, n° 141, Larousse, Paris, 2001, pp. 10-27.



género epistolar sino géneros: la diversidad manifiesta y las diferencias de tema, composición y estilo entre unos y otros serían el reflejo de “las diferencias en los ámbitos de circulación y producción de las cartas, es decir, de las prácticas socio-discursivas en las cuales los sujetos están involucrados”. A partir de este viejo postulado, Adam va a deslindar cuatro géneros prototípicos que ubica en un eje escalar que va de lo más íntimo a lo más público: los textos concretos “tenderán” a alguna de esas secuencias.

Así reconoce cuatro grandes grupos:

- a) la correspondencia íntima: amistosa, amorosa, erótica, familiar... cuyos rasgos más salientes serían la abundancia de implícitos, largo variable, tono informal.
- b) la correspondencia socialmente distanciada: involucra a un círculo de personas más amplio que el círculo íntimo. Por ejemplo, las cartas de agradecimiento, condolencias, etc. Este género sería más breve, más formal.
- c) la correspondencia de negocios/laboral: cartas comerciales y administrativas. Se verifica mayor distancia, formalidad, brevedad.
- d) la correspondencia abierta: mayor número de personas involucradas en el intercambio, fuerte impronta argumentativa, etc.

Esta clasificación, aunque poco exhaustiva en cuanto a los rasgos que oponen unas cartas con otras, tiene la ventaja de desplazar la problemática del género como repertorio de categorías a las cuales los textos remiten hacia una problemática más dinámica. Un texto no pertenece a un género de por sí sino que es puesto en relación con uno o varios géneros en el momento de la producción y de la recepción. Del mismo modo, Adam sugiere que estos formatos discursivos tienen contornos porosos, lábiles, de modo tal que resultan comprensibles las operaciones de pasaje de uno a otro de que pueden ser objeto.

Hechas estas aclaraciones, vamos a interrogarnos ahora, brevemente, de qué modo incidían estos rasgos en la escritura de dos de las mujeres de nuestro *corpus*. En otras palabras: qué representaciones se hacían ellas del género, qué dificultades se les presentaban, de qué modo las sorteaban. En suma: ¿qué configuración presentaba el género *carta personal* en la segunda mitad del siglo XIX en la escritura de dos mujeres no expertas?

## 2.2. Un ama de llaves normanda y una viuda rica de Buenos Aires

Dentro del amplio *corpus* con el que trabajamos, hay dos mujeres que se destacan por la asiduidad con la que le escribían a Alberdi y por el número de años que abarca el intercambio epistolar con él: por un lado, Angéline Dauge, su ama de llaves francesa, que le escribió 216 cartas a lo largo de 24 años, y por otro, Ignacia Gómez de Cánova, una amiga de Buenos Aires, que le envió 109 durante 18 años. En ellas nos detendremos ahora brevemente para describir un estado del género.

Una primera observación de estos materiales pone en evidencia

una escritura que refleja, creemos, los efectos de la enseñanza, mayormente rudimentaria y asistemática, que las mujeres recibían entonces, con algunas variantes en función de la clase social. En el caso de Dauge, estamos ante lo que Chamayou designa como una mujer “moyennement lettrée”, es decir, recientemente incorporada al mundo escrito, a través, probablemente, de una escolarización parroquial.<sup>32</sup> La suya es, a grandes rasgos, una escritura fuertemente ligada a la oralidad, en la medida que exige pasar por ese código para ser comprendida; y al no conllevar correcciones o marcas de relectura, sugiere una factura “espontánea”, desarrollada mayormente con el correr de la pluma. Esto resulta evidente en la ausencia de puntuación y de párrafos, en un uso caprichoso de las mayúsculas, una ortografía fonética y oscilante, una segmentación variable de las palabras y una sintaxis por lo menos desmañada. En el caso de Cánova, también se observa una ortografía inestable, que se amolda en algunos casos al habla; una puntuación arbitraria que, cuando aparece, está más ligada a la respiración que a la semántica, y una sintaxis principalmente paratáctica, que también recuerda las formas orales. En ambos casos, la representación del género epistolar que prima parece ser la de “una conversación con un ausente”, lo cual es evidente, entre otras cosas, por el uso de verbos como “hablar”, “conversar”, “decir” para referirse al acto de escritura, y en el caso de Cánova, por la construcción de una “escenografía conversacional”, ligada a las formas de la sociabilidad burguesa: la tertulia mundana o política, la conspiración, etc. En sus cartas, de hecho, se oyen ecos de su voz en el modo de disponer la información en la frase, en la vivacidad de la sintaxis, la reiteración de estructuras: “Con motivo de mi mudanza/me bisitan mis amigas las/ que lo conosen me preguntan/ con interés por si v viene y/ por que no viene, las que no/lo conosen por que desean cono/serlo asi es que no preciso/recomendarlo los hombres/ como v estan demasiados/recomendados”.<sup>33</sup> Es de notar que estos rasgos enumerados rápidamente no se modifican con el correr de las cartas: tal vez porque estas reminiscencias orales serían coherentes con esta concepción de la carta y porque la norma escrita no tenía peso todavía, pero sobre todo, creemos, porque el esfuerzo —tangible, incansable— que realizan las dos, aunque con orientaciones divergentes, está puesto en otra dimensión de la discursividad. En efecto, una hipótesis que guía nuestra investigación consiste en decir que el vínculo epistolar con Alberdi puso a estas mujeres en una situación enunciativa novedosa que las obligó a revisar y a extender su modesto repertorio genérico mediante un trabajo personal de envergadura alentado por la misma interacción epistolar. Y precisamente, en la medida en que se fueron entrenando y estabilizaron la *genericidad* de sus textos, lograron aprovechar la plasticidad propia de la carta personal para deslizarse en ámbitos enunciativos diferentes en los cuales plasmar otras voluntades comunicativas que también eran las suyas.

En el caso de Dauge, este movimiento se puede apreciar en el pasaje paulatino de una escritura que tiende, claramente, al comienzo, hacia el sub-género “carta de trabajo”, a otra que se va

<sup>32</sup> Anne Chamayou, *L’esprit de la lettre*, Paris, PUF, 1999.

<sup>33</sup> Carta fechada el 12/11/1864. Respetamos la ortografía original.

instalando, con fuerza, en el campo del discurso amoroso. Así, si sus primeras cartas aparecen como textos claramente “funcionales”, en la medida que su contenido remite al universo laboral y a las circunstancias de la vida doméstica, paulatinamente, una vez que le ha precisado a Alberdi qué publicaciones periódicas y qué cartas ha recibido a su nombre y le indica de qué modo se las hará llegar, una vez que lo ha interrogado acerca de su próxima visita a Saint-André o que le ha indicado los numerosos gastos que la casa le supone para saber si él sería tan amable de enviarle cierta suma de dinero. Dauge se aferra al *topos* de la salud, propio de la carta personal, y lleva su escritura al campo semántico del cuerpo y del dolor. Y al hacerlo, la emotividad de los enunciados se acentúa: “Me falta el aire”, “siento dolores en toda mi persona”, “ayer tuve otra crisis”, “estoy cada vez más enferma”, “quién sabe si estaré viva cuando usted reciba esta carta”, “me muero de tristeza y de aburrimiento, creo que no voy a vivir mucho tiempo”, “soy piel y huesos, da pena verme”, “pronto quedaré ciega a fuerza de tanto llorar”. Al estudiar con detenimiento estos comentarios, observamos que el tópico del cuerpo enfermo funciona como bisagra para pasar de lo que Adam llama “correspondencia de negocios o laboral” a una correspondencia más íntima: amistosa, amorosa, casi erótica. Las cartas de Dauge ponen así en escena dos marcos enunciativos: el primero, que la ubica como empleada ante su patrón, al cual se dirige con distancia y en un tono neutro, informando aquello que es pertinente. El segundo, más trabajado, la coloca como mujer ante un hombre al que quiere conmovir. En otros trabajos mostramos de qué manera este llamado de atención sobre el cuerpo se vincula con la imagen propia de la mujer decimonónica, la de la eterna enferma, así como con el ideal de belleza de aquel entonces, en tanto los síntomas que describe remiten a la tuberculosis, enfermedad romántica por excelencia.<sup>34</sup> Se trata aquí, a nuestro juicio, de una estrategia discursiva que Dauge va perfeccionando a lo largo de su intercambio con Alberdi y que consiste en instalar una zona de ambigüedad referencial donde las menciones al cuerpo admiten una lectura metafórica. Y que, a la vez que sugieren los padecimientos del suceder interior y crean una ilusión de acercamiento entre los cuerpos que el diálogo epistolar sabe distantes, le permiten abandonar el registro de lo utilitario que justifica la carta y adentrarse en un plano emotivo desde el cual construir, discursivamente, una relación de otro orden.

En el caso de las cartas de Ignacia Cánova, aparece un gesto análogo, en el cual se da un pasaje entre un tipo de carta y otro, entre un tipo de vínculo y otro distinto. Se trata aquí de una situación diferente de la anterior ya que la relación entre ambos no es laboral, asimétrica, sino de amistad entre personas que pertenecen al mismo círculo social. Sin embargo, las cartas de Ignacia también ponen de manifiesto una evolución en relación con la escritura, cuyo inicio podemos situar con bastante precisión: ocurre en 1865, poco después de que estalla la Guerra de la Triple Alianza. Hasta ese momento, las cartas de Ignacia remitían a una modalidad epistolar mundana, ligada a la sociabilidad y a la urbanidad de aque-

lla época: ella se burla, por ejemplo, del vestido de una conocida en común o le pide una recomendación para un amigo, desmiente que se haya casado, como él le pregunta socarronamente, coquetea. Cuando empieza la guerra, sin embargo, el tema excluyente de las cartas pasa a ser la contienda bélica: el tono cambia, se torna combativo, y toda la afectividad se concentra en su compromiso político, que está orientado en favor de los paraguayos. Al mismo tiempo, Cánova va a empezar a juntar y seleccionar recortes de diarios para enviarle y a recabar información entre conocidos acerca de lo que está pasando y de lo que se dice en Buenos Aires para hacérselo saber a Alberdi. En el caso de Ignacia, su progresivo dominio del género, las huellas de su aprendizaje, resultan patentes en dos aspectos: por un lado, su trabajo sobre su *ethos* discursivo mediante el cual va legitimando su mirada de tal forma que Alberdi preste atención a lo que ella le dice; por el otro, aceitando cada vez más una retórica de la inmediatez propia del periodismo y contraria al modo de circulación de las cartas de entonces que tardaban semanas antes de llegar a destino. En cuanto al primer punto, resulta notable cómo pasa rápidamente a un segundo plano el tono seductor que impera en las cartas anteriores a la guerra, donde ella se refería al luto que iba dejando atrás, le pedía retratos, se burlaba de otras mujeres de su medio, y empieza a hacer gala de sus infinitos contactos que le permiten saber, casi de primera mano, qué está pasando en la esfera política y en el teatro de la guerra. Así, por sus cartas desfilan senadores, diputados, representantes extranjeros, distintos ciudadanos notables de la ciudad que la visitan o que ella encuentra en casa de su hermana. También se muestra como una mujer informada, lectora de todos los diarios de la capital que, por otra parte, lee críticamente. Más de una vez señala: “Los diarios dicen (tal cosa), falta saber si es cierto”. En cuanto al segundo punto, la construcción del *scoop*, Cánova la actualiza escandiendo su carta de enunciados que anuncian que algo puede pasar antes de que termine la carta, y que se lo hará saber. Dice, por ejemplo, “si puedo saber algo se lo escribiré al final de esta carta, que no la serraré hasta último momento”; “si viene alguna noticia buena le escribiré por el alcance”; “no serraré esta carta hasta último momento hasta ver si llega algo para comunicarle”; “creo que antes de serrar esta habrá algo nuevo”; “antes de serrar esta creo que habrá alguna noticia Dios Quiera sea buena para nosotros”; “quien sabe si antes de serrar esta carta no tenemos un triunfo”. Para medir la eficacia de estos procedimientos, baste citar una carta que da cuenta de la frecuencia con la que Alberdi contestaba sus cartas: aunque no disponemos de sus epístolas, probablemente inhallables, sí sabemos que en julio de 1868 ella le escribe: “estoy tan acostumbrada a recibir carta suya en todos los vapores que me causa inquietud su silencio”.

## Conclusiones

Este trabajo nos permitió recorrer algunas representaciones del género “carta personal” que circulan en occidente desde hace varios siglos: bajo la forma normativa de los *ars dictaminis* o los manuales, bajo la forma de modelo en las numerosas antologías, y en la cuantiosa literatura que sobre este fenómeno se escribió,

<sup>34</sup> David Le Breton, *La sociologie du corps*, Paris, PUF, 1992; y *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993.

tanto en el ámbito de la lingüística como de la historia de la cultura escrita. En este marco, observamos los contornos del género en algunas ocurrencias concretas, que tenían la ventaja de haber sido redactadas por mujeres no expertas, cuyos textos rara vez fueron conservados, y que nos permiten acercarnos al modo en que la escritura fue concebida por una población que llegaba tardíamente al mundo de la cultura escrita. En los ejemplos que analizamos, mostramos sucintamente el modo en que el aprendizaje de la discursividad era simultáneo con el vínculo epistolar, y que este consistió, precisamente, en explorar la vaguedad del género, las posibilidades que ofrecían sus *topoi* (el cuerpo, el tiempo), su inherente flexibilidad, y usar todo esto en función de las propias motivaciones comunicativas. En el caso de Angéline Dauge presenciamos el pasaje de una carta utilitaria a una carta cercana al discurso amoroso y, en el de Cáneva, de una carta mundana a una carta periodística, comprometida políticamente. Vimos que el cambio es más complejo de lo que parece, en tanto supone una alteración cuasi total de la escena enunciativa: el rol de los interlocutores, su estatus, el tipo de respuesta que interperlan, los tonos, las secuencias.

No insistimos lo suficiente, y por eso queremos hacerlo ahora, en el hecho que este aprendizaje debió de ser arduo, teniendo en cuenta la educación rudimentaria que recibieron estas dos mujeres en materia de escritura, más allá de las diferencias sociales que las separan. Se trató de un aprendizaje sin dudas motivado y alentado por el hecho de interactuar con este intelectual, y se hizo en gran medida en forma solitaria y en el marco de la misma práctica de escritura. Es importante recordar esto, ya que pesa sobre la carta personal la representación de que se trata de un género fácil, casi podríamos decir, retomando a Bajtin, de un género primario de la comunicación escrita, es decir, de aquel cuyo aprendizaje es espontáneo, natural, inconsciente; paralelo casi a la adquisición del lenguaje. Esto no es así. Para Dauge, principalmente, escribir es una tarea esforzada, que la cansa y la pone a prueba. Para Cáneva, es una exigencia de la sociabilidad de la época a la que no puede sustraerse sin aislarse de un círculo de personas a las que quiere seguir estando asociada. Coincidimos, más bien, con el francés Marc Fumaroli que sostiene que su aparente simplicidad es, en realidad “un trompe l’oeil, una ilusión óptica que oculta los engranajes de una mnemotécnica y de un arte ejercido en forma cotidiana”.<sup>35</sup> Por momentos, afortunadamente, nos topamos con *corpus* de cartas donde estos engranajes se dejan ver.

### Resumen

El presente trabajo pasó revista a algunas representaciones del género “carta personal” que circulan en occidente desde hace varios siglos: bajo la forma normativa de los *ars dictaminis* o los manuales, bajo la forma de modelo en las numerosas antologías, y en la cuantiosa literatura que sobre este fenómeno se escribió, tanto en el ámbito de la lingüística como de la historia de la cultura escrita. En este marco, intentamos describir los contornos del género tal como aparecen en dos *corpora* concretos: el de dos mujeres que le escribieron a lo largo de varios años a Juan Bautista Alberdi. El interés de este análisis radica en que estamos frente a escritoras no expertas cuyo entrenamiento en la cultura escrita va a la par de su práctica epistolar, y que muestran, en el correr de sus textos, tanto las ideas que se hacen del mismo como una destreza creciente para adaptar la labilidad del género a su propia voluntad enunciativa.

### Palabras clave

Género epistolar; Escritura de mujeres; *Ars dictaminis*

### Abstract

The following work is an overview of some different examples of the genre referred to as “personal letters”. Personal letters have circulated in the west for centuries as a normative form in “ars dictaminis”, in manuals or as models in numerous anthologies, and in the plethora of literature that has been written about this phenomenon in the sphere of linguistics and the sphere of literary history. Considering this we will attempt to describe this genre as it appears in the two concrete “corpora” here which are those of the two women who wrote to Juan Bautista Alberdi over the course of several years. The key interest of this analysis lies in the fact that we are considering two women who were not experts in this field and that they learnt their craft as they wrote which can be seen when reading their texts in their ideas as well as in their increasing talent to adapt this genre to their own will and voice.

### Keywords

Epistolary genre; Women’s writing; *Ars dictaminis*

<sup>35</sup> Marc Fumaroli, “Genèse de l’epistolographie classique: Rhétorique humaniste de la lettre, de Pétrarca jusqu’à Juste Lipse”, *Reveu d’histoire littéraire de France*, 1978, pp. 886-905.

¿Un Aleph de papel?

# Fragmentos de la vida intelectual en los epistolarios de José Ingenieros y de Robert Lehmann-Nitsche

Alejandra Mailhe\*

Este trabajo indaga en torno a la construcción de redes de sociabilidad y la circulación de bienes e ideas a través de dos epistolarios inéditos, pertenecientes a dos figuras destacadas de las ciencias sociales argentinas a principios del siglo XX: el psiquiatra, criminólogo y ensayista argentino José Ingenieros y el antropólogo alemán Robert Lehmann-Nitsche.<sup>1</sup> Revisando algunos tramos de la correspondencia de estos autores, este artículo busca evaluar, indirectamente, las posibles ventajas —y limitaciones— del estudio de este género discursivo en investigaciones centradas en el cruce entre historia de las ideas e historia intelectual.

Creemos que el breve recorrido exploratorio que aquí se propone, en torno a algunos segmentos de estos epistolarios, permite aprehender la potencia sugestiva —pero también las limitaciones— del trabajo sobre la correspondencia. Al relevar algunos indicios fragmentarios y heterogéneos de la vida intelectual y/o afectiva de los actores considerados, se hace evidente la diversidad de tensiones materiales y simbólicas constitutivas de este género discursivo (y, por ende, la multiplicidad de variables —incluido el género sexual— que se vuelve necesario considerar en el análisis).

En principio, es posible caracterizar el género epistolar como marcado por la fragmentación, la fuerte dependencia respecto del contexto enunciativo coyuntural, y la heterogeneidad de su contenido, al remitir a aspectos muy diversos de la vida intelectual, política, afectiva —e incluso erótica— de los autores. Al anclaje en el contexto y a la diversidad de contenidos, es necesario sumar la dispersión de tesis enunciativas que pueden proliferar en una misma carta, recorriendo las diversas facetas sociales del sujeto de enunciación, e incorporando incluso otras voces, en una polifonía difícil de inteligir tanto desde la distancia biográfica como desde la distancia histórica. A esa opacidad (que en parte da cuenta de la complejidad de las subjetividades que se perfilan en —y a través de— las cartas) es necesario sumar la fragilidad material, propia de los documentos inéditos y —en muchos casos— pensados originariamente con una función utilitaria y efímera.

\* Universidad Nacional de La Plata / CONICET.

<sup>1</sup> El epistolario de Ingenieros forma parte de uno de los fondos pertenecientes al CeDInCI. El epistolario de Lehmann-Nitsche se encuentra en el legado del mismo autor, actualmente en el Instituto Iberoamericano de Berlín.

A través de los casos de Ingenieros y Lehmann-Nitsche —aquí estudiados con un carácter meramente exploratorio— buscamos ejemplificar en qué medida el campo intelectual puede ser regido, a distancia, a través de la correspondencia, a tal punto que los documentos de este género devienen un instrumento clave en el ejercicio del control intelectual.

## I. Cartas para dirigir al director

En el caso del epistolario de Ingenieros, quisiera centrarme especialmente en la correspondencia intercambiada con Helvio Fernández durante el “auto-exilio” del primero en Europa. Allí pueden verse, entre otros elementos, los pliegues de la “co-dirección” de la revista *Archivos de psiquiatría, criminología, medicina legal y ciencias afines*,<sup>2</sup> hasta la decisión de su cierre, el malestar político del “exiliado”, los pormenores conceptuales —pero también subjetivos— del giro de Ingenieros hacia la filosofía (moviéndose inseguro en un campo disciplinar y regional al que recién arriba), e incluso el lazo de camaradería íntima entre ambos. Fundada inicialmente por el médico Francisco de Veyga, y dirigida por Ingenieros desde sus comienzos hasta su desaparición en 1913, *Archivos* se instala rápidamente como una de las publicaciones más prestigiosas en el ámbito de la psiquiatría y la criminología de la época. Ese prestigio se expande a nivel nacional e incluso continental, ya que la revista se transforma en un espacio clave para la consolidación de la Argentina como centro teórico para el resto de la criminología latinoamericana.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> En adelante, *Archivos*. Los cambios de nombre que sufre la revista, a lo largo de sus doce años, evidencian la tensión entre dos disciplinas (la psiquiatría y la criminología) en proceso de consolidación y en competencia. En efecto, la revista se inaugura en 1902 bajo el título *Archivos de criminología, psiquiatría y medicina legal*; ese año se modifica la acepción italiana de “criminalología” por “criminología”. En 1903 se transforma en *Archivos de psiquiatría, criminología y ciencias afines*, explicitando la centralidad mayor de la psiquiatría (que somete el delito al estudio psicopatológico) y la apertura hacia nuevos campos. En 1904 se agrega una especificación más concreta al contenido de las “ciencias afines”, al incluirse el subtítulo “Medicina Legal – Sociología – Derecho – Psicología – Pedagogía”. Por fin, desde 1908 y hasta el final en 1913, pasa a llamarse simplemente *Archivos de psiquiatría y criminología aplicadas a las ciencias afines*.

<sup>3</sup> Ingenieros (1920: 172) observa la importancia capital de las revistas que, en la época, editan casi toda la producción sobre temas psiquiátrico-criminológicos en Argentina, contrastando con la relevancia muy menor de los



La revista comienza a editarse en 1902 en Buenos Aires. Cuando Ingenieros crea el primer Instituto de Criminología en la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires, asumiendo como su primer director, la publicación pasa a editarse en esa institución, como su órgano oficial, siendo impresa en los talleres gráficos de la Penitenciaría Nacional, por el mismo tipo de presidiarios, disciplinados en el trabajo carcelario, que son objeto de análisis en la revista. Además de cruzar criminología y psiquiatría, **Archivos** incorpora los puntos de vista jurídico, policial, pedagógico y penitenciario, revelando la convergencia de diversos saberes sobre los mismos objetos.<sup>4</sup>

Pero la exitosa carrera intelectual de Ingenieros, marcada por un reconocimiento internacional significativo (visible, por ejemplo, en la amplia red de intelectuales latinoamericanos y europeos que participan en **Archivos**) sufre un quiebre cuando, en 1911, el gobierno de Roque Sáenz Peña le niega a Ingenieros su nombramiento en la cátedra de Medicina Legal en la Universidad de Buenos Aires. Como protesta, Ingenieros renuncia a todos sus cargos, denuncia la injusticia en una carta pública al Presidente de la Nación, y se autoexilia en Europa hasta 1914.<sup>5</sup>

Durante sus años en Europa, Ingenieros continúa ejerciendo una dirección virtual de la revista **Archivos**, a través de la correspondencia intercambiada con su colega y amigo Helvio Fernández, que en 1911 —cuando Ingenieros se va del país— lo suplanta en la dirección del Instituto de Criminología y en la dirección de la revista.<sup>6</sup>

Las cartas evidencian en qué medida Ingenieros ejerce, desde Europa, una dirección indirecta de esta publicación, orientando a Fernández en cada decisión a tomar con respecto al contenido de la publicación, a los contactos nacionales e internacionales que debe sostener este medio y a las estrategias de financiamiento del mismo, hasta que en 1913 decide el cierre de la publicación, en base a una serie de factores (que van desde el posible cambio de dependencia de la revista, hasta el alejamiento de los intereses de Ingenieros respecto del campo psiquiátrico-criminológico).

Veamos algunos ejemplos. En 1912, además de la actitud directriz, Ingenieros piensa que la revista puede continuar hasta que él regrese a Argentina, sobre todo si cuentan “con la complicidad” de José G. Angulo, por entonces secretario de la revista y colaborador de Fernández en el Instituto de Criminología.<sup>7</sup> Esa dirección indirecta

libros sobre la misma temática. Además, destaca la centralidad de **Archivos** como parte de “la época de mayor lustre para la psiquiatría nacional” (Ingenieros, 1920: 180).

<sup>4</sup> Al respecto ver Dovic (2012).

<sup>5</sup> Entre los documentos en los que Ingenieros procesa su afrenta con Sáenz Peña, ver la carta formal de renuncia a la cátedra de Psicología, dirigida al Decano de Filosofía y Letras, Rodolfo Rivarola (fecha el 28/08/1913), conservada en el “Fondo Ingenieros” del CeDInCI. Ingenieros sólo regresa a Buenos Aires en julio de 1914, cuando Sáenz Peña le cede la presidencia a Victorino de la Plaza.

<sup>6</sup> Además, el médico Helvio Fernández dirige el “Servicio de alienados delincuentes” en el Hospicio de las Mercedes; se especializa en psiquiatría y criminología, y es docente en la cátedra de Clínica psiquiátrica.

<sup>7</sup> Ver carta de Ingenieros a Fernández del 22 de mayo de 1912, en el “Fondo Ingenieros” del CeDInCI. Angulo edita un solo artículo en **Archivos**, en 1913, sobre “Los tatuados en la Penitenciaría Nacional”.

ta se mantiene en 1913, aunque Ingenieros deja ver en sus cartas una creciente distancia respecto del proyecto de la revista (en parte, como resultado de su distanciamiento respecto de su disciplina de base). Así por ejemplo, el 28 de febrero de 1913, Ingenieros le advierte a Fernández que él no es el dueño de la revista, sino que ésta le pertenece al Instituto de Criminología. En la carta que le envía el 18 de junio de 1913 le insiste:

[...] ya vi los Archivos “tuyos” y están muy bien. Pídeles colaboración a Etchart, Mercante, Senet, Raquel Camaña, algún informe a Lucio López, a Jakob, a los médicos de los dos hospicios, a Gómez, a Areco (la conferencia que dio en el centro jurídico), a Vidal, son los candidatos más probables. Yo te mandaré muy en breve algo de mi libro, antes de que aparezca. Ahora están los originales en Madrid. No me opongo a que le pidas artículos a Cabred, pero veo con tristeza que él pueda aprovechar tu pedido para encajarte algún bombo. Tú mismo me has escrito que él me diagnosticó “irremediable degeneración moral”, y no es moral que mis doce años de Archivos vengan a servirle de vehículo.<sup>8</sup>

Además, por motivos económicos le indica suspender el envío de números al exterior, a pesar del reconocimiento que tiene la revista allí, llegando a sugerirle la idea de cerrar la publicación (“darle la última puntilla”) a fin de año.

En otras cartas de 1913 enfatiza este rol de “dirección del director”, orientando a Fernández en el pedido de artículos y en la adopción de estrategias para la supervivencia económica de la revista, además de apelar a esta publicación para realizar una primera edición de algunos capítulos de los libros que se encuentra corrigiendo en Europa.<sup>9</sup> Pero a la vez aumenta la tensión con respecto a su vínculo con el proyecto: en una carta de 1913 sin fechar (probablemente de enero/febrero), Ingenieros le insiste a Fernández que su nombre ya no aparezca más en la portada de **Archivos**, y le aclara, con un énfasis que revela cierta irritación:

Te advierto que estoy muy contento con esta solución, pues los tales Archivos... *no estaban ya muy dentro de mi última orientación intelectual, exclusivamente filosófica*. A mi regreso

<sup>8</sup> Ver carta de Ingenieros a Fernández del 18 de junio de 1913, en el “Fondo Ingenieros” del CeDInCI. Obsérvese la ironía con que se refiere a la posesión de **Archivos** por parte de Fernández. El libro del que propone enviar partes, en edición en España, es **Criminología** (de hecho, Ingenieros edita en **Archivos** un solo artículo a lo largo de todo el año 1913, “Sobre clasificación de los delincuentes”, en **Archivos**, 1913: 513). Asimismo, Ingenieros expresa (aquí, como en otras muchas cartas) su resquemor frente al médico psiquiatra Domingo Cabred, de quien se halla distanciado desde hace años (entre otros documentos que prueban las tensiones de ese vínculo, en el “Fondo Ingenieros” del CeDInCI se conserva una escueta —y dura— carta de Cabred a Ingenieros, de noviembre de 1902, en la que le solicita sea retirado su nombre del Comité de redacción de **Archivos**).

<sup>9</sup> De este modo salen, en versiones preliminares, varios apartados de **El hombre mediocre**, a lo largo de 1911. Así por ejemplo, en una carta a Helvio Fernández del 30 de julio de 1913, Ingenieros le promete el envío del prólogo y las conclusiones de **El derecho penal en formación** (y le dice que si no salen allí, gire esos textos a **La semana médica**). En varios pasajes queda en evidencia que Ingenieros prefiere recibir las pruebas de galera de **Archivos**, para corregir el libro (en proceso de escritura) a partir de estas copias, más legibles que sus originales manuscritos. Esta práctica parece constante en todo el epistolario con Fernández.

(si tal ocurriese, pues no tengo prisa) he de publicar una revista de otra orientación y ella habrá enterrado a los Archivos, de manera que igual da enterrarlos antes.<sup>10</sup>

En consonancia con la indicación de Ingenieros, en el último número de **Archivos** (noviembre/diciembre de 1913), la editorial “Cerrando un ciclo” anuncia el final de la publicación, “por haberlo así determinado la voluntad de su fundador, el Dr. José Ingenieros”.<sup>11</sup> Tranquilizadoramente —aunque contradiciendo el contenido de las cartas personales intercambiadas con Ingenieros— Fernández le aclara al lectorado de **Archivos** que probablemente esta revista “reaparecerá, con mayores impulsos y, tal vez, mayor amplitud, para constituir el eje de un movimiento intelectual propulsor del progreso científico, algo así como el provocado por la actuación de Emerson en los Estados Unidos”.<sup>12</sup> Una vez que se cierra **Archivos**, esta publicación es sustituida por la **Revista de criminología, psiquiatría y medicina legal**, editada con continuidad entre 1914 y 1927. Dirigida por Fernández, esta nueva revista se consolida como órgano del Instituto de Criminología de la Penitenciaría Nacional, conservando en términos generales el formato de **Archivos**.<sup>13</sup>

En 1915, ya de regreso en Buenos Aires, Ingenieros funda la **Revista de Filosofía**, dirigida por él y co-dirigida por Aníbal Ponce. En **La locura en la Argentina**, Ingenieros confirma retrospectivamente que **Archivos** fue suspendida, en 1913 y por decisión propia, “para editar, con un programa más amplio, la **Revista de Filosofía**”, definiendo un proyecto de intervención interdisciplinaria y abierta a diversas corrientes, incluyendo el idealismo espiritualista.<sup>14</sup> A pesar

de las notables diferencias (dado el contraste evidente entre los énfasis respectivamente científico y cultural de ambas publicaciones), el programa de la **Revista de Filosofía** podría verse prefigurado —al menos en cierta medida— en la heterogeneidad de voces disciplinares y de perspectivas epistemológicas presentes previamente en **Archivos**.

## Alusiones y elusiones políticas

La correspondencia de Ingenieros durante su auto-exilio en Europa permite iluminar mejor las modulaciones de su desplazamiento epistemológico, desde la ciencia hacia la filosofía, así como también las mediaciones introducidas para pensar **El hombre mediocre** como un instrumento de confrontación alusiva y elusiva respecto del gobierno.<sup>15</sup>

En efecto, esa estadia de Ingenieros en el exterior acompaña la profundización de un giro epistemológico con respecto a su etapa conceptual previa (sesgada por el positivismo bio-economicista, que había desplegado especialmente en el campo de la criminología y de la psicología experimental). En este nuevo contexto, el ensayo **El hombre mediocre** (1913) supone un abandono del tono y de los temas de esa etapa previa, en favor de una indagación filosófica en torno al problema del papel (psicológico, social, cultural y político) de los ideales en la vida individual y colectiva.<sup>16</sup>

En su nueva etapa, Ingenieros mantiene la asignación de un papel rector a las minorías letradas, sosteniendo el mismo enfoque que presentan sus textos desde el período juvenil de **La Montaña** hasta sus intervenciones positivistas en los **Archivos**. En **El hombre mediocre**, rechazando tanto la aristocracia oligárquica como la democracia igualitaria, Ingenieros niega la igualdad al advertir que la mediocridad no puede ser abolida, ya que el mérito es la base natural del privilegio. Por eso opone la imitación del hombre-rebaño (incapaz de ideales), a la imaginación creadora de una selecta minoría idealista, emancipada de la multitud, que combina elitismo, moralidad, saber y juventud. En este sentido, apelando a un tópico de claras resonancias nietzscheanas, advierte que es necesario contener la mediocridad para evitar el gobierno de los mediocres. En la estela elitista del **Ariel** (1900) de José E. Rodó (desde una condena de la ampliación democratizante que en 1916 conducirá a Hipólito Yrigoyen al poder), señala que la democracia es una mediocracia, y que el igualitarismo equivale a una reducción de los valores espirituales a meros valores materiales calibanescos.

<sup>10</sup> Ver carta de Ingenieros a Fernández, s/d, 1913, en el “Fondo Ingenieros” del CeDInCl; subrayado nuestro. En la misma carta se manifiesta irritado contra el Instituto de Criminología, y especialmente contra Angulo, de quien ya no quiere ni recibir correspondencia. Desde el número editado en marzo/abril de 1913, ya no es Ingenieros sino Fernández quien aparece anunciado en la tapa de **Archivos** como su director (además de figurar en la contratapa como Director interino del Instituto de Criminología).

<sup>11</sup> Al mismo tiempo, avisa que el Instituto iniciará al año siguiente una nueva **Revista de criminología y psiquiatría** “que intentará proseguir el mismo programa de estudios, examen y crítica que se había trazado la publicación que hoy termina”.

<sup>12</sup> **Archivos**, 1913, p. 641. Compensando la afirmación de una continuidad con el proyecto “científico” de Ingenieros, esta identificación sutil de su figura con la de Emerson anticipa veladamente al lectorado la certeza del giro filosófico —ya irreversible— llevado a cabo por el proyecto intelectual del primero.

<sup>13</sup> La **Revista de criminología** explicita que esta publicación busca suplir a **Archivos**, manteniendo el mismo programa de estudio y la misma forma de edición. En efecto, el primer número se abre con la declaración de un programa, centrado en el objetivo explícito de llenar el vacío dejado por el cierre de **Archivos**, “corriendo la misma forma de edición y tratando de desarrollar el mismo programa de estudio puesto en práctica por el Dr. Ingenieros” (**Revista de criminología**, n° 1: 3). Esta revista de Fernández mantiene los vínculos con autores latinoamericanos, e incluso reabre el contacto con los autores brasileños que se habían cerrado para **Archivos** desde 1904: en la **Revista de criminología** editan Esmeraldino O. Bandeira—con un texto traducido del portugués por José Angulo— y Elysió de Carvalho entre otros, ya en el primer año, además de Fernando Ortiz. También se receptionan libros de Brasil y de Cuba (como **A través de la criminología** de Israel Castellanos, cuestionado como un curioso —y acaso ya anacrónico— ejemplo de tesis lombrosiana). En el último número de 1914 también se celebra la pronta aparición de la **Revista de Filosofía** dirigida por Ingenieros, y se edita un adelanto del programa de la misma, junto con el índice del primer número. Marcando cierta diferencia con respecto a **Archivos**, la **Revista de criminología** de Fernández incorpora por ejemplo una sección de “Documentos judiciales” con fallos y sentencias, evidenciando así una mayor separación de los discursos disciplinares en proceso de profesionalización.

<sup>14</sup> Ver Ingenieros (1920: 182).

<sup>15</sup> Ya en 1986 Terán planteaba la necesidad de esclarecer la confrontación coyuntural con Sáenz Peña estudiando la correspondencia de Ingenieros.

<sup>16</sup> En la “Advertencia preliminar” de la tercera edición, Ingenieros señala que el ensayo reúne lecciones sobre psicología del carácter, dadas en su cátedra de la Facultad de Filosofía y Letras, en 1910. Varias fueron editadas previamente en **La Nación**, entre 1910 y 1911, o reunidas en **Archivos** entre 1911 y 1912, antes de la primera edición en libro en 1913. A lo largo de este proceso, Ingenieros introduce diversas modificaciones en el texto, entre las publicaciones periódicas y la primera edición en libro, y entre ésta y la tercera edición de 1917.

A la vez, la exaltación de los ideales éticos y ascéticos desplegada en este ensayo, implícitos en la marginalidad solitaria del genio intransigente, supone una auto-legitimación de la propia condición de “exiliado” (desde una autonomía ideal, por fuera —por encima— de la política, libre incluso para llevar a cabo una auto-inmolación heroica). Ese gesto implica, por contraste, una condena de los sectores de la elite intelectual que, por entonces, mantienen una relación de dependencia respecto del Estado.<sup>17</sup>

Pero esta condena explícita del involucramiento en la coyuntura política oficial converge con la introducción de una serie de mediaciones que colocan el ensayo, deliberadamente, muy por encima de una simple acusación pública a Sáenz Peña desde el exilio.<sup>18</sup> Además, las modificaciones introducidas por el autor al menos entre la primera edición en libro en 1913 y la tercera edición de 1917 ponen en evidencia su búsqueda tanto de un público masivo (y de una amalgama superadora entre ciencia y filosofía), como de un ambiguo y problemático distanciamiento elitista respecto del poder. En este último sentido, por ejemplo, en 1917 Ingenieros suprime la referencia explícita a Sáenz Peña que había sido editada en una nota al pie en la primera edición de 1913, abriendo el capítulo “Los arquetipos de la mediocracia”. Allí el ensayista advertía que

[...] así como para loar el genio ha elegido el autor dos ejemplares luminosos de su “patria”, Sarmiento y Ameghino, para caracterizar al arquetipo de las mediocracias ha encontrado un ejemplar perfecto en el actual presidente de su “país”. Lo que no es su intención ocultar.<sup>19</sup>

Si ésta es una de las pocas e indirectas referencias a Sáenz Peña en 1913, los cambios de escritura y supresiones posteriores insisten en que el discurso se sitúe por encima de la coyuntura “mediocre”. Ese borramiento de las referencias permite una ampliación del lectorado por encima de los límites partidarios y de las fronteras nacionales, asegurando además la vigencia filosófica —y acaso transhistórica— del ensayo.

El epistolario con Fernández durante el auto-exilio de Ingenieros vuelve mucho más claro el contenido político de ese texto, ya apagado parcialmente en la primera edición, y todavía más en las siguientes. En este sentido, algunas cartas vinculadas a la dirección del director de *Archivos* se convierten en un ejemplo paradigmático del modo en que el estudio de la correspondencia puede permitir completar los significados ideológicos elididos —voluntaria o involuntariamente, y por diversos motivos— en

las fuentes editadas. En efecto, en varios momentos, volviendo mucho más explícito el sentido político asignado al texto, el enfrentamiento con Sáenz Peña (que Ingenieros presenta como la principal causa de su decisión de renunciar a todos sus cargos y de abandonar el país) gravita en varias de las cartas intercambiadas con Fernández. Así por ejemplo, en la del 4 de septiembre de 1913, apela a la complicidad fraternal de su destinatario, en calidad de colega y amigo, para criticar a Sáenz Peña y a sus “aduladores” mediocres, críticos de su figura.<sup>20</sup> Especialmente significativo resulta el hecho de que, en esa carta, vivencie el triunfo editorial inigualable de *El hombre mediocre* (que ese año alcanza dos ediciones de 10.000 ejemplares por la editorial Renacimiento) como una verdadera venganza política, difamatoria del presidente dentro y fuera del país. Incluso la soledad estoica que se procesa en varias cartas, a partir de una auto-imagen fundada en la consagración al estudio, y en el orgullo por la entereza ética del auto-exilio como protesta, confirman la identificación sutil de sí mismo con el modelo del genio, implícita en *El hombre mediocre*.

## Relaciones asimétricas

Las cartas intercambiadas con Fernández también dejan entrever la inversión intelectual que implica, para Ingenieros, este desplazamiento de la psiquiatría y la criminología positivistas hacia el campo filosófico, en el cual Ingenieros se mueve con mayor dificultad. En efecto, varias cartas a Fernández revelan los esfuerzos y las desventuras de Ingenieros intentando consolidarse en Europa, en un espacio disciplinar que todavía le es ajeno. Ingenieros insiste en subrayar su avidez por estudiar en soledad, invirtiendo sus energías en formarse en un ámbito intelectual que aún no domina. En ese espacio (y especialmente en Alemania), parece asumir una posición subordinada, en paralelo con sus esfuerzos por aprender el alemán, en permanentes viajes de la Suiza francesa a Heidelberg. Así por ejemplo, en una carta del 26 de agosto de 1913, dirigida a Fernández, Ingenieros da cuenta del vínculo establecido con algunos intelectuales europeos como Nisse, Erb, Ranke y Hoffmann; pero en el núcleo del relato confiesa una anécdota desgraciada: el evento bochornoso en que quedó mal parado, al elogiar el trabajo del argentino/alemán Christfried Jakob, sin saber que éste no estaba bien conceptualizado entre los intelectuales alemanes.<sup>21</sup> Ese tipo de notas marginales revelan, en cierta medida, la relativa fragilidad de Ingenieros en su nuevo ámbito, en contraste con sus experiencias previas de segura consagración internacional.

A la luz de este tipo de datos, se resignifica la apertura de Ingenieros hacia una discursividad filosófica, pero orientada a cooptar un público masivo (mediado por las juventudes universitarias, a las que interpela más especialmente), tal como ocurre en *El hombre mediocre*. El carácter de difusión de este ensayo

<sup>17</sup> Al respecto, ver Dalmaroni (2006).

<sup>18</sup> Cabe recordar que generalmente *El hombre mediocre* se ha interpretado como una respuesta crítica contra Sáenz Peña (por ejemplo, ésta es la hipótesis de José Luis Romero en la década del sesenta, en *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*). En cambio, otros enfoques (como el de Juan Carlos Torchia Estrada, también en los sesenta) plantean la inauguración, con este texto, de una tríada de escritos moralistas por parte de Ingenieros (continuada por *Hacia una moral sin dogmas* y por *Las fuerzas morales*), que apunta a realizar un llamamiento ético de la juventud.

<sup>19</sup> Ver Ingenieros (1913: 265). Obsérvese, en esta cita, el uso irónico de las comillas para referirse a la Argentina, en el contexto del resentido auto-exilio del autor en Europa.

<sup>20</sup> Ver carta de Ingenieros a Fernández del 4 de septiembre de 1913, en el “Fondo Ingenieros” del CeDInCI.

<sup>21</sup> En 1899 el neurobiólogo alemán Christfried Jakob (luego nacionalizado argentino) es contratado para organizar el laboratorio de neurobiología del Hospicio de las Mercedes.

puede pensarse entonces no solo como resultado del interés del autor por formar al nuevo lectorado en expansión (y en proceso de convertirse en electorado), sino también como consecuencia de una formación *amateur* que el propio Ingenieros ensaya en la madurez y en soledad, intentando incorporar —con limitaciones— una *episteme* que, por su prestigio creciente —desde las vertientes espiritualistas—, amenaza con desplazar la hegemonía del positivismo, ya en declive.

Como contrapartida de esa debilidad del “recién-venido” al mundo filosófico europeo, Ingenieros tensiona algunas relaciones asimétricas que prolongan su prestigioso liderazgo en el campo intelectual argentino, y especialmente en el seno de **Archivos**. Así por ejemplo, las cartas que intercambia con el médico (y secretario de **Archivos**) José Angulo, ligadas a la edición de la revista, permiten reconstruir el vínculo de subordinación de este último con respecto al “director” distante (amén de poner en evidencia las motivaciones económicas que comprometen la continuidad de la edición, más allá del alejamiento de Ingenieros respecto de este proyecto editorial).

El 27 de mayo de 1912, Angulo le confiesa su entrega “incondicional” a trabajar en favor de la edición de la revista.<sup>22</sup> Esa carta ape- la sutilmente a los tópicos de la entrega desinteresada en favor de un ideal, implícitos en la estela de **El hombre mediocre**; en este sentido, Angulo se sitúa en una posición de doble fidelidad a Ingenieros, por su trabajo en **Archivos** tanto como por el seguimiento de su nuevo idealismo de masas. Sin embargo, un mes después, en otra carta dirigida a Ingenieros, Angulo ya se presenta urgi- do por apremios económicos personales que ponen en jaque su compromiso con ese proyecto editorial.<sup>23</sup> Reconstruida la secuen- cia de cartas, las quejas de la segunda empañan la fidelidad idea- lista y desinteresada de la primera, desenmascarando más bien la apelación a una estrategia fundada en el tópico del “desinterés” (lo que el propio Ingenieros de **La simulación en la lucha por la vida** podría haber definido como simulación “mesológica” y “astuta”). La situación económica de Angulo empeora y sus reclamos crecen: en la carta del 28 de octubre de 1912 le avisa a Ingenieros que **Archivos** se ha quedado sin subsidios, por lo que Fernández le ha encargado obtener avisos publicitarios y aumentar las suscripcio- nes. Entonces se anima a consultar a Ingenieros sobre la posibili- dad de quedarse él mismo con al menos una parte del dinero, para financiar su propio trabajo (que parece mantener *ad honorem*).

Probablemente este reclamo económico, en medio de las difi- cultades materiales que enfrenta la revista, colabora en desatar la cólera de Ingenieros, que rompe el vínculo con Angulo, negán- dose a partir de entonces a recibir su correspondencia por consi- derarlo un traidor.

## Relaciones íntimas

Tal como se percibe en la correspondencia intercambiada entre Ingenieros y Fernández, la dirección intelectual de **Archivos**, des- de el auto-exilio de su primer director, se despliega en el marco de un vínculo de camaradería íntima, parte de una fraternidad mas- culina que deja entrever un ejercicio del poder “entre-nos”. En ese contexto, por ejemplo, las indicaciones de dirección, por parte de Ingenieros, se entremezclan con la confesión apasionada de los nuevos anhelos intelectuales (filosóficos) que lo alejan progresi- vamente del perfil psiquiátrico previo, pero también con comen- tarios acerca de los percances en la salud de su novia (que lo obli- gan a posponer el matrimonio), y con la referencia a la nostalgia personal por volver a Buenos Aires, por haber postergado el for- mar una familia, o por la mera conciencia de la fugacidad del tiem- po. A la vez, esas confesiones “existenciales” se matizan con refe- rencias íntimas a las hazañas sexuales deseadas o concretadas —con más o menos éxito— por parte del propio Ingenieros o de colegas comunes a ambos en Europa. También en esos “logros” parece jugarse el prestigio propio —incluido el prestigio intelect- ual— durante su estadía de “soltero” en el viejo continente. El caso más persistente, en el epistolario con Fernández, es el del “inventor”, un amigo argentino en común, alojado temporalmente en Suiza, y definido por Ingenieros como “el inventor”, pero tam- bién —y sin tapujos— como “el cogedor”, consagrado casi exclusi- vamente a concretar en Europa sus conquistas sexuales, pues “el inventor vive aparte, en una pensión de primer orden; está dedi- cado a ‘hacer el cogedor’ sin fijarse en la calidad. No se ocupa de otra cosa en las 24 horas del día. Yo no puedo hacer lo mismo. Tengo aquí trabajo para muchos años...”, le confiesa a Fernández en una carta del 15 de enero de 1912, lamentándose del alto costo de su inversión en el estudio.<sup>24</sup> Las referencias de Ingenieros a la vida sexual son casi permanentes, aunque marginales en las car- tas. Así por ejemplo, en otra carta del 21 de noviembre de 1911, en un viaje en vapor, Ingenieros le confiesa a su amigo Fernández en la posdata: “Este vapor es la ínsula de la castidad. No hay damas... ni siquiera un par para abrir el pozo”.

Ese tono humorístico extiende el dejo irónico, satírico (“fumista”, según la definición del propio Ingenieros en **La simulación...**),<sup>25</sup> que se había iniciado en la sociabilidad juvenil de “La Syringa” (el grupo bohemio fundado por Ingenieros en 1897), hacia los vín- culos entre los varones, incluso cuando éstos ya han devenido funcionarios del Estado. En este sentido, las cartas con Fernández muestran la prolongación de diversas formas “masculinas” de ejer- cicio del poder, incluyendo el relato de hazañas sexuales (más allá de los compromisos monogámicos), como parte de una com- plicidad fraterna. Y esa fraternidad (en definitiva, homo-erótica)

<sup>22</sup> Ver carta de José Angulo a Ingenieros, del 27 de mayo de 1912, en el “Fondo Ingenieros” del CeDInCI.

<sup>23</sup> Ver carta de José Angulo a Ingenieros, del 20 de junio de 1912, en el “Fondo Ingenieros” del CeDInCI.

<sup>24</sup> Ver carta de Ingenieros a Fernández del 15 de enero de 1912, en el “Fondo Ingenieros” del CeDInCI.

<sup>25</sup> En **La simulación en la lucha por la vida**, el ensayista incluso alude a sí mismo al remitir a su “Apología de la risa”, publicada inicialmente bajo el pseu- dónimo de “Hermeño Simel”, para probar su simulación “fumista” (propia de un super-hombre nietzscheano que apela a la risa como recurso para- digmático de su superioridad). Ver Ingenieros (1996:116).



cierra el acotado círculo de la “aristocracia del espíritu” mejor preparada para el ejercicio del poder.<sup>26</sup>

Por otro lado, el concepto amplio de “simulación social”, tal como es desplegado por Ingenieros en **La simulación...** (incluyendo la “fumistería” intelectual como una forma superior de simulación), puede introducir una particular (dis)torsión en la escritura autobiográfica del propio Ingenieros en sus cartas, incluidas las confesiones eróticas a Fernández: a la luz del laberinto barroco de simulaciones que enmarca su teorización sobre la lucha por el poder, esas confesiones íntimas —sometidas a una lectura desconfiada— pueden develarse como “poses”, sostenidas aun frente a un lector privado y entrañable.

Por fin, si en la correspondencia con su colega y amigo Fernández, Ingenieros apela a la complicidad íntima de la amistad y, al mismo tiempo, continúa ejerciendo por la misma vía el control a distancia de la revista, es posible pensar que esa complicidad fraterna favorece el ejercicio del poder, potenciando la dirección del director.

## II. ¿Cartas para negociar “trabajos de campo” a distancia?

Mientras el criminólogo Ingenieros se afilosopha en Europa, el antropólogo alemán Robert Lehmann-Nitsche se consolida en Argentina, como antropólogo físico y como folclorista, a través de la dirección del Departamento de antropología en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata. Su vasta correspondencia con intelectuales argentinos y latinoamericanos parece contrastar, por su distanciamiento sobrio, con la complicidad íntima y “fumista” que mantiene Ingenieros al menos con intelectuales profesional y afectivamente muy ligados a su trabajo.

Nos interesa recorrer algunos fragmentos del epistolario de Lehmann-Nitsche apenas para ejemplificar otra faceta de la “dirección a distancia”: el intercambio de “dones” (o la negociación de favores) académicos, en una red nacional y continental a través de la cual se consolida la antropología como disciplina científica, en una vasta red de colaboraciones (y legitimaciones) recíprocas. Esta variante de la “dirección a distancia” busca, en definitiva, insistir en la demostración de las posibles ventajas metodológicas del trabajo sobre las cartas en general como objeto de estudio, en el marco de una investigación sobre historia de las ideas e historia intelectual.

El epistolario de este alemán en Argentina permite entrever su papel de gestor cultural y de mediador entre el interior y Buenos Aires, y entre Buenos Aires y varios centros latinoamericanos y europeos. En varias de las cartas que intercambia Lehmann-Nitsche con intelectuales argentinos y latinoamericanos, se percibe su papel activo en la compra de bienes (libros, folletos, objetos arqueológicos o incluso esqueletos, para bibliotecas y colecciones como la del Museo de La Plata), el afianzamiento de vínculos

los académicos y de amistad, el establecimiento de contactos e influencias, e incluso el avance de sus investigaciones personales, sesgadas por un minucioso coleccionismo de información, obtenida —ávidamente— gracias a una amplia red formada por múltiples informantes del interior y de toda América Latina.

La correspondencia que Lehmann-Nitsche mantiene con las figuras del campo psiquiátrico-criminológico vinculado a la revista **Archivos** es fluida pero también formal y estrictamente académica, poniendo en evidencia la distancia que media entre subcampos de especialización ya bastante diferenciados a principios del novecientos.

A la luz de la correspondencia conservada con figuras locales (como Estanislao Zeballos, Joaquín V. González o Ernesto Quesada), los lazos que Lehmann-Nitsche mantiene con diversas figuras de las élites intelectual y dirigente argentinas están marcados por la formalidad propia de una cierta exterioridad, que refuerzan la condición del alemán como un extranjero prestigioso pero menos integrado a la trama de vínculos e influencias, y que parece preservar esa distancia formal como ventaja. Así por ejemplo, a través de algunas cartas intercambiadas entre Ernesto Quesada y Lehmann-Nitsche es posible reconstruir la mediación ejercida por el primero para que el segundo conozca personalmente al filólogo español Ramón Menéndez Pidal, durante la estadía de este último en Buenos Aires; esa mediación falla y el encuentro no se concreta, poniendo en evidencia cierto malestar que bloquea en parte la fluidez de los vínculos.

Una excepción en este sentido parece ser el lazo de Lehmann-Nitsche con Juan Vucetich, acaso por la pertenencia de ambos al ámbito científico platense. Varias cartas de Vucetich registran el intercambio constante de bibliografía: entre otros ejemplos, en 1899 Vucetich le escribe prestándole un libro de Alphonse Bertillon (precisamente, el material que aproxima la identificación criminológica respecto de la antropología física que practica Lehmann-Nitsche), y en 1915 le agradece el envío de un libro sobre dactiloscopia, cuando el método dactiloscópico difundido por Vucetich ya ha sido consagrado.<sup>27</sup>

Además de ofrecer indicios parciales sobre los diversos estilos de sociabilidad intelectual, algunas cartas, presentes tanto en el “Fondo Ingenieros” del CeDInCI como en el “Legado Lehmann-Nitsche” del Instituto Iberoamericano de Berlín, permiten reconstruir las huellas de una profunda enemistad intelectual, precisamente entre las dos figuras privilegiadas en este trabajo: Lehmann-Nitsche e Ingenieros. La única carta (conservada en el “Legado Lehmann-Nitsche” de Berlín) enviada a Lehmann-Nitsche por el joven Ingenieros —en calidad de secretario de **La semana médica**— es breve y meramente burocrática.<sup>28</sup> Pero varios

<sup>27</sup> En 1925, un año luego de la muerte de Vucetich, Helvio Fernández le organiza un homenaje, e invita a Lehmann-Nitsche a escribir allí “dadas sus especiales vinculaciones con Vucetich y su obra” (según carta de Fernández a Lehmann-Nitsche, del 15 de junio de 1925, en el “Legado Lehmann-Nitsche” del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín).

<sup>28</sup> Ver carta de Ingenieros a Lehmann-Nitsche, del 29 de agosto de 1901, en el “Legado Lehmann-Nitsche” del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín. Se trata de una nota en la que le informa la lectura y edición, por parte de esa revista, de un trabajo de Delio Aguilar sobre arañas ponzoñosas.

<sup>26</sup> Sobre las formas masculinas de ejercicio del poder en Ingenieros (incluido el “titeo”) ver especialmente Molloy (2012: 17-82).

años después el vínculo entre estas dos figuras alcanza un punto muy álgido de conflictividad: a partir de una reedición cordobesa de un libro de Lehmann-Nitsche (que sufre una corrección descuidada), Lehmann-Nitsche se expresa despectivamente contra Ingenieros en una nota al pie; Ingenieros le responde con una carta muy agresiva en donde lo amenaza, declarando que “si ha sido su intención chancearse de mí, téngase por enviado a chancearse de su madre”, para cerrar aclarando “que estas líneas no son una improvisación sino mi manera habitual de corresponder las torpezas de sujetos con quienes no he tenido relaciones de ningún género, ni puedo tenerlas, por la insalvable diferencia de nivel intelectual”.<sup>29</sup> Al día siguiente Ingenieros le envía una copia de esa carta al Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (Rodolfo Rivarola), “por si ocurriese alguna ulterioridad entre profesores de la casa, y en la casa”, al tiempo que dos abogados representantes de Lehmann-Nitsche (Antonio Dellepiane entre ellos) se presentan ante los abogados de Ingenieros (V. Martínez Cuitiño y D. Ortiz Grognet) para exigir una retractación “por los términos ofensivos” de Ingenieros, “o en su defecto una reparación por las armas”, apelando de este modo al duelo —por entonces, todavía legal— para la solución del conflicto intelectual.<sup>30</sup> Finalmente, tal como se deduce del acta, ambas partes ceden y se concluye decorosamente la afrenta mutua... sin derramamiento de sangre.

En contraste con la distancia profesional —o incluso, la confrontación extrema— que parece mantener Lehmann-Nitsche con algunas figuras del ámbito criminológico local, los vínculos con antropólogos argentinos y latinoamericanos parecen fluidos, intensos, marcados por la colaboración y la rivalidad propias de un involucramiento pleno en la conformación de una disciplina específica. En efecto, al menos en el “Legado Lehmann-Nitsche” conservado en Berlín, varias cartas evidencian un constante intercambio de libros y contactos, que el alemán ofrece en general a cambio de información etnográfica, evidenciando el establecimiento de una suerte de “sistema de postas”, imprescindible por entonces en el precario campo antropológico. Solo por señalar algunos casos ejemplificadores a nivel nacional y continental, en la correspondencia entre Lehmann-Nitsche y el antropólogo argentino Adán Quiroga, este último comparte hipótesis de su investigación sobre los calchaquíes, y le pide libros sobre el tema.<sup>31</sup> En los intercambios con el arqueólogo francés Duncan Wagner —asentado en Santiago del Estero y en estrecha amistad con Lehmann-Nitsche— se percibe la misma reciprocidad: Duncan le pide apoyo para intervenir en un congreso de americanistas, comparte con Lehmann-Nitsche información arqueológica sobre la “civilización chaco-santiagoueña” que tanto lo desvela —y que dará lugar a la escritura de un libro monumental, editado en

1934—,<sup>32</sup> al tiempo que se ofrece para presentarle un libro en París. Y en el marco de un diálogo de colaboración que se amplía hacia otros contextos latinoamericanos, el arqueólogo mexicano Manuel Gamio (discípulo de Franz Boas y figura clave del indigenismo gestado en el marco de la Revolución Mexicana) le envía, en 1923, su obra más importante desde el punto de vista arqueológico, **La población del valle de Teotihuacán** (1921). En la carta que acompaña el envío,<sup>33</sup> queda claro que se trata de un agradecimiento a Lehmann-Nitsche por haberlo nombrado socio correspondiente de la “Sociedad argentina de estudios geográficos”. Tal como se entrevé en la carta, tampoco en este caso Lehmann-Nitsche se ha privado de convertir a Gamio en informante de sus investigaciones etno-lingüísticas, insistiéndole por ejemplo en que averigüe “qué estrellas son conocidas en México con el nombre de ‘los ojos de Santa Lucía’”.

De estos intercambios, uno de los más significativos —en base al interés temático de Lehmann-Nitsche— se establece con el artista plástico y etnógrafo italiano Guido Boggiani, por entonces dedicado al estudio de varios grupos indígenas del Gran Chaco. En una carta fechada en mayo de 1899, desde Asunción del Paraguay, Boggiani le agradece a Lehmann-Nitsche el envío de textos suyos, mostrándose especialmente interesado en un folleto del alemán sobre los “guayaomi” pues —declara— “acabo de volver de una exploración por los territorios habitados por esa tribu *invisible*, y el contenido de su folleto me servirá de mucho en mis investigaciones”.<sup>34</sup> En este vínculo en particular, la correspondencia extiende el alcance de la visualidad etnográfica de mundos “desconocidos” en el seno de una red de solidaridad intelectual imprescindible: Boggiani observa y registra *in situ*, partiendo de la guía intelectual de Lehmann-Nitsche —entre otras fuentes de autoridad previas— y, al mismo tiempo, su trabajo promete profundizar el conocimiento del alemán sobre estos grupos.

## Relaciones comerciales y redes de influencias

Varias cartas del legado de Lehmann-Nitsche conservado en Berlín registran el interés material implícito en los vínculos intelectuales

<sup>29</sup> Carta de Ingenieros a Lehmann-Nitsche, del 6 de noviembre de 1917, en el “Fondo Ingenieros” del CeDInCI.

<sup>30</sup> Acta del 7 de noviembre de 1917, en el “Fondo Ingenieros” del CeDInCI. Las actas del duelo frustrado entre Ingenieros y Lehmann-Nitsche se editan además en la *Revista de Filosofía* (vol. VII, primer semestre de 1918: 159-169). Agradezco este dato a Cristina B. Fernández.

<sup>31</sup> Ver por ejemplo carta del 8 de abril de 1904, en el “Legado Lehmann-Nitsche” del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín.

<sup>32</sup> Se trata de **La civilización chaco-santiagoueña**, escrita en francés y editada en 1934 con prólogo y traducción de Mariano Paz y de Bernardo Canal Feijóo. Este extenso ensayo de los hermanos Duncan y Emilio Wagner —resultado de la investigación realizada desde 1901 en Llanta Mauca y Mistol Paso entre otras áreas— sostiene, como hipótesis básica, que la población del Chaco santiagoueño fue cuna de una refinada civilización imperial, caracterizada por un misticismo elevado y una homogeneidad teocrática y militar, no casualmente afín al pensamiento de los autores (arqueólogos *amateurs* de la aristocracia francesa). Atribuyéndoles erróneamente gran antigüedad a piezas que no la tienen —antes de la aplicación del método de carbono 14—, los Wagner reivindican el origen prestigioso de esa civilización perdida que reconecta con las grandes civilizaciones mediterráneas, a partir de una remotísima *Magna Mater* común. Al respecto, ver Martínez, Taboada y Auat (2003).

<sup>33</sup> Carta de Gamio a Lehmann-Nitsche, del 7 de agosto de 1923, en el “Legado Lehmann-Nitsche” del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín.

<sup>34</sup> Carta de Boggiani a Lehmann-Nitsche, de mayo de 1899, en el “Legado Lehmann-Nitsche” del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín. Subrayado en el original. Dado que Boggiani viene de explorar el Gran Chaco, solo puede estar refiriéndose a los guayaquíes que obsesionan a Lehmann-Nitsche, y a cuya lengua le dedica varios trabajos.



del mundo arqueológico. En algunos casos se trata objetivamente de transacciones comerciales. Así por ejemplo, en una carta (fecha da en septiembre de 1900, desde Asunción del Paraguay), Boggiani le avisa a Lehmann-Nitsche que ha encontrado en sus exploraciones varias sepulturas de indios guayakíes: “como Ud. bien puede imaginar, este descubrimiento es de los más importantes para la antropología de esta tribu casi completamente desconocida” señala, subrayando la importancia exclusiva de su hallazgo. Inmediatamente después procede a ofrecerle la venta de los cuerpos y a pedirle otros contactos a quienes tentar con esa “mercancía”, pues sabe “que al Museo de La Plata y a los antropólogos europeos interesan sobremanera los esqueletos de guayakíes”. E insiste en que “la ocasión es única, pues es singularmente difícil hacer hallazgos como el que acabo de hacer”. Pero como la exhumación y el traslado resultan costosos, Boggiani le pide que confirme “si el Museo de La Plata estará dispuesto a pagar \$600 por un esqueleto completo y [...] si desea que [...] le reserve alguno más”, ya que no puede embarcarse “en una empresa tan costosa por el solo amor al arte” (esta última expresión adquiere, sin querer, un sentido irónico especialmente en el caso de Boggiani, quien proviene literalmente del campo del arte).<sup>35</sup> Sin embargo, Lehmann-Nitsche no depende de la compra de cadáveres en el Gran Chaco, ni de costosas expediciones, para ampliar sus conocimientos sobre la tribu “desconocida” de los guayakíes: Boggiani muere en 1901, en manos de un indio chamacoco (o de un grupo), en un episodio que incluye, además, la destrucción y el entierro de su cámara, en una suerte de exorcismo vengativo. Pocos años después Lehmann-Nitsche tiene acceso al estudio de una joven guayakí... en plena ciudad de La Plata: conociendo el interés de Lehmann-Nitsche por este grupo, el psiquiatra Alejandro Korn lo convoca para estudiar un caso, alojado por el propio Korn en el hospital de alienados de Melchor Romero, con posible diagnóstico de ninfomanía.<sup>36</sup>

Las cartas entre Lehmann-Nitsche y Boggiani permiten confirmar en qué medida ese vínculo es prolífico. Si Boggiani le ofrece bienes, imágenes fotográficas y cadáveres, cuando muere, Lehmann-Nitsche negocia con el explorador checo Pavel Fric (y luego con la

editorial Rosauer de Buenos Aires) la compra de una vasta colección de imágenes producidas por el etnógrafo italiano, para editarlas como postales, bajo el título de “Colección Boggiani de tipos indígenas de Sudamérica central”. Lehmann-Nitsche queda así a cargo de la edición de una serie de más de cien tarjetas postales, publicadas en 1904 por la casa Rosauer, con prólogo bilingüe (alemán/español) a cargo de Lehmann-Nitsche. En disonancia con respecto al nacionalismo oficial, puede entreverse en la edición (y en el prólogo que agrega Lehmann-Nitsche), cómo esa colección de imágenes apela al valor tanto estético como científico de las tomas (y en este sentido, apunta a educar a un lectorado en crecimiento, y en proceso de nacionalización, mediante la introyección de tipos sociales de frontera, que forman parte de una identidad remota, residual, latente aun en las antípodas de la modernización urbana, pero integrable a los exotismos locales, desde la óptica moderna de Lehmann-Nitsche).<sup>37</sup> Además de aprovechar el potencial económico de esa edición masiva, la colección se destina también a un selecto círculo de especialistas (especialmente la acotada serie de desnudos indígenas, que Lehmann-Nitsche sustrae de la edición destinada al público masivo, para evitar un uso “indebido” —es decir, pornográfico— de las imágenes).

En otros casos, la correspondencia de y para Lehmann-Nitsche registra las negociaciones institucionales que el alemán lleva a cabo para financiar estadias de docencia o viajes de investigación. Este es el caso del arqueólogo y ensayista peruano Luis Valcárcel, quien en julio de 1920 le escribe a Lehmann-Nitsche mandándole un folleto suyo sobre arqueología de la prehistoria peruana y, con esa excusa, le avisa que desea dar un curso sobre ese tema en la Universidad Nacional de La Plata.<sup>38</sup> A partir de allí las cartas se suceden, en un intercambio marcado por el pedido de asesoramiento en contenidos y en contactos de parte del peruano, otra vez a cambio de información arqueológica y lingüística de parte del alemán. Así por ejemplo, celebrando el interés de Lehmann-Nitsche por la “astrognosia” de los antiguos peruanos, Valcárcel (en una carta fechada en noviembre de 1920) le dice que se ha esforzado mucho por obtener la información que le ha pedido, entre especialistas y entre indígenas, sobre la

<sup>35</sup> Carta de Boggiani a Lehmann-Nitsche, de septiembre de 1900, en el “Legado Lehmann-Nitsche” del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín.

<sup>36</sup> Se trata de una indígena secuestrada en Paraguay, luego del asesinato de sus padres, y enviada primero a San Vicente y luego a La Plata para servir en la familia de los padres de Alejandro Korn. Habiendo desafiado los controles sexuales de la familia, la joven (llamada Damiana, según el bautismo católico) es internada por Korn, en 1907, en el hospital Melchor Romero bajo su dirección. Korn convoca a Lehmann-Nitsche para que haga una pericia antropométrica de la joven, y Lehmann-Nitsche responde con una dedicatoria de su informe a Korn. El texto de Lehmann-Nitsche (editado en la *Revista del Museo de La Plata*) permite ver tanto la conversión de la dominación social y simbólica en patología mental, como las resistencias del sujeto femenino a volverse un objeto dócil para la investigación científica. También revela la ductilidad de los sujetos sometidos a experiencias de aculturación: Damiana habla con relativa fluidez el alemán (aprendido en el seno de la familia de Korn) y el español; toda la explotación servil de la infancia y la adolescencia la coloca en un lugar mestizo, inestable y anómico que decepciona al antropólogo, ávido de guayakíes puros (en ese sentido, el estudio antropométrico que realiza Lehmann-Nitsche es tal vez, al menos en parte, el resultado de la frustración culturalista, dada la hibridez espuria e inclasificable del “caso”). Muerta la joven de tuberculosis (muy poco después del estudio del alemán), se ordena su decapitación y el envío de su cabeza para ser analizada por antropólogos físicos de Berlín, en contacto con Lehmann-Nitsche. Sobre este informe ver Perazzi (2009).

<sup>37</sup> Tal como se percibe en esta colección, Boggiani fotografía a los indígenas sonrientes y en diversas poses, incluso interpellando con la mirada a la cámara, para revelar la espontaneidad de una *kinesis* descontracturada y ajena por completo a la rigidez impuesta por la antropología física. Esa condición atípica es rápidamente detectada en el contexto enunciativo de la época: en un artículo difundido tras la muerte de Boggiani, Lehmann Nitsche subraya que su fotografía tiene el valor de fijar por primera vez, “en la placa fotográfica [y] con intención, la risa del hombre primitivo”. Además, individualiza a varios de los fotografiados, en un gesto respetuoso de su identidad. Su versión de lo indígena se construye en las antípodas de la antropología física, pero también lejos de cualquier heroización indigenista que pudiera contradecir demasiado el horizonte ideológico de las élites locales (con las que Boggiani mantiene fuertes lazos, y de las que depende —en parte— para su supervivencia económica). Esforzándose por ampliar el sentido de lo bello para incluir el exotismo racial y cultural indígena, Boggiani se regodea —por ejemplo— mostrando la belleza de algunos desnudos indígenas (implícitamente equiparados a los modelos grecolatinos), o la potencialidad artística de la pintura corporal entre las indias caduveo (esa última estilización se opone claramente a la patologización del tatuaje, en la criminología positivista de entresiglos, incluidas tanto las teorizaciones de Lombroso como las contenidas en la revista *Archivos*).

<sup>38</sup> Carta de Valcárcel a Lehmann-Nitsche, del 29 de julio de 1920, en el “Legado Lehmann-Nitsche” del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín.

constelación de “la Chacana”, pero que ha fracasado en su identificación;<sup>39</sup> no obstante Lehmann-Nitsche le insiste en que siga buscando referencias sobre ella.<sup>40</sup> A cambio, Lehmann-Nitsche intenta gestionar el dictado del curso en la UNLP, por parte de Valcárcel, aunque solo obtiene el permiso para hacerlo... si no aspira a cobrar honorarios. Sintomáticamente, ante el aviso del carácter *ad honorem* del proyecto, Valcárcel responde que no puede viajar a causa de una dolencia de su esposa, que lo obliga a permanecer en un balneario.<sup>41</sup>

## Tensiones en sordina

Otras cartas de Lehmann-Nitsche ponen en evidencia el papel clave jugado por este género discursivo para procesar las asimetrías y rivalidades académicas, refractando parte de las profundas tensiones que sesgan la consolidación de la disciplina antropológica. Este es el caso, entre otros, de la correspondencia mantenida entre Lehmann-Nitsche y el antropólogo italo-argentino José Imbelloni. Lehmann-Nitsche es 13 años mayor que Imbelloni, y su dedicación a la antropología es muy previa a la suya. Confirmando esa distancia jerárquica y generacional, Lehmann-Nitsche interviene como jurado en el concurso de Imbelloni como suplente en “Antropología” (en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en 1921). Luego en 1927, Imbelloni se hace cargo de un curso en el cual se desempeñaba hasta entonces Lehmann-Nitsche como titular: en una carta fechada en julio de 1927, desde Paraná, Imbelloni le pide asesoramiento para desempeñarse en ese cargo.<sup>42</sup> Pero un año después, la asimetría parece revelar cierto resentimiento en sordina: en una carta de 1928, además de pedirle a Lehmann-Nitsche que interceda frente al Museo de Berlín (porque necesita unos objetos de la colección *Rivero und Tschudi* que pertenece a esa institución), Imbelloni le confiesa, con cierto dejo de malicia, que, “aunque me perdone la crítica, [sus trabajos no están] exentos de *aquel contenido romántico aisladamente local que caracteriza los escritos sudamericanos*, y que acaso forma su seducción más profunda, afectiva, y estimulante en este ambiente de lectores indiferentes a los problemas cumulativos de las sociedades humanas”.<sup>43</sup> Distanciándose del estudio de Lehmann-Nitsche (a su criterio, marcado por una erudición limitada, e incapaz de extenderse hacia hipótesis globales), Imbelloni defiende veladamente su propio método histórico-cultural, fundado en el estudio de las correspondencias que permitirían probar sus tesis

difusionistas.<sup>44</sup> Confirmando un sentimiento de frustración —que acompaña cierto resentimiento de fondo—, Imbelloni firma esa carta —escrita en Paraná— como “José Imbelloni, antropólogo, condenado a hacer el pedagogo”. Por lo demás, esta queja de Imbelloni (que sugiere la asunción de la docencia como una práctica menor, ejercida desde una doble “periferia” simbólica, tanto respecto de los centros hegemónicos como respecto de la consagración a la investigación) puede pensarse como una suerte de contracara de la envidia de Ingenieros para con el amigo “inventor” (¡consagrado exclusivamente a los placeres carnales, en Europa!).<sup>45</sup>

## Breves consideraciones finales

La comparación de los dos epistolarios que aquí hemos revisado fragmentariamente parece revelar la presencia de estilos de sociabilidad intelectual antagónicos. A la complicidad intimista del “entre-nos” masculino, sesgada por el humor y la irreverencia (y que alterna bien con el ejercicio de autoridad, potenciándola), se opone la distancia solemne y respetuosa del extranjero, que traza “desde el gabinete” sólidas redes intelectuales, logrando poner al servicio de su investigación erudita a varias figuras ya prestigiosas a nivel nacional y continental. Es probable que ese contraste entre dos estilos de sociabilidad divergentes haya incidido en el alcance del conflicto que se desata entre ambos en 1917, cuando la defensa del prestigio individual los conduce al borde de un duelo por las armas.

A pesar de la presencia de estilos de sociabilidad intelectual divergentes, los dos *corpus* de cartas evidencian el ejercicio de una dirección intelectual a distancia: desde el auto-exilio, Ingenieros reafirma su papel de director del director formal de Archivos, e incluso profundiza los vínculos asimétricos con subalternos de esa publicación, actualizando así su plena pertenencia y su prestigio, al tiempo que ensaya procesar su fragilidad de “extranjero” en el ámbito de la filosofía (y especialmente, de la filosofía en Europa). Además, al confesar sus aspiraciones existenciales, afectivas y sexuales, prueba constantemente la vigencia de esa complicidad que lo coloca “dentro del círculo”, aun estando fuera. También Lehmann-Nitsche ejerce una dirección a distancia, pero articulando una red de contactos con intelectuales a fin de —entre otras cosas— ampliar informalmente su propio trabajo de campo. En esta dirección, ambos epistolarios conducen a pensar que las cartas no solo contienen orientaciones directrices, sino que además, como género, ellas mismas se redefinen aquí como un instrumento privilegiado en el ejercicio del poder y, por ende, como un documento clave (y por momentos, insustituible) para medir las tensiones que

<sup>39</sup> Carta de Valcárcel a Lehmann-Nitsche, del 9 de noviembre de 1920, en el “Legado Lehmann-Nitsche” del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín.

<sup>40</sup> Carta de Lehmann-Nitsche a Valcárcel, del 24 de diciembre de 1920, en el “Legado Lehmann-Nitsche” del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín.

<sup>41</sup> Carta de Valcárcel a Lehmann-Nitsche, del 31 de enero de 1921, en el “Legado Lehmann-Nitsche” del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín. Valcárcel aclara que le ha mandado una carta al Decano, aclarándole que igualmente quiere dictar el curso, aunque por ahora no pueda hacerlo. Luego, tal como declara Valcárcel en sus *Memorias*, Valcárcel visita la Argentina en 1923, pero ese viaje adquiere un perfil “oficial” y no académico.

<sup>42</sup> Carta de Imbelloni a Lehmann-Nitsche, de julio de 1927, en el “Legado Lehmann-Nitsche” del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín.

<sup>43</sup> Carta de Imbelloni a Lehmann-Nitsche, del 1º de junio de 1928, en el “Legado Lehmann-Nitsche” del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín. Subrayado nuestro. En particular, Imbelloni se refiere a *Caricanchay Las aves gritonas* de Lehmann-Nitsche, textos que además confiesa haber leído muy rápidamente.

<sup>44</sup> Sobre las discusiones de Imbelloni con el difusionismo, extendido en los años veinte, ver su ensayo *La esfinge indiana* (1926).

<sup>45</sup> Casi un año después esa tensión reaparece: en carta del 8 de mayo de 1929 (en el “Legado Lehmann-Nitsche” del Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín), Imbelloni le discute a Lehmann-Nitsche la prioridad en la publicación de un hallazgo arqueológico, aunque todavía confía en resolver el conflicto personalmente: intentando bajar la tensión del enfrentamiento, le dice que “cuando hayamos establecido una conversación recíproca, no puede haber celos de ninguna clase, pues antes de escritores, somos ambos caballeros”.



sesgan los campos intelectuales. En este último sentido, además, ambos epistolarios dejan entrever la necesidad de ampliar los límites de la propia categoría bourdieusiana de “campo intelectual”, para pensar las redes de consolidación disciplinar en una doble dimensión, nacional y transnacional, constantemente renovada.

Además, tal como vimos al comparar las cartas de Ingenieros con su ensayo **El hombre mediocre**, el estudio de la correspondencia puede iluminar mejor algunos significados (ideológicos, pero también culturales, psicológicos, etc.) elididos voluntaria o involuntariamente —y por diversos motivos— en las fuentes editadas.

Sin embargo, tal como mencionábamos al comienzo de este trabajo, varios factores también interfieren en la interpretación de los epistolarios, desde la fragmentación de los documentos y la fuerte dependencia respecto del contexto enunciativo, hasta la heterogeneidad del contenido y la dispersión de las tesis enunciativas, afines a la complejidad psíquica de los sujetos de enunciación.

Especialmente cuando indagamos en cartas no destinadas *a priori* a la publicidad (como en los dos casos aquí considerados), la lectura nos arrastra hacia el lugar inquietante de un *voyeurismo* biográfico, ávido de aprehender una subjetividad que se construye a sí misma en la escritura,<sup>46</sup> al tiempo que —al menos, en parte— se resiste a la interpretación. En este último sentido, contra las ilusiones pre-freudianas de cierta historia intelectual (pienso incluso en enfoques teóricos vigentes, como el de Quentin Skinner),<sup>47</sup> la intencionalidad del sujeto (múltiple, opaca, esquiva, también inconsciente) resulta siempre —en mayor o menor medida— inasible. Por eso, la lectura de fuentes autobiográficas (incluidos los epistolarios) requiere de una constante vigilancia autocrítica, para evitar “caer en la tentación” de la transparencia. El propio Ingenieros, apelando al vocabulario de su época, expresa esa sospecha escéptica, al extender la simulación a todas las prácticas sociales, incluida por ende su propia escritura autobiográfica.

Algo del otro permanece siempre fuera de foco, evadiéndose, dejándonos en el tembladeral de las meras conjeturas... Pero aun así, a sabiendas de estas limitaciones infranqueables, tal vez valga la pena seguir mirando por el rabillo del sobre.

---

## Publicaciones periódicas

**Archivos de psiquiatría, criminología, medicina legal y ciencias afines**, Buenos Aires, La Semana Médica, 1902-1907; Penitenciaría Nacional, 1907-1913.

**Revista de criminología, psiquiatría y medicina legal**, Buenos Aires, Penitenciaría Nacional, 1914-1927.

**Revista de Filosofía. Cultura - Ciencias - Educación**. Buenos Aires, 1915-1929.

---

<sup>46</sup> Sobre la construcción de la subjetividad en la escritura epistolar, ver las reflexiones de Fernández Cordero (2013/2014), a partir de los análisis de Michel Foucault y Judith Butler, entre otros autores.

<sup>47</sup> Ver, por ejemplo, Skinner (2000).

---

## Fondos documentales

“Fondo de Archivo José Ingenieros” en Archivos y colecciones particulares del CeDInCI (Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina), Buenos Aires.

Catálogo en línea: <http://archivos.cedinci.org/index.php/fondo-jose-ingenieros;isad>.

“Legado Lehmann-Nitsche” en Ibero-Amerikanisches Institut, Berlín. Catálogo en línea: <http://www.iai.spk-berlin.de/es/biblioteca/legados/legados-individuales/lehmann-nitsche-robert-1872-1938.html>.

---

## Referencias bibliográficas

Bagú, Sergio (1953), **Vida ejemplar de José Ingenieros**, Buenos Aires, El Ateneo.

Dalmaroni, Miguel (2006), **Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado**, Rosario, Viterbo.

Dovio, Mariana (2012) “La noción de ‘mala vida’ en la revista **Archivos de psiquiatría...**”, en **Nuevo Mundo Mudos Nuevos**, [nuevomundo.revues.org](http://nuevomundo.revues.org)

Fernández Cordero, Laura (2013/2014), “Cartas y epistolarios. Lecturas sobre la subjetividad” en **Políticas de la memoria**, Buenos Aires, CeDInCI, n° 14.

Imbelloni, José (1926), **La esfinge indiana. Antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos**, Buenos Aires, El Ateneo.

Ingenieros, José (1920), **La locura en la Argentina**, Buenos Aires, editorial Buenos Aires.

—(1913), **El hombre mediocre**, Madrid / Buenos Aires, Renacimiento.

—(1996 [1903]), **La simulación en la lucha por la vida**, Buenos Aires, Losada.

Lehmann Nitsche, Robert (1908), “Relevamiento antropológico de una india guayaki” en **Revista del Museo de La Plata**, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, n° 15.

Martínez, Ana Teresa; Taboada, Constanza, y Auat, Luis Alejandro (2003), **Los hermanos Wagner: entre ciencia, mito y poesía**, Santiago del Estero, Ediciones Universidad Católica de Santiago del Estero.

Molloy, Sylvia (2012), **Poses de fin de siglo**, Buenos Aires, Eterna cadencia.

Perazzi, Pablo (2009), “Cartografías corporales” en **Cuadernos de antropología social**, Buenos Aires, UBA, n° 29, [www.scie-lo.org.ar/pdf/cas/n29/n29a07.pdf](http://www.scie-lo.org.ar/pdf/cas/n29/n29a07.pdf)

Skinner, Quentin (2000), “Significado y comprensión de la historia de las ideas” en **Prismas. Revista de historia intelectual**, Bernal, UNQ, n° 4.

Terán, Oscar (1986), **José Ingenieros: pensar la nación**, Buenos Aires, Alianza.

Wagner, Emilio – Duncan Wagner (1934), **La civilización chaco-santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo**, Buenos Aires, Compañía Impresora Argentina.

**Resumen**

Este trabajo indaga en torno a la construcción de redes de sociabilidad y la circulación de bienes e ideas a través de dos epistolarios inéditos, pertenecientes a dos figuras destacadas de las ciencias sociales argentinas a principios del siglo XX: el psiquiatra, criminólogo y ensayista argentino José Ingenieros y el antropólogo alemán Robert Lehmann-Nitsche. El breve recorrido exploratorio que aquí se propone, en torno a algunos segmentos de estos epistolarios, busca aprehender la potencia sugestiva —pero también las limitaciones— del trabajo sobre la correspondencia. Al relevar algunos indicios fragmentarios y heterogéneos de la vida intelectual y/o afectiva de los actores considerados, se hace evidente la diversidad de tensiones materiales y simbólicas implícitas en este género discursivo (y, por ende, la multiplicidad de variables que se vuelve necesario considerar en el análisis).

**Palabras clave**

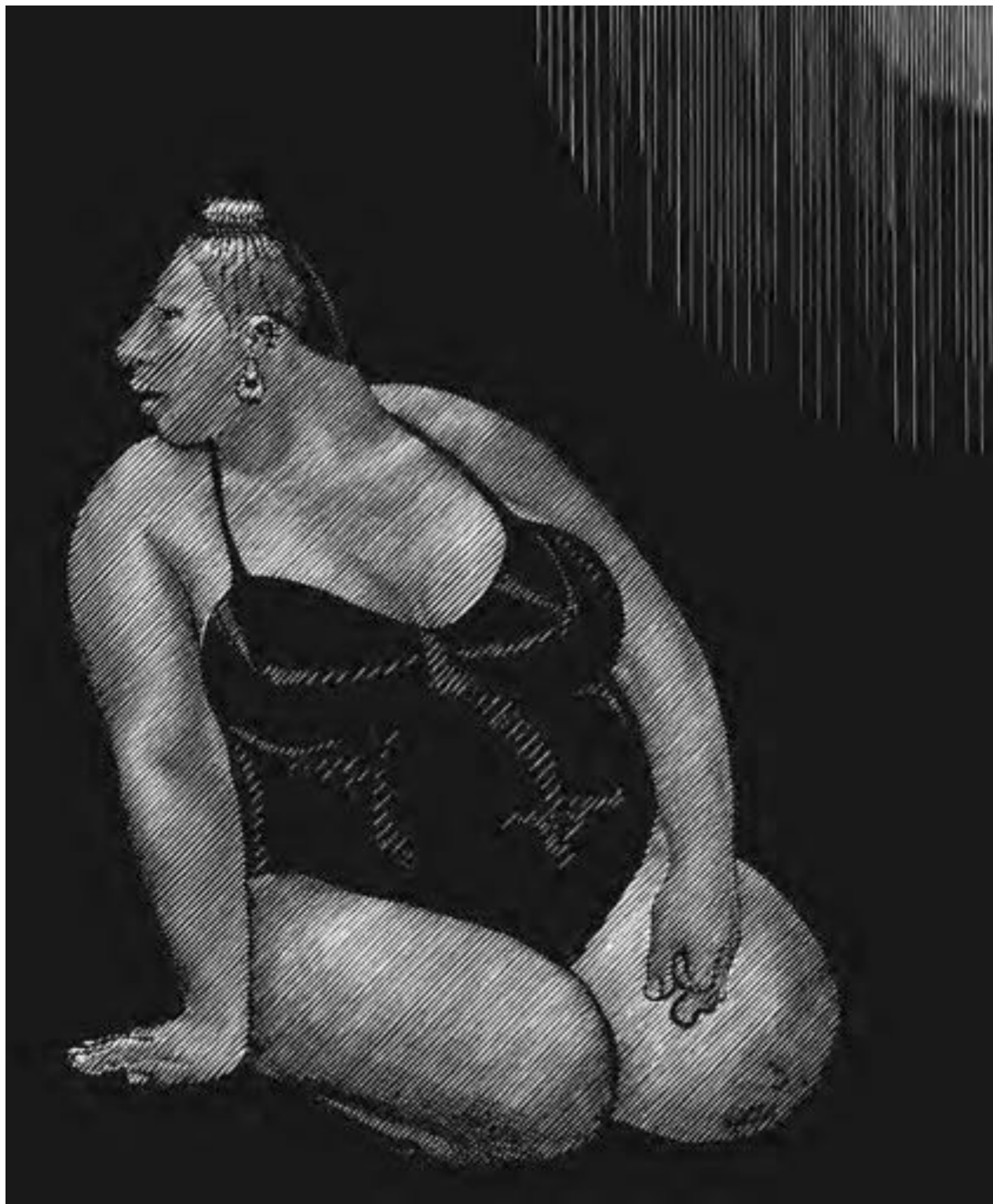
Correspondencia; José Ingenieros; Robert Lehmann-Nitsche.

**Abstract**

This article inquires into the construction of networks of sociability and the circulation of goods and ideas through two unpublished epistolaries belonging to two prominent figures of the Argentinean social sciences of the beginnings of the XXth century: the psychiatrist, criminalist, and essayist José Ingenieros and the German anthropologist Robert Lehmann-Nitsche. The brief exploratory course that here is proposed, around some fragments of these epistolaries, tries to apprehend the power to suggest —and also the limitations— of the work on the correspondence. Revealing some fragmentary and heterogeneous signs of the intellectual and/or affective life of the studied actors, it is made clear the diversity of material and symbolic tensions implied in this discursive genre (and, therefore, the multiplicity of variables that it is required to consider in the analysis).

**Keywords**

Correspondence; José Ingenieros; Robert Lehmann-Nitsche.



Roberto Lazos  
"Mexhica"  
Serigrafía a una tinta técnica de scratch, 52 x 48 cm.  
Colec. Particular (ca. 1970)

# Funcionamiento partidario y sentidos del socialismo en la correspondencia del Centro Socialista de Bahía Blanca (1911-1921)

Gonzalo E. Cabezas\*

La correspondencia ha tenido un papel central en la vida política y social de intelectuales, periodistas y militantes de izquierda.<sup>1</sup> Lamentablemente, la falta de una política de archivo sistemática en Argentina, unida a la destrucción de documentación de organizaciones, bibliotecas, militantes, etc., han tenido como correlato la desaparición de gran parte de aquellas fuentes.<sup>2</sup> Afortunadamente, las que se conservaron han despertado el interés de investigadores vinculados a campos tales como la historia intelectual, la historia política y la historia de la vida privada.

Si bien estos estudios lograron dar cuenta satisfactoriamente de cuestiones tales como trayectorias biográficas y redes político-intelectuales, poco sabemos aún acerca del papel que los intercambios epistolares jugaban en la vida política, social y cultural de los partidos políticos de izquierda, cuestión que pretendemos analizar en este trabajo para el caso del Partido Socialista (PS)<sup>3</sup> y, particularmente, en el Centro Socialista de Bahía Blanca (CSBB) a comienzos del siglo XX. En el primer apartado, luego de narrar brevemente los orígenes del socialismo bahiense, enfocamos nuestra atención en el rol que cumplía la correspondencia administrativa en el partido entre 1911 y 1921, y en las características de

este tipo de cartas. En la segunda parte nos centramos en los sentidos que los simpatizantes y afiliados atribuían al socialismo, a través del estudio de epístolas relacionadas con los siguientes trámites administrativos: afiliaciones, cotizaciones, bajas por morosidad y renunciaciones.<sup>4</sup>

## Orígenes y desarrollo del socialismo en Bahía Blanca

Hacia fines del siglo XIX, en el marco del modelo agroexportador y del proceso de consolidación estatal, la ciudad de Bahía Blanca experimentó una serie de cambios políticos, sociales, culturales y económicos, especialmente tras la habilitación del ferrocarril y la construcción del muelle de hierro en el puerto de Ingeniero White, que potenciaron el desarrollo agropecuario regional y la expansión comercial, financiera e industrial, los cuales a su vez posibilitaron un intenso crecimiento demográfico.<sup>5</sup> Asimismo, en este período creció la organización del movimiento obrero local. Como ejemplo podemos mencionar la huelga de 1884 llevada a cabo por los trabajadores empleados en la construcción del Ferrocarril del Sud.

En este contexto podemos situar la organización institucional del socialismo en la ciudad, el 4 de noviembre de 1894, cuando se constituyó el Centro Unión Obrera, agrupación gremial fundada por ocho italianos, un francés y un alemán de ideología socialista, reunidos en el Restaurant Veneto.<sup>6</sup> Sobre la base de dicho Centro, el 20 de marzo de 1897 se constituyó el CSBB, fundado por "Ocho trabajadores: dos italianos, dos alemanes, dos franceses, un holandés y un austríaco",<sup>7</sup> dando origen al primer centro socialista del

\* Universidad Nacional del Sur (UNS).

<sup>1</sup> El presente trabajo ha sido reformulado a partir de Gonzalo Cabezas, "La correspondencia recibida por el Centro Socialista de Bahía Blanca entre 1911 y 1919: características, temáticas y potencialidades", *Villas Jornadas de Historias de las Izquierdas. La correspondencia en la historia política e intelectual latinoamericana*, CeDInCI/UNSAM, 13 al 15 de noviembre de 2013. Agradezco los comentarios de Ricardo Martínez Mazzola a dicha ponencia. Las preguntas de Horacio Tarcus, Adriana Petra y Laura Fernández Cordero también me aportaron sugerentes vías de análisis.

<sup>2</sup> Horacio Tarcus, "Los archivos del movimiento obrero, los movimientos sociales y las izquierdas en la Argentina. Un caso de subdesarrollo cultural", *Políticas de la Memoria*, n° 10/11/12, Verano 2011/12, pp. 7-18.

<sup>3</sup> Normalmente, la historiografía sobre el PS se ha centrado en aspectos como las trayectorias, ideas y accionar parlamentario de sus principales dirigentes, los conflictos internos y la relación con el movimiento obrero. En los últimos años, han recibido atención otras cuestiones, tales como las iniciativas culturales y educativas del partido. Cfr. Hernán Camarero y Carlos Herrera, "El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas", en Hernán Camarero y Carlos Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 9-73.

<sup>4</sup> Las publicaciones periódicas citadas en el presente trabajo pueden consultarse en la Asociación Bernardino Rivadavia, mientras que la correspondencia administrativa del CSBB se encuentra en el Archivo del Centro Socialista "Agustín de Arrieta", ambos ubicados en la ciudad de Bahía Blanca.

<sup>5</sup> Félix Weinberg, *Historia del Sudoeste Bonaerense*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1988. La población de la ciudad pasó de poco más de 9.000 habitantes en 1895 a casi 50.000 en 1914. Por otra parte, la del partido de Bahía Blanca pasó de casi 15.000 habitantes en 1895 a 70.000 en 1914. En ambos casos, aproximadamente la mitad de los pobladores eran extranjeros.

<sup>6</sup> Sus miembros eran: presidente, Cristóbal Müller; vicepresidente, Pedro Parigin; secretario, Antonio Dal Din; presidente honorario, Tulio Fadini (dueño del Restaurant Veneto); comisión provisoria, José Garrone, Francisco Ricci, Aníbal Marcola, Vittorio Dalbene, José Coltaterra, Mauricio Deberle. Cfr. *Nuevos Tiempos* (en adelante, NT), Bahía Blanca, n° 1711, 01/05/1934, p. 1, y n° 2205, 07/11/1941, p. 1.

<sup>7</sup> **18 de Marzo. Conmemoración del XXVII aniversario de La Commune de París y del primer año de fundación del Centro Socialista Obrero de Bahía**



interior de la provincia de Buenos Aires.<sup>8</sup> Dos días antes en la Plaza Rivadavia de la ciudad, había tenido lugar una conferencia pública de Adrián Patroni y Alfredo Palacios en conmemoración del aniversario de la comuna de París,<sup>9</sup> la cual probablemente jugó cierto papel en la organización del socialismo bahiense.

Para marzo de 1898, el CSBB declaraba contar con aproximadamente 100 afiliados, así como con una biblioteca que recibía los periódicos *Avanti*, *El Socialista*, *L'asino* y *La Vanguardia*, entre otros.<sup>10</sup> En cambio, según un informe elevado al CE meses más tarde, el número de cuotas mensuales arrojaba un promedio de 48 miembros, cifra desagregada de la siguiente manera:<sup>11</sup>

	Ene	Feb	Mar	Abr	May	Jun	Jul	Ago	Sept	Oct	Nov	Dic
1897				40	50	28	30	30	40	83	68	49
1898	62	48	32	109	40	0	48	65				

Los socialistas de la ciudad desplegaron su actividad, como en otras localidades del país, en el ámbito gremial, cooperativo y político. Así, influyeron en el origen de agrupaciones como la Sociedad de Socorros Mutuos de los empleados de comercio (1901), la Unión Operaria de Ingeniero White (1903), la Cooperativa de producción y consumo (1905) y la Sociedad de Asistencia Médica (1908).<sup>12</sup> Además, desarrollaron una intensa actividad periodística a través de numerosas publicaciones: *El Obrero* (1901), *El Trabajador* (1903, 1906),<sup>13</sup> *Adelante* (1907-1908),<sup>14</sup> *L'Eco d'Italia* (1909), *La Idea* (1910), *Lucha de Clases* (1913-1917) y *Nuevos Tiempos* (1918-1946), la mayoría de ellos de breve existencia y periodicidad quincenal, extintos principalmente debido a problemas económicos para su edición.<sup>15</sup>

Carecemos de mayores datos sobre cómo era la vida al interior del partido en estos primeros años. Según las memorias del dirigente Juan Cittá, sólo hacia 1910, luego de que el CSBB fuera reorganizado por tercera vez, representaba "una institución proletaria con normas y orientación definidas", ya que hasta entonces su existencia se había visto dificultada debido a

[...] la vida ambulante de los pocos afiliados que en las épocas de cosecha marchaban al campo o se alejaban definitivamente

Blanca, Bahía Blanca, 18/03/1898, p. 2.

<sup>8</sup> Richard Walter, *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Austin, The University of Texas Press, 1977, p. 58.

<sup>9</sup> *Hoy*, Bahía Blanca, n° 1, 08/08/1914, p. 1.

<sup>10</sup> *18 de Marzo*, op. cit.

<sup>11</sup> Cfr. NTn° 935, 01/05/1926, p. 5. El peso relativo de la nacionalidad italiana entre ellos puede deducirse a partir de los periódicos recibidos y de los artículos y anuncios de conferencias en dicho idioma.

<sup>12</sup> Mabel Cernadas, "Sociedad civil y partidos en la Bahía Blanca del Centenario", en María Vaquero y Mabel Cernadas (eds.), *II Jornadas Interdisciplinarias del Sudoeste Bonaerense*, Tomo I, Bahía Blanca, Edius, 2003, pp. 465-479.

<sup>13</sup> Primer periódico oficial del CS, dirigido por Cristóbal Irurzun. Cfr. *Hoy* n° 2, 15/8/1914, p. 3.

<sup>14</sup> Fundado el 13 de agosto de 1907, bajo la dirección de Cristóbal Irurzun, llegó a editar por lo menos 67 números. Cfr. *Lucha de Clases*, Bahía Blanca, n° 131, 01/09/1917, p. 3; NT n° 346, 01/05/1920, p. 1.

<sup>15</sup> No se conservan ejemplares de *El Trabajador* ni de *Adelante*, mientras que los números preservados de *El Obrero*, *L'Eco d'Italia* y *La Idea* son escasos. Los de *Lucha de Clases* pueden remontarse a junio de 1915, momento desde el cual casi todos los ejemplares y los de su sucesor *NT* se han conservado.

te de la localidad para residir en otras o volver a sus países de origen, motivando una continua rotación en los cargos administrativos con el consiguiente perjuicio para la marcha regular de la organización incipiente.<sup>16</sup>

Al enfocar nuestra atención en la década de 1910, notamos que crece considerablemente la cantidad de fuentes documentales preservadas, lo cual quizá guarde relación con la regularización de la organización mencionada por Cittá. Asimismo, se incrementa la visibilidad del socialismo en el ámbito bahiense, participando por primera vez en elecciones municipales en 1907, organizando los actos en conmemoración del 1° de Mayo<sup>17</sup> e impulsando cooperativas de consumo en Bahía Blanca (1911), Ingeniero White (1912) y Punta Alta (1913).<sup>18</sup>

Entre la documentación preservada en el archivo del CSBB, además de libros de actas de las asambleas generales, de las asambleas plenarias y de las distintas comisiones (directiva, de información gremial, de deportes),<sup>19</sup> se conservan miles de cartas de tipo administrativo, que el secretario general intercambiaba con afiliados, centros, bibliotecas, gremios, la Federación Socialista Bonaerense (FSB) y el Comité Ejecutivo, entre otros. A continuación señalaremos sus particularidades.

### La correspondencia administrativa del CSBB (1911-1921)

Hasta el momento es escaso el conocimiento acerca del papel que cumplía la correspondencia en el funcionamiento de un centro socialista. El presente trabajo pretende ser una contribución en tal sentido, al tiempo que da cuenta de los aspectos organizacionales de la vida partidaria.<sup>20</sup>

Por otra parte, si bien el interés de los historiadores por la documentación epistolar ha crecido recientemente,<sup>21</sup> la correspon-

<sup>16</sup> NT n° 1747, 12/09/1934, p. 2.

<sup>17</sup> Rubén Bevilacqua, "La celebración del primero de mayo en el partido de Bahía Blanca entre 1906 y 1915", en Mabel Cernadas y María Vaquero (eds.), *Estudios culturales, modernidad y conflictos en el Sudoeste Bonaerense. Actas de las III Jornadas Interdisciplinarias del sudoeste bonaerense*, Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, 2005, pp. 81-90.

<sup>18</sup> Mabel Cernadas, "Ideologías del movimiento obrero a través de dos periódicos bahienses", en Comisión de Reafirmación Histórica de Bahía Blanca, *Cuartas jornadas de historia regional Bonaerense*, Bahía Blanca, Comisión de Reafirmación Histórica de Bahía Blanca, 1987, pp. 21-27.

<sup>19</sup> Para mayor información sobre esta documentación, ver: Gonzalo Cabezas, "El Archivo del Centro Socialista 'Agustín de Arrieta' de Bahía Blanca", *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segretti", Córdoba, año 4, n° 4, 2013, pp. 339-343.

<sup>20</sup> Jacinto Oddone, *Historia del socialismo argentino*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1934; Pedro Verde Tello, *El Partido socialista. Su actual forma de organización*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1952; Richard Walter, op. cit.; Sergio Berensztejn, *Un partido para la Argentina moderna. Organización e identidad del Partido Socialista (1896-1916)*, Buenos Aires, CEDES, 1991; Silvana Ferreyra, "La ruptura en el 'interior'. Una mirada de la división del Partido Socialista desde la Provincia de Buenos Aires y sus espacios locales (1955-1958)", *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*, La Plata, 9 y 10 de diciembre de 2010.

<sup>21</sup> Carlos Sáez Sánchez y Antonio Castillo Gómez (eds.), *La correspondencia en la historia: modelos y prácticas de escritura epistolar. Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita*, Alcalá de Henares, Calambur,

dencia administrativa como subgénero ha recibido poca atención,<sup>22</sup> por razones tales como la falta de preservación de fuentes de este tipo, o la consideración de este tipo de epístolas “como mero acto administrativo, que reproduce un formato preestablecido con objetivos concretos de funcionamiento institucional, como comunicar decisiones”.<sup>23</sup>

Afortunadamente, en el CSBB se han conservado numerosos cuadernos de correspondencia (enviada y recibida), que permiten dar cuenta del importante rol que jugaron los intercambios epistolares en la vida del PS. Para un partido como éste, que preconizaba una administración ordenada y eficiente, las cartas, incluso las intercambiadas a nivel local, no sólo eran útiles porque facilitaban la comunicación, sino también debido a que permitían dejar constancia de distintas situaciones de interés para el partido: movimiento de afiliados (ingresos, egresos, pases), cobros y pagos realizados, mociones para ser presentadas en asamblea, entre otros.

A fin de comprender el papel que cumplía la correspondencia, debemos señalar cómo era el funcionamiento de un centro socialista. En primer lugar, la agrupación debía solicitar su adhesión al Comité Ejecutivo (CE) y a la federación provincial —en el caso del CSBB, a la Federación Socialista Bonaerense (FSB). Luego, cada centro se regía por los estatutos del partido y por una carta orgánica, la cual debía ser aprobada por el CE. Las asambleas generales determinaban por mayoría de votos las distintas resoluciones del centro, entre las cuales una de las más importantes para la marcha regular de la organización era la elección de una Comisión Administrativa (CA), cuyos miembros eran nombrados por un año, con posibilidad de reelección y revocación en todo momento, y eran renovados por mitades cada 6 meses. Una vez electos, los integrantes de la CA se reunían y distribuían los siguientes cargos: secretario general, secretario de actas, tesorero y 4 vocales. El primero era el encargado de enviar y recibir la correspondencia en representación del centro, el segundo levantaba las actas de las reuniones de la CA y de las asambleas, y el tercero se ocupaba de las finanzas de la agrupación (cobro de la cuota de los afiliados, pago de cotizaciones al CE y a la FSB, pago de alquiler del local, etc.).

La CA establecía un día y horario de reunión, cuya regularidad en el caso de CSBB era normalmente de dos veces por mes. Cada sesión de la CA contaba con un orden del día, generalmente compuesto por los siguientes asuntos: 1) Acta(s) anterior(es): lectura y aprobación/rectificación del acta de la sesión anterior; 2) Socios nuevos: análisis de fichas de ingresantes al centro; 3) Correspondencia: tratamiento de las cartas recibidas y enviadas

por el secretario general; 4) Asuntos varios (ej.: morosos, elecciones, local social, biblioteca, periódico); 5) Confección del orden del día de la próxima asamblea general, el cual era similar al de la CA.

La CA trataba estas cuestiones y establecía dictámenes al respecto, que luego eran tratados en las asambleas generales. Éstas, por su parte, se llevaban a cabo en otro día y horario (en el caso del CSBB, en 2 ocasiones por mes), a fin de dar publicidad al orden del día, mediante el periódico o a través de circulares enviadas a los afiliados. Las asambleas podían proponer nuevos asuntos que trataban junto con los dictámenes de comisión, y eran las que en última instancia resolvían si aceptarlos, rechazarlos o modificarlos.

La cantidad de cartas recibidas por el secretario general era variable, pero en promedio eran 15 por mes (si bien en ocasiones podían alcanzar las 40, por ejemplo cuando el centro organizaba la realización de conferencias con diputados nacionales y/o provinciales), y unas 200 por año. El número de epístolas enviadas era similar, ya que todas las cartas recibían contestación, aun si su solo objeto era el acuse de recibo. En síntesis, el secretario general del CSBB intercambiaba unas 400 cartas por año. A su vez, las distintas comisiones (de prensa, electoral, juvenil, etc.) también resolvían los trámites administrativos (pedidos, acuerdos, mociones) mediante cartas.<sup>24</sup> Teniendo en cuenta que las cifras mencionadas corresponden tan sólo a las manejadas por un centro socialista, imaginemos las dimensiones que el intercambio de cartas administrativas podía alcanzar en organismos centrales como el CE o la FSB.

Entre los remitentes de las cartas recibidas y entre los destinatarios de las enviadas, los más numerosos eran: afiliados y simpatizantes, la FSB y el CE,<sup>25</sup> otros centros de la jurisdicción<sup>26</sup> y del país, dirigentes socialistas de Capital Federal, y por último, otras instituciones bahienses.<sup>27</sup> El predominio de cartas intercambiadas con miembros, organismos y comisiones del PS no debe ser interpretado como una falta de comunicación con otras instituciones, sino que debemos considerar la asignación de distintas funciones a los diferentes medios de comunicación empleados por el partido; la correspondencia administrativa era concebida un vehículo de articulación vertical, de uso interno, mientras que otros medios tales como el periódico o las conferencias públicas, eran utilizados como medios de articulación horizontal, para establecer vínculos con la sociedad y con otras organizaciones.<sup>28</sup> De hecho, la concepción burocrático-administrativa de este tipo de cartas era tal que tanto los centros como los organismos centrales intentaban organizar

9 al 13 de julio de 2001, Vol. 1; Aurora Ravina, “Archivos revisitados: la correspondencia epistolar como fuente para la historia social”, *Segundas Jornadas Nacionales de Historia Social*, Córdoba, 13 al 15 de mayo de 2009.

<sup>22</sup> Pedro Lorenzo Cadarso, “La correspondencia administrativa en el estado absoluto castellano (ss. XVI-XVII)”, *Tiempos Modernos. Revista electrónica de Historia Moderna*, Vol. 2, n° 5, 2002.

<sup>23</sup> Leandro Di Gresia, “La ‘correspondencia burocrática’: el intercambio epistolar institucional como fuentes para una historia socio-cultural de la Justicia de Paz de la Provincia de Buenos Aires (Tres Arroyos, fines del siglo XIX - principios del XX)”, *V Jornadas de Investigación en Humanidades*, Bahía Blanca, 18 al 20 de noviembre de 2013.

<sup>24</sup> Lamentablemente, en estos casos la discontinuidad y la escasa cantidad de fuentes preservadas no permiten establecer estimaciones cuantitativas.

<sup>25</sup> Más de la mitad de las cartas recibidas del CE y de la FSB eran circulares remitidas a todos los centros del país, provincia o sección electoral, según los casos.

<sup>26</sup> Centro Socialista de Villa Mitre, Centro Socialista de Ingeniero White, Centro Socialista de Punta Alta, y Centro Socialista Israelita Poalei Sion B. Borojov.

<sup>27</sup> Sobre todo gremios, pero también cooperativas, sociedades mutuales y culturales.

<sup>28</sup> Con respecto a los tipos de articulación, cfr.: Nicolás Quiroga, “El Partido Peronista en Mar del Plata: articulación horizontal y articulación vertical, 1945-1955”, en Julio Melón y Nicolás Quiroga (eds.), *El peronismo bonaerense: partido y prácticas políticas, 1946-1955*, Mar del Plata, Suárez, 2006, pp. 99-134.

esta documentación de la manera más sistemática posible: la correspondencia enviada era duplicada mediante cuadernos copiadores, mientras que la recibida era agrupada por año y posteriormente encuadrada. El CE, debido a los grandes volúmenes de cartas que manejaba, las ordenaba no sólo por fecha, sino por número de libro, de carta y de folio (algunas epístolas podían ser de varias páginas). Este sistema resultaba efectivo cuando había fallas en la comunicación, sea por errores de los miembros de las comisiones o por pérdidas de cartas por parte del correo.<sup>29</sup>

Las temáticas de la correspondencia, si bien eran variables, guardaban relación con distintos trámites administrativos. Entre las cartas de afiliados y simpatizantes, otros centros, organismos centrales y dirigentes de Capital Federal, las cuestiones más presentes eran: movimiento de adherentes (afiliaciones, cotizaciones, pases y renuncias); resoluciones o propuestas de resolución; pedidos de informes y de planillas (para tratar en asamblea o para archivar); nombramientos de comisiones, delegados y oradores; tramitación de cartas de ciudadanía; organización de giras de propaganda y conferencias; realización de congresos provinciales o nacionales; y pedidos de colaboración económica (mediante rifas o listas de suscripción). En el caso de las cartas vinculadas con otras instituciones de la ciudad —en su mayoría, gremios—, los asuntos predominantes giraban en torno al alquiler compartido del local social y a la organización conjunta de los festejos del 1º de Mayo.

Nos centraremos en una cuestión que permite percibir claramente el potencial que este tipo de cartas ofrece al trabajo histórico: el movimiento de afiliados. La utilidad de dicha correspondencia no se limita a la reconstrucción de aspectos burocrático-administrativos (número de ingresos y egresos del centro), sino también sociales y culturales (sentidos que los simpatizantes y afiliados atribuían al socialismo).

## El movimiento de afiliados en el CSBB y los sentidos del socialismo

La cantidad de miembros que se incorporaban y que se alejaban (por pase, renuncia, baja por morosidad o expulsión) al CSBB, puede reconstruirse a partir de la correspondencia administrativa. Para ello debemos primero analizar cómo funcionaba el sistema de cotizaciones: mensualmente, cada centro debía cotizar al CE, abonando \$0,10 por adherente (en el caso del CSBB, deducido de la cuota mensual de \$1); el número de cotizantes incluía a los morosos, mientras que exceptuaba de pago a enfermos y desocupados.<sup>30</sup> Este sistema también era utilizado por la FSB, que exigía mensualmente \$0,05 por adherente. Si los centros o los afiliados adeudaban más de 3 meses, podían ser separados del partido. Basándose en estas exigencias estatutarias, el CE y la

FSB, en los meses previos a los congresos partidarios, remitían circulares exhortando a las agrupaciones a que saldaran sus deudas para poder enviar delegado(s),<sup>31</sup> cuyo número (y/o votos) se calculaba en función del de cotizantes.<sup>32</sup> Por su parte, las asambleas de los centros atrasados transferían dichas exigencias a los afiliados morosos, los cuales eran bastante numerosos.<sup>33</sup>

Ante cada envío de dinero por cotizaciones, la tesorería del partido enviaba las estampillas para que los afiliados adjuntaran a su carnet, así como también una carta con acuse de recibo por el importe en cuestión. A partir de ese tipo de cartas es posible reconstruir la cantidad de afiliados por los que cotizaba mensualmente el CSBB:

	Ene	Feb	Mar	Abr	May	Jun	Jul	Ago	Sept	Oct	Nov	Dic
1911						20	20	20	20			
1912	20		14	14		18	18	18	18	18	19	19
1913	22	31	33	36	36	39	38	35	35	35	29	29
1914	29	29	29	29								
1915	32	32	32	31			48					
1916					20	20	19					
1917												
1918	44											
1919									73	73	73	81

Cotizaciones mensuales CSBB 1911-1919. Elaboración del autor en base a correspondencia administrativa CSBB

Como vemos, el número de cotizantes variaba entre 20 y 30, salvo en el caso de los últimos meses de la década, cuando la cifra aumentó debido a que el CSBB absorbió como cotizantes a los miembros de otros centros de la jurisdicción (Villa Mitre y Punta Alta) que fueron disueltos por no contar con el número mínimo de afiliados (15). Ahora bien, en realidad entre 1911 y 1921 pasaron por el CSBB casi 300 adherentes.<sup>34</sup> Es decir, el movimiento de afiliados era constante, por lo que las cotizaciones mensuales no reflejan la cantidad de personas que pasaron por el centro. El motivo de alejamiento de la mayoría era la baja por morosidad o la renuncia, muy por encima de los pases y expulsiones. Esto nos lleva a preguntarnos cómo los socialistas justificaban, a través de la correspondencia administrativa, su afiliación, su endeudamiento y su dimisión, en función de los sentidos que atribuían a la militancia.

<sup>29</sup> Por ejemplo, el 17/08/1911, el CE en su carta n° 364, Folio 271 del Libro 7, ante una queja del CSBB por no haber recibido las estampillas de cotizaciones, explicaba que según lo que constaba en su cuaderno copiador, la había adjuntado el 03/06/1911, en la n° 325, F. 232, y que había explicado el procedimiento el 17/07/1911, en la n° 348, F. 255.

<sup>30</sup> Carta del CE, Buenos Aires, 23/05/1912.

<sup>31</sup> En algunas ocasiones, había requisitos adicionales como tener 6 meses de antigüedad en el partido, o enviar informes sobre conferencias realizadas. Cfr. cartas del CE, Buenos Aires, 06/05/1916 y 23/05/1916.

<sup>32</sup> La cantidad de delegados se establecía en función de la de cotizantes: cuando éstos superaban los 50, se agregaba uno adicional, y así sucesivamente. En 1912, cada representante equivalía a un voto. En cambio, en 1916, cada delegado contaba con tantos votos como cotizantes. Cfr. cartas del CE, Buenos Aires, octubre de 1912 (sin día) y 06/05/1916.

<sup>33</sup> Numerosas cartas de afiliados conservadas se refieren a asuntos relacionados con las cuotas (justificaciones de falta de pago, pedidos de prórroga, pedidos de amnistía, etc.).

<sup>34</sup> Determinamos esta cifra a partir del análisis de toda la documentación del CSBB, que nos permitió elaborar un diccionario biográfico de los afiliados del período, el cual incluye sus nombres completos, su fecha de ingreso y egreso del centro, y, en muchos casos, ocupación, nacionalidad, motivo de salida, etc.

Para afiliarse, los interesados debían comunicarlo al secretario general de manera oral o escrita, y completar una ficha de afiliación con sus datos personales, la cual debía contar con el aval de dos miembros del centro. Si la CA aprobaba la ficha, se trataba el ingreso en asamblea: el secretario leía la ficha y pedía a quienes daban el aval su opinión sobre el ingresante (en caso de ausencia, podían hacerlo vía correspondencia). Asimismo, si el solicitante había enviado carta de afiliación, también era leída. En este tipo de epístolas, el deseo de incorporarse al partido era justificado de distintas maneras: simpatía por el ideal socialista, por el “modo de proceder siempre correcto” del PS,<sup>35</sup> por ser “tan entusiasta partido”,<sup>36</sup> y porque “en sus estipulaciones orgánicas lucha contra el bacilo de la injusticia reinante”.<sup>37</sup> Asimismo, quienes daban el aval señalaban virtudes similares en sus compañeros, tales como una “conducta intachable” y ser “sinceros simpatizantes de nuestro ideal”.<sup>38</sup>

Por otro lado, algunos ingresantes declaraban su grado de conocimiento del ideal y su antigüedad como simpatizantes. Había quienes admitían cierta ignorancia de la doctrina pero manifestaban una progresiva apropiación de los principios generales socialistas:

[...] mi amor al ideal socialista ha ido despertando paulatinamente; y hoy, más consciente y más convencido de sus buenas ideas, a pesar de que sólo conozco su doctrina de una manera superficial, soy socialista, porque el socialismo es justicia. Soy socialista, porque el socialismo es verdad. Y en forma más íntima, soy socialista, porque me agrada profundamente serlo.<sup>39</sup>

En cambio, otros manifestaban haber sido simpatizantes durante años, esgrimiendo como símbolo la suscripción a **La Vanguardia** y al órgano oficial del CSBB.<sup>40</sup> Por último, otros declaraban conocer la ideología socialista y el funcionamiento orgánico del partido, pero admitían que no militaban y que desconocían el programa partidario.<sup>41</sup>

Los adherentes que trabajaban fuera de la ciudad constituían un grupo particular, ya que así como informaban las razones de su atraso (ej: “se nos a [sic] quedado toda la cosecha en el rastrojo sin poderla bender” [sic])<sup>42</sup>, hacían lo mismo cuando se encontraban en condiciones de saldar su deuda (ej: “gracias a la buena cosecha que se presenta, puedo hoy pagar las cuotas, que adeudo a ese Centro, al cual pertenezco y al cual perteneceré hasta que deje de ser quien soy”).<sup>43</sup> Asimismo, aportaban sus impresiones sobre cómo veían la vida política en las localidades en que se encontraran: Micaela Cascallares (“Los trabajadores de aquí son en su gran mayoría analfabetos y corrompidos. Para la propaganda socialista no sirven, porque además de viciosos están adhe-

ridos a la tenebrosa Sucursal de Carles y Cía”),<sup>44</sup> Cabildo (“localidad donde existe elemento mucho obrero, y donde se desconoce el Ideal Socialista [...] entiendo que esparcir el Ideal Socialista es deber de todo Socialista sincero”)<sup>45</sup>, Villa Iris (“[pido propaganda] para distribuirla entre los trabajadores del campo, huérfanos de la más elemental preparación para la lucha revolucionaria”),<sup>46</sup> Saavedra (“tengo que estar compañero, hecho un monigote, un marmota, allí no se puede leer **La Vanguardia** nuestro diario porque enseguida le patean el nido sin más trámite”),<sup>47</sup> General Manuel Campos (“todo es acaparado por un casique ho un caicer y gefe [sic] de una cuadrilla de criminales y que hace lo que quiere y cobra lo que se le da la ganas”),<sup>48</sup> Guatraché (“**Nuevos Tiempos** me envía a esta pero en buelto [sic] con una oja [sic] del **ensor** pues en esta todos son radicales imui [sic] religiosos el Jefe de Estacion el cura el comisario”).<sup>49</sup>

Como ya señalamos, la morosidad era frecuente. Entre los argumentos que la justificaban estaban los siguientes: desempleo, dificultades económicas y familiares, imposibilidad de pagar debido a que el CE no enviaba el carnet en el cual se colocaban las estampillas-cuota, entre otros. Los deudores manifestaban de distintas maneras que no querían perder sus derechos como afiliados (ej: voto) ni ser separados del partido: “Aún cuando mis necesidades son numerosas, con el mayor placer he de reservar lo que pueda a fin de contribuir”,<sup>50</sup> “mi bolunta [sic] es pagar. quiero al partido”,<sup>51</sup> “Voluntad no falta... pero falta mineral...”,<sup>52</sup> “presentar la renuncia del Partido me sería completamente doloroso, aunque no por eso dejo de ser Socialista”.<sup>53</sup>

Lo normal era que los morosos pidieran la condonación de su deuda, prórrogas o incluso la baja hasta ponerse al día. Ocasionalmente, algunos afiliados reaccionaban con cierta vehemencia ante la exigencia de pago, como se observa en el siguiente fragmento:

Yo me pregunto que es el partido un partido de clases como debe ser o es un banco, que cuando vence un pagare, no mira si se harruina [sic] a una persona honrada, o ha [sic] un parasito, lo mismo me sucede a mi que por doce miseros pesos que actualmente no puedo pagar, el partido quiere harruinarme [sic] moralmente, pues mi unica fortuna es mi ideal por el partido socialista.<sup>54</sup>

En algunos casos, esta vehemencia iba dirigida contra el secretario general, que era quien debía enviar las circulares exhortando a pagar, y aun en los casos que aquel esgrimiera tal argumento.<sup>55</sup>

<sup>35</sup> Carta de Sebastián Peralta, Bahía Blanca, 04/04/1914.

<sup>36</sup> Carta de Felipe Álvarez, Felipe Solá FCP, 01/04/1914.

<sup>37</sup> Carta de Samuel Fizenberg, Bahía Blanca, 15/03/1921.

<sup>38</sup> Carta de Emilio Raúl Bournaud, Bahía Blanca, 10/11/1914.

<sup>39</sup> Carta de Felipe Alvarez, Felipe Solá FCP, 28/04/1914.

<sup>40</sup> Carta de Germán Ernesto Lindner, Hilario Ascasubi, 25/08/1916.

<sup>41</sup> Carta de José Liberatore, Coronel Dorrego, 03/08/1914.

<sup>42</sup> Carta de Segundo Iturralde, Balcarce, 18/11/1919.

<sup>43</sup> Carta de Sebastián Peralta, Tornquist, 11/01/1915.

<sup>44</sup> Carta de Germán Lindner, Micaela Cascallares FCS, 16/03/1921.

<sup>45</sup> Carta de Alberto Veizy, Cabildo, 23/02/1916.

<sup>46</sup> Carta de Pedro Orler, Villa Iris, 21/07/1921.

<sup>47</sup> Carta de Sebastián Peralta, Saavedra, 12/10/1914.

<sup>48</sup> Carta de Gaspar Rousillón, General Manuel Campos, 30/09/1915.

<sup>49</sup> Carta de Máximo Loza, Guatraché, 08/06/1918.

<sup>50</sup> Carta de Camilo Román, Bahía Blanca, noviembre de 1914 (sin día).

<sup>51</sup> Carta de Raimundo Rosalén, Bahía Blanca, 15/11/1914.

<sup>52</sup> Carta de Miguel Menichelli, Bahía Blanca, 18/11/1914.

<sup>53</sup> Carta de Sebastián Peralta, Tornquist, 07/11/1914.

<sup>54</sup> Carta de Eusebio Rapaccini, Bahía Blanca, 12/11/1920.

<sup>55</sup> Carta de Emilio Raúl Bournaud, Bahía Blanca, julio de 1915 (sin día).



Así, los roles institucionales incidían y/o se veían afectados por conflictos a nivel personal:

Yo no comprendo como es que se me da un plaso [...]. Yo estimado compañero amo mucho el socialismo y deseo poder mas que la comicion del sentro ponerme al dia pero comprenda que un hombre que esta 9 o 10 meses sin trabajo y eno de familia no puede ponerse al dia con todos los acreedores con dos meses que yevo con trabajo efectivo [...] hoy que el centro por estar dirigido por un secretario despota y que no le importa de la miseria de los demas instiga a que se me expulse del centro no importa si se me esupulsa de B. Blanca no por eso dejare de ser socialista aquí y en todas partes del mundo.<sup>56</sup> [sic]

Por último, ¿cómo justificaban los afiliados su renuncia? Las razones más frecuentes eran: dificultades económicas para pagar la cuota, diferencias entre compañeros o con resoluciones del partido,<sup>57</sup> y replanteamientos personales con respecto a la militancia o al ideal. Excepto quienes lo hacían por la última razón, el resto expresaba que seguía siendo fiel al socialismo: “no dejando por esto de contribuir moral y materialmente cada vez que mi concurso sea solicitado”,<sup>58</sup> señalando que la renuncia “no implica en forma alguna deseción [sic] al partido, del cual siempre creo ser un buen intérprete del ideal que lo guía”,<sup>59</sup> indicando que se puede ser socialista sin ser afiliado<sup>60</sup> y que seguían “profesando el ideal socialista”.<sup>61</sup> Por otro lado, quienes se replanteaban su relación con la militancia o con el ideal, manifestaban estar aquejados por dudas que pretendían resolver tomándose un tiempo y/o profundizando su formación doctrinaria. Algunos creían “no poder prestarle todos los beneficios que son necesarios a nuestro partido”,<sup>62</sup> otros enfatizaban su deseo de “estudiar para así llegar a comprenderlo [al ideal]”,<sup>63</sup> y había quienes se replanteaban ambas cuestiones.<sup>64</sup>

## Reflexiones finales

En el presente trabajo hemos dado cuenta del importante papel que cumplió la correspondencia administrativa en el funcionamiento cotidiano del PS, tanto para facilitar la comunicación intrapartidaria como para dejar constancia de los distintos trámites administrativos que hacían a la vida de la institución.

El caso que analizamos (un centro pequeño, casi 2000 cartas recibidas que se conservaron del período 1911-1921, y otras tantas enviadas) permite pensar que el volumen de epístolas que

manejaron los organismos centrales debió ser enorme, ya que éstos recibían cartas de todos los centros de las provincias o del país, según los casos. Quizá investigaciones futuras permitan dilucidar cómo funcionaba la maquinaria burocrática de dichos organismos para procesar aquel volumen de cartas.

Por otra parte, la correspondencia administrativa nos permitió reconstruir las cotizaciones mensuales del CSBB, e incluso nos facultó a ir más allá de los aspectos burocrático-administrativos, posibilitándonos conocer cuestiones sociales y culturales de los socialistas, tales como los sentidos que los simpatizantes y afiliados atribuían al socialismo en las cartas de afiliación, morosidad y renuncia. En tal sentido, podemos afirmar que para ellos, la adhesión al ideal consistía en una fidelidad que no se perdía al renunciar a la condición de afiliado. Dicha fidelidad, si bien en ocasiones era vinculada con el carácter orgánico y programático del partido, respondía ante todo a un modo de ser y a una cuestión moral: el socialismo era concebido como un sentimiento y como una postura frente a la injusticia.

Asimismo, resulta interesante señalar que, si bien las cartas administrativas reproducían un formato preestablecido que guardaba relación con los objetivos institucionales, por lo cual las epístolas del CE, la FSB y los centros eran relativamente impersonales y “áridas”, no por ello dejan de ser útiles para el trabajo histórico. Por otro lado, contrastan con las epístolas enviadas por los afiliados y simpatizantes, cuya concepción del partido no se daba en términos administrativos o burocrático-institucionales, sino en relación a su vínculo con el ideal y con la militancia dentro y fuera de la organización.

Por último, cabe destacar el potencial historiográfico que tiene la correspondencia administrativa preservada en el CSBB, ya que permite conocer otras cuestiones tales como mociones presentadas a las asambleas, discusiones entre miembros del centro o entre centros de la jurisdicción —sobre el periódico partidario, la biblioteca, asuntos personales, etc.—, justificaciones de renuncias a candidaturas electorales y/o comisiones partidarias, entre otras. Además, este tipo de fuentes pueden analizarse en diálogo con otras, como libros de afiliados, de actas de asambleas y de las comisiones, etc., también disponibles en el archivo del centro.

<sup>56</sup> Carta de Miguel Ordinas, Bahía Blanca, 14/04/1915. Evitamos señalar cada error de ortografía y puntuación para no obstaculizar su lectura.

<sup>57</sup> Por ejemplo, se conservan 3 cartas de renuncia motivadas por la expulsión de Alfredo Palacios. Cartas de José Kitroser, Bahía Blanca, 16/07/1915, Emilio B. Guichard, Bahía Blanca, 17/07/1915 y Miguel Ordinas, Bahía Blanca, 31/07/1915.

<sup>58</sup> Carta de Carlos Bugando, Bahía Blanca, 05/02/1914.

<sup>59</sup> Carta de Elías Hughes, Bahía Blanca, 22/07/1914.

<sup>60</sup> Carta de Emilio Pioppi, Bahía Blanca, 07/08/1914.

<sup>61</sup> Carta de Emilio B. Guichard, Bahía Blanca, 17/07/1915.

<sup>62</sup> Carta de Miguel Subirán, Bahía Blanca, 09/09/1915.

<sup>63</sup> Carta de Miguel Subirán, Puerto Galván, 20/09/1915.

<sup>64</sup> Carta de Miguel Cabezas, Bahía Blanca, 10/08/1915.

**Resumen**

El presente artículo tiene por objetivo analizar el papel que cumplía la correspondencia administrativa en el funcionamiento cotidiano del Partido Socialista, indagando el caso del Centro Socialista de Bahía Blanca entre 1911 y 1921. Para un partido como éste, que preconizaba una administración ordenada y eficiente, las cartas eran útiles tanto para facilitar la comunicación intrapartidaria como para dejar constancia de los distintos trámites administrativos de la institución, como por ejemplo las cotizaciones mensuales que se debían abonar al Comité Ejecutivo y a las federaciones provinciales. Por otra parte, el carácter impersonal de las cartas de los centros y de los organismos centrales contrastaba con las epístolas de los afiliados y simpatizantes, cuya concepción del partido no se daba en términos administrativos o burocrático-institucionales, sino en relación a su vínculo con el ideal y con la militancia dentro y fuera de la organización.

**Palabras Clave**

Correspondencia; Socialismo; Militancia; Bahía Blanca

**Abstract**

This article seeks to analyze the role of the administrative correspondence in the daily operation of the Socialist Party, analyzing the case of Socialist Center of Bahia Blanca between 1911 and 1921. For a party like this, which advocated an orderly and efficient administration, the letters were useful both to facilitate intra-party communication as to record the different administrative procedures of the institution, such as monthly contributions to be paid to the Executive Committee and the provincial federations. On the other hand, the impersonal nature of the letters of the centers and the central agencies contrasted with the epistles of the members and supporters, whose conception of the party was not in administrative or bureaucratic-institutional terms, but in relation to its link with the ideal and the militancy within and outside the organization.

**Keywords**

Correspondence; Socialism; Militancy; Bahía Blanca



Jesús Escobedo  
"Los Huesos de Cortés"  
Linóleo 26 x 19.5 cm. (ca. 1960)

## Del Caribe al Plata, del Plata al Caribe

# Sobre la recepción en Cuba de José Ingenieros a partir de la correspondencia (1915-1925)

Manuel Muñiz\*

### Introducción<sup>1</sup>

En un ensayo de 1948 el escritor español Pedro Salinas sostenía que la carta era algo tan valioso en la historia de la humanidad como la invención de la rueda.<sup>2</sup> Quizás esa aseveración peca de hiperbólica, pero tal vez sea acertada para captar la relevancia de la correspondencia en las redes intelectuales y políticas que se tejieron en América Latina durante el período de entreguerras, las cuales han recibido atención en diversos trabajos.<sup>3</sup> En toda esta conformación la figura del argentino José Ingenieros (1877-1925) hubo de consolidarse en un nodo central: ya en 1936 Sergio Bagú en su biografía sobre aquél hacía referencia a las “muchas [cartas] que a diario le llegaban de tantas partes”.<sup>4</sup> Tal sentencia se pudo comprobar gracias a la apertura del Fondo de Archivo José Ingenieros en el Centro de Documentación e Investigación en la Cultura de Izquierdas (CeDInCI), a partir de la cual se ha empezado a conocer mejor la circulación de las ideas ingenierianas.

Sin embargo, en este sentido el caso de Cuba permanece aún conocido de modo incompleto. La recepción de Ingenieros en la isla durante la etapa republicana posterior a la Independencia (1902-1933) ha sido tratada historiográficamente en general sólo con el nombramiento de una “influencia” —con toda la carga de imprecisión que posee el término— sobre diversas capas inte-

lectuales, estudiantiles y políticas.<sup>5</sup> Resulta llamativa esa escasez de estudios, puesto que por un lado el primer viaje de Ingenieros a La Habana en 1915 fue sumamente notificado en su momento (así como su breve paso en 1925), y especialmente porque cualquier mapeo sobre revistas editadas en Cuba en los diez y los veinte, desde las prestigiosas *Cuba Contemporánea*, *El Fígaro* o *Revista Bimestre Cubana*, las más modernas como *Social* o *Smart*, hasta menos difundidas como *Las Antillas*, *España Nueva* o *Studio*, llegando a las impulsadas por el reformismo universitario como *Alma Mater* y *Juventud*, se cotejan frecuentes referencias a Ingenieros, la reproducción de artículos suyos y la escritura de líneas que pretendían seguir el rumbo de sus ideas. Por ello en este artículo indagaremos qué aspectos de Ingenieros leyeron los intelectuales en Cuba —y diferenciamos en Cuba y no cubanos porque portorriqueños como Sergio Cuevas Zequeira o dominicanos como Federico Henríquez i Carvajal eran activos participantes—, y por qué recurrieron a aquél para intervenir en la peculiar situación política y cultural en esos años. La correspondencia remitida hacia Ingenieros y Gabriel Moreau entre 1915 y 1925 es un mirador excepcional para comenzar a resolver este problema, y por ello utilizaremos un *corpus* de cartas<sup>6</sup> y un rastreo preliminar de la aparición de artículos y correspondencia de Ingenieros

\* Universidad de Buenos Aires.

<sup>1</sup> Este trabajo conforma el núcleo de la ponencia presentada en las *VII<sup>os</sup> Jornadas de Historias de las Izquierdas CeDInCI / UNSAM: La correspondencia en la historia política e intelectual latinoamericana*, en noviembre de 2013. Asimismo, algunas de estas ideas forman parte de nuestra Tesis de Maestría en Historia en IDAES/UNSAM, cuyo título es “Julio Antonio Mella en las intersecciones del espacio político-cultural cubano y latinoamericano. Un estudio de historia intelectual”.

<sup>2</sup> Pedro Salinas, *El defensor*, Madrid, Alianza, 1967.

<sup>3</sup> En una escueta lista podemos mencionar: Martín Bergel, “Latinoamérica desde abajo. Las redes transnacionales de la Reforma Universitaria (1918-1930)”, en Emir Sader, Hugo Abotes y Pablo Gentili (eds.), *La Reforma Universitaria. Desafíos y perspectivas noventa años después*, Buenos Aires, CLACSO, 2008; Alexandra Pita González, *La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México, Universidad de Colima, 2009; Ricardo Melgar Bao, *Redes e imaginario del exilio en México y América Latina, 1934-1940*, Buenos Aires, Ediciones Libros en Red, 2003.

<sup>4</sup> Sergio Bagú, *Vida ejemplar de José Ingenieros. Juventud y plenitud*, Buenos Aires, Claridad, 1936.

<sup>5</sup> Hasta donde ha llegado nuestra pesquisa el único trabajo que se ha encontrado explícitamente en este problema es un artículo de Ana Cairo publicado en 1977: “José Ingenieros y la Generación del 30. Apuntes sobre una investigación inconclusa a propósito del centenario de su natalicio”, en *Bohemia*, 20 de abril de 1977, pp. 88-89. También en otras investigaciones de la autora se ha abordado parcialmente la recepción del reformismo argentino y de José Ingenieros entre los estudiantes cubanos. Ver, por ejemplo: Ana Cairo, *El Movimiento de Veteranos y Patriotas: apuntes para un estudio ideológico del año 1923*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, Instituto Cubano del Libro, 1976. Otros trabajos que han indagado parcialmente el tema pueden ser la biografía de Mella escrita por Christine Hatzky o el estudio de Sheldon Liss. Christine Hatzky, *Julio Antonio Mella. Una biografía*, Santiago de Cuba, Oriente, 2008; Sheldon B. Liss, *Roots of Revolution. Radical Thought in Cuba*, Nebraska, University of Nebraska Press, 1987.

<sup>6</sup> Hemos seleccionado una serie de cartas enviadas a José Ingenieros desde Cuba entre los años 1915 y 1925, así como dos cuyo destinatario era Gabriel Moreau y otras dos remitidas por Ingenieros, una a Sergio Cuevas Zequeira y otra a Alberto Lamar Schwyer. En otras palabras, esta indagación cuenta con escasas piezas de Ingenieros, pero suponemos, a fuer de que muchas entran en las esquemáticas fórmulas de respuestas a líneas anteriores remitidas por el argentino, que estamos en presencia de *intercambios* epistolares. Y precisamente fueron cruces dentro de las regularidades del género, especialmente porque reflejan una serie de esquemas compartidos en la escritura que son coherentes con altos grados de alfabetización.



en publicaciones periódicas cubanas, y viceversa. Todo este trabajo parte de una aseveración que señaló Oscar Terán hace ya varios años: los textos ingenierianos fueron profusamente leídos a lo largo de toda América Latina y lo convirtieron en una figura de primer orden.<sup>7</sup>

## El espacio intelectual en la Cuba republicana: apuntes para asir el interés en Ingenieros

Cuba era en los diez y en los veinte un lugar inserto en múltiples tramas intelectuales. A eso se sumó, especialmente, que el propio proceso de conformación tardía de su independencia —y para muchas plumas, coartada por la Enmienda Platt y la injerencia estadounidense—<sup>8</sup> llevó a un temprano cuestionamiento a la dirigencia política cubana y a una interrogación sobre esa “frustración nacional”.<sup>9</sup> Todo esto promovió entre los intelectuales, el uso de un repertorio simbólico que, según Rafael Rojas, “reproducía las tensiones entre desencanto y fundación, panhispanismo y panamericanismo, sajonofilia y latinofilia, nacionalismo y cosmopolitismo, afrocubanismo y anticaribefinismo”.<sup>10</sup> Estas inquietudes, en un país que estaba haciendo una propia y compleja génesis de su cultura nacional,<sup>11</sup> llevaron a que las primeras generaciones intelectuales tuvieran un interés manifiesto en diseccionar su época. Como explícita atinadamente al respecto Ricardo Hernández Otero, en las primeras décadas del siglo la cultura cubana moderna no fue una construcción del Estado, ni de instituciones existentes, “sino de publicaciones, nuevas instituciones, y del pensamiento y ejercicio de los intelectuales en general”.<sup>12</sup> Además, la obligatoriedad del paso por La Habana para muchos viajeros marítimos favorecía el contacto entre estos intelectuales cubanos con prestigiosos colegas latinoamericanos, tal como sucedió con las llegadas de Rubén Darío en 1910, Manuel Ugarte en 1911, el propio Ingenieros en 1915 y 1925, Gabriela Mistral en 1922, Víctor Raúl Haya de la Torre en 1923, o José Vasconcelos en 1925, entre otros.<sup>13</sup>

Si bien no es aquí el lugar para reponer toda la conformación de

un espacio intelectual<sup>14</sup> en la Cuba republicana, nos parece pertinente pensar esos lugares de construcción de una cultura moderna en ese país, para cotejar quiénes le escribían a Ingenieros. Las publicaciones constituyen en este sentido un barómetro fundamental: por caso, entre 1913 y 1923 se consolidó el grupo de la revista *Cuba Contemporánea* que, junto a la más antigua *Revista Bimestre Cubana*—dirigida desde 1910 por Fernando Ortiz— y el reconocimiento de *patriarcas* intelectuales como Enrique José Varona<sup>15</sup> o Manuel Sanguily conformaban las cabezas ostensibles de una intelectualidad aún proteica, y poco autonomizada.<sup>16</sup> A partir de agosto de 1923, la denominada Protesta de los Trece gestó la aparición del Grupo Minorista, que constituirá el núcleo de la vanguardia cubana, y una inclusión no necesariamente rupturista de una fracción más joven entre los intelectuales.<sup>17</sup> Hombres como Fernando Ortiz, Carlos de Velasco, Arturo Montori, Enrique José Varona, Sergio Cuevas Zequeira, Adrián del Valle, Emilio Roig de Leuchsenring y Alberto Lamar Schweyer serán algunos de los nombres repetidos en las cartas enviadas entre 1915 y 1925 y conformaban todos ellos, ora parte del colectivo editorial de alguna de esas publicaciones, ora asiduos colaboradores. Por su parte, hacia los años diez, *El hombre mediocre* era indudablemente la obra más conocida de Ingenieros en Cuba.<sup>18</sup> Todavía queda por conocer las ediciones que circulaban en la isla en esos años, pero según Ana Cairo ese texto “dio a conocer al psicólogo, al sociólogo y al moralista fusionados. El impacto del libro en nuestros medios fue inmediato [...]; se convirtió en lectura obligada de los jóvenes, sólo podría compararse con *Ariel* de José Enrique Rodó como índice de preferencia mantenida en el período”.<sup>19</sup>

Pero este interés se vinculaba no sólo con el prestigio que iba ganando Ingenieros, sino con las propias particularidades de la vida política cubana. La Enmienda Platt, asimismo, que presentaba una espada de Damocles sobre el presente y futuro cubano, también imponía determinadas reglas de juego a la dinámica política de las distintas fracciones políticas, que buscaban el control

<sup>7</sup> Oscar Terán, *José Ingenieros: pensar la nación*, Buenos Aires, Alianza, 1986.

<sup>8</sup> Son útiles al respecto: Louis A. Pérez Jr., *Cuba under the Platt Amendment, 1902, 1934*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1986; Instituto de Historia de Cuba, *La Neocolonia. Organización y crisis. Desde 1899 hasta 1940*, La Habana, Editora Política, 1998.

<sup>9</sup> Ann Wright, “Intellectuals of an Unheroic Period of Cuban History, 1913-1923. The ‘Cuba Contemporánea’ Group”, en *Bulletin of Latin American Research*, Vol 7, n° 1, 1988, p. 115. Para un análisis de ese discurso de “frustración”, ver: Rafael Rojas, “El discurso de la frustración republicana en Cuba”, *El ensayo en Nuestra América*, México, CCYDEL-UNAM, 1993, pp. 398-432.

<sup>10</sup> Rafael Rojas, *La máquina del olvido: Mito, historia y poder en Cuba*, Madrid, Taurus, 2012, p. 41.

<sup>11</sup> Para los avatares y tensiones en la construcción de una identidad nacional y una ritualidad patriótica, véase el interesante estudio de María Iglesias Utset, *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba 1898-1902*, La Habana, Unión, 2003.

<sup>12</sup> En Alejandro Zaldívar, “El intelectual, la nación y la política en la Cuba republicana”, en *La Gaceta de Cuba*, La Habana, n° 3, Mayo/Junio 2002, p. 16.

<sup>13</sup> Ver: Luis Sáinz de Medrano Arce, “Los viajes de Rubén Darío por Hispanoamérica”, en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Vol 23 (1994), pp. 83-106; Beatriz Colombi, *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2004; Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila*, México, UNAM, 1989.

<sup>14</sup> Preferimos esta noción de “espacio intelectual”, que reconocemos provisoria, puesto que es difícil hablar de “campo” intelectual en el sentido bourdieuano en esos años en Cuba, especialmente por el bajo grado de profesionalización y autonomía. Muchos de estos intelectuales vivían, ora de su actividad como abogados, ora como profesores en las Escuelas Normales o en la Universidad de La Habana —la única por entonces en la isla—, o bien ocupando cargos públicos.

<sup>15</sup> Utilizamos esta idea de Varona como *patriarca* intelectual de: Alain Guy, “Un philosophe cubain: Enrique José Varona 1849-1933”, en AA.VV., *Les Années Trente A Cuba. Actes du colloque international organisé à Paris en Novembre 1980 par le Centre Interuniversitaire d'Études Cubaines et l'Université de la Sorbonne-Nouvelle*, Paris III, Paris, L'Harmattan, 1982.

<sup>16</sup> Para la figura de Fernando Ortiz es interesante: Mauricio Font y Alfonso Quiroz, (eds.), *Cuban Counterpoints. The Legacy of Fernando Ortiz*, Maryland, Lexington Books, 2005. Ver una autorrepresentación de la importancia de *Cuba Contemporánea* en las palabras de uno de sus directores: Mario Guiral Moreno, “‘Cuba Contemporánea’. Su origen existencia y su significación”, en Fermín Peraza Sarausa, *Índice de Cuba Contemporánea*, La Habana, Biblioteca Municipal de La Habana, 1940, p. 26.

<sup>17</sup> Algunos de ellos editarán años más tarde la famosa *Revista de Avance*. El estudio más detallado sobre esta publicación está en el libro de Celina Manzoni, *Un dilema cubano. Nacionalismo y vanguardia*, La Habana, Casa de las Américas, 2000. Para el Grupo Minorista sigue siendo útil: Ana Cairo, *El Grupo Minorista y su tiempo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978.

<sup>18</sup> Sergio Bagú, *op.cit.*, pp. 173 y ss.

<sup>19</sup> Ana Cairo, “José Ingenieros...”, *op.cit.*, pp. 88-89.

de diferentes dependencias del Estado casi como un botín de guerra para establecer.<sup>20</sup> Muchos intelectuales criticaban esa venalidad, especialmente la corrupción y las sinecuras, popularmente conocidas como *botellas*. Si bien sería excesivo reponer aquí otros matices de esa crítica —visible, por caso, en la literatura realista de Carlos Loveira, en los ensayos de Manuel Márquez Sterling, o más adelante en la impugnación de la *mediocracia* entre los profesores cuando comience el movimiento reformista universitario—<sup>21</sup> como resumen basta enunciar que cualquier diatriba sobre la situación cubana, o bien cualquier diagnóstico sobre las causas de los males de la época pasaba en buena medida por esos prismas. Críticas a la corrupción, a la falta de ilustración de la clase dirigente, y a la ignorancia y escasez de instrucción de buena parte del pueblo cubano, el cual en buena medida era visto en una gradación entre paternalismo y rechazo, se van gestando algunas matrices que podían hacer proclive la recepción de obras como **El hombre mediocre**. Es sabido que los textos viajan sin sus contextos, pero podemos pensar que los intelectuales en Cuba leían allí nociones como *mediocridad* y *genio* y la usaban para entender a un país como el suyo que consideraban había nacido enclenque. Pero más allá de esto, otros factores permitieron el real tendido de redes intelectuales y personales más densas.

### El viaje de Ingenieros y su efecto multiplicador

El 9 de diciembre de 1915 José Ingenieros y su esposa, junto a otros delegados argentinos, llegaron a La Habana para una escala de dos días antes de seguir viaje hacia Estados Unidos, donde asistirían al Segundo Congreso Científico Pan-Americano. La llegada fue profusamente referenciada en la prensa de la época: **El Heraldo de Cuba** detallaba dentro de sus noticias del diario vespertino del mismo día: “A las diez y media de la mañana de hoy ha pisado nuestras playas el eminente publicista José Ingegnieros [sic]. A recibir a tan ilustre hombre de letras fueron al muelle notables personalidades de nuestra sociedad”.<sup>22</sup>

La ansiedad por la visita era notable, lo cual era coherente con muchos de los rituales de recepción de los viajes intelectuales de la época. Antes mismo que Ingenieros bajara del vapor *Tenadores*, ya se hallaba un comité dándole la bienvenida a la capital cubana. Y dentro de ese grupo se hallaban algunos de los que a la postre serán asiduos interlocutores epistolares, por ejemplo Carlos de Velasco, director de **Cuba Contemporánea** y el escritor Arturo de Carricarte. Ingenieros se hospedó en el prestigioso Hotel Sevilla, estadia durante la cual fue visitado asiduamente en pos de manifestar una admiración sin fisuras: como muestra basta la crónica del poeta mexicano Luis Urbina, por entonces exiliado allí por su militancia antihuertista, quien relataba su charla de café con el argentino: “Ingenieros es extraordinariamente simpático [...] y bajo el bigote galán, una boca que sonríe de buena gana, experta y

sabia”.<sup>23</sup> Pero las muestras de homenaje no finalizaron allí, sino que permitieron el comienzo de una serie de vínculos que se extendieron a partir de las cartas.

La urgencia en escribir esas líneas era evidente. Las primeras cuatro cartas de nuestro *corpus* están fechadas casi de forma simultánea a la visita de Ingenieros, y también cuando ya estaba en Estados Unidos: las de Sofía Córdova, Miguel Necochea, Andrés Caballero y Arturo de Iraizoz están datadas entre el 10 y el 17 de diciembre. Nos resulta interesante pensar que las dos primeras cartas son las pocas que acuden a una admiración personal y profesional. Por caso, Córdova manifestaba su reconocimiento a “hombres superiores como usted”,<sup>24</sup> o el colombiano Andrés Caballero quería agradecerle su paso por “esta hermosa y culta capital”, mientras que Miguel Necochea, redactor-jefe de **El Heraldo de Cuba**, le pedía asesoramiento médico por una enfermedad de su hija.<sup>25</sup> Desconocemos si alguna vez Ingenieros ofreció respuestas.

Pero dentro de estas primeras misivas se halla una que cifrará el tono de lo que seguirá a continuación. El 17 de diciembre de 1915 Antonio de Iraizoz le escribía una carta mecanografiada con el membrete del semanario **Patria**. Lo relevante de estas líneas se vincula con un *tipo de carta intelectual* que veremos replicada en muchos de los ejemplos subsiguientes: Iraizoz envía algunos ejemplares de su semanario, y le solicita a Ingenieros “una de sus atildadas producciones á fin de que, á su regreso, represente mas marcadamente una nota de actualidad, ya que de por sí la tiene su reconocida firma”.<sup>26</sup> Este intento de hacer llegar a Ingenieros algunas de las publicaciones cubanas, y a la vez que tratar de recibir algún texto de aquél, veremos que se repite casi de modo calcado.

Al respecto, una de las misivas más sintomáticas es una larga carta mecanografiada de De Velasco del 9 de abril de 1916, con membrete de **Cuba Contemporánea**, la primera de nuestra selección que parece haber llegado a Buenos Aires, la cual está evidentemente respondiendo a una consulta previa de Ingenieros:

Al fin, ya está usted complacido en todo cuanto me pidió, pues el día 4 puse al correo, en cuatro paquetes certificados, los libros que me encargó, el retrato del Dr. Varona, etc. Y ahora le transcribiré la respuesta que el Dr. Varona me ha dado a la pregunta que por mi conducto le formuló usted, o sea, que “indicara en diez líneas lo que él consideraba esencial y característico de su obra de pensador y estadista”.<sup>27</sup>

<sup>20</sup> Louis A. Pérez Jr., *op.cit.*, p. 138 y ss.

<sup>21</sup> Ann Wright, *op.cit.*, pp. 114-115. Carlos Loveira, **Generales y doctores**, La Habana, Sociedad Editorial Cuba Contemporánea, 1920.

<sup>22</sup> **El Heraldo de Cuba**, 9 de diciembre de 1915, p. 1.

<sup>23</sup> Luis G. Urbina, “Una caricatura. José Ingenieros”, en **El Heraldo de Cuba**, 17 de febrero de 1915.

<sup>24</sup> Carta de Sofía Córdova a José Ingenieros, 10 de diciembre de 1915. Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/2.2.83.

<sup>25</sup> Carta de Andrés Caballero a José Ingenieros, 11 de diciembre de 1915. Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/2.1.1. Miguel Necochea a José Ingenieros, 11 de diciembre de 1915. Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/6.2.5.

<sup>26</sup> Carta de Antonio de Iraizoz a José Ingenieros, 17 de diciembre de 1915. Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/4.3.58. Hemos respetado la ortografía original.

<sup>27</sup> Carta de Carlos de Velasco a José Ingenieros, 9 de abril de 1916. Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/3.1.8, folio 1.

El cubano detalla entonces ese envío conformado por una importante cantidad de libros, folletos y revistas —entre los cuales se hallaban vastas obras de Varona y **Manual del perfecto fulanita** de José Antonio Ramos—, además de la propia respuesta varoniana ante la solicitud de Ingenieros. Se desprende de estas líneas un entramado de vínculos a distancia:

El Dr. Cuevas Zequeira, por más recados que le he mandado no me ha remitido (aunque cuando se lo pedí me manifestó que sería casi imposible conseguirlo) el ejemplar de su tesis.<sup>28</sup>

O bien,

El Dr. [Estanislao] Zeballos me ha escrito pidiéndome autorización para reproducir en su *Revista de Derecho, Historia y Letras* algunos trabajos que le han parecido interesantes de *Cuba Contemporánea*.<sup>29</sup>

Intercambio de revistas, referencias cruzadas, citado de la voz de otros autores, solicitud de ejemplares atrasados, son algunas de las marcas de esta pieza. De todo esto, dos cuestiones nos interesa resaltar: la relevancia de la **Revista de Filosofía**, cuyo primer número es de enero de 1915,<sup>30</sup> pero que sin embargo entre las cúspides del espacio intelectual cubano estaba prontamente circulando; por el otro, la importancia de la figura de Varona entre los intereses de Ingenieros, quien acaso veía en aquél una suerte de espejo intelectual, especialmente por tratarse de alguien que seguía constituyendo un faro para las nuevas generaciones.<sup>31</sup>

Esos contactos consumaron rápidamente la aparición ingenieriana en **Cuba Contemporánea**. Así, en un número de enero-abril de 1916 se verían replicados textos suyos como “Las ideas sociológicas de Sarmiento” o “Servidumbre moral”, además de un artículo de José Sixto de Sola que compartía su experiencia embriagadora de la lectura de **El hombre mediocre**: “Al leerlo hay que pensar, y pensar hondo y pensar en muchas cosas [...] produce en el cerebro del lector el efecto de un palmetazo en empolvado cojín”.<sup>32</sup> Aunque entre 1916 y 1919 no hemos hallado cartas desde Cuba a Ingenieros, siguieron apareciendo sus textos en Cuba, como por ejemplo en un número de **Revista Bimestre Cubana** se vería replicado “Significación histórica del maximalismo”.<sup>33</sup>

<sup>28</sup> *Ibidem*, folio 2.

<sup>29</sup> *Ibidem*, folio 4. Subrayado en el original.

<sup>30</sup> Luis A. Rossi, (prólogo y selección de textos), **Revista de Filosofía. Ciencias-Educación. José Ingenieros y Aníbal Ponce. Directores**, Bernal, UNQ, 1999.

<sup>31</sup> Es de notar, a título indicativo, que en la **Revista de Derecho, Historia y Letras** aparecería publicado en 1920 un artículo del propio De Velasco, o más tarde, cuando Mella y otros estudiantes reformistas cubanos editen la radicalizada **Juventud**, no obstante no hesitaban en dedicar un elogioso obituario a Estanislao Zeballos. Ver: Carlos De Velasco, “Política Internacional americana”, en **Revista de Derecho, Historia y Letras**, Tomo LXVII, 1920, pp. 210-217; Carlos Castellanos, “Estanislao Zeballos”, en **Juventud**, n° 2-3, noviembre-diciembre 1923, p. 23.

<sup>32</sup> José Sixto de Sola, “El acercamiento intelectual de América”, en **Cuba Contemporánea**, Tomo X, enero-abril de 1916, p. 193.

<sup>33</sup> José Ingenieros, “Significación histórica del maximalismo”, en **Revista Bimestre Cubana**, Vol. XIV, n° 2, marzo-abril 1919, pp. 81 a 97. La conferencia original no era muy lejana en el tiempo: noviembre de 1918.

## Los intercambios epistolares en la posguerra: la refracción de las mutaciones intelectuales de Ingenieros y de la nueva situación cubana

Los años de posguerra modificaron las preocupaciones de Ingenieros. Cuestiones como el lugar que la **Revista de Filosofía** le dedicaría a la Revolución Rusa o a la Reforma Universitaria, o el nuevo énfasis con que abraza las insignias del latinoamericanismo antiimperialista, modelaron las estaciones finales de su itinerario, y colaboraron en unirlo en “Maestro de juventudes”.<sup>34</sup> Esto derivó en un creciente interés entre los cubanos en recibir la producción ingenieriana y por consiguiente en un crecimiento cuantitativo y cualitativo en las cartas enviadas desde allí. En este sentido, si a partir de 1915 encontramos cartas emitidas por la élite intelectual cubana (Ortiz, De Velasco), o bien impregnadas de una incólume admiración, en el período posterior a la Gran Guerra creció el número de actores involucrados, y si bien la asimetría con el argentino no parece haberse difuminado, permite entrever vínculos más densos y complejos.

Pero esto a la vez se vincula con los avatares en Cuba de esos años. Luego de unos años de bonanza durante el conflicto bélico, durante el cual los precios del azúcar crecieron astronómicamente, llegó del derrumbe con el **crack** bancario de 1920. Se generó así una nueva modalidad de intervencionismo estadounidense, reflejada en que el enviado Enoch H. Crowder tenía la potestad de aprobar un gabinete del gobierno de Alfredo Zayas. Como impugnación a todo este estado de situación, durante 1922 y 1923 eclosionaron una serie de movimientos políticos e intelectuales —que aquí sólo podemos listar—: la Protesta de los Trece, el Grupo Minorista, el movimiento reformista universitario, liderado por Julio Antonio Mella, la Falange de Acción Cubana, el Movimiento de Veteranos y Patriotas y una mayor radicalización de las luchas obreras. Lo que nos interesa contemplar de esto es cuánto de este álgido clima político se ve refractado en las cartas enviadas a Ingenieros, y especialmente cómo muchos de estos actores siguen rastreando un modo de legitimación en las revistas y libros de aquél, o incluso con el acceso a una misiva de la calle Viamonte.

Una pieza significativa en este sentido es una carta mecanografiada y con membrete de la Biblioteca Municipal de La Habana, enviada por Arturo de Carricarte, a la sazón Director de la naciente Biblioteca, en abril de 1920.<sup>35</sup> El pedido es concreto: solicitarle parte de la colección de la “magnífica Revista de Filosofía” como dinamómetro para posibilitar el acceso a los lectores cubanos a páginas que permiten un “mayor acercamiento entre los países de nuestra habla en América”.<sup>36</sup> El pedido fue respondido, lo cual se refleja en una nueva carta de De Carricarte de julio de 1920 en la que agradece.

<sup>34</sup> L.A. Rossi, *op.cit.*; A. Pita González, *op.cit.*; O. Terán, *op.cit.*

<sup>35</sup> Dicha institución había sido fundada ese mismo año. Ver: Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, **Diccionario de la Literatura Cubana**, La Habana, Editorial de Letras Cubanas, 1980, Tomo I, p. 191.

<sup>36</sup> Carta de Arturo de Carricarte a José Ingenieros, 25 de abril de 1920. Fondo de Archivo José Ingenieros, CeInCI, SAA/8-4/2.3.24, folios 1 y 2.

Además, en la carta en la que Ingenieros envió esos materiales parece haber tocado algunos puntos que le interesaban al cubano: por ejemplo, una referencia sobre Martí permite que De Carricarte se exhiba sobre esa figura, especialmente porque se trataba en esos años de uno de los compiladores de textos desconocidos del Apóstol, y fundador con ese objeto de la *Revista Martiniana* en 1921.<sup>37</sup> Este emprendimiento era parte de un proceso de conocimiento sobre José Martí que estaba recién en los albores.<sup>38</sup>

Esa respuesta cifra a la vez no sólo los esquemas ideológicos de estos interlocutores con Ingenieros, sino nuevas preocupaciones sobre el lugar de la isla en relación a Estados Unidos. En esa nueva carta, enuncia su ambivalencia entre la admiración por la pujanza sajona con la crítica a la política exterior estadounidense, y el rechazo a una clase dirigente leída como eminentemente mediocre:

Comparto sus ideas acerca de los Estados Unidos, a los cuales admiro y los que, siguiendo en cierto modo la recomendación de nuestro gran Darío, he procurado y procuro conocer íntimamente [...]. La política exterior de Estados Unidos, principalmente en lo que se refiere a la América de nuestra habla, es algo bochornoso para ellos y alarmante para nosotros. [...] nuestros pueblos, sobre los cuales pesan fatalismos históricos, gobernados torpemente por audaces mediocres [...] tienen incuestionable derecho al auxilio de los más adelantados para adquirir una cultura que se les niega.<sup>39</sup>

Otra figura con un privilegiado contacto con Ingenieros fue Sergio Cuevas Zequeira, miembro fundador de la Academia de Historia de Cuba y prolífico periodista y profesor universitario, en suma, un personaje tan relevante como poco estudiado en el corredor de ideas y en la circulación de materiales en los contactos transnacionales de esos años. Como director de la revista mensual *Las Antillas*, estaba muy interesado en la reproducción de artículos de *Revista de Filosofía*, y al mismo tiempo, como profesor de Psicología, Moral y Sociología en la Universidad de La Habana — las dos últimas, asignaturas dentro de la carrera de Derecho, lugar emblemático de reclutamiento de intelectuales y líderes políticos— creemos que funcionó como *difusor* de la obra ingenieriana entre muchos de los jóvenes cubanos.<sup>40</sup>

El intercambio Ingenieros-Cuevas Zequeira requiere una reconstrucción. El portorriqueño emprendió en abril de 1920 la publi-

cación de una revista mensual llamada *Las Antillas*, en la cual, como muestra de su habitual modo diletante de conjugar sus intereses literarios con los filosóficos, publicó en el primer número un texto llamado “El Quijote y El examen de ingenios”, que sería reproducido meses más tarde en *Revista de Filosofía*.<sup>41</sup> Desconocemos el momento en el cual se contactaron originalmente Ingenieros y Cuevas Zequeira, pero en una ya citada carta de De Velasco de 1916 aparecía una referencia cruzada. Como sea, posiblemente Cuevas Zequeira le había escrito en 1920 a Ingenieros para enviarle el primer número de su nueva publicación y una versión taquigráfica de un discurso suyo sobre Varona.

Ingenieros respondió esta carta de Cuevas Zequeira, que apareció abiertamente en el número 2-3 de *Las Antillas*:

Muy estimado amigo:

A las muchas razones de simpatía que me inspiran sus escritos, se ha agregado ahora el hermoso discurso de Ud. en la recepción al Dr. Varona en la Universidad. Conozco toda la obra científica y moral del ilustre pensador cubano: soy uno de sus más ardientes admiradores y le tengo por una de las tres o cuatro grandes cumbres intelectuales de nuestra América.<sup>42</sup>

Podemos extraer de este ejemplo que una carta de Ingenieros tenía un considerable valor simbólico, y que al publicarse abiertamente en un novel emprendimiento editorial le permitía contar con una legitimidad creciente. También era un modo, creemos, de utilizar al argentino como justificación de una agenda intelectual similar, porque precisamente en ese número Cuevas Zequeira publicó un estudio sobre la Revolución Rusa.<sup>43</sup> Volviendo a la carta: he aquí que ese comentario de Ingenieros fue leído por Varona, quien escribió de puño y letra al argentino para agradecerle ese elogio “que recibe todo su valor de quien lo confiere”.<sup>44</sup>

Pocos meses más tarde, Sergio Cuevas Zequeira volvió a escribirle a José Ingenieros para informarle de la publicación de la carta anterior en las páginas de *Las Antillas*, y avisarle de un trabajo en proceso sobre el Padre Varela.<sup>45</sup> Ingenieros parece no haber contestado, o bien su respuesta no llegó jamás, y por ende Cuevas Zequeira demuestra cierta impaciencia: escribió nuevamente a comienzos de 1921 para enviarle el susodicho artículo sobre Varela con la adenda del sello legitimador de un Varona: “El Dr. Varona a quien está dedicado [el trabajo sobre Varela] me ha favorecido en la carta que en copia le envío”.<sup>46</sup> Esa intermediación finalmente hubo de cobrar efecto: en las páginas del número de mayo de

<sup>37</sup> De todos modos, de acuerdo a Ottmar Ette, la revista tuvo poco alcance y desarrollo. Ver Ottmar Ette, *José Martí. Apóstol, poeta revolucionario: una historia de su recepción*, México, UNAM, 1995, p.86.

<sup>38</sup> Al respecto, son útiles: Ottmar Ette, *op.cit.* y Lilian Guerra, “The Struggle to Redefine Martí and ‘Cuba Libre’ in the 1920s”, en Mauricio Font y Alfonso Quiroz (ed.): *The Cuban Republic and José Martí. Reception and Use of a National Symbol*, Lanham, Lexington, 2006.

<sup>39</sup> Carta de Arturo de Carricarte a José Ingenieros, 14 de julio de 1920. Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/2.3.25, folios 1 y 2.

<sup>40</sup> Como muestra basta un ejemplo: en *Alma Mater*, una de las revistas impulsadas por Mella, fue publicado en junio de 1923 un ensayo de Cuevas Zequeira sobre *Evolución de las Ideas Argentinas*, además de una foto de Ingenieros con un epígrafe que signaba: “Ilustre profesor argentino, apóstol del Pan-latinismo en América, de quien publica en este número nuestro amigo y Catedrático Dr. Sergio Cuevas Zequeira, un valioso trabajo”. Ver: *Alma Mater*, Año II, n° 8, junio de 1923, p. 8.

<sup>41</sup> Sergio Cuevas Zequeira: “El Quijote y El examen de ingenios”, en *Las Antillas*, n°1, abril de 1920, pp. 9-22. S. Cuevas Zequeira: *Idem*, en *Revista de Filosofía*, Año VI, n° 5, septiembre de 1920.

<sup>42</sup> *Las Antillas*, n° 2-3, mayo-junio de 1920, p. 151.

<sup>43</sup> *Ibidem*, pp. 91-107.

<sup>44</sup> Carta de Enrique José Varona a José Ingenieros, 4 de agosto de 1920. Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/8.2.10.

<sup>45</sup> Carta de Sergio Cuevas Zequeira a José Ingenieros, 14 de noviembre de 1920, Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/2.2.109. Hace referencia a Félix Varela y Morales (1787-1853), uno de los *padres fundadores* del pensamiento moderno cubano.

<sup>46</sup> Carta de Sergio Cuevas Zequeira a José Ingenieros, 8 de enero de 1921. Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/2.2.110.



1921 de la *Revista de Filosofía* apareció "El Padre Varela"<sup>47</sup> y el dato es tan sintomático del interés del portorriqueño en verse publicado en esa meridiana revista, que recién más tarde apareció en *Las Antillas*, o sea, en sus propias páginas, en el ejemplar de julio-agosto de 1921.

Otro partícipe de estos intercambios epistolares fue Alberto Lamar Schweyer. Nacido en 1902, era parte integrante del Grupo Minorista y, pese a su novel lugar, colaboraba en *Cuba Contemporánea* y hacia 1922 era jefe de redacción de la moderna revista *Smart*.<sup>48</sup> No obstante, su acercamiento a partir de 1925 con el represivo gobierno de Gerardo Machado implicó la ruptura del Grupo con él (y viceversa), y durante muchos años quedara estigmatizado como "traidor".<sup>49</sup>

En algún momento de los primeros meses de 1922, Lamar Schweyer envió a Ingenieros su libro *Las rutas paralelas*, una compilación de trabajos prologada por Varona; el 5 de julio Ingenieros respondió agradeciéndole, y esas líneas fueron publicadas abiertamente en *EL Fígaro*, una importante revista habanera. Varios planos interesan de esta misiva: nuevamente, todo lo que tuviera la legitimación intelectual de Varona, valía su lectura:

No le ocultaré que a ello [refiere a la lectura de *Las rutas paralelas*], además de mi curiosidad por todo lo que en América se escribe sobre ideas y filosofía, me apremió el altísimo padrino de Enrique José Varona, que es justamente considerado hoy una de las personalidades más ilustres de la América intelectual.<sup>50</sup>

Es interesante advertir que esta esquela de Ingenieros de julio de 1922 refiere al proyecto de conformar una Unión Latinoamericana, unos meses antes de octubre de ese año, cuando con el célebre discurso de Ingenieros en la recepción a Vasconcelos en Buenos Aires hubo de comenzar lo que Pita González definió como el origen simbólico de la ULA:

Pronto convendrá hablar en voz alta, en todas partes. El dilema no es de hierro. O entregarnos sumisos y alabar la Unión Pan-americana [...], o defenderse formando una Unión Latinoamericana. Muchas veces he pensado que los intelectuales más representativos de nuestros países podrían iniciar un movimiento conjunto de resistencia espiritual a la conquista del capitalismo [...].<sup>51</sup>

Lo que nos parece, más allá de la germinación de la ULA que escapa a los fines de nuestro trabajo, es que estamos en presencia de un tipo de carta intelectual escrita a sabiendas que era posible y

probable su publicación de modo abierto. Es por ello que, como ha mencionado al respecto Netter, la correspondencia intelectual muchas veces difumina el límite entre lo público y lo privado;<sup>52</sup> más aún si se trata de una escrita por una figura como Ingenieros a un joven cubano con escaso capital simbólico, y que sólo contaba con una marca de prestigio que lo avalaba como era el auspicio de Varona.

Publicitar o no esa carta de Ingenieros era precisamente una de las dubitaciones que explica Lamar Schweyer en su respuesta, fechada el 25 de agosto de 1922. Se decidió porque "Varona, el amable y querido maestro, que siempre disipa mis dudas, me hizo ver que declaraciones de tanta importancia no debían quedar ignoradas".<sup>53</sup> La razón se vincula con lo que sucedía en Cuba en esos días. El delegado Crowder no sólo había conseguido cambios en el gabinete de Zayas, y la sanción de leyes promovidas por el Departamento de Estado, sino que comenzaba la gestión de un empréstito de 50 millones de dólares, aprobado poco después.<sup>54</sup>

El diagnóstico de Lamar Schweyer también expresaba la puja simbólica en la cual estaban los intelectuales cubanos: si la dominación financiera y la amenaza de la Enmienda Platt era palpable, también el núcleo de los problemas cubanos podía ser rastreado en el pasado. Es por ello que endulzaba los ojos de Ingenieros al citar en esa carta la conferencia de aquél en Barcelona en 1915 que criticaba la tradición *oscurantista* española:<sup>55</sup> "Nuestro pueblo está sugestionado por un grupo de hombres que viven de esa gran mentira de la raza. [...] El español dice que por separarnos de España caeremos en poder del coloso del norte".<sup>56</sup> La siguiente carta de Lamar Schweyer está fechada unos meses más tarde. A juzgar por el contenido de la misma, en el ínterin José Ingenieros respondió a la anterior misiva del cubano. La carta empieza con una escena de lectura entre él y Varona, casi calcada de la famosa de Próspero y sus discípulos en el *Ariel* de José Enrique Rodó, en la cual el joven le lleva el discurso de Ingenieros en la recepción de Vasconcelos en Buenos Aires: "¡Qué bello trabajo el de Ud. sobre la Unión Latinoamericana! Como me encargaba Ud., esa misma noche llevé el número al Maestro Varona".<sup>57</sup>

Ese mes de diciembre de 1922 fue álgido en La Habana: la recepción otorgada al Dr. José Arce, que ha sido interpretada como el disparador del proceso de reforma universitaria, fue mencionada en la carta de Lamar Schweyer. Y también aparece allí un reclamo al pasar, que nos resulta empero importante: "no recibo 'La revista de Filosofía' [...]. Me veo obligado a leerla gracias a la amabilidad del Dr. Lendián que me la facilita".<sup>58</sup> La referencia a Evelio

<sup>47</sup> Sergio Cuevas Zequeira, "El Padre Varela", en *Revista de Filosofía*, Vol 13, n° 3, mayo de 1921, pp. 438-453.

<sup>48</sup> Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba: *op.cit.*, Tomo II, p. 971.

<sup>49</sup> Alejo Carpentier hubo de nominarlo de ese modo al trazar la historia del Grupo Minorista. Ver: Alejo Carpentier, "Un ascenso de medio siglo", en *Ensayos*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1984, [1977], pp. 294-295.

<sup>50</sup> Carta de José Ingenieros a Alberto Lamar Schweyer, 5 de julio de 1922. Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/10.2.41.

<sup>51</sup> *Ídem*.

<sup>52</sup> Marie Laurence Netter, "Les correspondances dans la vide intellectuelle. Introduction", en *Mil neuf cent*, n° 8, 1990, p. 5.

<sup>53</sup> Carta de Alberto Lamar Schweyer a José Ingenieros, 25 de agosto de 1922, Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/5.2.36.

<sup>54</sup> Louis A. Pérez Jr., *op.cit.*, pp. 207 y ss.

<sup>55</sup> Sergio Bagú, *op.cit.*, p. 144.

<sup>56</sup> Carta de Alberto Lamar Schweyer a José Ingenieros, 25 de agosto de 1922. Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/5.2.36, folio 2.

<sup>57</sup> Carta de Alberto Lamar Schweyer a José Ingenieros, 7 de diciembre de 1923. Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/5.2.37, folio 1.

<sup>58</sup> *Ídem*, folio 2.

Rodríguez Lendián no es casual. Si bien no hemos hallado cartas remitidas por éste a Ingenieros, como profesor de la Facultad de Derecho en la Universidad era un difusor de la obra del argentino, y constituía uno de los faros a seguir para los jóvenes reformistas universitarios cubanos, al punto que el propio Mella lo llamaba “el precursor”.<sup>59</sup>

## El antiimperialismo, el latinoamericanismo y la primera recepción cubana del Boletín Renovación

Las cartas remitidas a Ingenieros entre 1923 y 1925, el último de los ciclos que indagaremos, permiten periodizar la llegada a las costas caribeñas de **Renovación**. **Boletín Mensual de Ideas, Libros y Revistas de la América Latina**, cuyo primer número es del 20 de enero de 1923.<sup>60</sup> Lo que nos interesa destacar aquí es que esta recepción estaba en consonancia con el contexto del crucial año 23 en Cuba, por lo que el péndulo de intereses entre los interlocutores epistolares con el argentino comenzó a moverse hacia un antiimperialismo latinoamericanista, lo mismo que sucedía en muchos de sus emprendimientos culturales. Por ejemplo, los cambios en el equipo editorial de **Cuba Contemporánea** ladearon la revista hacia la izquierda del arco político: hombres como Roig de Leuchsenring, Loveira o Montori sintetizan ese nuevo rumbo.<sup>61</sup> Otros actores de las diferentes gradaciones de antiimperialismo que existían en Cuba comenzaron a contactarse con Ingenieros, por lo que éste parecía leer para ese entonces con simpatía cualquier página de ese tenor: así es como en una carta manuscrita de Eduardo Abril Amores desde Santiago de Cuba agradece la lectura de Ingenieros de **Él águila acecha**, una compilación de sus notas editoriales en **Diario de Cuba** en las cuales criticaba en clave nacionalista la injerencia estadounidense en los asuntos interiores cubanos y la decadencia de la clase dirigente cubana.<sup>62</sup>

Por su parte, **Renovación** será atendida casi desde su inicio. El primer dato que nos permite entrever esto es una misiva también desde Santiago de Cuba de Federico Henríquez i Carvajal, hermano de Francisco y tío de Max y Pedro Henríquez Ureña, quien había conocido a Ingenieros en un viaje a Buenos Aires en 1916. En una pieza escrita en bellísima caligrafía relata su acceso a aquella publicación, en la cual leyó complacido “varios nombres caros a mi afecto”.<sup>63</sup> A su vez, el dato que en un número de **Cuba**

**Contemporánea** de ese mismo mes hallamos una reproducción del texto ingenieriano “La Universidad del porvenir”, publicado en el n°1 de la revista rioplatense, demuestra la rapidez de los corredores de revistas entre Cuba y Argentina.<sup>64</sup>

La siguiente mención de la llegada de **Renovación** a Cuba es una carta remitida a Gabriel Moreau en 1923 por Emilio Roig de Leuchsenring,<sup>65</sup> a la sazón Director Literario de **Social**, por entonces la revista moderna por excelencia de Cuba, miembro del comité editorial de **Cuba Contemporánea**, y una de las figuras más prestigiosas del espacio intelectual cubano. En ella, Roig de Leuchsenring remitió un discurso suyo de 1921 pronunciado en la Sociedad Cubana de Derecho Internacional en el cual critica los argumentos a favor de la Enmienda Platt y pide si puede ser publicado en **Renovación**.

Lo que dejan entrever las cartas es que tanto Moreau como Ingenieros parecen haber estado muy atentos por hacer circular el Boletín. Pero también la ansiedad por leerlo era notoria en Cuba, en un escenario donde terminarían eclosionando poco después experiencias más radicalizadas como la fundación de la Sección Cubana de la Liga Antiimperialista, el Partido Comunista de Cuba, ambos en 1925.<sup>66</sup> No es casualidad que **Juventud**, revista fundada por Mella en octubre de 1923, replicara constantemente artículos de **Renovación** desde sus inicios, al punto tal que en septiembre de 1925 los miembros de ese colectivo editorial reconocían que:

Debemos a esta publicación, [**Renovación**] que inspira apostólicamente José Ingenieros, y dirige con éxito Gabriel S. Moreau, muchas aclaraciones a nuestros ideales, muchos momentos de intensos deslumbramientos espirituales al encontrar allí verdades que nuestro intelecto presupone sin comprender plenamente; en casi todos los números artículos o editoriales de **Renovación** han visto la luz en las páginas de **Juventud**.<sup>67</sup>

Pero la correspondencia y las revistas permiten cotejar que el eje Buenos Aires-La Habana no era unidireccional: también en **Renovación** aparecieron textos de reformistas cubanos como Mella y Alfonso Bernal del Riesgo: del primero, por caso, “Intelectuales y tartufos” en el número de mayo de 1924 y “Lenin coronado” en julio del mismo año. Si se toma en cuenta que la primera de dichas líneas mellianas había aparecido en marzo de 1924, y dos meses más tarde se hubo de replicar a miles de kilómetros, parece mostrar nuevamente la velocidad de los contactos intelectuales, y la avidez por recibir (y enviar) los ejemplares. Esto parece confirmarse con una breve pero ansiosa eskuela manuscrita de Mella a Moreau, sin fecha pero posiblemente de

<sup>59</sup> Lord Mac Partland (seudónimo de Julio A. Mella), “En el feudo de Bustamante. El precursor”, en **Alma Mater**, n°3, enero de 1923, p. 29. Rodríguez Lendián, además de los cargos que ocupaba en la Universidad de La Habana y en otras instituciones, fue director entre 1905 y 1916 de la **Revista de la Facultad de Letras y Ciencias**, en la cual reseñaba usualmente la visita de diversos intelectuales a la isla. Un ejemplo es su resumen de la conferencia de Manuel Ugarte en 1911. Ver: **Revista de la Facultad de Ciencias y Letras**, Volumen XIV, enero de 1912, p. 128.

<sup>60</sup> Alexandra Pita González, *op.cit.*, pp. 69 y ss.

<sup>61</sup> Ann Wright, *op.cit.*, p.117.

<sup>62</sup> Carta de Eduardo Abril Amores a José Ingenieros, 23 de noviembre de 1922. Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/1.1.5. El libro mencionado es: Eduardo Abril Amores, **El águila acecha. (Notas del momento)**, Santiago de Cuba, Imprenta “Diario de Cuba”, 1921.

<sup>63</sup> Carta de Federico Henríquez i Carvajal a José Ingenieros, 1° de abril de 1923. Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/4.2.23.

<sup>64</sup> **Cuba Contemporánea**, Año XI. Tomo XXXI. La Habana, abril de 1923. n° 124, p. 375.

<sup>65</sup> Carta de Emilio Roig de Leuchsenring a Gabriel Moreau, 25 de mayo de 1923, Fondo de Archivo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/10.141

<sup>66</sup> Para estas cuestiones remitimos a: Daniel Kerssfield, **De cara al sol**, La Habana, Editora Política, 2009; Angelina Rojas Blaquier, **El Primer Partido Comunista de Cuba. Sus tácticas y estrategias. 1925-1935**, Tomo 1, Santiago de Cuba, Oriente, 2005.

<sup>67</sup> **Juventud**, n° 13, septiembre de 1925, p. 9.



fines de 1924: “Compañero: Otra vez vuelvo a molestarlo para comunicarle que no recibo en canje su periódico”.<sup>68</sup>

José Ingenieros volvió por un puñado de horas a La Habana en agosto de 1925. Allí tuvo oportunidad de estar en un banquete con muchos de los que habían sido asiduos interlocutores epistolares: Varona, Roig de Leuchsenring, Bernal del Riesgo y Mella, sobre quien, según palabras de Gregorio Bermann, Ingenieros quedó deslumbrado: “Fue la sensación de su viaje. No cesó de hablarme de aquel muchacho”.<sup>69</sup> El Maestro, empero, dejaría a sus discípulos en octubre de ese año por la más irreversible de las situaciones. Rubén Martínez Villena escribiría pocos días después unas bellísimas palabras como obituario: “Estas notas [...] con motivo de su muerte, no saben reflejar más que nuestro dolor, eco del sentir continental de nuestra América, vibración isócrona de su duelo”.<sup>70</sup>

## A modo de conclusión

Los intercambios entre Ingenieros y muchos de los intelectuales en Cuba de las décadas del diez y del veinte parten de un reconocimiento incólume hacia el autor de *El hombre mediocre*, entre aquellos que estaban organizando un espacio intelectual signado por la tensión entre el desencanto y las necesidades de modernización. No obstante, a lo largo del recorrido de la correspondencia se puede entrever que Ingenieros también se vio seducido por algunas figuras de aquel país. Es así como constantemente aparecen referencias a Varona o bien a la apertura que en las páginas de *Revista de Filosofía* o *Renovación* se hizo a los artículos publicados en la isla.

Las cartas también evidencian silencios. La tradición afrocaribeña, o el tópico del azúcar, están totalmente ocluidos en el epistolario. Posiblemente porque nos parece que los cubanos leyeron mucho mejor el *eticismo* de Ingenieros para impugnar en clave moral a la mediocridad de la clase dirigente, así como las páginas antiimperialistas y juvenilistas, que aquellas que desde la cultura científica abordaban el tema racial. Este mutismo es también constitutivo de muchos interlocutores, puesto que, con la excepción de Fernando Ortiz, es difícil hallar referencias a lo afrocubano en las publicaciones cubanas que hemos cotejado para la periodización elegida.

Y también muestran una ansiedad por insertar a Cuba en una ligazón con las figuras que el espacio intelectual transnacional signaba como las meridianas. Por eso no hesitaban en responder a las líneas de Ingenieros, agradecer las revistas (cuyos ejemplares eran escasos y circulaban de mano en mano) y libros enviados y prometer lecturas que trataran de escapar de los marcos de un his-

panismo todavía importante, así como de la densa miasma de la influencia norteamericana. En esto, creemos, puede haber estado el núcleo del interés en escribir a costas tan lejanas geográficamente, como cercanas en un mundo de ideas en franca agitación.

## Referencias bibliográficas

- Arfuch, Leonor, **El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea**, Buenos Aires, FCE, 2002.
- Artières, Philippe y Califa, Dominique, “El historiador y los archivos personales: paso a paso”, **Políticas de la Memoria**, n° 13, 2012/13, pp. 7-11.
- Bajtín, Mijail, **Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos**, Barcelona–Puerto Rico, Anthropos, 1997.
- **Estética de la creación verbal**, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2005.
- Barrenechea, Ana María, “La epístola y su naturaleza genérica”, **Dispositio**, n° 39, University of Michigan, 1990, pp. 51-65.
- Bouvet, Nora Esperanza, **La escritura epistolar**, Buenos Aires, Eudeba, 2006.
- Butler, Judith, **El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad**, Buenos Aires, Paidós, 2001.
- **Los mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción**, Madrid, Cátedra, 2001.
- “¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault”, Instituto europeo para políticas culturales progresivas, traducción de Marcelo Expósito, mayo 2001. Disponible en: <http://eicpc.net/transversal/0806/butler/es>. Último acceso: 30/09/2013.
- **Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”**, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- **Deshacer el género**, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- **Dar cuenta de sí mismo. Violencia, ética y responsabilidad**, Buenos Aires, Amorrortu, 2009.
- Catelli, Nora, **El espacio autobiográfico**, Barcelona, Lumen, 1991.
- Chartier, Roger (dir.), **La correspondance. Les usages de la lettre au XIXe siècle**, Paris, Fayard, 1991.
- Dauphin, Cécile, “Les correspondances comme objet historique. Un travail sur les limites”, **Sociétés & Représentations**, n° 13, 2002/1, pp. 43-50.
- Deleuze, Gilles, **Conversaciones**, Valencia, Pre-textos, 1996.
- Doll Castillo, Darcie, “La carta privada como práctica discursiva. Algunos rasgos característicos”, **Signos**, V.35, n° 51-52, Valparaíso 2002, pp. 33-57. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-09342002005100003>.
- Fernández Cordero, Laura, “José Ingenieros y Eva Rutemberg: cartas de amor para una historia intelectual”, **Políticas de la Memoria**, n° 13, 2012/13, pp. 67-72.
- Foucault, Michel, “Una estética de la existencia. Entrevista a Michel Foucault”, **Signos**, n° 2, 2012. Traducción Nelson Fernando Alba. Último acceso: 30/08/2013. Disponible: [http://www.academia.edu/3553817/UNA\\_ESTETICA\\_DE\\_LA\\_EXISTENCIA\\_ENTREVISTA\\_A\\_MICHEL\\_FOUCAULT](http://www.academia.edu/3553817/UNA_ESTETICA_DE_LA_EXISTENCIA_ENTREVISTA_A_MICHEL_FOUCAULT)
- **Tecnologías del yo**, Barcelona, Paidós, 1990.

<sup>68</sup> Carta de Julio Antonio Mella a Gabriel Moreau, c.1924. Fondo José Ingenieros, CeDInCI, SAA/8-4/10.1.32.

<sup>69</sup> Gregorio Bermann, “Dos orientaciones antagónicas en América Latina: Julio Antonio Mella y Víctor Raúl Haya de la Torre”, en *Bohemia*, La Habana, Año 55, n°32, agosto de 1963, p. 35.

<sup>70</sup> Rubén Martínez Villena, “La muerte de Ingenieros”, en *Obras Completas*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1978, Tomo I, p.294.

- “El sujeto y el poder”, **Discurso, Poder y Subjetividad**, Oscar Terán (comp.), Buenos Aires, El cielo por asalto, 1995.
- “La escritura de sí”, **Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales**, Vol. III, Paidós, Barcelona, 1999.
- “La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad”, **Nombres. Revista de Filosofía**, n° 15, Córdoba, 2000. Disponible en: <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/NOMBRES/article/view/2276/1217>
- Lacan, Jacques, “Seminario de la carta robada”, Escritos, México, Siglo XXI, 1980.
- Mancuso, Hugo, **La palabra viva. Teoría verbal y discursiva de Mijail M. Bajtin**, Buenos Aires, Paidós, 2005.
- Molloy, Sylvia, **Acto de presencia: la escritura autobiográfica en Hispanoamérica**, México, FCE, 1996.
- Rodríguez Magda, Rosa María, **Foucault y la genealogía de los sexos**, Barcelona, Anthropos, 2004.
- Sarlo, Beatriz, **Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Tarcus, Horacio, “Para una bio-bibliografía de José Ingenieros”, **Guía y Catálogo del Fondo de archivo de José Ingenieros**, CeDInCI, 2011.
- Violi, Patrizia, “La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar”, **Revista de Occidente**, n° 68, 1987, pp. 87-99.
- Voloshinov, Valentin, **El marxismo y la filosofía del lenguaje [1929]**, Buenos Aires, Ediciones Godot, 1992.
- Zavala, Iris, (comp.), **Bajtin y sus apócrifos**, México-Universidad de Puerto Rico, 1996.

### Resumen

Este artículo se propone analizar de qué modos las cartas remitidas a José Ingenieros por diversos intelectuales desde Cuba entre 1915 y 1925 fueron fundamentales para que los intelectuales de la isla pudieran conformarse como receptores de las ideas del filósofo argentino. Este trabajo, además, rastrea cómo esas relaciones epistolares derivaron en la aparición de artículos o referencias a las ideas ingenierianas en revistas cubanas. Asimismo, señala que estas relaciones no eran unidireccionales puesto que también en publicaciones dirigidas por Ingenieros en Buenos Aires —como la **Revista de Filosofía** o el **Boletín Renovación**— eran usualmente editados textos de intelectuales cubanos.

### Palabras clave

Correspondencia; José Ingenieros; Intelectuales en Cuba; Revistas culturales cubanas

### Abstract

This paper aims to analyze in what ways the letters sent from Cuba to José Ingenieros between 1915 and 1925, and his answers, played a central role for the intellectuals of the island for the purpose to be receptors of his ideas. This article also traces how these epistolary relationships between Ingenieros and several Cuban intellectuals leads to the publishing in Cubans Journals of articles or references to this Argentinian philosopher, although the process was not unidirectional, because also publications directed by Ingenieros in Buenos Aires, such as **Revista de Filosofía** or **Boletín Renovación**, usually published writings of Cuban intellectuals.

### Keywords

Letters; José Ingenieros; Cuban intellectuals; Cuban cultural journals





Fernando Castro Pacheco  
"Huelga de Río Blanco"  
Linóleo, 29 x 21 cm. (1947)

## La carta familiar

# Información, sentimientos y vínculos mantenidos en el tiempo y en el espacio

Malena Chinski\*  
Elizabeth Jelin\*\*

Este artículo se basa en un trabajo con un conjunto de cartas, fotografías y documentos de una familia judía oriunda de Polonia.<sup>1</sup> El archivo —que más que un archivo debería describirse como un bolso lleno de cosas— llegó a nosotras gracias a que una mujer, miembro de la familia, guardó estos materiales a lo largo de toda su vida. Por otra parte, este archivo es y por el momento seguirá siendo privado, por lo que no está sujeto a las lógicas de clasificación archivísticas. El ordenamiento de los materiales corre por cuenta de las investigadoras.<sup>2</sup>

La correspondencia comprende varios cientos de cartas y abarca una pluralidad geográfica; incluye distintas ciudades de Polonia, así como de Argentina, Estados Unidos y Palestina/Israel, entre las décadas de 1930 y 1960. La gran mayoría de estas cartas fue escrita en el idioma materno de sus autores y autoras, el ídich. El trabajo con correspondencia en ídich agrega una dimensión hermenéutica específica a nuestra investigación, que involucra no solo desentrañar caligrafías y diversidades ortográficas, sino también el esfuerzo por sostener una mirada antropológica alerta, ya que debemos interpretar prácticas culturales que vivimos como sobreentendidos por nuestra tradición familiar judía, y traducirlas a nuestro propio idioma —el castellano— y a nuestro contexto contemporáneo.

En este texto proponemos abordar la carta como un objeto que habilita prácticas sociales vinculares entre personas. Esta aproxima-

ción tiene objetivos distintos a los de la investigación histórica, la cual generalmente pondera la correspondencia personal como una fuente de datos en torno a procesos migratorios, en relación a la realidad encontrada en el nuevo lugar, la vida cotidiana, el contraste entre lo que se deja y lo que se adquiere, y otras cuestiones.<sup>3</sup> Asimismo, nuestro enfoque se distingue de una aproximación de tipo lingüístico o retórico, la cual aborda la carta como un género discursivo de expresión de la subjetividad y la autobiografía.<sup>4</sup>

La carta familiar es una fuente fundamental para la historia social, en tanto permite abordar transformaciones y reinenciones de los vínculos familiares, como subproducto de las grandes migraciones del siglo XX. En muchos casos de migración de Europa a América, la distancia geográfica había sido entendida como permanente e irreversible por los actores involucrados. La distancia debió ser incorporada al vínculo familiar de algún modo, y este modo fue —durante largas décadas— el intercambio sostenido de cartas.<sup>5</sup>

## La materialidad de la carta manuscrita

La carta manuscrita tiene “dos caras”. Por un lado, la material-

\* Universidad Nacional de General Sarmiento / Instituto de Desarrollo Económico y Social.

\*\* CIS - CONICET / Instituto de Desarrollo Económico y Social.

<sup>1</sup> Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en *VII Jornadas de Historia de las Izquierdas del CeDInCI*, Buenos Aires, 15 de noviembre de 2013.

<sup>2</sup> Ya aclarado este aspecto de nuestras fuentes, nos referiremos a ellas como “archivo familiar Esther”, el cual ha sido legado a Elizabeth Jelin. Antes del surgimiento del presente proyecto, Jelin construyó un primer *corpus* de cartas para la elaboración de su trabajo sobre la localidad de Eldorado, Misiones. Ver: “Rosas transplantadas y el mito de Eldorado. Travesías en el tiempo, en el espacio, en la imagen y en el silencio”, en *Revista del Museo de Antropología*, vol. 2, Universidad Nacional de Córdoba, 2009, pp. 75-86.

<sup>3</sup> El trabajo clásico de uso de correspondencia familiar como fuente para el estudio de procesos migratorios y de la integración de inmigrantes a sociedades receptoras es el de William I. Thomas y Florian Znaniecki: *The Polish peasant in Europe and America*, publicado originalmente en cinco volúmenes entre 1918 y 1920.

<sup>4</sup> Por ejemplo, aparecen menciones a la correspondencia en Leonor Arfuch, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 112-115.

<sup>5</sup> En el plano de los estudios de la experiencia judía en América Latina, las cartas familiares permiten además acercarnos a la experiencia vivida por personas no afiliadas a instituciones, a las cuales es más difícil de acceder. Raanan Rein ha insistido en la necesidad de incorporar a la agenda de los estudios judaicos latinoamericanos las experiencias de los judíos no afiliados (Raanan Rein, “Nuevas aproximaciones a los conceptos de etnicidad y diáspora en América Latina: la perspectiva judía”, en Raanan Rein, *¿Judíos-argentinos o argentinos-judíos? Identidad, etnicidad y diáspora*, Buenos Aires, Lumiere, 2011, pp. 27-48).



dad dada por el papel y la tinta; por otro lado, todo lo que ella transmite en forma de palabras. La cara se asemeja a la fotografía clásica de personas, la cual también consta de un soporte material y de un aspecto simbólico dado por el referente y las connotaciones de la imagen.<sup>6</sup>

Señala Barthes que, si bien no es imposible, percibir el *significante fotográfico* —expresión que utiliza para referirse al soporte material— exige un acto secundario de saber o de reflexión.<sup>7</sup> En contraste, en la carta manuscrita el significante se percibe más fuertemente, ya que permanece allí una huella física individualizadora del sujeto que la escribió en el pasado. En efecto, el movimiento de la mano da lugar a un trazo singular y único y permite incluso reconocer al remitente sin haber leído su firma, sobre todo cuando la correspondencia es frecuente. En este sentido, podríamos aventurar la hipótesis de que *el remitente se adhiere* a la carta.<sup>8</sup>

El pedazo de papel manuscrito trae la presencia de la persona que la escribió, no solo por lo que la carta dice sino por lo que la carta es: una huella de la instancia de escritura. Parafraseando una vez más a Barthes, la presencia de la persona —escribiendo la carta en un momento pasado— nunca es metafórica.<sup>9</sup>

Estos elementos son importantes para comprender la fuerza de la carta familiar en el sostenimiento de vínculos sociales a través del tiempo y el espacio.

### Vínculos familiares a distancia en la cultura popular judía en ídish

Los vínculos a distancia y las cartas como único medio de mantenerlos son tópicos que tienen una historia larga en el imaginario judío de raíz europeo-oriental. En la literatura ídish, Scholem Aleijem dejó plasmado el célebre intercambio epistolar ficticio entre un hombre ambicioso pero muy poco hábil para los negocios, Menajem Mendl, siempre en viaje a través de los territorios rusos, y su esposa Sheine Shéindl, quien permanecía en la aldea (ficcional) Kasrílevke con los niños, a la espera del retorno de su marido. En clave humorística, la mujer expresa en las cartas a Menajem Méndl el miedo al abandono:

¡Todo el mundo te tiene presente! La otra semana va tu parienta Kreyndl, inmolada sea ella por mí, se encuentra con mi madre en el mercado, junto al puesto de los pescados, y empieza a

compadecerme y a llorarme en vida, ¡que un forúnculo le brote! ¿Por qué, dice ella, no te exijo el divorcio y que se acabe de una vez por todas esta historia?<sup>10</sup>

La cuestión que aparece allí es el miedo de la mujer a quedar en condición de *agune*, de esposa abandonada y por lo tanto imposibilitada de volver a contraer matrimonio según la ley judía por no haber obtenido el divorcio de su esposo. Esta es una modalidad habitual en que los vínculos familiares a distancia aparecen representados: el peligro de que el esposo no retorne al hogar. Scholem Aleijem confirma al final del libro estos fantasmas, con el anuncio de Menajem Méndl de su inminente partida a Norteamérica.

A pesar de tratarse de un ejemplo de la ficción, el hecho representado en **Menajem Mendl** era habitual en el contexto de las aldeas y ciudades de Europa a fines de siglo XIX y principios del XX. El inicio de las migraciones masivas hacia América marcó un recrudescimiento del problema de las mujeres abandonadas en Europa por sus maridos, quienes habían prometido reunir el dinero para llevarlas a América, y luego interrumpían, en ciertos casos, la comunicación con ellas. De hecho, el popular diario socialista ídish de Nueva York, **Forverts**, dedicaba una sección especial a mujeres en esta situación, titulada "*Gallery of Missing Husbands*".<sup>11</sup>

En la carta de una lectora del **Forverts** fechada en 1906, nos enteramos que su esposo había emigrado de Rusia a los Estados Unidos seis años antes y que el contacto se había interrumpido de manera definitiva:

Al principio me escribió que le costaba encontrar trabajo, por lo que no podía mandarme nada [de dinero] para vivir. Sufrí terriblemente. No podía salir a trabajar porque estaba embarazada. Y cuanto más difícil era mi situación, más tristes eran las cartas de mi marido. [...] Después sus cartas se volvieron más esporádicas. Semanas y meses pasaron sin una palabra. En un momento fui a ver al rabino del pueblo y le rogué que tuviera piedad de mí, una mujer abandonada. Le pedí que escribiera a un rabino de Nueva York para averiguar qué le había pasado a mi esposo.<sup>12</sup>

El desenlace de la historia era tristemente previsible: el marido había formado una nueva familia en Nueva York.

Los vínculos a distancia como producto de las migraciones se volvieron también un tópico recurrente de la cultura popular ídish. Una vez más, aparece asociado al peligro de ruptura de los vínculos como consecuencia de la distancia. Frecuentemente, se men-

<sup>6</sup> Roland Barthes, *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*, Barcelona, Paidós, 1994.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 30. Desde luego, las reflexiones de Barthes deben situarse en su contexto. Hoy resultan relativamente desactualizadas debido a las posibilidades técnicas desarrolladas en fotografía para hacer evidente el significante fotográfico.

<sup>8</sup> Hemos adaptado a nuestro objeto la hipótesis de la adherencia del referente enunciada por Barthes sobre la fotografía: "Sea lo que fuere lo que ella ofrezca a la vista y sea cual fuere la manera empleada, una foto es siempre invisible: no es ella a quien vemos. Total, que el referente se adhiere" (Roland Barthes, *La cámara lúcida*, op. cit., p. 32).

<sup>9</sup> "En la Fotografía la presencia de la cosa (en cierto momento del pasado) nunca es metafórica..." (Roland Barthes, *La cámara lúcida*, op. cit., p. 123).

<sup>10</sup> Scholem Aleijem, **Menajem Mendl**, traducción de Luis Goldman, revisión y corrección de Susana Skura y Paula Mahler, Buenos Aires, Colección Mil Años, 2012, p. 91.

<sup>11</sup> Ver: Ellen Kellman: "Aiding the Female Immigrant Reader or Entertaining Her?: The Jewish Daily Forward and its 'Gallery of Missing Husbands' (ca. 1908)", en Fruma Mohrer (ed.), **New York and the American Jewish Experience**, Nueva York, YIVO Institute for Jewish Research, 2013.

<sup>12</sup> Isaac Metzker (ed.), **A Bintel Brief. Sixty Years of Letters from the Lower East Side to the Jewish daily Forward**, Prólogo y notas de Harry Golden, Nueva York, Schocken Book, 1990, pp. 56-57. Traducción nuestra del inglés.

ciona el carácter altamente vulnerable de los vínculos mantenidos mediante la sola correspondencia transoceánica.

Sin duda una de las canciones más famosas del repertorio popular en idish es “A brivele der mamen” (“Una cartita a mamá”), compuesta por Salomon Smulewitz en 1907. La letra habla de una madre que despierta a su hijo antes de su partida hacia Norteamérica y lo único que le pide es que no la olvide y le escriba. Transcribimos el estribillo:

Una cartita a mamá  
No te demores  
Escribible pronto, mi querido hijo  
Enviale el consuelo  
Tu mamá leerá tu carta  
Y se sentirá reconfortada  
Curá su dolor  
Su amargo corazón  
Y reviví su alma.<sup>13</sup>

Sin embargo, relata la canción que el hijo se instala en Nueva York, forma una familia, y no responde a las cientos de cartas de su madre, quien sufre hasta el día de su muerte. Un día, el hijo recibe la noticia de la muerte de su madre, junto con un último mensaje: que al menos pronuncie por ella el *kadish*.<sup>14</sup>

La importancia de la carta familiar, junto a las fotografías enviadas por correo, ha sido plasmada en la expresión “*papirene kinder*”: “hijos de papel”. Ésta fue forjada en una canción popular del teatro idish antes de la Primera Guerra Mundial, y pasó al lenguaje coloquial para hacer referencia a la amargura de las experiencias migratorias, cuando las familias perdían contacto con los hijos que habían emigrado de Europa del Este a las Américas. Transcribimos una de las versiones:

Hijos de papel tengo en la pared,  
Hijos de papel—¡y estrujo mi corazón!  
Papel se han vuelto mi carne y mi sangre,  
Me quejo y grito —vanos son mis gritos.  
Los pedacitos de papel, ¿qué sienten ellos?  
¡Hijos de papel tengo en la pared!<sup>15</sup>

En esta canción, “*papirene kinder*” remite específicamente a las fotografías de los hijos, pero en el imaginario idish-parlante incluye las cartas enviadas cada vez más esporádicamente por los hijos a sus padres en Europa. En Alemania los judíos forjaron una expresión paralela en alemán, “*aus Kindern werden Briefe*”: “los hijos se transforman en cartas”.<sup>16</sup>

<sup>13</sup> Traducción nuestra del idish. La letra completa en lengua original y en traducción al inglés se encuentra disponible en numerosos sitios de internet.

<sup>14</sup> Plegaria de duelo que los hijos deben pronunciar diariamente durante un año tras la muerte de sus progenitores, según la liturgia fúnebre judía.

<sup>15</sup> Traducción nuestra del idish. Existen distintas versiones de “*Papirene kinder*”. Citamos la versión de Morris Rund (letra) y David Meyerowitz (música). Tomada de Mendele. *Forum for Yiddish culture and language*, vol. 5.062, <http://www.ibiblio.org/pub/academic/languages/yiddish/mendele/vol5.062>, acceso 11 de julio de 2014.

<sup>16</sup> Cfr. Alfredo Schwarcz, *Y a pesar de todo... Los judíos de habla alemana*

Vemos entonces que los vínculos a distancia han constituido un tema central para las familias judías ashkenazíes (del centro y el este de Europa) desde el mismo comienzo de las migraciones. Los miedos asociados a la distancia están necesariamente relacionados con la carta como último objeto capaz de mantener vivos los vínculos.

## Carta familiar y prácticas sociales vinculares

El archivo de cartas familiares de Esther J. está integrado por una multiplicidad de autores y autoras no consagrados/as. Cécile Dauphin, especialista en el tema, destaca esta peculiaridad de los archivos “ordinarios”:

“Testigos involuntarios de su tiempo”, según la expresión de Marc Bloch, los epistolarios ordinarios están acreditados por un excedente de candor, de espontaneidad. Es como si estuvieran desprovistos de segundas intenciones, al contrario de los grandes testigos cuyos escritos se suponen destinados a instruir la opinión, a sus contemporáneos o a los futuros historiadores.<sup>17</sup>

La involuntariedad testimonial de quienes escribieron las cartas contrasta con la voluntad archivística minuciosa de Esther J., quien guardó esos materiales a lo largo de las décadas y a través de sucesivos movimientos geográficos.

El contacto con estos materiales nos lleva a considerar a la carta familiar como un abigarrado conjunto de elementos entrelazados, como capas geológicas que interactúan y se modifican mutuamente, que se funden a veces: la transmisión de información, la expresión de sentimientos y pensamientos, la descripción de situaciones, las disquisiciones en torno a la carta misma, las fórmulas propias del género, la simple expresión de presencia o ausencia. Un recorrido detallado por algunas capas de una carta familiar puede resultar iluminador de un conjunto de prácticas sociales vinculares, en cuyo centro está, precisamente, la carta.

Las cartas transmiten eventos fácticos, que generalmente se refieren a aspectos personales y familiares de la vida cotidiana, nacimientos, enfermedades y muertes, y —cuando se trata de cartas de personas jóvenes— muchas referencias a amigos y amigas y a actividades sociales y culturales. Permiten apreciar cómo los grandes procesos históricos se encarnan en biografías singulares y afectan de modo profundo la vida de los sujetos que comparan sus impresiones y sentimientos.

A los fines del análisis aquí presentado, hemos elegido una carta fechada a principios del año 1939. En ella, una mujer de nombre Rivke escribe desde Grodno (Polonia) a su cuñada Esther, quien había emigrado a la Argentina a fines de 1938 para reunirse con su futuro marido (hermano de la autora de la carta). Al momento de

en la Argentina, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991, p. 56.

<sup>17</sup> Cécile Dauphin, “La correspondencia como objeto histórico. Un trabajo sobre los límites”, traducción de Adriana Petra, en *Políticas de la Memoria*, n° 14, verano 2013/2014, p. 11.



recibir la carta, Esther ya se había casado. Presentamos algunos fragmentos (no necesariamente en orden de escritura) de esta carta, que aluden a las prácticas en torno a la carta misma.

### a. La situación de escritura y lectura

Nuestro imaginario suele representar las situaciones de escritura y lectura de una carta familiar como momentos privados: una persona escribe en soledad y envía la carta. Un tiempo más tarde ésta llega a manos de su destinatario/a, quien la lee en ese momento, tal vez vuelve a leerla al redactar la respuesta, y luego la guarda junto a otras cartas o la tira.

Sin negar que esta dinámica pueda ser cierta en muchos casos, el contacto con el archivo revela un conjunto de prácticas en torno a la carta que complejizan el cuadro. Tomemos unas líneas en las que Rivke describe la situación de llegada y de lectura de la carta de Esther:

Grodno 15/1 – 39

¡Querida Ester!

Viernes a la noche. Las velas sobre la mesa. Estamos comiendo ya el pescado. Bailo y salto de alegría. Primero contemplo la fotografía. ¡Enseguida leo que son felices! Ya estoy tranquila. Despacio leo y más de una vez me aparecen lágrimas en los ojos de alegría. Por supuesto que en la misma velada leo un par de veces la carta para los conocidos que van entrando. [...]

Ay, Esthercita, tantas veces leí tu carta. La leen las cuatro chicas —Luba, Henie, Dora, Teikele, etcétera. Estuvo un largo rato Leizer —de vuelta leímos—. Durante las vacaciones estuvo en mi casa Jaim Sovitski —también a él le leímos— ahora tu Jane [y] Shleimke y otros. Como ves, Esther, dejaste muchos buenos amigos que se interesan por escuchar que sos feliz.<sup>18</sup>

La descripción bucólica de la velada sabática ayuda a acercar a su destinataria, mediante imágenes mentales, a ese hogar geográficamente alejado y que tanto añora.

Por otro lado, está claro que la lectura de la carta de Esther se prolonga en el tiempo, involucrando la cena, las vacaciones y varias visitas de amigos. Además, incluye a un conjunto de personas, no solo a Rivke, a quien iba dirigida la carta. Parece entonces que la carta contribuye a mantener un vínculo social a distancia, dentro de un entramado de espacios y personas que excede al remitente y al destinatario directo. De hecho, las aclaraciones acerca de con quién se autoriza a compartir la lectura son recurrentes en muchas cartas, lo cual se basa en el sobrentendido de que sin estas aclaraciones, la carta naturalmente se compartirá con otros.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> Rivke a Esther J., Grodno, 15 de enero de 1939. Todas las cartas citadas y mencionadas en este apartado provienen del archivo familiar Esther J. Las citas son traducción de las autoras.

<sup>19</sup> Por ejemplo, en una carta de 1931 desde Eldorado se relata un accidente y al final quien escribe agrega una postdata que da por supuesto que la carta se compartirá: "PS. Por favor no le cuentes a nadie lo que me pasó, porque a mi casa escribimos que me dolía un costado. Podés arrancar el peda-

La instancia de redacción también se prolonga en el tiempo, y no pocas veces el papel pasa a manos de otra persona para que agregue su parte. De este modo, la carta va tomando forma durante el transcurso de varios días o incluso meses. En nuestro ejemplo, Rivke continúa ella misma la carta un mes y medio más tarde: "¡Querida Estercita! Si alguien viniera y me dijera que te iba a dejar esperando sin respuesta por dos meses, me hubiese reído —o me habría enojado mucho. Pero la vida es más fuerte. Tengo mucho para contar pero solo pequeñeces, tonterías".

La prolongación en el tiempo, tanto de la lectura como de la escritura, da a la carta una especie de espesor, ya que muestra que es el producto de un proceso, a lo largo del cual las personas reflexionan, si bien de modo intermitente y asistemático, acerca del vínculo que las une. Pareciera que el momento de escritura de la carta fuera vivido por quien la escribe como un momento de encuentro —o de reencuentro, cuando se retoma la redacción de la misma.

### b. La conversación sobre la carta

Una capa de la carta que tiene particular presencia en nuestro archivo es la extremadamente frecuente referencia a la carta dentro de la misma carta. Encontramos numerosas frases que expresan disculpas, enojos y justificaciones por la demora en responder una carta, así como disquisiciones sobre qué escribir, cuánto y en qué momento.

Estoy segura de que esperarás mi carta, aunque la escribo recién ahora. Pero no pienses que es una venganza. Yo estaba enojada con vos, efectivamente [...] Pero ¿vengarme? ¡Eso no! Simplemente no tenía qué escribir. Hoy tampoco tengo. Pero pasó un tiempo —y sabés que nos agobia cuando no hay respuesta a una carta.<sup>20</sup>

La demora en una respuesta tenía connotaciones dramáticas para las familias judías en el contexto de las grandes migraciones. Por eso la carta es un modo de decir "aquí estoy", más allá de lo que efectivamente diga. Opera como una reafirmación del vínculo afectivo que une a quien escribe con su destinatario/a y confirma que ninguna de las dos partes rompió el pacto de continuidad. De hecho, encontramos reiteraciones muy frecuentes de expresiones como "aquí no hay novedades", o "en verdad no tengo mucho para contar" en las cartas del archivo.

zo de carta..." (Samuel J. a Esther J., Eldorado, 3 de octubre de 1931).

<sup>20</sup> Rivke a Esther J., Grodno, 15 de enero de 1939. También las cartas reflejan "modas" y sus transgresiones: "Ahora tengo que repetir una vez más mi principio: yo no escribo cuando recibo una carta y debo contestar como está de moda (en ese caso, yo no sigo la moda) sino que escribo cuando siento que debo escribir y cuando hay algo que desde el corazón grita "escribi!"", escribe Esther desde Polonia a su amigo-novio en Misiones (Esther J. a Samuel J., Indura, 29 de diciembre de 1931). La respuesta de él: "Me preguntás por qué escribo tan poco! Ustedes allí en Polonia tienen unas hojas de papel chiquitas, y cuando escriben unas páginas les parece que escribieron el mundo entero. Y aquí en Argentina tenemos hojas grandes, y al escribir media hoja escribimos más que ustedes" (Samuel J. a Esther J., Eldorado, 15 de junio de 1932).

A la conversación en torno a la carta hay que añadir los comentarios insistentes y repetitivos sobre las fotografías que fueron o no fueron enviadas junto con las cartas, o los pedidos de que estas sean enviadas: “Esthercita, me gustaría mirarte. ¿Cómo te acomodaste? Verte junto con Muli. En tu casa, en tu propio hogar”. Estas expresiones refuerzan el anhelo de encuentro y cercanía en una situación de comunicación caracterizada eminentemente por la distancia. Es decir, hablar sobre la imagen del otro es una forma de crear la ilusión de su presencia y manifestar un deseo de cercanía.<sup>21</sup>

### c. La expresión del afecto

Un elemento que caracteriza las cartas familiares en todas sus capas es la investidura afectiva de la palabra escrita. La instancia más evidente es la expresión de sentimientos por la otra persona.

Decirte que me faltás a cada paso no es exagerado. Porque decenas de veces recuerdo tu nombre cada día. Vos existís en nuestra casa e incluso todos los conocidos ya te conocen. Siento que estás acá con nosotros. Eso me hace pensar que también nosotros existimos en vos todavía.<sup>22</sup>

El afecto atraviesa al discurso mismo y lo transforma cualitativamente en la carta familiar. Se trata de una inherencia de la afectividad en el discurso, no de una propiedad o parte separable. Esto se constata también en las memorias y reflexiones que aparecen en la carta:

Querida Esther. ¿Te acordás del brindis, cuando bebimos por el casamiento de tu hermano? Nos fuimos aparte. Y bebimos por el éxito de nuestras cosas. Y la mitad se cumplió, con tanta suerte. Esperaremos y veremos lo que el tiempo traerá. Entonces lo tuyo parecía una fantasía y tan rápido se hizo realidad. Así que podés esperar, Esthercita, que tu actual “fantasía” de vernos también se haga realidad. Es solo una cuestión de dinero —y tiempo. Así que es una pequeñez.

[..]

Querida Esther, escribís con un poquito de nostalgia. Eso no va con vos. ¿Tenés idea cuán aburrido [¿?] e inseguro es acá? Felices deben ser todos los que pueden irse. Imaginate que incluso tu mamá (tu hermano me lo contó) está contenta con tu partida. No tenés lo qué extrañar, Esthercita. Y ver a tus parientes, los vas a ver.<sup>23</sup>

A diferencia de las cartas de filósofos, en las cartas de personas “anónimas” para la historia los recuerdos y pensamientos son expresiones de afectividad, ya que están destinados a la persona con quien se comparten de forma íntima.

<sup>21</sup> Prácticamente no hay carta sin alguna mención a las fotos: las recibidas, las que se envían, las que se querría enviar pero no se puede por diversos motivos (desde estar demasiado ocupado hasta señalar que el laboratorio no había recibido los químicos), las que uno tiene y no tiene (por ejemplo, “quiero mandarte una foto sola, pero siempre estamos en grupo”).

<sup>22</sup> Rivke a Esther J., Grodno, 15 de enero de 1939.

<sup>23</sup> *Ibidem*.

### Reflexiones finales. El trabajo de investigación con cartas familiares

La carta desde Grodno del año 1939 nos mueve a compartir aquí una cuestión específica que surge de nuestro trabajo con este archivo. La lectura de esta carta es necesariamente trágica: conocemos el final de la historia. Sabemos que las afirmaciones de Rivke a Esther, de que volverán a verse y de que Esther volverá a ver a su familia no se cumplirán.

Muchas cartas del archivo fueron redactadas en Polonia en vísperas de la Shoá, por personas que padecieron la ocupación alemana, las deportaciones y la muerte, pero que ignoraban completamente lo que les deparaba el futuro cuando redactaron estas cartas. Otras cartas y fuentes nos permitieron conocer parcialmente el destino de algunos miembros de esta familia, entre ellos la autora de la carta, quien fue asesinada en Auschwitz a la edad de cincuenta y ocho años.<sup>24</sup>

Teniendo en cuenta esto, quisiéramos dejar abierto el dilema de cómo manejar metodológicamente la cuestión del anacronismo en nuestra propia lectura. Inevitablemente nos ocurre algo semejante a lo que Roland Barthes planteó sobre la fotografía: “observo horrorizado un futuro anterior en el que lo que se ventila es la muerte”.<sup>25</sup> Pero mientras que Barthes intentaba desentrañar la naturaleza de la fotografía en tanto representación de personas que necesariamente morirían, en el caso de nuestras cartas nos enfrentamos a una muerte que nada tuvo de natural ni necesario.

A modo de cierre quisiéramos plantear que el carácter de investidura afectiva de las cartas familiares nos coloca como investigadoras en una situación compleja, ya que nos lleva a preguntarnos en qué medida no incurrimos en una invasión de la intimidad de las personas que escribieron estos textos como mensajes personalizados y no como documentos históricos. No se trata meramente de un dilema ético en términos abstractos, sino de una incomodidad constitutiva ante la carta, a la que nosotras hemos convertido en un documento. Esta incomodidad resulta coherente, precisamente, con nuestras hipótesis, ya que los afectos que dieron origen y sentido a las cartas no contemplaban nuestra lectura y en consecuencia nos excluyen.

Desde el punto de vista de las personas que mantuvieron esta correspondencia, las cartas han caído en manos extrañas y anónimas. También es cierto que, sin habérselo propuesto, nuestra

<sup>24</sup> Página testimonial de Rivke Fajnsod (en hebreo). En: *Yad Vashem: The Central Database of Shoah Victims' Names*, <http://db.yadvashem.org/names/search.html?language=en>, acceso 12 de julio de 2014. El centro de documentación Yad Vashem constituyó esta base de datos, la cual se ha expandido a lo largo de los últimos cincuenta años, gracias a la información proporcionada por familiares de las víctimas y mediante el recurso a fuentes escritas. El idioma de las páginas testimoniales varía según la persona que haya completado el documento. En el caso de Rivke, la página que consultamos fue remitida a Yad Vashem por su hija Rójele, que había emigrado a Palestina antes de la invasión de Polonia.

<sup>25</sup> Roland Barthes, *La cámara lúcida*, op. cit., p. 146.



inmersión en el universo de estas redes familiares devino una práctica de la memoria, un rescate simbólico de la identidad de un conjunto de personas a quienes se intentó borrar del mundo.

**Resumen**

En este trabajo presentamos los primeros avances de un proyecto de investigación sobre un archivo privado de cartas, fotografías y otros documentos pertenecientes a una familia judía oriunda de Polonia. Nos concentramos específicamente en la carta familiar como un objeto que habilita prácticas sociales vinculadas entre personas que quedaron distanciadas geográficamente de manera definitiva, tras los procesos migratorios del siglo XX.

En el primer apartado exponemos los modos como aparecen plasmados los tópicos de los vínculos a distancia y las cartas en la cultura popular judía de raíz europeo oriental. En el segundo apartado analizamos empíricamente cómo se sostienen y recrean los vínculos a distancia en y a través de las cartas.

**Palabras clave**

Carta familiar; Vínculos; Migraciones; Tiempo; Espacio

**Abstract**

This paper presents preliminary advances of a research project based on a private archive of a Polish Jewish family, which comprises letters, photographs and other documents. We focus specifically on the letter as an object enabling relationships among people who remained geographically distant in a permanent basis, after the migration processes of the twentieth century.

In the first part we expose how the topics of long distance and letters were captured in Ashkenazi popular culture. In the second part we analyze how family relationships were in fact sustained and recreated in and through the letters.

**Keywords**

Family letter; Relationships; Migrations; Time; Space

## El epistolario como conversación *humanista*: la correspondencia intelectual de Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1916-1939)

Jorge Myers\*

### Introducción

Uno de los cuerpos latinoamericanos de correspondencia más abundantes de mediados del siglo XX es el de Alfonso Reyes. Escritor infatigable, la conversación mantenida a distancia, desde sus distintos destinos diplomáticos, con amigos, colegas y rivales, dio origen a una voluminosísima correspondencia, importante no tan solo por el mapa de relaciones intelectuales que permite reconstruir con fina precisión, sino también por el propio contenido de las cartas, que constituyen a veces casi pequeños tratados de reflexión “humanista”. Reyes, autor de misivas, se inscribe dentro de la figura más amplia de “Reyes, administrador de su propio legado intelectual”, es decir, la de un intelectual que buscó de modo obsesivo garantizar para la posteridad todos los elementos necesarios para construir el monumento al gran intelectual latinoamericano del siglo veinte: iniciador de su propia obra completa, Reyes también conservó sus pensamientos y actividades más efímeros en un diario extenso, y creó un archivo personal —la Capilla Alfonsina— para resguardo de su enorme acervo epistolar. De este modo, Reyes y su correspondencia constituyen uno de los polos radicales en cuanto al empleo del epistolario para construcción y consagración de la propia figura de un intelectual.

No parece demasiado arriesgado afirmar que la correspondencia intelectual presenta siempre un carácter polisémico, y que éste se manifiesta de un modo evidente en el caso —por cierto muy particular— de aquella generada por los integrantes de la red intelectual auspiciada por Reyes y sus contemporáneos de generación del Movimiento Ateneísta mexicano, quienes se vieron a sí mismos como portadores de un nuevo “humanismo” cultural latinoamericano. Al examinar la correspondencia intelectual de dos de los integrantes de esa red — Alfonso Reyes en su relación epistolar con Genaro Estrada—, nuestro foco estará colo-

cado sobre los múltiples usos de los que era objeto (en un momento histórico en el que su carácter de medio exclusivo de comunicación a distancia ya había sido desplazado por nuevas tecnologías como el telégrafo y el teléfono).

El propósito fundamental de toda misiva es, qué duda cabe, la comunicación a distancia: entre amigos y entre amantes, sirve para mantener vigentes los lazos de la amistad o del amor en situaciones de ausencia; para líderes políticos o jefes militares sirve como medio para impartir órdenes o aclarar indicaciones; para diplomáticos y subordinados de todo tipo (en cualquier organización, estatal, corporativa, privada) constituye el principal medio de mantener informados a los superiores acerca del propio accionar (y de dejar un registro escrito del mismo por si más adelante este pudiera estar sujeto a algún cuestionamiento); y en el caso de —entre otros— celestinas, diplomáticos, agentes revolucionarios y espías, ofrece un medio para comunicar información acerca de los movimientos del adversario.

La correspondencia intelectual —es decir, aquella sobre cuestiones intelectuales intercambiada entre intelectuales—, sobre todo en el siglo veinte cuando la comunicación a distancia comenzó a depender de medios más veloces y descansados, ostenta, además de la mera comunicación a distancia, una serie de características en cuanto a su uso que le son propias. Sin pretender agotar la lista, sus funciones más importantes a lo largo del siglo veinte parecerían haber sido: 1) el debate intelectual — la confrontación de puntos de vista opuestos o no necesariamente coincidentes, provocada muchas veces por uno de los dos interlocutores—; 2) la definición del propio pensamiento en torno a cuestiones que interpelaban al grupo de referencia — el uso del medio de la escritura con un destinatario específico para “pasar en limpio” una reflexión quizás no del todo clara en un primer momento; 3) la justificación *a posteriori* de posiciones tomadas (*partis pris*) — ante amigos o enemigos— que habían alcanzado estado público; y, 4) la proyección hacia la posteridad de la pro-

\* UNQ / CONICET.





pia figura como intelectual, donde las cartas resultaban no solo ser el vehículo vivo de un pensamiento en movimiento sino el registro permanente del mismo. La correspondencia intelectual de Alfonso Reyes y de Genaro Estrada con otros y entre sí ofrece abundante material para explorar estas facetas específicas, que se articularon fundamentalmente en torno al proyecto compartido de elaborar una interpretación *cultural* de las sociedades latinoamericanas y de su historia — en el caso de Estrada, esa ambición se circunscribió a México— y de defensa de los valores y de la proyección hacia el futuro de la Revolución Mexicana. Como el archivo epistolar de uno de estos dos autores es inmenso y como el período global que abarca desde las primeras cartas de Reyes hasta las últimas de Estrada lo es también, lo exploraremos aquí a través de “calas” en ese mar de cartas, y nos circunscribiremos a un momento estrictamente acotado dentro de la serie epistolar, aquel de las embajadas del director de la revista **Monterrey** en la Argentina y en Brasil, cuyo punto final estuvo dado por la prematura muerte de Genaro Estrada en 1937.

### Alfonso Reyes y el epistolario de un humanista (1907-1959)

Nacido en 1889, Alfonso Reyes cultivó durante toda su vida dos prácticas de escritura entre sí muy semejantes. Siendo ambas modalidades diversas de las escrituras del “yo”, se definieron por su referencia inmediata a una vivencia personal: la anotación de sus actividades, lecturas y reflexiones en un diario personal — una costumbre que conservó desde 1911 hasta su muerte en 1959—, por un lado, y el cultivo asiduo de una conversación en ausencia por medio de una correspondencia cada vez más voluminosa con sus amistades, cuya interlocución de intelectuales y artistas le resultaba evidentemente necesaria a su propia práctica de pensador y escritor, por otro lado. Desde 1907, por lo menos, hasta su muerte en 1959, Alfonso Reyes fue una verdadera máquina redactora de misivas, dirigidas a los cuatro rincones del mundo.

Una parte de su correspondencia, la más privada, se circunscribió, indudablemente, a su círculo familiar. Hijo del General Bernardo Reyes — prohombre del porfirismo—, sus primeras cartas fueron escritas a él. La muerte violenta de su padre en 1913 puso fin a esa temprana serie epistolar. Sus cuatro hermanos fueron enemigos de la Revolución Mexicana, a la que se opusieron desde una posición política conservadora. Uno de ellos, Rodolfo Reyes (1878-1954), intelectual como su hermano menor, aunque de derechas, siguió un periplo que lo condujo desde un acendrado porfirismo y huerismo en los años 1910, hasta un apoyo entusiasta por el régimen español de Francisco Franco en los años 1940. El imperio de los afectos en algunos casos, el mero deber familiar en otros, impulsieron un intercambio epistolar con esos hermanos y su prole, como también con su querida madre, a la que mantuvo siempre informada, por vía directa o indirecta, de sus movimientos y de sus triunfos durante su larga ausencia de México (1913-1939).

Además de la correspondencia familiar, la vida profesional de Reyes generó un inmenso acervo de cartas, fruto de sus activi-

dades como periodista (sobre todo durante su primera residencia española entre 1914 y 1920), como académico (en especial luego de su nombramiento en 1939 como presidente de la Casa de España en México, rebautizada Colegio de México en 1940, cargo que ostentó hasta su muerte), y como diplomático de carrera (1913-1914 y 1920-1939). Esta última, en consecuencia de la forma particular con que se entremezclaron la trayectoria intelectual y el ejercicio de la función diplomática en la vida de Reyes, tendió a solaparse con, o al menos servir de refuerzo a, su correspondencia propiamente intelectual. Es ésta la que ocupa (en relación al período pre-1939) la mayor parte del acervo epistolar que dejó como legado a su archivo, y este hecho respondió sin duda a dos cuestiones de fundamental importancia para una adecuada comprensión de la vida y la obra de Reyes: a) su oficio de intelectual supo regir todas sus demás actividades, informándolas siempre, subordinándolas a veces, otras veces fusionándose por completo con ellas; y b) el círculo de sus amigos fue (casi perfectamente) isométrico al círculo de sus interlocutores doctos (ese abigarrado universo social formado por poetas, filósofos, artistas plásticos, académicos, periodistas letrados, músicos, teóricos políticos, actrices y actores de teatro o de cine, y gestores culturales). La actividad vital para el Reyes adulto era indisoluble de la función intelectual — todo oficio era en algún punto oficio de “*inteligéncia*”, si a Reyes incumbía—, y las afinidades electivas que guiaron a sus afectos exigieron casi siempre en el otro, como condición *sine qua non* — exigencia irrefragable— una pertenencia — por más tenue que fuera— al estamento letrado. Es en función de estas características tan decisivas para la relación entre su vida y su obra que, de todas sus correspondencias, la intelectual haya sido, incluso desde el punto de vista de su propia imaginación autobiográfica, la más instrumental para la elaboración de su propia concepción de lo que debía ser su lugar en el mundo y en su época.

Más que un simple medio de comunicación — aunque cabe subrayar que nunca dejó de ser *también* esto— la correspondencia de Reyes con su cada vez más amplio círculo de amistades letradas constituyó una parte nodal de su propia actividad *pública* como intelectual: elemento de intervención directa en el debate cultural y político del momento, esa correspondencia fue además escrita con la evidente conciencia de que algún día llegaría a ser leída por terceros. El trabajo de la escritura epistolar, por más que abundara en constantes alusiones a lo informal y urgido de la redacción, fue asumido por Reyes con la misma seriedad estilística y conceptual que dedicó al conjunto de su obra de ensayista y poeta. Al hacerlo, obraba de acuerdo al ideal neo-humanista que sirvió para definir su posición en el interior de las tormentas ideológicas de su época. En aras de ese ideal, se proyectó ante sus contemporáneos como un tipo nuevo de letrado, de escritor público, de intelectual. Cosmopolita de América; defensor de una continuidad con la tradición que no fuera regresiva ni reaccionaria, sino progresista; erudito que creía en el maridaje de la elocuencia y la precisión, que confiaba, es decir, en la posibilidad de que un análisis filológico pudiera deparar el mismo placer estético que una novela o un poema; intelectual que deseaba una política revolucionaria que “nivelara hacia arriba” la cultura del pue-

blo, y que por ello recusaba toda diatriba anti-intelectualista, del signo ideológico que fuera: el modelo decisivo para la construcción de su figura pública de intelectual, modelo compartido por aquella formación intelectual transnacional que vio en él su adalid y su emblema, fue el del humanista italiano del otoño de la Edad Media y del florecer del Renacimiento.

Apostrofado como “gran humanista” por Mariano Picón Salas en la dedicatoria de su libro **De la Conquista a la Independencia** (1944), Reyes había elaborado una posición intelectual y política a lo largo de los años veinte y treinta que parecía justificar esa descripción — es decir, que hacía de ella una referencia a posiciones sustanciales y no una mera exclamación retórica—. Reyes no solo había formado parte del grupo de jóvenes intelectuales que, insatisfechos con el positivismo ambiente y con la política del Porfiriato, se había organizado en una Sociedad de Conferencias (en 1906/07) y luego en un Ateneo de la Juventud (en 1909), sino que había realizado su primera formación intelectual en el seno dicha corriente, bajo el magisterio informal de uno de sus dos principales líderes, el dominicano Pedro Henríquez Ureña. En ese marco, desarrolló un curso intenso de estudios que le había permitido absorber las principales consignas intelectuales de su generación: nietzschismo, ibsenismo, bergsonismo, familiaridad con los decadentistas y simbolistas franceses, lecturas clásicas — sobre todo orientadas de Platón y el platonismo, aunque no exclusivamente—, absorción vigorosa de la crítica literaria contemporánea (nombres como los de Walter Pater y sus contemporáneos descuellan), y además de todo ello, cierto estudio, acuciante, de la música, las artes plásticas y el teatro modernos. En sus tempranas cartas a Henríquez Ureña, aparecen referencias a una lujosa edición de Oscar Wilde comprada por él, a la lectura en curso del **Salammbô** de Flaubert, al prólogo de Pierre Louÿs a su **Aphrodite**, a Menéndez Pelayo, o al deseo de preparar una conferencia sobre el teatro medieval de la monja Hrotsvitha y su impacto en la tradición letrada latina.<sup>1</sup>

A pesar del carácter un poco informe de su programa de estudios, comenzó a definir muy rápidamente una personalidad propia dentro de ese concierto de inteligencias tan denso que fue el Movimiento Ateneísta. En 1911, publicó su primer libro en la editorial Ollendorf de París, **Cuestiones estéticas**, que le valió una carta personal de Émile Boutroux en la que le manifestaba su deseo de reunirse en persona con él para discutir ciertos pasajes de la misma. Poco después, Rodó desde Uruguay indicó que aplaudía su iniciativa de publicar una edición mexicana del **Ariel**. Nombrado diplomático por el gobierno de Huerta en 1913 y destinado a París, fue dejado cesante al ser éste derrocado: casi en el mismo instante en que comenzaba la Primera Guerra Mundial. Luego de varias peripecias pudo huir con su familia a España, donde, entre 1914 y 1920, encauzó finalmente de un modo más formal sus estudios, especializándose en filología en el marco del Centro de Estudios Históricos dirigido en Madrid por Ramón Menéndez Pidal, mientras se ganaba el pan como periodista y

como traductor. Corresponsal “en el extranjero” para los diarios de José Ortega y Gasset, escribía sus notas en Madrid u otros pueblos de España pero simulaba —siguiendo la directiva de la empresa— haberlo hecho en Alemania o China o Japón; durante un tiempo desarrolló una columna popular de crítica de cine (a la que después se uniría Martín Luis Guzmán, compartiendo ambos el pseudónimo de “Fosforito”); siguió de cerca, en calidad de periodista político, la tortuosa vida parlamentaria de la monarquía restaurada, con sus cada vez más frecuentes episodios de violencia política y de conflicto social; tradujo a Lenin entonces, como más tarde a G. D. H. Cole; publicó notas filológicas en la revista del Centro; y comenzó a dar al público sus primeros libros de ensayos —concebidos como trabajos cuyo valor residía sobre todo en su valor estético— y sus primeros poemarios. Empleado, pero también colega y amigo, de Menéndez Pidal y de Ortega y Gasset, pudo integrarse también al mundillo académico de la España de la “edad de Plata” con tanta facilidad como lo hacía a su mundillo literario y artístico. Reincorporado tentativamente al cuerpo diplomático mexicano en 1920 —reincorporación que pronto se volvió permanente—, dio inicio entonces a su largo transitar por las capitales culturales de Europa y América. Representante oficial de México en Madrid entre 1920 y 1924, en París de 1924 a 1926, en Buenos Aires de 1926 a 1930, en Río de Janeiro de 1930 a 1936, en Buenos Aires otra vez de 1936 a 1938, hizo una breve escala parentética en México en 1938, para volver por última vez a Río como diplomático en brevísima misión especial entre 1938 y 1939. A partir de entonces permanecería en México como presidente del Colegio de México desde 1939 (cuando todavía se llamaba Casa de España en México) hasta su muerte en 1959.

Fue sobre todo durante el segundo lustro de la década del veinte y la primera del treinta cuando su perfil de “humanista” moderno o de neo-humanista comenzó a cristalizar plenamente. Ese humanismo, sería lícito argumentar, consistió en cuatro posiciones bien definidas: su defensa de un cosmopolitismo político que debía ser a la vez un cosmopolitismo “nacionalista” (en cierto punto); su énfasis en la importancia de la recuperación de la tradición cultural occidental como parte de una actividad intelectual que mirara hacia el futuro y no al pasado — si se quiere, un tradicionalismo progresista—; su postura en favor del rol de los intelectuales como legítimos conductores de la sociedad y la cultura en las naciones modernas; y su recuperación del modelo de la latinidad clásica y del humanismo renacentista como opciones válidas y productivas para el intelectual contemporáneo. En “Atenea Política”, conferencia pronunciada ante una asociación de estudiantes universitarios en Río de Janeiro en 1932, por ejemplo, había postulado la existencia de dos tipos de empresa cosmopolita, una perimida y del todo ilegítima en el presente que le tocaba vivir, la otra valiosa y aún necesaria para su tiempo. La primera había consistido en el imperialismo en sus dos vertientes: la antigua, de dominio político, de conquista militar; la moderna, de expansión de factorías y de dominio económico. Escribiendo ese año, confiaba, con un optimismo que él mismo reconocería un poco ingenuo sólo seis años más tarde, que los imperialismos de ambos tipos estaban en claro proceso de declive y descomposición. De todos modos, era el segundo tipo de cosmopolitismo el

<sup>1</sup> Ver al respecto: **Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914**, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.



que se proponía rescatar, presentándolo a la juventud universitaria carioca como un modelo de conducta a seguir: aquel de los intelectuales imbuidos, en distintas épocas de la historia, de un sentimiento de *humanitas*:

El segundo tipo de la empresa cosmopolita [...] solo quiere facilitar la circulación del hombre dentro del mundo humano, desarrollar el conocimiento y la comprensión entre los pueblos, la coordinación de los intereses complementarios y la lenta disolución de las fricciones, procurar la concordia y estorbar la discordia. Inútil añadir que este cosmopolitismo es el que aquí nos interesa y al que deseamos porvenir.<sup>2</sup>

Según Reyes, cuatro veces en la historia europea se habría ensayado una empresa cosmopolita como la que él ahora elogiaba: primero en la Edad Media, cuando la cristiandad era concebida como una comunidad universal, y en cuyo seno clérigos y juglares circulaban sin oposición de fronteras, comunicando su mensaje cultural a todos los rincones del continente; por segunda vez en el “Renacimiento humanístico”; por tercera, en el siglo XVIII, en el momento de la Ilustración, cuando las ideas de crítica racional y de regeneración circulaban por toda Europa por el medio de la *lingua franca* del momento, el francés; mientras que el cuarto intento cosmopolita habría sido aquel del romanticismo con sus muchas corrientes en la primera mitad del siglo XIX. Al describir el segundo momento de empresa cosmopolita positiva, había exclamado: “Sus heraldos son ya intelectuales a nuestro modo. (¡Ojalá, en otro sentido, nosotros lo fuéramos al de ellos!)”.<sup>3</sup> El quinto intento correspondía al presente: el cosmopolitismo político, regido metafóricamente por la diosa tutelar Atenea Kurótrofos. A diferencia de los anteriores, este cosmopolitismo político era humano más que humanista, de paz e inteligencia global. “Bordaba”, según Reyes, “sobre el cañamazo del hombre abreviado en su expresión mínima: el hombre en su primer función, que es la de vecino del hombre”.<sup>4</sup> Las clases universitarias —remedo tardío del *Ariel*— habrían estado llamadas a hacerse cargo de la tarea más urgente del momento actual, es decir, de ese momento de entreguerras: el ideal de unificación de la humanidad. El neo-humanismo, en este sentido, se postulaba como una postura que deseaba abrazar a la problemática humana en su totalidad, económica, bélica (reemplazando la guerra por la paz), política. Pero sus portadores serían los intelectuales, las clases universitarias, los detentores de la tradición cultural. Contrario a las vanguardias y tibio en su entusiasmo por las rupturas revolucionarias demasiado contundentes —veinte o treinta años más tarde, su postura política de los años treinta probablemente hubiera merecido el nombre de “socialdemócrata”—, no por ello reivindicaba una idea de tradición que implicara reacción, regresión, estancamiento. Defensor de la noción de que la cultura humana consistía esencialmente en una continuidad a través del tiempo, en una tradición en su sentido más

etimológico, es decir, en un bien que una generación le transmitía a la siguiente, y así sucesivamente, se apartaba de posiciones vanguardistas no por anti-moderno ni por conservador, sino por considerar que el avance hacia formas más profundas, más desarrolladas del proyecto moderno, exigía una constante reincorporación —y resignificación— del legado del pasado. De allí que le explicara a los estudiantes cariocas:

Todo esto es para deciros que la idea de continuidad, de cultura, de unificación de la inteligencia en el seno de su propia sustancia, nada tiene de común con lo que la gente llama pasatismo, derechismo, reacción y otras nociones de este jaez [...]. No se trata aquí de querer traducir el presente hacia el pasado, sino, al contrario, el pasado hacia el presente. El aprovechamiento de una tradición no significa un paso atrás, sino un paso adelante, a condición de que sea un paso orientado en una línea maestra y no al azar.<sup>5</sup>

La recuperación de la tradición en el presente implicaba una dirección deliberada —encargada, en la visión de Reyes, a los intelectuales, a los *clerics* cuya *trahison* había lamentado Julien Benda— y un proceso de selección. Más aún, era un paso necesario para que el ideal del cosmopolitismo político pudiera cuajar, ya que si no se conocía de donde se venía, si por obra de un esfuerzo deliberado se echaba en olvido esa conciencia del origen, tampoco se podría intuir a ciencia cierta hacia donde se debía dirigir la humanidad en ese momento bisagra de su historia. El anti-intelectualismo, cierto facilismo populista en materia de cultura, le resultaba uno de los mayores peligros del presente, contra el cual la juventud universitaria debía estar prevenida: lamentablemente, eran “los más culturizados” los que con más facilidad se tornaban los caudillos de “esta nueva campaña de la ignorancia”.

El argumento desarrollado en “Atenea política” en 1932 hace sistema con aquel que había articulado algunos meses antes (1931) en relación al segundo milenio del poeta Virgilio y su festejo decretado en México. “Discurso por Virgilio”, publicado en México y también en su periódico literario unipersonal, *Monterrey*, en Río de Janeiro ese año, y reimpresso pocos meses más tarde en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, en Buenos Aires, se propuso demostrar la actualidad de la obra de Virgilio y la pertinencia de la enseñanza de las lenguas clásicas y de su literatura para una política educativa que se pretendía revolucionaria, como la de México entonces. Allí aparecían desarrollados, además de argumentos que permitían vislumbrar con cierta claridad cuál era la relación con la tradición que el ideal nuevo de *humanitas* —enunciado en el texto antes citado— proponía, nociones más claras acerca de la íntima compenetración entre el cosmopolitismo que predicaba entonces y el nacionalismo propio de la Revolución Mexicana. Recordado hoy sobre todo por su frase más célebre —“quiero el latín para las izquierdas”—<sup>6</sup> había declarado también, casi a continuación y siempre bajo la tutela del poeta man-

<sup>2</sup> Alfonso Reyes, “Atenea Política”, *Obras Completas*, Tomo XI, pp.190-191, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pp. 190-191.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 193.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 195-196.

<sup>6</sup> Alfonso Reyes, “Discurso por Virgilio”, *Obras Completas*, Tomo XI, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 160.

tuano: “quiero las humanidades como el vehículo natural para todo lo autóctono”.<sup>7</sup> Posicionándose claramente en contra de los nacionalistas más estridentes (unos meses antes, precisamente, de que se desencadenara en 1932 la lucha cultural de los “nacionalistas” contra la literatura cosmopolita, como aquella defendida por el grupo de la revista *Contemporáneos*) y dejando de lado, deliberadamente y con argumentos quizás no del todo justificables, los elementos indigenistas que habían movilizado la acción cultural de los revolucionarios desde 1911, desarrolló una posición que enfatizaba la compatibilidad entre la recuperación y exaltación de la tradición autóctona, y el pleno desarrollo de un programa educativo —y de una literatura— asentados sobre los ideales de una herencia latina interpretada —de un modo sutil y complejo— como vehículo cosmopolita por excelencia. “Los educadores no deben ignorar que la lectura de Virgilio cultiva —para todos los pueblos— el espíritu nacional”<sup>8</sup> exclamaba, como síntesis de su argumento central acerca de la idoneidad de la tradición latina, de la tradición virgiliana, como portadora de los valores de la patria mexicana. Avanzando su retórica, precisa y elegante, hacia un *crescendo* argumentativo, pasó de una explicación acerca de las razones por las cuáles un conocimiento de Virgilio podía contribuir a mejorar la reforma agraria en marcha (o llevar a una *pietas* aún más intensa para con los próceres que habían cumplido con el mandato de *moenia condere* en relación a la patria mexicana, próceres como el amablemente feroz padre Hidalgo), hacia otra que vislumbraba una suerte de síntesis universal superior de todas las culturas de la humanidad, síntesis para la cual el ideal virgiliano de la *Eneida* podía parecer un anticipo lejano pero pertinente. Merece ser reproducido *in extenso* el pasaje decisivo en que desarrollaba este argumento:

Todos alcanzan algo de la ‘marea de las razas de color’, ‘la hora gris del mestizaje’ y demás frases explicativas que corren ya por los periódicos, y que parecen las nietas de aquella frase del Káiser Guillermo sobre los amagos del ‘peligro amarillo’. Pero esta alta marea de los pueblos postrados —aunque se opere conforme a una ley de combate— será una incorporación. El vencedor absorberá las virtudes del enemigo muerto como sucedió entre Grecia y Roma, cumpliéndose así la pintoresca superstición del salvaje. Del salvaje hoy tan a la moda, aunque ahora con otro espíritu, como lo estaba en los días de Rousseau. Y no veo la necesidad de que, desde América, insistamos en la división del Oriente y del Occidente, el Atlántico y el Pacífico —haciendo así bizquear sin objeto nuestra inteligencia— cuando los dos grandes elementos se están fundiendo en buena hora, para nuestro uso y disfrute americano, en un solo metal sintético. Tomar partido es lo peor que podemos hacer. Es mucho más legítima la esperanza en la “raza cósmica” de Vasconcelos; la fe en la “cultura humana” de Waldo Frank. Adoptémoslo todo y tratemos de conciliarlo todo. Aquello en que no haya conciliación será equivocado, y de ello podremos prescindir a la izquierda y a la derecha. ¿Que no hay todavía criterio fijo para proceder a esta síntesis sobrehuma-

na? Es cierto, y por eso la humanidad tiene que vivir en crisis por más de un siglo. Pero ya hay signos de amalgama, y un caso notorio es la desobediencia del Gandhi, acto positivo que nada tiene que ver con el orientalismo soñoliento. Sólo el tiempo logrará juntar los ingredientes sometidos a un fuego que no nos es dable intensificar. En el crisol de la historia se prepara para América una herencia incalculable.<sup>9</sup>

Y concluía ese largo apóstrofe sobre la superación de la división Oriente-Occidente entonces en curso, declarando lo siguiente: “Lo que ha de salir no será oriental ni occidental, sino amplia y totalmente humano. De nosotros, de nuestros sucesores más bien, dependerá el que ello, por comodidad de expresión, pueda llamarse en la historia, *americano*”.<sup>10</sup>

Es a la luz de esta concepción neo-humanista, centrada en un americanismo cósmico, en un cosmopolitismo político y en una defensa de la tradición más profunda de la cultura europea (y mundial) como insumo necesario para el progresismo, que se puede entender mejor el papel que Reyes le asignaba a su propia correspondencia. Reyes, que en el mismo texto citado había dicho: “consiste nuestro ideal político en igualar hacia arriba, no hacia abajo”, veía en la carta un vehículo de discusión intelectual y un elemento intrínseco de su propia obra de escritor. Para él la correspondencia debía ser ambas cosas a la vez. El modelo de los primeros humanistas, el lugar que ellos le asignaron a la correspondencia como práctica cultural y como objeto de cultura, no fue ajeno a la concepción de Reyes. Así como Petrarca, luego de su redescubrimiento del epistolario entre Cicerón y su amigo político Atticus en 1345 —un hecho para el proceso de resurrección humanista del pasado latino tan importante como el redescubrimiento por Poggio Bracciolini del texto del *De rerum natura* de Lucrecio en 1417— buscó elaborar un tipo de escritura epistolar que hiciera de la misiva un vehículo sofisticado para la discusión de ideas y la transmisión de modelos de elegancia literaria, Reyes —que conocía demasiado bien tanto el modelo petrarquiano cuanto el ciceroniano en que se había basado— buscó, en la redacción de sus cartas a colegas, aliados y rivales, elaborar un estilo de escritura que hiciera de las mismas pequeñas obras literarias por derecho propio. El epistolario, al igual que el diario, debía ser una parte intrínseca de su obra intelectual, de su obra en calidad de literato moderno. Para Reyes, la carta exigía ser cuidadosamente cincelada: debía ser redactada con todo el esmero, con toda aquella *limae labor* que Horacio en su carta a los Pisones había recetado para la buena escritura poética. La carta debía ser *un petit traité en prose, un petit poème en prose*...o algo que se le pareciera.

De la correspondencia con otros intelectuales, los epistolarios más antiguos parecen haber sido aquellos con otros miembros de la corriente ateneísta: a partir de 1907 se conservan cartas intercambiadas con Pedro Henríquez Ureña —correspondencia en la cual el rol directivo estuvo mucho tiempo en poder de éste, más que en el propio Reyes, que parecía escuchar con la docili-

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 161.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 164.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 172-173.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 173.



dad del alumno (alumno que a veces se retobaba, como cuando lo escandalizó a su maestro declarándole que el primer **Hippias** de Platón no le había gustado nada); a partir de 1909 con Enrique González Martínez (correspondencia que, con largas interrupciones, como ocurre con casi todas las interlocuciones de Reyes, se mantuvo hasta 1952); a partir de 1913 con Martín Luis Guzmán (hasta la muerte de Reyes en 1959); a partir de 1916 con José Vasconcelos —correspondencia nunca demasiado intensa, el intercambio epistolar se hizo muy esporádico a partir de 1926, y solo recobró cierta regularidad mínima en los años 1950, llegando hasta la muerte de Vasconcelos—. Entre otros miembros de esa promoción intelectual que intercambiaron misivas con él, estuvieron también el crítico de arte y pintor Manuel Toussaint (1917-1955), y diversos arquitectos, músicos y pintores. Con sus compatriotas intelectuales un poco menores, aquellos de la llamada generación de 1915 y aquellos del grupo de **Contemporáneos**, la correspondencia también fue más esporádica y distante. De los primeros, se escribió entre 1917 y su muerte con Antonio Castro Leal, mientras que entre 1922 y 1958 mantuvo un contacto epistolar más o menos regular con Daniel Cosío Villegas (contacto que se volvió muy intenso durante el proceso de construcción de la Casa de España en México). Con el “Contemporáneo” Carlos Pellicer la correspondencia ilustra muy bien el cambio en el lugar ocupado por ambos, producto de la inclemencia de los años: desde una postura distante y más bien fría ante el poeta joven que le enviaba misivas jocosas y efusivas, pasó en los años cincuenta a ser él el efusivo, al agradecer las reseñas de un Pellicer ya consolidado en el mundillo de las letras en México, y a despedirse de él en términos como los siguientes: “Te mando una ráfaga de abrazos, te admiro, te quiero, te agradezco, Tuyísimo, Alfonso”.<sup>11</sup> Con figuras más jóvenes o más distantes, solo comenzó cierto intercambio epistolar luego de su regreso a México, como fue el caso de Jesús Silva Herzog (1939-1959), Silvio Zavala (1937-1958), y Octavio Paz (1939-1959). Entre las más amplias y temáticamente diversas con colegas y amigos mexicanos está aquella que será examinada en detalle a continuación: la que se desarrolló a partir de 1916 con Genaro Estrada —con su “Genarísimo”, su “congordo”, su “colegordo”—, densa en materia íntima y en discusiones literarias, y que se mantuvo sin interrupción hasta la muerte prematura de éste en 1937.

Sus desplazamientos por las principales capitales culturales del mundo fueron expandiendo su red de correspondientes, aunque algunas correspondencias se habían iniciado antes de su partida de México, como por ejemplo aquella con José Enrique Rodó, con los hermanos García Calderón, o con ciertos amigos de La Habana. Su paso por Francia creó vínculos epistolares importantes: con Valéry Larbaud, con Jules Supervielle y con Paul Valéry, entre muchos otros; mientras que en España dio inicio a amistades que luego de su partida se continuaron por vía epistolar, por ejemplo con Amado Alonso (sobreviven cartas del período 1928-1952), Luis Cernuda (1932-1959), José Moreno Villa, o Enrique Díez-

Canedo. También mantuvo contacto epistolar con exiliados españoles más tarde, como los filósofos María Zambrano (1939-1959), José Gaos (1939-59), o el historiador Agustín Millares Carlo (1919-1958), entre muchísimos otros.

En cuanto a sus contemporáneos de otros países de América Latina, sostuvo intercambios epistolares con un abanico muy amplio de artistas e intelectuales (además de los ya mencionados). Se escribió cada tanto entre 1914 y 1928 con Vicente Huidobro, a quien conoció en París; han sobrevivido algunas pocas cartas intercambiadas con colegas de La Habana, como Max Henríquez Ureña (el hermano de Pedro), José Antonio Ramos, Jorge Mañach, Fernando Ortiz, y otros. Uno de los epistolarios más ricos es aquel que mantuvo a lo largo de su vida con el filólogo cubano, hispanista destacado, y crítico literario americanista José María Chacón y Calvo (1913-1959). Aparecen allí cartas ricas en anécdotas, llenas de referencias a sus respectivos estudios literarios, con observaciones mordaces sobre sus amigos y enemigos, que destilan la confianza que se profesaban mutuamente.

También mantuvo un contacto epistolar más o menos asiduo con intelectuales del Río de la Plata y de la antigua Gran Colombia. En lo que a nuestra propia región se refiere enumero, simplemente, algunos de sus muchos correspondientes: Leopoldo Lugones, Eduardo Mallea, Ernesto Sabato, Ricardo Molinari, Enrique Larreta, Oliverio Girondo, Adelina del Carril de Güiraldes, Alberto Gerchunoff, Manuel Gálvez, los Fernández Moreno —Baldomero y César—, Arturo Capdevila, Julio Cortázar, Enrique Banchs, José Bianco, Eduardo González Lanuza, Ezequiel Martínez Estrada, Ulises Petit de Murat, Ricardo Rojas, María Rosa Oliver, Roberto Giusti, Arnaldo Orfila Reynal, Raimundo Lida, Jorge Luis Borges y dos mujeres de cierta importancia en su vida, Victoria Ocampo (con quien mantuvo un contacto epistolar entre 1927 y su muerte en 1959) y la uruguaya Juana de Ibarbourou (a quien conoció en 1928, y con quien entretuvo una correspondencia bastante íntima en ocasión de una crisis matrimonial de ella). En cuanto a la antigua Gran Colombia, dos correspondientes fueron especialmente importantes: el colombiano Germán Arciniegas, y el venezolano que lo consideraba su “maestro”, Mariano Picón Salas.

### **El diálogo de dos humanistas: Alfonso Reyes y Genaro Estrada 1916-1937**

De todos los epistolarios individuales de Reyes, uno de los más útiles para el análisis dedicado a explorar el rol de la correspondencia intelectual en la elaboración de la trayectoria de un letrado, quizás sea aquel desarrollado en interlocución con Genaro Estrada. Aunque la muerte temprana de éste determinó que el período cronológico abarcado fuera menor al de otros epistolarios (1916 a 1937), la intimidad de la amistad entre ambos, las múltiples resonancias entre sus respectivos proyectos intelectuales y la adscripción de ambos a la misma carrera diplomática durante largos años (en algunos de los cuales Estrada fue el superior de Reyes) permite una comprensión más rica y matizada de los usos de la correspondencia intelectual al cotejar sus páginas que en el caso de otras series

<sup>11</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Pellicer, 23 agosto 1956”, **Carlos Pellicer/Alfonso Reyes Correspondencia 1925-1959**, México, Ediciones del Equilibrista/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997, p. 57.

semejantes. Genaro Estrada, a diferencia de Reyes, ha sido consignado a un muy discreto lugar menor dentro del canon de las letras mexicanas. Si se comparan los dos delgados volúmenes de las obras completas de Estrada con los 26 tomos de aquellas de Reyes (incompletas, realmente, dada la enorme cantidad de artículos ocasionales y escritos sueltos que no fueron incluidos y que siguen siendo objeto de la atención recopiladora de historiadores y críticos literarios), salta a la vista la diferencia que los separa en cuanto a su mero impacto físico en el campo intelectual mexicano: la incongruencia es abismal. Reyes, aún sin ninguna obra individual de envergadura que haya permanecido como un clásico (Borges, a través de Henríquez Ureña, lo impulsaba a que escribiera una para remediar esa situación) modificó el modo de escribir prosa en castellano: fue autor de una auténtica *revolución* estilística. En cambio, si el **Pero Galín** de Estrada alguna vez ha merecido la reedición, no hay nada en el conjunto de sus escritos —muy inteligentes y agudos, por cierto, y que deparan mucho placer en su lectura— que haya tenido un impacto siquiera remotamente semejante. El rol de Estrada en la cultura de su época fue sin embargo más central de lo que a veces se recuerda. En los años cuando Reyes estaba alejado de México por causa de sus tareas diplomáticas, Estrada fue impulsor de varias iniciativas editoriales y revisteriles que cambiaron el paisaje de la literatura mexicana. Y es quizás este aspecto de su actividad letrada, junto con la agudeza de su ingenio, aquello que contribuyó a convertirlo en un interlocutor tan apropiado para Reyes.

Nacido en 1887 en Mazatlán, Sinaloa (como Reyes, norteño), hizo sus estudios y comenzó su carrera como periodista en su provincia natal. Fue la Revolución la que lo llevó en 1912 a la capital, donde el maderismo que él había apoyado con su pluma lo premió con un cargo en la burocracia nacional. Allí, junto al poeta posmodernista (y antimodernista) Enrique González Martínez, fundó la revista literaria **Argos**, que duró solo 6 números. Incorporado a la administración de la Escuela Nacional Preparatoria y a la docencia en 1913, su carrera posterior estuvo marcada por los vaivenes de la contienda revolucionaria. En medio de las sucesivas ráfagas políticas de la misma se fue labrando, sin embargo, un perfil como hombre de letras — escritor, poeta, e impulsor de iniciativas culturales—. En 1916 publicó su primer libro, una importante antología de **Poetas nuevos de México**. En 1917 fue redactor de la revista literaria **Pegaso**, y en 1919 colaboró en la **Revista Nueva**. El año 1920 lo encontró inmerso plenamente en la lucha militar en defensa del presidente constitucional Obregón, pero vio también la publicación de su primera traducción, de un libro de Jules Renard. Al mismo tiempo que desarrollaba esta intensa actividad, comenzó sus trabajos de historiador colonialista, labor que lo acercaría al sector neocolonialista de las promociones culturales mexicanas de los años 1920, al tiempo que lo consagraba como un importante acólito de Clío. En 1921 tareas al servicio del Estado revolucionario lo llevaron a su primer viaje europeo. Ese mismo año ingresó a la Secretaría de Relaciones Exteriores, donde desarrolló una intensa actividad como oficial, subsecretario y secretario, y también como embajador, hasta 1935. En 1921 también fundó la Sociedad de Bibliófilos Mexicanos,<sup>12</sup>

responsable de algunas lujosas reediciones de obras raras y curiosas en tiradas mínimas (una de las primeras entregas constó de una impresión de tan solo 6 ejemplares). En 1926 publicó en México su novela **Pero Galín**, y en 1928 su primer poemario (ilustrado por Gabriel García Maroto), **Crucero**, que fue favorablemente comentado por Jorge Luis Borges. Subsecretario de Relaciones Exteriores entre 1923 y 1930, alcanzó la cima de su carrera con el nombramiento como Secretario de Relaciones Exteriores,<sup>13</sup> cargo que ejerció entre 1930 y 1932. Durante casi una década —década decisiva para la formación intelectual y para la elaboración y proyección de la figura pública de éste— Estrada supo ser, pues, el protector y “amigo en el poder” de Alfonso Reyes, desprovisto casi totalmente de apoyos concretos en México por culpa de la desgracia política de su familia huertista. En 1928, por otra parte, fue su dinero el que hizo posible la aparición y perduración durante cuatro años de la importantísima revista literaria **Contemporáneos** (lo más parecido a un proyecto del tipo “**Sur**” que conoció México). Coleccionista incansable de pintura moderna, conoció a Picasso por azar en una galería de París mientras buscaba obras de este pintor —en una época en la que eran sólo apreciadas por los más iniciados en los arcanos del mundo de las artes plásticas—, y publicó más tarde, en 1936, el estudio que terminó de consagrar al pintor en México, **Genio y figura de Picasso**. Crítico literario atento al oleaje más moderno del mar de las letras, entrevistó a D. H. Lawrence cuando este estuvo en Oaxaca, y supo contrastar (en 1925) la verdadera “revolución” en los procedimientos literarios de James Joyce, con el “sonido y furia” tan vacío (según él) de la “revolución suprarrealista” de André Breton y compañía. Sus últimos libros, póstumos, fueron sendos textos de bibliografía dedicados respectivamente a México —**Nuevas notas de bibliografía mexicana** (1954)— y América latina —**Bibliografía de Goya** (1940)—.<sup>14</sup>

La condición fundamental que rigió todo el intercambio epistolar entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada fue el respeto irrestricto que se profesaban entre sí —admiración mutua y profunda— y la confianza igualmente ilimitada, ciega, que cada uno supo depositar en el otro. Ya en la primera carta que se ha conservado, escrita por Reyes para agradecer el envío de la antología compilada por Estrada, **Poetas nuevos de México** (Ediciones Porrúa, México, 1916), el filólogo regiomontano exclamaba: “Gracias por el libro, gracias por la dedicatoria, gracias por esa efusiva página que me dedica. [...] Ha realizado Ud. una obra verdaderamente admirable. [...] Merece Ud. bien de la literatura americana”.<sup>15</sup> Trece años más tarde, ese inicial reconocimiento ya se había expandido hasta alcanzar una efusiva declaración admirativa, reiterada, con leves variantes, en toda la correspondencia que le dirigió hasta la misma víspera de su muerte:

<sup>13</sup> En la nomenclatura estatal mexicana, “Secretario” corresponde al cargo que en Argentina se designa “Ministro”.

<sup>14</sup> Que extrañamente no ha sido incluida en su **Obra completa** recopilada por Luis Mario Schneider en 1988.

<sup>15</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, 3 diciembre 1916”, **Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada**, Tomo I, México, El Colegio Nacional, 1992, p. 21.

<sup>12</sup> Con el escritor veracruzano Joaquín Ramírez Cabañas (1886-1945).

Lo admiro y quiero cada vez más, único ser continuo en el caos de nuestras veleidades, pitagórico barrigón [...] La energía feliz de todos sus actos, trabajos, escritos, versos, encuentros con los hombres, es algo que me conmueve y conforta. Waldo acaba de llegar, y a través de él he vuelto a sentir esa ola tutelar que Ud. derrama sobre la vida.<sup>16</sup>

Estrada a su vez le manifestó siempre admiración y simpatía, sentimientos que fueron intensificándose con el correr de los años. Luego de la recepción, a comienzos de 1928, de la larga carta-crónica "número 8", una de las más importantes de la serie de más de 15 enviadas por Reyes durante los tres años de su primera embajada en Argentina, Estrada exclamaba: "Oh qué amenidad y cual portento de carta No. 8. Se la leeré, mañana, viernes, al Presidente. Sí, no asustarse, se la leeré y la comentaré".<sup>17</sup> El presidente en cuestión era Plutarco Elías Calles, de quien Estrada decía haberse hecho tan amigo que el primer mandatario y jefe supremo del "Maximato" le confiaba "indiscreciones". (Las opiniones de Estrada sobre la obra literaria de Reyes fueron siempre de un entusiasmo desbordante, como lo fueron las de éste sobre las obras poéticas e históricas del primero). De un modo aún más contundente, el 10 de marzo de 1928, en una nota confidencial, Estrada le había hecho la siguiente declaración a Reyes, luego de una larga respuesta a distintas cuestiones literarias, políticas y diplomáticas planteadas por el embajador en Buenos Aires:

Sé lo que hago. Sé también que usted es la mejor figura literaria que ha producido México, incluidas todas las glorias de antología, sé que dentro de más o menos años no habrá quien me niegue mi opinión, y sé, sobre todo, que he tenido la suerte de ser su amigo, y que esto ya nadie me lo quita.<sup>18</sup>

Por la misma naturaleza de su relación profesional, la cuestión más sistemáticamente abordada fue aquella de las labores propias de la diplomacia. Las cartas dirigidas por Reyes a su superior, desde Francia, Argentina o Brasil, abundan en cuestiones administrativas y logísticas: la carestía de la vida y la exigüidad de los sueldos; el estado edilicio —juzgado siempre inadecuado— de la embajada y de la residencia del embajador; los gastos incurridos en cenas, mobiliario, dependientes; los pedidos de ascenso o traslado, o de aumento de sueldo, de los demás oficiales de la carrera diplomática que servían bajo su mando, entre otras cuestiones logísticas semejantes permean la correspondencia. Luego de haber estado en la Embajada en París, la situación edilicia de la de Buenos Aires, primero, y de la de Río, después, le pareció desastrosa. En Buenos Aires uno de sus logros fue conseguir autorización para comprar, como auto oficial, un *Cadillac*. Nos enteramos en esas cartas de cómo era el carácter y situación personal de los distintos funcionarios y empleados de la Embajada.

Descubrimos, por ejemplo, que la mujer de Rafael Fuentes (la madre del escritor, Carlos) pertenecía a la categoría de "mujer mexicana intrasladable, que se entontece en el extranjero y agarra lo de 'Yo quiero irme con mi Mamacita'",<sup>19</sup> y que sufría de "poca salud, achaques propios, complicacioncillas, nostalgia, tristeza, reclusión voluntaria, melancolía crónica [...] y "que no hay quién la saqué de esta postración".<sup>20</sup> La correspondencia abunda en retratos más detallados aún de los funcionarios, con observaciones acerca de su condición social y de sus extravíos psicológicos —problema este último, al parecer, inherente a la carrera.

En relación a la labor diplomática, la correspondencia sirvió para comunicar información y apreciaciones de mayor importancia: referencias a la imagen de México en los pasillos del gobierno argentino y en la prensa —Reyes dedicó mucho tiempo y esfuerzo a rebatir los ataques virulentos lanzados por la prensa católica contra México—, intentos por identificar los amigos de su país en las altas esferas —el ministro Sagarna bajo la presidencia Alvear y el ministro Oyhanarte bajo la de Yrigoyen aparecen señalados como amigos de México, sobre todo el primero; en el ámbito castrense los generales Baldrich y Mosconi reciben idéntica aprobación—, y los enemigos —el general Agustín P. Justo, en quien Reyes veía un golpista en potencia desde el momento en que escuchó su discurso en la inauguración de la estatua de Mitre en 1927, y diversas otras figuras del ámbito de gobierno—. Convencido de que su tarea era, en tanto representante de México, dar a conocer los valores culturales de su nación, valores que se identificaban, también, con el espíritu de la Revolución Mexicana, las cartas enviadas a Estrada documentaban con cierto lujo de detalles los eventos musicales, teatrales, literarios, las muestras pictóricas y las exhibiciones de cine, protagonizados por artistas de su país. En Brasil acogió en la embajada mexicana a la familia presidencial (derrocada) en calidad de refugiados políticos luego de la llamada revolución de 1930, pero supo trazar buenas relaciones con el nuevo presidente Vargas, a tal punto de ser invitado a sesiones privadas de cine en el palacio presidencial. Ese acercamiento a figuras clave en la política brasileña le permitió actuar decididamente contra las barreras del idioma, para, contra la tradición eurocéntrica del Brasil, promover contactos culturales con su país (una vez más, en todos los planos, desde el cine y las artes plásticas hasta la tarea de mutua traducción de obras literarias).

Fusionando su deber profesional con su vocación electiva, pues, las cartas de Reyes a Estrada (pero también las respuestas de éste) contenían abundantísimas referencias a la obra literaria de ambos y a la situación específica de los medios culturales en que les tocaba operar. Tanto para el caso de Brasil como para el de Argentina, Reyes elaboró una cartografía general del estado del campo literario y artístico, y fue enriqueciendo la información allí contenida con noticias puntuales frecuentes y agudas. En sus pri-

<sup>16</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), "Reyes a Estrada, 25 septiembre 1929", *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, Tomo II, México, El Colegio Nacional, 1993, p. 228.

<sup>17</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), "Estrada a Reyes, 26 enero 1928", *Con leal franqueza*, Tomo II, *op. cit.*, p. 103.

<sup>18</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), "Estrada a Reyes, 10 marzo 1928", *Con leal franqueza*, Tomo II, *op. cit.*, p. 113.

<sup>19</sup> Serge I. Zaitzeff, (comp.), "Reyes a Estrada, 7 octubre 1931", *Con leal franqueza. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada*, Tomo III, México, El Colegio Nacional, 1993, p. 180.

<sup>20</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), "Reyes a Estrada, 3 octubre 1931", *Con leal franqueza*, Tomo III, *op. cit.*, p. 178.

meras cartas desde Buenos Aires había identificado a las principales publicaciones —**Nosotros** (Reyes y Estrada coincidían en ver en esa revista, aunque valoraban su esfuerzo, un medio algo anticuado), **Valoraciones** (el grupo Renovación, asociado a la revista, le había parecido a Reyes “medio bolchevizonte”), las revistas de vanguardia, etc.—, y ofrecido información precisa acerca de la situación de ciertas instituciones y escritores. Fue en su carta número 8, sin embargo, donde intentó trazar un panorama detallado del ambiente cultural porteño. Allí aparecían retratos detallados de Enrique Rodríguez Larreta y sus allegados (como Carlos Noel), de Manuel Gálvez, de la sociabilidad de la revista **Nosotros**, de la sociedad “Amigos del Arte”, de Alberto Gerchunoff, de la ceguera del padre de Jorge Luis Borges, y de las dos musas rivales de la cultura argentina, Nieves Gonnet de Rinaldini y Victoria Ocampo. De Gálvez, que despertaba en él — como todos los escritores de derecha— una profunda antipatía, decía: “[...] es una verdadera lata. Es sordo, chato, algo moreno, afeitado, y con uno de esos lunares negros cerca del labio inferior, hacia la izquierda. Cuando se pone nervioso — con frecuencia— frunce la boca y se chupa el lunar”.<sup>21</sup> Explicaba también a Estrada que la esposa de Gálvez, Delfina Bunge, padeció un mal por el cual “si Don Manuel entraba en su esposa, su esposa podía morir”. Ello había llevado a que reinara “la castidad en el hogar”: “Pero la esposa, que es una santa, le dijo a Gálvez que le daba permiso de practicar el adulterio, por razones de higiene”. Gálvez había aprovechado a tal punto el permiso que estaba ahora convertido en un “Tenorio”: eso sí, un “Tenorio de maestritas”. Terminaba Reyes su retrato del sujeto que le era evidentemente tan desagradable con un: “Pouah!”.<sup>22</sup>

En esa misma carta-monografía, Reyes comenzó a elaborar una interpretación del ambiente literario porteño que luego iría profundizando en misivas posteriores (así como en las páginas de su diario y en varios de sus ensayos de la época). A diferencia de lo que creían muchos contemporáneos argentinos, la literatura, según Reyes, gozaba de cierto prestigio —“tiene aquí cierta dignidad y cierta aceptación en el mundo social”—, y si ese prestigio era fundamentalmente externo y de figuración social un poco frívola, ese mismo hecho podría quizás colaborar para impulsar su desarrollo: “Aquí el snobismo social es una fuerza positiva, que el arte puede aprovechar”.<sup>23</sup> Ha sido señalado por numerosos estudios el creciente desencanto que lo fue embargando a Reyes en relación al medio literario argentino, como consecuencia de ver cómo las intrigas, rencillas y mezquindades aún entre los literatos más jóvenes —en quienes había depositado su esperanza para su buen éxito— iban malogrando proyectos como la revista **Libra** o (en menor medida) los **Cuadernos del Plata**. Pero lo que emerge de la lectura de la correspondencia con Estrada y con otros —juicio que el diario privado refrenda— es que ese desencanto nunca pudo ser muy grande, ya que el encantamiento inicial no parece nunca haber sido tal. La vida cultural argen-

tina reflejaba —y potenciaba quizás— rasgos negativos que afectaban a la sociedad en su conjunto: la fascinación por las apariencias, cierta frivolidad ambiente, cierta pacatería anacrónica.<sup>24</sup> El pudor elogiado por Borges, la simplicidad doméstica de una Buenos Aires de contenidos fervores que el argentino celebraba, le parecían a Reyes signos de falta de imaginación y de *élan* creador y vital: la sociedad argentina se le antojaba demasiado próspera como para ser profunda y ello, creía, se dejaba traslucir en su literatura y su arte. Algunos escritores jóvenes —y Jorge Luis Borges— se salvaban a medias de esa situación. Solo Ricardo Molinari escapaba del todo a la influencia negativa del ambiente. Y desde el punto de vista de las relaciones culturales entre México y Buenos Aires, otro rasgo de la vida literaria argentina resultaba aún más negativo: “[...] para los argentinos no existe más que la Argentina o lo que halaga a la Argentina. Ahora bien: a los argentinos todavía no les halaga ser conocidos en México; sólo en Europa. Es gente muy encerrada en su ciudad, Genaro: la gente más rara que he encontrado en el mundo. Hay algo aquí triste y angosto que yo no puedo definir”.<sup>25</sup>

Reyes transmitió a Estrada noticias detalladas también acerca del panorama literario de Brasil, aunque necesitó un año y medio de inmersión en el nuevo espacio lingüístico para poder hacerlo. El 21 de febrero de 1931 le envió a Estrada un mapa detallado del campo literario brasileño, al que dividía en cinco grandes zonas, identificadas con la terminología ideológico-política de centro, izquierda y derecha. Según Reyes, en su “síntesis geométrica de la actual literatura brasileña”, la falla principal, la rémora casi imposible de superar, era la falta de un “centro”: “Como el corazón es nulo, todo el organismo es escuálido”. No parece, en esta época al menos, haber tenido un conocimiento demasiado detallado de la historia literaria brasileña, y en consecuencia ésta se le antojaba sin un anclaje fuerte en una tradición previa, y por ende dispersa hacia los dos extremos —que él identificaba confundiendo, quizás a propósito, valores políticos con los propiamente estéticos— de derecha e izquierda. En el “centro derecha” ubicaba a la Academia Brasileira: “sitio para figurones políticos o para literatura atrasada aunque decente, tipo Gustavo Barroso, Afrânio Peixoto y Tristán da Cunha”. Sólo por equivocación le parecía que estuviera también allí un poeta que era para él “de interés”: Guilherme d’Almeida. En la “extrema derecha” se situaban los escritores que hacían ostentación de su militancia católica, militancia llevada al plano político y social, como Jackson de

<sup>21</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, Personal y Confidencial No. 8, 15 diciembre 1927”, *Con leal franqueza*, Tomo II, op. cit., p. 81.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 82.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 83.

<sup>24</sup> La libertad sexual que la Revolución Mexicana había contribuido a promover —como ha sostenido Carlos Monsiváis— era para Reyes una de las conquistas más modernas —y por ende valiosas— de la misma. Por eso, cuando se enteró en Buenos Aires del contenido del nuevo proyecto de Código Penal en su patria, no pudo contener el estallido, escribiéndole a Estrada lo siguiente: “Pésima impresión causan en los periódicos las noticias sobre esos preceptos absurdos y bárbaros del proyecto de Código Penal nuestro, en que se exculpa de homicidio al cónyuge que mata al adúltero *in fraganti* o al padre que mata a la hija o al seductor. ¿Para eso hicimos la Revolución? ¡Oh manes de don Pedro Calderón de la Barca! Dígame por favor en qué para esto, que no me tiene nada contento. Yo creí que ya había permiso de joder en el siglo que vivimos”. Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, Confidencial y personal, 9 octubre 1929”, *Con leal franqueza*, Tomo II, op. cit., p. 242.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 237.





Figueiredo. Éste, según Reyes, había sabido presentarse “con una filosofía organizada y fuerte, algo *Action Française* de Maurras y algo de Santo Tomás de Maritain, y congregó a jóvenes a quienes dejaba en el aire el paganismo verbal y el naturalismo vestido à la *garçonne* del pobre maestro Graça Aranha (última víctima del europeísmo que muy tarde quiso volver por sus fueros americanos)”. El escritor más interesante en esta región del campo literario era Alceu Amoroso Lima/Tristao d’Athayde: “uno de los más consistentes críticos de la América Latina, el más sincero y claro, el más crítico de veras, el más culto, aunque siempre algo profesor y de repente un tantico provinciano en sus disquisiciones ideológicas”. Si bien parecía subordinar siempre la cuestión literaria al catolicismo militante, no era sin embargo “un retrógrado estúpido”: “Su ideal está más bien en lo que Belloc y Chesterton llaman el ‘distributismo’: le recomiendo esta utopía para poetas”.<sup>26</sup> Según Reyes, aunque muy joven, ya tenía proyección en París, mientras que en Brasil animaba al grupo que publicaba **As Novidades Literárias**, “imitadas de **Les Nouvelles**”.<sup>27</sup> El “centro izquierda” le resultaba menos interesante, a excepción —parcial— de su amigo Ronald de Carvalho, “hombre el más universal”. Este espacio estaba ocupado, opinaba, por “los hijos espirituales de Graça Aranha”, autor “que quiso ser la trompeta del arte nuevo y, cuando volvió de Europa a hacer sus manifiestos en Sao Paulo, ya el tiempo lo había dejado atrás”. Aquí situaba también al grupo de la revista “decorosa” **Movimento Brasileiro** de Renato Almeida. Todos ellos, Ronald incluido, adolecían de cierto “estetismo exangüe”. La “extrema izquierda”, finalmente, le deparaba tan solo una ocasión para la ironía. Constituida por Osvaldo [sic] de Andrade y su grupo paulista de “los antropófagos”, su ideal era americanista pero, para Reyes, un poco inquietante:

Retorno a lo autóctono, amor a lo natural sanguinario y violento; al salvaje, no dulce como en Rousseau, sino canibal y cruel. Moral peligrosa, vidas arriesgadas. El símbolo de la devoración del prójimo, de lo próximo, abarca toda su ideología del mundo. Americanismo rabioso y agresivo, pero con lenguaje imbuido de técnicas europeas a la moda. Grupo descamisado, brillante y estéril. Andrade me confesó que acaba de ponerse al servicio del comunismo de Moscú para ayudar a desarreglar el mundo y procurar así la ocasión de la vuelta a la antropofagia.<sup>28</sup>

La información sobre el ambiente literario brasileño se enriqueció con referencias más puntuales a escritores individuales, algunos en su “síntesis geométrica”, otros no (como Cecilia Meirelles),

y a los literatos extranjeros que recalaban en las playas brasileñas. Comentó la visita de Henri Michaux al país y le contó que lo había llevado a Paul Morand, en Río desde el 25 de agosto de 1931, a almorzar en una fonda de marinos, a visitar el Museo Histórico “(que nadie visita y vale mucho)” y a ver la floresta de Tijuca. Piensa acompañarlo a visitar las ciudades barrocas de Minas Gerais (“Ouro Preto, Diamantina, etc.”) y a ver las esculturas del Aleijadinho. Un par de meses después le completó el relato de la visita de Morand a Río, en reacción al texto que el escritor francés había publicado en su libro **Air indien**, titulado “Saudades du Brésil” (París, Grasset, 1932). La excursión a Nicheroy para asistir a una sesión de macumba, descrita por Morand, era, según Reyes “una pura fantasía”. Por cobardía pura, no había querido asistir en persona al ritual, y por eso basaba su relato sobre lo que le habían contado sus compañeros latinoamericanos. Le explicaba Reyes a Estrada:

empezó a ponerse asustado en plena carretera. Il avait une peur bleue. A duras penas, logramos detenerlo el pintor Cícero Dias y yo, que nos quedamos acompañándolo, con el auto, en plena carretera, mientras otros de los nuestros subieron montaña arriba, a pie, a descubrir el escondrijo de la macumba. Morand creía, positivamente lo creía, que habían matado a nuestros compañeros y se los estaban comiendo, crucificados boca abajo y cosas así. Y a toda costa quería que regresáramos al pueblo, abandonando a los compañeros. Los brasileños, que al fin y al cabo son también iberoamericanos, no han podido menos de considerar con cierto escepticismo la literatura de este hombre, en punto de aventuras exóticas. Resultado: no hubo medio de hacer que Morand subiera a ver la macumba: no la vio.<sup>29</sup>

Otros visitantes extranjeros mencionados por Reyes fueron los franceses Fernand Baldensperger —el antiguo colaborador de Paul Hazard en la **Revue de Littérature comparée**—, en Río para dictar un curso sobre Balzac (excelente, según Reyes), el pintor Henri Foujita (franco-japonés, muy amigo de Reyes y entonces en la cima de su fama), y distintos miembros cultos de la colonia diplomática, como Ventura García Calderón —autor al que le tributaba gran admiración—, en calidad de embajador del Perú en 1932, y mexicanos diversos.

Reyes era escritor-artista — poeta, narrador, ensayista estético—, pero también era un intelectual público ávido de interpretar la sociedad de su época y de dejar su marca, si pudiera, en la marcha política de su propio país. Un tercer tema importante en la correspondencia con Estrada fue, por ende, el análisis detallado de la cultura y de la sociedad de los países a los que su labor diplomática lo acarrearía, análisis de gran agudeza sociológica. En el caso de la Argentina, es posible que la interpretación hecha por Reyes haya sido el insumo original del pensamiento de José Ortega y Gasset sobre nuestro país, cuyos escritos sobre la situación y destino argentinos tuvieron repercusión tanto mayor. Con ojo de sociólogo e historiador, Reyes intentó explicar para sí mis-

<sup>26</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, 21 febrero 1931”, **Con leal franqueza**, Tomo III, *op. cit.*, p. 113.

<sup>27</sup> Cabe señalar que ese entusiasmo por las dotes intelectuales de Tristao d’Athayde muy pronto se vio empañado por el rechazo que le provocaban las actitudes reaccionarias del mismo: “Tuve la inevitable historia con Tristao de Athayde: no se puede ir a ninguna parte con los conservadores fanáticos. Se aprovechó de conversaciones privadas mías, literarias, para — formando las ideas a su modo— escribir un artículo de ataque a México [...]. Amigos suyos como el correctísimo Prudente Moraes Neto (¡el nombre es ya un programa!) estuvieron de mi parte”. En “Carta de Reyes a Pedro Henríquez Ureña, 6 marzo 1932”, incluida en “**Cartas fluminenses: Reyes en Río 1930-32**”, **Revista de la UNAM**, n° 460, México, UNAM, Mayo 1989, p. 14.

<sup>28</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, 21 febrero 1931”, **Con leal franqueza**, Tomo III, *op. cit.*, p. 113.

<sup>29</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, 12 enero 1932”, **Con leal franqueza**, Tomo III, *op. cit.*, p. 208.

mo y para su gobierno las señas particulares de la sociabilidad argentina de los años 1920. En la carta no. 8 —obra maestra de toda esta serie epistolar— había comenzado su descripción con el siguiente retrato, que deslizaba su convicción acerca de cierta crisis, de cierta casi intangible decadencia, del espíritu argentino:

Tierra 'morne' y gris, ésta de las pampas. Paisaje espiritual como el otro: sin accidentes. Gente burguesa y bien hallada, que no quiere pensar en las injusticias del mundo ni en las vastas inquietudes interplanetarias. Todos vestidos de oscuro, sin imaginación, y con pocas ideas, porque eso interrumpe la digestión. Nada más lejano del argentino actual que el clásico rastacueiro —esa delicia. Gente bien inclinada, pero material, sin heroicidad. Más venturosa que laboriosa. Sólo es heroica en una cosa: en el ajetreo, morbosos, de la vida social [...] <sup>30</sup>

A continuación buscó ensayar una suerte de radiografía de las distintas capas de la sociedad, dividiéndola en tres: “los de abajo”, “los de en medio” y “la aristocracia”, aunque reconocía explícitamente no tener ningún conocimiento directo acerca del modo de vida de los de abajo. Se preguntaba, en referencia a esta zona de la sociedad, si las letras de tango darían, o no, una imagen fehaciente de la misma: “Los compadritos amargos que muelen tangos en los organillos a la luz del farol apache, probablemente son muy pintorescos e interesantes, pero confieso que aún no bajo hasta esos fondos”, a pesar de su amistad con “los martinfierristas”.<sup>31</sup> Concluía al respecto que temía “que el tango exagere demasiado, y pinte, como es de esperar, más un ideal (¡vaya ideal!) que una realidad”.<sup>32</sup> En cambio, sobre los de en medio tenía elementos más concretos para formular un diagnóstico. De ellos decía:

gente triste, producto de la inmigración. Todo inmigrante es un náufrago. Puede ser fuerte, pero nunca llega hasta la alegría. Todo inmigrante, además de náufrago, es un Eneas que se ha dejado a la espalda una ruina, una ciudad quemada, una familia perdida, una historia de presidio o de fracaso. Está triste por eso.<sup>33</sup>

La ciudad, cuyo tono era para Reyes, se sobreentiende, el que le daba la clase media, terminaba siendo un poco melancólica y hasta tétrica:

El resultado de todo esto es una ciudad triste, de calles tristes, estrechas y muy iluminadas, donde todos observan demasiado al transeúnte, y donde no se puede pasar con una señora a ciertas horas de teatros, porque el barrio toma un aire de sitio para hombres solos, de mal lugar. Cosa poco agradable.<sup>34</sup>

Peor aún, la ciudad era un enorme panóptico: “La ciudad tiene un chismerío de aldea; se investiga la vida de todos, y se le pide cuenta al hombre hasta de sus placeres más secretos”.<sup>35</sup> La capa más

alta de la sociedad, “la aristocracia” o patriciado, llevaba la marca de su formación reciente, a la que se añadía la indefinición que la naturaleza magmática de la sociedad argentina le otorgaba a todas las divisiones sociales. Le explicaba a Estrada:

La aristocracia se forma de hijos y descendientes de los hombres que, hace sesenta o, a lo sumo, cien años, se enriquecieron en las estancias, o tomaron parte en la vida pública. Este grupo social se llama de los ‘patricios’. Es difícil distinguirlo. Sólo un argentino puede saber quién es aquí la verdadera crema. Imposible, con los módulos normales de pensamiento, orientarse aquí por entre los niveles y capas sociales, y saber dónde empieza y acaba cada uno.<sup>36</sup>

Las cartas contienen, esparcidas entre sus cerca de mil páginas, muchas observaciones de carácter más anecdótico que, sin embargo, le parecían a Reyes captar ciertos aspectos, o al menos ofrecer cierta clave de interpretación, de la sociedad argentina. En esta misma carta no. 8 observaba, siguiendo una indicación de Pedro Henríquez Ureña, que la orientación del plano de la ciudad de Buenos Aires podía sugerir ciertas peculiaridades de la gente rioplatense:

Sucede con esto [Reyes se refiere a la sociedad] como con el plano de Buenos Aires que venden en todas las librerías: imposible acabar de entenderlo para nosotros. ¿Por qué? ¿Habría, pues, como cree Pedro Henríquez Ureña, una incompatibilidad esencial entre la gente orientada hacia el polo norte y la orientada hacia el polo sur [...]? Pues verá Ud. por qué, la razón es muy sencilla: porque el plano de Buenos Aires tiene el Norte ¡a la derecha!, en lugar de tenerlo arriba del papel. Y lo peor es que nadie se ha dado cuenta de que en esto, la tierra Argentina es diferente del resto del mundo. Para mí, este detalle es algo trascendental, y que explica muchas cosas misteriosas y extrañas.<sup>37</sup>

El plano —que no casualmente llamaba la atención del autor de **El plano oblicuo**— ofrecía una vía hacia la comprensión de los misterios de la sociedad porteña o argentina.

La sexualidad de las mujeres rioplatenses podía ofrecer otra. El rol de las mujeres en la sociedad (y en la cama) fue —evidentemente— una cuestión que inquietaba a Reyes. En un clima intelectual marcado por el impacto de Freud y por la búsqueda de mayor libertad expresiva por parte de autores como Joyce, Proust o Lawrence, la discusión abierta de temas sexuales se había convertido en algo legítimo, al menos para los escritores e intelectuales. Buscó, por consiguiente, luego de su llegada a la Argentina, elaborar para sí mismo (y para su corresponsal Estrada) un análisis de la especificidad de ese aspecto en la Argentina, sobre todo en lo que al mundo literario y cultural se refería. La siguiente anécdota enviada a Estrada es representativa del tipo de información que buscaba recoger Reyes — cuya inteligencia partici-

<sup>30</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, Personal y Confidencial No. 8, 15 diciembre 1927”, *Con leal franqueza*, Tomo II, op. cit., p. 76.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 77.

<sup>32</sup> *Ibidem*.

<sup>33</sup> *Ibidem*, pp. 76-77.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 77.

<sup>35</sup> *Ibidem*.

<sup>36</sup> *Ibidem*.

<sup>37</sup> *Ibidem*.



paba de la curiosidad sexual de la época—. Habiéndose encontrado en una fiesta con la actriz italiana Vera Vergani —actriz de cine mudo y de teatro (formó parte del elenco que representó por primera vez en el mundo los **Seis personajes en busca de un autor** de Luigi Pirandello)—, tuvo la siguiente conversación:

Anoche se abrió la capa, haciéndome la censura de la poca libertad de la vida argentina, cuyos efectos ella cree que son desastrosos en las mujeres. Dice que se le ve en la cara la desesperación sexual, y me contó historias de tortillería como para surtir de tortillas a toda la nación mexicana. Educadas desde niñas en la teoría mística cachonda de que la actriz es una providencia sexual (tal es la teoría que Vera me explica) estas mujeres caen sobre ella en forma que no la dejan descansar. La asaltan dentro de su casa, se le meten en la cama, y se frotan contra ella por donde quiera que puedan abordarla.<sup>38</sup>

(Reyes concluyó con la siguiente advertencia: “Por favor, Genaro, no le cuente Ud. estas historias al Sr. Presidente Calles”). Anécdota sin duda (y de dudoso valor como dato *representativo*); pero cada anécdota, por más frívola o insignificante que fuera, le parecía, por su potencial valor heurístico, digna de registro a Reyes, ensayista con atisbos de sociólogo, y funcionario al servicio de un régimen que era expresión de una *revolución* cuyo alcance él interpretaba como más amplio que el específicamente político o social (si bien la no reelección, o la reforma agraria que desembocó en la legislación sobre el ejido, no podían sino ser reconocidas por él como conquistas fundamentales). Si, como pensaba Reyes, los efectos más profundos de la Revolución Mexicana habían sido aquellos que impactaron sobre los modos de ser y de entender de los mexicanos, sobre el entramado cultural de su vida, con ramificaciones que afectaban desde las artes plásticas y la arquitectura hasta la música, desde los nombres de pila y los prejuicios de clase hasta la libertad sexual, un análisis profundo y abarcativo de la cultura de aquellos países hacia los cuales México deseaba exportar, si fuera posible, algo de su nuevo sistema de valores (o generar al menos cierto respeto distante, cierta simpatía gubernativa hacia la misma, que derivara en una relación diplomática amistosa, si el objetivo más ambicioso resultara no serlo), reclamaba entonces el registro más completo imaginable sobre todo lo que tuviera que ver con la cultura nacional del país en el cual el representante oficial de México debía desenvolver sus tareas. Reyes así lo comprendió, y supo actuar de un modo acorde.

Genaro Estrada, por su parte, envió a Reyes mucha información referida a la vida intelectual mexicana. En sus cartas se revela que el verdadero soporte financiero de la revista **Contemporáneos** (1928-1931) habría sido el propio Estrada, y que ésta le producía tantos dolores de cabeza por las rencillas y falta de compromiso de sus colaboradores, como a Reyes en la Argentina los jóvenes de la frustrada revista **Libra**. También identifica para su correspondencia a dos clanes de jóvenes intelectuales enfrentados entre sí: el que estaba formado por dependientes de la Secretaría de

Salubridad (Enrique González Rojo, Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano y Bernardo J. Gastélum) y el que lo estaba por dependientes de la Secretaría de Educación (José Manuel Puig Casauranc, Enrique Jiménez Domínguez y Salvador Novo —enemigo literario de ambos, tanto de Estrada como de Reyes—). El primer grupo habría logrado enrolar —le cuenta en carta del 22 de mayo de 1928— al poeta y editor de la polémica **Antología de la poesía mexicana moderna**, Jorge Cuesta, mientras que el segundo parecería contar con el apoyo del ensayista y cuentista Gilberto Owen. Casi todos estos autores terminarían reunidos —a instancias del propio Estrada—, algunos pocos meses después, en torno a la empresa de **Contemporáneos** (y han pasado, colectivamente, a la historia literaria mexicana como el grupo portador del nombre de esa revista). La desazón amarga de Estrada al saber que Antonieta Rivas Mercado había decidido hacer campaña a favor de Vasconcelos en la futura elección presidencial (solo más tarde se enteró de que esa decisión no estuvo motivada únicamente por una convicción político-ideológica) subraya hasta qué punto el antiguo héroe de la Secretaría de Educación se había vuelto un enemigo ideológico. También en distintas ocasiones, Estrada respondería a los esquemas sinópticos que le ofrecía Reyes acerca de los campos literarios argentino y brasileño con “Pequeñas noticias literarias de México o relacionadas con”, como la que le mandó en febrero o marzo de 1929 —un telegráfico “*who’s who*” de los intelectuales mexicanos, promociones antiguas y novísimas, a comienzos de 1929—. Los esfuerzos de Estrada por mantener informado a su amigo formaron parte de la conversación intelectual entre ambos, como lo hicieron también las referencias a sus pasiones bibliofílicas y a sus propias obras; pero también tuvieron la intención de mantener a su aliado político y subordinado más o menos orientado acerca del cambiante mapa de la “ortodoxia” revolucionaria en momentos de implacable lucha por definir el sentido ideológico de la misma.

La conversación vehiculizada por las cartas de Reyes y Estrada hizo referencia a un cuarto tema de vital importancia para ambos intelectuales: su vida íntima, con sus frustraciones, esperanzas, pesares, sueños y tristezas. Reyes emerge de las páginas de este epistolario como un hombre muy preocupado por el bienestar de su familia, pero no del todo satisfecho con los placeres de la domesticidad. Afectado quizás por la llamada “comezón del séptimo año”, y autorizado a ello por las convenciones de la masculinidad de la época, el Reyes que se autorretrata en sus cartas es un hombre obsesionado por las mujeres bellas que lo rodean, e incesantemente necesitado, para la reafirmación de su propio ego, de lo que un romance clandestino o un interludio pasional le podían ofrecer. Nunca identifica por su nombre a las mujeres con las que dice haber tenido una relación íntima, ni tampoco a aquellas con las cuales —como le confiesa a su “congado”— le hubiera gustado tenerla. Pero habla de ellas todo el tiempo, y en más de una ocasión refiere explícitamente el torbellino sentimental al que se sentía arrojado por esas pasiones. De las mujeres aludidas en el epistolario como parejas de hecho, solo una se puede identificar con cierta probabilidad: Nieves Gonnet de Rinaldini, con quien Reyes, si son ciertos los datos en sus cartas, habría mantenido una relación amorosa entre enero y agosto de 1928. Cotejando los datos

<sup>38</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, Personal y Confidencial No. 15, 17/18 septiembre 1928”, *Con leal franqueza*, Tomo II, *op. cit.*, p. 161.

de su diario con los de este y otros epistolarios, emerge suficiente información circunstancial como para arriesgar esta identificación: en cuyo caso ella habría sido la mujer que, en un viaje a Tandil, “echa(ndo) los dos brazos al cuello”, le declarara en enero de 1928, “¡Muchachito querido! ¿De qué estás hecho vos? No quiero que andés entre manos que no te merecen”.<sup>39</sup>

Más conocidas son para los especialistas en la obra y vida de Reyes sus aventuras sentimentales en Brasil, aunque allí también las frases cifradas para referirse a sus amantes han generado mucha especulación: “Puck”, “Levinha” y “Consuelo” (o “mi consuelo”), habrían colonizado sus sentimientos durante su estancia en tierra carioca, según sus cartas a Estrada. La crítica brasileña y mexicana ha identificado dos posibles candidatas para ser las portadoras de esos eufemísticos apodos: la poeta y pedagoga Cecilia Meirelles, cuya amistad con Reyes está bien documentada; y la esposa del encargado de negocios de Rumania, Margarida o Margareta Barcianu, en cuya compañía paseó mucho Reyes por Río y por las regiones aledañas. De las dos mujeres, la única que probablemente haya llegado a tener una relación erótico-sentimental con el embajador mexicano es la segunda. Escritora como él —había publicado ya libros de cuentos y estando en Brasil publicó en rumano un libro sobre folklore brasileño—, veinte años más joven (había nacido en 1907), y bella, se volvió rápidamente una compañera inseparable durante las ausencias de la esposa de Reyes. No sorprende, pues, que en su *Diario* aparezca una referencia a “besos de Marg.” en el momento de su partida (la de Reyes) de Brasil. Fue impulsada por él a desarrollar sus talentos como pintora: le buscó maestro; la presentó, con su obra, a su gran amigo, Cícero Dias; y juntos lograron su participación en el “Cuarto Salón de los Artistas Brasileños” en 1932. Aunque no fue premiada, se integró a partir de entonces a la escena artística carioca. Y Reyes llegó a usar en 1935 obras suyas para ilustrar uno de sus libros. El fallecimiento prematuro de esta amiga en 1940 le provocó gran tristeza... y no solo a él. Con las palabras “Ela nos amou” destacadas en la primera plana de la edición del importante *Diário da Noite* de Río, edición del 1 de agosto de 1940, el periodista y ensayista (entonces muy prestigioso) Austregesilo de Athayde dio cuenta de sus últimos momentos de vida y pidió que la ciudad de Río nombrara una calle en su honor. Genaro Estrada, cabe aclarar, también confiaba sus intimidades a Reyes, aunque las instancias en que ello ocurriera fueron mucho menos frecuentes.

Si estos fueron los principales temas de las misivas intercambiadas por Genaro Estrada y Alfonso Reyes, los usos de esa correspondencia fueron también múltiples. A través del vínculo epistolar cada uno buscó impulsar el lanzamiento de su obra en los países donde estaba ausente, Reyes con bastante éxito gracias a la intervención responsable de Estrada; éste con bastante menos, ya que su soñada edición argentina del *Pero Galín* no se pudo concretar. Reyes le pedía a Genaro Estrada ayuda para obtener papeles y libros que habían quedado en su biblioteca en México, y quiso en repetidas ocasiones que sirviera de correa de trans-

misión para textos —poesías o ensayos— que deseaba publicar en revistas o diarios de México. Como se sabía desconocedor de los códigos complejos y cambiantes que regían el espacio ideológico en México, le entregaba con una confianza casi ciega sus manuscritos a Estrada para que éste practicara sobre ellos cualquier poda necesaria para tornarlos menos pasibles de producir un cortocircuito entre el Partido Nacional Revolucionario y su persona. El caso del “Discurso sobre Virgilio” le llegó a preocupar especialmente, ya que sabía muy bien que había deslizado por debajo de sus elogios a las conquistas de la Revolución una serie de observaciones subrepticias que no podrían sino caerle mal a los sectores más populistas y/o nacionalistas del campo cultural mexicano, y ello en un momento en el que los ataques contra el grupo de los “Contemporáneos” y, de un modo más general, contra los escritores cosmopolitas como él, arreciaban. El silencio de Estrada, que se prolongaba, generó una lluvia de cartas y de telegramas de su parte, inquiriendo acerca del destino de su escrito. Finalmente, Estrada le respondió lo siguiente: “Alfonso: yo, que leo hasta tres libros en una noche, y otro en el camino a la oficina, y otro entre oficio y oficio, me leí lo suyo sobre Virgilio tres veces consecutivas, que tanto así me complacen su médula y su agilidad, y esa cosa de simpatía nueva con que ha podido usted realizar ese magnífico trabajo”.<sup>40</sup> En esa misma carta le indicó que el “Discurso sobre Virgilio” aparecería simultáneamente en el libro colectivo para celebrar los 2000 años del nacimiento del autor de la *Eneida*, y en la revista *Contemporáneos*, donde saldría también —en el mismo número— otro ensayo suyo, igualmente elogiado por Estrada, “De la traducción”. En cambio, *Pero Galín* no tuvo edición argentina. Pero sí se encargó Reyes de hacer circular en Buenos Aires en 1929 el primer poemario de Estrada, *Crucero*, y que fuera reseñado por Pablo Rojas Paz y Jorge Luis Borges en la revista *Síntesis*.

La correspondencia entre ambos también sirvió para fines que sobrepasaban el ámbito más estrecho de su interés propio y autorreferencial —*qua* intelectuales—, ya que ambos corresponsales buscaron el apoyo de su interlocutor para poner en circulación en los respectivos campos culturales que habitaban otros autores y otras obras. Reyes le pidió, poco después de su llegada —y Estrada respondió al pedido—, que convenciera a escritores mexicanos de prestigio para que mandaran textos para ser publicados en la Argentina. Estrada, a su vez, le pidió a Reyes que le confeccionara un directorio completo de todos los intelectuales de nota que estaban entonces activos en la Argentina, recado que no parece haber sido cumplido por Reyes. Un ejemplo claro de este rol de intermediación que ambos buscaron jugar a favor de amigos y aliados en sus respectivos campos intelectuales, ayudándolos a atravesar fronteras, es el de la intelectual uruguaya Luisa Luisi. Reyes la conoció en mayo de 1928, durante su primer viaje a Montevideo, donde ella dirigía el recientemente fundado Comité Uruguay-México, espacio institucional en cuyo recinto Reyes leyó una conferencia. En noviembre de 1928, intervino de un modo decisivo ante Estrada para que éste la ayudara con un

<sup>39</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, Personal y Confidencial No. 9, 4 enero 1928”, *Con leal franqueza*, Tomo II, *op. cit.*, p. 100.

<sup>40</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Estrada a Reyes, 10 febrero 1931”, *Con leal franqueza*, Tomo III, *op. cit.*, p. 102.



trabajo que estaba preparando —tema muy atractivo para la uruguayana en función de su militancia feminista— sobre Sor Juana Inés de la Cruz. Una carta suya logró que desde México le fueran enviados trabajos sobre la poetisa barroca —textos de Francisco Pimentel, Manuel Toussaint y Ermilo Abreu Gómez— y el resultado final fue (también intervención epistolar de Reyes medianamente) la publicación del ensayo de Luisa Luisi sobre esa escritora en la revista **Contemporáneos** en México en 1929.

De utilidad inmediata, la correspondencia intelectual era concebida por Reyes *también* como artefacto proyectado hacia la posteridad: otra dimensión “humanista”. En su última “Carta Confidencial y Personal” enviada desde Buenos Aires, el 13 de diciembre de 1929, Reyes hizo explícita esa matriz humanista que en gran medida sirvió para definir a toda su escritura epistolar. Allí decía lo siguiente:

Para mi última carta de este año (comenzada, *in mente*, desde ayer, día de Nuestra Patrona de Guadalupe), quiero este epígrafe, estas líneas de nuestro Maquiavelo en una carta a su amigo y compinche Francesco Vettori: “El que viese nuestras cartas, valeroso compadre mío, y considerase su diversidad, no podría menos de asombrarse, pues primero le parecería que somos personas graves, enteramente consagradas al estudio de grandes cosas, y cuyo corazón sólo alienta por causas de austera honestidad. Y luego, al volver la página, le apareceríamos ligeros, inconsistentes, lascivos y vanos. Y tal modo de proceder, aunque a algunos parezca vergonzoso, es loable, según mi sentir, puesto que con él imitamos a la naturaleza, que también está llena de variedad; y no puede ser censurado aquél que la imita”.<sup>41</sup>

Se trata de un epígrafe harto elocuente acerca del ideal de la vida intelectual que alentaba el propio Reyes y la concepción que le asignaba en su seno a la práctica epistolar. Epígrafe digno también para un correo en cuyas páginas abordaba, entre chisme y chisme, la cuestión del poder rasputinesco de Ohyanarte en el gabinete del ya muy enfermo Hipólito Yrigoyen (cuya incontinencia urinaria había sido observada por muchos en actos públicos) y la naturaleza de su oposición al imperialismo yanqui; el “jijismo” argentino y su impacto negativo sobre los **Cuadernos del Plata** y **Libra** del propio Reyes, y sobre Victoria Ocampo y su proyectada **Nuestra América** —opinaba que la figura de Samuel Glusberg, impulsado como colaborador por un generoso pero algo ingenuo Waldo Frank, era una de las causas del descrédito de la empresa, entre muchas otras—; las críticas conservadoras y populares a la nueva casa moderna de Victoria Ocampo, que recibía epítetos tan poco favorables como “el lavadero de la Embajada de España” o “el quilombo de Victoria”; la visita de Le Corbusier a la Argentina; la situación de los empleados en su embajada, con largas narraciones alusivas a la esencia absurda de toda burocracia; un “film porteño” compuesto de graciosas anécdotas acerca de Dorita de Alvear, la Bebé Elizalde y sus aventuras en la Asociación de Amigos del Arte (y aquellas de su pariente cuñado en “La Peña” del Café Tortoni), y

<sup>41</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, Confidencial y Personal, 13 diciembre 1929”, **Con leal franqueza**, Tomo II, *op. cit.*, p. 252.

un *faux pas* del embajador mexicano en Chile, Alfonso Cravioto; y, en un momento central de la larga epístola, un pronóstico sombrío que auguraba para la Argentina grandes convulsiones políticas en un futuro muy cercano. Con espíritu revolucionario y anti-burgués, Reyes le explicaba a Estrada:

aquí va a pasar algo grave, pero muy grave. Y yo creo que es mejor que pase, mejor para este pueblo y mejor para toda América, pues esto se está convirtiendo en un país atrasadísimo de ideales, conforme con cosas que ya dan vergüenza en todo el mundo. Hace falta una sacudida total, que vuelvan por el Estado los hombres de la tierra, que se barbarice todo provisionalmente, [ya] que, fuera de la fachada, la urbanización de las calles, los trajecitos de confección, etc., bastante bárbaro anda todo por dentro, en un país donde no se puede uno detener a saludar por la calle a una señora, porque la desacredita uno, como si se la tirara por telepatía a la vista del público. Esto no está bien, Genaro, y quien le haya contado a Ud. otra cosa, ése tal ha mentado con su sucio morro como buen hijo de puta que es.<sup>42</sup>

Correspondencia de humanistas, cartas escritas para esclarecer a los contemporáneos y asombrar a la posteridad, una conversación en la que alternaba necesariamente lo grave con lo ameno, la observación portentosa con la anécdota pícaro y risueña: en esto consistía el oficio de corresponsal, de escribiente de misivas, para Reyes, y también, claro está, para su interlocutor y cómplice, Estrada. Para Reyes, cuya “memoria infinita”, según Borges, “le permitía el descubrimiento de secretas y remotas afinidades, como si todo lo escuchado o leído estuviera presente, en una suerte de mágica eternidad”, cualidad que “se advertía, asimismo, en el diálogo”, el ejercicio de la conversación a distancia solo se podía justificar si su materia se acercaba cuanto lo era posible a la variedad infinita y contradictoria, racionante y sensual, de la vida misma.<sup>43</sup>

## Conclusiones

El estudio de una correspondencia como la que aquí hemos examinado, entre dos intelectuales que ocuparon posiciones de indudable —aunque desigual— prestigio en el campo cultural mexicano durante los años intermedios del siglo veinte, ofrece aportes de gran utilidad para la historia intelectual. El más evidente tiene que ver con la información concreta referida a la biografía de los dos interlocutores: salvo los diarios y libros de memorias, pocas fuentes hay más iluminadoras sobre la trayectoria precisa y detallada de la vida de un intelectual. A través de la correspondencia se puede rastrear la evolución de su obra, las metamorfosis en sus opiniones, el cambiante mapa de su universo de interlocución, la existencia de proyectos nunca concretamente realizados pero que no por ello dejaron de marcar con su huella el periplo del autor. En un

<sup>42</sup> Serge I. Zaitzeff (comp.), “Reyes a Estrada, Confidencial y Personal, 13 diciembre 1929”, **Con leal franqueza**, Tomo II, *op. cit.*, p. 255.

<sup>43</sup> Jorge Luis Borges, “Alfonso Reyes” en Carlos García, **Discreta efusión. Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges 1923-1959: Correspondencia y crónica de una amistad**, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2010, p. 384.

plano más íntimo, una correspondencia franca y “desbraguetada” como esta permite averiguar cuestiones de gran importancia a la hora de elaborar una contextualización completa de los enunciados que compusieron su discurso, como su orientación sexual, su situación matrimonial (y el ambiente anímico que, en caso de existir, ésa generaba), sus prejuicios de clase, de género, de raza, sus creencias profundas en materia religiosa o política, su percepción de su propia persona en relación a la mirada de los otros —en los múltiples planos de la vida social—. Un epistolario como este, entre dos intelectuales no solo viajeros sino diplomáticos — y por ende portadores de un modo de mirar muy sesgado, muy particular; que se expresaba como una *forma intuitus* profesional-disciplinar que traducía una igualmente específica *forma mentis*—, destila también información de tipo antropológico o sociológico acerca de las ciudades por donde pasearon su mirada: tratárase de México, de la Argentina, de Brasil, de España, Francia o Turquía, una correspondencia como la que aquí ha sido compulsada arrojará elementos para la reconstrucción de una cartografía subjetiva de la sociedad o cultura visitada y el momento histórico vivido. El historiador que investiga cuestiones de historia intelectual y cultural, en una correspondencia con estas características, escrita por intelectuales con una aguda sensibilidad social y cultural, podrá recabar de su lectura no solo información empírica concreta —datos que podría haber encontrado en un estado mejor organizado en casi cualquier periódico importante del país y de la época estudiada— sino una interpretación *subjetiva*, hecha de cambiantes estados de ánimo, errores de apreciación, prejuicios y puntos ciegos, que permitirá comprender un poco mejor aquellos elementos casi intangibles, evanescentes y vaporosos, que colaboraron para construir un clima de época, o un paisaje pasajero de sentimientos y afectos, que supo definir el espíritu de una generación, de una clase, o de una formación cultural particular, y que no por ser tan difíciles de asir carecieron de significación en el proceso total de forjatura del proceso intelectual. El estilo de una personalidad, el espíritu de una época, una estructura de sentimiento grupal y temporal, entendidos estos términos en clave del materialismo cultural propuesto por Raymond Williams, hallan en las series de correspondencias de intelectuales — algo que se aprecia plenamente cuando se trata de epistolarios extensos y frondosos, como el de Juan María Gutiérrez, decimonónico y referido a los países del sur sudamericano, o el de Alfonso Reyes, que llevaba en sus páginas la estampa del siglo veinte latinoamericano tanto como en su frente la X de México— un repositorio de inigualable valor para el historiador de la cultura, el historiador intelectual o el historiador de los intelectuales. De estos, el epistolario del autor de *Ifigenia Cruel* y de *Visión de Anáhuac* ofrece una vía de ingreso inmejorable al estudio de la escritura epistolar como objeto, por la polifacética libertad de su temario y la superlativa calidad de su prosa. Como dijo en una temprana apreciación crítica de Reyes, escritor de cartas, su amigo y maestro Pedro Henríquez Ureña:

There is yet another aspect of Reyes as a writer. Were his letters ever published they would attain a unique position in the literature of the Spanish-speaking countries where the epistolary genre has never flourished. A letter of Reyes is a wonderful medley of personal experience, description, fancy,

thought, and opinion —a whole criticism of life and a complete self-revelation.<sup>44</sup>

## Referencias bibliográficas

### Primaria: Obra

Estrada, Genaro, **Obras completas (Dos Tomos)**, México, Siglo XXI, 1988.

Reyes, Alfonso, **Obras Completas (26 Tomos)**, México, 1955-1993.

### Primaria: Epistolarios de Alfonso Reyes y otras colecciones documentales

Caso, Antonio, et. al., **Conferencias del Ateneo de la Juventud**, México, Centro de Estudios Filosóficos de la UNAM, 1962

Díaz Arciniega, Víctor, **Alfonso Reyes. Misión Diplomática**, México, Secretaría de Relaciones Exteriores/Fondo de Cultura Económica, 2001.

Enríquez Perea, Alberto (comp.), **Alfonso Reyes y el llanto de España en Buenos Aires**, México, El Colegio de México/Secretaría de Relaciones Exteriores, 1998.

García, Carlos (Comp.), **Discreta Efusión. Alfonso Reyes/Jorge Luis Borges, 1923-1959: Correspondencia y crónica de una amistad**, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2010.

García, Carlos (Comp.), **Las letras y la amistad. Correspondencia (1920-1958) Alfonso Reyes-Guillermo de Torre**, Valencia, Pre-Textos, 2005.

Reyes, Alfonso, **Diario**, Tomos I-IV (1911-1936), México, Fondo de Cultura Económica, 2010-2012.

Reyes, Alfonso-Valéry Larbaud, **Correspondance 1923-1952** (avec un avant-propos de Marcel Bataillon), Paris, Librairie Marcel Didier, 1972.

Reyes, Alfonso-José María Chacón y Calvo, **Epistolario Alfonso Reyes-José M. Chacón**, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976.

Reyes, Alfonso-Victoria Ocampo, **Cartas echadas: Correspondencia 1927-1959**, México, UNAM, 1983/2009.

Reyes, Alfonso-Juana de Ibarbourou, **Grito de Auxilio. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Juana de Ibarbourou**, México, El Colegio Nacional, 2001.

Reyes, Alfonso-Pedro Henríquez Ureña, **Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña. Correspondencia 1907-1914**, México, FCE, 1986.

Reyes, Alfonso-Antonio Castro Leal, **Recados entre Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal**, México, El Colegio Nacional, 1987.

Reyes, Alfonso-Max Henríquez Ureña, Juan Antonio Ramos, Jorge Mañach, **Cartas a La Habana**, México, UNAM, 1989.

Reyes, Alfonso-Martín Luis Guzmán, **Medias palabras**.

<sup>44</sup> “Hay otro aspecto más todavía en la actividad de Reyes como escritor. Si alguna vez se llegaran a publicar sus cartas alcanzarían una posición única en la literatura de los países de habla española donde el género epistolar nunca ha sido floreciente. Una carta de Reyes es una mixtura maravillosa de experiencia, descripción, fantasía juguetona, pensamiento y opinión — una crítica total de la vida y una revelación completa de sí mismo”. Pedro Henríquez Ureña, “A Mexican Writer”, *The Minnesota Daily*, Vol. XIX, n° 80, 1° de marzo 1918, p. 4, citado en Alfredo A. Roggiano, **Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos**, Santo Domingo, República Dominicana, Ediciones Cielonaranja, 2012, p. 266.

- Correspondencia Guzmán-Reyes**, México, FCE, 1991.
- Reyes, Alfonso-Carlos Pellicer, **Correspondencia 1925-1959**, México, Ediciones del Equilibrista, 1997.
- Reyes, Alfonso-Silvio Zavala, **Fronteras conquistadas**, México, El Colegio de México, 1998.
- Reyes, Alfonso-Germán Arciniegas, **Algo de la experiencia americana. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Germán Arciniegas**, México, El Colegio Nacional, 1998.
- Reyes, Alfonso-Daniel Cosío Villegas, **Correspondencia Alfonso Reyes/Daniel Cosío Villegas (1922-1958)**, México, El Colegio de México, 1999.
- Reyes, Alfonso-Jesús Silva Herzog, **Vidas de cultura y pasión mexicanas. Correspondencia Alfonso Reyes/Jesús Silva Herzog 1939-1959**, México, El Colegio de México/El Colegio de San Luis Potosí, 2001.
- Reyes, Alfonso-Mariano Picón-Salas, **Odiseos sin reposo. Mariano Picón-Salas y Alfonso Reyes (Correspondencia 1927-1959)**, Caracas, Fundación Casa de las Letras "Mariano Picón-Salas"/Consejo Nacional de la Cultura, 2001.
- Reyes, Alfonso-Enrique González Martínez, **El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1952**, México, FCE, 2002.
- Reyes, Alfonso-Arnaldo Orfila Reynal, **Correspondencia 1923-1957**, México, Siglo XXI Editores, 2009.
- Ugalde Quintana, Sergio (Comp.), **Un cierto encanto Goethiano: correspondencia alemana de Alfonso Reyes (1914-1959)**, (Incluye correspondencia con Ernesto Quesada), México, El Colegio de México, 2013.
- Zaitzeff, Serge I. (Comp.), **20 Epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes**, México, El Colegio Nacional, 2008.
- Zaitzeff, Serge I., **Más epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes**, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2009.
- Zaitzeff, Serge I., **Correspondencia Alfonso Reyes, Raimundo Lida y María Rosa Lida de Malkiel**, México, El Colegio de México, 2009.
- Zaitzeff, Serge, I. **Una amistad porteña. Correspondencia entre Alfonso Reyes y Roberto F. Giusti**, México, El Colegio Nacional, 2000.
- Primaria: Periódicos**
- Libra, Buenos Aires, 1929: Edición facsimilar preparada por Rose Corral, México, El Colegio de México, 2003.
- Monterrey. **Correo Literario de Alfonso Reyes**, Río de Janeiro/Buenos Aires, 1930-37: Edición facsimilar de José Emilio Pacheco, Cecilia Laura Alonso, Alberto Enriquez Perea y Héctor Perea, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2009.
- Secundaria**
- Altamirano, Carlos (Dir.), **Historia de los Intelectuales en América Latina**, Tomo 2, Buenos Aires, Katz Editor, 2010.
- Castañón, Adolfo, **Alfonso Reyes, Caballero de la voz errante**, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1997.
- Castañón, Adolfo, **Trazos para una bibliografía comentada de Alfonso Reyes, con especial atención a su postergada antología mexicana: "En busca del alma nacional"**, México, UNAM, 2005.
- Crespo, Regina, **Itinerarios Intelectuales: Vasconcelos, Lobato y sus proyectos para la nación**, México, UNAM, 2004.
- Conn, Robert T., **The Politics of Philology. Alfonso Reyes and the Invention of the Latin American Literary Tradition.**, Cranbury, N.J./London, U.K./Mississauga, Ontario, Bucknell University Press, 2002.
- Curiel Defossé, Fernando, **El cielo no se abre. Semblanza documental de Alfonso Reyes**, México, UNAM/El Colegio Nacional, 1995.
- Curiel Defossé, Fernando, **Ateneo de la juventud (A-Z)**, México, UNAM, 2001.
- Díaz Arciniega, Víctor, **Querella por la cultura "revolucionaria" (1925)**, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Enríquez Perea, Alberto, **Alfonso Reyes en los albores del Estado Nuevo brasileño (1930-1936)**, México, El Colegio Nacional, 2009.
- Ellison, Fred P., **Alfonso Reyes e o Brasil: Um mexicano entre os cariocas**, Río de Janeiro, Consulado General de México/Topbooks, 2002.
- Garcíadiego, Javier, **Alfonso Reyes**, México, Planeta, 2002.
- Garcíadiego, Javier, **Cultura y política en el México posrevolucionario**, México, INEHRM, 2006.
- Garcíadiego, Javier, **Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la revolución mexicana**, México, El Colegio de México/UNAM, 1996.
- González Casanova, Manuel, **El cine que vio Fósforo –Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán–**, México, FCE, 2003.
- Monsiváis, Carlos, **El género epistolar. Un homenaje a manera de carta abierta**, México, Miguel Ángel Porrúa, 1991.
- Monsiváis, Carlos, **La cultura mexicana en el siglo XX**, México, El Colegio de México, 2010.
- Patout, Paulette, **Francia en Alfonso Reyes**, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León/Capilla Alfonsina, 1985.
- Pineda Franco, Adela e Ignacio M. Sánchez Prado (eds.) (2004), **Alfonso Reyes y los estudios latinoamericanos**, Pittsburgh, Universidad de Pittsburgh.
- Quintanilla, Susana, **"Nosotros". La juventud del Ateneo de México: De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán**, México, Tusquets, 2008.
- Reyes, Alicia, **Genio y figura de Alfonso Reyes**, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Sánchez Prado, Ignacio M., **Naciones intelectuales: las fundaciones de la modernidad literaria mexicana (1917-1959)**, West Lafayette, Indiana, Purdue University Press, 2009.
- Sheridan, Guillermo, **Los Contemporáneos, Ayer**, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Sheridan, Guillermo, **México en 1932: la polémica nacionalista**, México, FCE, 1999.
- Tarcus, Horacio, **Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg**, Buenos Aires, Ediciones El Cielo Por Asalto, 2002.
- Tenorio-Trillo, Mauricio, **I Speak of the City: Mexico City at the Turn of the Twentieth Century**, Chicago, University of Chicago, 2012.

**Resumen**

Este trabajo analiza la correspondencia intelectual a la luz de la historia intelectual, centrándose en un epistolario en particular, aquel que contiene la correspondencia intercambiada entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1916-1937). Luego de una somera presentación del perfil intelectual de ambos, examina la correspondencia entre ambos en función del marco institucional, cultural, y nacional en cuyo interior debió desarrollarse el discurso que ella vehiculizó. Enfatiza el carácter particular que le otorgaba a su conversación el hecho de que ambos fueran diplomáticos y que uno estuviera subordinado —en el plano estrictamente profesional— al otro, y también subraya la auto-imagen de ambos como “humanistas” latinoamericanos. Luego de una descripción de la variada temática abordada en la misma, explora los múltiples usos a los que se prestaba la práctica epistolar. En tanto trabajo de historia intelectual, presta particular atención al momento histórico —contextual— y a los lenguajes entonces disponibles para designar lo cultural y lo social que podían ser utilizados en la construcción de un discurso subjetivo sobre la experiencia objetiva de la sociedad. Sugiere finalmente que la recuperación del carácter arbitrario y un poco inefable de la conversación a distancia —el hecho epistolar— puede constituir un importante insumo empírico para el historiador.

**Palabras clave**

Historia intelectual, intelectuales, correspondencia intelectual, contexto discursivo, Alfonso Reyes/Genaro Estrada

**Abstract**

This article analyzes the practice of intellectual correspondence — the exchange of epistles, of letters— from the perspective of intellectual history. It focuses on one collection of letters in particular: the correspondence exchanged by Alfonso Reyes and Genaro Estrada (1916-1937). Following a brief, introductory profile of both authors, this study examines their correspondence as this was determined or modulated by the institutional, cultural and national framework within which it had necessarily to develop. Emphasis is placed on the fact that both letter-writers were diplomats and that one was the other's subordinate; and it also underlines the fact that both intellectuals shared a self-image of themselves as Latin American “humanists”. Following a description of the varied themes touched upon in the correspondence, this article considers the multiple uses to which epistolary practice could be put. Inasmuch as this is a study in intellectual history, special attention is paid to the historical — contextual— moment and to the languages then available for the production of statements relating to the social or the cultural spheres, which could be used for the elaboration of a subjective discourse on the author's objective experience of society. A final suggestion in this paper is that recovery of the arbitrary and not a little ineffable nature of conversation — long-distance in this case, embodied in the epistolary process— can constitute an important empirical element for the historian's interpretation of her/his object of study.

**Keywords**

Intellectual history, intellectuals, intellectual epistolary correspondence, discursive context, Alfonso Reyes/Genaro Estrada





Alfredo Zalce  
"La Dictadura Porfiriana exalta demagógicamente al indígena"  
Linóleo 30 x 21.5 cm. (ca. 1947)

Un partido hecho de cartas

# Exilio, redes diaspóricas, y el rol de la correspondencia en la formación del aprismo peruano (1921-1930)

Martín Bergel\*

## Introducción

Como en otros tiempos y latitudes, el siglo XX latinoamericano fue testigo de un abanico de intensas y variadas relaciones entre vida política y cultura epistolar. Las cartas fueron en efecto protagonistas habituales de un sinnúmero de experiencias, quizás en especial (aunque por supuesto no exclusivamente) las vinculadas al mundo de las izquierdas. Sea como dispositivo organizador, como espacio privilegiado para el debate ideológico, como conector de figuras dispersas en contextos de represión y exilios, como medio de comunicación entre líderes y masas, o como vehículo de explicación de rupturas o de tomas de posición pública (por ejemplo a través del recurso a la “Carta Abierta”), entre otros varios usos posibles, a la correspondencia le cupo un lugar de peso, relativamente poco atendido, en el proceso político del continente.

Si ello fue así por regla general, en el caso del que voy a ocuparme en este artículo los vínculos epistolares tuvieron un papel especialmente decisivo. Como es sabido, la Alianza Popular Revolucionaria Americana (el APRA) ha sido el principal partido moderno de la historia peruana, y uno de los primeros movimientos que abonaron la tradición populista latinoamericana. Creado desde el exilio a mediados de los años 1920, tanto por su desmesurada voluntad inicial por conformarse como “partido internacional americano”, como por los sucesivos ciclos de destierros —derivados de la tenaz persecución que debió soportar en el Perú— que enmarcaron su historia hasta mediados de la década del ‘50, en la tormentosa trayectoria del aprismo las cartas asumieron un rol preponderante, y fueron objeto de diferentes usos. Así, si en los años ‘20, como veremos, resultaron un factor crítico para su nacimiento, durante el período de la llamada “Gran Clandestinidad”, en las décadas del ‘30 y ‘40, fueron el vehículo a través del cual se movilizaron importantes cadenas de

solidaridad internacional que incidieron en la liberación de dirigentes de la primera plana partidaria que se hallaban encarcelados (fue el caso, por ejemplo, de Haya de la Torre en 1932/1933, y de Magda Portal en 1935).<sup>1</sup> Asimismo, durante ese período la circulación epistolar transnacional clandestina fue el instrumento a través del cual se continuó y hasta se incrementó la producción de material de propaganda y folletería que incesantemente era introducido al Perú desde el exterior (tal como puede seguirse en la apasionante correspondencia entre Haya de la Torre y Luis Alberto Sánchez de esos años ‘30).<sup>2</sup> Un uso alternativo, aunque complementario, estuvo dado por el papel de las cartas en el armado de diversas tentativas insurreccionales, a la postre infructuosas, que se orquestaron en ese mismo período.<sup>3</sup> Pero quizás la muestra más sorprendente de los alcances de la cultura epistolar en la historia del APRA tuvo lugar luego del golpe de estado de Manuel Odría, en 1948, que representó el inicio de una nueva fase de represión y exilio. Fue entonces cuando, ante el obligado y dramático asilo de más de cinco años de Haya de la Torre en la embajada colombiana, y la consecuente ausencia de un liderazgo establecido, los principales dirigentes exiliados en distintas ciudades del continente lanzaron un Congreso Postal de Desterrados. Ese CPD, como se lo conoció por su sigla (la corres-

<sup>1</sup> Un compendio de la amplia gama de expresiones de solidaridad internacional que despertaron la prisión y las noticias de malos tratos sufridos por Haya en 1932, puede verse en *El Proceso Haya de la Torre (Documentos para la historia del ajusticiamiento de un pueblo)*, Ediciones del PAP, Guayaquil, 1933. Por citar otro caso, Alfredo Palacios, figura que gozaba de extendida admiración en el Perú, fue requerido en distintas oportunidades para que peticionara ante los gobernantes de turno por la libertad de varios conocidos dirigentes del partido.

<sup>2</sup> Víctor Raúl Haya de la Torre y Luis Alberto Sánchez, *Correspondencia*, 2 Vols., Lima, Mosca Azul, 1982.

<sup>3</sup> Víctor Villanueva y Thomas Davies (comps.), *300 documentos en la historia del APRA: conspiraciones apristas de 1935 a 1939*, Lima, Horizonte, 1979. Luis Alberto Sánchez publicó las cartas que intercambió, entre las ciudades de Panamá y Arica, con el comandante Gustavo Jiménez, cabeza de una fallida conspiración que fue derrotada a comienzos de 1933. Cfr. L. A. Sánchez, *Apuntes para una biografía del APRA. Tomo II. Una larga guerra civil*, Lima, Mosca Azul, 1979, pp. 75-80.

\* CHI-UNQ / CeDInCI / CONICET.



pondencia aprista está plagada de siglas y alusiones más o menos encriptadas), que mantuvo comunicadas a figuras que se hallaban en ciudades como Guatemala, La Habana, Buenos Aires y Santiago de Chile, tuvo por cometido tanto reorganizar a la militancia dispersa, como reiniciar el debate ideológico rumbo a una nueva etapa de lucha política.

En definitiva, cada uno de esos momentos de la historia epistolar aprista merece indagaciones en profundidad. A la espera de una inspección más profunda que pondere cada uno de esos episodios y usos de las cartas en su totalidad, en este texto me concentraré en algunos aspectos de las prácticas epistolares correspondientes al período formativo del APRA durante la década de 1920. Me interesa ante todo subrayar una singularidad pocas veces observada en la historia política latinoamericana: el hecho de que el aprismo, como movimiento político-ideológico y como identidad partidaria, nace en la correspondencia. El comercio de epístolas, que tiene al jefe partidario Víctor Raúl Haya de la Torre como vértice pero que involucra también afanosamente a otras varias figuras desterradas por el régimen del presidente peruano Augusto B. Leguía, es condición absoluta de posibilidad para la activación y el desarrollo coordinado de la red aprista que, como veremos, en los años '20 cobró vida desde varias ciudades de América Latina y de Europa.

Ese inusitado lugar que detenta la correspondencia en la historia del APRA fue aludido en numerosas ocasiones, pero nunca mereció un estudio específico.<sup>4</sup> Yo mismo lo merodeé sin acometerlo directamente en trabajos anteriores dedicados a las prácticas e imaginarios que informaron al aprismo en su etapa inicial (el mismo período del que aquí me ocuparé).<sup>5</sup> En buena medida, esa ausencia de investigaciones consagradas a la temática obedece a la notable dispersión del enorme caudal de cartas efec-

tivamente intercambiadas por dirigentes, militantes y simpatizantes apristas. Por desgracia, la mayor parte de ese material, o se ha perdido, o permanece celosamente atesorado en manos privadas, y sólo en contados casos se encuentra abierto a la consulta pública o se ha editado (la más importante excepción a esa situación la debemos a la publicación de Luis Alberto Sánchez de su copiosa correspondencia con Haya de la Torre, que de todos modos pertenece casi en su totalidad a un período posterior al que aquí considero).<sup>6</sup> Sólo tras un extenso peregrinaje de varios años por repositorios de instituciones peruanas, norteamericanas y europeas, y sobre todo gracias a la posibilidad de consultar en Lima una porción de los papeles y cartas recopilados por el histórico líder aprista Armando Villanueva del Campo, pude reunir el corpus, todavía limitado, a partir del cual está construido el presente texto.<sup>7</sup> Este artículo se propone entonces seguir de cerca la constitución *in progress* del aprismo en el exilio, tratando de caracterizar diversos usos y efectos de la correspondencia en ese proceso.

## La emoción revolucionaria

Proveniente de Trujillo, ciudad colonial e importante plaza de la costa norte peruana, el joven Haya de la Torre recaló en Lima a fines de la década de 1910. En la capital del país no tardaría en destacarse, primero como animador estudiantil del proceso que culminaría en la obtención de la ley por la jornada laboral de 8 horas, en 1919, y poco después dentro del movimiento reformista universitario. En ese marco, sería el artífice principal en la creación en 1921 de la Universidad Popular González Prada (UPGP), de la cual sería elegido rector. El cometido inicial de esta iniciativa sería satisfacer uno de los horizontes más proclamadamente anhelados por el movimiento de reforma universitaria en todo el continente: el de conectar a los estudiantes con el mundo extraversitario, particularmente con estratos obreros.

En el discurso posterior de Haya, y luego de varios otros en su senda, la Universidad Popular sería una referencia recurrente en la narrativa que destacaba el carácter distintivo del aprismo. Y aunque esa pretendida originalidad chocaba con el hecho de que una mirada de experiencias semejantes de educación popular se desarrollaba entonces en numerosas localidades del continente, es en cambio cierto que la UPGP alcanzó una resonancia particular, tanto en el Perú como en el escenario internacional<sup>8</sup>. A partir de su apertura en Lima, y luego en el distrito obrero de Vitarte, otras varias sedes se inauguraron en departamentos y provincias de diferentes regiones del país. De conjunto, las actividades educativas y recreativas promovidas por las universidades populares reunieron cientos y hasta miles de participantes, y fueron un labo-

<sup>4</sup> Por ejemplo, Nelson Manrique escribía recientemente que "se reconoce que Haya fue a lo largo de su vida un extraordinario corresponsal y que la comunicación postal jugó un papel decisivo en la gestación y el desarrollo del APRA". N. Manrique, "¡Usted fue aprista!". *Bases para una historia crítica del APRA*, Lima, Fondo Editorial de la Universidad Católica del Perú, 2009, p. 14.

<sup>5</sup> Cfr. Martín Bergel, "Manuel Seoane y Luis Heysen: el entrelugar de los exiliados apristas peruanos en la Argentina de los veinte", *Políticas de la Memoria*, n° 6/7, Buenos Aires, 2006/2007; "Nomadismo proselitista y revolución. Notas para una caracterización del primer exilio aprista (1923-1931)", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 20, n° 1, Universidad de Tel Aviv, 2009; "La desmesura revolucionaria. Prácticas intelectuales y cultura vitalista en los orígenes del aprismo peruano (1921-1930)", en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los Intelectuales en América Latina. Vol. 2: Avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010.

<sup>6</sup> Además de la iniciativa de Sánchez, cabe consignar que Ricardo Martínez de la Torre, Alberto Flores Galindo y Pedro Planas editaron algunas pocas pero significativas cartas relativas al período que aquí considero. Recientemente, en sendos libros Ricardo Melgar Bao, María Esther Montanaro, Osmar Gonzáles y Luis Alva Castro publicaron también valiosos segmentos de la correspondencia de Haya de la Torre y otras figuras apristas. Cfr. Ricardo Melgar Bao y María Esther Montanaro (comps.), *V. R. Haya de la Torre a Carlos Pellicer. Cartas Indoamericanas*, Lima, México, Sociedad Cooperativa del Taller Abierto, 2010; Luis Alva Castro, "El aprismo es un acierto y una profecía". *Cartas de Víctor Raúl Haya de la Torre a Felipe Cossío del Pomar, 1948-1975*, Lima, Instituto Víctor Raúl Haya de la Torre, 2010; Ricardo Melgar Bao y Osmar Gonzáles (comps.), *Víctor Raúl Haya de la Torre. Giros discursivos y contiendas políticas (textos inéditos)*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2014.

<sup>7</sup> Al respecto, quiero agradecer a Lucía Villanueva y otros familiares y allegados de Armando Villanueva por haberme permitido consultar ese segmento de los archivos del dirigente aprista.

<sup>8</sup> Por caso, un mensaje de elogio a la UPGP del titular de la cartera educativa soviética Anatoli Lunatcharski, tramitado por Haya de la Torre en 1924, se publicó en varios órganos de todo el continente (por ejemplo en la *Revista de Oriente* de Buenos Aires, n° 5, diciembre de 1925).

ratorio para la relación entre jóvenes intelectuales y sectores subalternos de la cual se nutriría el APRA.<sup>9</sup>

Pero aquí no me interesa tanto reparar en esos efectos, sino en otro tipo de lazo resultante de la experiencia de la Universidad Popular.<sup>10</sup> En sus años iniciales, de modo aún más acusado que para esos grupos subalternos, esa experiencia parece haber gravitado en el núcleo de jóvenes profesores que rodearon a Haya de la Torre. Provenientes todos del reformismo universitario, la Universidad Popular acabó siendo para ellos un espacio de politización y paulatina radicalización. No sólo hallaron allí una instancia de roce y contaminación con ciertas configuraciones de la cultura obrera y popular; además de ello, en la medida en que el régimen del presidente Leguía comenzó a endurecerse encontraron en la entidad creada por Haya de la Torre la forma de desarrollar una militancia declaradamente antioligárquica y antigubernamental. A la postre, la UPGP representó para ese grupo de jóvenes tanto un ámbito de referencia y sociabilidad común, como una instancia de tramitación de algunas señas de identidad compartida.

Esa pendiente de radicalización hallaría un momento de aceleración en una experiencia que colocó a Haya de la Torre y al conjunto de jóvenes profesores (ellos mismos estudiantes de la Universidad de San Marcos y otras instituciones formales) en el centro de la escena política nacional. En mayo de 1923, la UPGP encabezó un vasto movimiento social que se erigió en oposición a la decisión del régimen de Leguía de consagrar a la nación al Corazón de Jesús. Las manifestaciones, que fueron duramente reprimidas —un estudiante y un obrero resultaron muertos como consecuencia de ello—, incluyeron escenas de hondo dramatismo. Dirigida por Haya, una multitud de obreros y estudiantes resistió las cargas con barricadas, y luego se atrincheró en la universidad. Según anotaría Mariátegui en los **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**, en mayo de 1923 “tuvo su bautizo histórico la nueva generación que [...] entró a jugar un rol en el desarrollo mismo de nuestra historia, elevando su acción del plano de las inquietudes estudiantiles al de las reivindicaciones colectivas o sociales”.<sup>11</sup>

A partir de allí, el enfrentamiento entre el movimiento social emergente y el gobierno se agudizaría. En los meses subsiguientes, los estudiantes-profesores de la UPGP serían objeto de persecuciones, y nuevos combates callejeros tendrían lugar. Finalmente, en octubre de 1923 Haya de la Torre sería encarcelado primero y enviado posteriormente al exilio, del que retornaría recién luego de la caída de Leguía, casi ocho años después.

<sup>9</sup> Sobre la significación de las UPGP en la prehistoria del APRA, véase el ya clásico estudio de Jeffrey Klaiber, “The Popular Universities and the Origins of Aprismo, 1921-1924”, *Hispanic American Historical Review*, Vol. 55, n° 4, 1975.

<sup>10</sup> Retomo aquí una argumentación sugerida en Martín Bergel, “La desmesura revolucionaria”, *op. cit.*

<sup>11</sup> José Carlos Mariátegui, **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**, México, Era, 1993 [1928], p. 128. El propio Haya de la Torre se encargó de expandir el renombre internacional del movimiento que había encabezado, solicitando solidaridad para con él en cartas a intelectuales y figuras de relieve continental en las que incluía recortes de diarios relativos a los sucesos. Véase, por ejemplo, carta de Víctor Raúl Haya de la Torre a José Ingenieros, Lima, 16 de junio de 1923 (Fondo José Ingenieros, CeDInCI).

Posteriormente, el espíritu combativo que se había apoderado de los jóvenes de la Universidad Popular trajo aparejado que, en sucesivas camadas, fueran también expulsados del país. Así, en 1924-1925 Manuel Seoane (entonces presidente de la Federación de Estudiantes del Perú), Luis Heysen, Oscar Herrera, Enrique Cornejo Köster, Julio Lecaros, Luis Bustamante, Esteban Pavletich, Nicolás Terreros, Jacobo Hurwitz y Eudocio Ravines, entre otros, serían deportados; dos años después, en una intervención gubernamental que determinaría la detención de Mariátegui y el cierre transitorio de su revista **Amauta**, una nueva tanda en la que se destacaban Carlos Manuel Cox, Manuel Vásquez Díaz, Magda Portal y Serafín Delmar correría también la suerte del destierro.

El exilio, hecho usualmente abrupto e involuntario en la trayectoria vital de una persona, a menudo es vivenciado como una herida subjetiva difícil de suturar, una experiencia que suele acompañarse de sentimientos de incertidumbre, melancolía o desamparo. Pues bien, muy poco de esos condimentos pareció apoderarse de los jóvenes que llegaban expulsados del Perú a Santiago de Chile, Buenos Aires, La Habana, México DF o París. Munidos de un reconocimiento casi instantáneo en medios universitarios y de izquierda por la fama internacional que el movimiento reformista peruano y sobre todo la UPGP se habían conquistado, el destierro significó para ellos la apertura a un campo de incitaciones y posibilidades en el que incursionaron sin trepidar. Haciendo gala de un dinamismo que en las ciudades de recepción sería recurrentemente motivo de elogio, capearon penurias económicas y se involucraron en diferentes ámbitos. La mayoría optó por seguir estudiando, y así rápidamente reconocería los beneficios indirectos que la expatriación traía en materia de formación intelectual. Pero además, en todos los lugares en los que recalaron los jóvenes exiliados no apaciguaron el talante definitivamente político que habían adquirido en los vertiginosos años de la Universidad Popular. Muy al contrario, persuadidos de haberse colocado frente al gobierno de Leguía en una posición que comenzaban a adjetivar como “revolucionaria”, mientras acomodaban sus disposiciones a distintos espacios sociales y políticos de las localidades de recepción se abocaron a perfilar mejor el *ethos* que los había embargado.

Si todo ello fue así, si un ánimo optimista y devorador de futuro presidió el peregrinaje europeo y americano de ese puñado de jóvenes, fue por la estrecha conexión epistolar que los mantuvo anudados aún a la distancia. Las cartas profusamente intercambiadas entre Buenos Aires y Panamá, entre París y Santiago de Chile, fueron el carburante emocional que los mantuvo unidos y expectantes, confiados en pertenecer a una comunidad desterritorializada de la que, sin necesidad de grandes definiciones preliminares, se sentían parte.

Inicialmente, la correspondencia funcionó para informar apretadamente las circunstancias de cada destierro singular. Según escribía Ravines a Heysen,

El sábado 17 de enero se nos prendió a Oscar [Herrera, MB] y a mí; se nos condujo a la Int.; allí declaramos la huelga de hambre; nos trasladaron a la Isla, uno después de otro. La huelga



de hambre fue bastante dura para mí. El 22 de enero, en muy mal estado, me sacaban en una lancha, junto con Oscar para ser conducidos a bordo del Mapocho [...] Aquí [en Valparaíso, MB] la cosa ha sido bien distinta. La muchachada nos atiende muy bien. Meza Fuentes nos hace bastante atención. Sin embargo quisiéramos salir a la Argentina, pero este es el cuento... no tenemos un cobre...y no sé cómo nos iremos. De todos modos, ¡nos iremos!<sup>12</sup>

En la narración menos detallada de los mismos hechos que Oscar Herrera le ofrece también a Heysen, se incluye una referencia a una dimensión que debía haber formado parte de la sociabilidad cotidiana de este conjunto de jóvenes en el Perú (recordemos que orillaban en promedio los 25 años de edad), pero que en las cartas se hará cada vez más infrecuente: la vinculada a los amorfos juveniles. Según contaba Herrera, “estoy acompañado de Ravines, mientras que en Lima quedaron Ida y Berta, que a pesar de nuestro esfuerzo han logrado un puesto muy especial en nuestros corazones de agitador, haciéndose ellas a la agitación, al ritmo de nuestras vidas peligrosas”.<sup>13</sup>

A esa retórica del entusiasmo y de la aventura (“pienso pasear por América —si paseo puede llamarse a esta gira forzada de vagabundo— y luego escribir un libro sobre América: mis frases tendrán todo el fuego necesario para pulverizar a los gobiernos del Perú, Bolivia y Venezuela”, escribía entonces Ravines en otra misiva a Heysen),<sup>14</sup> pronto se le sobreimpresiona un elemento que con el tiempo pasará a ocupar un lugar privilegiado en la escala de moralidades del imaginario aprista: el del sacrificio. En los relatos que intercambiaban en la correspondencia, los jóvenes peruanos podían referir todavía con dejos de ironía y de cierto humor dulzón las vicisitudes de los confinamientos y deportaciones, o las escaseces materiales y las privaciones relativas a las que el exilio los exponía.<sup>15</sup> Para quienes provenían en general de familias acomodadas de Lima y del interior del país, esas vivencias, administradas en dosis moderadas, podían formar parte del aprendizaje revolucionario y antiburgués que creían estar llevando a cabo. Pero si ese era el ánimo que dominaba en el común de expatria-

dos, en el discurso epistolar de Haya de la Torre ese matiz de complicidad juguetona desaparecía, en beneficio de una prédica en la que el sufrimiento liso y llano era invocado como momento necesario de la acción política revolucionaria. En una de las primeras cartas que le envía a Heysen una vez que se entera, desde Europa, que él también había sido desterrado, escribía:

No debes desanimarte. Con el tiempo veras como yo que el destierro es duro, la soledad terrible y que a veces uno tiene razón de quejarse. Pero yo he sufrido como cien y he hablado como uno. Es urgente mantener fuertemente la decisión de actuar y de aparecer como una gran fuerza conjunta [...] nosotros tenemos que entregarnos directamente a la acción, a la preparación de la revolución.<sup>16</sup>

“Aparecer como una gran fuerza conjunta”, escribía Haya de la Torre desde Londres a Santiago de Chile. La tarea a la que se encomendaron entonces los jóvenes profesores de la UPGP en esos meses iniciales de exilio fue la de promover la intercomunicación permanente, en aras de eludir imaginariamente la distancia física y las distintas circunstancias geográficas y vitales que los mantenían desperdigados. “Ahora que vamos a B.A. nos pondremos de acuerdo con los otros: Cornejo y Seoane; además hay que ponerse en contacto con Jacobo y Terreros” (que se encontraban en Panamá), escribía Ravines;<sup>17</sup> “Trata de comunicarte con Urquieta en Bolivia [...] Debes tratar de mantener el entusiasmo de nuestros amigos y escribirte siempre con algunos obreros para que ellos mantengan la tradición de la U.P. [...] Es indispensable que te escribas con los amigos de Panamá”, pedía Haya;<sup>18</sup> “Te incluyo dos hojas de una carta en la que comunico a José Carlos [Mariátegui, MB] todo lo referente a este asunto”, puntualizaba Cornejo Köster.<sup>19</sup> Junto a esa vivaz circulación, ya entonces los jóvenes desterrados llevan a cabo una práctica que será recurrente durante los años de incubación del APRA: la de la lectura colectiva de misivas. “Querido Lucho: hoy he recibido tu carta, me expreso así porque aunque está dirigida a Enrique [Cornejo Köster, MB] la he leído yo, así como Eudocio y Arcelles”, informaba Herrera. Y en otra oportunidad: “Hoy Eudocio recibió tu segunda carta. Me ha leído él algunos párrafos”.<sup>20</sup>

Ese espíritu optimista y andariego, dispuesto cada vez más a asumir los deberes de una militancia que se autodefinía como revolucionaria, tenía como acicate la onda expansiva de resonancias positivas que los jóvenes peruanos encontraban en su marcha. Precedidos por la imagen favorable de la Universidad Popular y por la fama creciente que acompañaba ya a Haya de la Torre a nivel continental,<sup>21</sup> la acogida que hallaban en medios obreros y

<sup>12</sup> E. Ravines a L. Heysen, Valparaíso, s.f. (la carta tiene que ser de fines de enero de 1925), reproducida en Luis Heysen, *Temas y obras del Perú. A la verdad por los hechos*, Lima, Enrique Bracamonte, 3ª Ed., 1977, pp. XXIV-XXV. En algunos casos, la ortografía de las cartas que en adelante se citan está modernizada. Los errores en la escritura de nombres propios no han sido en cambio modificados.

<sup>13</sup> O. Herrera a L. Heysen, Santiago de Chile, 6 de febrero de 1925, en Archivo Villanueva del Campo (en adelante AVDC), Lima.

<sup>14</sup> E. Ravines a L. Heysen, Santiago de Chile, 5 de febrero de 1925, reproducida en L. Heysen, *Temas y obras del Perú*, op. cit., p. XXVI.

<sup>15</sup> En una de sus cartas, Oscar Herrera le contaba a Heysen que llamaban “La Conejera Peruana” a la pensión de la calle San Martín, en Buenos Aires, en la que todos los exiliados vivían juntos (O. Herrera a L. Heysen, Buenos Aires, 17 de marzo de 1925, en AVDC). En su conocido libro de memorias, Ravines dedica también un capítulo a “La Conejera de San Martín” en el que deja igualmente entrever ese clima que cabalgaba entre las travesuras juveniles y la militancia revolucionaria: “El tema inagotable del grupo de desterrados era la cuestión social. Su discusión asumía, casi a diario, de cama a cama, caracteres tales de estruendo que súbitamente teníamos en la habitación dos o tres huéspedes en calzoncillos que venían a protestar airados”. Eudocio Ravines, *La Gran Estafa. La penetración del Kremlin en Iberoamérica*, México, Diana, 1981 [1951], p. 97.

<sup>16</sup> V. R. Haya de la Torre a L. Heysen, Londres, 17 de marzo de 1925 (en AVDC).

<sup>17</sup> E. Ravines a L. Heysen, Santiago de Chile, 5 de febrero de 1925, op. cit.

<sup>18</sup> V. R. Haya de la Torre a L. Heysen, Londres, 17 de marzo de 1925, op. cit.

<sup>19</sup> E. Cornejo Köster a L. Heysen, Buenos Aires, 21 de marzo de 1925, reproducida en L. Heysen, *Temas y obras del Perú*, op. cit., p. XXIX.

<sup>20</sup> O. Herrera a L. Heysen, Buenos Aires, 17 de marzo de 1925, op. cit.; O. Herrera a L. Heysen, Santiago de Chile, 23 de febrero de 1925 (en AVDC).

<sup>21</sup> Haya había comenzado a cimentar ese prestigio en un viaje de intercambio estudiantil que en 1922 lo lleva a recorrer Chile, Argentina, Uruguay y Bolivia, donde participa de numerosos actos públicos y causa sensación en algunos

estudiantiles e incluso en la prensa periódica los hacía protagonistas de una historia que, como en un trampolín ascendente, se propagaba y circulaba velozmente generando nuevas muestras de reconocimiento. Apenas deportado a Chile, Heysen da un encendido discurso público cuya noticia merece calurosas felicitaciones epistolares de los estudiantes amigos que han quedado en Lima.<sup>22</sup> Unos meses después, ya en Buenos Aires, los recortes del diario *Crítica* que llegan al Perú impulsan a que esta vez sea un obrero vinculado a la UPGP el que le escriba:

Yo, y conmigo todos los obreros de esta región, hemos visto con bastante agrado la brillante campaña que hacen en los periódicos de esa gran metrópoli. Nosotros aquí también seremos incansables luchadores en la obra que hemos emprendido hasta llegar a la meta al son de la Internacional.<sup>23</sup>

Semejantes muestras de empatía no harían sino envalentonar a Heysen y los demás jóvenes afectados a esa circulación transnacional de cartas, en momentos en que discutían también por vía epistolar un proyecto político de carácter más definido.

## Un partido hecho de cartas

Según la historia oficial partidaria, la fundación del APRA tuvo lugar el 7 de mayo de 1924 en México, en un acto en el que Haya de la Torre, pronto a partir a la Rusia soviética luego de medio año de estadía en el país azteca, ofrenda a los estudiantes mexicanos una “bandera indoamericana”. Repetido por los historiadores, ese relato se asentó, y hoy forma parte del sentido común de los calendarios políticos recordar cada 7 de mayo un nuevo aniversario aprista. Sólo en las últimas décadas algunos investigadores mostraron que aunque el acto efectivamente existió, y mereció incluso cobertura de la prensa mexicana, “no hay ahí mención alguna a la conformación de una organización política, ni a las siglas A.P.R.A.”.<sup>24</sup> Ricardo Melgar Bao es quien más documentadamente esclareció el episodio, mostrando cómo a partir de ese relato se constituyó un “mito político de origen” cuyo fin habría sido otorgar retroactivamente al aprismo un acta de nacimiento plenamente latinoamericana, así como hacer preceder su surgimiento al de otras entidades antiimperialistas que se crean contemporáneamente (sobre todo las que se ubicaban en la esfera del comunismo).<sup>25</sup>

La reconstrucción que hace Melgar Bao es impecable, pero todavía puede decirse algo más en relación a estos hechos. Hay una razón adicional, más sencilla pero quizás más determinante, que es posible añadir a los factores que impulsaron la fabricación de ese relato mítico. En rigor, la idea y el nombre del APRA como partido político, así como los célebres cinco puntos de su programa inicial, fueron concebidos por Haya de la Torre y la comunidad diaspórica que lo secundaba a través de la correspondencia. El aprismo como tal, en consecuencia, no tuvo propiamente un evento fundacional. Esa carencia debió resultar inconveniente para un líder que, persuadido de la eficacia de los aniversarios y las conmemoraciones en la construcción de empatías emocionales e identificaciones políticas, tenía ya por ese tipo de rituales celebratorios una decidida afición (un sesgo que en la trayectoria posterior del aprismo, tanto inmediata como mediata, sería cultivado hasta la exasperación).<sup>26</sup> Puede conjeturarse entonces que la ubicación del nacimiento oficial del APRA en uno de los varios actos rituales de corte latinoamericanista y antiimperialista que ritmaron su travesía internacional como exiliado, afloró como necesidad para Haya de la Torre una vez que se encontró plenamente entregado a la tarea de afianzar su criatura política. La posibilidad de contar con una escena pública precisa de nacimiento, sencilla de transmitir y sobre todo de conmemorar, resultó entonces funcional a las narrativas de identidad del aprismo (más difícil en cambio es imaginar un potencial simbólico y político análogo en las evocaciones que pudieran referir a la escritura privada de cartas como instancia de creación del partido). Dicho de otro modo, el mito de origen aprista debió haber sido alumbrado ante todo para salvar las dificultades de situar un hecho tan significativo como el de sus efectivos comienzos en el terreno brumoso de las prácticas epistolares.

Las cartas fueron, en definitiva, el espacio de tramitación del aprismo. ¿Pero de cuándo datan sus auténticos orígenes como proyecto político? En el artículo-manifiesto “¿Qué es el APRA?” de fines de 1926, que supuso la presentación pública del movimiento —fue ampliamente reproducido en numerosos órganos europeos y americanos—, y que inaugura un período de frenética difusión de su nombre y su doctrina, Haya de la Torre escribe que “la organización aprista fue fundada en diciembre de 1924, cuando los cinco puntos de su programa fueron enunciados”.<sup>27</sup> Ningún documento conservado avala esa versión, anterior a la estabilización del relato del 7 mayo, pero no puede descartarse que el líder peruano haya esbozado efectivamente el programa aprista en alguna carta enviada desde Suiza, donde se encontraba a fines de 1924. De lo que hay menos dudas es que fue al calor de los intercambios epistolares suscitados por la ola de destierros de comienzos de 1925, referidos en el apartado anterior, que se afirman los contornos del nuevo proyecto político. La primera carta a la que tuve acceso en la que Haya de la Torre menciona al APRA está fechada en Londres el 17 de marzo de 1925:

círculos. Posteriormente, su salida obligada del Perú en octubre de 1923, que lo conduce a Panamá, Cuba y finalmente México, llama también la atención de la opinión pública. Es entonces cuando comienza a colaborar febrilmente en un sinnúmero de revistas y órganos de prensa de todo el continente y pronto también de Europa. Para un mayor desarrollo de esas alternativas, véase Martín Bergel, “Nomadismo proselitista y revolución”, *op. cit.*

<sup>22</sup> Luis Chiappe a L. Heysen, Lima, 27 de enero de 1925 (en AVDC).

<sup>23</sup> Mario Egaúl a L. Heysen, Lima, 16 de mayo de 1925 (en AVDC).

<sup>24</sup> Pedro Planas, *Mito y realidad. Haya de la Torre (orígenes del APRA)*, Lima, Centro de Documentación e Información Andina, 1985, p. 109.

<sup>25</sup> Ricardo Melgar Bao, “Redes y espacio público transfronterizo: Haya de la Torre en México (1923-1924)”, en Marta Casás Arzú y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina, 1890-1940*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2004, pp. 88-98.

<sup>26</sup> De la nutrida galería de símbolos y rituales políticos que pueblan la liturgia aprista, uno de los ejemplos más notables que pueden mencionarse es la celebración del “Día de la Fraternidad” en ocasión del cumpleaños de Haya de la Torre, cada 22 de febrero.

<sup>27</sup> V.R. Haya de la Torre, “¿Qué es el APRA?”, reproducido en *Por la Emancipación de América Latina*, Buenos Aires, Manuel Gleizer, 1927, p. 188.



Cornejo te enviará el programa de nuestra Alianza. Es mejor llamarle alianza revolucionaria y no partido. Informate de él y trata de hacerlo llegar a amigos y compañeros para que todos trabajemos juntos sobre este programa.<sup>28</sup>

En efecto, pocos días después Cornejo Köster le escribía a Heysen —que se hallaba aún en Chile— noticiándolo de los planes:

Con Federico Moore, y Seoane, Herrera, Ravines, y Arcelles hemos resuelto crear un partido de acción política y finalidad social, la junta central estaría en esta y desde aquí se hará la propaganda al Perú. Estamos discutiendo las bases sobre las que vamos a edificarlo y es menester de todos nos den su opinión y se apresten a enrolarse en sus filas.<sup>29</sup>

Y en una carta contigua, daba más precisiones: “el plan es lanzar el manifiesto por la prensa de aquí, en volantes allá, convocando a todas las fuerzas nuevas del país, a constituir un partido, que tendría por fin principal el derrocamiento de Leguía”.<sup>30</sup>

A lo largo de ese año 1925 noticias y referencias sobre la nueva organización afloran en la correspondencia, y no solamente en la mantenida dentro de la red móvil de exiliados peruanos. Instalado en Londres, donde asiste a la Universidad y se procura distintos espacios de formación, Haya mantiene una intensa actividad epistolar. Para ello busca establecer circuitos aceitados y seguros. “He organizado un gran servicio de correspondencia y mis cartas y papeles son recibidos personalmente en Liverpool y entregados personalmente en el Callao”, contaba a Bertram y Ella Wolfe, militantes comunistas con los que había estrechado lazos en México. Y luego, en alusión al proyecto político en ciernes: “no seremos un partido platónico ni a la europea [...] Por eso, nuestra organización férreamente disciplinada, actúa por el sistema de células y

va a cumplir un programa comunista pero...no hablará de otro comunismo que el comunismo indígena. No nos echaremos encima la propaganda blanca de todo el mundo. Hay que torear al enemigo sobre todo cuando se actúa en pueblos tan alarmistas y tan sentimentales como los nuestros”.<sup>31</sup> Casi al mismo tiempo, en una larga carta a su amigo argentino Gabriel del Mazo, escribía: “como crear un partido nacional sería errar, hay que intentar el frente único internacional americano de trabajadores [...] Ese es el ideal de la Alianza Popular Revolucionaria. Naturalmente que ella necesita el poder en alguna parte: ‘La cuestión esencial de la revolución es la cuestión del poder’, decía Illich, que fue grande como técnico revolucionario y como conocedor genial de la realidad”.<sup>32</sup> Un par de meses antes, a sabiendas de la enorme influencia de la que gozaba en el mundo de posguerra, era Romain Rolland el que era anunciado acerca del nuevo partido:

Tanto en París como aquí ha quedado definitivamente constituida la Alianza Revolucionaria Hispanoamericana, que significa un frente único internacional de estudiantes, obreros, campesinos, etc. y cuyos puntos generales son estos:

Acción de los pueblos de América:

- 1-. Contra el imperialismo yanqui.
- 2-. Por la unidad política de las 21 repúblicas latinoamericanas.
- 3-. Por la supresión de la explotación del hombre por el hombre (reparto de tierras y nacionalización de industrias).
- 4-. Por la internacionalización del Canal de Panamá.
- 5-. Por la ayuda en favor de todos los pueblos oprimidos del mundo.

Esos serán los puntos generales, o las declaraciones básicas del partido. Cada país tendrá una sección de él y aplicará esos postulados conforme a sus necesidades. Las reuniones en París y en Londres han dado gran resultado. Todos los artistas e intelectuales jóvenes, que están en París, lanzarán un llamamiento de adhesión a nuestra alianza. Ya tenemos respuestas favorables de Cuba, Perú, Chile y Panamá.<sup>33</sup>

Como se observa, en estas cartas el nombre del APRA no se encuentra aún estabilizado —la sigla, que pronto se constituiría en una etiqueta ampliamente difundida y reconocida, ni siquiera es aludida—. Tampoco los cinco puntos del programa inicial son exactamente los que aparecerán en el manifiesto “¿Qué es el APRA?” (allí desaparece la referencia a la “supresión de la explotación del hombre por el hombre”, y el último elemento se reformula de este modo: “Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo”). Estos tanteos parecieran sugerir que la correspondencia no es para Haya meramente una vía de transmisión de fórmulas cristalizadas previamente concebidas, sino en alguna medi-

<sup>28</sup> V.R. Haya de la Torre a L. Heysen, Londres, 17 de marzo de 1925, *op. cit.* En otro apartado de la misiva, Haya le reprochaba a Heysen haber conservado las cartas que le había enviado a Lima antes de su deportación. Requisadas por la policía, habían impulsado al gobierno de Leguía a alertar a su par suizo acerca del perfil revolucionario del líder peruano, hecho que había determinado su expulsión del país helvético (amargamente narrada a Romain Rolland, con quien también sostenía entonces asidua correspondencia): “Tuve un pálpito. Te había escrito que rompieras todas mis cartas y a Mariátegui le había dicho lo mismo. Nunca pude suponer que guardaran eso, pero cuando en una carta tuya me repetías textualmente párrafos de cartas anteriores descubrí que tú no rompías las cartas y comprendí el peligro [...] En fin, errores y fatalidades que sólo deben servirnos como experiencia”. Advertido acaso por este episodio de juventud, a lo largo de su vida Haya se jactaría recurrentemente de no almacenar la cuantiosa correspondencia que recibía.

<sup>29</sup> E. Cornejo Köster a L. Heysen, Buenos Aires, 20 de marzo de 1925, reproducida en L. Heysen, *Temas y obras del Perú*, *op. cit.*, p. XVII. Federico More (y no “Moore”, como aparece mencionado en la carta) era un peruano que trabajó en esos años en *La Razón y Crítica*, y que inicialmente confluyó con el núcleo de jóvenes desterrados de Buenos Aires debido al antileguismo que profesaba. De una generación mayor, a la par que posteriormente se transformará en uno de los periodistas más afamados de su tiempo en el Perú, desplegará un rabioso antiaprisismo. En los años ’30 dedicará al APRA un ensayo en tono de diatriba en el que recordará que en los momentos aurorales de la organización, de los que había sido testigo privilegiado, “la propaganda fue principalmente epistolar” (Federico More, *Una multitud contra un pueblo. Etiología, diagnóstico, terapéutica de una sicosis política*, Lima, 1934, p. 19). Sobre la figura de More, cfr. Federico More, *Un maestro del periodismo peruano* (selección de textos y documentos y estudio preliminar de Osmar Gonzáles), Lima, UAP, 2006.

<sup>30</sup> E. Cornejo Köster a L. Heysen, Buenos Aires, 21 de marzo de 1925, *op. cit.*

<sup>31</sup> V. R. Haya de la Torre a Bertram y Ella Wolfe, Londres, 20 de junio de 1925 (Bertrand Wolfe Papers, Hoover Institution, Stanford University).

<sup>32</sup> V. R. Haya de la Torre a Gabriel del Mazo, publicada como “Carta a un universitario argentino (Londres, junio de 1925)”, en *Por la Emancipación de América Latina*, *op. cit.* (la cita es de pp. 125-126).

<sup>33</sup> V. R. Haya de la Torre a Romain Rolland, Londres, 6 de abril de 1925 (Fondo Romain Rolland, Sala de Manuscritos, Biblioteca Nacional de Francia).

da un terreno de experimentación en el que los contornos del proyecto político que imagina se definen y redefinen en el vértigo de sus golpeteos sobre las teclas de su máquina de escribir. De modo semejante, es interesante notar cómo en el discurso epistolar de Haya sobre el APRA el presente y el futuro de los tiempos verbales se confunden y entremezclan. A los Wolfe puede decirles que el partido *actúa* ya a través de células, cuando en rigor esas formas organizativas, que efectivamente serán el modelo promovido y adoptado por los grupos de exiliados en París, México, Buenos Aires o La Habana, aún no se habían constituido como tales. Se adivina entonces la dimensión performativa que acompaña esos momentos en que el APRA está siendo diseñado. El partido habrá de ser lo que la escritura está indicando que sea. Puede decirse en consecuencia que para Haya de la Torre las cartas son, en sentido estricto, un espacio de invención política.

El papel políticamente constituyente de la correspondencia en la historia inicial del aprismo se verifica en algunos testimonios brindados por miembros prominentes de su generación fundadora. En 1931, en un cuestionario publicado bajo el nombre "Reportaje a Nuestros Líderes" en números sucesivos de la revista partidaria **APRA**, la pregunta "¿Podría recordar usted cómo se inició en el partido?" halló respuestas coincidentes. Para Oscar Herrera, "fue Haya de la Torre quien supo concretar en fórmulas sencillas nuestros vagos anhelos, fruto no obstante de sincera y profunda inquietud. La ininterrumpida discusión postal dio en definitiva nacimiento al ideario".<sup>34</sup> Según Luis Heysen, "fueron cartas de Haya a Chile el año 1924 las que me pusieron en conocimiento y fe partidista con el Apra".<sup>35</sup> En el caso de Carlos Manuel Cox, "la primera noticia que tuve del APRA fue en Lima. Cartas de Haya Delatorre y artículos de la prensa latinoamericana. Inmediatamente comprendí los alcances de la nueva doctrina".<sup>36</sup> En la respuesta de Manuel Seoane, "me enrolé en el Partido Aprista a raíz de una hermosa carta de Eudocio Rabines, rogándome para que lo hiciera. Siempre he tenido mucha consideración personal por Rabines".<sup>37</sup> También Magda Portal recordaría, en los borradores inéditos de sus memorias, que desde su exilio europeo Haya de la Torre "continuaba enviándonos sus largas cartas sobre el tema aprista y sus derivaciones en la política peruana".<sup>38</sup>

Pero en otros aspectos, en consonancia al perfil fluido y cambiante que el aprismo asumía en la escritura impetuosa de Haya, por su propia naturaleza la correspondencia facilitó cierto nivel de indeterminación de las fronteras que enmarcaban a quienes comenzaban a considerarse militantes de la novel organización. En una frase pronunciada en su exilio europeo ya a fines de la década, luego de producida la primera ola de deserciones de sus huestes, Haya podía decir con un dejo de ironía que "el Partido [...] cabe ahora en un sofá".<sup>39</sup> Pero, por contraste, lo que primó

en las cartas fue una tendencia magnificadora. La distancia física, imposible de abolir en el tráfico epistolar, así como los rasgos voluntaristas y mitopoiéticos del discurso del jefe aprista (que pronto le conquistarían para sí la fama de fabulador), permitirían atribuir un carácter asumidamente militante a figuras y grupos que sólo daban señales de simpatía. La irrupción del APRA despertó efectivamente en todo el continente, y aún más allá, un extenso campo de recepciones positivas, que a Haya de la Torre y a sus compañeros le allanaron la posibilidad de hacer escuchar su palabra en innumerables actos públicos y órganos gráficos. Pero en líneas generales, ello no se tradujo en las masivas adhesiones que Haya gustaba imaginar, y que sólo sobrevendrían en el Perú luego de la caída de Leguía en 1930.<sup>40</sup> En ese marco, ¿qué lugar le cabía a Mariátegui y al grupo que en Lima se reunía en torno suyo en la flamante formación? Como se ha visto, el futuro autor de los **Siete Ensayos** era participado por vía epistolar de las novedades relativas a la creación y posterior evolución del APRA. Luego de la deportación de Haya, había asumido la dirección interina de **Claridad**, la revista de la Universidad Popular González Prada. Posteriormente, publicaría en **Amauta** una carta que le había enviado el jefe aprista, en la que se saludaba la aparición de la revista y se la nombraba "sección de los trabajadores intelectuales del Perú, militantes en nuestro gran frente de acción" (es decir, el APRA).<sup>41</sup> Y en una de las escasas ocasiones en que referirá a la trayectoria del círculo de expatriados, Mariátegui escribirá que "de fines de 1924 a principios de 1925, la represión de la vanguardia estudiantil se acentúa. Son deportados los más activos de los elementos de la UP y la Federación de Estudiantes [...] Empieza, en este periodo, a discutirse la fundación del Apra, a instancias de su iniciador Haya de la Torre, que desde Europa se dirige en este sentido a los elementos de vanguardia del Perú. Estos elementos aceptan, *en principio*, el Apra".<sup>42</sup> Este texto, que fue presentado en la Conferencia Sindical Latinoamericana realizada en Montevideo en 1929 —es decir, luego de la ruptura con Haya ocurrida un año antes—, permite corroborar que "los elementos de vanguardia del Perú" (es decir, ante todo él mismo) se incluían dentro del APRA; aunque la cautela que revela el párrafo es consonante con el lugar mucho más contemplativo que proactivo que esa inclusión supuso en términos reales.

Pero el mapa de conexiones epistolares con el Perú de los desterrados apristas estaba lejos de agotarse en Mariátegui y su círculo. Sobreviene al respecto una tensión que atraviesa toda la historia del APRA al menos hasta los años '50, aunque en grado

<sup>34</sup> **APRA**, Tomo IV, n° 8, Lima, 22 de octubre de 1931.

<sup>35</sup> **APRA**, Tomo IV, n° 5, Lima, 30 de septiembre de 1931.

<sup>36</sup> **APRA**, Tomo IV, n° 2, Lima, 8 de septiembre de 1931.

<sup>37</sup> **APRA**, Tomo IV, n° 3, Lima, 15 de septiembre de 1931.

<sup>38</sup> Magda Portal, **Trazos Cortados** (autobiografía inédita e inconclusa), p. 35, Magda Portal Papers, Benson Latin American Collection, University of Texas at Austin.

<sup>39</sup> Cit. en Luis A. Sánchez, **Haya de la Torre o el político. Crónica de una vida sin tregua**, Lima, Editora Atlántida, 1979 [1934], p. 166.

<sup>40</sup> Un buen ejemplo de ello es la situación que se produce cuando Haya le escribe a Alfredo Palacios solicitándole "la aceptación de la ULA [la Unión Latinoamericana, la entidad antiimperialista que el tribuno argentino entonces presidía] a los principios que la APRA sostiene". La respuesta positiva proveniente de Buenos Aires estrecha las relaciones entre ambas organizaciones, pero no se reflejará en la asunción por parte de Palacios ni de una identidad aprista ni de los lineamientos entonces discutidos en la comunidad de exiliados. Cfr. V. R. Haya de la Torre a Alfredo Palacios, reproducida en **La Ciudad Futura**, n° 2, Buenos Aires, octubre de 1987 (la carta es de comienzos de 1927).

<sup>41</sup> Víctor Raúl Haya de la Torre, "Nuestro Frente Intelectual", **Amauta**, n° 4, Lima, diciembre de 1926, p. 3.

<sup>42</sup> José Carlos Mariátegui, "Antecedentes y desarrollo de la acción clasista", en **Ideología y Política**, ahora en **Mariátegui Total**, Lima, Empresa Editora Amauta, 1994, Tomo 1, p. 202 (destacado mío).





decreciente desde su creación. Tal como le escribía a Del Mazo, y como repetirá en numerosas oportunidades en cartas y artículos, Haya de la Torre pretendía que su organización tuviera un alcance internacional. Producto originariamente del influjo anarquista que coloreaba la experiencia de la Unidad Popular, sobre todo a partir del aporte de sus estratos obreros, el aprismo en los años '20 mostraba efectivamente un cariz internacionalista (que se advierte nítidamente en el quinto punto de su programa inicial).<sup>43</sup> Pero al mismo tiempo, y en coincidencia a la emergencia en su seno de un nacionalismo que será primero fundamentalmente táctico y luego parte nodal de su cultura política, la correspondencia revela una sostenida preocupación de los exiliados por tomar al Perú como campo privilegiado de acción. Por caso, en una carta de comienzos de 1926 Haya le contaba a Heysen que había estado en conexión con simpatizantes de Huánuco, en el interior peruano, y los había incitado a crear una Biblioteca Popular. Y a continuación le encomendaba proseguir el contacto aconsejando "cierto trabajo en el ejército y especialmente en la oficialidad más joven".<sup>44</sup> Asimismo, en el recuerdo de Luis Alberto Sánchez, que por entonces permanecía en Lima desligado de la praxis política (su incorporación al APRA se producirá algunos años más tarde), hacia mediados de los años '20

Haya de la Torre empezaba ya a ser una figura legendaria. A menudo sus correspondientes nos leían encendidos párrafos de sus cartas. Basadre me mostró varias veces epístolas del estudiante peregrino [...] De pronto era Ismael Bielich, o Manuel J. Rospigliosi, o el obrero Fausto Posada, quienes hacían conocer aquellas ardientes misivas. Circulaban unas tarjetas representando una bandera roja que ostentaba en su centro un círculo y un mapa de América Latina dorados. Era la bandera del APRA.<sup>45</sup>

Estas referencias relativas al tupido proselitismo epistolar hacia el Perú de los años '20 (que pueden fácilmente multiplicarse), revelan otro aspecto de la historia del APRA que el foco en la correspondencia permite iluminar. La historiografía ha señalado recurrentemente el meteórico crecimiento del partido de Haya de la Torre en la coyuntura que se abre con la caída de Leguía en 1930 —cuando se funda en el Perú como Partido Aprista Peruano—, cuando en un lapso muy breve de tiempo se transforma en un movimiento de masas. Si ese vertiginoso crecimiento fue efectivamente notable, lo que la trama de cartas que arribaba a múltiples localidades peruanas muestra es que un proceso relativamente silencioso de infiltración trasnacional preparó el terreno en el que el aprismo acabó floreciendo. Así, cuando Haya de la Torre y los demás desterrados retornan al Perú transformados en

experimentados líderes políticos, encuentran un conjunto inestimable de núcleos vivos que ha sido preparado por la propaganda epistolar y en el que se apoyan para construir el partido.

En definitiva, las prácticas de escritura de cartas, de su circulación a través del correo o por vía personal, de su lectura en ocasiones colectiva, y de su transcripción de fragmentos o su edición en soportes textuales que suponían el pasaje de un registro privado a otro público, poblaron la experiencia del exilio de los desterrados (y en menor grado también la de los que, permaneciendo en el Perú, colaboraron en la gestación del APRA). Tan copiosa utilización de la correspondencia llamó la atención de algunos observadores. El pintor Felipe Cossío del Pomar, con quien Haya coincidió en algunos momentos de su periplo europeo, escribe en una de sus biografías del líder aprista que sus colaboraciones en numerosas revistas del viejo continente estaban orientadas a "redondear su presupuesto y costear la excesiva correspondencia que mantiene con sus amigos indoamericanos". Y ello porque "el gasto más pesado de sus entradas es el correo".<sup>46</sup> Otras figuras que compartieron espacios con los expatriados apristas dejaron asimismo testimonio de su singular vocación por las cartas. Tal el caso del uruguayo Carlos Quijano, que como líder en su país del reformismo universitario había trabado relación con Haya en ocasión del mencionado viaje que éste hiciera al Cono Sur en 1922, para luego, ya en Europa —donde pasó también varios años en los que sobresalió como principal referente de otra organización antiimperialista, la AGELA (Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos)—, enemistarse vehementemente con él. Pues bien: según traía a colación un primo suyo, militante comunista, en carta desde Montevideo, Quijano le había llamado la atención acerca de "la manía epistolar de Haya de la Torre, que es manía generalizada entre todos los peruanos".<sup>47</sup>

Y es que en efecto, para los jóvenes apristas escribir cartas y alimentar sostenidamente lazos a la distancia era casi una obliga-

<sup>46</sup> Felipe Cossío del Pomar, Víctor Raúl. *Biografía de Haya de la Torre. Primera Parte*, Lima, Enrique Delgado Valenzuela, 1977 [1961], p. 265.

<sup>47</sup> Alberto a Carlos Quijano, Montevideo, 2 de septiembre de 1927 (Fondo Quijano, Archivo General de la Nación, Montevideo). No he podido determinar el apellido de Alberto. Para Quijano esa "manía epistolar" de Haya y quienes lo secundaban era merecedora de amarga censura, porque se hallaba al servicio de la construcción del gran fraude político que era el APRA. Según le escribía contemporáneamente al boliviano Tristán Marof, "se han repartido por el mundo veinte o treinta peruanitos pseudo-mártires y pseudo-desterrados; han constituido una liga del bombo mutuo; reclamando el privilegio de invención del anti-imperialismo y puéstose a explotarnos a todos nosotros. Los que estaban en México contaban maravillas a sus ingenuos oyentes de lo que hacía su partido [...] en París; a los de París, le contaban maravillas de los de Méjico, y así sucesivamente. Es la organización más completa de la intriga y del 'bluff' que he conocido". C. Quijano a Tristán Marof, París, 16 de julio de 1927 (Fondo Quijano, AGN, Montevideo). Ese juicio tan lapidario debe entenderse en el marco de la franca rivalidad que se había instalado en los círculos latinoamericanos que participaban de actividades antiimperialistas en ciudades como México, París y Berlín, sobre todo luego del Congreso Antiimperialista llevado a cabo en Bruselas a comienzos de 1927 que deparó la ruptura de relaciones de Haya de la Torre con figuras como Quijano y el cubano Julio Antonio Mella. Para una aproximación reciente a ese momento, que parte precisamente de una preocupación por reponer los contextos en que las desavenencias entre Haya y Mella tienen lugar, cfr. Ricardo Melgar Bao, *Vivir el exilio en la ciudad, 1928. V. R. Haya de la Torre y J. A. Mella*, México, Sociedad Cooperativa del Taller Abierto, 2013.

<sup>43</sup> Ese carácter internacional será el argumento esgrimido por los gobiernos autocráticos de la década del '30 en el Perú para ilegalizar y reprimir al APRA (en un contexto en el que su internacionalismo de origen había declinado sensiblemente). Sobre los vínculos apristas con elementos de la cultura libertaria en los años '20, cfr. Luis Tejada, "La influencia anarquista en el APRA", *Socialismo y Participación*, n° 29, Lima, 1985.

<sup>44</sup> V. R. Haya de la Torre a L. Heysen, Londres, 29 de enero de 1926 (en AVDC). En el Archivo de Villanueva del Campo hay también copias de proclamas especialmente dirigidas en esos años desde el exterior a soldados y otros grupos sociales.

<sup>45</sup> Luis Alberto Sánchez, *Testimonio Personal. Tomo 1. El Aquellarre: 1900-1931*, Lima, Mosca Azul, 1987 [1969], p. 215.

ción, una regla tácita del código moral militante. En carta a Heysen desde Madrid, en 1929, Luis Bustamante llegaría a sugerir con una pizca de ironía que la habitual secuencia de los intercambios epistolares era parte de una cultura “burguesa” que los desterrados debían evitar:

Era yo el que estaba impaciente por recibir noticias tuyas de París y sin embargo resulto hundido bajo el peso de tremendas acusaciones de tu parte por no haberte escrito [...] estaba en derecho a esperar carta tuya, a menos que todavía creas que rige entre nosotros la obligación burguesa de no escribir sino después de haber recibido contestación.<sup>48</sup>

Así, el dinamismo militante del que hacían gala los apristas debía reflejarse en el fluir incesante de cartas. Misivas llamadas tanto a revalidar la fraternidad que se hallaba en la base de la comunidad desterritorializada de exiliados, como a ser un conducto por el que hacer correr las novedades políticas.

## Modelos de revolución

Ahora bien, en esos momentos en los que operaba en esos jóvenes una sensibilidad que acordaban en llamar revolucionaria sobre la que se estaba diseñando un proyecto político, ¿qué materiales de la realidad eran convocados a modelarlo? Tanto en la correspondencia como en los numerosos artículos que escribía para revistas y diarios latinoamericanos y europeos, Haya de la Torre se mostraría permeable a incorporar elementos teóricos y políticos de otras latitudes, que se apresuraba a presentar en elaboraciones propias (puesto que el aprismo debía ser no sólo una organización sino también una doctrina original). En 1925, en carta conjunta a Heysen y Herrera desde Londres, donde se acababa de instalar, Haya escribía:

Yo supongo que cada uno sacará del destierro la experiencia más provechosa. Al cabo de un año y medio estoy cambiado hasta de cara. A veces le pregunto al espejo si no se está equivocando [...] De mi viaje a Europa, y del estudio tenaz de sus actuales tácticas políticas, así como las de Rusia y México he sacado grandes experiencias.<sup>49</sup>

Como ya se ha mencionado, en su itinerario de exiliado Haya en efecto había pasado en 1923-24 varios meses tanto en México como en Rusia. Pero mientras los historiadores en líneas generales han enfatizado quizás excesivamente las deudas del aprismo con el primero de esos países, han subestimado en cambio las que contrajo en su etapa primigenia con el segundo, al menos en cuanto al modelo de sujeto revolucionario que ponía a disposición. Esa subestimación —derivada probablemente de lecturas demasiado lineales del frontal encono que opuso progresivamente al APRA a la III Internacional desde 1927— se comprueba

recorriendo la correspondencia.

Como ya observamos, el bienio en el que vive en Inglaterra, de 1925 a 1927 —primero en Londres y luego en Oxford, con algunas estadias pasajeras intercaladas en París—, es para Haya un período de formación marxista. Así lo han señalado sus biógrafos, y así se corrobora a través de referencias que habitan su correspondencia. En la carta ya citada a Ella y Bertram Wolfe, por ejemplo, escribía:

Aquí estudio mucho. En la Escuela de Ciencias Económicas he seguido cursos de marxismo y otras cosas fundamentales [...] A la vez tenemos una especie de conversatorio aquí en casa. Varios muchachos, un peruano, un chileno, un galés y dos ingleses hacemos lecturas de libros de Bukharin, Presbiachensky [sic], Lenin, Engels, etc. y los comentamos y discutimos. Todos estamos comprometidos a irnos al Perú cuando llegue la hora.<sup>50</sup>

Como se observa, para Haya el ejercicio de esas lecturas se encadenaba inmediatamente a las necesidades de la acción política. Es entonces bajo el tamiz de los estímulos de ese período formativo, al que añadía las experiencias y contactos directos extraídos de sus viajes, que construye, pule o modifica el perfil de la organización que acababa de concebir y que apenas se aprestaba a hacer pública. Es en ese contexto específico que valora y se apropia selectivamente de aspectos provistos por México, Rusia u otras realidades contemporáneas. En su estadia en el país azteca había publicado en la revista de la Universidad Popular un artículo elogioso sobre Emiliano Zapata y el agrarismo.<sup>51</sup> Y un año después, en la carta que le envía a Gabriel del Mazo y que se publica en **Por la Emancipación en América Latina**, precisaba el factor que más lo subyugaba de esa experiencia: “en México, nosotros encontramos una revolución espontánea, sin programa apenas, una revolución de instinto [...] Por eso es admirable la revolución mexicana, porque ha sido hecha por hombres ignorantes”.<sup>52</sup> Era esa dimensión de participación popular el rasgo que más le interesaba de esa experiencia. Puede afirmarse en ese sentido que el nacionalismo hace su ingreso en el discurso aprista precisamente en el momento en que la necesidad de captar y movilizar el favor de las masas se instala como preocupación. Pero para Haya, aún más que México sería el Kuo-Min-Tang chino el que poco después ofrecería el ejemplo más acabado al respecto. En una carta dirigida a comienzos de 1927 a la revista cubana **Mañana**, esa inspiración se enunciaba de modo transparente: “estamos organizando activamente esta nueva fuerza revolucionaria latinoamericana que intenta fundir, en un esfuerzo al fin definido, claro, sincero y realista, los esfuerzos dispersos [...] Queremos un organismo revolucionario que arraigue en las masas como el Kuomintang”. Y luego aclaraba el significado del nombre chino: “Kuo: nacional, ming: popular, tang: partido”.<sup>53</sup>

<sup>48</sup> Luis Bustamante a L. Heysen, Madrid, 23 de abril de 1929 (en AVDC).

<sup>49</sup> V. R. Haya de la Torre a O. Herrera y L. Heysen, Londres, 13 de mayo de 1925 (en AVDC).

<sup>50</sup> V. R. Haya de la Torre a B. y E. Wolfe, Londres, 20 de junio de 1925, *op. cit.*

<sup>51</sup> V. R. Haya de la Torre, “Emiliano Zapata, apóstol y mártir del agrarismo mexicano”, **Claridad**, n.º 6, Lima, septiembre de 1924.

<sup>52</sup> V. R. Haya de la Torre, “Carta a un universitario argentino”, *op. cit.*, p. 123.

<sup>53</sup> V. R. Haya de la Torre a **Mañana**, Oxford, 9 de febrero de 1927, carta reproducida bajo el título “La realidad de América Latina no es la realidad de



Pero si la Revolución Mexicana había provisto un ejemplo inicial de nacionalismo revolucionario, por sus propias características mostraba también sus limitaciones. En la carta a Del Mazo antes referida, Haya aseveraba: "México no ha resuelto aún muchos de sus graves problemas, y corre el riesgo de caer o en la estagnación o en el retroceso. Todas las fuerzas espontáneas de la revolución mexicana necesitan de orientación [...] En México, por falta de ciencia revolucionaria no se comprendió el significado de la propagación revolucionaria".<sup>54</sup> Y en la también citada carta a los Wolfe, el señalamiento de esas carencias remataba en un balance ambivalente:

Yo no creo que la revolución mexicana es como la revolución rusa. Pero creo que hay en ella una clase de experiencias que deben valer como agitación: el alzamiento del pueblo, las insurrecciones campesinas, el derrocamiento de un tirano, el asalto de los latifundios, constituyen valores *revolucionarios* que es necesario exaltar como motivos de agitación para los otros pueblos. No es posible ni negar absoluta y simplistamente la revolución mexicana, ni aprobarla. Es preciso estudiarla, distinguir en ella lo que hubo de revolucionario, de popular, de social y lo que hubo y hay de traición, de confusionismo y amarillismo.<sup>55</sup>

Según puede verse, esa conclusión matizada de las enseñanzas del experimento mexicano era colocada con naturalidad en contraste por Haya con la Revolución Rusa. Y ese cotejo no ofrecía margen de dudas: era el prisma bolchevique, en su modelo de partido ante todo, el que proyectaba luces que debían reflejarse en el APRA. A muchos de sus corresponsales Haya le repetía lo mismo: "debemos apresurarnos a comprender y a realizar aquella máxima de Lenin: 'La cuestión esencial de la revolución es la cuestión del poder'".<sup>56</sup>

Como han mostrado recientemente Lazar y Víctor Jelfets a partir de una compulsión de los archivos de la Comintern, desde 1924 Haya estuvo en contacto epistolar con la III Internacional. Según estos autores, el peruano incluso se afilió al Partido Comunista Mexicano antes de su viaje a Rusia —quizás por razones tácticas—, y luego de su salida de ese país prosiguió discutiendo a través de la correspondencia con el cominternista Edgar Wood (Alfred Stirner) la posibilidad de crear una organización revolucionaria latinoamericana con apoyo de Moscú (para la Internacional, por su parte, su perfil resultaba atractivo por sus facultades de liderazgo). Sin embargo, en el curso de esos intercambios Haya haría saber que pretendía "autonomía para nuestros procedimientos y desarrollos". Amparado en el argumento según el cual el proyecto político que tenía en mente debía pres-

tar atención a las especificidades del continente —un principio que desde entonces se afirmaría cada vez con mayor presencia en el discurso del APRA—, el creador de la Universidad Popular González Prada esgrimiría ante Wood la conveniencia de "buscar por otros caminos los mismos fines".<sup>57</sup>

Haya optaría entonces por mantenerse a distancia de la órbita de Moscú, y ese curso de acción se acentuaría con la ruptura de 1927 (más allá de algunas tenues tentativas posteriores de acercamiento, a la postre fracasadas, que son relevadas en el artículo de Lazar y Víctor Jelfets). Pero si las singularidades latinoamericanas que el APRA cada vez con más énfasis reclamaba expresar, otorgaban razonabilidad a la petición de explorar una vía revolucionaria propia (y por lo tanto, al hecho de que el novel movimiento evitase verse encuadrado en los esquemas de la Internacional), ello no obstaba para que Haya de la Torre hallara en el módulo leninista inspiración directa para el modelo revolucionario que entonces concebía. La clave del asunto la transmitía entonces secretamente por carta a sus cómplices políticos en el destierro. Por ejemplo, a Esteban Pavletich:

No sé si me explico. La cuestión es dar a nuestro movimiento un carácter realmente comunista, marxista, leninista, SIN DECIRLO, SIN LLAMARNOS COMUNISTAS O LENINISTAS sino **procediendo** como tales [...] La A.P.R.A. se está organizando y creo que en Perú va bien y va justamente ganando adeptos entre las masas. Se trata ahora de darle una disciplina de hierro, militar, de verdadero "ejército rojo" — **Nuestra A.P.R.A. será un gran ejército rojo o no será nada.**<sup>58</sup>

Y a Ravines:

Nuestra influencia revolucionaria en América debe dejarse sentir como la de los revolucionarios rusos en Europa antes de la revolución. Debemos tratar de hacer llegar a toda América la vibración de nuestro programa y agitar mucho, muchísimo. No hay que desanimarse: cinco rusos han removido el mundo. Nosotros somos veinte que podemos remover la América Latina.<sup>59</sup>

El leninismo pudo ser entonces invocado por Haya como foco de inspiración tanto por su modelo de organización revolucionaria de cuadros, como por la imagería ligada al prototipo de "exiliado romántico" con la que asociaba su situación de agitador en la diáspora.

## El momento Ravines

Conforme el APRA cobraba vida, el tono de las cartas de Haya se

Europa" en *Por la Emancipación de América Latina*, op. cit., pp. 198 y 202. La referencia china fue suficientemente importante como para que, en numerosos textos de esos momentos, Haya diga que el APRA estaba llamado a ser "el Kuo-Min-Tang latinoamericano".

<sup>54</sup> V. R. Haya de la Torre, "Carta a un universitario argentino", op. cit., pp. 123 y 126.

<sup>55</sup> V. R. Haya de la Torre a B. y E. Wolfe, Londres, 20 de junio de 1925, op. cit. (destacado de Haya).

<sup>56</sup> Carta de V. R. Haya de la Torre a E. Ravines, Londres, 17 de octubre de 1926, reproducida en Pedro Planas, *Los orígenes del APRA. El joven Haya*, Lima, Okura, 1986 (2ª ed. ampliada), p. 206.

<sup>57</sup> V. R. Haya de la Torre a Edgar Woog (conocido también bajo el seudónimo de Alfred Stirner), Leysen (Suiza), diciembre de 1924, cit. en Lazar Jelfets y Víctor Jelfets, "Haya de la Torre, la Comintern y el Perú: Acercamientos y desencuentros", *Pacarina del Sur* [en línea], n° 16, julio-septiembre de 2013.

<sup>58</sup> V. R. Haya de la Torre a Esteban Pavletich, Londres, 15 de abril de 1926, reproducida en Pedro Planas, *Los orígenes del APRA*, op. cit., pp. 140 y 142 (mayúsculas y negritas del autor).

<sup>59</sup> V. R. Haya de la Torre a E. Ravines, Londres, 17 de octubre de 1926, op. cit.

volvió cada vez más prescriptivo, a la vez que obsesivamente reiterativo en ciertos temas y tópicos. “Agitación, agitación, agitación, a la vez que organización y disciplina”, le pedía a Heysen.<sup>60</sup> Y a Pavletich: “hay que citar las palabras de orden una y mil veces; hay que repetir mucho los lemas, repetirlos hasta el cansancio. La ‘originalidad’ es cosa burguesa y no conviene en la lucha. En la lucha hay que repetir, insistir, volver a decir lo mismo mil veces”.<sup>61</sup>

La correspondencia supo ser entonces el espacio en el que se tramitó la ratificación del liderazgo que ya insinuaba Haya en los tiempos de la Universidad Popular —en un proceso de construcción de autoridad que comportó su entronización como jefe indiscutido del partido—, a la vez que una instancia que intervino decisivamente en la configuración de la red dispersa que era el APRA como una verdadera máquina coordinada de propaganda. Puede decirse que en la consecución de ambos cometidos la praxis epistolar de Haya de la Torre se reveló eficaz.

Y aún así, si al líder nacido en Trujillo le cupo un lugar consabidamente decisivo en la conformación del APRA, nuestra comprensión de este proceso se vería limitada si no otorgáramos importancia a la actuación del conjunto de desterrados. También ellos hicieron un abundante empleo de la correspondencia, al punto que sería difícil imaginarse la emergencia del aprismo sin su concurso.

Consideremos sucintamente el papel jugado por algunas otras figuras en el terreno epistolar. Luis Heysen, por caso, en esos años iniciales del APRA se destacó también por su infatigable labor. Fiel ladero de Haya desde los tiempos de la Universidad Popular, en la utilización persistente que hizo de las cartas contribuyó a definir la fisonomía de la organización. A él también se debió la inflexión leninista del aprismo, como se observa en esta carta en la que defiende enfáticamente a Rusia de los reparos de tinte anarquista de Julio Lecaros, entonces en Panamá:

La posición de los hombres jóvenes, de los que poseen orientación auténticamente pura tiene que estar enfocada a la Revolución, tiene que estar alumbrada por la formidable antorcha de Lenin [...] Las normas, los lineamientos, el ejemplo, lo obtenemos del más formidable ensayo que se haya realizado: Rusia. No estás, pues, en lo cierto al creer que en Rusia se ha falseado los principios [...] tenemos que quemarnos las pestañas estudiando preferentemente todas las entradas del fenómeno y toda la ciencia sobre el cual descansa: la ciencia del marxismo y la ciencia leninista. No hacerlo pues es ser anti-revolucionario [...] Bustamante, Hurwitz, Terreros, Pavletich y tú están obligados —como lo estamos nosotros— a estudiar y a enfocar nuestros problemas con base científica, con base marxista. Asíciense, formen una célula, formen un grupo y encaren nuestros problemas.<sup>62</sup>

<sup>60</sup> V. R. Haya de la Torre a L. Heysen, Londres, 26 de septiembre de 1925 (en AVDC).

<sup>61</sup> V. R. Haya de la Torre a E. Pavletich, Londres, 27 de abril de 1926, reproducida en P. Planas, *Los orígenes del APRA*, op. cit., p. 148.

<sup>62</sup> L. Heysen a Julio Lecaros, La Plata, 14 de octubre de 1925 (en AVDC).

Manuel Seoane, por su parte, que sobresalió en los espacios antiimperialistas y de izquierda en su exilio en Buenos Aires, fue quien obró más decisivamente en el proceso de politización de Luis Alberto Sánchez. Según recordaría éste en sus memorias, Seoane “me había convencido de que actuase en aquellos menesteres revolucionarios, ajenos a mis aficiones literarias”.<sup>63</sup> En efecto, como ya mencionamos, el prolífico intelectual limeño se había mantenido durante los años ‘20 en prescindencia de los avatares de la política. No obstante, la correspondencia que sostuvo regularmente con Seoane en esa década lo mantuvo al tanto de algunas actividades de los desterrados. Finalmente, una carta de su amigo de comienzos de 1931 parece haber operado en su integración al APRA, donde militaría fervientemente desde entonces:

V.R. [Haya de la Torre, MB] me dice que le has escrito. Mucho me alegra esta comunicación. Yo creo que tu debías definirte de una vez por el aprismo [...] El apra es un plan con ideas centrales. El detalle? Eso se hace en la lucha y lo hacen quienes están en ella [...] Las críticas debes hacerlas desde dentro. Las correcciones desde dentro. Esperar que un partido sea perfecto para entrar en él, es renunciar a la acción personal.<sup>64</sup>

Los apristas encontraron también en los márgenes de sus filas algunas figuras que colaboraron incansablemente con su causa. Aunque hubo muchos casos, probablemente nadie lo hizo de modo tan ostensible como Gabriel del Mazo. Constantemente aludido en la correspondencia, el entonces joven reformista universitario argentino funcionó dentro de la red aprista como una verdadera rueda de auxilio epistolar, proveyendo datos útiles y facilitando contactos. A ese respecto, en una de sus cartas Haya podía referirse a “ese hermano nuestro de tanto corazón que es Gabriel con quien ya no quedaría otra cosa que hacer que fusilarlo para que dejara de pensar y obrar para los demás con tan inmensa generosidad”.<sup>65</sup>

Pero, fuera de Haya de la Torre, a nadie como a Eudocio Ravines le correspondió un papel tan determinante en la transformación de la comunidad de exiliados en la diáspora en un partido político revolucionario, fundamentalmente en los poco más de dos años que pasó en París al frente de la célula aprista de esa ciudad (de fines de 1926 a comienzos de 1929, cuando toma partido por Mariátegui en su conflicto con Haya, hecho que preludia su asunción poco después como Secretario General del Partido

<sup>63</sup> Luis Alberto Sánchez, *Testimonio Personal*. Tomo 1. *El Aquellarre: 1900-1931*, op. cit., p. 177.

<sup>64</sup> Manuel Seoane a Luis Alberto Sánchez, Buenos Aires, 15 de febrero de 1931 (Luis Alberto Sánchez Papers, Pennsylvania State University). Apenas tres meses después, ya con Seoane de regreso, ambos hombres confluían en la dirección del célebre diario partidario *La Tribuna*.

<sup>65</sup> V. R. Haya de la Torre a O. Herrera y L. Heysen, Londres, 13 de mayo de 1925, op. cit. La correspondencia epistolar entre Del Mazo y Haya se había iniciado antes del viaje de 1922, y se mantendría con notable frecuencia por décadas. En sus memorias, el argentino señalaría en referencia al jefe aprista que “a la altura de 1954, conté 2 mil carillas que recibí de cartas suyas” (Gabriel del Mazo, *Vida de un político argentino. Convocatoria de recuerdos*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1976, p. 219). Huelga decir que a la fecha esa asombrosa masa epistolar no ha sido hallada.



Comunista peruano). Durante ese período, coincidente con el momento de mayor activismo del líder trujillano luego de la publicación de “¿Qué es el APRA?”, Ravines desarrolla asimismo una incansable militancia en varios ámbitos, incluido por supuesto el epistolar. Hemos visto por caso como Seoane recordaba que había sido una “hermosa carta” suya la que lo había impulsado a incorporarse al aprismo.

La célula de París, conformada por alrededor de una treintena de jóvenes —en su mayoría estudiantes provenientes del Cuzco—, fue fundada por Haya de la Torre en una de sus estancias breves en esa ciudad en septiembre de 1926.<sup>66</sup> Ravines se incorpora a ella poco después, al arribar a la ciudad, cuando el líder aprista se hallaba de regreso en Inglaterra. Recién a fines de ese año ambos hombres se encuentran en París. Aunque habían mantenido trato epistolar, Haya apenas si lo ubicaba vagamente de los tiempos de la Universidad Popular. “He recibido su retrato y ahora como que le voy reconociendo. ¡Sinceramente! Me parece que ya le recuerdo mejor”, le escribía desde Londres.<sup>67</sup>

En su autobiografía, Ravines titula el capítulo dedicado a su llegada a París “Concordancia con Haya de la Torre”. Escribe allí: “empezamos a colaborar como un par de hermanos. Sin que lo decidiéramos, sin que lo sospecháramos siquiera, bien pronto íbamos a aparecer públicamente juntos, sosteniendo idénticas posiciones ideológicas”.<sup>68</sup> En sus cartas a la Argentina, a los amigos con los que ha compartido las emociones del destierro, Ravines destaca esas coincidencias que lo han sorprendido gratamente y que han evaporado ciertas prevenciones con las que llegaba al encuentro con el líder:

Haya llegó siendo recibido en la estación por unos treinta muchachos de nuestro partido. Esa misma noche tuvimos una comida y ya te imaginarás la alegría y el optimismo que predominó en ella. Haya está muy bien, físicamente fuerte, alegre y optimista hasta el colmo. Es un gritón. He conversado mucho con él y seguiré conversando sobre las cosas del Perú y de América. Tengo tantas cosas que contarles que no sé si pueda hacerlo en una sola carta [...] Hablando con él creo haber obtenido un conocimiento claro de sus condiciones de director y de jefe, y más aún de sus conocimientos sobre nuestras cuestiones, de su estudio sobre nuestros problemas, y lo que ha producido una impresión que ha bastado en mí para comprenderlo, ha sido su posición revolucionaria. Francamente lo creí yo un poco más cerca de la pequeña burguesía y más lejos del camarada Lenin. Por nuestras conversaciones, y por la acción que realiza en el seno de la célula, veo que el acuerdo entre él y nosotros es absoluto e íntimo.<sup>69</sup>

Pero las complicidades con Haya no surgen sólo de los acuerdos ideológicos y políticos. El contacto cara a cara repone gestos y tonos de voz, una corporeidad imposible de anexar en las relaciones epistolares. Y si esas limitaciones son consustanciales al género, según notaba Ravines en el caso del líder del APRA la distancia entre ambos tipos de comunicación era un rasgo especialmente marcado. “Mi impresión sobre Haya es magnífica. Es distinto absolutamente del que se refleja en sus cartas, duras, autoritarias, oscuras”, le dice a Herrera.<sup>70</sup> Y a Heysen le cuenta que le ha pedido “que sea menos duro y autoritario cuando escribe. El contesta que parecemos ‘virgencitas disfrazadas, cuidadosas aparentemente de la virginidad’. Y ríe como un Cornejo media hora después del chiste”.<sup>71</sup> Puede concluirse de estas referencias que así como el estilo epistolar de Haya de la Torre fue un factor crucial para la constitución del APRA como comunidad política en la diáspora, por contraste tuvo mucho que ver con la ola de tempranas deserciones que tuvieron lugar en sus filas.

Pero si Ravines le pedía a Haya más conmiseración, en su registro epistolar del período que se abre luego del encuentro parisino habría de calcar el tono imperativo de su jefe. “Por este mismo correo escribo a nuestro J. C. [Mariátegui, MB]. Es necesario que coadyuven todos con él y se disciplinen seriamente [...] Hay que dar este sentido del sacrificio. Acción ruda, tenaz, implacable, en pro de la victoria”, le pedía a Carlos Manuel Cox, entonces todavía en Lima.<sup>72</sup> “No es posible que ustedes continúen en la inacción más completa, sin señales de existir [...] Todas las otras células hacen algo, menos la muy noble y muy señorial célula de Buenos Aires”, le espetaba a Heysen.<sup>73</sup>

En suma, si en el año y medio que había transcurrido como exiliado en Argentina Ravines se había destacado ya por sus dotes militantes, una vez instalado en París se apoderó también de él una verdadera fiebre organizativa. “He formado un grupo de cinco, a quienes doy lecciones de marxismo todas las noches, y de imperialismo durante la mañana. El estudio va muy bien, a pesar de que el estómago a veces no rinde la energía necesaria”, le contaba también a Heysen.<sup>74</sup> Y esa preocupación por la formación política se trasladaba también a las cartas:

Es necesario que tomen en seria cuenta los puntos doctrinarios que el APRA considera dentro de su programa, para no incurrir en errores de concepto y de interpretación económica. El tinte lírico [...] debe proscribirse de nuestra literatura. En los documentos hay que expresarse menos fraternalmen-

<sup>66</sup> Ricardo Melgar Bao, “Apristas en París, 1926-1930: arte, identidad y política”, ponencia presentada en el Coloquio “Miradas recíprocas: Perú y Francia (1713-1959). Viajeros, escritores y analistas”, Lima, Instituto Raúl Porras Barrenechea, 3 al 6 de septiembre de 2014.

<sup>67</sup> V. R. Haya de la Torre a E. Ravines, Londres, 17 de octubre de 1926, *op. cit.*

<sup>68</sup> Eudocio Ravines, *La Gran Estafa*, *op. cit.*, p. 118.

<sup>69</sup> E. Ravines a O. Herrera, París, 6 de enero de 1927 (en AVDC).

<sup>70</sup> *Ibidem.*

<sup>71</sup> E. Ravines a L. Heysen, París, enero de 1927 (sin fecha precisa; en AVDC). Por su parte, Haya extraía similares conclusiones de esas jornadas parisinas: “con Ravines estoy muy contento. Algunas dudas que él traía fueron disipadas. Le expliqué todo lo que él me pidió le explicara. Estamos íntimamente ligados. El ha visto de cerca el tipo que a través de las cartas por ser poco literato a veces es rudo y hasta brutal” (V. R. Haya de la Torre a E. Pavletich, París, 8 de enero de 1927, reproducida en Pedro Planas, *Los orígenes del APRA*, *op. cit.*, p. 186).

<sup>72</sup> E. Ravines a Carlos Manuel Cox, París, 7 de mayo de 1927 (en AVDC).

<sup>73</sup> E. Ravines a L. Heysen, París, 22 de marzo de 1927 (en AVDC).

<sup>74</sup> *Ibidem.*

te y con mayor concisión en el lenguaje [...] Noto que en tu carta tomas muy en broma la cuestión china, a causa de la gracia que hacen los nombres chinos: esto es de un limeñismo belloco y decadente [...] Tras esas palabras, ridículas para nosotros que hablamos español, mi caro Heyssen [sic], hay una realidad política formidable. Tras el nombre de Chan Kai Shek está un movimiento fecundo y maravilloso. La lucha que se lleva a cabo en China es el acontecimiento más grande de estos tiempos, después de la Revolución Rusa.<sup>75</sup>

Todavía más, en algunos aspectos Ravines parecía revelarse más “hayista” que el propio Haya. Como él, estaba obsesionado con el sacrificio y la disciplina. “Luciano [Castillo, MB] me contesta una, y me habla de mi familia. Qué me importa la familia ni Cristo. Me interesa que digan si trabajan o no. Y cómo va el trabajo. Ese Vasconcelos ha atontado a mucha gente”, le escribe al líder trujillano. Es el único, además, que se permite hablarle de igual a igual, y hasta sugerirle también a él tareas: “Tú debes ser un poco fuerte con la gente de Lima, presionándolos a que aceleren la propaganda”.<sup>76</sup>

En su diálogo epistolar con Haya, Ravines se mostraba además más ansioso que él por sistematizar las orientaciones ideológicas del APRA. “No te desesperes”, me dices. No es que desesperes, sino que pienso que es urgente que tengamos puntos de vista unánimes y concordes”, le escribía.<sup>77</sup> Ya en una carta enviada unos días antes, le había ofrecido una caracterización del problema y una propuesta:

Los fundamentos del APRA, están diseminados en artículos tuyos y en interpretaciones más o menos aproximadas, más o menos tergiversadas que se dan a diario. De allí mi sugerencia de condensar bien la cuestión en un folleto. Tu artículo qué es el APRA? A pesar de su claridad y su sintetismo no es suficiente. Eso de estar dando doctrina epistolarmente, a cada rato, es peligroso cuando los que la están dando no están bien profundizados en la cosa [...] Nadie sino tú debe hacer este trabajo. Yo, claro que estoy incondicionalmente para ayudarte en lo que quieras. Y no creas que toda esta sugerencia es duda o pesimismo de mi parte. No. El APRA es mía tanto como tuya, y no quiero que la revienten un par de imbéciles, de desorientados o de leguleyos.<sup>78</sup>

En otro registro, Ravines le exigía a Haya la misma disposición física saludable que el líder aprista pedía a sus subalternos. En una de sus largas cartas, se despedía de este modo:

Hasta mañana, es muy tarde. Eso de la fatiga es una vaina. Es imprescindible que no hagas macanas; de otro modo vamos a entorpecernos el trabajo en un momento en el que necesitamos activarlo más. Si te enfermas pues, demonios, yo no sé.

Tú serás culpable de la enfermedad. No debes....no puedes enfermarte; es absolutamente imposible.<sup>79</sup>

## Deslinde y retorno

En septiembre de 1927 Haya deja Inglaterra y viaja primero a los Estados Unidos —donde brinda algunas sonadas conferencias— y luego al D. F. mexicano, donde se une a la célula aprista de esa ciudad entonces compuesta entre otros por Carlos Manuel Cox, Magda Portal, Serafín Delmar y Manuel Vásquez Díaz. Desde allí, lanza el llamado “Plan de México”, una tentativa revolucionaria que debía llevarse a cabo en el Perú y que al parecer fracasó sin haberse siquiera puesto en práctica. El ensayo, que es comunicado por carta a las distintas células (y del que se han conservado material de propaganda y proclamas firmados por un Partido Nacionalista Libertador, evidentemente una cobertura y un nombre que, en las previsiones de Haya, podían encontrar resonancias populares), sorprende a algunos de los núcleos de expatriados y a otros que se hallaban en el Perú. Como es sabido, es a partir de estos hechos que en el curso del año 1928 sobreviene la ruptura entre el líder aprista y Mariátegui, que juzga el plan sumamente precipitado.

No tengo espacio aquí para detenerme en esta conocida polémica, una de las más célebres de las izquierdas latinoamericanas del siglo XX. Digamos simplemente que la gran mayoría de los analistas que se han detenido en ella ha hecho abstracción de un asunto capital para poder comprenderla: precisamente, el que se haya desarrollado a distancia y, en lo fundamental, a través de la correspondencia. Señalé ya cómo la vehemente sintaxis epistolar de Haya de la Torre podía tanto producir poderosos efectos de adhesión al proyecto político que capitaneaba, como en su reverso generar rechazos y agrias enemistades que, una vez despertados, por lo general no hacían sino agravarse. El líder aprista hizo del insulto un género, y sus cartas están pobladas de descalificaciones de rivales o antiguos compañeros. Mariátegui, por su parte, no fue menos intransigente. Añadamos aquí apenas que esta restitución de la polémica al contexto material en que efectivamente tuvo lugar (que aquí apenas insinuamos), colaboraría en precisar el origen de los desacuerdos entre ambas figuras. Que no fueron tanto ideológicos —como muchas veces se ha señalado— como de choque de estilos, de proyectos políticos y de espacios de poder. Los diferendos de ideas fueron en última instancia mucho más efecto que causa de la ruptura.

Lo que me interesa es reparar en la dinámica generada por el quiebre de relaciones entre Haya y Mariátegui en la comunidad de exiliados (y en quienes habían permanecido en el Perú). Para todos ellos, aún con sus diferencias de carácter ambas figuras eran naturalmente parte de un mismo proyecto. Por caso, muchos colaboraban en *Amauta*, y varios lo siguieron haciendo virtualmente hasta la muerte de Mariátegui, en abril de 1930. También aquí hay

<sup>75</sup> *Ibidem*. La referencia epistolar a la cuestión china fue efectivamente incorporada por Heysen, que pocos después la repetía en el acto de fundación de la célula aprista de la ciudad de La Plata.

<sup>76</sup> E. Ravines a V. R. Haya de la Torre, París, 1 de mayo de 1927 (en AVDC).

<sup>77</sup> *Ibidem*.

<sup>78</sup> E. Ravines a V. R. Haya de la Torre, París, 27 de abril de 1927 (en AVDC).

<sup>79</sup> E. Ravines a V. R. Haya de la Torre, París, 1 de mayo de 1927, *op. cit.*



que decir en consecuencia que no hubo nada parecido a un alineamiento automático en “hayistas” y “mariáteguistas”, como a menudo se ha creído. Julio Portocarrero, dirigente obrero enviado por el autor de los **Siete Ensayos** al Congreso de la Internacional Sindical Roja realizado en Moscú a mediados de 1928, no sólo tuvo estrechas vinculaciones con la célula aprista de París (en su viaje pasó varios meses allí), sino que defendió enfáticamente a Haya en la capital rusa.<sup>80</sup> La distancia y las informaciones confusas o incompletas que rodearon inicialmente el conflicto, provocaron en general incertidumbre en los núcleos de expatriados, pero una vez que los términos de la disputa se hicieron mejor conocidos lo que primó ampliamente fue la búsqueda de conciliación. Heysen, que incentivado por su amigo Ravines había dejado también la Argentina a comienzos de 1928 y se había establecido en París, le escribía a Seoane:

Tus noticias han coincidido con el arribo de varios documentos de importancia y algunas cartas interesantes, enviadas desde México y Lima. Conocemos en todos sus detalles la polémica que se ventila entre José Carlos y el núcleo de Lima con Víctor Raúl y la célula de México [...] es de mayor trascendencia el que se ponga fin a una serie de irregularidades en lo que respecta a organización y disciplina, llevadas realmente “a su colmo” en estos últimos meses; y al rozamiento perjudicial, que, como consecuencia de malos entendidos, se está produciendo entre algunos líderes conspicuos de nuestro movimiento; dando origen no sólo a “su desprestigio”, sino también a su quiebra por las suspicacias que levanta entre la gente poco adoctrinada y muy apta al chisme.

La extensa argumentación tenía un corolario previsible: “la unidad del APRA debemos defenderla con valentía”.<sup>81</sup> Pero esas tratativas rápidamente se revelarían vanas. Casi en simultáneo a la carta recién citada, la polémica abandonaba el registro epistolar privado y salía a publicidad. En septiembre de 1928 el número 17 de **Amauta** se abrió con el multicitado editorial “Aniversario y Balance”, que venía a anunciar la ruptura explícita de Mariátegui con el APRA.

Aún así, algunos desterrados continuaron durante largos meses procurando por vía epistolar un posible entendimiento. Luis Heysen, en particular, parece haberse comprometido en ese empeño. Todavía en abril de 1929, abandonaba París para ir a Berlín, donde Haya se encontraba estacionado desde comienzos de ese año. Su “misión voluntaria”, según le escribía a Ravines, la de tratar de acercar posiciones, dependía de que “de ese lado del Sena y posteriormente del lado del Rímac se exteriorice buena voluntad [...] De otro modo podemos desde ya dejar que las crisis se ahonden y que el divisionismo cunda”.<sup>82</sup> Persuadido de que Ravines había tomado ya partido por Mariátegui, su amigo de aventuras

en el destierro en Buenos Aires y París trataba de ablandarlo repitiendo un argumento que él mismo había empleado dos años antes. En su encuentro con el líder aprista, le contaba,

Empezamos a referirnos punto por punto, a cada uno de los sucesos, de las historias, chismes, etc., etc. De estas conversaciones se ha afirmado en mí la convicción de que Haya es un hombre fundamentalmente oral. Cuando Haya habla, carece por completo de la acritud que usa en sus cartas. Las cartas son en mi concepto el más serio enemigo que Haya ha encontrado hasta ahora. Le he oído hablar con cordura de Mariátegui, con cariño verdaderamente fraternal de ti, de Bustamante, de del Mazo.<sup>83</sup>

Pero también esta tentativa resultaría infructuosa. Poco después Ravines le comunicaba a Mariátegui que “por lo que se refiere a nuestros amigos apristas, todo vínculo está roto”. Y en referencia a Haya, escribía secamente: “tarde o temprano tendremos que librarle combate [...] Hay que considerarlo como enemigo”.<sup>84</sup>

Disipada toda posibilidad de conciliación, sobrevendría entre ambas grandes figuras una sorda disputa por conquistarse la fidelidad política de cada uno de los desterrados. Y nuevamente las cartas —contra cualquier prevención de Heysen al respecto— jugarían un papel clave en la ejecución de esa tarea. Golpeado por el alejamiento de Ravines (que se añadía a las deserciones previas de Terreros, Hurwitz y Pavletich, atraídos a la órbita comunista), Haya encontró en Herrera, el propio Heysen, Luis Eduardo Enríquez y Rómulo Meneses, entre otros, a sus más devotos alfiles. Mariátegui, por su parte, tentó a Seoane a unirse a sus filas —obteniendo, según Julio Portocarrero, una respuesta dilatoria—<sup>85</sup> y proyectó incluso a comienzos de 1930 un encuentro con una porción de los exiliados en Santiago de Chile. Magda Portal, Serafín Delmar y Julián Petrovick acudieron a la cita.<sup>86</sup> Pero el recrudecimiento de la enfermedad y la posterior muerte de Mariátegui frustraron esos planes. En última instancia, fue su desaparición física la que puso fin a las dudas que aún envolvían a una parte de los desterrados, y allanó el camino de Haya de la Torre en horas que se adivinaban decisivas.

Y es que en efecto, golpeado tanto por los efectos económicos y sociales derivados del *crack* mundial de 1929, como por una situación política de desgaste que le había granjeado un ancho campo de enemigos, el gobierno de Leguía parecía aproximarse a su final. Cuando ese desenlace finalmente sobrevino, en agos-

<sup>83</sup> *Ibidem*.

<sup>84</sup> E. Ravines a J. C. Mariátegui, París, 24 de junio de 1929, reproducida como anexo en Alberto Flores Galindo, “Eudocio Ravines o el militante”, ahora en A. Flores Galindo, **Obras Completas**, Vol. IV, Lima, SUR, 1996, pp. 102-103.

<sup>85</sup> Julio Portocarrero, **Sindicalismo peruano**, op. cit., pp. 187-188.

<sup>86</sup> Según narra Portal, “durante mi gira por los países caribeños, alcancé a recibir alguna correspondencia, entre ella, una carta de José Carlos Mariátegui donde me anunciaba la creación del Partido Socialista en el Perú, y al mismo tiempo me invitaba a inscribirme en sus filas. Respondí a esta carta diciéndole mi situación de miembro del movimiento antiimperialista y antioligárquico APRA [...] Mariátegui me instaba a reunirnos en algún lugar de América, todos los deportados peruanos —que habíamos sido sus amigos— para tratar de dilucidar el tema en cuestión”. Magda Portal, **Trazos Cortados**, op. cit., p. 43 y ss.

<sup>80</sup> Julio Portocarrero, **Sindicalismo peruano. Primera etapa 1911-1930**, Lima, Editorial Gráfica Labor, 1987, pp. 142-157.

<sup>81</sup> L. Heysen a M. Seoane, París, 31 de agosto de 1928 (en AVDC; destacado del autor).

<sup>82</sup> L. Heysen a E. Ravines, Berlín, 10 de abril de 1929 (en AVDC).

to de 1930, fue otra vez la correspondencia el canal que vehiculizó el retorno coordinado de los desterrados apristas, prestos a transformar la comunidad transnacional que habían laboriosamente urdido por vía epistolar en un movimiento que habría de echar velozmente raíces en las masas peruanas.

## A modo de cierre

En este artículo hemos podido observar algunas funciones asumidas por la escritura y las prácticas epistolares en el seno del grupo de jóvenes peruanos desterrados provenientes del reformismo universitario. El profuso intercambio de cartas que llevaron a cabo en el período estudiado, permitió la constitución y el funcionamiento de una red (en el sentido fuerte del término), un *espacio social a distancia* en el que surgió y se desarrolló el aprismo como movimiento político.

Tanto por su praxis militante como por las imágenes y referencias explícitas relativas a lo que debía ser un revolucionario que invocaba, la comunidad desterritorializada que da inicialmente forma al APRA guarda un notable parecido de familia con los movimientos de tipo leninista. Así lo sugieren, entre otros aspectos, el énfasis que estos jóvenes otorgaron a la disciplina y a la propaganda, la importancia que prestaron a la formación y a la “ciencia marxista”, y su autopercepción como “elementos de vanguardia”.

Pero al mismo tiempo, en el marco del “voluntarismo realista” por hacerse del poder por vía revolucionaria que exhiben, la acuciante necesidad que experimentan por captar el favor de las masas los conduce ya en los años '20 a incorporar por razones tácticas rasgos de una cultura política populista que el APRA sólo desplegará acabadamente luego de 1930 en el Perú. En una carta de comienzos de 1927, Ravines daba a conocer una posición surgida en las largas jornadas parisinas de discusión y comunión con el líder trujillano:

[Haya] explica su afán de propaganda, dando como razón que el Perú y la América Latina, es sustantivamente sentimental. Además juzga acertadamente que el caudillismo como el patriotismo no se puede extirpar de golpe en nuestros pueblos, cuyas masas no se mueven por empujes doctrinarios, sino por simpatía hacia el ídolo [...] Si esto es una fuerza, hay que utilizarla hasta la saciedad. Del mismo modo el patriotismo: hay que despertar odio a EE.UU. [...] Entre los muchachos de la célula observo ya este fenómeno. Lo que es necesario hacer es extenderlo a la gran masa; inocularle amor y odio: las masas se mueven por pasiones: pues hay que agitar las pasiones, mezclándolas con las necesidades. No hay nada bueno ni malo: los fines son buenos o malos; los medios no son morales ni inmorales; son como la vida: amorales.<sup>87</sup>

Pero esa pendiente hacia el populismo no tendría lugar meramente en el terreno táctico de la *realpolitik* revolucionaria. El tipo de intercambios epistolares que hemos revisado en este artículo, portador de una economía del lenguaje dirigida a interpelar y movilizar el mundo de las emociones, colaboraría también en ese proceso.

### Resumen

Este artículo explora distintas dimensiones atinentes a las prácticas epistolares del aprismo peruano durante su período de conformación en los años '20. La abundante correspondencia que vincula a Haya de la Torre y quienes lo secundan en el exilio a una tupida red, es el escenario de tramitación de los rasgos más característicos del APRA en su primera etapa. De conjunto, este estudio muestra una singularidad pocas veces observada en la historia política latinoamericana: la de un partido que no hizo de las cartas meramente una herramienta de comunicación, sino una condición de posibilidad para su creación y posterior desarrollo.

### Palabras claves

Redes intelectuales y políticas; aprismo; exilio; leninismo

### Abstract

This paper explores the different dimensions pertaining the epistolary practices of Peruvian aprismo during its conformation in the 1920s. The vast correspondence linking Haya de la Torre and those surrounding him in exile with a dense network of correspondents stages the processing of the most characteristic traits of the first phase of APRA. As a whole, this study shows a singularity seldom observed in latinamerican political history: a party which uses letters not merely as communication tools, but also as a condition of possibility for its own creation and subsequent development.

### Keywords

Intellectual and political networks; Aprismo; Exile; Leninism

<sup>87</sup> E. Ravines a E. Cornejo Köster, París, 5 de enero de 1927 (en AVDC).





Alberto Beltrán  
"Persecución del Partido Liberal"  
Linóleo, 49.5 x 32 cm. (ca. 1959)

## Cartas antiimperialistas

# La correspondencia latinoamericana de Jorge Abelardo Ramos (1950-1960)

Martín Ribadero\*

### Introducción

Los intelectuales latinoamericanos desde inicios de la vida independiente hasta bien entrado el siglo XX han otorgado a la correspondencia un lugar central en el despliegue de diversas actividades y objetivos, ya sea en el establecimiento de relaciones de camaradería, la difusión de ideas o la consecución de variados proyectos culturales y políticos. Desde el epistolario de Manuel Belgrano de principios del siglo XIX, pasando por el de los miembros del APRA durante los años de 1920 hasta el sostenido entre Alfonso Reyes y Mariano Picón Salas durante buena parte de la pasada centuria, la correspondencia conformó un entramado a través del cual los hombres de ideas y acción construyeron vínculos y alentaron formas de intervención tanto individual como colectiva. Sin embargo, la práctica epistolar tuvo otra faceta, además de ser un medio para lograr disímiles fines. Fue un mecanismo estructurante y nodal en la constitución de un escenario para el despliegue de la vida intelectual. Si bien es claro que analizar la correspondencia reclama tener presentes diversos enfoques, lo cierto es que desde la perspectiva de la historia de los intelectuales su estudio demanda una conexión con el contexto específico en donde transcurren sus acciones.<sup>1</sup> De esta manera, el análisis de las cartas se convierte en indispensable para conocer aquellos mecanismos íntimos que comprenden la propia construcción como intelectuales y sus formas de agregación.<sup>2</sup>

El trabajo tiene como objetivo abordar la experiencia epistolar vinculada a la labor de Jorge Abelardo Ramos entre fines de 1950

y principios de 1960, tiempo en donde se detecta un ciclo de alta productividad en el espacio político-cultural tanto argentino como latinoamericano. La correspondencia analizada con diversos hombres de la cultura y la política habilita a considerar una faceta poco explorada del fundador de la “Izquierda Nacional”: por un lado, revela un uso vinculado al intercambio de diversos objetos culturales —libros, revistas, artículos— que tenían como razón principal la labor de la editorial Coyoacán fundada por Ramos en 1960; por el otro, el cultivo de una trama de relaciones solventada en una afinidad antiimperialista que al mismo tiempo impulsaba a repensar las bases del socialismo en la región.

La hipótesis del artículo pondera que el intercambio epistolar sostenido por Ramos fue un medio a través del cual logró llevar adelante diversos proyectos político-culturales, pero también formó parte de un contexto específico en donde desarrolló una práctica que tradicionalmente constituyó a todos los interesados en ser reconocidos como intelectuales. La conservación misma de su archivo y el protagonismo que adquieren sus cartas entre los materiales encontrados en nuestra investigación exige reflexionar sobre este perfil y la intención implícita de habilitar el traspaso de las cartas del ámbito privado al público, y así visibilizar su labor en el medio.<sup>3</sup> Asimismo, el trabajo intenta señalar una posible cartografía de la actividad de varios hombres de ideas enmarcados en la tradición antiimperialista y en donde la práctica epistolar conformó uno de los escenarios por el cual transcurrió un episodio no muy abordado de la vida intelectual, cultural y política latinoamericana entre fines de 1950 y principios de 1960.

\* UBA.

<sup>1</sup> Para un abordaje centrado en la correspondencia como género epistolar ver el trabajo de Nora Esperanza Bouvet, *La escritura epistolar*, Buenos Aires, Eudeba, 2006.

<sup>2</sup> Christophe Prochasson, “Les correspondences: source et Linux de mémoire de l’histoire intellectuelle”, en *Les Cahiers du Centro de Recherches Historiques*, París, n° 8, 1991, pp. 17-31.

<sup>3</sup> Un estudio profundo sobre los distintos grupos liderados por Jorge Abelardo Ramos entre 1945 y 1962 es el que se aborda en Martín Ribadero, *Marxismo y nación: discursos, ideología y proyectos culturales en los grupos intelectuales de Jorge Abelardo Ramos (1945-1962)*, tesis doctoral, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 2014.



## La correspondencia, las revistas y las redes intelectuales de Jorge Abelardo Ramos entre fines de 1950 y principios de 1960

La experiencia epistolar de Jorge Abelardo Ramos, a principios de la década de 1950, fue central en su progresiva intervención en la vida intelectual argentina. El intercambio de cartas con hombres como el ensayista y político guatemalteco Juan José Arévalo, los escritores Manuel Gálvez y Elías Castelnuovo o el crítico literario cordobés Alfredo Terzaga, pueden ser consideradas como un momento inicial en el despliegue de esta actividad. Hacia fines de 1950 y principios de 1960 el intercambio epistolar, por el contrario, ganó terreno entre sus principales emprendimientos al punto que se registra un aumento considerable de su número y una ampliación de los contactos establecidos. El historiador uruguayo Alberto Methol Ferré, el sociólogo brasileño Helio Jaguaribe, el intelectual y político Vivian Trías, el escritor boliviano Augusto Céspedes y su viejo amigo Alfredo Terzaga fueron los interlocutores más requeridos por Ramos durante esos años. La conservación de esta correspondencia no solo confirma la existencia de estos contactos sino también proporciona una vía de entrada al estudio de una serie de relaciones establecidas a nivel latinoamericano hasta hoy poco exploradas.

Las cartas funcionaban como un medio a través del cual Ramos logró encaminar sus propios proyectos políticos-culturales a fines de 1950. Sus revistas y semanarios —**Lucha Obrera** [1955], **Izquierda** [1955] y **Política** [en su primera época en 1958 y su segunda en 1961]— dependieron para su confección de colaboraciones recibidas a través de la correspondencia. Al mismo tiempo, estas publicaciones eran utilizadas como medio de intercambio con otros grupos revisteriles. Dicha situación puede constatare en las cartas que se adjuntaban a revistas como **Cadernos do Nosso Tempo** enviada por Helio Jaguaribe o las uruguayas **Nuestra Tribuna** y **Nexo** gracias a su contacto con Alberto Methol Ferré, y **Política** del periodista uruguayo Eduardo Payssé González que por aquel entonces integraba el semanario **Marcha** de Montevideo. Además de la función de mediación de contactos entre revistas, las cartas proveían comentarios sobre posibles viajes y visitas de amigos, compañeros o conocidos, como se vislumbra en una de las tantas cartas que se registran entre Alfredo Terzaga y Ramos, ante un potencial viaje a Córdoba a mediados de 1957, en razón de la aparición del libro más vendido de Ramos, **Revolución y contrarrevolución en Argentina. Las masas en nuestra historia**:

Tengo muchas ganas de verte y charlar contigo. Espero que la ocasión no demore en presentarse, si se te ocurre venir a Córdoba para desintoxicarte o si te invitan a dar alguna conferencia aquí, cosa que no es difícil que ocurra, aunque para eso hay que esperar que tu libro —Revolución y contrarrevolución en la Argentina— se mueva un poco más entre algunos “universitarios nacionales y populares”.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Carta de Alfredo Terzaga a Jorge Abelardo Ramos, Córdoba, 22 de agosto de 1957. El corpus de cartas consideradas para este artículo que no conignan un fondo particular forman parte del archivo personal del autor.

En tanto, a través de las cartas recibidas, también era advertido de visitas o encuentros impulsados por varios de sus interlocutores y con múltiples finalidades. En el primer caso se destacaba el comentario que el socialista uruguayo Vivian Trías le realizaba a Ramos de un encuentro frustrado: “a fines de julio [1959] estuve por Buenos Aires pero no me fue posible encontrarlo. Llamé a su casa y usted había salido. Mi estadía se prolongó sólo por dos días, lo que frustró nuestro encuentro”.<sup>5</sup> Con el escritor boliviano Augusto Céspedes la reunión en cambio sí ocurrió, además del intercambio de libros y opiniones sobre diversos temas en un encuentro sostenido a principios de 1962:

Vine en el avión leyendo el libro de [Arturo] Jauretche —Prosa de Hacha y Tiza—, divertidísimo, y no solo divertido sino instructivo como una lección de anatomía [...] Ya aquí —en la ciudad de La Paz— leí El partido comunista en la política argentina. Es suculento y también instructivo para hacernos saber lo que pasó en Rusia y su reflejo en los ojos bizcos de los izquierdistas nativos que miran hacia la derecha [...] Todo lo que usted escribe es fuerte, nutritivo y además sabroso, como esos asados bárbaros que devoré en Buenos Aires los tres días que estuve ahí. Lástima que no pudimos charlar sino a la medida de una taza de café.<sup>6</sup>

Pero más allá de los encuentros, viajes, visitas y relaciones que las cartas permiten considerar, el principal motivo del cultivo del género por parte de Ramos estuvo centrado en la consecución de un proyecto editorial y la publicación de libros de varios autores. En gran medida los intercambios epistolares contenían pedidos de colaboración hechos por Ramos, pero también indicaciones sobre las normas de publicación e incluso el aviso de envío de varios ejemplares impresos por parte de la editorial Coyoacán, en funciones entre 1960 y 1962. Las cartas recibidas aclaraban aspectos relacionados con las propuestas realizadas por Ramos, el envío adjunto de manuscritos originales y diversas cuestiones vinculadas con una probable distribución en varios países. Este ida y vuelta epistolar revela entonces la conveniencia de su utilización en la consecución del despliegue de una actividad editorial, pero también la capacidad que reviste en la estructuración de relaciones entre diversos agentes culturales.

La editorial Coyoacán estaba ubicada en pleno macrocentro de la ciudad de Buenos Aires. Sus operaciones de edición y pruebas tipográficas se realizaban en la librería “Del Mar Dulce” que Ramos había abierto en 1958 en la avenida Córdoba al 1300. El depósito de los libros tenía como domicilio la calle Chacabuco 1015. Centro de reuniones y de consumo de literatura de ideas, la editorial era parte de una sociabilidad mayor gracias a que la librería funcionaba en el mismo lugar. Algunos de sus visitantes regulares fueron Arturo Jauretche, Alberto Methol Ferré, Rogelio García Lupo, Ernesto Laclau, Elías Castelnuovo, Luis Alberto Murray, Fermín Chávez, José

<sup>5</sup> Carta de Vivian Trías a Jorge Abelardo Ramos, Las Piedras, Uruguay, septiembre de 1959.

<sup>6</sup> Carta de Augusto Céspedes a Jorge Abelardo Ramos, La Paz, 26 de julio de 1962.

María Rosa, Enrique Oliva, Enrique Pavón Pereyra y los miembros del grupo artístico Espartaco.<sup>7</sup> A mediados de 1962 el depósito de la editorial, sin embargo, sufrió una clausura a partir de un decreto enunciado por el gobierno de José María Guido, como parte de una política represiva contra todo aquello que podía ser considerado como manifestaciones culturales “comunistas”. En una carta abierta que Coyoacán hizo circular por varios medios de prensa, Fabriciana Carvallo, esposa de Jorge Abelardo Ramos y directora nominal de la editorial, declaraba respecto a la medida:

De acuerdo a los considerandos del mismo —del decreto—, los libros secuestrados, que constituyen todo el fondo de la editorial [Coyoacán] citada y otros de diversas editoriales que nuestra empresa distribuye, serían “comunistas”. Declaramos ante la opinión pública que nuestros libros responden a los propósitos de la cultura política nacional y nuestro catálogo incluye los autores de las más diversas escuelas y filosofías políticas, desde el ex Procurador General de la Nación, Dr. Juan Álvarez hasta Carlos Marx.

Este atentado contra la cultura hiere a una editorial argentina en momentos en que las medidas económicas que son de pública notoriedad afligen a todos los sectores de la producción nacional. Esperamos que se hagan oír las voces de los intelectuales y de todos los hombres que estiman que nuestro país necesita más que nunca una ideología realmente argentina para soluciones argentinas.<sup>8</sup>

En esta misma librería, tiempo después, Ramos y su grupo editaron el semanario **Lucha Obrera**, cuyo primer director fue Jorge Enea Spilimbergo y a partir de abril de 1964, Ernesto Laclau. De esta manera, la librería pasó a convertirse también en una imprenta al contar con linotipos propios ubicados en el subsuelo, en donde además de libros se imprimían folletos y sueltos vinculados con las actividades de propaganda y difusión del Partido Socialista de la Izquierda Nacional [PSIN] fundado en 1962.

La posibilidad de publicar a distintos autores y títulos por parte de la editorial se debió, más allá del dinero inicial invertido principalmente por Ramos, al entramado cultural cultivado a lo largo de la década de 1950. Allí están el envío de artículos, revistas, libros, viajes pero sobre todo las cartas como parte de un acervo que evidencia una red y una sociabilidad fundamentada en encuentros con amistades, compañeros y múltiples colaboradores tanto a nivel nacional como latinoamericano.

### Correspondencia y proyecto editorial: la experiencia de Coyoacán

Si se atiende a la periodicidad y cantidad de los intercambios sostenidos por Jorge Abelardo Ramos entre fines de 1950 y princi-

pios de 1960, el que tuvo con Alberto Methol Ferré fue quizás el más asiduo y rico. El mismo se fundamentó en diversos aspectos, entre los cuales la publicación de libros tuvo un lugar destacado.

Fue Methol Ferré quien en un primer momento se interesó en las ideas de Ramos a partir de su lectura del libro **América Latina, un país**, publicado en 1949 y del rescate que realizara de la figura del escritor Manuel Ugarte a través de la editorial Indoamérica.<sup>9</sup> En el primer número de la revista uruguaya **Nexo**, el historiador oriental publicó un comentario a la obra en un tono de simpatía y reconocimiento no exento de distancia. Consideraba su aparición como la emergencia de una “cabeza visible de toda una generación” que ha visto cómo se descomponía el “Estado liberal-burgués” y surgía una “revolución nacionalista democrática” que, apreciaba el historiador uruguayo, “debe constituirse, ante todo y por sobre todo, desde y para Latinoamérica.”<sup>10</sup>

En rigor, esta no fue la primera mención de Ramos en Uruguay. En 1950 durante un viaje que lo llevó a recorrer Perú, Bolivia y el país oriental, logró publicar varios artículos en distintos medios de prensa de Montevideo, como en el diario **El Debate** que dirigía Luis Alberto de Herrera y el semanario **Marcha**, bajo la dirección de Carlos Quijano. De esta manera, a principios de 1950 Jorge Abelardo Ramos parece haber establecido diversos contactos con medios y figuras del campo cultural uruguayo a partir de viajes y publicaciones. Con todo, su mayor visibilidad en este espacio, para un hombre de mediano capital cultural, sin referencias más allá de las marginales sectas trotskistas argentinas y la prensa peronista —al publicar en **La Prensa**, **Democracia** y **El Laborista**—, se debió al contacto con Methol Ferré.

A partir del año de 1950 el historiador católico uruguayo formaba parte de un grupo político-intelectual conocido como “ruralismo”, cuya línea ideológica era sumamente crítica del bipartidismo dominante en la política uruguaya y del gobierno del presidente Batlle. A mediados de la década, fue su amistad con varios de los que fueron reconocidos bajo el nombre de “generación crítica” —Carlos Real de Azúa, Roberto Ares Pons, Washington Reyes Abadie— y la publicación de la revista **Nexo**, los que le posibilitaron estar cada vez más en el centro de atención en la vida intelectual y cultural. La revista **Nexo** en sus primeros números enunciaba entre sus objetivos una vocación por colocar al Uruguay en una perspectiva regional, desde una “lucha por la unidad hispanoamericana”. Si bien, como observa Ximena Espeche, a lo largo de los años esta idea en sus páginas no tuvo un sentido unívoco, la misma posibilitó la convergencia de distintas visiones que colocaban a América Latina en el centro de un interés compartido.<sup>11</sup>

<sup>7</sup> Estos eran algunos de los visitantes regulares a la librería Del Mar Dulce, según recuerda Luis Alberto Rodríguez en una carta enviada a Víctor Ramos, hijo de Jorge Abelardo, Buenos Aires, 11 de junio de 2012.

<sup>8</sup> Fabriciana Carvallo, “Por un decreto ha sido clausurada la Editorial Coyoacán”, Buenos Aires, circa mediados de 1962.

<sup>9</sup> La reconstrucción y el análisis de la labor desarrolladas por la editorial Indoamérica se realiza en el artículo de Martín Ribadero, “Política editorial, proyecto intelectual y literatura de izquierda: notas sobre el caso de la editorial Indoamérica [1949-1955]”, en **Políticas de la Memoria**, n° 10/11/12, 2011/2012.

<sup>10</sup> Alberto Methol Ferré, “El marxismo y Jorge Abelardo Ramos”, en **Nexo**, n° 1, año I, Montevideo, 1955, p. 41.

<sup>11</sup> Para una reconstrucción del recorrido, amistades y del espacio ocupado en la vida intelectual y cultural uruguaya por Alberto Methol Ferré durante la década del cincuenta, ver el trabajo de Ximena Espeche: **Uruguay lati-**

Según se desprende del material analizado, el contacto entre Ramos y Methol Ferré comenzó en 1955. Tanto la correspondencia como los proyectos editoriales se convirtieron en las principales formas a través de la cual se entretejió su relación. Y aunque el tono inicial de las primeras cartas denota cierta distancia, con los años la cercanía y la colaboración intelectual entre ambos se acentuó. En el análisis del intercambio epistolar se detectan los puntos en común que cimentaron una amistad y al mismo tiempo apuntalaron sus propias trayectorias.

En una misiva del 29 de diciembre de 1955 Methol, al tiempo que acentuaba la apertura latinoamericanista que manifestara desde un inicio en *Nexo*, le escribe a Ramos informándole el envío del número dos de la revista, en donde en su editorial se manifestaba la presencia del componente católico que circulaba por sus páginas: “No sé si te llegó el N° 2 de *Nexo*, en el que he escrito un breve editorial, en el que se apunta nuestra línea internacional esencial, así como un exótico manifiesto teológico hecho para molestia del laicismo senil y su hermano el moralismo democristiano, que conforman nuestro mundo oficial.”<sup>12</sup> Sin embargo, el reconocido catolicismo que constituía el pensamiento de Methol Ferré no fue una diferencia sustancial que impidiera la continuidad y el afianzamiento de la relación: la enunciación del discurso latinoamericanista galvanizaba cualquier diferencia con Ramos. Asimismo, a su amparo, podía desplegarse una política de colaboración en cuyo centro predominaba una vocación de acercamiento a las realidades nacionales de América Latina. Una muestra de esta cooperación mutua fue el ofrecimiento que Methol Ferré le hiciera a Ramos instándolo a tomar contacto con el brasileño Helio Jaguaribe, en razón del interés que este sociólogo tenía en uno de los artículos aparecidos en la revista *Izquierda* que Ramos dirigió en 1955. Esta oferta, sin embargo, no le ahorra a Methol Ferré señalarle la importancia del contacto y la necesidad de actualizar el análisis de la realidad argentina que hiciera Ramos después del golpe que derrocó al gobierno de Juan Domingo Perón en septiembre de 1955:

Hace ya más de un mes que le escribí una carta. Ahora le quiero decir lo siguiente: recibí unas líneas de Helio Jaguaribe por las que me comunica tener la intención de reproducir en su revista el artículo suyo del n° 1 de *Izquierda*. Me parece fundamental, en todo sentido, actualizarlo. Las circunstancias varían y los planteos, siendo substancialmente idénticos, por las nuevas situaciones se puede afinar. Los últimos sucesos deben quedar bien claros. Y detenerse antes, al ritmo que van las cosas, es hacer casi arqueología. Yo ya les hice una brevísima relación, pero desde aquí, si bien “a-contrario sensu” de las informaciones, no se pierden las grandes líneas, las cosas comienzan a desfigurarse y vertiginosamente. Es asombrosamente inevitable.<sup>13</sup>

noamericano. Carlos Quijano, Alberto Methol Ferré y Carlos Real de Azúa: *entre la crisis estructural y la cuestión de la viabilidad nacional [1958-1968]*, tesis doctoral, UNGS-IDES, 2010, en especial p. 199 y ss.

<sup>12</sup> Carta de Alberto Methol Ferré a Jorge Abelardo Ramos, Montevideo, 29 de diciembre de 1955.

<sup>13</sup> Carta de Alberto Methol Ferré a Jorge Abelardo Ramos, Montevideo, 29 de diciembre de 1955.

En otra parte de esa misma carta, Methol Ferré además le proponía entablar otros contactos con intelectuales, políticos y agentes culturales del Uruguay. Uno de los más significativos fue el que Ramos finalmente estableció con el grupo que dirigía el diputado socialista y director del periódico *El Sol*, Vivian Trías. La aceptación por parte de Ramos de ese vínculo se tradujo, entre otras situaciones, en el viaje de un miembro no identificado de la tendencia liderada por Trías a Buenos Aires, al que Methol Ferré le instaba a “tratarlo bien” ya que “mis relaciones con ellos dependen mucho de esto. Te he defendido siempre frente a esos grupos y tus orientaciones, lento pero firmemente se abren paso”.<sup>14</sup> Algo similar sucedió años después, con otro militante socialista integrante del grupo de Trías, Eduardo Galeano. Methol Ferré decía al respecto:

[...] va para Buenos Aires un muchacho “Huges” que firma [Eduardo] Galeano [sic] en [el semanario] *Marcha*. Es muy joven y muy inteligente según referencias. Va a tentar suerte en la urbe bonaerense y está en la revista *Che*. Pero —siempre por referencias— anda muy embelesado con la corriente “coyoacaneca” y sería muy bueno que lo conocieras. [Vivian] Trías tiene muy buen concepto del muchacho, es socialista en evolución rápida.<sup>15</sup>

Como puede advertirse, esta función de *nexo* de Methol Ferré entre diversas personalidades y grupos de la vida cultural y política de la región, tuvo un capítulo destacado en las relaciones que Ramos supo cultivar con diversas personalidades.

Un aspecto saliente del vínculo entre Ramos y Methol Ferré tuvo que ver con los proyectos editoriales. El primer encuentro en torno al mundo editorial se produjo en momentos que el primero era director de la colección “La Siringa” en el sello de Arturo Peña Lillo. Antes de su ruptura con el dueño de la editorial, Ramos logró publicar *La crisis del Uruguay y el Imperio Británico* en mayo de 1960. Tiempo después, ya en Coyoacán, Ramos publicó *La Izquierda Nacional en la Argentina* con un artículo que Methol Ferré escribiera en la revista *Nexo* como estudio introductorio. Asimismo, a pedido de Ramos el historiador uruguayo prologó el libro póstumo de Luis Alberto Herrera, *La Formación Histórica Rioplatense*, aparecido mediante el mismo sello en octubre de 1961.

Ahora bien, no solamente el historiador uruguayo era requerido para participar en los proyectos editoriales de Ramos, sino también Methol Ferré era quien le solicitaba colaboración para la consecución de sus propios objetivos. Es el caso del pedido que Methol Ferré le realizó para que por su intermediación lograra convocar a diversos escritores políticos argentinos con motivo de una encuesta sobre realidad política argentina que la revista *Nexo* estaba organizando:

<sup>14</sup> Carta de Alberto Methol Ferré a Jorge Abelardo Ramos, Montevideo, 29 de diciembre de 1955.

<sup>15</sup> Carta de Alberto Methol Ferré a Jorge Abelardo Ramos, Montevideo, 19 de noviembre de 1961.

Finalmente. Es de vital importancia para nosotros, obtener éxito en la encuesta que he planteado. Me tienes que hacer un gran favor de hablarle a [Rodolfo] Puigró, [Ernesto] Palacio y [Arturo] Jauretche, para que participen. Creo que ya ni te acordarás de ella. Pero, dentro de sus limitaciones, tendría su repercusión. Por lo pronto, yo ya me tiro al agua. En el próximo número sale un primer artículo sobre porqué el uruguayo ha perdido la pista de los sucesos argentinos, como una introducción a otro ya, sobre el proceso argentino mismo. Respecto a la encuesta, haríamos una edición especial y lo distribuiríamos bien.<sup>16</sup>

Días después, Ramos le comunicaba en otra carta el resultado del pedido realizado por el historiador uruguayo:

El problema de la encuesta es el siguiente: Ernesto Palacio, atropellado por un vehículo, ha estado en peligro de muerte. Ha quedado destrozado [...] aún no he podido verle, pero me parece obviamente inoportuno pedirle nada para la encuesta de Nexo. Hablé con Jauretche: me prometió hacerlo cuanto antes, pero actualmente esta fuera de su domicilio, bajo riesgo de detención. Vive ilegalmente y es difícil contactarse con él. Trataré de recordarle mi pedido. A [Ricardo] Mosquera —director del diario Democracia— no quiero ir a hablarle, porque Democracia está hecho un pasquín innoble e infame, cipayo hasta el tuétano. He ahí donde ha ido a parar el frondizismo. Le he pedido en cambio al Dr. Juan José Hernández Arregui, profesor universitario [echado hace semanas de la Universidad por los libertadores [sic] que prepare un trabajo para Nexo. Lo está escribiendo. Es de filiación *forjista-peronista-marxistizante* [subrayado original]. Por mi parte, en dos o tres días te enviaré mi trabajo. Mañana le escribiré a [Helio] Jaguaribe.<sup>17</sup>

Finalmente, esta encuesta que proyectaba **Nexo** no se realizó. Pero el contacto con Helio Jaguaribe, gracias al enlace ofrecido por Methol Ferré, avanzó. Ramos a principios de 1956 le envió una misiva al sociólogo brasileño con el fin de establecer un intercambio permanente que incluía publicaciones y proyectos editoriales, más allá de las diferencias que pudiesen existir entre uno y otro respecto a tradiciones de origen y lugares de enunciación:

Hemos recibido en Buenos Aires dos números de vuestra excepcional revista *Cadernos do Nosso Tempo*. En Izquierda publicamos un artículo sobre el moralismo y la alienación de las clases medias, con mención de origen. Nuestro común amigo Methol Ferré me ha informado de vuestra inquietud con respecto a los problemas argentinos.

Creo que un mayor intercambio de publicaciones, ideas y noticias entre Uds. y nosotros, pese a diferencias de apreciación, puede tener valor recíproco. Debo formularle, en este sentido, un pedido: necesitamos los 3 primeros números de *Cadernos do Nosso Tempo*. Para que Uds. puedan seguir la evolución de

la situación argentina, comenzaré a enviarle regularmente nuestro semanario *Lucha Obrera*, órgano del Partido Socialista de la Revolución Nacional, de cuyo Comité Ejecutivo formo parte [...] Esperamos sus noticias.<sup>18</sup>

**Cadernos do Nosso Tempo. Revista de cultura e informação política [1953-1956]** fue una publicación académica que pertenecía al Instituto Brasileiro de Economía, Sociología y Política (IBESP) de la Universidad de Río de Janeiro. Su propuesta tenía como objetivo condensar el pensamiento del nacionalismo desarrollista para, tal como se afirma en su número inicial, “interpretar y debatir los problemas de nuestro tiempo en el Brasil”.<sup>19</sup> Helio Jaguaribe fue su director y, a la vez, una figura intelectual con muy buena llegada al Estado Federal y a las élites políticas brasileras.<sup>20</sup>

Como afirma Luis Carlos Jackson, una de las características de los jóvenes intelectuales que como Jaguaribe conformaron el IBESP era que “el compromiso político que siempre orientó ese proyecto intelectual prevaleció sobre su dimensión estrictamente científica”.<sup>21</sup> Asimismo, este instituto se convirtió en el centro de la crítica enunciada por parte del departamento de sociología de la Universidad de San Paulo debido al marcado sesgo ideológico que, evaluaba, contenían sus investigaciones. Pero más allá de esta disputa por intervenir en el proceso de modernización que afrontaba el Brasil, las principales preocupaciones tanto de la revista como de Jaguaribe estaban estrechamente relacionadas con “el desarrollo brasileiro, la búsqueda de una posición internacional de no alineamiento y de una tercera fuerza”, en oposición al escenario internacional marcado por el dominio de los Estados Unidos y la URSS.<sup>22</sup>

El interés de Ramos y Jaguaribe por establecer una comunicación e intercambio de materiales residía en la común preocupación como intelectuales atraídos por la política por los problemas que debía afrontar la región, incluso más allá de sus pertenencias teóricas y profesionales de origen. Respecto a esto último, fue Helio Jaguaribe quién hiciera explícita su postura ante las diferencias que Ramos había señalado en la carta anterior. En su respuesta, el sociólogo intentaba explicar, pero a la vez superar, posibles desencuentros “teóricos”, al punto de informarle sobre la traducción y publicación de un artículo de Ramos en un próximo número de *Cadernos*, además de instarlo a pensar juntos la integración latinoamericana como una forma del desarrollo social y económico para la región:

<sup>18</sup> Carta de Jorge Abelardo Ramos a Helio Jaguaribe, Buenos Aires, 29 de enero de 1956.

<sup>19</sup> Presentación, *Cadernos do Nosso Tempo*, año I, n° 1, octubre-diciembre, 1953, p. 1.

<sup>20</sup> Un estudio profundo sobre esta publicación es el que realiza la historiadora brasileira María Emilia Prado, en su trabajo “A revista *Cadernos Do Nosso Tempo* e a formulação do projeto desenvolvimentista”, en Regina Crespo (Coord.), *Revistas em América Latina: projetos literários, políticos e culturais*, México, Universidad Autónoma de México, 2010.

<sup>21</sup> Luis Carlos Jackson, “Generaciones pioneras de las ciencias sociales brasileñas”, en Carlos Altamirano (Dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Montevideo, Editorial Katz, 2010, p. 634.

<sup>22</sup> Simón Schwartzman, “O pensamento Nacionalista e os “*Cadernos do Nosso Tempo*”, en *Câmara de Diputados y Biblioteca del Pensamiento brasileiro*, Brasília, Biblioteca del Pensamiento Político Republicano, vol. 6, 1981.

<sup>16</sup> Carta de Alberto Methol Ferré a Jorge Abelardo Ramos, Montevideo, 29 de diciembre de 1955.

<sup>17</sup> Carta de Jorge Abelardo Ramos a Alberto Methol Ferré, Buenos Aires, 7 de enero de 1956.



Tenho o prazer de lhe enviar, junto a esta, o nº 5 de Cadernos do Nosso Tempo, recém publicado. Tomamos a liberdade de traduzir e publicar seu excelente trabalho sobre a queda de Peron, saído no nº1 de Izquierda. Foi la melhor coisa que até hoje li sobre o peronismo e os fatores de sua ruína. Sería inútil salientar-lhe que, embora nos tenhamos sentido muito honrados com a publicação, no nº 2 daquele periódico, de nosso estudo sobre o moralismo, não nos moveu, ao publicarmos seu artigo, nenhuma idéia de retribuição ou cortezia, mas apenas nosso interesse em divulgar um trabalho tão penetrante e lúcido.

Desajaría, à margem desse fato, lhe dizer que a ressalva que incluímos, na nota em que o apresentamos ao público brasileiro, a respeito do seu "trotskismo", teve, sobretudo, um caráter tático. Não somos, certamente, trotskistas, nem mesmo marxistas, embora alguns de nossos companheiros se coloquem na linha de [Karl] Marx e todos nós consideremos a obra de Marx como de fundamental importância.

A razão, todavia, pela qual apresentamos aquela ressalva foi a de evitar a confusão deliberada que a imprensa reacionária, no Brasil, procura causar entre peronismo e comunismo. Permito-me, encerrando esta, recomendar-lhe a leitura, dentre os trabalhos publicados neste último número dos Cadernos, do intitulado "Para uma política nacional de desenvolvimento". A despeito de ser um estudo da situação brasileira, esse trabalho me parece apresentar interessantes indicações teóricas sobre o subdesenvolvimento e as condições de sua superação, válidas para outros países além do Brasil, notadamente os da América Latina.<sup>23</sup>

Un capítulo importante de este lazo se tradujo en la publicación por parte del sello Coyoacán del libro de Jaguaribe, **Burguesía y proletariado en el nacionalismo brasileño** en 1961. El envío de ejemplares al autor y las felicitaciones que éste le extendía sobre la calidad de la traducción, convivían con un mayor ahínco en el proyecto de unidad latinoamericana:

Sou-lhe muito grato pelo trabalho que se deu de traduzir, sob o título *Burguesía y Proletariado en el Nacionalismo Brasileño* a la 1ª parte de meu livro *O Nacionalismo na Atualidade Brasileira*. Recibí, há alguns dias, de Librería Del Mar Dulce, 10 exemplares de sua tradução e ainda a coleção completa das obras até agora editadas por Coyoacán. Causou-me excelente impressão a qualidades das obras editadas, algumas das quais me parecem essenciais para a compreensão do processo histórico argentino. Sua tradução de meu livro me pareceu excelente. A 1ª parte do texto original, que foi a traduzida, é realmente, a que apresentava interesse mais geral. porquanto a 2ª parte lida mais particularmente com problemas internos do Brasil, exceção feita à sua 3ª e última Seção, que trata de política exterior. É um "leitmotiv" de minhas idéias a esse respeito a necessidade de se tornar cada vez mais consciente o público brasileiro e argentino da necessidade de coordenar a política exterior de ambos os países. Argentina-Brasil no âmbito mais restrito (e

mais apreciável) da América do Sul e, México-Brasil-Argentina no âmbito mais largo de América Latina me parecem constituir os eixos necessários de qualquer política exterior, que pretenda assegurar, no plano internacional, a defesa dos nossos interesses.<sup>24</sup>

Es entonces que, a partir del análisis de los motivos editoriales que impulsaron este acercamiento entre Ramos y Jaguaribe, que puede apreciarse mejor el aspecto nodal que constituyó el tejido de esta red de colaboración efectuada a través de la correspondencia.

La traducción del libro de Jaguaribe estuvo a cargo de Lidia Abelenda, una conocida de Methol Ferré. Fue también a través de ese mismo contacto que Coyoacán pudo traducir otro libro: **Imperialismo y Angustia** del psiquiatra y sociólogo brasileiro Claudio de Araújo Lima.<sup>25</sup> En enero de 1962, el historiador uruguayo le envió finalmente el texto traducido pero realiza una observación sobre la conveniencia de su publicación:

Lidia Abelenda ya me entregó la traducción y va con estas por correo. No sé cuánto son sus honorarios, pues ella está con licencia [...] He leído el librito del brasileiro y me parece prudente que lo leas antes de imprimirlo. Lo único bueno que tiene es el título. Es un hombre curioso, pues si ideológicamente usa elementos de la crítica marxista al imperialismo, existencialmente es un conservador, un hombre que añora los tiempos dorados de las buenas costumbres de la República oligárquica anterior a 1930. Y digo elementos, por no decir esquilas. Del proceso posterior a 1930 sólo ve negatividad, y es un nostálgico de las costumbres europeas y patriarcales.<sup>26</sup>

A pesar de estas consideraciones de su amigo uruguayo, Ramos publicó el libro de Araújo de Lima con una autorización específica por parte del autor y con un prólogo en el cual se recogen los señalamientos hechos por Methol Ferré. Se consideraba que su estudio aborda "uno de los temas más apasionantes de la realidad continental: los efectos que la penetración imperialista ejerce en la 'superestructura' de la sociedad brasileña". Pese a advertir los "elementos [de] 'nacionalismo tradicional anacrónico'" que sus páginas apadrinaban, evaluaba que su aparición es una "contribución al esclarecimiento del estilo de existencia en las ciudades-puertos de las semicolonias".<sup>27</sup>

<sup>24</sup> Carta de Helio Jaguaribe a Jorge Abelardo Ramos, Río de Janeiro, 13 de octubre de 1961.

<sup>25</sup> Claudio Araújo Lima fue un importante psiquiatra y sociólogo brasileiro. Experto conocedor de la obra de Stefan Zweig, a principios de 1951 fundó junto a Gregorio Bermann la *Revista Latinoamericana de Psiquiatría*, llegando a publicar doce números. Datos extraídos del trabajo de José Luis Fitó, "Gregorio Bermann: reformista, pensador y psiquiatra", en *Red Iberoamericana de Historia de la Psiquiatría*, disponible en línea: <http://www.investigacion.cchs.csic.es/rihp/Temas6/bermann> [consultado el 15 de agosto de 2013]

<sup>26</sup> Carta de Alberto Methol Ferré a Jorge Abelardo Ramos, Montevideo, 23 de enero de 1962.

<sup>27</sup> Andrés Weinstein, "Advertencia", en *Imperialismo y Angustia*, Buenos Aires, Editorial Coyoacán, 1961, p. 2.

<sup>23</sup> Carta de Helio Jaguaribe a Jorge Abelardo Ramos, Río de Janeiro, 2 de abril de 1956.

Como puede apreciarse, el imperialismo y sus efectos en América Latina fueron los temas principales que otorgaban sentido al intercambio epistolar y a la circulación de proyectos editoriales. En esta misma línea pueden ubicarse las razones que impulsaron los contactos con Juan José Arévalo y Vivian Trías y la publicación de sus respectivas obras. Además de la correspondencia, el vínculo con estos hombres que conjugaban el mundo de las ideas y la acción política, estuvo supeditado por el interés que tanto Arévalo como Trías tenían por publicar sus trabajos en un mercado como el argentino que, a pesar de los vaivenes, atravesaba un momento de esplendor en cuanto al consumo de libros.<sup>28</sup>

El vínculo de Ramos con Juan José Arévalo había empezado a principios de 1951. Después de haber ocupado la presidencia de Guatemala, había iniciado un viaje por varios países de América Latina que lo llevó a visitar Argentina. Allí, conoció a Ramos e inmediatamente trabaron una relación que duró, con intermitencias, hasta principios de 1960.<sup>29</sup> Y aunque finalmente Arévalo no publicó bajo el sello Coyoacán, la camaradería y el intercambio de propuesta a través de la correspondencia fueron evidentes. Recordemos que Arévalo había cumplido con otra función en este entramado, además de haber sido un valioso interlocutor. Al igual que Methol Ferré, desplegó un rol de nexo con otros grupos intelectuales latinoamericanos. Fue gracias a su gestión con los apristas peruanos exiliados en Montevideo después del fracaso de la insurrección contra el gobierno de Manuel Odría que en 1954 había podido tomar contacto con el peruano Ezequiel Ramírez Novoa.<sup>30</sup> De esta relación surgió en 1955 la publicación de un libro de este escritor y político por parte de otra editorial que tuvo Ramos llamada *Indoamérica [1949-1955]*, y que llevó por título **La farsa del panamericanismo y la unidad latinoamericana**. Y aunque años después el contacto entre Ramos y Arévalo pareció espaciarse, una carta de 1961 enviada por éste desde la ciudad de Caracas evidencia la conservación del vínculo, la importancia de la publicación de libros y el deseo de Ramos por instituirse como un agente editor en algunos países latinoamericanos:

Muy recordado Jorge:

Recibí hace días sus amables líneas de... septiembre, quizás, porque venían sin fecha. Celebré muchísimo el re-encuentro epistolar, así como la noticia de que vuelven ustedes "a la calle" en materia editorial. No he recibido el paquete anunciado. Desórdenes de las oficinas postales ha motivado, sin duda, la demora. Aquí en Caracas, desde hace unos días, el correo anda con "sus" problemas.

Siento en el alma —como diría un bolero mexicano— no disponer de esas 60 carillas que usted me solicita sobre "un tema a

elección". Las tengo *in mente*, como diría un latinista, pero las cátedras no me dejan tiempo para ocuparme de nada fuera de los temas que ellas programan. Llevo ya tres años de servicios docentes, y por ello estoy pensando buscar la forma de tener el tiempo libre para escribir lo que me falta en materia política [...] No tengo relaciones estrechas con ningún librero distribuidor. El mejor consejo que para ello le puedo dar es que se comunique allí en Buenos Aires con su colega editor Gregorio Selser, quién tiene ya experiencia con distribuidores suyos en Caracas. Él conoce gente de izquierda consagrada a eso.<sup>31</sup>

Por su parte, la correspondencia con otro intelectual y político como Vivian Trías, además de estar originada en la búsqueda de un interlocutor preocupado en los temas de actualidad política, evidencia el interés compartido en la edición y publicación de libros. Como vimos, la posibilidad del trato entre Ramos y Trías estuvo relacionada con la mediación brindada por Alberto Methol Ferré. A pesar de las distintas culturas políticas de origen entre Methol Ferré y el diputado socialista, el "tercerismo" antiimperialista y una crítica a los partidos políticos tradicionales habían posibilitado la convergencia de posiciones en el cambiante panorama ideológico del Uruguay. A estas razones, habría que sumar el proceso de "nacionalización" que experimentó un sector de la izquierda uruguaya, y que tuvo a Trías como a uno de sus principales exponentes. Su idea, como señalan Gerardo Caetano y Adolfo Garcé, era convertir al Partido Socialista en un instrumento poderoso en la lucha de la liberación nacional, recurriendo para ello a las mejores tradiciones nacionales.<sup>32</sup>

Aunque actualmente no es posible acceder al archivo personal de Trías, las cartas conservadas por Ramos confirman la relación e iluminan aspectos interesantes del funcionamiento de esta red rioplatense. En una carta que Trías le escribió a Ramos en 1959 se aprecia el tipo de contacto establecido, por lo menos hasta mediados de la década de 1960. El ánimo que prima es el de estrechar lazos, intercambiar pareceres sobre la situación política en ambas márgenes del Río de La Plata y propuestas de publicación:

Estimado amigo Jorge Abelardo Ramos:

En el día de ayer el común amigo [Alberto] Methol [Ferré], me telefoneó comunicándome su deseo de recibir algunos artículos míos. Según Methol, ya que entiendo ustedes hablaron por teléfono y en una comunicación poco audible, no entendí bien cuáles artículos se trataba. En previsión de que se trate de material para publicar en su editorial, le adjunto algunos trabajos y le ruego lea la siguiente aclaración. A fines de julio estuve en Buenos Aires, pero me fue imposible encontrarlo. Llamé

<sup>28</sup> Para un cuadro general de la situación del mundo editorial argentino del período ver el artículo de Amelia Aguado, "1956-1975. La consolidación del mercado interno", en José Luis de Diego (Dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

<sup>29</sup> Arévalo dejó testimonio de su encuentro y relación con Jorge Abelardo Ramos en su libro *Escritos Contemporáneos*, Guatemala, Editorial Canaltex, 1988.

<sup>30</sup> Una reconstrucción del mundo aprista en el exilio durante 1950, y específicamente en la ciudad de Montevideo, es la que proporciona Nelson Manrique en su libro, "¡Usted fue aprista!" *Bases para una historia crítica del Apra*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009.

<sup>31</sup> Carta de Juan José Arévalo a Jorge Abelardo Ramos, Caracas, 14 de octubre de 1961.

<sup>32</sup> Gerardo Caetano y Adolfo Garcé, "Ideas, política y nación en el Uruguay del siglo XX", en Oscar Terán (Comp.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004, p. 340. Sobre las tensiones que experimentó en su interior el Partido Socialista uruguayo a principios de 1960, ver el trabajo de Ana Laura de Giorgi, *Las tribus de la izquierda en los 60: bolches, latas y tupas. Comunistas, socialistas y tupamaros desde la cultura política*, Montevideo, Fin de Siglo Editorial, 2011, en especial, p. 21 y ss.





a su casa y usted había salido. Mi estadía se prolongó solo por unos días, lo que frustró nuestro encuentro. Mi propósito, al querer conversar con usted era doble.

En primer lugar, cambiar impresiones sobre la situación argentina y los sucesos de Uruguay, donde parece reeditarse —por lo menos en lo económico— la imagen de su país. Ya tenemos aquí el informe del Fondo Monetario [Internacional], estamos en las vísperas del cambio libre, la libre empresa y todo el aditamento. La oligarquía está haciendo las ganancias más fabulosas de su historia y el pueblo en tren de pauperizarse vertiginosamente. El clima social y político empieza —¡por fin a cambiar!— a agitarse en este tibio y anodino rincón mimado del imperialismo. Estamos muy cerca de concretar la Central Única de Trabajadores y la conciencia hacia un movimiento nacional y popular con activa participación obrera y socialista camina. El proceso es lento. Lo reconozco. Pero no olvidemos que por años fuimos el centro medular del bombardeo ideológico del imperialismo y que en Montevideo, manifestaciones populares han gritado a favor de sus agresiones y sus crímenes.<sup>33</sup>

Llamados telefónicos, viajes, sensibilidad antiimperialista y correspondencia conformaron los medios a través de los cuales se inició la relación entre Trías y Ramos. Pero fueron sobre todo las propuestas de edición de libros las que alentaron el encuentro entre estos hombres de izquierda en franca ruptura con sus propias tradiciones de origen. Trías, en esa misma carta, agregaba al respecto:

[...] esto es lo que en parte me ha impedido cumplir con usted y escribirle el ensayo para sus ediciones. Y ese era mi segundo propósito. Explicarle por qué le había fallado. Además, de lo dicho, he escrito un trabajo ya en prensa sobre “Reforma agraria, industrialización y revolución nacional en el Uruguay” y a todo vapor estoy trabajando sobre otro tema: “El imperialismo, el Fondo Monetario y el Uruguay” [...]. Los artículos que le envío juntos, constituyen una serie que completa nuestras ideas sobre el proceso histórico del capitalismo y la rebelión de las colonias. En nuestro primer esbozo de la “revolución nacional” [...] Creo que podrían publicarse en el orden en que los adjunto, quitando al llamado “El ocaso de Europa”, la última parte separada con una marca. He introducido algunas correcciones gramaticales. El conjunto podría titularse “El socialismo y la rebelión de las orillas” [...] Dejo el asunto a su elección, ya que no sé con precisión lo que usted desea. Le ruego conteste esta y me informe si es posible que nos veamos a la brevedad. Tengo enorme interés en conversar con usted sobre nuestra actual situación.<sup>34</sup>

Los textos enviados, finalmente, fueron publicados en 1960 por la editorial Coyoacán bajo el título **El imperialismo británico en el Río de La Plata**. A la conformidad de Trías por la edición realizada se le sumó una propuesta de editar una colección de libros en Coyoacán. Después de un viaje del socialista uruguayo a Buenos

Aires, a fines de 1963 Ramos le envió una carta en donde le informaba los pormenores de los costos y financiación de un futuro proyecto de publicación:

Le escribo para hacerle una aclaración sobre nuestra conversación en la Casa del Pueblo. Es acerca del presupuesto de los libros que Vd. proyectó editar en la colección Coyoacán. Recordará Vd. que hablamos sobre los precios de imprenta vigentes en Uruguay. Vd. me decía que en Montevideo un libro tipo Coyoacán, de unas 64 páginas, a 3000 ejemplares resultaba no menos de 4 o 5 pesos oro. Quedamos que aquí podía hacerse casi a la mitad, lo que es cierto. Pero cuando finalizamos de conversar, me parece que convenimos en que al entregar los primeros originales, con motivo de mi próximo viaje, se entregaría el 50% del importe del costo e impresión, o sea unos \$1500 pesos oro. Era erróneo el cálculo, pues el 50% del costo del libro en Buenos Aires asciende al doble. Esto no altera el concepto central, sino que estas líneas tienden a salvar el error cálculo, ya que en Buenos Aires, según sabemos un libro del tipo de Coyoacán [64 páginas] resulta el equivalente exacto de \$6600 oro el total de la edición, o sea menos de \$2.20 el ejemplar. Esto significa, en resumen, que el 50% del precio de la edición, sería \$3300 oro.

Pienso viajar a Montevideo alrededor del 25 de este mes. Lo llamaré para conversar de este y otros asuntos de mutuo interés. Antes de mi viaje, recibirá el número 5 de Izquierda Nacional. Espero que el anterior le haya gustado.<sup>35</sup>

Más allá de diferencias de tradiciones políticas e intelectuales que existían entre hombres como Methol Ferré y Vivian Trías, la correspondencia de Jorge Abelardo Ramos sugiere evidenciar en el interés común entre todos estos hombres de ideas por articular y expandir una red de colaboración y camaradería anclada en el antiimperialismo, pero también en publicaciones de libros, como en parte lo revela la publicación en junio de 1961 de un pequeño estudio realizado por otro integrante de la revista **Nexo**, Roberto Ares Pons titulado **Uruguay: ¿Provincia o Nación?**.

## Consideraciones finales

El artículo tuvo como objetivo realizar un estudio de la correspondencia de Jorge Abelardo Ramos sostenida con diversos intelectuales y políticos latinoamericanos entre fines de 1950 y principios de 1960. Es posible afirmar que estos contactos coincidieron con el ciclo más productivo de Ramos en la vida político-cultural, a partir de la utilización de varias mediaciones con el fin de llevar a buen puerto disímiles proyectos político-culturales y una red de relaciones tanto a nivel nacional como latinoamericano. Entre todas ellas, la correspondencia ocupó un lugar central. Aunque no se ha podido acceder al total de las cartas, esquelas y telegramas, el estudio de una parte de ese material ha iluminado un aspecto bastante opaco en las consideraciones que en

<sup>33</sup> Carta de Vivian Trías a Jorge Abelardo Ramos, Las Piedras, septiembre de 1959.

<sup>34</sup> Carta de Vivian Trías a Jorge Abelardo Ramos, Las Piedras, septiembre de 1959.

<sup>35</sup> Carta de Jorge Abelardo Ramos a Vivian Trías, Buenos Aires, 5 de noviembre de 1963.

general se han enunciado sobre este intelectual de izquierda: su vínculo con la escritura epistolar y el cultivo de un género fundamental en el entramado de una vida intelectual. Las cartas permitieron observar los contactos personales establecidos con diversos ensayistas, historiadores, sociólogos y escritores argentinos y latinoamericanos. La afinidad que amalgamaba tales relaciones tenía como horizonte una común postura antiimperialista de vasta tradición en la región. Sin embargo, en razón del análisis efectuado, el motivo central de la correspondencia estuvo ligado al despliegue de la actividad editorial, sostenida en la propia búsqueda de Ramos por continuar con sus intereses en el mundo editorial y del libro, en el marco de una cultura de izquierdas que en Argentina atravesaba una profunda revisión.

En efecto, la editorial Coyoacán y la publicación de libros de diversos hombres de letras latinoamericanos estuvieron entre los principales impulsos que generaron la escritura y recepción de cartas, y entre los temas que ponderaban con mayor repetición. Y es que el trabajo editorial para Ramos fue vital en la búsqueda de revisar la tradición socialista en Argentina, a partir de un trabajo de edición y publicación de títulos y autores latinoamericanos procedentes de distintas vertientes que evaluaban, diagnosticaban y profetizaban sobre los caminos a través de los cuales América Latina podía allanar su unificación al derrotar al imperialismo. Pero el intercambio de cartas suponía asimismo desarrollar una labor que desborda la acción editorial o la difusión de ideas. Era parte nodal en la construcción de un mapa de vínculos cuya finalidad estribaba en el establecimiento de afinidades y emprendimientos, unidos por el común deseo por desandar un camino en la vida intelectual y cultural de la región.

### Resumen

En diversos momentos del siglo XX América Latina fue un escenario en el cual sus intelectuales instauraron una activa y expandida red de colaboraciones, intercambios, viajes y afinidades culturales, políticas e ideológicas. En esa larga zaga la correspondencia ha tenido un papel destacado en las izquierdas de la región. La circulación de ideas y hombres a partir de la Reforma Universitaria, los contactos y colaboraciones sostenidos por una editorial como Claridad o las encabezadas por los apristas, configuraron los puntos más sobresalientes de un tejido hecho de cartas, que incluyó a instituciones de la cultura de izquierdas como fueron los Partidos Comunistas y Socialistas. Uno de los capítulos salientes pero poco advertidos de esta trama fueron las conexiones y solidaridades cultivadas por Jorge Abelardo Ramos con diversos intelectuales, políticos y militantes latinoamericanos entre las décadas de 1950 y 1960. De notorio vitalismo y productividad político-intelectual, Ramos se destacó en esos años por ser un ferviente impulsor y animador de una red propensa al intercambio de correspondencia —y a través de esta, de libros, artículos, propuestas editoriales, etc.— e ideas al amparo de un discurso antiimperialista, con hombres como Juan José Arévalo, Ezequiel Ramírez Novoa, Vivian Trías, Alberto Methol Ferré, Helio Jaguaribe y Alfredo Terzaga.

### Palabras clave

América Latina; Correspondencia; Redes intelectuales; Antiimperialismo

### Abstract

During the XXth century, Latin America was an scenery in which intellectuals developed and active and wide net of collaborations, exchanges, trips and cultural, political and ideological affinities. In that long road, mail connections have had a fundamental role among the regional lefts. The circulation of ideas and persons since the Reforma Universitaria, contacts and collaborations held by an important publishing house such as Claridad or those conducted by the apristas, where the highlights of a cloth made of letters, that included left culture institutions as Communists and Socialists Parties. One of the significant —although less analyzed— points in this weave, were the connections and solidarities cultivated by Jorge Abelardo Ramos with several latinamerican intellectuals, politicians and activists during the 1950's and 1960's decades. Ramos displayed an intense intellectual and political productivity and encouraged a net of mail exchanges, involving books, articles, publishing proposals, etc., characterized by an antiimperialist discourse, with men like Juan José Arévalo, Ezequiel Ramírez Novoa, Vivian Trías, Alberto Methol Ferré, Helio Jaguaribe and Alfredo Terzaga.

### Keywords

Latin America; Letters; Intellectual net; Antiimperialism.



Jesús Escobedo  
"Escuelas pobres y Universidad suntuosa"  
Linóleo 30 x 22 cm. (1960)

## Cartas desde la prisión a la fábrica

# Un análisis de la correspondencia entre los obreros clasistas presos y los intelectuales de la secretaría de prensa del SiTraC

Adrián Celentano\*

Perdoname que escriba tan mal y con muchas faltas de ortografía, pero cuando estas líneas son para saludar a un compañero no interesa, más aún cuando este compañero junto con una Comisión y un Cuerpo de Delegados están luchando contra la patronal, la burocracia y la dictadura.

Carta de Vicente Camolotto a Carlos Masera (11/06/1971).

La carta del epígrafe, enviada desde prisión por un delegado obrero a otro en libertad, expone la confianza compartida en la fuerza de la organización obrera independiente construida por los legendarios sindicatos SiTraC (Sindicato de Trabajadores de Concord) y SiTraM (Sindicato de Trabajadores de Materfer). Desde la asamblea autoconvocada el 23 de marzo de 1970, esos sindicatos habían iniciado un proceso de radicalización de los dirigentes y las bases que trabajaban en las plantas automotrices FIAT de la ciudad de Córdoba. Un año después, las fuerzas militares detuvieron a un grupo de delegados obreros y miembros de la comisión directiva de esos sindicatos. Camolotto, Gregorio Flores y otros delegados del SiTraC fueron llevados al Penal de Rawson mientras que el abogado de ese sindicato, Alfredo “Cuqui” Curutchet, fue encerrado en la Cárcel de Villa Devoto. En una segunda oleada represiva (desplegada el 26 de octubre de 1971), la policía y la gendarmería, avaladas por el III Cuerpo del Ejército argentino, entraron en las fábricas, tomaron los locales sindicales, rodearon los barrios obreros y allanaron, sin orden judicial, las casas de los trabajadores mecánicos. Entonces fueron apresados más de doscientos obreros de la empresa FIAT de Córdoba; entre ellos otros delegados y miembros de las comisiones directivas. Unos meses después, en una operación que se proponía terminar de descabezar la protesta obrera cordobesa, fue apresado Agustín Tosco; el dirigente combativo de Luz y Fuerza fue recluido primero en Villa Devoto y luego en Rawson.<sup>1</sup>

Los militantes de SiTraC-SiTraM, que en marzo de 1971 habían protagonizado la insurrección obrera y popular bautizada como “Viborazo”, permanecieron presos durante casi dos años, periodo en el que intercambiaron cartas tanto con los miembros de la comisión directiva —varios de ellos en la clandestinidad— como con la secretaria de prensa del SiTraC, la ensayista Susana Fiorito, y con su pareja, el escritor Andrés Rivera, entonces militante del grupo maoísta Vanguardia Comunista y director de su periódico **No Transar** (1965-1978).<sup>2</sup> Varias de esas cartas traspasaron la esfera privada para transformarse en documentos de lo que podríamos identificar como la *práctica política obrera*. En efecto, esas cartas circularon de mano en mano dentro de las fábricas, fueron leídas en voz alta en las asambleas obreras o incluso fueron publicadas como cartas abiertas.

Una docena de las cartas que componen esa correspondencia fue conservada en el Archivo del SiTraC.<sup>3</sup> Junto a las cartas se encuentran cientos de documentos y boletines sindicales, algunos folletos y propaganda de las organizaciones de la nueva izquierda, recortes periodísticos de la prensa local y nacional, y presentaciones judiciales realizadas por los obreros luego de ser despedidos de la FIAT. Papeles que componen una versión local de ese “archivo del sueño clasista” que supieron soñar los obreros desde el siglo XIX y del que durante el siglo XX encontraron realizaciones diversas.<sup>4</sup>

De este amplio *corpus*, que nos permite iluminar la práctica de *carácter intelectual* —y no únicamente *político*— que desplegaron los obreros cordobeses en su proceso de radicalización, las páginas que siguen se concentran en las cartas cruzadas por los militantes presos con los obreros y los intelectuales que inten-

\* CISH-IdIHCS-UNLP.

<sup>1</sup> Además de Flores y Camolotto, fueron llevados al penal de Rawson: los obreros mecánicos Pedro Saravia, Raúl Arguello, Gabriel Morel y Julio Vargas (quien rápidamente recuperó la libertad), la abogada Susana Buonic y el dirigente de Obras Sanitarias Anibal Iscaro. En la cárcel de encausados de Córdoba fueron detenidos Alberto Giraud y Miguel Ángel Rodríguez, ambos pertenecientes al SiTraC, además del afiliado del Sitram José Ferrero. De la dirección del SiTraC quedaron libres: Carlos Masera (secretario general), Domingo Bizzi (secretario adjunto), Rafael Clavero (secretario de prensa) y Santos E. Torres (secretario de organización). También permaneció libre Lorenzo Díaz (secretario general del SiTraM). SiTraC-SiTraM constituyeron entonces una vertiente “clasista” que se diferenció de la vertiente “de liberación”, encabezada por Tosco. Mientras la primera se asoció a los grupos de la nueva izquierda, la segunda se vinculó al Partido Comunista.

<sup>2</sup> Entrevista del autor a Jorge Watts (marzo de 2014).

<sup>3</sup> Actualmente, el archivo está disponible en línea: <http://www.archivositrac.org.ar/el-archivo/> última visita: 10/08/2014.

<sup>4</sup> Jacques Rancière, *La noche de los proletarios*. Archivos del sueño obrero, Buenos Aires, Tinta Limón, 2010; Alain Badiou, *El siglo*, Buenos Aires, Manantial, 2009.

taban continuar la experiencia política en la fábrica. A través de la lectura de la correspondencia, nos proponemos reconstruir, por un lado, el tipo de vínculo tramado entre los obreros que desataron el Viborazo y los intelectuales ligados a los sindicatos combativos y a la “nueva izquierda”<sup>5</sup> y, por el otro, los primeros balances en torno de las experiencias clasistas. Entre esos balances se encuentra un borrador sobre el Cordobazo y el Viborazo, redactado en 1971, que Gregorio Flores publicó más de veinte años después y que hoy es un texto clásico de la militancia clasista—y que, como veremos, no sólo se exponen muchas experiencias sino también se marginan otras.<sup>6</sup> Finalmente, con esta reconstrucción de la trama material e intelectual también buscamos poner de relieve la significativa información que ofrece la correspondencia para los estudios sobre la historia reciente.

### Escribir para organizar

La clásica obra *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976* de James Brennan no podía dejar de dedicar un voluminoso capítulo a los obreros clasistas de FIAT. En la reconstrucción del proceso de radicalización obrera (desplegada entre 1969 y 1972), Brennan menciona la incorporación de militantes de izquierda a los sindicatos clasistas, pero no avanza sobre el tipo de vínculo que se habría tramado allí.

A los ojos de los militantes izquierdistas, el status obrero connotaba de inmediato una superioridad moral y una predisposición revolucionaria innata. En la sede de los sindicatos habían aparecido voluntarios, ofreciéndose a mecanografiar los volantes y comunicados de SITRAC-SITRAM, editar sus periódicos, hacer diligencias y cumplir cualquiera de las demás tareas necesarias para administrar los sindicatos industriales, cuya cantidad de afiliados se contaba por miles. De manera más significativa había comenzado el lento y dificultoso proceso de politizar a las bases, obteniéndose logros importantes.<sup>7</sup>

Efectivamente, la lectura de la prensa y las cartas muestra que los “voluntarios” estuvieron a la cabeza de la intensa actividad intelectual desarrollada por los sindicatos clasistas. Pero esa lectura también sugiere que los voluntarios clave, Susana Fiorito y Andrés Rivera—dos intelectuales que ya contaban con cierto reconocimiento y formaban parte de la nueva izquierda—, no tendieron a ligar de modo inmediato el status obrero con la superioridad moral y la predisposición revolucionaria innata. Más bien, las tres cartas que redac-

taron a los obreros muestran que habían realizado una apuesta política que sabían plagada de dificultades. Fue frente a la complejidad ideológica del movimiento obrero argentino que Rivera y Fiorito decidieron participar de la prensa del sindicato y con ello de la orientación de la vanguardia obrera que debía reconstruir la relación entre el marxismo revolucionario y las masas trabajadoras.

En julio de 1971, luego de que el Estado detiene a varios líderes del SiTraC, Fiorito y Rivera envían una carta a los obreros presos en Rawson a través de la que les proponen una encuesta. Se lee en esa carta:

Queridos compañeros:

A nadie se le escapa —y mucho menos a Uds.— que la vida de un preso político es nota de primerísima prioridad para un periódico clasista (y aun para otros que no lo son) como SITRAC. A propósito de éste, es preciso que tengan presente la real repercusión que tuvo la carta de Gregorio a C.M. [Carlos Maserá]. Ella fue mimeografiada y difundida en planta, y también entre los organismos estudiantiles y tendencias sindicales antiburocráticas.

Las cartas que hemos recibido de uds. muestran la talla de verdaderos militantes, un evidente proceso de avance en su conciencia, y, especialmente en la de Gregorio, una capacidad de análisis propia de quien se ha comprometido a fondo con las vetas más revolucionarias del movimiento obrero. Es por eso que queremos pedirle a Saravia y Camolotto autorización para imprimir también en mimeógrafo las cartas que ellos nos llegaron hace algunas semanas por medio de C.

Pero, además, pensamos que resulta importante que los lectores de SITRAC, periódico que, como las banderas de los sindicatos de Fiat, trasciende los límites de la provincia, muestre los cambios operados en militantes como Uds. Y de eso se trata: no de cambios en abstracto, producidos por una magia misteriosa e inasible, sino por la relación concreta que se establece entre un miembro avanzado de la clase y los muros de la cárcel del régimen. Si se es activo y militante afuera, si la fe en el triunfo del socialismo no declina afuera, rodeado por los compañeros y la vanguardia del proletariado, no hay razones para suponer que eso ocurra *adentro*. Por el contrario, con todas las limitaciones que impone la prisión, esos sentimientos, esa conciencia, esa firmeza, tienden a crecer. Y si, como también ocurre, alguno fue a parar a la cárcel un poco sin “querer”, es decir, sin haberse metido antes conscientemente en los problemas de la clase trabajadora, suponemos que la cárcel es también un lugar donde hacer un examen de esos problemas y de la responsabilidad que a cada uno nos cabe para solucionarlos. Estas cosas son las que estamos seguros que ocurren con Uds. De allí, el carácter de las preguntas y de este preámbulo. Es decir, el preámbulo y el reportaje apuntan a que confeccionen respuestas, para el periódico, que contribuyan —a partir de la experiencia de Uds.— al avance político de numerosos trabajadores.<sup>8</sup>

<sup>5</sup> Ver Cristina Tortti, “Protesta social y Nueva Izquierda durante el Gran Acuerdo Nacional”, en Pucciarelli, Alfredo (ed.) *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

<sup>6</sup> Gregorio Flores, *Sitrac-Sitram. Del Cordobazo al clasismo*, Buenos Aires, Magenta, 1994.

<sup>7</sup> James Brennan, *El Cordobazo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996, p. 253. Otras reconstrucciones clásicas del periodo abierto por el Cordobazo, además de la obra citada de Flores, son Beba Balvé, Miguel Murmis et al. *Lucha de calles. Lucha de clases*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1973 y Natalia Duval (seud. Susana Fiorito), *Los clasistas*, Buenos Aires, CEAL, 1985.

<sup>8</sup> Carta de Fiorito y Rivera a los presos de Rawson, Córdoba, 07/07/1971. Archivo SITRAC.

La carta da testimonio de la importancia que los voluntarios del SiTraC le asignaron al desarrollo de la “conciencia obrera” y de las estrategias que desplegaron para lograrlo. El lanzamiento de una encuesta entre los presos se inscribe en una clara tradición editorial de construcción de argumentos políticos. En efecto, si desde comienzos del siglo XX las revistas culturales argentinas habían reconocido en las encuestas la posibilidad de intervenir en el debate político, con la publicación en 1965 de “La encuesta obrera de 1880” de Karl Marx, **Pasado y Presente** había actualizado esa tradición para la emergente nueva izquierda a la que, como mencionamos, pertenecían Fiorito y Rivera.

Antes de concentrarnos en la prensa y la correspondencia clasistas, revisemos los recursos intelectuales de los protagonistas. Mientras que el “sindicalismo de liberación” contaba con un experimentado líder de masas como Agustín Tosco, que había terminado el secundario y se había formado en el activismo estudiantil y el sindicalismo obrero,<sup>9</sup> el SiTraC-SiTraM era conducido por jóvenes que, en su mayoría, no habían terminado la escuela secundaria ni contaban con formación político-ideológica de izquierda. Esta vanguardia combativa, que aún debía desarrollarse en el plano intelectual, tenía en Gregorio Flores—según la orientación que proponen los redactores de la carta citada— al referente que había llegado más lejos en el “proceso de avance en la conciencia”.

En el momento en que es apresado, Flores se las ingeniaba para repartir su tiempo entre los cursos nocturnos de la escuela técnica, la fábrica y las reuniones del sindicato.<sup>10</sup> Junto a los obreros participaban de esas reuniones, además de Fiorito y Rivera, Alfredo Curuchet. Este joven abogado asesoró legalmente a los sindicatos clasistas cordobeses, hasta que en octubre de 1971 fue apresado en la puerta de los tribunales adonde se dirigía para presentar un recurso a favor de los sindicatos clasistas. La cárcel no desanima a Curuchet, pues cuando al año siguiente es liberado y esos sindicatos ya han sido disueltos, comienza a colaborar con el SMATA (Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor) cordobés que lideraba René Salamanca, el líder clasista alineado con el Partido Comunista Revolucionario.<sup>11</sup>

Andrés Rivera, seudónimo de Marcos Ribak, había sido obrero textil en su juventud y luego se convirtió en un periodista comunista y escritor realista. A fines de los cincuenta, había integrado el grupo “Nueva Expresión” que editaba la revista **Plática**. Asimismo, había publicado **El precio y Los que no mueren**, dos novelas concentradas en el mundo obrero y popular. En los sesenta, Rivera participó de la empresa editorial y de la revista político-cultural **La Rosa Blindada** y, desde fines de esa década, integró la primera organización maoísta argentina, Vanguardia

Comunista (VC). Cuando en 1971 el Estado ilegaliza a SiTraC y a SiTraM, Rivera acababa de terminar **Ajuste de cuentas**, una novela centrada en la militancia izquierdista que tematiza con maestría los dilemas del intelectual revolucionario, las proletarizaciones y el maoísmo.

Por su parte, Fiorito era maestra y traductora de francés. Durante los cincuenta, había participado del colectivo cultural de la revista **Contorno** y en los sesenta había colaborado con el Centro Editor de América Latina (CEAL) mientras integraba el Movimiento de Liberación Nacional (MALENA), corriente orientada por los hermanos Viñas. Poco tiempo después, simpatizó—sin integrarse— con el grupo marxista “El Obrero” y a comienzos de 1970 se trasladó a Córdoba para colaborar en la secretaría de prensa del SiTraC. Fiorito llegó allí a través de la dirección de VC y se incorporó como secretaria de Rafael Clavero, el obrero de Fiat Concord que había sido elegido por los afiliados del SiTraC para ocupar la secretaría de prensa.

En cuanto a la incorporación de Fiorito al sindicato, deben destacarse al menos dos cuestiones. Por un lado, el hecho de que haya ejercido esa función destacada en el SiTraC confirma la posibilidad de que las mujeres fueran aceptadas en una práctica sindical monopolizada por varones, a pesar de que la ausencia de otras mujeres intelectuales y las pocas esposas y novias que reclamaron la libertad de los obreros presos o apoyaron la toma de fábrica sugieren la existencia de múltiples obstáculos para esa aceptación. Por otro lado, la participación de una “voluntaria” en la secretaría de prensa de un sindicato no debe ser pasada por alto, pues el periódico y el panfleto suelen conformar herramientas clave para la definición de la política sindical, y ese sin duda fue el caso del SiTraC. En efecto, a través de la tenaz coordinación de Fiorito, el SiTraC creó una secretaría de prensa muy activa desde la que impulsó la salida de boletines, comunicados y folletos, de tiradas masivas pero de desigual alcance; secretaría que otorgó un importante papel a las cartas que recibió de los obreros presos.

Esas cartas tendieron a tornarse cartas abiertas, pues eran mecanografiadas y publicadas en la prensa obrera. En la versión pública del documento privado, se reemplazaba el destinatario personal para interpelar a un destinatario más amplio: “A los compañeros de la comisión directiva y cuerpo de delegados de SiTraC-SiTraM. A la heroica clase obrera de FIAT” comienza enunciando la carta de abril de 1971, que reproduce el segundo número del boletín **SiTraC** (junio de 1971). Asimismo, “A la clase obrera y el pueblo de Córdoba”, declara otra carta que circuló como volante durante el mismo periodo.

<sup>9</sup> Sobre Tosco ver entrada en Horacio Tarcus (dir.), **Diccionario biográfico de la izquierda argentina**, Buenos Aires, Emece, 2007. pp. 656-659.

<sup>10</sup> Entrevista del autor a Susana Fiorito (octubre de 2013).

<sup>11</sup> Durante 1971 y hasta abril de 1972, crece la tendencia clasista entre las bases obreras del SMATA. Esta tendencia se organizará en el Movimiento de Recuperación Sindical y en la Lista Marrón que en abril de 1972 le gana las elecciones a los dirigentes peronistas tradicionales. Sobre el itinerario de Curuchet, ver Tarcus, *op. cit.*, pp. 159-160.

<sup>12</sup> Sobre la modulación subjetiva, el tipo de destinatario y los marcos socio-históricos y discursivos que las correspondencias permiten reconstruir, ver Laura Fernández Cordero, “Cartas y epistolarios. Lecturas sobre la subjetividad” en **Políticas de la memoria** n° 14, CeDInCI, Buenos Aires, 2013/2014, pp. 23-30. Para un marco general del análisis de las correspondencias en los estudios históricos, ver Cecile Dauphin, “La correspondencia como objeto histórico: un trabajo sobre los límites”, en **Políticas de la memoria** n° 14, 2013/2014, pp. 9-12.



La reproducción de las cartas no sólo hacía públicos los diagnósticos realizados por los obreros presos, sino que descartaban la posible pérdida de entusiasmo político generada por la cárcel y sobre todo se ofrecían como un modo más íntimo y vívido de difundir los argumentos clasistas. El boletín publicó textos que realizaban balances políticos centrados en la lucha de clases, pero junto a esos balances también difundió algunas cartas en las que el mapa de la coyuntura aparecía más directamente ligado a la emotividad de un destinatario "superior", esto es, a la clase obrera y al pueblo argentino que debían ser liberado.<sup>12</sup> Según veremos, al entrar en el periódico las cartas tuvieron una finalidad que no siempre se encontró en su origen: participaron del intento del aparato de prensa sindical de profundizar la lucha política para evitar que los sindicatos clasistas quedaran aislados de sus bases y para contar con una resistencia fuerte ante la posible pérdida de la personería gremial.

### Las cartas de los clasistas y el boletín del SiTraC

En los primeros días de enero de 1971, Fiorito asistió al local del sindicato para reunirse con Rafael Clavero y los miembros de la comisión directiva del SiTraC. Allí Fiorito presentó el boceto del primer boletín del sindicato. Inscribiéndose en una tradición obrera combativa y atenta a la posibilidad de expresar al "universal obrero", la versión definitiva aseguraba en su tapa:

El periódico de SITRAC aparece sin nombre. Esto no es una originalidad. Creemos que el bautizo de una hoja de combate como la nuestra es tarea que corresponde a todos y no a unos pocos. Por eso, invitamos a los compañeros a sugerir el nombre con el cual el vocero de los trabajadores de FIAT hará oír su voz, aquí en Córdoba, corazón obrero de la patria, y, en lo posible, a lo largo y ancho del país, allí donde hay un trabajador, allí donde surja una protesta.<sup>13</sup>

El boletín tiene tamaño tabloide, consta de 8 páginas y vale 0,50 pesos. Desde el artículo de tapa, "SiTraC en lucha", el primer número propone un plan de lucha contra la patronal de FIAT y reivindica la huelga de hambre realizada en diciembre de 1970 por los integrantes de la Comisión Directiva de SiTraC y SiTraM. Por su parte, "Mil millones para Rucci" denuncia que el gobierno militar encabezado por el general Levingston decretó el descuento de quinientos pesos del salario de cada obrero argentino para entregárselo a la dirección de la CGT que encabezaba el metalúrgico José Ignacio Rucci. Mil millones sería el precio que habría puesto la CGT para subordinarse a los planes del gobierno militar.

A diferencia de otras prensas sindicales, el boletín clasista tiende a recurrir al aparato explicativo marxista para legitimar su confrontación con la patronal. Y ese rasgo seguramente se deba a la participación de Fiorito. Un interesante ejemplo del bagaje marxista lo ofrece el mencionado artículo "SiTraC en lucha", en el que

la confrontación con la dictadura y la FIAT que lleva adelante el SiTraC es justificada a través de una cita prácticamente textual a Marx. Esa lucha debía realizarse porque la dictadura y FIAT se habían asociado para crear "un sistema de explotación mediante el cual los obreros pierden su capacidad de creación y el control de lo que producen, padeciendo así uno de los sometimientos más tremendos que puede sufrir el hombre".<sup>14</sup> El bagaje marxista también se advierte en los informes gremiales sobre el proceso productivo de la fábrica FIAT que aparecen en distintos números del boletín, informes que tenían como único antecedente el publicado por José Aricó en *Pasado y Presente* n° 9 (abril-septiembre de 1965).

En cuanto a las cartas, el primer boletín pone a circular un breve y curioso mensaje de apoyo a la citada huelga de hambre de SiTraC-SiTraM. Dice ese mensaje: "Te escribo porque tengo una noticia para darte. La María va a tener un hijo [...] El José con la carpintería no tiene ni para pagar una partera y pa' pior no pasa lola con los días de huelga... Y yo que la aprecio, desde la cárcel poco puedo hacer".<sup>15</sup> La situación ficcional en la que un yo revolucionario preso le escribe a su amigo para darle una buena nueva finaliza con las firmas de los militantes de la izquierda peronista presos en Córdoba: J. A Fierro Guzzo, Ignacio Vélez, Luis Lozada, Luis Rodeiro, Carlos Soratti y Cristina Vélez.

En el cruce del cristianismo revolucionario y la pobreza redentora, el preso tomaba la pluma para confirmarle a su amigo el pronto nacimiento de una sociedad nueva. Pero con la ficción de esa buena nueva, los presos cordobeses también anunciaban y apoyaban la ruptura con Montoneros (al que aluden como "María") de la Columna Sabino Navarro, marcada por un cristianismo revolucionario que adjudicaba prioridad a la lucha política sobre la lucha armada.<sup>16</sup>

Al ser publicada en el boletín de un sindicato clasista que contaba con varios líderes presos, esta carta cargada de emotividad sugiere un espacio político común, un "nosotros" obrero, en el que se comparte, además de la prisión de varios militantes, las dificultades económicas de las familias, la inscripción en el pueblo trabajador y sobre todo la voluntad revolucionaria.

Junto a esa carta, el boletín publica la lista de los sindicatos (estatales, petroleros privados y SiTraM), las corrientes de la nueva izquierda que apoyan la huelga (Peronismo de Base, Vanguardia Obrera Mecánica, Agrupaciones Primero de Mayo, Comisiones Obreras, Agrupación de Abogados y el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo) y los comunicados de solidaridad emitidos por las organizaciones armadas (Ejército Revolucionario del Pueblo y las Fuerzas Argentinas de Liberación). La publicación de estos comunicados y de la carta se integra en una trama más extensa que vincula a las organizaciones armadas con los sindicatos clasistas, ya

<sup>14</sup> Boletín s/n [1], *idem*, p. 1.

<sup>15</sup> Boletín, s/n [1], *idem*, p. 4.

<sup>16</sup> En julio de 1972 algunos de los firmantes del citado mensaje dieron a conocer el "Documento Verde", texto que sistematizó la crítica dirigida por la Columna Sabino Navarro a la conducción montonera. Ver Luis Rodeiro *Lucha armada*, n°6, julio 2006. pp. 56-61.

<sup>13</sup> Boletín s/n [1], 13/1/1971, p. 1. Archivo SITRAC.

que los mismos comunicados fueron reproducidos por la revista de la izquierda católica **Cristianismo y Revolución** y por la revista de las cátedras nacionales, **Antropología 3er. Mundo**.

El segundo número del boletín, ahora bautizado **SI.TRA.C.**, aparece en junio de 1971 cuando el sindicato libra una intensa lucha contra la represión. Este número pone a circular por primera vez el programa obrero aprobado en mayo de 1971 por los cuerpos de delegados de SiTraC y SiTraM, en cuya primera redacción había participado Susana Fiorito. El programa había sido discutido primero en las líneas de producción con los obreros y luego en el local sindical con los delegados y la Comisión Directiva, siendo aprobado en la asamblea de trabajadores de FIAT. El resultado es un texto, titulado "SiTraC y SiTraM. A los trabajadores y el pueblo argentino", que asocia las reivindicaciones obreras con una revolución en marcha hacia el socialismo y culmina con la consigna que identifica a los sindicatos clasistas: "Ni golpe ni elección, revolución!". Poco después de la reproducción en **SI.TRA.C.**, el programa circuló por infinidad de revistas, panfletos obreros y estudiantiles de la época, y sirvió de referencia para la discusión entre los agrupamientos de la nueva izquierda intelectual, sobre todo a partir de su reproducción en las revistas **Los Libros y Cristianismo y Revolución**.

Ese mismo número del boletín reproduce dos cartas escritas por obreros presos. La primera es enviada desde la cárcel de encausados cordobeses, ocupa dos de las ocho páginas del boletín y lleva por título "El saludo de un rehén". Con fecha de 12/04/1971, el rehén, que firma como "S.", se dirige a "los compañeros de la comisión directiva y cuerpo de delegados de SiTraC-SiTraM. A la heroica clase obrera de FIAT" para establecer un elocuente balance del Viborazo:

Este Cordobazo superó al anterior principalmente en una cosa: fue un hijo proletario del ferreyrazo y de SITRAC SITRAM. Fueron los luchadores de Concord y Materfer los que lo alumbraron con sus fogatones, los que lo inscribieron alto con sus consignas revolucionarias, los que le enseñaron a hablar el lenguaje de las molotovs. El cordobazo del 15 de marzo también reconoció como madres a las compañeras y niños de Ferreyra, las que resistieron a los botones opresores, con la alegría de poder estar junto a sus compañeros, combatiendo juntos, a los que les roban el pan y le niegan escuelas a sus hijos esta vez, sobre las espaldas generosas, y metidas en el corazón de sus hermanos de clase, se alzó la voz clasista de SITRAC SITRAM [...]. Los rehenes populares que la dictadura ha encarcelado, seguimos teniendo nuestro ánimo tan alto y tan caliente como la altura y la temperatura que los combates exigen: nuestra conciencia sigue siendo más roja que antes y no cambiará de color [...]. Nuestros brazos siguen siendo lo suficientemente fuertes, como para sostener con firmeza las banderas de la revolución: en nuestros pechos continúan bullendo las consignas de combate.<sup>17</sup>

La lectura del enfrentamiento social en términos de guerra de

clases recorre toda la carta y, a diferencia de misivas como las que por entonces escribía Tosco, insiste en el carácter violento y terminal del enfrentamiento, en el que también las mujeres y las familias de los obreros han tomado parte. Además, la emotiva interpelación que permite el género epistolar es acompañada de la identificación del compromiso ideológico con la fuerza corporal (espalda, brazos y pechos) de los clasistas presos. Este mismo tipo de interpelación también se advierte en "Ejército contra el pueblo", crónica de una represión en Córdoba, publicada en la misma página que la carta.<sup>18</sup>

La segunda carta lleva por título "Escriben los presos desde el sur", quienes a través del saludo y el agradecimiento ratifican la fidelidad en la línea clasista que los llevó a la prisión. Comienza la carta: "Desde estas lejanas y áridas tierras neuquinas, los detenidos a disposición del PEN, obreros y estudiantes, hacemos llegar a todos los trabajadores de FIAT un fervoroso saludo y fraternal abrazo, junto con nuestro más sincero reconocimiento por el apoyo moral que nos han brindado".<sup>19</sup> Pero, inmediatamente después, los obreros y estudiantes presos explicitan su adhesión a la línea política clasista, pues aclaran que el apoyo no puede ser sólo moral: es "la movilización masiva de los trabajadores y demás sectores populares" la que puede liberarlos. De ahí que el SiTraC deba rechazar explícitamente a la CGT, a Rucci y a todos los que negocian con éste. Esta línea clasista es reforzada hacia el final de la carta, donde los presos de Rawson aseguran que se alcanzará la meta del socialismo y desde esa certeza "llena de desinterés y firmeza" se comprometen con sus "hermanos de clase" y con todos los que luchan contra el imperialismo.

El sentido político y reivindicatorio de estas cartas es acompañado por un artículo titulado "Nuestras banderas en Neuquén" en el que se presenta una crónica del viaje de los dirigentes clasistas cordobeses y las familias de los presos a la cárcel de Rawson. El relato subraya la participación de la Organización de Solidaridad con los Presos Políticos Estudiantiles y Gremiales (OSPPEG)<sup>20</sup> y de las comisiones de solidaridad popular activas en Rawson y Trelew en la tarea de apoyo a los presos de FIAT y sus familiares. Además, el artículo resume el texto de la conferencia pronunciada por el secretario general del SiTraC, Carlos Masera. Éste aclara que los obreros están presos por luchar y apela a una sentencia de Mao para explicar el momento político: "una ley que rige para los explotados: luchar, fracasar, volver a luchar, fracasar, luchar nuevamente hasta el triunfo final".<sup>21</sup>

<sup>18</sup> La nota reconstruye la operación represiva, que se valió de tanques, redadas y allanamientos, en los barrios obreros cercanos al complejo industrial de FIAT. El epígrafe de este artículo inserta un "Cantar Popular" para introducir el relato de la resistencia de una esposa ante el allanamiento de su casa y la detención de un delegado del SiTraC: "Nos preparan a la lucha / En contra de los obreros / Mal rayo me parta a mí / Si ataco a mi compañero / La guerra a que ellos le temen / No viene del extranjero, / Son huelgas igual que aquellas / Que realizan los obreros", **SI.TRA.C.**, 2, junio de 1971, p. 2.

<sup>19</sup> "Escriben los presos desde el sur", en **SI.TRA.C.**, 2, junio de 1971, p. 6. Archivo SITRAC.

<sup>20</sup> La OSPPEG era un organismo de defensa de los presos políticos cuya dirección era hegemonizada por VC.

<sup>21</sup> **SI.TRA.C.**, 2, junio de 1971, p. 6. Archivo SITRAC.

<sup>17</sup> **SI.TRA.C.**, 2, junio de 1971, p. 4. Archivo SITRAC.



Las cartas redactadas por los obreros clasistas denuncian el carácter represivo del gobierno militar, pero las notas de **SI.TRA.C** no propagandizan consignas por la libertad de presos de otros gremios. De todos modos, mientras el boletín centra el pedido de libertad en sus militantes, el mismo sindicato firma junto al SiTraM un comunicado que exige la libertad de presos de distintos gremios. Se lee allí: “Continúan recluidos en diversas cárceles del país numerosos trabajadores de FIAT y de otros gremios y compañeros y estudiantes y profesionales constituidos en rehenes de la dictadura. [Exigimos] la libertad inmediata de Gregorio Flores, Agustín Tosco, Raimundo Ongaro y demás presos gremiales”.<sup>22</sup> Las cartas que aparecen en el boletín son fieles a la línea que entonces sostenía el SiTraC: éste se negaba a aliarse con Tosco y Ongaro, porque éstos intentaban acercarse a los dirigentes peronistas combativos que permanecían en la CGT. Pero la unidad con el SiTraM también es parte de la línea del SiTraC, y aquel sí impulsaba la alianza con Tosco y Ongaro.

La distancia del SiTraC con el sindicalismo combativo, reconocida en la investigación de Fiorito y luego en la de Brennan, también puede leerse en las cartas de Tosco que publica la revista sindical cordobesa **Electrum**. El 18 de abril de 1971 Tosco es apresado y llevado a la cárcel de Villa Devoto. El 1 junio de 1971 entrega al dirigente radical Hipólito Solari Yrigoyen una carta cuyo destinatario es la Comisión Nacional Intersindical. Como en el caso de los clasistas, los análisis sobre la coyuntura político-sindical constituyen el núcleo de la argumentación y están estrechamente vinculados con la reivindicación de la firmeza como atributo del luchador obrero:

Damos testimonio concreto de nuestro compromiso militante para concretar esos grandes postulados. Aquí termino esta carta, compañeros de la Comisión Nacional Intersindical. Si ustedes desean pueden retransmitirla, queda la decisión a vuestro mejor criterio. Con ella fundamentalmente quiero reconocer la solidaridad brindada y ratificar que este encierro a que me condena la dictadura, todas las posiciones asumidas hasta el presente.<sup>23</sup>

Además, en otra misiva escrita en octubre de ese año, Tosco proyecta en una anónima “compañera solidaria” que lleva alimentos y revistas al penal los atributos de “mujer que lucha y se sacrifica por este ideal común”. Tosco agrega que se enteró por distintas vías que “la policía allanó su hogar, secuestró libros y revistas y la llevó detenida”, el confía en que esos libros y revistas “han de expresar el cuestionamiento a esta sociedad caduca, han de trazar la posibilidad de una nueva sociedad en todo el mundo”, finalmente Tosco se despide de ella reconociéndola como “firme y abnegada luchadora”.<sup>24</sup> De este modo, el líder de Luz y Fuerza asocia la fide-

lidad femenina que acompaña al trabajador combativo preso con la unidad popular y la confianza en la emancipación humana.

Si bien en diferentes cartas Tosco no cesa de cuestionar a Rucci, formula permanentes llamados a la unidad de la CGT cordobesa. Y esta convocatoria era resistida por los clasistas que veían detrás de Tosco una línea política que aceptaba la salida electoral, o bien el “integracionismo” del Partido Comunista. Volviendo a los clasistas, el archivo de las cartas del SiTraC contiene el original y una copia mecanografiada de una carta que Gregorio Flores envía desde la cárcel de Rawson a Carlos Maser a el 11 de junio de 1971. Allí Flores vuelca su análisis de la coyuntura:

Querido M. [Maser]: Ayer tuvimos la inmensa alegría de recibir tu mensaje. No imaginas lo oportuno que estuviste, pues esperábamos con ansias tener noticias de Córdoba [...] Por otra parte nos llegó el periódico [el boletín **SI.TRA.C.**], nos pareció magnífico por todo su contenido revolucionario que —una vez más— deja bien a las claras su postura combativa y sin claudicaciones. Sin embargo ese mismo día, por la noche, sintonizamos radio universidad, y a pesar de las interferencias de onda, algo escuchamos sobre la agudización de las relaciones con la empresa y mucho me temo que pueda haber un enfrentamiento frontal en momentos en que la situación —por lo poco que sabemos— se puede deducir que quizás no sea la más adecuada para nosotros, pues los planes de pacificación de la dictadura han sido diagramados al margen de lo que ocurre en Córdoba.<sup>25</sup>

El análisis que propone Flores en la carta manifiesta sus reservas sobre la oportunidad del conflicto, pues, aunque serán las bases obreras las que decidan, fue la empresa la que consiguió fijar el terreno de la lucha. La carta de Flores fue mimeografiada y seis mil copias fueron distribuidas en las fábricas y en la universidad cordobesa. El obrero preso no reconoce ninguna vanguardia exterior a la masa trabajadora que está en la fábrica y afirma que la decisión más importante a adoptar por los obreros es que entre un “buen convenio” y una “buena dirección” elijan lo segundo, porque es lo que permitirá que la clase obrera “tome el poder”. Respecto de la situación política nacional, Flores se muestra sorprendido ante la convocatoria de los militares al Gran Acuerdo Nacional (GAN), porque incluye a sectores sociales contradictorios. De todos modos, esa sorprendente convocatoria alimenta el optimismo revolucionario de Flores, pues el pueblo que protagonizó los levantamientos cordobeses y de todo el país habría mostrado una fuerza revolucionaria tal que produjo el temor y la unión de esos sectores contradictorios.

El 11 de junio no sólo Flores escribe a Maser, sino también Camolotto. Éste redacta una carta, que no fue reproducida en el boletín, pero que se conserva en el Archivo SiTraC. Se lee allí: “Compañero Maser: Te escribo estas pocas líneas para hacerte saber que estamos bien dentro de lo malo que es estar aquí encerrado y lejos de nuestras familias”. En el resto de su carta,

<sup>22</sup> “Sitrac y Sitram. Comunicado de prensa”, 01/06/1971. Archivo SITRAC.

<sup>23</sup> **Electrum**, n° 306, 11/06/1971, en Jorge Lannot, Adriana Amantea y Eduardo Sguiglia, **Tosco. Escritos y discursos**, Buenos Aires, Contrapunto, 1988, pp. 142-146.

<sup>24</sup> “Carta a una compañera solidaria”, 28/10/1971, *Ibid.*, pp. 200-203. Sobre la revista **Electrum** ver Rosa A. Glazer, “Electrum, la combatividad hecha palabra”, en Mónica Gordillo (ed.), **Actores, prácticas, discursos en la Córdoba combativa. Una aproximación a la cultura política en los '70**, Córdoba, Ferreyra Editor, 2001, pp. 163-175.

<sup>25</sup> Carta de Gregorio Flores a Carlos Maser, Rawson, 11/06/1971. Archivo SITRAC.

Camolotto cuestiona, al igual que Flores, a la patronal, a los militares y a la burocracia sindical pero, a la vez, pone de manifiesto una intensa preocupación por las familias de los trabajadores, cuestión que repite en los seis párrafos de la breve carta.

La preocupación de Camolotto es oída, pues el movimiento de solidaridad con los presos convoca a un acto el 25 de junio en la Facultad de Ingeniería de Córdoba.<sup>26</sup> La amplia convocatoria logró movilizar al conjunto del estudiantado y del sindicalismo combativo, que estaba protagonizando una serie de conflictos en otras fábricas automotrices donde las bases obreras cuestionaban a la dirección del SMATA cordobés. Ahora dirijamos nuestra mirada a la ya citada encuesta obrera propuesta por Fiorito y Rivera a los trabajadores presos en Rawson.

### 3. Correspondencia entre el escritor y los obreros: una encuesta en la prisión

Como señalamos, desde 1970 Susana Fiorito colabora con el obrero de FIAT Rafael Clavero en la secretaría de prensa del SiTraC. Además de la edición del boletín, Fiorito se encarga de preparar comunicados y de atender la relación del sindicato con sus abogados. En julio de 1971, escribe junto a Rivera una carta a los obreros presos en la que les proponen la realización de una encuesta. Luego de los tres párrafos que citamos arriba, se le propone a los obreros presos que redacten su respuesta a las siguientes cuestiones:

¿Cómo entraron en la cárcel y cómo se ven ahora? Es decir, ¿cuál era su nivel de conciencia el 19 de Marzo y cuál es ahora? ¿Cuáles son, en definitiva sus perspectivas actuales?

Descripción detallada de su vida en la cárcel. Hábitos, estudio, trabajo, reflexiones, relación entre los compañeros. ¿Qué estudian y para qué estudian? Naturalmente, la cárcel limita las posibilidades de estudio, pero, entendemos, permite un aumento de la capacidad de elaboración y reflexión. ¿Es esto así? Y si es así, ¿cómo se da ese proceso?

Es correcta la afirmación de Gregorio de que a la distancia resulta difícil emitir juicio acerca de la labor desarrollada por el Sindicato. De todos modos, interesaría que dieran su opinión sobre la labor del SITRAC, la CGT nacional y la cordobesa, el régimen lanussista, la patronal (tomando como eje de referencia la conquista de un convenio aceptable y, particularmente, el periódico, su contenido, el papel que debiera cumplir, etc. Algún dato sobre esto último: sus 6000 ejemplares se agotaron. Tuvo buena recepción, aun cuando todavía la secretaría de prensa cojea y la colaboración de los compañeros es irregular.

Críticas al periódico. Qué le falta, qué le sobra. Cómo mejo-

rarlo. Qué opinan de sus temas. Qué de su lenguaje.

En un plano más general, qué tendríamos que hacer (el SITRAC como sindicato) en la próxima etapa. Qué no hacemos. Qué hacemos mal. Qué metas debemos fijarnos.

En este contexto, cuál es la ubicación de Uds. (Por cierto que el ser rehenes de la dictadura reduce su capacidad de participación. Pero lo que interesa es que sugieran, para que otros sigan el ejemplo. Cómo actuarían, en qué dirección se moverían e impulsarían a moverse a sus compañeros, de gozar de libertad). Y, si los tienen y pueden decirlos, cuáles son sus proyectos para el futuro.

Un gran abrazo. S y A [Susana Fiorito y Andrés Rivera]<sup>27</sup>

El modo en que son formuladas las seis preguntas explicita las esperanzas depositadas por los intelectuales en los obreros, pero sobre todo el decidido rol de guías ideológicos asumido tanto por Fiorito como por Rivera. En efecto, todas sus preguntas están orientadas a convencer a los presos de que deben aprovechar la reclusión para desarrollar su nivel de conciencia, esto es, para emprender una reflexión y estudio sistemáticos que les permitan convertirse en ciertos orientadores del movimiento revolucionario. Asimismo, las preguntas dejan traslucir el importante papel asignado a los 6000 ejemplares agotados del boletín para desarrollar esa conciencia.

Pocos días después, Fiorito y Rivera reciben una respuesta: los obreros presos en el sur envían una carta colectiva. En cuanto a los posibles cambios en la conciencia, los presos contestan con la denuncia de la represión y las torturas y cuestionan a la CGT cordobesa y nacional por la falta de solidaridad. En cuanto a la segunda pregunta, los obreros frustran parte de las expectativas de los intelectuales, pues denuncian el aislamiento al que están sometidos: "no leemos diarios; son censurados los materiales de lectura y cartas; nos secuestraron el periódico del SITRAC", lo que dificulta el estudio de los materiales. Respecto de las relaciones personales, los presos afirman que ellas mejoran, a pesar del "individualismo" inculcado por el sistema, y que avanzan en el compartir, para prefigurar una nueva sociedad. La cárcel termina por fomentar la amistad no solo con "los compañeros de la Fábrica", sino también con los otros presos. Para ilustrar esa solidaridad relatan la celebración del cumpleaños de un compañero, y con ello sugieren los nexos entre la celebración personal y las convicciones político-ideológicas. Los presos explican cómo se "las arreglaron" para hacer tarjetas y recitar modestas poesías. Además, confiesan que, a pesar de la vergüenza, todos lloraron y terminaron abrazados reconociéndose como obreros porque son "humildes" y "solidarios".<sup>28</sup>

<sup>27</sup> Archivo SITRAC.

<sup>28</sup> En 2013 Gregorio Flores publica su último libro: *Lecciones de batalla. Una historia personal de los setenta*, Buenos Aires, RyR. Flores reconoce su relación no orgánica con el PCR en 1968 y recuerda que "empecé a girar a hacia la izquierda, en particular cuando aparece Vanguardia Comunista". Sin embargo el último texto autobiográfico de Flores brinda otro relato en el que propone una visión idealizada de las posibles lecturas en la cárcel de Rawson en 1971. Allí dice que a través de los abogados consiguieron "la entrada de libros de los más variados temas. Ahí leí *El estado y la revolución*, de Lenin, *El origen de la familia*, de Engels, *Los diez días que conmovieron al mundo*, de Reed, el curso de filosofía de Politzer, *Anti-Düring*, el *Libro Rojo* de Mao, *Los anarquistas expropiadores*, de Bayer y tantos otros. Una verdadera universidad.", p. 25.

<sup>26</sup> Según un comunicado guardado en el Archivo SITRAC, las fuerzas convocantes fueron: SiTraC y SiTraM, Peronismo de Base, Asociación de Abogados, Tendencia Universitaria Popular Antimperialista y Combativa y Tendencia Obrera 29 de Mayo. Otro comunicado permite conocer que tres días después de la movilización, el 28 de junio de 1971, SiTraC y SiTraM, Petroleros Privados, Luz y Fuerza, Empleados Públicos y Sindicatos de Obras Sanitarias, convocaron a un paro en el que se exigía, entre otras cosas, la libertad de los presos políticos.

Sobre el sindicato, en la misma carta colectiva los obreros presos afirman que el SiTraC es clasista porque interpreta a los obreros “no como elemento de presión, sino como factor de decisión”; el clasismo atendería, más que a los intereses reivindicativos, a “los intereses históricos de los trabajadores: la destrucción de una sociedad donde lo que producimos es para unos pocos, para el imperalismo”... el SiTraC va “enseñando a los obreros que existe una política distinta, que ellos tienen que hacer”. El núcleo de la práctica clasista es, según este escrito colectivo, la democracia obrera entendida como democracia de masas, y el activismo clasista tiene la “responsabilidad histórica” de lograr “una mayor radicalización de las masas”, formar “cuadros obreros clasistas en todo el país, que interpreten y lleven a la práctica el rol histórico del proletariado”.

Respecto del periódico, la carta colectiva valora que los obreros dispongan de medios propios, especialmente para evitar que se les inculque el rechazo por el socialismo. Y sostienen que es “una buena síntesis de esas ideas correctas que hay que impulsar en el seno de los trabajadores. Y esos planteos marcan con claridad que para llevarlos a la práctica hay que darse una política que incluya a los demás sectores populares, bajo la dirección de la clase obrera”. Esta dirección podría crear entre los trabajadores la “conciencia de que necesitamos construir un partido capaz de insertar en las masas la ideología de la clase obrera”. Y la carta concluye sosteniendo que el futuro “no puede ser otro que el de una sociedad socialista”.

Las respuestas obreras coinciden bastante con la voluntad prescriptiva que cargan las preguntas de los intelectuales. De todos modos, esas respuestas también permiten entrever que varias cuestiones formuladas por Fiorito y Rivera no fueron contestadas, especialmente el ítem que promueve a un rechazo taxativo a los grupos que aceptan la participación en el GAN y el que habilitaba la crítica al peronismo como ideología burguesa. A esos silencios se refiere la carta que, pocos días después de la carta colectiva, Flores envía a Rivera y que parece no haber trascendido la esfera privada.

En esa carta, fechada el 18 de julio de 1971, Flores reconoce a Rivera como una de las personas que “con muchos años de militancia nos marcan el camino que debemos transitar, los que pretendemos con nuestro aporte mover la rueda de la historia para superar los retrocesos y contramarchas”. Si el escritor debe asumir la orientación de la acción, el obrero mecánico se adjudica la responsabilidad principal en “la tarea que significa difundir en el seno de mi clase la concepción marxista leninista”. Y a continuación Flores le aclara a Rivera:

Con respecto al cuestionario, me gustó muchísimo la oportunidad de hacer algún aporte concreto a pesar de las limitaciones naturales de la cárcel. Quiero sí dejar bien en claro, que a los efectos de no crear falsas imágenes, he procurado ser lo más objetivo posible; de ahí que algunas definiciones que debieran ser más profundas, si lo hubiéramos hecho, no reflejarían lo que en realidad existe.

La radicalización de los trabajadores no es tarea fácil, reconoce Flores y explica:

[...] tuvimos que suspender las respuestas sobre la CGT y el régimen lanussista porque si lo hacíamos debíamos necesariamente tomar una posición política y ese hecho —pensaban ellos— podía actuar negativamente sobre la posibilidad de que nos liberen; además la decisión de asumir responsabilidades es muy endeble, pero debemos comprender que los compañeros no estaban preparados para esto y salvo uno, los demás vendrían a ser la retaguardia de los obreros de FIAT.

Yo he tratado de hacerles comprender que tomar una posición en favor de nuestra clase no significa agarrar los chumbos, ni estar en la dirección del sindicato, ni ser el primer activista.<sup>29</sup>

La carta de Flores sincera la situación entre los obreros presos. La encuesta revela, por un lado, los acuerdos respecto de los enemigos a enfrentar por los obreros y respecto de los métodos de lucha sindical. Por el otro, la omisión de las respuestas a cuestiones clave muestra que los clasistas presos no están de acuerdo sobre el punto central que conecta la situación sindical con la lucha política.

A los pocos días, Rivera le escribe a Flores para confesarle que, al igual que Fiorito, está aprendiendo “de hombres como ustedes, de hombres como vos” que con “asombrosa firmeza, iluminaciones diría un poeta, consecuencia de clase”, hombres que profundizan en la búsqueda de un camino, en el que por supuesto aparecen “torpezas que emanan de la falta de estudio y que revierten en la carencia, aún, de una estructura organizativa eficiente”. La referencia a las iluminaciones de Rimbaud y la importancia del estudio muestran la notoria distancia de Rivera frente al antiintelectualismo de muchos intelectuales de otras tendencias de la nueva izquierda. Asimismo, el pasaje sugiere que entre las preocupaciones de los voluntarios intelectuales ocupaba un lugar central la posibilidad de constatar que estaban realizando correctamente la tarea ideológica del clasismo.

Además, el escritor le relata al obrero:

Recuerdo esa hermosa carta al gringo Carlos y la perspectiva que en ella marcabas: “prefiero —decías textualmente— una buena comisión a un buen convenio. Cuando el gringo nos leyó esas palabras, me puse de pie y aplaudí. He aquí, pensé, la reflexión madura de un verdadero militante clasista, de alguien que mira lejos [...] Es su deber (su derecho y responsabilidad) construir un Partido proletario, marxista-leninista, que conduzca a nuestro país al socialismo? Es su deber construirlo, no importar las dificultades que haya que afrontar? Y es deber y responsabilidad de hombres como vos estar entre los primeros en esa labor inaplazable?”

Me parece obvio subrayar el sentido de estas preguntas y el ánimo que las informan. Te las formulo, haciendo pie en nuestra naciente amistad, y en que [agregado en manuscrito] *tipos como yo necesitan de hombres de vanguardia como vos, para*

<sup>29</sup> Carta de Gregorio Flores a Andrés Rivera, Rawson, 18/07/1971, Archivo SITRAC.

*seguir adelante con mayor resolución. Los necesitan como guías y como jefes.*<sup>30</sup>

Flores puede leer en esta carta cómo el escritor prescribe la política obrera en general (deber, derecho y responsabilidad de todos los trabajadores conscientes) que necesitaría el partido proletario, al tiempo que se apoya en las tesis marxistas-leninistas para señalar la responsabilidad individual del obrero preso. Como hombre del "siglo comunista", Rivera confía firmemente en el sentido de la prescripción proletaria, la que en su caso es el resultado de la aplicación de la tesis maoísta que afirma que la política va "de las masas a las masas". En la carta la política va de los obreros a los intelectuales, quienes la devolverían a las masas. De ahí que Rivera acompañe sus diagnósticos políticos con una explicitación de la subordinación del intelectual a la dirección proletaria, a "hombres de vanguardia como vos", subordinación que había abordado en el plano de la ficción a través de los relatos de **Ajuste de cuentas**.

Flores lee esta carta en la cárcel y comienza a elaborar un informe histórico para el que se vale de muchas de las tesis difundidas por el aparato de prensa del SiTraC. Las cartas de Fiorito y Rivera convencen a Flores de que debe analizar la historia de la clase obrera argentina desde el punto de vista clasista y las claves para ello se las ha ofrecido, sobre todo, la encuesta. Desde prisión, Flores envía una carta al Plenario de obreros combativos convocado por SiTraC-SiTraM en agosto de 1971. Buscando que el clasismo se defina en contra de la salida electoral del GAN, escribe Flores:

Compañeros: Ante la imposibilidad de asistir a ese plenario — que por imperio de la fuerza— va más allá de nuestro deseo, aprovecho esta oportunidad para saludar a los compañeros plenaristas, con el convencimiento de que este y los otros que seguramente le sucederán, tiene una fundamental importancia para el desarrollo y la unidad de las fuerzas políticas que desde una perspectiva revolucionaria, deben asumir la responsabilidad de señalar cuál es la alternativa que deben adoptar las clases explotadas del país frente a las falsas opciones marcadas por el régimen.<sup>31</sup>

Cuatro meses después de esa carta, Flores envía su esquema de la historia del movimiento obrero desde la perspectiva clasista. El ensayo se inicia a comienzos del siglo XX y reconstruye programas de lucha, descripciones de procesos productivos y modos de vida obreros. Además, busca sintetizar un lenguaje político orientado a recomponer el nexo —que habría disuelto la irrupción del peronismo— entre clase obrera argentina y dirección marxista revolucionaria. Este texto y la carta que Flores había enviado al Plenario son distribuidos en la FIAT, en otras fábricas automotrices y en la universidad cordobesa por el cuerpo de delegados y activistas de base. Quienes continúan con la organización de la

solidaridad con los presos, pero también procuran difundir comunicados, volantes y boletines en las fábricas y la universidad.<sup>32</sup>

En efecto, el epistolario obrero-intelectual de SiTraC se compone también de otras cartas que circulan en las fábricas como cartas abiertas en las que se conjuga la propaganda de la línea clasista con el acercamiento emotivo que permite el género epistolar. A las enviadas por Flores, se suman las de Alfredo Curutchet, el abogado del sindicato detenido en Villa Devoto y que en 1974 fue asesinado por la Triple A. Varias de sus cartas fueron dirigidas al SiTraC: una fechada el 29/10/1971 y dirigida "a los trabajadores y el pueblo argentino"; otra firmada en 1972 junto a varios obreros presos en Rawson, cárcel a la que Curutchet había sido trasladado. En estas cartas Curutchet reivindica la lucha desarrollada por SiTraC y SiTraM, pero entiende que el crecimiento de la oposición combativa de los afiliados al SMATA cordobés recoge la experiencia clasista de los obreros de la FIAT y propone, al igual que Gregorio Flores, convocar a los obreros de FIAT a afiliarse al SMATA.<sup>33</sup> Ambos esperan que la Lista Marrón, encabezada por el dirigente clasista René Salamanca, vinculado al PCR, al derrotar el 23 de abril de 1972 a la conducción peronista de la seccional cordobesa de ese sindicato, sirva de ejemplo para la propagación del clasismo a nivel nacional.

## Conclusiones

Las cartas que llegan de los obreros presos y las que envían los intelectuales que coordinan la prensa clasista permiten reconstruir las dudas e incertidumbres de una política: la política obrera postulada por los clasistas presos. Estos obreros no escriben cartas por la presión de un biopoder carcelario, sino por la exigencia de actuar políticamente, no escriben como intelectuales orgánicos encerrados, sino que encerrados se ven forzados a una práctica intelectual que hasta entonces les era completamente desconocida y que los obliga a depender de los intelectuales ligados al SiTraC. Mediante las cartas, los comunicados y la encuesta, los obreros presos buscan interrumpir el proceso que lleva a la derrota a sus

<sup>30</sup> Carta de Andrés Rivera a Gregorio Flores, Córdoba, julio de 1971. Archivo SITRAC.

<sup>31</sup> Carta de Gregorio Flores al Plenario de Obreros Combativos, agosto de 1971. Archivo SITRAC.

<sup>32</sup> A fines de noviembre de 1971 comienza una discusión entre los obreros despedidos del SiTraC sobre si aceptar o rechazar las ofertas del abogado de la FIAT, el "Dr. Piscitello", quien plantea a los obreros que cobren las indemnizaciones fijadas por la empresa. Los abogados presos, Fiorito y parte de los obreros clasistas piden a sus compañeros que resistan esa presión, que impulsen la formación de direcciones obreras clandestinas dentro de Concord y Materfer y que se apoyen en el movimiento de solidaridad con los despedidos. El 12 de diciembre, para fortalecer esta línea de acción, Flores escribe otra carta desde Rawson y cuestiona a quienes aceptan la indemnización porque ella implica aceptar la "justa causa" invocada por FIAT para despedirlos. Fiorito, por su parte, en una extensa carta de circulación restringida (la que llamaba un "chorizo"), cuestionaba duramente lo que entendía como debilidades de las organizaciones revolucionarias en el compromiso para defender la línea clasista representada por el disuelto SiTraC. Pero en los primeros meses de 1972, la situación dentro de la fábrica era muy difícil para los clasistas, según las cartas que le escribían desde la secretaría de prensa a Flores. Este último, al ser liberado a fines de 1972, pasará a militar en el Movimiento Sindical de Base, el frente sindical del PRT-ERP.

<sup>33</sup> Gregorio Flores, Alfredo Curutchet, Carlos Pagnanini, Raúl Seré, Eduardo Castelo, Faustino López, Víctor Frontera, Martín Federico, Mario Polizzi y Jesús González, "Carta a los compañeros obreros del SMATA", Rawson, 02/05/1972. Archivo SITRAC.



compañeros que permanecen en la fábrica. Los obreros presos tienen algo que decir: exigen a sus compañeros que se haga política y construyen un relato histórico, elaboran una historia para los obreros intercambiando cartas con intelectuales escritores —Rivera y Fiorito—, quienes responden pidiendo a los obreros presos que se capaciten para dirigir el nuevo partido revolucionario del proletariado. Es cierto que esta tarea no era novedosa, a veces el acontecimiento forma nuevos nombres propios y en otras el acontecimiento implica verter vinos nuevos en botellas viejas. Luego de la derrota general del clasismo, nombre propio de la política obrera primero del SiTraC y luego del SMATA cordobés, las carpetas que componen el Archivo SITRAC fueron preservadas por el agrupamiento intelectual a cargo de la secretaría de prensa.

La vida sobre la que escriben los obreros presos no era muda e hizo hablar tanto a sus compañeros en la fábrica como a los intelectuales a los que les dieron el derecho de reescribir sus cartas como cartas abiertas confiando en que esa reescritura contribuía a la reconstrucción del lazo entre el marxismo y las masas trabajadoras. Confiaban en el apoyo que demostrarían los nuevos militantes clasistas en el norte, en el litoral y en el gran Buenos Aires, epicentros de la acción de las rebeldes bases obreras y campo de intervención de los intelectuales, los abogados y los estudiantes revolucionarios.

Los actos políticos que constituyen estas cartas no dan materia al historiador o al antropólogo para reconstruir la vida cotidiana obrera y representarla como la vivencia de lo popular, lo individual o lo colectivo. Esa correspondencia sí da cuenta de que el discurso obrero tiene ciertos rasgos definidos, y que esos rasgos se van definiendo y redefiniendo a través del trayecto recorrido por los obreros, en el caso analizado a través del intercambio de cartas con otros obreros, con un abogado y, sobre todo, con los intelectuales, de la reescritura de esas cartas en cartas abiertas y de la redacción de un ensayo histórico. Mediante el reiterado “sigo firme”, las breves cartas clasistas se apoyan en los relatos ejemplares y renuevan el modelo preexistente del obrero que, desde la cárcel, se mantiene atento al posible cambio de la “relación de fuerzas” que permita la emancipación proletaria.

### Resumen

Desde 1970 los sindicatos de empresa Sindicato de Trabajadores de Concord (SiTraC) y Sindicato de Trabajadores de Materfer (SiTraM) protagonizan el proceso de radicalización de los trabajadores de las plantas automotrices FIAT en Córdoba. En marzo de 1971 las fuerzas militares intervienen el SiTraC y detienen a un grupo de delegados y miembros de la comisión directiva de ese sindicato, entre ellos Gregorio Flores y el abogado del sindicato, Alfredo Curutchet. En el presente trabajo analizamos las cartas que estos militantes intercambian con la secretaría de prensa del SiTraC, la ensayista Susana Fiorito, y con el escritor y militante del grupo maoísta Vanguardia Comunista Andrés Rivera. Varias de esas cartas traspasan la esfera privada para transformarse en documentos de la práctica política obrera. En efecto, ellas circulan de mano en mano dentro de las fábricas, son leídas en las asambleas obreras o incluso publicadas como cartas abiertas.

### Palabras Clave

Nueva Izquierda; Correspondencia; Movimiento Obrero; Intelectuales

### Abstract

Since 1970 the enterprise unions “Sindicato de Trabajadores de Concord” (SiTraC) and “Sindicato de Trabajadores de Materfer (SiTraM) protagonists in the process of radicalization of workers FIAT automobile plants in Cordoba. In March 1971 the military forces intervene and stop the SITRAC a group of delegates and members of the executive committee of the union, including Gregorio Flores and the union’s lawyer, Alfredo Curutchet. In this paper we analyze these militants exchanged letters with SITRAC press secretary, Susana Fiorito essayist, and writer and activist of the Maoist Communist Vanguard, Andrés Rivera. Several of these letters go beyond the private sphere to become working documents of political practice. Indeed, they circulate from hand to hand in the factories, are read in the workers’ assemblies or even published as open letters.

### Keywords

New Left; Letters; Labor Movement; Intellectuals

## La filosofía marxista entre Francia y América Latina

# Una lectura de la correspondencia entre Louis Althusser y Fernando Navarro

Marcelo Starcenbaum\*

I

La reconstrucción del althusserianismo como objeto-político intelectual se ha beneficiado sin lugar a dudas con el análisis de la correspondencia mantenida por Althusser con filósofos, camaradas, traductores, editores y lectores de Europa y América Latina. En este sentido, los trabajos más relevantes sobre la tradición althusseriana realizados durante los últimos años se han caracterizado por una productiva articulación analítica entre la obra de Althusser y textos generalmente considerados menores, tales como borradores, manuscritos, apuntes de clases y cartas. Si bien este tipo de textos proporciona una serie de elementos útil para enriquecer el estudio de cualquier tradición intelectual, en el caso de althusserianismo dichas fuentes presentan un interés suplementario. Una intervención como la de Althusser, que vehiculizó posiciones innovadoras y radicalizadoras, pero que no se desarrolló en un terreno explícitamente político, sino que eligió aquel camino del *rodeo por la teoría*, requiere necesariamente un abordaje capaz de trascender la lectura interna de sus *grandes obras*.<sup>1</sup>

Si bien esta perspectiva analítica goza hoy de cierta legitimidad en el campo de los estudios althusserianos, no se ha extendido hacia una de las dimensiones más relevantes de la intervención althusseriana: su proyección latinoamericana. Como es sabido, la política de la renovación marxista propiciada por el althusserianismo

encontró, en el contexto francés, un límite en el anudamiento entre filosofía marxista y comunismo partidario. Se ha insistido, asimismo, que en el contexto latinoamericano de la segunda mitad de la década de 1960 y los primeros años de la de 1970, el relajamiento sufrido por dicho anudamiento proporcionó, para Althusser, un espacio menos restrictivo de enunciación teórica, y para la política althusseriana, un terreno más fértil para su inscripción militante. De allí los significativos desfasajes en la circulación, difusión y recepción del althusserianismo entre el contexto europeo y el contexto latinoamericano durante aquellas décadas.<sup>2</sup>

La correspondencia de Althusser con intelectuales latinoamericanos es portadora de un enorme potencial a los fines de profundizar en las dimensiones mencionadas. En conjunto con el resto de la correspondencia y los textos filosóficos más transitados, contribuyen a certificar la singularidad de la intervención althusseriana. En este sentido, la correspondencia de Althusser constituye una instancia privilegiada para reconstruir la forma a través de la cual sus objetivos nítidamente políticos se torsionaron hasta convertirse en tesis filosóficas. Por su parte, el intercambio con sus interlocutores latinoamericanos permite dar cuenta del lugar privilegiado que Althusser le otorgaba a América Latina en la construcción y difusión de sus formulaciones teóricas. Si en las décadas de 1960 y 1970, el contexto latinoamericano era percibido como el espacio en donde existían mayores condiciones para una radicalización de la política comunista, hacia la década de 1980 América Latina será caracterizada como la única región en la que valía la pena abrir y desarrollar la discusión sobre el marxismo y su crisis.

\* UNLP/dIHCS-CONICET.

<sup>1</sup> De la correspondencia editada de Althusser, cabe destacar los volúmenes de cartas enviadas a María Antonietta Macciocchi, periodista y militante del Partido Comunista Italiano, a Franca Madonia, amante y traductora al italiano de su obra, y a su esposa Hélène; ver respectivamente María Antonietta Macciocchi, *Letters from inside the Italian Communist Party to Louis Althusser*, Londres, New Left Books, 1973, Louis Althusser, *Lettres à Franca (1961-1973)*, París, Stock/IMEC, 1998 y Louis Althusser, *Lettres à Hélène*, París, Grasset/IMEC, 2011. Sobre la especificidad de la intervención althusseriana, ver Gregory Elliott, *Althusser. The Detour of Theory*, Brill, Leiden, 2006 y François Matheron, "Louis Althusser o la pureza impura del concepto", *Demarcaciones. Revista Latinoamericana de Estudios Althusserianos*, n° 1, abril de 2014, pp. 44-62.

<sup>2</sup> Ver Anna Popovitch, *In the Shadow of Althusser: Culture and Politics in Late Twentieth Century Argentina*, New York, University of Columbia, 2009, y Marcelo Starcenbaum, "Derivas argentinas de Althusser: marxismo, estructuralismo, comunismo", *El laberinto de arena. Revista de filosofía*, Río Cuarto, Facultad de Ciencias Humanas – Universidad Nacional de Río Cuarto, n° 1, Verano/Otoño 2013, pp. 133-153.



## II

En 1988, Siglo XXI México publicó el volumen **Filosofía y marxismo** de Louis Althusser. Como explicitaba su subtítulo, dicho libro consistía en una larga entrevista al filósofo francés realizada por la profesora de filosofía mexicana Fernanda Navarro. Publicado en la colección "Filosofía" de la editorial mexicana, se trataba de un breve texto —no llegaba a las cien páginas— dividido en cuatro apartados: "Una filosofía para el marxismo: 'la línea de Demócrito'", "Filosofía-ideología-política", "El antihumanismo teórico de Marx" y "Sobre el historicismo". El lector latinoamericano que había tomado contacto con la obra de Althusser en las décadas de 1960 y 1970 podía advertir, ya desde los títulos de los capítulos, que **Filosofía y marxismo** retomaba varios de los aspectos fundamentales que habían caracterizado la intervención del althusserianismo durante aquellas décadas, como el antihumanismo teórico y la problematización del historicismo. Dicho lector también podía percibir que el texto introducía elementos absolutamente novedosos, como el anclaje de la filosofía marxista en el camino abierto por la filosofía democriteana.

En el libro se abordaban nuevamente las dimensiones centrales de la inflexión althusseriana en la tradición marxista. Sin embargo, el modo en el cual Navarro formulaba las preguntas y Althusser respondía, permitía advertir que el tratamiento de dichos problemas estaba mediado por un esfuerzo rectificador y aclaratorio. En el caso del antihumanismo, Althusser insistía en que su relectura de Marx no había tenido el objetivo de denigrar la "gran tradición humanista"<sup>3</sup> que había logrado imponerse a las tesis religiosas ni de cuestionar la ideología humanista que había sido el soporte de grandes obras y pensadores. Asimismo, defendía el antihumanismo teórico frente a las críticas que enfatizaban su carácter paralizante. Althusser remarcaba, al respecto, que **El Capital** está permeado del sufrimiento de los explotados, que la reducción de los hombres a soportes de las estructuras no es producto de la obra de Marx sino que es el resultado de las relaciones de producción capitalistas, y que lo que permite llegar a los "hombres concretos"<sup>4</sup> es precisamente la crítica al concepto de *hombre*.

En relación a la crítica al historicismo, Althusser remitía su insistencia en la separación del marxismo de la tradición historicista al marcado carácter relativista y empirista de esta última. De esta forma describía peyorativamente la tendencia a concebir a la teoría como "expresión de su tiempo" y recalca el modo en el cual dicha concepción permitía considerar al marxismo como una verdad válida únicamente para el capitalismo del siglo XIX. La impugnación del historicismo se dirigía al señalamiento de los límites que éste le había impuesto a la intervención de los teóricos marxistas—Gramsci y Sartre especialmente— y, por lo tanto, a la necesidad de que las interpretaciones marxistas se despegaran totalmente de las matrices historicistas. A esta urgencia acudía

Althusser a los fines de explicar el sentido de su propuesta de un trabajo centrado en la producción de un sistema de conceptos teóricos. Así aparecía destacada la concepción de la historia como el proceso de aparición, constitución y desaparición de formaciones económico-sociales.

Si estos desarrollos podían ser pensados como prolongaciones del ejercicio autocrítico desarrollado por Althusser en la década de 1970, **Filosofía y marxismo** enfrentaba a sus lectores con una serie de temáticas y problematizaciones difícilmente asimilables con el recorrido teórico-político del primer althusserianismo. En primer lugar, el repaso rectificador por aquella primera intervención en el seno de la filosofía marxista daba lugar a la postulación del materialismo aleatorio como el verdadero materialismo. Si bien concedía que su primera lectura de Marx había logrado otorgarle cierta coherencia a su pensamiento, Althusser afirmaba que la filosofía que dicha lectura había permitido estaba dominada por las tendencias filosóficas de la época, es decir, Bachelard y el estructuralismo. En oposición a esta "filosofía imaginaria",<sup>5</sup> el materialismo aleatorio aparecía representando la filosofía más conveniente para el marxismo. De este modo irrumpían Demócrito, Epicuro y la tesis de la formación del mundo a partir del *clinamen* producido en la caída de infinidad de átomos al vacío. Junto a ello, la conformación de una tradición materialista no reconocida centrada en el *encuentro* y la *contingencia*: Maquiavelo, Hobbes, Rousseau y Heidegger. Por último, el señalamiento de la distancia entre las formulaciones de Marx y Engels y una teoría de la historia en el sentido del acontecimiento histórico imprevisto.

Frente a las preguntas de Navarro sobre la especificidad de la filosofía, Althusser se esforzaba por desarrollar el argumento de que no existe una división "severa y tajante"<sup>6</sup> entre las filosofías materialistas y las filosofías idealistas. La refutación de la pureza de la filosofía y el énfasis en la contradicción entre las tendencias materialista e idealista desarrollada en cada posición filosófica conducían a subrayar la afirmación de que la filosofía es, *en última instancia*, lucha de clases en la teoría. Si bien Althusser seguía insistiendo en que la filosofía representa posiciones de clase en la teoría, daba cuenta de una serie de elementos que escapan a la determinación de la lucha de clases. Dichos espacios, caracterizados como "MÁRGENES", "islotes" e "intersticios",<sup>7</sup> eran ejemplificados con algunas formulaciones de la lingüística, la epistemología, el arte, la religión, las costumbres y el folklore. Althusser denunciaba a la mayor parte de las filosofías materialistas como una forma de idealismo invertido y procedía a un rescate de los filósofos que habían logrado despegarse de las concepciones sobre el "Origen" y el "Fin".<sup>8</sup> Contra toda filosofía del ser, el sujeto, el sentido y el *Telos*, nuevamente Epicuro, Spinoza, Marx, Nietzsche y Heidegger.

Las entrevistas publicadas en **Filosofía y marxismo** estaban precedidas de dos notas introductorias escritas por Navarro y

<sup>3</sup> Louis Althusser, **Filosofía y marxismo**. Entrevista por Fernanda Navarro, México D.F., Siglo XXI, 1988, p. 79.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 83.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 46.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 50, todas las mayúsculas y subrayados en el original.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 53.

Althusser. La de la mexicana, “Los privilegios de la distancia”, consistía en la explicitación del interés que en ella concitaba la figura de Althusser, y la descripción de su vínculo con el filósofo francés y los avatares que culminaron en la edición del libro. Navarro refería fundamentalmente al carácter contrastante entre los desarrollos de un filósofo —como Althusser— que aún se definía como marxista y la fascinación que por entonces concitaban los temas vinculados con la posmodernidad, lo imaginario y los “paroxismos nihilizantes o exquisiteces lingüísticas”<sup>9</sup> conducentes al escepticismo frente a la militancia política. Navarro advertía al lector que durante las entrevistas Althusser se había explayado sobre “temáticas recientes, diferentes a las publicadas”, como la referida al materialismo aleatorio y otras que quedaron fuera del libro, como “los movimientos populares y la alternativa que representan frente a la rígida estructura partidaria”, “las estrategias de la burguesía para el año 2000”, “los placeres forzados” y “la era tecnológica”.<sup>10</sup> En relación a la situación del marxismo en el mundo, Navarro afirmaba que Althusser creía que eran el Tercer Mundo, y especialmente América Latina, los lugares donde aquel tenía —y seguiría teniendo— vigencia.

A este último aspecto refería veladamente la nota “Al lector latinoamericano” de Althusser. El filósofo francés relataba que, luego de conocer el texto con las entrevistas mantenidas con Navarro, había considerado pertinente su publicación. Sin explicitar razones, afirmaba que el texto estaba dirigido a “los estudiantes de filosofía y los militantes de América Latina, *exclusivamente*”,<sup>11</sup> por lo que se reservaba la publicación en Francia para otro momento.

### III

Una dedicatoria en la primera página del libro hacía aparecer a una tercera persona, la cual se deducía que había facilitado el establecimiento del vínculo entre Navarro y Althusser y permitiendo, por ende, la gestación del texto:

[...]Ja Mauricio Malamud,  
responsable del Encuentro  
“epicúreo y aleatorio”,  
con la persona, vida y obra  
de Louis Althusser

Si bien para Navarro el encuentro con Althusser efectivamente había adquirido un carácter *epicúreo* y *aleatorio*, el hecho de que el vínculo entre ellos hubiese sido favorecido por el filósofo argentino Mauricio Malamud permite inscribir el proceso de preparación y publicación de **Filosofía y marxismo** en el contexto más amplio del importante proceso de recepción del althusserianismo en América Latina iniciado en la década de 1960.

A comienzos de la década de 1980, Malamud y Navarro compar-

tían el trabajo como profesores e investigadores en la Escuela de Filosofía de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en la ciudad de Morelia. Malamud había recalado en México a fines de la década de 1970 luego del asesinato de sus dos hijas, Marina y Liliana, y de su yerno Luis María Aguirre. La familia Malamud se había escindido del Partido Comunista Argentino en 1967 y formado parte del Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria (C.N.R.R.), el órgano que llevó a cabo un intento de radicalización de la política comunista desde dentro del Partido. Durante esos años, Malamud se había convertido en uno de los principales difusores de la obra de Althusser en Argentina, trabajo que realizó en diversos grupos de estudio que lo tuvieron como alumno y como docente.<sup>12</sup>

Durante el breve período de funcionamiento del C.N.R.R., Malamud y Aguirre lideraron una tendencia conocida como *zaratismo* —debido a que éstos firmaban con los seudónimos de Camilo y Gervasio Zárate— cuyo programa articulaba la relectura de Marx propiciada por Althusser y sus discípulos en Francia con la formulación de la vía armada para la revolución en Argentina.<sup>13</sup> Al convertirse el C.N.R.R. en el Partido Comunista Revolucionario (P.C.R.), el zaratismo había sido expulsado de la incipiente formación partidaria por sostener tesis militaristas. A comienzos de la década de 1970, el *zaratismo* constituyó uno de los afluentes de las Fuerzas Argentinas de Liberación, organización guerrillera de la que Aguirre fue su principal dirigente. Luego del golpe de Estado de 1976, Malamud fue detenido y sus hijas y yerno —por entonces militantes del PRT-ERP— asesinados.<sup>14</sup>

Una vez establecido en Morelia, Malamud formó parte de la reestructuración de la Escuela de Filosofía de la Universidad Michoacana, junto a Roberto Briceño Figueras, un filósofo egresado de la UNAM, Hugo Sáez Arreceygor, un psicólogo argentino exiliado en Morelia, y César Gálvez, filósofo y primer difusor de la obra de Althusser en Michoacán.<sup>15</sup> Dicho trabajo consistió

<sup>12</sup> Según Raúl Cerdeiras, Malamud habría sido una de las primeras personas en instalar la obra de Althusser en los grupos de estudios de la época: “Me junté con Althusser a mediados de la década de 1960 porque en esa época estudiaba filosofía con Raúl Sciarreta. Entre uno de los alumnos que tenía Raúl había un intelectual, hoy desaparecido, Mauricio Malamud. Estábamos viendo Hegel y Mauricio entró en contacto con *Pour Marx*, el libro de Althusser. Cuando lo leyó se le dio vuelta la cabeza. Entonces empezó en los grupos a instar al docente, Sciarreta en este caso, con preguntas que estaban disparadas desde la perspectiva de Althusser, hasta que Raúl decidió leerlo, y produjo un efecto importante...”. Bruno Fornillo y Alejandro Lezama, **Releer Althusser**, Buenos Aires, Parusía, 2002, p. 161. Sciarreta, también filósofo comunista, fue luego otro de los difusores de Althusser —y Lacan— en Argentina.

<sup>13</sup> El texto programático del zaratismo es “Ciencia y Violencia”, publicado en 1969 en el n° 2 de *Teoría y Política*, la revista del C.N.R.R. Hemos reconstruido la mencionada articulación en Marcelo Starcenbaum, “Ciencia y violencia: una lectura de Althusser en la nueva izquierda argentina”, **Memorias de las II° Jornadas Espectros de Althusser: diálogos y debates en torno a un campo problemático**, Buenos Aires, 29 de noviembre al 1 de diciembre de 2011, pp. 346-366.

<sup>14</sup> Para el itinerario de la familia Malamud y el *zaratismo* luego de su expulsión del P.C.R., ver Gabriel Rot, “Notas para una historia de la lucha armada en la Argentina. Las Fuerzas Argentinas de Liberación”, **Políticas de la Memoria**, n° 4, 2003-2204, pp. 137-160 y Ariel Hendler, **La guerrilla invisible. Historia de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL)**, Buenos Aires, Vergara, 2010.

<sup>15</sup> A instancias de Gálvez, se organizó en Morelia en 1976 un coloquio sobre el pensamiento de Althusser. Sobre el althusserianismo de Gálvez, puede

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 12.





en la publicación por parte de la editorial universitaria de una serie de cuadernos temáticos sobre filosofía y metodología, colección en la cual Malamud publicó un pequeño texto.<sup>16</sup> Asimismo, fueron dictados tres seminarios dirigidos a la planta docente de la Escuela de Filosofía; espacio de capacitación en el que, junto a un seminario sobre lingüística a cargo de Briceño Figueras y uno de psicoanálisis a cargo de Sáez Arreceygor, Malamud coordinó un seminario de lectura de *El Capital*. Por último, Malamud llevó a cabo un trabajo de seguimiento de las intervenciones y los desarrollos teóricos de Althusser, lo cual se materializó en una serie de escritos que permanecen inéditos.<sup>17</sup>

A comienzos de la década de 1980, Malamud y Althusser mantenían un intercambio epistolar. Fue precisamente a través del envío de cartas entre París y Morelia que Navarro estableció un vínculo con el filósofo francés. Tal como relataba recientemente la mexicana:

Llevaba yo una carta de un amigo suyo, un profesor argentino, Mauricio Malamud, durante mi sabático en 1984, en París. Después de mucho pensarlo, decidí visitarlo y un buen día tenía yo frente a mí al Maestro de alta y fatigada figura y de mirada azul, convertido primero en mito, después en misterio.<sup>18</sup>

Del intercambio entre Malamud y Althusser se conserva una sola carta, fechada en París el 8 de marzo de 1984. Allí el filósofo francés le confiaba al argentino un “juicio retrospectivo”<sup>19</sup> sobre la tarea filosófica y política emprendida por él y sus discípulos entre 1965 y 1975. Le anunciaba, de esta manera, que había llegado a una conclusión en torno a lo que podríamos llamar el *período clásico* del althusserianismo, y que dicho balance no había sido compartido aún con otra persona, siendo Malamud el primero al que se lo explicitaba. Althusser le refería al filósofo argentino que su

verse el borrador de una ponencia que fue publicada a modo de homenaje luego de su muerte en un accidente automovilístico en 1977, “Notas para una teoría marxista de la filosofía”, *Dialéctica*, Año 3, n° 5, octubre 1978, pp. 113-128. Ver también la presentación de Sáez a la reciente reedición de este escrito, Hugo Sáez Arreceygor, “Sobre líneas de demarcación trazadas por César Gálvez”, *Demarcaciones. Revista Latinoamericana de Estudios Althusserianos*, n° 1, abril de 2014, pp. 97-101.

<sup>16</sup> *Reflexiones filosóficas*, Morelia, Editorial Universitaria, 1980.

<sup>17</sup> Uno de ellos, por ejemplo, “En torno a la crisis actual del marxismo”, fechado en enero de 1986. Cabe destacar que el grupo de profesores de filosofía de Morelia mantenía por entonces vínculos con los filósofos de la UNAM que habían desarrollado el proceso más importante de recepción de Althusser en México, especialmente Alberto Híjar y Cesáreo Morales. Morales había estudiado con Althusser en Francia a fines de la década de 1960. Difusor del althusserianismo en la UNAM, en 1980 dirigió la tesis de licenciatura en filosofía de Rafael Sebastián Guillén Vicente, posteriormente conocido como el Subcomandante Marcos, ver Hugo Enrique Sáez Arreceygor, “La tesis de filosofía del sub Marcos: una lectura de Althusser”, *Pacarina del Sur. Revista de Pensamiento crítico latinoamericano*, Año 3, n° 12, julio-septiembre 2012. Asimismo, Morales es autor del primer esbozo de historia del althusserianismo en México, “El althusserismo en México”, *Dialéctica*, Año 8, n° 14-15, diciembre 1983-marzo 1984, pp. 173-185.

<sup>18</sup> “La actualidad de las últimas reflexiones sobre la política de Louis Althusser”, *Youkali. Revista crítica de las artes y el pensamiento*, n° 3, mayo 2007.

<sup>19</sup> “Carta a Mauricio Malamud, París, 8 de marzo de 1984”. Toda la correspondencia aquí mencionada se encuentra en el “Fondo Althusser” del Instituto de la Memoria de la Edición Contemporánea (IMEC) y fue reproducida —primero— en Louis Althusser, *Sur la philosophie*, París, Gallimard, 1994 y —luego— en Louis Althusser, *Philosophy of the Encounter. Later Writings, 1978-87*, Londres, Verso, 2006. Todas las traducciones son nuestras.

intervención en las décadas de 1960 y 1970 podía ser conceptualizada como un esfuerzo por hacer de las obras marxistas, al marxismo y al propio Marx elementos “legibles y pensables”.<sup>20</sup> En este procesamiento del trabajo realizado dos décadas atrás, la necesidad de otorgarle esas características a la obra marxista operaba como factor explicativo de la tarea de extracción de la filosofía implícita en el pensamiento de Marx. Se describía de esta manera un proceso de descubrimiento y elaboración de la filosofía marxista apoyado en cierta medida en la corriente estructuralista. Althusser adjudicaba su “coqueteo”<sup>21</sup> con el estructuralismo no solo al lugar que éste ocupaba en los ámbitos intelectuales franceses, sino sobre todo al hecho de que *El Capital* posee fórmulas que posibilitan su abordaje a través de conceptos proporcionados por la lingüística, la etnología y la historia de la filosofía. Los impulsos de este repaso finalmente conducían a una formulación autocrítica y a una sorprendente concesión a uno de sus críticos no-comunistas:

Fabricamos una filosofía racional y coherente que nos permitió leer y, consecuentemente, pensar el proyecto de Marx. Raymond Aron tenía razón —admito ahora que estaba en lo cierto; fabricamos, al menos en filosofía, un “marxismo imaginario”, una filosofía pequeña y sólida, que si bien pudo ayudar a pensar el proyecto de Marx y lo real, tenía una desventaja: estaba ausente en Marx.<sup>22</sup>

Esta mirada retrospectiva marcadamente crítica se equilibraba con una caracterización negativa del estado del movimiento comunista europeo. Althusser le describía a Malamud el contexto político de Europa occidental como una situación en la cual “sólo pueden hallarse restos de teoría marxista entre los trabajadores” pero en la que “el movimiento obrero todavía existe y está forjando su propio camino”.<sup>23</sup> Alrededor de esta divergencia entre teoría revolucionaria y práctica política reaparecían las críticas desarrolladas por Althusser hacia el comunismo partidario a finales de la década de 1970: aparatos políticos intocables, con dirigentes sostenidos por el Comité Central y los recursos de los gobiernos municipales, y atrapados en “giros”<sup>24</sup> que no hacían más que desorientar a las masas. En este sentido, el escenario dominado por la conjunción entre una “mala filosofía”<sup>25</sup> —el hegelianismo invertido sustentado por los aparatos partidarios— y el espontaneísmo del movimiento obrero —concepciones escatológicas de la revolución, esperanza en el desarrollo de la *esencia humana*— aparecía como el más alejado de los objetivos que habían guiado la relectura de Marx desarrollada por Althusser y sus colaboradores. En consecuencia, el esfuerzo por convertir al pensamiento de Marx en una verdadera filosofía no solo se presentaba como un movimiento progresivo, sino que se transformaba en el punto de partida a partir del cual podía desarrollarse una efectiva recuperación del carácter revolucionario del movimiento obrero europeo.

<sup>20</sup> *Ídem*.

<sup>21</sup> *Ídem*.

<sup>22</sup> *Ídem*.

<sup>23</sup> *Ídem*.

<sup>24</sup> *Ídem*.

<sup>25</sup> *Ídem*.

Junto a estas formulaciones teóricas y políticas, la carta de Althusser a Malamud daba cuenta del difícil momento atravesado por el francés debido a su depresión y al asesinato de su esposa, así como del incipiente vínculo establecido con Navarro. Aparecían, en este sentido, referencias al tratamiento psiquiátrico y a sucesivas recaídas en la enfermedad, aspectos a través de los cuales Althusser establecía una empatía con Malamud, quien también atravesaba una fuerte depresión. En este marco, la presencia de Navarro en París era descripta como “una bendición”,<sup>26</sup> en tanto la mexicana lo estaba ayudando a ordenar sus libros y archivos, a releer algunos de sus últimos textos escritos y a revisar algunos de ellos con el propósito de publicarlos.

#### IV

El vínculo establecido entre Althusser y Navarro en París condujo a que la filósofa mexicana se convirtiera en su principal interlocutora latinoamericana. Por ello, el intercambio mantenido entre ambos una vez que Navarro regresara a México operará como soporte de la prolongación de la relación entre Althusser y Malamud. De esta manera, una cantidad significativa de las cartas enviadas por Althusser a Navarro comienzan y terminan con comentarios, preguntas y sugerencias sobre la situación atravesada por Malamud. Althusser se mostraba preocupado por el estado de salud de su amigo argentino: “No te olvides de enviarme noticias de Mauricio, cuya condición me preocupa, a juzgar por lo que me comentás”<sup>27</sup>; “¿Cómo está Mauricio? Enviame noticias de él, estoy preocupado por su salud”.<sup>28</sup> Asimismo, Althusser le hacía llegar a Malamud, y también a Navarro, palabras de alivio en base a su propia experiencia: “esos cambios repentinos en su estado son asombrosos. Investigué sobre el tema: el fenómeno es aparentemente extraño, pero existe”;<sup>29</sup> “Me alegra escuchar que Malamud está mejor; dale mis saludos, y decile que, como veterano de la guerra contra la depresión, entiendo perfectamente contra lo que está luchando”.<sup>30</sup>

Con respecto al trabajo intelectual, las cartas enviadas por Althusser a Navarro permiten advertir la materialidad de ciertos desplazamientos de sus lecturas filosóficas. Althusser le refería a Navarro que se encontraba atravesando un período de aprendizaje filosófico y que los jalones fundamentales de dicho proceso eran Nietzsche y Heidegger. El primero, “para nada complicado”,<sup>31</sup> el segundo, “fascinante”, pero su lectura, “una historia diferente”.<sup>32</sup> Junto a las referencias a las filosofías nietzscheana y heideggeriana, Althusser también mencionaba a la obra de Derrida como una lectura pendiente; en sus palabras, “un vacío más a llenar en mi ‘cultura’”.<sup>33</sup> Si bien estos nombres se prolongan explí-

citamente en su tesis sobre el materialismo aleatorio, en una de las cartas Althusser le otorga un lugar preponderante a una lectura que no será mencionada en **Filosofía y marxismo: Penser la révolution française** de François Furet. Si bien los apuntalamientos en formulaciones no-marxistas formaron parte del repertorio althusseriano de la década de 1980 —como hemos visto con el refrendamiento retrospectivo del *marxismo imaginario* de Aron—, con la intervención de Furet los vínculos se tornaban aún más estrechos. Althusser no solo encontraba interesante el libro de Furet, sino que afirmaba percibir en él una convergencia con lo que posteriormente emergerá como la corriente subterránea del materialismo aleatorio:

No he leído casi nada, excepto uno o dos libros que encontré sorprendentes —por ejemplo *Penser la révolution française* de François Furet, un libro de una inteligencia atrapante, en el cual confirmé ideas que he preservado cuidadosamente durante unos treinta años, compartiéndolas con unos pocos íntimos, incluida vos (debes haber leído mi texto sobre la filosofía del “encuentro” que estoy guardando celosamente —no el texto sino las intuiciones que allí se encuentran asentadas).<sup>34</sup>

El intercambio entre Althusser y Navarro permite advertir algunas mediaciones establecidas entre el aprendizaje filosófico descrito por el filósofo francés y las formulaciones posteriormente explicitadas en **Filosofía y marxismo**. Las primeras cartas enviadas por Althusser están dedicadas a responder las inquietudes planteadas por Navarro en torno al materialismo, “el problema más difícil de todos”.<sup>35</sup> El repaso por las problemáticas referidas a dicho tópico tendía a detenerse en aquellas dimensiones indicativas de lo que posteriormente será nominado como una diferencia *no tan severa ni tajante* entre materialismo e idealismo. Si bien no desaparecía el señalamiento clásico sobre el carácter dominante de la tendencia idealista en la filosofía occidental, aparecía en un primer plano la problematización del “lazo intrínseco”<sup>36</sup> que advertía en el par de opuestos idealismo/materialismo. Dicha reconceptualización de la tradición materialista remitía explícitamente a la influencia nietzscheana y heideggeriana:

No sé si Heidegger explicó su parecer sobre este punto, pero si partimos de lo que dice sobre la dominación del logocentrismo sobre la filosofía occidental, es fácil imaginar su posición: cada vez que se trata de un pronunciado materialismo en la historia de nuestra filosofía, el término “materialismo” reproduce como su negación y espejo invertido al término “idealismo”. Heidegger diría que el idealismo, como el materialismo, obedece al “principio de razón”, esto es, el principio según el cual todo lo que existe, sea ideal o material, es objeto de la pregunta por la razón de su existencia (en definitiva “¿por qué hay algo y no más bien nada?”, la pregunta por el “origen del mundo”, la que nos facilita ver que la filosofía es heredera de la religión),

<sup>26</sup> *Ídem*.

<sup>27</sup> “Carta a Fernanda Navarro, Wassy, 10 de julio de 1984”. Lamentablemente, el IMEC limita el acceso a las cartas enviadas hacia Althusser, de allí la imposibilidad de dar cuenta del contenido de las cartas de Navarro.

<sup>28</sup> “Carta a Fernanda Navarro, Wassy, 30 de julio de 1984”.

<sup>29</sup> “Carta a Fernanda Navarro, París, 10 de septiembre de 1984”.

<sup>30</sup> “Carta a Fernanda Navarro, Wassy, 18 de septiembre de 1984”.

<sup>31</sup> “Carta a Fernanda Navarro, París, 10 de septiembre de 1984”.

<sup>32</sup> “Carta a Fernanda Navarro, París, 27 de octubre de 1984, mediodía”.

<sup>33</sup> *Ídem*.

<sup>34</sup> “Carta a Fernanda Navarro, París, 7 de abril de 1985”. Althusser se refiere al texto “La corriente subterránea del materialismo aleatorio”, el cual fue editado en francés en 1993.

<sup>35</sup> “Carta a Fernanda Navarro, Wassy, 10 de julio de 1984”.

<sup>36</sup> *Ídem*.

y la existencia de esta pregunta abre un trasmundo (Nietzsche), un “detrás” de la cosa, una razón oculta bajo la apariencia de lo inmediato, lo empírico, lo dado aquí y ahora.<sup>37</sup>

La consolidación de las posiciones althusserianas en un espacio desde el cual la tradición materialista era percibida como superpuesta a la tradición idealista, arrastraba un trabajo de jalonnement de aquellas filosofías que habían logrado escapar a dicho movimiento especular. Althusser le comentaba a Navarro que la línea de demarcación al interior de la historia de la filosofía debía ser aquella del alejamiento y abandono de los problemas del *origen* y el *fin*. El despeje de las inscripciones materialistas contorneadas por el otorgamiento de un sentido al mundo y un fin a la historia, implicaba simultáneamente el alejamiento de los materialismos que tendían a converger con las posiciones idealistas y la constitución de una tradición materialista *a contrapelo*. El futuro del marxismo se encontraba, por tanto, en las filosofías que evitaron quedar atrapadas en el par idealismo/materialismo: “No hay muchas de ellas, de esas filosofías no apoloéticas y verdaderamente no religiosas: entre los grandes filósofos, sólo encuentro a Epicuro, Spinoza (que es admirable), Marx —cuando es entendido apropiadamente—y Nietzsche”.<sup>38</sup>

De cara a los requerimientos de Navarro sobre definiciones en torno a problemas filosóficos, Althusser respondía en dos frentes. Por un lado, se exculpaba por no contestarle con afirmaciones contundentes remarcando constantemente que se encontraba atravesando un proceso de lectura y aprendizaje:

No me empujes a tener “ideas” sobre filosofía. Necesito un largo y silencioso período de reflexión con el fin de entender un poco mejor qué es lo que está ocurriendo conmigo después de esta terrible experiencia (personal e histórica), mientras cosecho los beneficios de las lecturas a las que actualmente me estoy dedicando. No he terminado mis trabajos, estoy lejos de eso.<sup>39</sup>

Por el otro, Althusser avanzaba en la explicitación de algunas conclusiones preliminares de su reformulación de la tradición materialista. Le confiaba a Navarro una suerte de agenda temática en la que había estado pensando y que constituiría el núcleo de su intervención en el futuro. Entre estos temas, algunos de los cuales se proyectan en **Filosofía y marxismo** y textos de la época, Althusser mencionaba “el lenguaje”, “los juegos de lenguaje”, “los efectos del lenguaje”, “el inconsciente”, “los efectos del inconsciente” y “la filosofía en Freud”.<sup>40</sup>

El modo a través del cual Althusser le confiaba estas reflexiones a la mexicana estaba delineado principalmente por una preocupación: que estas reformulaciones preliminares se mantuvieran en el ámbito privado y no trascendieran públicamente. Luego de enunciarle sus pensamientos, le aclaraba: “esta idea, que quizás

encontraste en mis manuscritos, por ahora es Top Secret”. La carta en la que se explicitaban todas estas cuestiones terminaba de una manera sugerente:

Pensá un poco en todo esto, pero por el momento, *manténganlo en secreto*. Afectuosamente

Louis <sup>41</sup>

## V

La correspondencia entre Althusser y Navarro habilita una por menorizada reconstrucción del proceso a través del cual los encuentros y conversaciones mantenidos en París condujeron a la publicación de un libro en América Latina.

En efecto, las primeras cartas enviadas por Althusser, aquellas que dan cuenta de sus lecturas y sus reposicionamientos políticos y filosóficos, guardan el mencionado tono cauteloso en torno a lo que se afirma y restrictivo en cuanto a su publicación. Desde el principio del intercambio, Althusser se había mostrado dispuesto a mantener una correspondencia, que más allá de cuestiones de índole personal, estuviera centrada en problemas teóricos y políticos. En este sentido, luego de los comentarios de rigor sobre Malamud, la primera carta enviada por Althusser le daba el pie a Navarro para comenzar el intercambio: “Podés hacerme preguntas teóricas por escrito, y te contestaré. Tengo una especie de talento perverso para terminar con las cartas administrativas y escribir cartas teóricas o políticas”.<sup>42</sup>

La progresiva explicitación por parte de Althusser de rectificaciones y correcciones sobre sus tesis clásicas y —sobre todo— formulaciones novedosas como las del materialismo aleatorio, estuvo acompañada, sin embargo, por un férreo control con la finalidad de que estos reposicionamientos no adquirieran estado público. Dicho control se materializaba, en primer lugar, en la advertencia sobre el carácter inacabado de sus enunciados:

Tengo la sensación de que, cuando más pasa el tiempo, más remotas se vuelven las posibilidades de que escriba algo. Podés hacer uso de lo que te dije o de lo que intento escribirte, pero provisionalmente; no estoy particularmente ansioso por publicar nada, ni en Francia ni en México. No estoy de ánimo. Siento que todavía estoy muy lejos de donde debería estar.<sup>43</sup>

Por otro lado, Althusser le remarcaba a Navarro que el conteni-

<sup>37</sup> *Ídem*.

<sup>38</sup> *Ídem*.

<sup>39</sup> “Carta a Fernanda Navarro, París, 11 de octubre de 1984”.

<sup>40</sup> *Ídem*.

<sup>41</sup> *Ídem*. La referencia la carácter secreto de lo mencionado en las cartas es una constante en la correspondencia de Althusser. En una carta enviada a Franca Madonia en 1971, al referirle algunos pensamientos alrededor del problema de la tópic —nunca explicitado en sus textos editados—, Althusser la prevenía: “No sé si me hago entender: por sobre todas las cosas, lo que te confío es ‘top secret’, no se lo he dicho a nadie, son las armas de reserva para algún día... te pido que lo guardes para vos”. Louis Althusser, *Lettres à Franca (1961-1973)*, *op.cit.*, p. 789. Le agradezco esta referencia a Marcelo Rodríguez.

<sup>42</sup> “Carta a Fernanda Navarro, París, 11 de junio de 1984”.

<sup>43</sup> “Carta a Fernanda Navarro, Wassy, 18 de julio de 1984”.

do de las conversaciones mantenidas en París y las cartas intercambiadas, no debían trascender: “Por el momento, estoy muy lejos de la idea de intentar escribir algo, o incluso continuar las reflexiones sobre filosofía que comencé a enviarte *para tu uso personal*.”<sup>44</sup> Un requerimiento de Navarro de poder hacer uso de dicho contenido en las clases dictadas en la Universidad Michoacana dejaba en evidencia que para Althusser, el único límite en la difusión de sus tesis era su publicación: “Gracias por la detallada información sobre cómo planean utilizar mis notas y entrevistas. Si es útil para alguno de ustedes, pueden usar la ‘sustancia’ de ellas en sus cursos; pero no publiquen nada”.<sup>45</sup>

Sin embargo, dicho control empezará a relajarse progresivamente y Althusser comenzará a darle indicios a Navarro de su intención de publicar en América Latina: “Estoy pensando nuevamente en que quizás podría escribir algo que sea de utilidad a nuestros amigos latinoamericanos”,<sup>46</sup> “Esto no descarta el proyecto de escribir algo para nuestros amigos latinoamericanos, el cual guardé en algún lugar de mi mente —pero me inclino a escribir sobre el Estado más que sobre filosofía. ¿Qué pensás?”<sup>47</sup>

Uno de los aspectos más significativos de dicho relajamiento está vinculado con la articulación que se establecía en las cartas entre los planes de publicación para América Latina y la valoración diferenciada de los contextos europeo y latinoamericano. Al respecto, la lectura de las cartas intercambiadas permite constatar que la exclusividad latinoamericana no tuvo que ver con una contingencia editorial, sino que fue consecuencia del interés específico de Althusser por los procesos políticos latinoamericanos, el cual sin dudas también constituía la prolongación de un fenómeno preexistente.

Uno de los elementos que aparecen desempeñando un rol preponderante en la aparición de esta predisposición a publicar sus textos lo constituyó un episodio indicador del importante proceso de difusión del althusserianismo en América Latina en las décadas de 1960 y 1970. Althusser le mencionaba de manera insistente a Navarro el impacto generado en Francia con respecto a las afirmaciones de Leonardo Boff sobre el lugar ocupado por su obra y la de Gramsci en la conformación de la Teología de la Liberación. En una de las cartas, comentaba: “Leí sobre el juicio al Padre Boff (brasileño, creo) en *Le Monde*; dijo que, para su ‘Teología de la Liberación’, había usado escritos de ‘Gramsci y Althusser’. Alentador (aunque no me entusiasma mucho ese tipo de teología).”<sup>48</sup> Al no recibir una respuesta de Navarro al respecto, volvía sobre el tema en la carta siguiente: “¿Leíste sobre el revuelo entre el Vaticano y los teólogos de la liberación brasileños que dicen haberse inspirado en Gramsci y Althusser?”<sup>49</sup>

Por otro lado, Althusser le refería a Navarro una caracterización de la situación europea y global en la que América Latina aparecía como una excepción. De manera análoga a aquella descripción del comunismo francés transmitida a Malamud, Althusser repasaba amargamente la situación de declive y crisis del PCF. Inscibía, asimismo, el carácter desfavorable de la situación francesa en un contexto mundial igual de sombrío. En este marco, América Latina se presentaba como la única región la cual se podían depositar expectativas de transformación:

La situación en Francia está lejos de ser buena. La izquierda va a perder las elecciones legislativas de 1986, a pesar de las divisiones en la derecha. El mayor peligro es el crecimiento del racista y xenófobo Frente Nacional, que me trae recuerdos siniestros. El estado general del mundo (a excepción del resurgimiento, por fin, de las democracias en Sudamérica) me preocupa terriblemente. Aparte de su núcleo tradicional, que se ha reducido considerablemente, el PC se encuentra envuelto en una verdadera crisis; por primera vez, ha tenido dificultades para enfrentarse, en el corazón de sus niveles más altos (el CC), con una oposición que está determinada, pero lamentablemente no tiene ninguna línea ni perspectiva. Ellos (los miembros de la oposición interna) solo atacan el “liderazgo”, como si ese fuera el principal problema.<sup>50</sup>

Este cambio de Althusser frente a la publicación de la entrevista conducirá a que, una vez recibido el borrador del texto de parte de Navarro, el francés le proponga a la mexicana que las conversaciones sean editadas en un libro destinado únicamente a los lectores latinoamericanos:

Querida Fernanda, recibí el texto de tu “entrevista” [sic] y creo que es excelente. Dejame hacerte la siguiente propuesta sobre su publicación. Podemos transformarla en un pequeño texto (de unas 80 páginas). Para su publicación (si estás de acuerdo con la idea), podés dirigirte de mi parte a Orfila [Reynal] (a quien conozco bien), el director de la editorial Siglo XXI en la Ciudad de México. En cuanto al contrato y demás cuestiones, solo tiene que escribirme: esta edición sería para América Latina exclusivamente (en español y, si es posible, en portugués para Brasil). Me reservo el derecho de realizar futuras publicaciones en otros idiomas y de ampliar el texto o presentarlo de manera diferente. Pero, tal como está, me parece que tendría un propósito en América Latina. ¿Qué pensás?<sup>51</sup>

## VI

La decisión de llevar a cabo la publicación del libro de entrevistas pondrá nuevamente en marcha el control por parte de Althusser del uso que se hacía de los textos en los que se reflejaban sus últimos desarrollos teóricos.

<sup>44</sup> “Carta a Fernanda Navarro, Wassy, 30 de julio de 1984”.

<sup>45</sup> “Carta a Fernanda Navarro, París, 10 de septiembre de 1984”.

<sup>46</sup> *Ídem*.

<sup>47</sup> “Carta a Fernanda Navarro, Wassy, 18 de septiembre de 1984”.

<sup>48</sup> “Carta a Fernanda Navarro, París, 10 de septiembre de 1984”.

<sup>49</sup> “Carta a Fernanda Navarro, Wassy, 18 de septiembre de 1984”.

<sup>50</sup> “Carta a Fernanda Navarro, París, 7 de abril de 1985”.

<sup>51</sup> “Carta a Fernanda Navarro, París, 8 de abril de 1986”.



En primer lugar, Althusser le hacía llegar a Navarro “algunas sugerencias” que podían llegar a “mejorar el texto”,<sup>52</sup> la mayoría de ellas correcciones sobre afirmaciones pasibles de sufrir las mismas impugnaciones de las que había sido objeto el althusserianismo en las décadas anteriores. Así, por ejemplo, le pedía que eliminara “el pasaje sobre las ‘líneas de demarcación’ en las ciencias, particularmente la demarcación sobre lo científico y lo ideológico”<sup>53</sup>, debido a que dicha formulación debía ser reescrita. En otro pasaje le sugería que tuviera cuidado con los términos “clase dominante” e “ideología dominante”,<sup>54</sup> en tanto podían hacer creer erróneamente al lector que existe una clase dominante (y no un conjunto de clases y fracciones de clase que ejercen la dominación) y que la ideología dominante es homogénea (y no un elemento contradictorio que tiende hacia la unidad). En relación a esto último, también le pedía que enfatizara “la naturaleza práctica de toda ideología, con la finalidad de avanzar, como siempre he intentado, hacia la materialidad de las ideologías”, ya que de lo contrario se corría el riesgo de quedar atrapado en una concepción idealista de la ideología. Asimismo, le hacía saber la sorpresa que le había causado no encontrar en el texto ninguna mención a los cambios en su definición de la filosofía; le recordaba, en este sentido, que había corregido su primera definición como *teoría de la práctica teórica* y que la concepción definitiva de la filosofía era la de *lucha de clases en la teoría*.

Con respecto al carácter que debía tener el libro, en un primer momento Althusser le remarcaba a Navarro que su publicación debía generar un efecto netamente político. En ese sentido, detallaba en una de las cartas el proceso de escritura de un prefacio:

Estoy en proceso de terminar un largo prefacio a tu entrevista (aproximadamente cuarenta páginas mecanografiadas a doble espacio). Voy a pedirles consejo a mis amigos para revisarlo. Es un texto muy político en el que trato de explicarles a los lectores latinoamericanos las condiciones de la lucha de clases, de la guerra y la resistencia (así como sus consecuencias) en las que se formó el Partido francés, y la “estrategia” que tuve que desarrollar para intentar modificar algo en el Partido. Al ser un texto teórico-político, tengo que lograr las mayores garantías posibles.<sup>55</sup>

En otra carta, insistía en la necesidad de incorporar a las entrevistas un extenso texto político, esta vez a modo de posfacio:

Resolví todo con Orfila y aclararle que va a estar recibiendo, una vez que hayas traducido el texto al español —y luego por una excelente traductora, al portugués— no solo el texto de la entrevista, sino un largo posfacio, en el que explico a los lectores latinoamericanos por qué y cómo tuve, en 1950 y posteriormente, que intervenir políticamente en el PC francés y en el movimiento internacional —intervenir aprovechando el único resquicio que tenía: la filosofía, y también cómo y por

qué— ofreciendo una interpretación revolucionaria de Marx y El Capital que coqueteaba con el estructuralismo.<sup>56</sup>

El pretendido efecto político se prolongaba, asimismo, en la sugerencia que Althusser le hacía a Navarro alrededor del título que debía llevar el libro:

#### Entrevista con L.A. por F.N.

(las razones ideológicas y políticas de su batalla filosófica en la coyuntura del PCF y la coyuntura internacional entre 1948 y 1986).<sup>57</sup>

Sin embargo, al recibir la versión definitiva del texto, Althusser adoptará, un vez más, una actitud cautelosa. Al igual que las sugerencias realizadas sobre el primer borrador, Althusser le sugerirá a Navarro algunas modificaciones del texto. Solo que esta vez, dichos cambios implicarán la eliminación de partes completas del proyecto de libro:

Tu texto es excelente, pero está completamente desbalanceado. *Yo tengo la culpa*. Incorporé demasiados nuevos argumentos en mi versión de la entrevista y adelanté imprudentemente tantas ideas, tantas palabras (*solo ideas, no demostraciones*) que me entregué a una especie de vértigo político-verbal (sobre intersticios, márgenes, la primacía de los movimientos sobre las organizaciones, sobre ‘pensar de otra manera’, etc., etc.) y *te arrastré conmigo*, con la siguiente complicación: Yo tenía razones para hablar de la forma en la que lo hice, pero las guardé para mí (por falta de tiempo y explicaciones, y también porque no busqué, en el pesado texto de El Capital, las líneas principales que tenía en mente). Vos no podrías haber hecho otra cosa que la que hiciste.<sup>58</sup>

Las indicaciones dadas por Althusser a Navarro dejaban constancia de que la prudencia del filósofo francés estaba estrechamente vinculada con la publicidad de sus posicionamientos políticos. En este sentido, la última corrección pedida a Navarro estará relacionada con el carácter del texto. A partir de la revisión final, el proyecto de **Filosofía y marxismo** será el de un libro no ya político, sino filosófico. De esta manera se refería Althusser a las partes que debían ser eliminadas:

Son simplemente intercambios de opinión, de dudoso valor, en tanto no están justificadas, ni argumentadas, ni apoyadas en citas textuales o ejemplos convincentes —en resumen, son endebles, al nivel de simple periodismo, es una lástima, una verdadera lástima! Así que olvidate de la ambición ‘político-estratégica’ (que imprudentemente te inoculé) y *pegate a la filosofía*.<sup>59</sup>

El control ejercido por Althusser se coronaba, por un lado, con una sugerencia sobre los modos a través de los cuales podían ser

<sup>52</sup> *Ídem*.

<sup>53</sup> *Ídem*.

<sup>54</sup> *Ídem*.

<sup>55</sup> “Carta a Fernanda Navarro, París, 2 de junio de 1986”.

<sup>56</sup> “Carta a Fernanda Navarro, París, 23 de junio de 1986”.

<sup>57</sup> *Ídem*.

<sup>58</sup> “Carta a Fernanda Navarro, París, 3 de noviembre de 1987”.

<sup>59</sup> *Ídem*.

hechas públicas aquellas afirmaciones no totalmente argumentadas y justificadas. Al respecto, la figura de Navarro como intermediaria adquiría un rol fundamental:

Es posible decirlo; es posible decir, de manera casual, muchas cosas, también sobre los intersticios, pero *eso no está listo para ser escrito y publicado*. ¿Ves la diferencia? No me refiero a evitar que pienses o comentes con otros los temas de los capítulos 2, 3, 4 y 5, pero hacelo en tu nombre y a tu modo, calificando lo que decís: 'Creo que A. piensa que...'; 'si no me equivoco, creo que optimista', por tal y tal motivo. Pero *mezzo voce*, y tangencialmente con respecto a nuestra fortaleza común: el texto sobre filosofía. Y *nunca en forma escrita*.<sup>60</sup>

La circunscripción a la filosofía implicaba, finalmente, una amputación de todo lo político que llevaba el primer título elegido. Así, Althusser le enviaba a Navarro el nombre definitivo del libro:

### Filosofía y marxismo

Entrevista con L.A. por Fernanda Navarro.<sup>61</sup>

## VII

La correspondencia mantenida entre Althusser y Navarro entre la entrevista de 1984 y la publicación del libro en 1988, habilita un horizonte interpretativo que permite integrar el vínculo establecido entre ambos filósofos en el marco más general del itinerario teórico-político de Althusser en Francia y de las proyecciones del althusserianismo hacia América Latina. En este sentido, el intercambio epistolar entre París y Morelia se presenta como una instancia propiciatoria de una relectura de **Filosofía y marxismo** centrada en la inscripción de su singularidad —a simple vista, *aleatoria*— en una historia política e intelectual de más largo plazo.

Quizás nada sintetice mejor la singularidad de la *intervención althusseriana* que una pequeña nota enviada por Althusser a Orfila Reynal luego del intercambio de cartas con Navarro:

Querido Orfila,  
El texto que Fernanda tiene en su poder es SOLO para América Latina —no son cedidos los derechos para otros países.  
Le concedo a Fernanda el derecho a revisarlo y publicarlo directamente por tu editorial, aun si yo no puedo revisarlo.

Te agradezco de corazón,  
Louis Althusser<sup>62</sup>

Una vez asegurado el carácter filosófico del texto y restringida su circulación al espacio latinoamericano, **Filosofía y marxismo** estaba listo para entrar a la imprenta.

<sup>60</sup> *Ídem*.

<sup>61</sup> *Ídem*.

<sup>62</sup> "1 de marzo de 1987".

### Resumen

En 1988, fue publicado por Siglo XXI México **Filosofía y marxismo**, un pequeño libro de entrevistas al filósofo marxista francés Louis Althusser realizadas por la profesora de filosofía mexicana Fernanda Navarro. En dicho volumen, Althusser retomaba varios de los aspectos fundamentales que habían caracterizado su intervención durante las décadas de 1960 y 1970 e introducía elementos absolutamente novedosos como las formulaciones alrededor del materialismo aleatorio y la filosofía del encuentro. La correspondencia mantenida entre Althusser y Navarro entre la entrevista de 1984 y la publicación de **Filosofía y marxismo** en 1988, habilita un horizonte interpretativo que permite integrar el vínculo establecido entre ambos filósofos en el marco más general del itinerario teórico-político de Althusser en Francia y de las proyecciones del althusserianismo hacia América Latina. Veremos de qué manera aquel encuentro entre Althusser y Navarro estuvo originado en un intercambio epistolar previo entre el filósofo francés y Mauricio Malamud, un comunista argentino difusor de la obra de Althusser en Argentina y por entonces exiliado en Morelia. Asimismo, la correspondencia entre Althusser y Navarro nos permite ver que el hecho de que el libro haya sido publicado únicamente en América Latina fue resultado de un interés específico de Althusser en los procesos políticos latinoamericanos. Finalmente, el intercambio permite captar el tenor filosófico del mencionado libro en el marco más general de la especificidad de la *intervención althusseriana*.

### Palabras clave

Althusser; Marxismo; América Latina



### Abstract

In 1988 was published by Siglo XXI México, **Filosofía y marxismo**, a small book of interviews with French marxist philosopher Louis Althusser performed by Mexican philosophy professor Fernanda Navarro. In this book, Althusser resumed several themes of althusserianism during the 1960s and 1970s and introduced quite innovative elements such as formulations about “aleatory materialism” and “philosophy of the encounter”. The correspondence between Althusser and Navarro since the 1984 interview to the publication of **Filosofía y marxismo** enables an interpretative horizon that allows to integrate the link between both philosophers within the framework of the theoretical and political itinerary of Althusser in France and the projections of althusserianism to Latin America. We will confirm that the encounter between Althusser and Navarro was originated in a previous exchange of letters between Althusser and Mauricio Malamud, an Argentinian communist diffuser of the work of Althusser in Argentina and then exiled in Morelia. Also, the correspondence between Althusser and Navarro shows us that the fact that the book has been published only in Latin America was the result of a specific interest of Althusser in the Latin American political process. Finally, the exchange captures the philosophical character of the book in the wider context of the specificity of the *althusserian intervention*.

### Keywords

Althusser; Marxism; Latin America

## ANEXO

Las cartas transcritas se encuentran en el “Fondo Althusser” del Institut Mémoires de l'édition contemporaine (IMEC), París. Algunas de ellas fueron reproducidas en Louis Althusser, **Sur la philosophie**, París, Gallimard, 1994 y en Louis Althusser, **Philosophy of the Encounter. Later Writings, 1978-87**, Londres, Verso, 2006.

La traducción fue realizada por Marcelo Starcenbaum.

I

[París 10], Sept. [1984]

Querida Fernanda, va esta carta desde París en respuesta a la tuya, recibida hoy, en la que me contás que Mauricio está mejor. Esos cambios repentinos en su estado son asombrosos. Investigué sobre el tema: el fenómeno es aparentemente extraño, pero existe. En cuanto a las formas y los medios de prevenir, y luchar, contra una *recaida en la fase maniaca*, hay dos maneras de proceder. El más clásico es litio, con el que estás familiarizada: tiene el beneficio de erosionar (desgastando gradualmente) el estado de excitación (hace efecto a largo plazo, por lo que se debería tomar todo el tiempo, *preventivamente*). Cuando el litio no hace efecto (como es mi caso), se usa *Tegretol* (te adjunto un folleto). Yo lo tomo, y a mí me funciona bien. Digo “a mí” porque todas estas drogas, por alguna misteriosa razón, funcionan o no dependiendo de la persona.

Hace frío en París: hay fruta en todos los estantes, pero más cara que en el este de Francia. Cuando estuve allí, me dieron un buen consejo sobre la cura con duraznos blancos, un verdadero placer.

Fue muy duro volver a casa, con todas mis dolencias (las estuve combatiendo durante meses, pero fue en vano) y el temor a estar solo. Pero vos ya sabes todo eso.

Terminé leyendo mucho en Wassy: Nietzsche, Heidegger. Me eduqué un poco. Pero estoy lejos de haber terminado con estos autores. Cuando leo a un autor, después de tenerlo a mi lado durante largo tiempo, siempre tengo que volver a él con la necesidad de agarrarlo, de sostenerlo firmemente en mi mano. Creo que esto es posible con Nietzsche, que no es para nada complicado, pero con Heidegger es una historia diferente.

Hice un montón de tareas para poder estar en paz. Encontré una señora para la limpieza que vendrá una tarde por semana. Voy a tener que conseguir otros libros para no estar solo... También voy a intentar escuchar un poco de música.

Gracias por la detallada información sobre cómo planean utilizar mis notas y entrevistas. Si es útil para alguno de ustedes, pueden usar la “sustancia” de ellas en sus cursos; pero no publiquen nada. Estoy pensando nuevamente en que quizás podría escribir algo que sea de utilidad a nuestros amigos latinoamericanos. Leí sobre el juicio al Padre Boff (un brasileño, creo) en **Le Monde**; dijo que para su “Teología de la Liberación”, había usado escritos de “Gramsci y Althusser”. Alentador (aunque no me entusiasma mucho ese tipo de teología).

Te abrazo, mi querida Fernanda. Dale mis saludos a Malamud.

Louis

## II

[Wassy], 18 de Septiembre de 1984

Querida Fernanda,  
 ¡no hay nada como tus cartas! Te agradezco desde lo más profundo de mi corazón que me escribas y que me envíes tantas buenas noticias. Me alegra escuchar que Malamud está mejor; dale mis saludos, y decíle que, como veterano de la guerra contra la depresión, entiendo perfectamente contra lo que está luchando. Decíle que yo también pasé por fases maníacas y que es lo más difícil de soportar para la familia y los amigos —lamentablemente, uno se da cuenta después de los hechos, porque está tan intoxicado con la libertad, la fuerza y la inteligencia durante el período crítico...

Estoy leyendo a Heidegger atentamente después de haber leído a Nietzsche. Ahora veo que todo esto estaba ausente en mi "cultura". Siempre me lleva un tiempo asimilar el pensamiento de un autor, "digerirlo" y "dominarlo". Esta lectura naturalmente me ha lanzado algunas "preguntas". Necesito alcanzar cierta perspectiva y dejar pasar un tiempo para poder decir cómo el equilibrio interno de lo que fui capaz de pensar (y pasar a los manuscritos) será modificado por estas lecturas. Siempre necesito un tiempo para hacer madurar las ideas, aunque las cosas van más rápido cuando me siento a escribir. Agregá a eso el hecho de que estas lecturas me condujeron inevitablemente a otras, a cosas que nunca había leído o que había leído en otro contexto y había olvidado completamente (por ejemplo, Derrida: en qué sentido, y cómo, había criticado a Heidegger, aún basándose en él), para no hablar de Hegel, que sigue siendo, después de todo, una referencia fundamental para todos, siendo él mismo un "continente" que lleva prácticamente una vida conocerlo bien...

No estoy totalmente en contra de esta nueva experiencia de poner las cosas en "suspense", esta experiencia de reflexión interna (opuesta al desarrollo de un cuerpo de pensamiento). Esto no descarta el proyecto de escribir algo para nuestros amigos latinoamericanos, el cual guardé en algún lugar de mi mente —pero me inclino a escribir sobre el Estado más que sobre filosofía. ¿Qué pensás? Es un proyecto lejano, como todos mis proyectos, pero es un proyecto después de todo (más que aquel de la "autobiografía", sobre el que tendría que pensar primero si puede ser una autobiografía intelectual; encuentro esta idea, que me ha sido sugerida por varios de mis amigos, problemática e irritante. Coqueteé con esta idea durante el verano, pero todo lo que hizo fue alejarme de ella). También estoy leyendo algunos poetas (Char, Baudelaire: ¡qué viejo gran compañero que era Baudelaire!)

Mis dolencias (mis pies, los mareos, la vista) continúan afectándome. No sé si alguna vez seré capaz de liberarme de ellas (ya vi a tantos doctores e intenté tanto tipos de tratamientos). A veces veo a Michelle [Loi], quien es siempre una gran ayuda. La ayudo a orientarse en lo profesional y en otras áreas. No lo está haciendo tan mal en este momento.

Estoy durmiendo mejor que antes, y casi siempre sin drogas:

un resultado satisfactorio, pero por el que tengo que pagar con terribles pesadillas cada noche, sobre temas que vuelven una y otra vez.

Es una constante en la vida; contra un fondo de soledad (la visita de los amigos no cambia esto), en el que nada ocurre excepto las lecturas que te conté y la atención que le presto a la política y otras noticias gracias a Le Monde y la TV. ¿Leíste sobre el revuelo entre el Vaticano y los teólogos de la liberación brasileños que dicen haberse inspirado en Gramsci y Althusser?

Para vos, mi querida Fontana, desde lo más profundo de mi corazón, y con las gracias por tus amorosas cartas.

Louis

## III

[París,] 11 de Octubre de 1984

Querida Fontana

No me empujes a tener "ideas" sobre filosofía. Necesito un largo y silencioso período de reflexión con el fin de entender un poco mejor qué es lo que está ocurriendo conmigo después de esta terrible experiencia (personal e histórica), mientras cosecho los beneficios de las lecturas a las que actualmente me estoy dedicando. No he terminado mis trabajos, estoy lejos de eso.

Sí, pensaba que el marxismo tenía algo objetivo y "relativamente" universal que decir sobre la filosofía —como dije en Lenin y la filosofía— y, en cierta medida, todavía lo pienso. Pero no solo el marxismo; también el psicoanálisis, y quizás otras teorías. Esto debe ser investigado. Me volví cauteloso, ahora que me estoy educando un poco.

Mi idea principal puede resumirse en unas pocas palabras: la filosofía es, por así decirlo, el laboratorio teórico, solitario y aislado, a pesar de todos los vínculos que lo atan al mundo, en el que las categorías desarrolladas son aquellas apropiadas para el pensamiento, y, sobre todo, para la unificación/diversificación —apropiadas para el pensamiento de las diversas ideologías existentes en sus formas unitarias/unificadoras. Engels pronuncia, en algún lado, una gran tontería: sobre "la necesidad imprecadera del espíritu humano" de "superar todas las contradicciones", por lo tanto pensar lo real en términos de una unidad, e incluso, de un sistema no contradictorio. De lo que se trata, sin lugar a dudas, es del lenguaje, eso está perfecto: pero, detrás del lenguaje, hay una necesidad por la unificación que tiene que ver, indirectamente, con el imperativo de unificar las diversas (y contradictorias) ideologías con el fin de atraerlas hacia el proceso (que no es nunca completo, que es infinito; mirá la idea reguladora de Kant) de constitución de lo que puede llamarse la *ideología dominante* (hoy nuestros adversarios están desafiando esta idea de una ideología dominante).

Esta idea, que quizás encuentre en mis manuscritos, por ahora es Top Secret. Manténganlo en secreto. Creo que todavía es válido, pero *no es lo único que está en juego* (están también el inconsciente, los juegos de lenguaje, los efectos del inconsciente y los efectos del lenguaje).





(Habría que ver qué hay de filosofía en Freud —eso es algo a investigar— y el papel del lenguaje, sobre lo que Nietzsche insiste mucho, al igual que Derrida).

Pensá un poco en todo esto, pero por el momento, *manténganlo en secreto*.

Afectuosamente,

Louis

## IV

[París], 8 de Abril de 1986

Querida Fernanda, recibí el texto de tu "entrevista" [sic] y creo que es *excelente*. Dejame hacerte la siguiente propuesta sobre su publicación. Podemos transformar el texto en un pequeño libro (de unas 80 páginas). Para publicarlo (si estás de acuerdo con la idea), podrías dirigirte, en mi nombre, a Orfila [Reynal] (a quien conozco bien), el director de la editorial Siglo XXI en la Ciudad de México. Sobre el contrato y demás, todo lo que él tiene que hacer es escribirme: esta edición sería para América Latina *exclusivamente* (por lo tanto en español, y si es posible, en portugués para Brasil). Me reservo el derecho de realizar futuras ediciones, en otros idiomas (lo pensaré más adelante), y de ampliar el texto o presentarlo de otra manera. Pero, tal como está, serviría a algún propósito en América Latina. ¿*Qué pensás?*

Dicho esto, me gustaría hacerte algunas sugerencias sobre cómo, en ciertos puntos, podrías mejorar el texto de tu "entrevista" en algún sentido.

Primero, me gustaría que abandonaras el pasaje sobre las "líneas de demarcación" en las ciencias, especialmente la demarcación entre lo científico y lo ideológico, así como todo lo referente a la diferencia entre la ideología y *lo ideológico*. Esa sección todavía no está lista y debería ser reescrita.

Me gustaría que modificaras el uso del término "clase dominante" para tener en cuenta ciertos matices. Nunca hay una única clase dominante, sino más bien, un grupo de clases o fracciones de clases "en el poder", como lo vio claramente Gramsci cuando habló de "bloque (de clases) en el poder" (tomada de Sorel), lo cual describe las cosas de manera más concreta.

Del mismo modo, sé cuidadosa con el término *ideología dominante*. Los períodos históricos caracterizados por una ideología dominante única y verdaderamente unificada, son excepcionales: la ideología dominante es siempre contradictoria y tiende hacia una unidad dominante a la que solo llega en algunas ocasiones y con gran dificultad. Sería preferible hablar, como lo hacés en otros pasajes, en términos de la tendencia (contradictoria) de una ideología que intenta constituirse en una *unidad* (no contradictoria) y dominar los elementos ideológicos heredados del pasado, elementos que nunca logra verdaderamente *unificar* en una única ideología dominante.

Algunos otros comentarios.

- La referencia a la tesis de Marx de que "hasta ahora, los filósofos no han hecho más que *interpretar* el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo" es inexacta. El sentido de

Marx (en esta breve e improvisada frase escrita en un borrador; fue Engels quien luego publicó las "Tesis sobre Feuerbach") parece ser que interpretar el mundo es tener una actitud *especulativa*; por lo tanto, abstracta y, sobre todo, *pasiva*; por lo tanto, conservadora. En realidad, *cada filosofía es activa*, y siempre intenta *actuar sobre el mundo* (a través de su trabajo en las ideologías), orientándola en una dirección revolucionaria (Marx) o en una dirección reaccionaria (por ejemplo, Platón, en su más profunda inspiración política —aunque hay infinitas riquezas en Platón, incluso materialismo, como sabes) o, de nuevo, en una dirección conservadora (mantener al mundo en el estado en el que está es luchar contra las ideologías o filosofías que intentan cambiarlo y —acá también, como siempre— actuar, ser activas). El mismo Heidegger reconoce esto; no es ningún tonto.

- p. 33 de tu texto: enfatiza la naturaleza *práctica* de toda ideología, para avanzar, como siempre he intentado, hacia la *materialidad* de toda ideología. Este es un punto crucial que enfatice en mi ensayo sobre los AIE [Aparatos Ideológicos de Estado]; es absolutamente necesario que sea reiterado, con un renovado énfasis en la materialidad, que Foucault percibió claramente. De lo contrario, uno queda totalmente atrapado en una concepción idealista de las ideologías. Esto es muy importante, ya que, sin ello, el sentido *esencial* de mis tesis sobre los AIE se va por la borda.

- p. 31 ¡no olvides la "lucha de clases"!

Me sorprende que no hagas referencia a las diferentes definiciones de la filosofía que he propuesto. Primero (en Para leer El Capital), "la teoría de la práctica teórica", una fórmula positivista (filosofía = la ciencia de las ciencias) que luego abandoné para reemplazarla con (1) la fórmula de Lenin y la filosofía (la filosofía representa la política en las ciencias y la cientificidad en las prácticas —la redacción debe ser revisada—); y (2) la fórmula definitiva: la filosofía es lucha de clases en la teoría —un fórmula provocativa, pero la única cuya validez puede ser demostrada; precisamente en función del rol de cualquier filosofía en la lucha ideológico-teórica. Esto no es fácil de explicar en pocas palabras (¡especialmente en tres palabras!), pero es posible, y el intento deber ser hecho. Podés intentar por tu cuenta, si no te ayudaré.

- p. 40 de tu manuscrito: no olvides la frase de Gramsci (que no conocía en su momento): "la hegemonía nace en la fábrica": cualquier forma de organización del trabajo, y las formas de su ejercicio y la sumisión, se producen en virtud de una ideología —la ideología de la sumisión a la explotación, de las ilusiones sobre la naturaleza de los salarios, y así sucesivamente.

- p. 40: "*El reconocimiento de toda forma de autoridad*": un punto *muy importante*. La interpelación del individuo como sujeto, lo que hace de él un sujeto ideológico, se realiza no sobre la base de una *sola* ideología, sino de *varias ideologías* a la vez, bajo las cuales el individuo *vive* y *actúa* su práctica. Estas ideologías pueden ser "locales", como un sujeto en su *familia* y en el *trabajo*, en sus relaciones inmediatas con su familia y amigos o sus compañeros; o pueden ser más amplias, "locales" en un sentido amplio, ya sea "regional" o "nacional". Estas ideologías son, en su mayoría, heredadas del pasado, de la tradición. Lo que resulta es *un repertorio* y *un escenario* de múlti-

ples interpelaciones en las que el sujeto queda envuelto, pero los cuales (en tanto contradictorios) constituyen la "libertad" del sujeto individual, quien es interpelado *simultáneamente* por varias ideologías que no son del mismo tipo ni del mismo nivel; esta multiplicidad explica el "libre" desarrollo de las posiciones adoptadas por el sujeto-individuo. Así, el individuo tiene a su disposición un "repertorio de movimientos" de diferentes movimientos, entre los cuales puede "desarrollar" o, incluso, "elegir", determinar su curso, aunque esta determinación está en sí misma determinada, pero en el repertorio de la pluralidad de las interpelaciones. Esto explica la persistencia de tendencias en la clase obrera y en otras clases, así como los desplazamientos, notados por Marx, de los sujetos-individuos de una posición político-ideológica a otra (por ejemplo —¡ay! este es el único ejemplo que Marx cita— intelectuales que van hacia las posiciones ideológicas de la clase obrera, *aunque ellos mismos sean originalmente burgueses*— como lo eran los propios Marx y Engels). Pero habría que llevar esto más lejos, examinando, *en la propia clase obrera*, estos desplazamientos de una posición a otra: reformista, anarquista, revolucionaria, para no hablar de los trabajadores que directamente votan a los partidos burgueses o —un caso mucho más extremo— aquellos que, en Alemania, por ejemplo, apoyaron en masa al fascismo. La teoría de los AIE es, por lo tanto, todo lo contrario de una teoría determinista en un sentido superficial. No decís nada sobre la dialéctica; y, considerando todas las cosas, creo que tenés razón, porque se necesitan largas explicaciones para explicar que la dialéctica (no solo en la forma dada por Engels: la ciencia de las leyes del movimiento de la materia) es *más que ambigua; es más, es nociva*, esto es, siempre más o menos teleológica. Si tengo la fuerza, intentaré explicarte algún día. No estoy del todo bien —pero te abrazo con todo mi corazón. Escíbime para decirme qué pensás de esta carta y de los otros proyectos.

Louis

## V

[París], 2 de Junio de 1986

Querida Fernanda,

Te escribo esta nota después de un largo silencio (atravesé momentos muy difíciles durante meses). Solo desde hace dos semanas me siento un poco mejor, y en condiciones (prudentemente) de leer y escribir.

Estoy en proceso de *terminar* un largo prefacio a tu entrevista (alrededor de cuarenta páginas mecanografiadas a doble espacio). Voy a pedirles consejo a mis amigos para revisarlo. Es un *texto muy político* en el que trato de explicarles a los lectores latinoamericanos las condiciones de la lucha de clases, de la guerra y la resistencia (así como sus consecuencias) en las que formó el Partido francés, y la "estrategia" que tuve que desarrollar para intentar modificar algo en el Partido. Al ser un texto teórico-político, tengo que lograr las mayores garantías posibles. Creo

que te lo podré mandar en agosto *si todo va bien*.

Espero que hayas podido revisar la entrevista como te indiqué. Dejame agregar que la última sección, en la cual discutís la enseñanza de la filosofía sin ninguna intervención de mi parte, no parece estar lista todavía. Debería ser trabajada nuevamente. En cualquier caso, espero impaciente el texto revisado de la entrevista.

Te abrazo con todo mi corazón,

Louis

## VI

[París], 23 de Junio de 1986

Estoy en el proceso de traducción al francés de la entrevista, corrigiéndola y, sobre todo, agregando pasajes sobre ideología y política que son de suma importancia.

Todavía me queda una semana de trabajo por delante. Te voy a enviar el texto en francés, el cual será lanzado en la nueva serie "Estrategia", editada por Louis Althusser y publicada por Orfila. *Resolvé todo con Orfila* y aclárale que va a estar recibiendo, una vez que hayas traducido el texto al español —y luego por una excelente traductora, al portugués— no solo el texto de la entrevista sino un *largo posfacio*, en el que explico a los lectores latinoamericanos *por qué y cómo* tuve que, en 1950 y posteriormente, que intervenir *políticamente* en el PC francés y en el movimiento internacional —intervenir aprovechando *el único resquicio que tenía: la filosofía*, y también *cómo y por qué*— ofreciendo una interpretación revolucionaria de Marx y El Capital que coqueteaba con el estructuralismo. *Pude*, a pesar de la feroz hostilidad hacia mí de los líderes del Partido, "atraparlos completamente", impidiendo que me expulsaran, condenaran e incluso criticaran (*hubo tres líneas de crítica cautelosa en L'Humanité*) después de mi panfleto *Lo que no puede durar en el Partido Comunista*, ¡un total de tres líneas en cuarenta y dos años!) Traducí cuidadosamente este posfacio y enviásele a Orfila para que sea publicado inmediatamente después de la entrevista, en el mismo volumen, bajo un título que tendremos que discutir. Quizás simplemente:

**Entrevista con L.A. por F.N.**

(las razones ideológicas y políticas de su batalla filosófica en la coyuntura del PCF y la coyuntura internacional entre 1948 y 1986)

Gracias por todo. Todo mi afecto. Recibirás los textos en francés ni bien estén traducidos y mecanografiados en dos copias, tan pronto como sea posible. En cualquier caso, te los enviaré por correo alrededor del 10 de julio.

Afectuosamente,

Louis

## VII

[París], 3 de Noviembre de 1986

Querida Fernanda,

Recibí tus cartas, los cassettes, etc. Me alegra que estés bien y ocupada. En cuanto a mí, igual que Malamud, pero menos serio —subidas y bajadas, aunque no he tenido una subida durante tres años. Me he hundido en un terrible abismo de angustia, con mis dolencias por encima de todo. No creo que puedas saber cómo es desde la distancia; además, cuando nos encontramos, estaba en una fase maníaca. El resultado es que cometo errores estúpidos y hago cosas tontas, y llevo a mis amigos, vos en particular, por ese camino.

Tu texto es excelente, pero está completamente *desbalanceado*. Yo tengo la culpa. Incorporé demasiados nuevos argumentos en mi versión de la entrevista y adelanté imprudentemente tantas ideas, tantas *palabras* (solo ideas, no demostraciones) que me entregué a una especie de vértigo político-verbal (sobre intersticios, márgenes, la primacía de los movimientos sobre las organizaciones, sobre “pensar de otra manera”, etc., etc.) y te arrastré conmigo, con la siguiente complicación. Yo tenía razones para hablar en la forma en que lo hice, pero las guardé para mí (por falta de tiempo y explicaciones, y también porque no busqué, en el pesado texto de El Capital, las líneas principales que tenía en mente). Vos no podrías haber hecho otra cosa que la que hiciste. (1) De hecho, te encontraste con dos textos, el viejo y el nuevo (*grosso modo*); (2) con un problema insoluble (mi culpa): encontrar una manera de unificar ambos textos; (3) creíste haber encontrado una solución con “*conversando con Alth*”. De hecho, este programa no era más que una declaración vacía, una unidad artificial y ficticia. Es tan visible como una puerta de establo... cuando uno lo lee entero, está totalmente desbalanceado, por lo tanto es *débil*, se debilita. Yo tengo la culpa, vos solo me seguiste a mí, sin poder poner las cosas en su lugar.

Hay tres pasajes excelentes en la sección “*Conversando*”:

1) El capítulo 1, que me gustaría llamar “Una filosofía para el marxismo: la línea de Demócrito” (Lenin, *Materialismo y empirocriticismo*). Este texto es nuevo y es excelente. Podés tenerlos en cuenta; veré —una vez que me sienta mejor y que tenga la posibilidad de hablar con el Padre [Stanislas] Breton (que también está enfermo)— si no hay algunos detalles que podrían ser mejorados, pero hay muy poco involucrado acá. Pero creo, sobre todo, que me entendiste bien, porque tenés una mente verdaderamente filosófica —mientras que no sos talentosa cuando se trata de política (o así parece... ¡perdón!).

2) Lo que es excelente, entonces, es el capítulo 1 (excepto el principio) y los dos apéndices (excepto el final del segundo, donde intentás establecer una continuidad con Sartre. Sería mejor no discutir a Sartre en absoluto, o si es importante para vos, hazlo en una nota breve en alguna parte).

Juntos, estos tres textos harán un excelente libro —claro, denso, sistemático y riguroso: la combinación ideal.

Sin embargo, los capítulos 2, 3, 4 y 5 no están en el mismo nivel. Son simplemente intercambios de opinión, de dudoso valor, en tanto no están justificados, ni argumentados, ni apoyados en citas textuales o ejemplos convincentes —en resumen, son endebles, al nivel de simple, es una lástima, ¡una verdadera lástima! Así que olvidate de la ambición “político-estratégica” (que imprudentemente te inoculé) y *pegate a la filosofía*. ¡Ya tenés una bomba! Sé que te estoy pidiendo que hagas un gran sacrificio, pero pensá en los sacrificios que me he impuesto a mí mismo al no publicar todos los manuscritos que has visto... Y no hables, o me hagas hablar, del “viejo armario”; decí “mis archivos”. No es necesario exagerar... Te estoy pidiendo que hagas un gran sacrificio y, al mismo tiempo, te estoy ofreciendo la clave para la solución. En resumen, una buena compensación.

Dejame darte un consejo: *abandoná todo lo que es demasiado autobiográfico, tanto lo mío* (no discutas mi tragedia o mi enfermedad) *como lo tuyo* [...], y *no digas*: (1) que no estoy más en el Partido —no es asunto de ellos— o (2) sobre las razones para “romper” mi silencio. Si mantuve el silencio, es porque estoy enfermo, punto: no es asunto de ellos, y menos en forma de una afirmación escrita. Es posible decirlo; es posible decir, de manera casual, muchas cosas, también sobre los intersticios, pero *eso no está listo para ser escrito y publicado*. ¿Ves la diferencia? No me refiero a evitar que pienses o comentes con otros los temas de los capítulos 2, 3, 4 y 5, pero hazlo *en tu nombre y a tu modo*, calificando lo que decís: “Creo que A. piensa que...”; “Si no me equivoco, creo que es optimista”, por tal y tal motivo. Pero *mezo voce*, y tangencialmente con respecto a nuestra fortaleza común; el texto sobre filosofía. Y *nunca en forma escrita*.

Tomar en cuenta estos últimos aspectos (te aseguro que cuentan: un texto publicado engendra otros, y nada de lo que contiene es neutral) implicará *reducir mi prefacio a unas pocas palabras* (yo me encargo de eso), no mencionar mi edad o mi tragedia, y borrar el último párrafo, ya que no voy a discutir la vida política de Francia en este texto. También vas a tener que *reorganizar tu prólogo*, sacando la frase “*A. rompe el silencio*” [sic] y todo lo que se deriva de ello, no mencionando mi tragedia, y abandonando *la sección autobiográfica sobre vos*, la cual es muy extensa. Relatá las circunstancias de nuestro encuentro de manera más simple, en tres líneas. Naturalmente, esto implica también una solución: *que no menciones el nuevo problema de la integración de los dos textos* y la dudosa *mélange* que indefectiblemente produciría... Acá también, te saco de una dificultad que sería incomprendible para tus amigos. *Finalmente, te voy a pedir que saques las páginas 6 y 7*, sobre el Partido. Uno tiene que estar en Francia para entender estas cosas. En México, todo eso solo sembraría la confusión, te lo aseguro, confusión y nada más (*Ya digo bastante* sobre mi estrategia frente al Partido).

Mi texto sobre la situación política en Francia (no te referís a él en tu libro, mejor así; en este caso, no entenderían por qué no lo publico) llega a las 85 páginas... cosas buenas y malas. Cuando mi salud mejore, lo revisaré y te lo enviaré. Pero eso puede esperar, mientras que tu texto,

## Filosofía y marxismo

Entrevista con L. Althusser por Fernanda Navarro

hermosa tapa, hermosa tipografía, etc., ¡¡todo hermoso!!  
*está casi listo*, queda poco trabajo por hacer.

*En términos prácticos*, propondría el siguiente procedimiento, para ahorrar tiempo:

1. Mantengo aquí el manuscrito básico: me refiero *al capítulo 1 y los apéndices*, junto a mi breve prefacio, el cual reescribiré.  
2. Trabajá en los puntos que te indiqué arriba, usando tu mejor juicio, y envíame solo las páginas revisadas, diciéndome solamente: *tal y tal página ha sido eliminada o modificada de la siguiente manera, o tal página y las siguientes* (por ejemplo, pp. 14 s.): nueva página a ser intercalada, etc.

3. Enviame estas modificaciones tan pronto como puedas. Las revisamos con Breton y te enviamos el texto nuevamente para las modificaciones finales con algunos pequeños detalles o sin cambios, *para que entre en prensa. No negocies con nadie hasta que te avise que el texto ha entrado "en prensa"*.

No tengo ninguna objeción a tu plan de una publicación conjunta con la Universidad, pero no sé como reaccionará Orfila. Podés decirle, cautelosamente, que estoy de acuerdo.

Hice un gran esfuerzo durante estas dos horas para escribirte este texto. Muchas más explicaciones lo habrían ordenado. Cuento con que confías en mí, pero estoy sin fuerzas. Capitalicé una noche sin dormir en escribirte. Son las 4 a.m., y voy a tratar de dormir un poco. Que Dios me ayude para que los médicos no me envíen al hospital y pueda superar esto solo en mi casa vacía, realmente tengo pocas visitas. La soledad es terrible. "Soledad es que nadie te esté esperando".

Te abrazo tiernamente,



Jesús Álvarez Amaya  
"Lázaro Cárdenas y el Petróleo (18 de Marzo)"  
Xilografía impresa con tinta verde, 59 x 47.5 cm. (ca. 1960)

# Historia, memoria y franquismo

Carlos Barros\*

En un artículo en *El País*<sup>1</sup> el historiador inglés Timothy Garton Ash<sup>2</sup> equipara —en mi opinión torpemente— la libertad de información en la red con las demandas de la asociación *Liberté pour l'histoire*, creada en 2005 por Pierre Nora para combatir, desde una concepción declaradamente positivista del oficio de historiador, las *lois mémorielles* promulgadas por el poder legislativo en Francia desde 1990. Una de ellas, la ley que penaliza el negacionismo del genocidio armenio (1915), perpetrado por el Estado turco, fue ratificada el 23 de enero de 2012, por el Senado francés. Y el pasado 10 de mayo de 2013 François Hollande presidió la conmemoración de la aprobación de otra ley memorial que declaró, en 2001, la esclavitud como un “crimen contra la humanidad”: la cuestión de la memoria en Francia sigue hoy viva tanto política como historiográficamente, dimensiones que se entrelazan, se quiera reconocer o no reconocer, como las avestruces.

## ¿Puede ser amnésica la libertad?

La libertad ha de ser ciertamente universal, más en este siglo XXI en que se superponen de manera contradictoria fenómenos de orden mundial: globalización de los mercados / globalización de los valores, por ejemplo. El historiador no debería quedarse con la pura forma global del tiempo que nos toca vivir sino afinar y profundizar en sus contenidos y contextos, desiguales y cambiantes. Obviamente, no todo lo que deviene universal está resultando positivo para las libertades individuales y colectivas en el mundo de hoy, hay que discernir.

Mientras la libertad de información en Internet, que hizo posible Wikipedia y Wikileaks, beneficia a una inmensa mayoría,

la citada “libertad para la historia” de un sector significado de los historiadores franceses,<sup>3</sup> favorece más bien a una minoría de extrema derecha que podría así cuestionar en Francia, sin cortapisas legales, la realidad histórica del Holocausto nazi, del genocidio armenio y de la esclavitud como crímenes de lesa humanidad.

Hay que decir también que diputados y senadores legislaron, en 2005, a favor de una enseñanza de la historia de Francia que destacara los “aspectos positivos” de la colonización de Argelia. Los historiadores franceses que se opusieron a esta ley memorial procolonial<sup>4</sup> no siguen, en su mayor parte, a la asociación conservadora de Pierre Nora, que la utiliza para “justificar” su oposición a las tres restantes leyes memoriales de orientación más universal y progresista. Nora aplica para ello un argumento corporativo que le hubiera gustado a Ranke, Langlois y Seignobos, viene a decir que “solamente” los historiadores académicos estamos capacitados para escribir la historia... Enfrentándose a la gran mayoría de los franceses: las leyes memoriales contra el Holocausto, el genocidio armenio y la esclavitud tuvieron el voto favorable de todos los partidos representados en el parlamento francés menos del Front National de Le Pen, con quien se alinea objetivamente la asociación de Pierre Nora.

Como historiadores, académicos y demócratas somos, por supuesto, contrarios a cualquier norma legal que coarte la libertad de expresión y de investigación histórica, lo que suele perjudicar a las causas histórico-historiográficas más nobles, justamente porque contra lo que afirma Nora pensamos que la historia académica ha de ser moral y nuestro oficio sujeto a una deontología

\* Universidad de Santiago de Compostela

<sup>1</sup> “El conocimiento en la Red, en peligro” (21/01/2012); ver: [http://elpais.com/diario/2012/01/21/opinion/1327100411\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2012/01/21/opinion/1327100411_850215.html)

<sup>2</sup> Posteriormente, Garton Ash ha creado una web ([www.freespeesdebate.com](http://www.freespeesdebate.com)) con parecido doble rasero, me temo, que criticamos a Pierre Nora.

<sup>3</sup> En la patria de Marc Bloch, historiador resistente fusilado por los nazis en 1944 y fundador de la Escuela de Annales: olvidado por una gran parte de los historiadores que secundan con mayor o menor consciencia los propósitos de Nora.

<sup>4</sup> Se pueden consultar los dos textos en la web de Historia a Debate: <http://www.h-debate.com>



profesional.<sup>5</sup> Tenía razón el verdadero autor inglés<sup>6</sup> de la conocida frase “Yo no estoy de acuerdo con lo que usted dice, pero lucharía para que usted pueda decirlo”,<sup>7</sup> atribuida a Voltaire, paradigma de la tolerancia ilustrada. Frase que debemos contextualizar para aplicarla con rigor, es decir, con sentido histórico y político. Si nuestro interlocutor, por quien nos batimos para que pueda disfrutar hoy de libertad de expresión, sigue siendo un neonazi, un neofascista o un neofranquista con ropaje “democrático”, con lo que supone de riesgo para las libertades, ¿qué hacer? Pues no ignorar a quién estamos beneficiando, sin renunciar a la tolerancia, cuando se trata de memoria y de libertad, y sopesar cómo ello afecta a nuestra profesión, no vaya a ser que nos pase como al magistrado Luciano Varela, que arruinó en 2012 su imagen y carrera judicial junto con otros magistrados de la Sala Penal del Tribunal Supremo por aliarse contra el juez Garzón apoyando a la Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS) y otro grupo de extrema derecha, ambos legalizados en España. Si bien, todo hay que decirlo, las decisiones académicas e historiográficas no tienen el mismo alcance externo que las políticas y judiciales, el historiador cabal, serio, ha de hacerse siempre responsable de las consecuencias sobre todo colectivas de sus interpretaciones y posiciones “en nombre de los historiadores” sobre temas de actualidad social o política, como cualquier otro profesional o ciudadano, y más todavía los que tenemos que dar ejemplo como profesores y funcionarios públicos.

## Modelos de memoria histórica

El contexto francés sobre historia, memoria y libertad es bien distinto al español, incluso contrario en aspectos de fondo, primordiales.<sup>8</sup> Diferencias cualitativas que no tienen en cuenta colegas que pretenden —legítimamente, por supuesto— trasladar a la historiografía española<sup>9</sup> la propuesta francesa de confrontar de manera suicida historia con memoria, objeto con sujeto, academia con sociedad, historiador con su tiempo. Desde una posición historiográficamente conservadora que Pierre Nora ya exhibía precozmente, hace cuatro décadas, propugnando a contracorriente<sup>10</sup> la conti-

nidad de la historia positivista basada en el acontecimiento,<sup>11</sup> primero, y editando, después, *Les lieux de mémoire*,<sup>12</sup> donde pone en práctica su concepto objetivista, cosificador, de una memoria histórica de tipo conmemorativo alrededor de las grandes fechas, lugares y acontecimientos ligados a una historia nacional francesa de batallas y “grandes hombres”.<sup>13</sup> Concepto tradicional de memoria como objeto de estudio que desvía a los márgenes la historia social de la memoria, renuncia a un enfoque historiográfico global, ignorando en nombre de un supuesto monopolio académico la fundamental contribución memorial del sujeto histórico presente, inmediato.<sup>14</sup> En suma, la noción de memoria del fundador de *Liberté pour l'histoire* está falta de sustancia humana, a años luz del “ogre historien” del fundador de *Annales*.<sup>15</sup> Memoria de bronce más propia del siglo XIX que de los tiempos presentes, por mucho que se rodee de un lenguaje más actual, cuyo regreso aprovecha el terreno libre para los “retornos” que ha dejado el agotamiento de las vanguardias historiográficas del siglo XX.

En realidad, hay dos modelos de memoria histórica: el alemán y el latino.<sup>16</sup> El primero nació en Nuremberg (1945) con los juicios políticos contra los responsables nazis del Holocausto y las leyes posteriores que penalizan el negacionismo. El segundo nació en Buenos Aires (1975) con el movimiento social (derechos humanos, dicen allí retrospectivamente) de familiares de desaparecidos que lograron, cuatro décadas después de una actividad sin tregua, un importante apoyo legal y político por parte de los gobiernos Kirchner, sin leyes punitivas a diferencia de los Gobiernos alemanes apoyados por los Aliados que coartan la libertad de expresión de los partidarios de Jorge R. Videla<sup>17</sup> para poder defender o justificar los “logros” de la dictadura argentina (1976-1983). Los que quedan en la base social, porque de los más protagonistas algunos están muertos (como Videla) y otros presos o pendientes de proceso. También están siendo juzgados al igual que en la Alemania de la posguerra, si bien en Argentina la imputa-

tivas. Cfr. Carlos Barros, “La Escuela de los Annales y la historia que viene”, Suplemento Cultural “La historia que se fue”, *Diario de Sevilla*, n° 99, 18 de enero de 2001 ([www.h-debate.com/cbarros/spanish/articulos/historiografia\\_inmediata/escueladeannales.htm](http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/articulos/historiografia_inmediata/escueladeannales.htm)).

<sup>11</sup> Pierre Nora, “Le retour de l'évènement”, *Faire l'histoire*, Paris, Gallimard, 1974, tomo 1.

<sup>12</sup> Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, 3 vols., Paris, Gallimard, 1984-1992.

<sup>13</sup> *La histoire historizante, événementielle*, descriptiva, elitista y superficial, tan criticada por Marc Bloch, Lucien Febvre y sus continuadores de *Annales*.

<sup>14</sup> Así y todo, sería erróneo caracterizar simplemente a Nora como un historiador decimonónico tipo Ranke, Seignobos o Langlois. Se ve en sus iniciativas editoriales como *Le débat* (1980) y *Ego-histoire* (1986); se trata de un conservador *aggiornato* con obras históricas de interés, incluida *Les lieux de la mémoire*, independientemente de nuestras críticas epistemológicas e historiográficas. ¿No forman también parte las piedras y los grandes hechos, los monumentos y las conmemoraciones, de la rememoración (política) de la historia?

<sup>15</sup> “Le bon historien, lui, ressemble à l'ogre de la légende. Là où il flaire la chair humaine, il sait que là est son gibier”, Mar Bloch, *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, Édition par Étienne Bloch, Paris, 1993, p. 83; desgraciadamente en la traducción al español cambia el título y desaparece la palabra “ogro”, *Introducción a la historia*, México, FCE, 1952, p. 25.

<sup>16</sup> Lo explicamos con más detenimiento en “Historia de la memoria, memoria de la historia”, conferencia en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. México D.F., 5 de diciembre de 2011 (<http://youtu.be/euRNzJOHMcI>).

<sup>17</sup> Todavía activos en la oposición al Gobierno de Cristina Fernández, lo que nos hace temer que un radical cambio electoral en Argentina suponga un retroceso histórico de la memoria y los derechos humanos.

<sup>5</sup> Carlos Barros, “Historiografía de valores”, conferencia plenaria en el IVº Congreso Internacional Historia a Debate. Santiago de Compostela, 16 de diciembre de 2010 (<http://www.youtube.com/watch?v=MVCu9TjMVVw>).

<sup>6</sup> Evelyn Beatrice Hall (pseudónimo de Stephen G. Tallentyre) en *The Friends of Voltaire*, London, Smith & Co., 1906.

<sup>7</sup> Lo hicimos muchos estudiantes, trabajadores e intelectuales en España durante el tardofranquismo y la transición, luchando exitosamente por una democracia que también favoreció (más de lo que podíamos sospechar y sobre todo desear) a los herederos del fascismo español, que siguen negando 36 años después nuestro derecho democrático a la memoria histórica.

<sup>8</sup> En España tiene un papel mayor el sujeto social en la reivindicación de la memoria y un papel por lo regular negativo, retardatario, las instituciones políticas salidas de la Constitución de 1978 (cada vez más desprestigiadas): opuestas irracionalmente al reconocimiento de la justicia, memoria y reparación para las víctimas de la guerra civil y el franquismo.

<sup>9</sup> Encabeza de manera destacada, explícita (otros piensan igual, pero se callan), este repliegue al positivismo anti-memorial *à la française* nuestro colega Santos Juliá, opositor público de la Ley de Memoria Histórica de 2007, postura que reproduce y argumenta en *Elogio de Historia en tiempo de memoria*, Madrid, Marcial Pons, 2011.

<sup>10</sup> Hoy es diferente, es más fácil ser rankeano, dado que ni el marxismo ni *Annales* existen ya como tendencias historiográficas organizadas y colec-

ción de los genocidas respondió más a la presión de la sociedad civil y en Alemania a una decisión política de la coalición militar anti-nazi (con el apoyo de la parte más democrática de la población alemana). Francia, que también fue liberada por los Aliados (con el apoyo de los franceses de la resistencia), sigue con sus leyes memoriales, promulgadas por el Estado democrático, el modelo alemán. El caso español se inspira, en cambio, en el modelo argentino: la memoria histórica entre nosotros es, ante todo, un movimiento social (secundado por historiadores como también pasó en Argentina) respaldado de manera escasa, débil y transitoria, por el primer Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero (2004-2008) y las Comunidades Autónomas no gobernadas por el Partido Popular.

Cualquier ciudadano o historiador puede en España negar el Holocausto, el genocidio armenio o justificar la esclavitud como una consecuencia "natural" de la estructura socio-económica de la época,<sup>18</sup> sin miedo a ser llevados ante un tribunal de justicia.<sup>19</sup> A diferencia de Francia, la Ley de Memoria Histórica de 2007 no condiciona la libertad de expresión de los historiadores, académicos y no académicos. De hecho ha surgido paralelamente, fuera de la Universidad, con Pío Moa, César Vidal y otros, una historiografía neofranquista que legitima,<sup>20</sup> en ausencia de base empírica, el golpe militar de 1936 y la dictadura franquista, sin que ningún descendiente de sus víctimas los haya denunciado,<sup>21</sup>

y aún menos cualquier poder democrático surgido de la cuestionada transición de 1977.<sup>22</sup> El movimiento español social y académico, volteriano y democrático, por la memoria histórica no está defendiendo, por consiguiente, que se les tape sin más la boca con la ley en la mano<sup>23</sup> a los nostálgicos del franquismo.<sup>24</sup> Se exige sencillamente justicia, verdad histórica y reparación para las víctimas, de acuerdo con el derecho internacional, sin lo cual jamás existirá en España una democracia completa, real.

## Memoria histórica en España

Resumiendo: al contrario que en Francia, los únicos que no tienen entera libertad para investigar en España la dictadura franquista, sin pasar por un juez, son los historiadores, en su inmensa mayoría demócratas, es decir no franquistas.<sup>25</sup> En 2007 hemos llevado a cabo como Academia Solidaria de la red temática Historia a Debate una campaña nacional e internacional a favor de Dionisio Pereira,<sup>26</sup> miembro del equipo de las tres universidades gallegas que investiga la represión franquista en Galicia.<sup>27</sup> Contra el historiador gallego presentó una querrela judicial la familia de Manuel Gutiérrez Torres, jefe de la Falange en Cerdedo durante la Guerra Civil, por publicar su nombre como responsable local de la represión, dato sacado de las fuentes orales que utilizó Dionisio en su libro<sup>28</sup> sobre la represión en ese pueblo de la provincia de Pontevedra. Entre todos, logramos finalmente que fuera absuelto.<sup>29</sup>

Desde la transición, en democracia, hubo otros casos de historiadores y documentalistas históricos, perseguidos en España por

<sup>18</sup> Es el caso de Olivier Pétré-Grenouilleau, profesor de historia en el conservador Institut d'études politiques de París, que escribió una obra sobre la trata de esclavos (*Les traites négrières. Essai d'histoire globale*, Paris, Gallimard, 2004) donde defiende que el tráfico de esclavos hacia Europa no tiene ni puede tener carácter genocida, porque los negreros no tuvieron tal intención ya que su interés era exclusivamente mercantil (!). Una asociación memorial de descendientes franceses de dichos esclavos (Collectif des Antillais, Guyanais, Réunionnais) presentó una denuncia judicial (que luego retiraron), en base a la declaración de la Asamblea legislativa francesa de la esclavitud como crimen contra la humanidad, dando lugar indirectamente a la carta del 13 de diciembre de 2005 organizada por Pierre Nora, que dio origen a la asociación *Liberté pour l'histoire* (<http://www.lph-asso.fr>) reivindicando una suerte de "historia para los historiadores" y consignas diversas como "*L'histoire n'est pas la morale*", "*L'histoire n'est pas la mémoire*"..., a fin de conseguir (sin éxito, ciertamente) la abrogación de las leyes memoriales; eso sí, tal iniciativa harto corporativa logró marcar, impulsar y abanderar el giro conservador, iniciado en los años noventa después del fracaso del *tournant critique* de *Annales* (<http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/tournant.htm>), de la historiografía en Francia a costa de abrir una brecha creciente con la sociedad francesa y sus actores políticos (menos con la extrema derecha de Jean-Marie y Marine Le Pen).

<sup>19</sup> Urge defender la libertad de expresión e investigación del historiador, desde luego; yo hubiera firmado una declaración explícita y solidaria (que nadie organizó) con Oliver Prété-Grenouilleau, inclusive un documento posterior me hizo llegar no hace mucho Pierre Nora para extender a Europa (con escaso resultado) la oposición a toda ley memorial que pueda suponer un peligro para las libertades historiográficas, si no fuera por mi desacuerdo con que se aproveche el caso del colega francés para dar otra vuelta de tuerca al proceso de llevar de nuevo la historia académica francesa al siglo XIX: especie de Termidor historiográfico que todavía no ha encontrado freno en el hexágono.

<sup>20</sup> Otra cosa es la apología explícita del franquismo: el 17 de octubre de 2013 todos los grupos políticos del Congreso de Diputados, excepto el Partido Popular (PP), apoyaron una iniciativa de *Convergència i Unió* (CIU) de incluir en el Código Penal, como un delito, la apología o enaltecimiento del franquismo junto con el nazismo y el fascismo. Ver: <http://www.publico.es/473-907/el-pp-se-queda-solo-en-el-congreso-rechazando-castigo-penal-para-la-apologia-del-franquismo>.

<sup>21</sup> En realidad pasó lo contrario; como después analizaremos, serán los descendientes de los verdugos franquistas quienes denuncian a historiadores y otros profesionales que recogen de las fuentes orales y escritas los nombres de los responsables de la represión genocida en los pueblos y ciudades de España.

<sup>22</sup> En realidad, el *revival* de la historiografía franquista desde los años de Aznar no se explica sin el apoyo mediático y editorial, político e institucional (Real Academia de la Historia, por ejemplo) por parte del Partido Popular, hoy en el gobierno, y su negativa contumaz y políticamente interesada a condenar el franquismo, 36 años después de la transición.

<sup>23</sup> Otra cosa es la permisividad de los gobiernos e instituciones democráticas españolas hacia la Falange Española y de las JONS que ha sido acusación en el juicio contra Garzón, y más recientemente contra el periodista Gustavo Rivas que se ha atrevido a recordar en la prensa digital el pasado criminal del partido fundado por José Antonio Primo de Rivera.

<sup>24</sup> Franco y su gente eliminó físicamente, entre 1936 y 1977, utilizando los recursos de un Estado ganado por la violencia, a más de 100.000 ciudadanos, buscando cercenar toda oposición política, académica o cultural a su dictadura, lo que no impidió el éxito final de la lucha antifranquista pero sí coadyuvó a la baja calidad de la democracia española... hasta hoy.

<sup>25</sup> La Universidad española es demócrata, además de democrática, inició la transición antes que el resto del país, y sus estudiantes y profesores participaron en los años 60 y 70 de manera muy destacada en la lucha antifranquista.

<sup>26</sup> Sobre la campaña en favor de Dionisio Pereira, ver: <http://www.h-debate.com>

<sup>27</sup> "*Proxecto Interuniversitario Nomes e Voces*", bajo la dirección de Lourenzo Fernández Prieto, ver: <http://www.nomesvoces.net/>.

<sup>28</sup> Dionisio Pereira, *A II República e a represión franquista no Concello de Cerdedo*, Pontevedra, Verbo Xido, 2006.

<sup>29</sup> La jurisprudencia acumulada sobre la preeminencia del derecho a la libre expresión e investigación sobre el derecho al "honor familiar" explica que no haya habido condenas, pero dada la penetración neofranquista en la Justicia española son muchos los historiadores de la Guerra Civil y la dictadura que sienten miedo y evitan en sus investigaciones sobre la represión dar o buscar "todos los nombres", ignorando las referencias que aparecen en las fuentes a los autores intelectuales y materiales de sentencias, secuestros, torturas y asesinatos en nombre del "Movimiento Nacional" del general Francisco Franco; el último caso es el del ya citado periodista Gustavo Rivas, cuya campaña en solidaridad con él está en marcha en este momento. Ver: <http://www.h-debate.com> y también <http://www.change.org>





investigar la verdad oculta de la historia del franquismo y divulgar sus resultados.<sup>30</sup> Por no hablar del proceso, procesos, en realidad, que tuvieron lugar, entre 2010 y 2012, en el Tribunal Supremo contra el juez Baltasar Garzón<sup>31</sup> por pretender investigar los crímenes de lesa humanidad de la dictadura, como se hizo justamente en Francia, desde 1945 hasta hoy, con los colaboracionistas y nazis que tenían las manos manchadas de sangre. La *Liberté pour l'histoire* de Pierre Nora en España sería, pues, reivindicar la libertad de investigación y de expresión para los investigadores de la represión franquista, sosteniendo al juez Garzón, que pretendió (corriendo riesgos profesionales que pocos están dispuestos a afrontar) asegurar el derecho a la justicia, la verdad histórica y la reparación de las víctimas del fascismo español, como se hizo en Alemania y Francia durante la posguerra, no sobra insistir.

A Pierre Nora le reclamaron, naturalmente, que se comprometiera en el caso de Garzón: "Je suis sollicité de divers côtés pour prendre position dans l'affaire du procès du juge Garzón", escribe el 14 de abril de 2010 a Bartolomé Bennassar pidiéndole su opinión, como firmante del manifiesto de Blois de *Liberté pour l'histoire* y concedor de la España moderna... El hispanista contesta el 21 de abril, aconsejando que Nora y su asociación pidan la anulación del juicio: "En bref, s'il s'agit de soutenir le juge Garzón pour que l'accusation contre lui soit retirée".<sup>32</sup> No hubo respuesta, hasta hoy, tres años después. *Liberté pour l'histoire* tiene dos varas de medir: libertad para investigar la historia, sin persecución judicial, en Francia, sí; pero en España donde los investigadores afectados suelen ser demócratas de izquierdas, no. Probablemente a muchos de los colegas franceses seguidores de Pierre Nora, y a él mismo, les dé igual el problema de Garzón y la memoria histórica en España. Lo extraño es que historiadores españoles que no son del Partido Popular, que jugó un papel muy activo a través de Federico Trillo, actual embajador de España en Londres en la defenestración del juez y que todavía, recordemos, no condenó la dictadura y sus consecuencias, se alineen (objetivamente) con la derecha académica francesa para negar la verdad, la justicia y la reparación a las víctimas españolas del plan franquista de exterminio posterior a 1936.

<sup>30</sup> El primer caso tuvo lugar en 1980, contra Fernando Ruiz Vergara, director del documental *Rocio* (<http://youtu.be/ClBOdAPe1e4>) donde entrevista a vecinos que relatan la barbarie franquista en Almonte; cuyos responsables se querellaron contra él, un juez secuestró la cinta y Vergara sufrió una condena judicial confirmada por el nefasto Tribunal Supremo a prisión, multa e indemnización. Ruiz Vergara murió en 2011 en su "exilio" portugués como víctima del franquismo "democrático", sin derecho a reparación alguna.

<sup>31</sup> Se combinó el proceso por la causa del franquismo con otro por su actuación en un sonoro caso de corrupción del Partido Popular (caso Gürtel, todavía abierto): en 2012 Garzón fue expulsado de la carrera judicial por la Sala Penal del Tribunal Supremo, y "exiliado" a América Latina... hasta que toque su reincorporación a la Audiencia Nacional en 2021, según la sentencia, si bien ésta puede producirse antes si cambia hacia más democracia el Gobierno en España en 2015.

<sup>32</sup> Tiene más valor este consejo sobre la necesidad de solidarizarse con Garzón porque Bennassar tuvo la mala suerte de informarse con un "ami espagnol" que le dice que la amnistía de 1977 "impide" la investigación de los crímenes franquistas (no es verdad, los delitos de lesa humanidad no son amnistiables), y que una investigación sobre el franquismo podría "détruire l'œuvre de pacification de la Transition", o sea provocar otra guerra civil (!). Se pueden consultar ambas misivas en: <http://www.lph-asso.fr>

A estas alturas, la razón de esta extraña y fallida<sup>33</sup> alineación anti-memoria histórica no debe buscarse tanto en una desfasada adhesión política a una transición española agotada, que ya nadie ve como "modélica", como en la tardía adhesión historiográfica y epistemológica a un concepto positivista del oficio de historiador que separa de manera artificial (acientífica) el objeto del sujeto de la historia (sea éste agente histórico o agente historiográfico), el pasado del presente, la historia de la memoria. Por fortuna, se trata de un fenómeno minoritario y la Universidad española, víctima histórica también del franquismo, como se va sabiendo y divulgando últimamente,<sup>34</sup> está poniendo sus medios para ayudar al movimiento memorialista español a recuperar los cuerpos de las víctimas y la plena verdad histórica de los pueblos de España durante la tiranía.

## Memoria y movimientos sociales

Adentrados en la transición histórica del siglo XX al siglo XXI, la historia y la historiografía están de actualidad en España y otros países. Hemos vivido en paralelo, en el inicio de este nuevo milenio, tres nuevos movimientos sociales de transcendencia histórica e historiográfica, y por lo tanto política, afectando manifiestamente a las mentalidades sociales, sociales, políticas... y académicas.

En primer lugar, la recuperación de la memoria histórica que se inicia en El Bierzo (León) en el año 2000, con la apertura de la primera fosa de fusilados de la Guerra Civil por un grupo encabezado por Emilio Silva, el primer nieto de fusilados de la Guerra Civil que se ha coordinado con otros afectados para recobrar los cuerpos y el recuerdo de sus familiares (hubo en los años '70 iniciativas pronto "olvidadas")<sup>35</sup>, y ayudar a los actores sociales y políticos a cuestionar una democracia con grandes agujeros, reanudando su (re) construcción décadas después de una transición inacabada.

El segundo movimiento social nos concierne de manera si cabe más directa a los historiadores, en particular a los que nos interesamos por la historiografía: el relanzamiento y actualización de la historiografía franquista como parte substancial del auge del pensamiento ultraconservador en España a partir de la segunda legislatura de José María Aznar (2000-2004). Se dice<sup>36</sup> que esta "nueva derecha española" se asemeja, en alguna medida, es cier-

<sup>33</sup> La verdad es que, aparte de Santos Juliá, casi nadie en nuestro medio académico ha alzado la voz de manera clara contra la memoria histórica, lo que no significa que, en pleno retorno al positivismo, muchos ofrezcan resistencia "en la intimidad" a la memoria histórica como tendencia historiográfica, utilizando medias verdades importadas de Francia como eso de que "la historia y la memoria son cosas diferentes".

<sup>34</sup> Gracias a la memoria estamos conociendo mejor y difundiendo, también en la Universidad, los aspectos más negros de una dictadura que algunos de manera poco responsable dicen que "ya estaba investigada", demostrándose, una vez más, que sin memoria no hay verdad histórica completa.

<sup>35</sup> A partir de 1971, familiares de fusilados, apoyados por sacerdotes, excavaron las primeras fosas en Navarra y La Rioja. Ver Natalia Junquera, "Yo, sacerdote, pecador, os pido perdón", *El País* 25/03/2012 (<http://politica.elpais.com>); en plena transición (1979), el alcalde de Torresandino, Burgos, excava la fosa donde enterraron a su padre. Ver <http://www.publico.es>.

<sup>36</sup> Observatorio Metropolitano (Pablo Carmona, Beatriz García y AlmuDNA Sánchez), *Spanish Neocón. La revuelta neoconservadora en la derecha española*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2012.

to, al *Tea Party* de gran influencia (negativa para su desarrollo) en el Partido Republicano de los Estados Unidos. Pero yo creo que la nuestra no es una derecha radicalizada tan "nueva": su principal componente vital e intelectual, religioso, histórico e historiográfico es, sin lugar a dudas, el neofranquismo.<sup>37</sup> Hemos vivido, pues, en esta última década, un inquietante retorno a las raíces franquistas de buena parte de lo que fue la Unión de Centro Democrático (UCD), absorbida en los años '80 por Alianza Popular, heredera directa del franquismo político, que dio paso en 1989 al actual Partido Popular. En 2012, en el "partido único" de la derecha española se siguen conservando vivas la memoria cuando no la reivindicación de sus raíces históricas dictatoriales, a lo que contribuye altamente la derecha mediática, por un lado, y la historiografía neofranquista, por el otro.<sup>3</sup> Pasadas más de tres décadas de la transición, siguen los dirigentes y diputados del PP negándose, en plena democracia, dentro y fuera de la sede parlamentaria, a condenar el franquismo, oponiéndose por activa y por pasiva a la recuperación de nuestra memoria histórica, incluyendo el boicot desde el Gobierno, desde finales de 2011, a la vigente y edulcorada Ley de Memoria Histórica de Zapatero<sup>39</sup> y al proceso judicial contra los crímenes del franquismo que lleva adelante contra viento y marea desde Argentina la jueza María Servini de Cubría, en aplicación de la justicia universal. Pasó el 28 de diciembre de 2011 en la Diputación Provincial de Lugo donde el Partido Popular se negó a votar que se le retiraran los honores concedidos a Franco durante su dictadura (1936-1977);<sup>40</sup> lo mismo en el Ayuntamiento de A Coruña respecto a Millán Astray<sup>41</sup> así como en tantas otras instituciones españolas de nuestra endeble democracia representativa.<sup>42</sup> La última vez que el PP se negó a condenar el franquismo acaba de suceder en el Congreso de Diputados el 21 de mayo de 2013.<sup>43</sup>

La tercera gran novedad social, histórica y política, también con implicaciones historiográficas, es el movimiento de los indignados, nacido el 15 de mayo de 2011, que ha sensibilizado a la sociedad española de tal modo, y en un plazo tan breve, que pudimos ver cómo el Rey Juan Carlos I pidió disculpas, el 18 de abril de 2012, al pueblo español ante la avalancha de críticas recibidas, dentro y fuera de la red, por haber ido a cazar elefantes a Botswana, estando sus súbditos en el foco victimario de una tormenta continua de recortes de derechos sociales, salarios, gasto público y agresiones a la educación y a la sanidad. Los sondeos de opinión pública realizados en 2011, 2012 y 2013 vienen dando un 70-80 % de españoles que piensan que el 15M tenía, y tiene, razón en sus motivaciones, críticas y demandas. Las movilizaciones del 23F y 25A de 2013 muestran la tendencia reciente del 15M a converger con las viejas pero actuales reivindicaciones democráticas del antifranquismo.<sup>44</sup>

Junto con el auge de la indignación generalizada en España con la grave crisis económica, política y social, provocada por los poderes financieros e institucionales, internacionales y nacionales, crece de manera interrelacionada la conciencia ciudadana acerca de la insuficiencia de la democracia surgida, en 1977, de una transición de la dictadura a la democracia en condiciones (internas) adversas. Somos testigos en la segunda década de este nuevo siglo de una vasta indignación social con una fuerte dimensión política que está erosionando de manera difícilmente reversible el bipartidismo, la monarquía, la "clase política", etc. Cuestionando una Constitución limitada que ni siquiera es la misma que promovimos y aprobamos en 1978, toda vez que la Reforma Constitucional de 27 de setiembre de 2011 del artículo 135 situó, ilegítimamente, el interés de los bancos acreedores por encima de la mayoría social y la soberanía del pueblo español, al fijar por ley orgánica el tope máximo del déficit público en el 0,4 % del PIB, haciendo "obligatorios" de este modo los actuales recortes con su secuela de desempleo desmesurado: algo que no estaba en el espíritu ni en la letra de la Constitución consensuada (bajo la bota militar, recordemos) para salir de la dictadura de Franco. Golpe de mano "constitucional" por parte de un sistema bipartidista (en crisis)<sup>45</sup> que agravó de este modo el desapego acelerado de los demócratas, y del conjunto de la población española, con la institucionalidad política surgida del cambio "tutelado" de la dictadura a la democracia a finales de los '70. Por no hablar de

<sup>37</sup> Lo que explica que en España no exista un partido específico de la extrema derecha como en otros países europeos, y que los ultraderechistas españoles voten al PP, aunque no les guste todo lo que hacen.

<sup>38</sup> Este clima de retorno al franquismo en pleno siglo XXI, tiene su máxima expresión en la oposición visceral a la memoria histórica, y explica la lamentable situación de la Real Academia de la Historia y su papel estelar en el "nuevo" pensamiento conservador en España.

<sup>39</sup> El Gobierno de Mariano Rajoy retiró todas las subvenciones a las asociaciones de familiares de víctimas para la excavación de fosas, se paralizaron proyectos universitarios de investigación en Galicia y otros lugares, siguen visibles los símbolos de la dictadura en cuarteles, edificios públicos y calles, y nos enfrentamos estos días de nuevo, según vimos, a una querrela de la Falange contra un periodista (Gustavo Rivas) por haber hecho referencia en la prensa digital a la evidencia histórica del pasado criminal del partido fascista español.

<sup>40</sup> Vídeo del acto en: <http://www.youtube.com>.

<sup>41</sup> El PP, apoyado en un sector afín de la judicatura, había conseguido, en agosto de 2011, restituir el título de hijo predilecto del municipio de A Coruña para el general franquista Millán Astray. Ver: <http://www.publico.es/especiales/memoriapublica/391574/el-pp-mantendra-a-millan-astray-como-hijo-predilecto-de-a-coruna>.

<sup>42</sup> El PP en Galicia condenó el franquismo, junto con el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y el Bloque Nacionalista Galego (BNG), en el Parlamento autonómico el 9 de octubre de 2008, pero puso fin a las ayudas a la memoria histórica al llegar a la Xunta de Galicia en 2009 y viene apoyando sin fisuras todas las acciones de exaltación del franquismo de sus dirigentes de ámbito local hasta hoy. Las últimas de los alcaldes de Baralla y Beade; ver: <http://www.rtve.es/noticias>; <http://www.cuatro.com/>.

<sup>43</sup> Evidentemente los dirigentes del PP no condenan la dictadura, entre otras razones, porque piensan que les haría perder votos; Unión Progreso y Democracia (UPyD) se abstuvo en dicha votación por lo mismo: aspira a recoger los votos que el PP está perdiendo profusamente por los recortes y la crisis.

<sup>44</sup> La Marea Ciudadana que organizó la contra conmemoración del 23 de febrero de 2013 (aniversario del golpe militar de Tejero y Milán del Bosch), coordinó también (con los indignados portugueses) la jornada nacional e internacional del 12 de mayo de 2013 con motivo del tercer aniversario del 15M. El origen de MC está en la confluencia, a finales de 2012, de la "marea blanca" de la sanidad y la "marea verde" de la educación, sectores con una composición generacional y tradición de lucha más amplia que conecta mejor con los movimientos sociales de los años '70 y '80: su hegemonía actual en el 15M se consolidó a partir del fracaso de la convocatoria (ambigua en el tema de la violencia) del 25 de abril de 2013 de "asedio el Congreso" (asimismo, de todos modos, en una fecha señalada para el antifranquismo), por un lado, y la decisión de pasar a la política de una parte de Democracia Real Ya, autora de la convocatoria fundadora del 15 de mayo de 2011, por el otro.

<sup>45</sup> Cuando reescribimos este artículo, en 2013, las encuestas electorales dan para el PP y el PSOE menos del 50% (lejos del habitual 75%) de la intención de voto de los españoles que piensan votar, porcentaje que se reduce más si consideramos los votos nulos y las abstenciones, animados por una parte del 15M.



una indignación económica que está en el origen de este movimiento social en curso.<sup>46</sup> Entendemos el 15-M, por consiguiente, como un claro síntoma, causa y consecuencia de una insatisfacción ascendente, con consecuencias mediatas políticas y electorales, que pone sobre la mesa la urgencia de un nuevo impulso democrático en España para salir de esta interminable crisis económica, social e institucional, en fase aguda desde 2010. Lo que obliga a que todas las fuerzas de progreso, la izquierda en su sentido más amplio y variado, asuman sus responsabilidades.

Históricamente la izquierda ha sido, en España, motor principal de la lucha por la libertad y el progreso desde las Cortes de Cádiz. En el siglo XIX fue la izquierda liberal y los inicios de una izquierda obrera, y en el siglo XX las izquierdas socialista, anarquista, comunista, nacionalista, republicana... hasta la transición y los comienzos prometedores del siglo XXI en cuanto a movilizaciones sociales (factor clave, ayer y hoy, para la regeneración política). No hablo solamente de la izquierda política, cuyas responsabilidades, retos y defectos arrastrados son evidentes y nada fáciles de resolver (para unos menos que para otros). Me refiero, más acá y más allá de la política, a la izquierda social, por un lado, y a la izquierda cultural y académica, por el otro. En la propia Universidad estamos siendo forzados, queramos o no, tanto representantes y gestores como profesores y estudiantes, a salir pública y continuamente, individual y colectivamente, en defensa de la Universidad pública, en claro peligro por los recortes que nos vienen impuestos al margen de la soberanía popular.<sup>47</sup>

## Franquismo en la Real Academia de la Historia

En este contexto global crítico, y también en mayo del año 2011, la Real Academia de la Historia (RAH) española dio a conocer el **Diccionario Biográfico Español** (DBE)<sup>48</sup>. Yo no digo que no sea útil para los historiadores, pese a su elevadísimo precio (3.500 euros)<sup>49</sup> un diccionario con tantos datos, más o menos contrastados, sobre los “grandes hombres” de la historia de España: incluso puede serlo para los que no somos precisamente devotos del fundador del positivismo aplicado a la historia, Leopold von Ranke, cuyo enfoque historiográfico ocultaba (y oculta para sus seguidores actuales, por lo regular interesadamente) el papel de los sujetos sociales en la escritura de la historia. El tradicionalismo

historiográfico, con todo, no es lo peor del **Diccionario Biográfico Español**. Lo peor es el filofranquismo que anida en las entradas políticas del **Diccionario** que tienen que ver con la historia del siglo XX. Se ha dicho hasta la saciedad, y hay que recordarlo, cómo Franco y su régimen son calificados, en el **Diccionario** auspiciado por la Real Academia de la Historia, simplemente de “autoritarios” negando (al igual que el PP en el Congreso de Diputados), contra toda evidencia histórica, que Franco fue un dictador, y su régimen político una dictadura especialmente represiva, emparentada con el nazismo alemán y el fascismo italiano que animaron el golpe de 1936, sosteniendo después militarmente de manera contundente la Guerra Civil que desencadenó del bando franquista contra el gobierno republicano legítimamente elegido. La caracterización del franquismo como una dictadura es un paradigma compartido, de forma ampliamente mayoritaria, por los historiadores españoles e hispanistas, así como por politólogos y sociólogos, dentro y fuera de España.

Esta polémica político-historiográfica provocada por el **Diccionario Biográfico Español** coincide, no casualmente, con dos hechos históricos significativos. En primer lugar, las elecciones del 20 de noviembre de 2011 cuyos resultados supusieron un desplazamiento hacia la derecha más conservadora de la mayor parte de las instituciones públicas en todos los ámbitos de elegibilidad (municipal, autonómico y estatal), en un grado que no se había dado desde la transición a la democracia. Monopolio unipartidista del poder político que afectó a todo tipo de instituciones no elegibles que dependen de la administración del Estado como el Tribunal Supremo<sup>50</sup> o la Real Academia de la Historia. Entre las primeras medidas que toma el Gobierno del PP que sale de la mayoría absoluta del 20N está, justamente, ratificar<sup>51</sup> su generosa subvención económica para que la RAH termine el trabajo del **Diccionario Biográfico Español** sin cambiar nada<sup>52</sup> de su orientación, al contrario, asumiendo y animando el neofranquismo que destilan las partes más contemporáneas del **Diccionario** de la RAH, premiada así por el Gobierno de Rajoy por la fidelidad y proximidad a sus inquietudes ideológicas e historiográficas. Así, a la vez que se recortaba la educación y la investigación, se abandonaban las ayudas a la cultura y se le negaba la ayuda económica al aplazado **Diccionario Histórico de la Lengua Castellana** de la Real Academia Española, de cariz más democrático y plural y, sin duda, de menor “utilidad política” para el PP.<sup>53</sup>

<sup>46</sup> En el 15M coincide la dinámica española con la dinámica internacional como en los años 60-70, y no tiene este 2011 menos importancia histórica que aquel 1968.

<sup>47</sup> La pérdida de alumnos y profesores, sobre todo jóvenes, lo que pone en serio peligro el relevo generacional de los profesores nacidos después de la II Guerra Mundial, así como la falta de medios para investigar y gestionar las universidades, a causa de las políticas de austeridad y la subsiguiente recesión económica, está engendrando una crisis de la Universidad española como no se había vivido en España desde la Guerra Civil y el primer franquismo.

<sup>48</sup> Obra faraónica pagada con dinero de los Presupuestos del Estado del que el Gobierno dice no disponer para el mantenimiento de la investigación y la educación pública.

<sup>49</sup> En lo que llevamos de año ninguna de las universidades españolas consultadas por un medio de comunicación digital (**El Confidencial**, 09/01/2013) reconocen haber comprado el **Diccionario** de la RAH, a causa del precio y la falta de rigor histórico, con el rechazo explícito en algún caso de los departamentos de Historia.

<sup>50</sup> La Sala Penal del Tribunal Supremo de España con el apoyo del Consejo General del Poder Judicial (en paralelo al impulso por parte del PP de una RAH con un perfil político más beligerante), coordinados con el Gobierno, condenaron al juez Baltasar Garzón por el caso Gürtel contra el PP (motivo coyuntural) y la investigación de los crímenes del franquismo (motivo de fondo).

<sup>51</sup> El convenio inicial para la edición de DBE se firma el 21 de julio de 1999 por parte del presidente de la RAH, Gonzalo Anes y el ministro de Educación y Cultura del momento, Mariano Rajoy (actual presidente del Gobierno de España), siendo entonces presidente del Gobierno, José María Aznar.

<sup>52</sup> El nuevo Gobierno del PP contradice una decisión previa del Ministro de Educación del PSOE instando a la RAH a cambiar las entradas pro-franquistas, y una resolución posterior del Congreso de Diputados exigiendo de nuevo dicha rectificación, ante la alarma desatada entre los historiadores y la opinión pública por el contenidos de los primeros tomos que se conocieron del **Diccionario**.

<sup>53</sup> Así y todo, el 22 de junio de 2012 la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica de Emilio Silva emplazó a la Real Academia Española a actualizar de una vez su definición *ligh* (no emplea, al igual que la RAH y

El segundo hecho que concuerda, tampoco por azar, con la salida a la luz del criticado **Diccionario Biográfico Español** es la expulsión mencionada de Baltasar Garzón de la judicatura a poco de iniciarse el reinado de Mariano Rajoy, por querer investigar judicialmente los desmanes de una dictadura que se alaba, disculpa y/o justifica en este diccionario de “grandes figuras” de la historia contemporánea de España, donde el vinagre político-historiográfico corrompe académica y políticamente el conjunto de la obra.<sup>54</sup>

El **Diccionario** de la RAH ha provocado, provoca, y seguirá provocando en el futuro, una fuerte repulsa democrática y profesional, entre los historiadores españoles, de convicciones genuinamente democráticas en su gran mayoría. Se han sentido todavía más agraviados aquellos colegas ignorados olímpicamente por los editores del **Diccionario** que llevan años trabajando con rigor, ética y productividad sobre los periodos históricos tergiversados por los autores más extremistas y menos escrupulosos del **Diccionario Biográfico Español**.

Veamos las críticas más significativas y colectivas de la academia historiográfica hacia los editores y determinados autores del impugnado **Diccionario**. Primero, y no por ser profesor de la Universidad de Santiago de Compostela, sino por la ampliación de la crítica que entraña del **Diccionario** a la RAH y la difusión que tuvo. El escrito del Departamento de Historia Contemporánea de la USC, en 2011, difundido entre los departamentos de esta área de conocimiento histórico de las restantes universidades españolas, dice:

#### LA ACADEMIA SOMOS NOSOTROS.

Los historiadores e historiadoras que firmamos este texto no podemos sentirnos representados por la Academia de la Historia. Queremos afirmar rotundamente en relación con la interpretación del franquismo que hacen algunas voces incluidas en el **Diccionario Biográfico Español**, recientemente publicado.

Lo consideramos un atentado a la profesión y a su estatuto académico. La Historia es un conocimiento basado en reglas conocidas, construido a través de fuentes, resultados contrastables y siempre sometidos a debate.

El **Diccionario Biográfico** que ha editado la Academia contiene, en la forma y en el fondo, en el procedimiento de elaboración y en sus resultados, tal grado de agresión a los principios mínimos del oficio historiográfico que gran parte de sus resultados no pueden ni someterse a debate público: no es que no lo resistan, es que no lo merecen.

La reproducción de relatos propagandísticos de la Dictadura franquista sobre ella misma o el pasado, y la ideología militantemente franquista o furibundamente confesional que contiene esta publi-

cación no puede considerarse Historia sino mera propaganda. Consideramos que es hora de decir basta por el bien de la profesión y, además, por la consideración social que merece la Historia. Momento habrá para debatir por qué llegamos a esta situación y porqué se atribuye autoridad a quien no la tiene con todas las bendiciones públicas.<sup>55</sup>

Segundo, la plataforma ciudadana presidida por Emilio García Wiedemann<sup>56</sup> que se ha constituido, también en 2011 (año de los indignados) para denunciar judicialmente, desde la Granada de Federico García Lorca, a la Real Academia de la Historia y señalados autores del **Diccionario Biográfico Español**: demandan que se retiren los tomos donde se hace apología del franquismo (a pesar de que no es delito en España, como ya dijimos) y que la RAH devuelva la subvención recibida de 6,4 millones para la publicación.<sup>57</sup> La querrela ha sido finalmente archivada un año después, bajo el Gobierno de Rajoy, por el Fiscal General de la Comunidad de Madrid (al parecer el Gobierno no se fiaba de los fiscales andaluces) el 5 de junio de 2012.

Tercero, el 9 de abril de 2012, se presentó la obra colectiva **En el combate por la historia**, feliz iniciativa del editor Gonzalo Pontón (antes en la Editorial Crítica ahora en Pasado & Presente) que encargó a Ángel Viñas la coordinación de un libro sistemáticamente crítico con el contenido más infame del **Diccionario Biográfico Español**. Ángel Viñas es bien conocido en nuestra red Historia a Debate por haber participado, en diciembre de 2010, con una conferencia plenaria sobre la memoria y la verdad histórica, en nuestro IVº Congreso Internacional que celebramos en la Universidad de Santiago de Compostela.<sup>58</sup> En el libro de Viñas y otros, también conocido como “contradiconario”, la academia universitaria en uso de su autonomía contradice a la Real Academia de la Historia, organismo político-cultural que funciona por cooperación, vinculado al Gobierno y reflotado por Aznar en su primera legislatura (1996-2000) para promover la Idea Histórica de España.<sup>59</sup> desvalorizada finalmente por la deriva neofranquista de los miembros más influyentes de la RAH,<sup>60</sup> y el sesgo conservador de un nacionalismo historiográfico español que elude tomar en consideración la secular plurinacionalidad de España, en pleno conflicto con Cataluña.<sup>61</sup>

el PP, la palabra “dictadura”) del término “franquismo”: “Movimiento político y social de tendencia totalitaria, iniciado en España durante la Guerra Civil de 1936-1939, en torno al general Franco, y desarrollado durante los años que ocupó la jefatura del Estado”; ver: <http://www.memoriahistorica.org.es>.

<sup>54</sup> Colegas que han escrito entradas del **Diccionario** correspondientes a diferentes épocas se han quejado con razón de dicha contaminación: me pregunto si no se veía venir.

<sup>55</sup> Más información en: <http://www.nomesevoces.net/>; el argumento principal anti-DBE descansa en lo que tuvo de bueno la aportación del positivismo a la historia, el uso de fuentes en la investigación, especialmente eficaz cuando se debate con historiadores conservadores que introducen su ideología de manera subrepticia (como lo hacían también Ranke, Seignobos y Langlois), incluso manipuladora (DBE) en sus trabajos.

<sup>56</sup> Emilio García Wiedemann era filólogo, profesor de la Universidad de Granada y libertario: murió el 3 de setiembre de 2012 a la edad de 53 años.

<sup>57</sup> Ver: <http://www.elplural.com>

<sup>58</sup> Ver: <http://www.youtube.com>

<sup>59</sup> Carlos Barros, “Últimas tendencias de la historiografía española”, conferencia en el Centro Cultural de España, Montevideo, 10 de octubre de 2007 (<http://www.youtube.com>).

<sup>60</sup> Ello pese a tentativas más democráticas y plurales de la Historia de España, venidas de la periferia, durante el Gobierno de Zapatero, como la colectiva **Historia de España** dirigida por Josep Fontana y Ramón Villares, a partir de 2007, y el libro de José Enrique Ruiz-Domenec, **España, una nueva historia**, Madrid, RBA Libros, 2009.

<sup>61</sup> Antonio Morales Moya y otros, **Historia de la nación y el nacionalismo español**, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2013.



La importancia historiográfica y política de la obra colectiva coordinada por Ángel Viñas es doble. Pone en evidencia la ausencia de verdad en temas y biografías del *Diccionario* de la Real Academia referentes a la dictadura, sus precedentes y desarrollo. Cuenta para ello el “contradiconario” con colaboraciones de investigadores avezados sobre la II República, la Guerra Civil y el franquismo, cuyas contribuciones desmienten de manera concluyente las partes más sobresalientes del *Diccionario Biográfico Español*, confirmando y documentando la primera impresión de historiadores y opinión pública sobre la existencia de gruesos errores, e interpretaciones de tenor neofranquistas, en la obra de la RAH.

Ahora bien, el libro de Viñas no sólo aclara datos, responde también, se reconozca abiertamente o no, a una intencionalidad ética y democrática clara: no se puede justificar el golpe de Estado del 18 de julio contra el Gobierno surgido de las elecciones del 16 de febrero de 1936, como hace la RAH, sin mentir descaradamente. El respeto a la verdad documentada es la primera piedra de una historiografía de valores,<sup>62</sup> practicada con gran eficacia<sup>63</sup> por los autores de *En el combate por la historia*. Compromiso ético-social que para una parte esencial de los historiadores académicos del franquismo pasa por sostener asimismo con su trabajo profesional, en la docencia, la reflexión historiográfica y la investigación, al movimiento familiar y social de la recuperación de la memoria histórica en España. Somos muchos los historiadores que creemos, en el siglo XXI,<sup>64</sup> que la utilidad social y la utilidad científica de nuestra disciplina no se pueden separar artificialmente, y que la historia y la memoria tienen un mismo objetivo: la verdad completa, y aplicada,<sup>65</sup> acerca de la historia de la II República, la Guerra Civil y la dictadura de Franco.

En fin, se dice ahora desde sectores partidarios de salvar como sea el sistema bipartidista, en crisis irreversible en esta segunda década del siglo XXI, que hay que recuperar “espíritu de consenso” de la transición... para llevar a cabo en España la política de austeridad, recortes y recesión<sup>66</sup> que nos imponen los poderes

financieros, Ángela Merkel y la Comisión Europea. Diría yo que lo que hoy más bien necesitamos en España es recobrar el espíritu genuinamente democrático del movimiento social antifranquista que tuvo características originales que el 15M, como parte importante del movimiento global de indignación nacido en 2011,<sup>67</sup> empieza a (re) conocer como aquel caballero de Molière que hablaba prosa sin saberlo; es decir: el protagonismo imprescindible de la sociedad civil en la regeneración política e institucional; la lucha social y cultural “desde abajo” por una democracia plena y radical, en el sentido de devolver las instituciones a la soberanía popular, garantizando que cada hombre o mujer valgan un voto, por medio de medidas que ya han sido planteadas por el movimiento indignado desde la Acampada en la Puerta del Sol como la proporcionalidad de la ley electoral, convocatorias de referéndums vinculantes, control y posibilidad de deposición de los representantes elegidos, etc.; de modo que los ideales y valores de justicia, democracia y progreso de toda la vida estén en la acción política de nuevo en primer plano, como en el movimiento antifranquista, por encima del usufructo o gestión de un poder institucional, por lo demás, hoy generalmente reprobado por los españoles. Nuevas pero en realidad viejas formas de hacer política (persiguiendo ideales; no confundir con el idealismo filosófico) que tanto precisa la sociedad española y más todavía la mal llamada “clase política”, asimismo desprestigiada en España según todas las encuestas de opinión.

Aunque no en la misma medida, los historiadores estudian el antifranquismo de junto con el franquismo.<sup>68</sup> El historiador avanzado, que ve más allá del positivismo, investiga tanto lo peor como lo mejor del pasado, lo primero para que no se repita, lo segundo para que sirva de ejemplo, a fin de, en ambos casos, contribuir deontológicamente a un presente y a un futuro mejores,<sup>69</sup> mostrando así la utilidad pública de la historia académica en tiempo de insanos recortes.

Sobre cómo se reprimió el antifranquismo social, político y cultural desde 1936 hasta 1976 trata, en realidad, el movimiento social y académico de la memoria histórica. Queda mucho por investigar y reivindicar de las víctimas del franquismo. Repasemos a modo de ejemplo de represión tardofranquista, sin investigar todavía histórica y judicialmente, los asesinatos cometidos por el régimen en Galicia en la primera mitad de los años '70.

<sup>62</sup> Sobre la historiografía de valores como parte capital del oficio de historiador en el siglo XXI hemos hablado en el citado IVº Congreso: audio en <http://www.goear.com>.

<sup>63</sup> Los colegas que entran al debate contra el regreso de la visión histórica del franquismo sobre la II República, la Guerra Civil y la dictadura de Franco, defienden su postura aportando datos, hechos y certeza histórica frente a tergiversaciones e interpretaciones puramente ideológicas, preconcebidas, de sus oponentes. Pero no es suficiente, dada la temática a debate y su actualidad, es preciso reivindicar implícita y explícitamente, si se quiere ganar una batalla que es tanto política como historiográfica, el necesario compromiso ético del historiador con la libertad, el progreso y la democracia, frente al neofranquismo de los Moa, Vidal y una parte de la RAH.

<sup>64</sup> Otros situados en la derecha académica niegan, a la manera de Ranke, el principio de la utilidad socio-política de la historia, pero lo ponen continuamente en práctica; otros colegas creyeron de jóvenes en esta utilidad social de la historia pero ya no piensan igual en el siglo XXI. Ver: “Historia a Debate: balance historiográfico”, UNAM, 2010 (<http://www.youtube.com>).

<sup>65</sup> En el sentido de la “historia pública” (*Public History*), enfoque historiográfico que considera fundamental llegar al gran público con nuestras investigaciones, interpretaciones y enseñanzas, yendo más allá por tanto de la tradicional ubicación subalterna de la divulgación histórica.

<sup>66</sup> Recibimos noticias estos días de un supuesto “pacto de Estado” (en realidad, una proposición no de ley en el Congreso) entre el PP y el PSOE que pretende inútilmente generar crecimiento económico, y resolver el problema del paro, sin cuestionar la vigente política de austeridad y su reforma promercados del artículo 135 de la Constitución española que la “legítima”.

<sup>67</sup> Carlos Barros, “Historia Inmediata: de Chiapas a los indignados”, Sinaloa, 2011 (<http://www.youtube.com>).

<sup>68</sup> Con todo, hay más investigaciones sobre el franquismo que sobre el antifranquismo de posguerra, lo que no deja de ser llamativo: refleja las reticencias contra la Historia Inmediata y el compromiso; desfase historiográfico que se irá resolviendo gracias al sujeto social, al agente histórico del presente, en la medida en que la recuperación de la memoria histórica llegue con más fuerza hasta los decisivos años '60 y '70.

<sup>69</sup> De todos modos, inclusive historiadores progresistas de origen consideran hoy, como consecuencia de la crisis del marxismo y la Escuela de Annales, que la relación pasado/presente/futuro no está tan vigente, en contradicción con el resultado de nuestro debate 2001-2013 “¿Para qué estudiar Historia?” donde se infiere, como motivación principal de los jóvenes para estudiar historia, la relación pasado, presente y futuro (más en América Latina que España, ciertamente): ([http://www.h-debate.com/Spanish/a\\_pquestudiar.htm](http://www.h-debate.com/Spanish/a_pquestudiar.htm)).

## Muertos que quieren vida

En la tradición gallega de la Santa Compañía se dice que las almas del purgatorio no pueden entrar en el cielo y se aparecen a los vivos caminando por la noche en procesión, penando por sus pecados o por los pecados de los que las victimaron. De este tipo son Amador Rey y Daniel Niebla de Ferrol, Xosé Ramón Reboiras de Dodro, A Coruña, y Xosé Humberto Baena de Vigo. Pertenecían a familias ideológicas diversas y fallecieron violentamente en años y lugares distintos, pero se puede decir que andan imaginariamente juntos porque fueron asesinados de la misma manera: a tiros por la dictadura franquista en sus estertores.

Amador y Daniel (36 años, padres de familia) murieron el 10 de marzo de 1972 en la Ponte das Pías, cuando se manifestaban pacíficamente con sus compañeros de los astilleros Bazán (Xulio Aneiros, Rafael Pillado, Manuel Amor, José María Riobóo, Ignacio Fernández Toxo...), ahora Navantia, en defensa de sus derechos laborales. Desde entonces, cada 10 de marzo sus compañeros se manifiestan en su recuerdo. En 1997, el Parlamento de Galicia, a petición del Sindicato Nacional de Comisiones Obreras (CC.OO.), reconoció el 10 de marzo como "Día da clase obreira galega", y los trabajadores de los diferentes sindicatos continúan recordando cada 10 de marzo a sus compañeros caídos en la masacre de 1972, que llevan cuatro décadas sin descanso por culpa de otros... Dicen los colegas de derecho internacional que los crímenes de lesa humanidad nunca prescriben, aunque haya leyes de amnistía-impunidad, si bien estimo que en España no se promulgó siquiera tal impunidad en la amnistía de 1977, largamente reivindicada y pensada para los presos antifranquistas.<sup>70</sup> Después de 40 años todavía está pendiente una investigación judicial democrática sobre el ametrallamiento de los trabajadores de Ferrol, que tenga por finalidad identificar y procesar, como en cualquier otro asesinato, a sus responsables materiales e intelectuales.

Moncho Reboiras (25 años), perito industrial y militante nacionalista, murió el 12 de agosto de 1975 en la calle Da Terra también en Ferrol, como resultado de las balas que le dispararon por la espalda policías franquistas, como muestra la camisa que conserva su familia. Cada 12 de agosto, su partido, la Unión do Pobo Gallego (UPG), fundador del partido parlamentario Bloque Nacionalista Gallego (BNG), le rinde un homenaje.<sup>71</sup> En 2009, su hermano recibió<sup>72</sup> una carta de reconocimiento del Gobierno español, de acuerdo con la Ley Memoria Histórica de 2007, por haber Ramón Reboiras "padecido persecución y violencia ilegítima, hasta darle muerte, por su militancia política nacionalista".<sup>73</sup> Treinta y siete años después

de este crimen político, Reboiras sigue esperando que un juez impartiera justicia ordenando a la policía investigar este fallecimiento encarnizado, tres meses antes de la muerte natural de Franco, que ese fatídico día estaba justamente en A Coruña.

Xosé Humberto Baena, murió el 27 de septiembre 1975 con los últimos fusilados del franquismo: Ramón García Sanz y José Luis Sánchez Bravo, sus compañeros del Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico de (FRAP), y los miembros de ETA, Jon Paredes "Txiki" y Ángel Otaegui.<sup>74</sup> Penas de muerte contra las que hubo manifestaciones en toda España y una gran solidaridad internacional que no hizo vacilar a Franco: las firmó dos meses antes de morir. Luis Eduardo Aute inmortalizó en la canción "Al Alba"<sup>75</sup> el sufrimiento colectivo que causó en tantos españoles aquellos crímenes de Estado. Humberto, estudiante de Filosofía en la Universidad de Santiago de Compostela, primero, y peón de fundición, después, nos dejó un documento de valor histórico: una carta de despedida<sup>76</sup> dirigida a su familia y compañeros, donde muestra la lucidez, serenidad y valentía con que se enfrentó, a los 24 años, a una muerte injusta por sus ideales de transformación social.<sup>77</sup>

En democracia, sus padres, y después su hermana Flor Baena, peregrinaron de tribunal en tribunal pidiendo que se revisase y anulase el ilegal proceso militar (lo acusaron, sin pruebas, de la muerte de un policía) hasta llegar al Tribunal Constitucional que, bajo la presidencia de Manuel Jiménez de Parga, no admitió en 2004 la denuncia porque: "La Constitución no tiene efectos retroactivos, por lo que no cabe intentar enjuiciar actos de poder pro-

<sup>74</sup> El Gobierno vasco apoyó el 28 de setiembre de 2012 el acto homenaje en Zarautz que la asociación memorial Ahaztuak 1936-1976 viene celebrando desde 2006 en recuerdo de los fusilados de setiembre de 1975 (<http://www.bakeola.org/boletin/noticia.asp>)

<sup>75</sup> "Si te dijera, amor mío, /que temo a la madrugada, /no sé qué estrellas son éstas / que hieren como amenazas / ni sé qué sangra la luna /al filo de su guadaña. / Presiento que tras la noche vendrá la noche más larga, / quiero que no me abandones, / amor mío, al alba, / al alba, al alba. / Los hijos que no tuvimos /se esconden en las cloacas, /comen las últimas flores, / parece que adivinaran / que el día que se acerca / viene con hambre atrásada. /Miles de buitres callados van extendiendo sus alas, / no te destroza, amor mío, /esta silenciosa danza, /maldito baile de muertos, / pólvora de la mañana. /Al alba, Al alba"; ver: <http://www.youtube.com>.

<sup>76</sup> "Papá, mamá: Me ejecutarán mañana de mañana. Quiero daros ánimos. Pensad que yo muero pero que la vida sigue. Recuerdo que en tu última visita, papá, me habías dicho que fuese valiente, como un buen gallego. Lo he sido, te lo aseguro. Cuando me fusilen mañana pediré que no me tapen los ojos, para ver la muerte de frente. Siento tener que dejaros. Lo siento por vosotros que sois viejos y sé que me queréis mucho, como yo os quiero. No por mí. Pero tenéis que consolaros pensando que tenéis muchos hijos, que todo el pueblo es vuestro hijo, al menos yo así os lo pido. ¿Recordáis lo que dije en el juicio? Que mi muerte sea la última que dicte un tribunal militar. Ese era mi deseo. Pero tengo la seguridad de que habrá muchos más. ¡Mala suerte! ¡Cuánto siento morir sin poder daros ni siquiera mi último abrazo! Pero no os preocupéis, cada vez que abracéis a Fernando, el niño de Mary, o a Manolo haceros a la idea de que yo continúo en ellos. Además, yo estaré siempre con vosotros, os lo aseguro. Una semana más y cumpliría 25 años. Muero joven pero estoy contento y convencido. Haced todo lo posible para llevarme a Vigo. Como los nichos de la familia están ocupados, enterradme, si podéis, en el cementerio civil, al lado de la tumba de Ricardo Mella. Nada más. Un abrazo muy fuerte, el último. / Adiós papá, adiós mamá. /Vuestro hijo José Humberto" (<http://info.nodo50.org/Baena.html>).

<sup>77</sup> Independientemente de que no se coincida con la ideología o los métodos de lucha del FRAP, la muerte del joven Baena fue un inmisericorde asesinato de la dictadura a dos años de una democracia que pondría fin, entre otras cosas, a la pena de muerte.

<sup>70</sup> La inclusión subrepticia de los responsables de la represión dentro de la amnistía de 1977 fue obra de los herederos del franquismo reciclados democráticamente, con el acuerdo probable de otras personalidades de la transición, de espaldas a la opinión pública democrática del momento.

<sup>71</sup> Los homenajes públicos a Reboiras se iniciaron con la democracia, en 1977; ver: [http://elpais.com/diario/1977/08/13/espana/240271214\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1977/08/13/espana/240271214_850215.html).

<sup>72</sup> "El Gobierno repara la memoria de Reboiras", *La Voz de Galicia*, 13 de agosto de 2009 (<http://www.lavozdeg Galicia.es>)

<sup>73</sup> "Manifiesto homenaxe a Moncho Reboiras", Comisión 35 aniversario, 9 de julio de 2010 (<http://www.foroporlamemoria.info/2010/07/manifiesto-homenaxe-a-moncho-reboiras/>).

ducidos antes de su entrada en vigor<sup>78</sup>. Lo mismo que le dijeron a las familias de Julián Grimau, Salvador Puig Antich y... al propio Garzón, juez de la Audiencia Nacional. Tampoco admitió el Tribunal Europeo de Derechos Humanos en 2005 (hoy, tal vez sería diferente) la reclamación de la familia Baena. La Ley de Memoria Histórica de 2007 (en vigor, teóricamente) no dice nada desgraciadamente de la anulación de las sentencias de los irregulares tribunales franquistas. La Asociación de Jueces para la Democracia cambiando al menos formalmente posiciones anteriores<sup>79</sup> solicitó, después de los terribles juicios contra Garzón, la urgente anulación de las condenas del franquismo,<sup>80</sup> sin lo cual no habrá justicia, reparación y verdad para las víctimas de los años más negros de la historia de España, ni verdadera reconciliación nacional.

### ¿Cuándo llegará a España el derecho internacional?

Los avances en España y otros países de los movimientos por los derechos humanos y la recuperación de la memoria histórica, por un lado, y, por el otro, el desarrollo del derecho internacional y sus instituciones dedicadas a la persecución universal de los delitos imprescriptibles de lesa humanidad, están creando nuevas condiciones para que se haga justicia en Galicia y en España con las víctimas del franquismo, sin restricciones temporales. También contribuye el escándalo nacional e internacional provocado por el procesamiento del juez Garzón por intentar enjuiciar la naturaleza malhechora del Movimiento franquista. Escándalo y movilización nacional e internacional, 2011-2012, que impidieron ciertamente su condena por "prevaricación" (!) en el asunto del franquismo, si bien los jueces y políticos implicados en la trama lograron finalmente su expulsión, hasta 2021, de la carrera judicial en España<sup>81</sup> por la investigación de la corrupta trama Gürtel del PP, cuyo desarrollo posterior le dio totalmente la razón al juez que la inició el 6 de febrero de 2009: Baltasar Garzón. La funesta Sala Penal del Tribunal Supremo se vio, en 2012, en la "obligación" de reconocer la legitimidad de la posición de Garzón y otros juristas españoles, y varias organizaciones internacionales, para juzgar a los verdugos franquistas. Pese a ello, la mayoría del poder judicial español sigue defendiendo todavía contra derecho, arropado por el caduco bipartidismo del PP y el PSOE<sup>82</sup>, que la Ley de

Amnistía de 1977 conlleva impunidad para los represores<sup>83</sup>.

La "caza judicial" contra Garzón dejó claro ante el mundo entero en los ámbitos jurídico, social y político que en España no se va a poner en práctica, de momento, los criterios habituales de la justicia internacional, en cuanto a la persecución de los crímenes de lesa humanidad cometidos en el período 1936-1977, y menos con un Gobierno del Partido Popular. Anomalía que abrió la posibilidad legal de aplicar el principio de jurisdicción universal, en cuya aplicación también fue pionero Garzón, buscando en otro país la justicia que en España no es posible. Enjuiciamiento externo que facilita, en coherencia con el ordenamiento jurídico internacional, el alargamiento del amparo judicial a las víctimas hasta el final de la dictadura. Al contrario del Auto de Garzón de 2008 (consciente de la resistencias del PP, del propio PSOE y determinados jueces) que sólo abarcaba hasta 1952 la persecución de los delitos de asesinato, tortura y demás crímenes de motivación política cometidos por las franquistas, sus instituciones y órganos represivos.

Se consolida así, a partir de 2012, después del rechazo político-judicial del Auto de Garzón, la vía internacional para juzgar los crímenes del franquismo entre el 17 de julio de 1936 y 15 de junio 1977, incluidos los asesinatos de los gallegos Amador, Daniel, Moncho y Humberto. La justicia universal sobre los crímenes del franquismo está así abierta en dos instancias internacionales: la justicia argentina y el Tribunal de Estrasburgo, más la primera que la segunda, hasta donde hoy sabemos.

La jueza federal María Servini admitió en 2010 una causa contra el franquismo, apoyada por la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica española, a demanda de Darío Rivas (hijo del alcalde de Castro de Rei, Galicia, asesinado por la Falange en 1936) y Silvia Carretero<sup>84</sup> (viuda de José Luis Sánchez Bravo, fusilado con Baena en 1975), entre otros represaliados que han ido creciendo desde entonces. Justicia argentina efectiva para las víctimas españolas de la dictadura, que quiso y no pudo conseguir Garzón, quien ya testificó en Buenos Aires confirmando formalmente, ante la jueza Servini, que en España no se investigan los crímenes del franquismo.<sup>85</sup> Implementación de la justicia universal desde la República Argentina reforzada por el apoyo público, de amplia resonancia internacional, que el 1 de marzo de 2012, el Gobierno y el Parlamento argentinos dieron al juez

<sup>78</sup> Ver: <http://www.interviu.es>; como es sabido esta afirmación del Tribunal Constitucional español contradice el derecho internacional vigente en temas de derechos humanos y memoria histórica.

<sup>79</sup> Miembros destacados de JpD como Luciano Varela como acusador, Margarita Robles desde el CGPJ, Joaquín Giménez presidiendo el Tribunal que sentenció su expulsión y otros, jugaron un papel decisivo en el acoso y derribo del juez de la Audiencia Nacional, sostenidos desde la Vicepresidencia del Gobierno por su titular, y también miembro de la judicatura, María Teresa Fernández de la Vega, según denunció el magistrado emérito del Tribunal Supremo, José Antonio Martín Pallín, en un acto público el 30 de mayo de 2011; ver: <http://www.publico.es>

<sup>80</sup> Pronunciamiento del 29 de febrero de 2012 de Jueces para la Democracia sobre la memoria histórica; ver: <http://www.noticiasdealava.com>

<sup>81</sup> Baltasar Garzón ha seguido luchando por la justicia en Argentina, Chile, Ecuador, Colombia...; y defendiendo a los que luchan por la libertad en Internet como Julian Assange (Wikileaks) o Edward Snowden.

<sup>82</sup> La continua pérdida de votos por parte del PP de Rajoy, y antes del PSOE de Zapatero, hace posible y necesario que de las elecciones generales de 2015 salga un Congreso de Diputados más democrático que condene el franquis-

mo, indulte a Garzón y apruebe una verdadera Ley de Memoria Histórica que incluya la anulación de las sentencias franquistas y el derecho a la justicia, la verdad y la reparación de las víctimas desde 1936 hasta 1977, reconciliando así la democracia española con la justicia internacional.

<sup>83</sup> Sobre jueces y franquismo desde los años 60 hasta hoy, ver el libro coordinado por Gonzalo Pontón **Jueces pero parciales. La pervivencia del franquismo en el poder judicial**, Barcelona, Pasado & Presente, 2012 (<http://www.elplural.com>).

<sup>84</sup> El testimonio de Silvia Carretero ha permitido incluir las torturas infligidas a ella y su marido, ambos de 21 años, en 1975 en el expediente judicial abierto en Argentina, lo que siendo habitual en Argentina o Chile supone una novedad en España, donde las denuncias suelen estar centradas en asesinatos que alcanzan cifras de holocausto; ver: <http://www.republicaymemoria.com.ar/Mhistorica/genocidioarg.html>.

<sup>85</sup> Condición previa para poner en marcha la jurisdicción internacional como hizo anteriormente la Audiencia Nacional española respecto de Chile y Argentina; sobre la declaración de Garzón ver: <http://www.elplural.com>

Garzón, después del maltrato recibido en España. La experimentada jueza Servini ha declarado (18/05/2013) su optimismo en cuanto al desarrollo de la causa (son ya 150 los querellantes), pese a los trucos del Gobierno español para dificultar las declaraciones, y nos dice que confía en un año poder imputar a los 9 acusados actuales: tres ex ministros (incluido José Utrera Molina, suegro del Ministro de Justicia Alberto Ruiz-Gallardón), dos jueces y cuatro policías (también el funesto "Billy el Niño", apodo de José González Pacheco). La jueza tiene muy claro que en España como en Argentina: "Hay que ir directamente sobre los que están vivos".<sup>86</sup> Así lo hizo, nuestra jueza argentina el 18 de setiembre de 2013: lanza una orden de detención internacional contra cuatro represores y torturadores del franquismo, muchas de cuyas víctimas fueron estudiantes,<sup>87</sup> devolviendo a la España democrática lo que hizo el juez Garzón con el dictador Videla en 2000.

La segunda opción<sup>88</sup> es el Tribunal Europeo de Derechos Humanos que, en febrero de 2012, admitió a trámite una demanda del *Forum per la Memòria del País Valencià* de genocidio, crímenes de lesa humanidad y violación de los derechos fundamentales en nombre de 23.661 personas asesinadas y sepultadas en seis grandes fosas comunes, entre 1939 y 1945.<sup>89</sup> Demanda colectiva que ya fue rechazada al igual que la de Baena por el Tribunal Constitucional español, trámite preceptivo que también ha debido cumplir el recurso de Garzón contra su inhabilitación, por parte del Tribunal Supremo, presentado en mayo de 2013.<sup>90</sup> Las sentencias del Tribunal de Estrasburgo han de ser ejecutadas en principio por el Gobierno que corresponda, a instancia del Comité de Ministros del Consejo de Europa.<sup>91</sup>

Paralelamente, la Oficina de Derechos Humanos de la ONU viene exigiendo del Estado español la derogación la Ley de Amnistía de 1977, precisamente por su utilización grosera por parte de políticos y jueces, durante 36 años, para tapar los crímenes del franquismo. La penúltima vez que la Organización de las Naciones Unidas se dirigió al Gobierno de España con dicho recordatorio y demanda fue tres días después de la expulsión de Garzón de la Audiencia Nacional: "España está obligada, bajo la ley internacional, a investigar las graves violaciones de los Derechos Humanos, incluidas las cometidas durante el régimen de Franco, y a procesar y castigar a los responsables si todavía están vivos", recordó desde Ginebra el Alto Comisariado de la ONU el 11 de febrero de

2012.<sup>92</sup> En setiembre de 2013 tuvo lugar la visita de una delegación de la ONU a Madrid, Barcelona, Sevilla y Vitoria para "verificar" si algo se ha hecho sobre la investigación judicial de los crímenes del franquismo, 13 años después de exigir a los Gobiernos españoles (tanto del PP y como del PSOE), jueces y demás instituciones el cumplimiento del derecho internacional tocante a las desapariciones forzadas y delitos de lesa humanidad.<sup>93</sup> Al finalizar la visita institucional, que coincidió con las órdenes internacionales de detención de la jueza Servini, la ONU exigió, una vez más, al Gobierno de España la modificación de la Ley de Amnistía de 1977 y del Código Penal a fin de que se pueda hacer justicia con los crímenes del franquismo.<sup>94</sup>

Así y todo, aunque los avances institucionales de la justicia y la verdad histórica sobre el franquismo sean ahora más internacionales que nacionales, también se dan en España, donde nos enfrentamos con una macabra paradoja: los partidos que más defienden (tienen razones) la memoria y reparación para las víctimas del terrorismo desde 1968, cuyos autores están ya en su gran mayoría presos y condenados por la justicia democrática, son los que más se oponen a la concesión, asimismo retrospectiva, de los mismos derechos humanos y democráticos, comprendido el derecho a la justicia, a las víctimas del franquismo. Doble rasero<sup>95</sup> de bastantes políticos que incrementa los obstáculos del proceso de paz en el País Vasco. De ahí que valoremos positivamente que el Gobierno Vasco presidido por Patxi López (PSOE) haya promulgado el 19 de junio de 2012 un decreto para reparar a las víctimas vascas de la policía española entre 1960 y 1978,<sup>96</sup> como los etarras Txiki y Oteagui, fusilados el mismo día que Baena y Sánchez Bravo, los obreros de Vitoria ametrallados en 1976 y otros represaliados por el franquismo, también los torturados: asignatura asimismo pendiente de la memoria histórica en España.<sup>97</sup> Un paso adelante en Euskadi, pues, para la paz y la regeneración de la democracia vasca y española, por mucho que el PSOE vasco desvincule sin rigor la violencia policial y militar del propio régimen franquista (se emplea el eufemismo "excesos policiales"), y reduzca la reparación de las víctimas a una simple compensación económica, sin anulación de sentencias ni investigación judicial sobre los autores materiales e intelectuales, lo cual, sin embargo, sí se ha hecho, y todavía se hace, con los pasados asesinatos de ETA.<sup>98</sup> Es por ello que las familias de los obreros muertos en Vitoria también se han unido a la querrela argentina.<sup>99</sup>

<sup>86</sup> Ver las declaraciones de la jueza Servini en: <http://www.publico.es>

<sup>87</sup> Ver: <http://www.lanacion.com.ar/1621143-servini-de-cubria-pidio-las-primas-detenciones-por-la-represion-franquista>.

<sup>88</sup> La posibilidad de Estrasburgo parece menos probable, más aún con el declive actual de Europa como proyecto político y social; pero nunca se sabe: son muchos, dentro y fuera de las administraciones europeas, los descontentos por la creciente falta de autoridad moral de la Unión Europea y sus grandes organismos.

<sup>89</sup> Información bilingüe sobre la querrela valenciana en: <http://www.forum-perlamemoria.org/?Demanda-del-Forum-per-la-Memoria>.

<sup>90</sup> Ver: <http://www.20minutos.es/noticia/1825459/0/baltasar-garzon/recurre-estrasburgo/condena-gurte/>.

<sup>91</sup> Posiblemente la vía de Estrasburgo se ampliará con más querellas en el futuro, facilitadas por los rechazos del actual Tribunal Constitucional, de composición más derechista; ver: <http://www.lavanguardia.com>

<sup>92</sup> Ver: <http://www.larazon.es>

<sup>93</sup> Ver: <http://www.publico.es>

<sup>94</sup> Ver: <http://www.cadenaser.com>

<sup>95</sup> Como la conservadora *Liberté pour l'histoire* cuando se niega a apoyar a Garzón y la investigación judicial del franquismo, sin la cual no existe plena libertad de investigación histórica.

<sup>96</sup> Ver: <http://www.huffingtonpost.es>; el decreto está en: <http://www.lehendakaritza.ejgv.euskadi.net>

<sup>97</sup> Empezará a dejar de serlo a partir del auto de detención lanzado el 18 de setiembre de 2013 por la jueza Servini desde Argentina; ver la nota 85.

<sup>98</sup> El actual Gobierno vasco del PNV ha identificado 56 muertos en manos de las Fuerzas de Seguridad del Estado entre 1960 y 1978, que la justicia no ha investigado, a diferencia de los muertos posteriores imputados a ETA; ver: <http://www.cadenaser.com>

<sup>99</sup> Ver: <http://goldatu.org/es/ekitaldiak/martxoak-3ko-biktimak-argentinakokereilan/>.





Este leve punto de inflexión del PSOE en el País Vasco,<sup>100</sup> ratificado de alguna forma por el nuevo gobierno vasco del PNV surgido de las elecciones del 21 de octubre de 2012,<sup>101</sup> extiende positivamente, como la justicia argentina, la reivindicación colectiva de la memoria histórica hasta 1977 (1978, en el País Vasco, que votó “no” a la Constitución), y tuviera ya una consecuencia simbólica: el 3 de marzo de 2012, la portavoz del Gobierno Vasco depositó en Vitoria unas flores de homenaje<sup>102</sup> en el monumento a los cinco miembros de CC. OO. y UGT muertos a tiros por participar en una asamblea de trabajadores, como en Ferrol cuatro años antes. En el mismo acto tomó la palabra una representante de la pionera Asociación de Víctimas del 3 de marzo (nacida en 1999)<sup>103</sup> que, una vez más, pidió que se haga justicia con los muertos de Vitoria durante el último gobierno de la dictadura, presidido por Arias Navarro. Llegará un día en que tendremos en Galicia una Xunta que tal vez haga lo mismo en Ferrol un 10 de marzo, día de la clase obrera gallega, junto con los sindicatos y las familias de los trabajadores asesinados por la libertad en la Ponte das Pías.

Dijo, en 1937, Alfonso R. Castelao, prócer galleguista, “non enterran cadáveres, enterran semente”: pronto llegará la hora en que las simientes florezcan y los muertos inocentes por culpa del franquismo, gallegos, vascos y españoles, descansen en paz en el cielo de los justos.

<sup>100</sup> Acaba de ser superado por la Junta de Andalucía que acaba de ordenar (30/07/2013) al Juzgado de guardia de Granada que investigue los cuerpos encontrados en la fosa de Viznar: es la primera institución democrática que lo hace; ver: [http://www.eldiario.es/andalucia/Junta-Andalucia-evidencias-franquistas-Viznar\\_0\\_159234755.html](http://www.eldiario.es/andalucia/Junta-Andalucia-evidencias-franquistas-Viznar_0_159234755.html).

<sup>101</sup> El 20 de mayo de 2013 el Gobierno vasco hizo público “en trámite de audiencia” la convocatoria de ayudas para la recuperación de la memoria histórica (que han desaparecido de la gran mayoría de las Comunidades Autónomas, controladas ahora por el Partido Popular), ver: <http://www.irekia.euskadi.net/es/proposals/865-proyecto-decreto-por-que-regulan-las-ayudas-destinadas-subservencionar-proyectos-materia-recuperacion-memoria-historica-paz-convivencia-derechos-humanos>.

<sup>102</sup> Ver: <http://www.eitb.com/es/noticias/politica/detalle/842181/victimas-3-marzo-1976-reconocimiento-gobierno-vasco/>.

<sup>103</sup> Ver: [http://www.martxoak3.org/es\\_ES/la-asociacion/](http://www.martxoak3.org/es_ES/la-asociacion/); la Asociación de Víctimas del 3 de marzo se manifestó de nuevo el 3 de marzo de 2013, sin la presencia del Gobierno de Urkullu al que se le demandó que exija a Rajoy el reconocimiento de la masacre de Vitoria y que se forme una Comisión de la Verdad para investigar los hechos (nadie lo está haciendo, tampoco en Ferrol); ver: <http://www.noticiasdenavarra.com/2013/03/03/politica/euskadi/vitoria-mantiene-vivo-el-3-de-marzo>.

## Resumen

Partiendo del modelo de Argentina y otros países latinoamericanos, el artículo trata sobre la relación de los historiadores con los movimientos sociales y las políticas públicas de la memoria histórica. Se analizan en concreto las posiciones de los historiadores europeos a favor y en contra de la memoria histórica, con especial mención (crítica) a Francia. Así como el apoyo, desde la historiografía de valores de la red temática Historia a Debate, a los historiadores y académicos españoles que viene investigando la represión franquista en colaboración con las asociaciones de víctimas. Asociaciones que demandan, desde 2000, “justicia, verdad y reparación” a las instituciones de la justicia y el Gobierno de España, refractarios, hoy por hoy, a su concesión en base a una discutible interpretación de la Ley de Amnistía de 1977 como Ley de Punto Final, contra la opinión y exigencias de la ONU y otras instancias internacionales.

## Palabras clave

Historia; Historiografía; Historiador; Memoria; Franquismo

## Abstract

From the model of Argentina and other Latin American countries, the article deals with the relationship of historians with social movements and public policies of historical memory. The positions of the european historians for and against the historical memory, with special mention (critical) to France. And support from the historiography of the values historiography of values from Historia a Debate, spanish historians and scholars who have been researching the Franco regime in collaboration with associations of victims. Associations demanding, since 2000, “justice, truth and reparation” to the institutions of justice and to the Government of Spain, refractory, today, after authorization based on a questionable interpretation of the Amnesty Act of 1977 into law Point Final, against the wishes and demands of the UN and other international insitutions.

## Key Words

History; Historiography; Historian; Memory; Franco

# Tribulaciones y dilemas de la memoria rusa

Bruno Groppo\*

## Introducción

La sociedad rusa actual mantiene vínculos difíciles y contradictorios con su pasado, especialmente con el pasado soviético. En estas páginas intentaremos hacer un balance del recorrido de la memoria colectiva rusa y de los usos del pasado por parte de las autoridades rusas tras el fin de la Unión Soviética y el sistema comunista. La noción de "memoria rusa" supone, por supuesto, una abstracción. En la realidad, existe en la sociedad rusa, como en cualquier sociedad, una multiplicidad de memorias colectivas, distintas e incluso opuestas. Y a esto se suma el hecho de que Rusia no sea un país étnicamente homogéneo sino un mosaico de pueblos, dentro del cual los rusos son el componente principal. Por eso, la memoria de la porción rusa de la población no puede ser la misma que la que tienen, por ejemplo, los grupos minoritarios que fueron deportados masivamente por Stalin durante la Segunda Guerra Mundial, como los alemanes del Volga, los tártaros de Crimea, los chechenos y tantos otros.<sup>1</sup> Por otra parte, la memoria de las víctimas de las represiones políticas en la era soviética resulta obviamente muy distinta de la de quienes organizaron tales represiones. Sin embargo, todos tienen en común ese pasado soviético y por ende, toda una serie de experiencias que han forjado las memorias y las identidades colectivas. La noción de "memoria rusa" que aquí empleamos designa a la memoria predominante, dentro de la sociedad rusa, en un determinado momento de su historia: una memoria que debe distinguirse de otra que podría denominarse memoria oficial, es decir aquella construida por las autoridades, que aspiran a imponerla sobre el conjunto de la población. La memoria social y la oficial pueden

parecerse más o menos, o estar más o menos alejadas entre sí, pero nunca coinciden completamente y deben, por lo tanto, estudiarse en forma separada. En realidad, se influyen recíprocamente. De este modo, la memoria oficial contribuye a forjar la memoria social, pero su eficacia depende de su capacidad para tener en cuenta ciertos elementos y responder a expectativas ya presentes en la memoria social.

En Rusia, aún más que en otros países, la cuestión de la memoria resulta indisociable de la cuestión identitaria, sobre todo de la identidad nacional, y remite constantemente a la historia. Durante siete décadas, la historia rusa estuvo estrechamente vinculada a la de la Unión Soviética. La desaparición de esta última, como también del sistema político comunista que ella encarnaba, causó en Rusia una seria crisis identitaria y una profunda desorientación, que la sociedad rusa viene intentando superar desde los años '90, para poder reconstruir una identidad que resulte aceptable. El accidentado recorrido de la memoria rusa durante el último cuarto de siglo se corresponde con esa búsqueda de una nueva identidad. Al examinar dicho recorrido, se imponen de inmediato ciertas constataciones. La primera es que la sociedad rusa sigue profundamente traumatada por las violencias y represiones masivas de la época soviética, en particular las del período estalinista, pero sin embargo aún no ha logrado saldar cuentas con ese pasado. La principal dificultad está asociada al problema de las responsabilidades: ¿quién se hace responsable de los millones de víctimas de esa época? ¿Los rusos son acaso un pueblo de víctimas, de verdugos o ambas cosas a la vez? En lugar de enfrentarse abiertamente a estas preguntas, la mayoría de los rusos ha optado, hasta ahora, por la amnesia y lo reprimido,<sup>2</sup> relegando los episodios oscuros del pasado a los márgenes de la conciencia nacional. Su memoria está llena de olvidos y silen-

\* Centre d'Histoire Sociale du XXe Siècle – Université de Paris I Panthéon Sorbonne.

<sup>1</sup> La ley sobre la "rehabilitación de los pueblos oprimidos", sancionada el 26 de abril de 1991 por el Soviet Supremo de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia hace mención de los distintos grupos étnicos que padecieron esas deportaciones.

<sup>2</sup> Maria Ferretti, "La mémoire refoulée. La Russie devant le passé stalinien", *Annales*, n° 50, 1996, pp. 1237-1257; Maria Ferretti, *La memoria mutilata. La Russia ricorda*, Milán, Corbaccio, 1993.



cios. Sólo una minoría, como por ejemplo, los militantes de la asociación Memorial,<sup>3</sup> sigue evocando ese pasado y luchando por la memoria de las víctimas. Durante la época soviética, los silencios y olvidos se impusieron a través del miedo.<sup>4</sup> En la actualidad, se deben a otras causas (un cierto malestar ante un pasado difícil de cargar; la voluntad de no saber; la aspiración de dar una vuelta de página definitiva; etc.), pero siguen existiendo.

Una segunda observación es la importancia otorgada a la Segunda Guerra Mundial que en Rusia es llamada "la Gran Guerra patriótica". Ésta se ha vuelto el principal sostén de la identidad nacional rusa y ha adquirido el estatuto de mito fundacional, aunque no deja de ser objeto de muy distintas rememoraciones: una que enfatiza los padecimientos, las terribles pérdidas humanas y el anhelo de una sociedad más libre que movía a los combatientes; otra, de tipo nacionalista, que hace exclusivamente hincapié en la victoria sobre la Alemania nazi y atribuye a Stalin ese mérito, poniendo así un velo sobre la memoria de las violencias masivas desatadas por el dictador.<sup>5</sup> La tercera constatación tiene que ver con el uso intensivo pero extremadamente selectivo que las autoridades rusas han hecho del pasado. Vladimir Putin, especialmente, recurre constantemente a la historia soviética, pero también a la historia pre-revolucionaria, como pilares de la ideología nacionalista que propone. Ésta viene a sustituir, en el presente, la ideología comunista anterior. En la época soviética, el pasado se instrumentalizaba para legitimar el poder del partido comunista y su grupo dirigente: cada nuevo secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) lo reescribía a su antojo. Hoy en día sirve para legitimar el poder presidencial, para conseguir el apoyo de la población al proyecto de restablecer el poderío ruso en el ámbito internacional y para consolidar un sistema autoritario que sólo tiene la apariencia de una democracia. En ambos casos, se intenta mostrar que el Estado tiene la razón. Veamos ahora más detalladamente el recorrido de la memoria rusa tras el fin de la URSS.

## La especificidad de la memoria rusa

La cuestión de la memoria (y el olvido) en la Rusia postsoviética debe ser ubicada en el contexto más general de las transforma-

ciones de la memoria pública que se produjeron en los países ex-comunistas con el fin de los sistemas políticos de tipo soviético.<sup>6</sup> Si se amplía el marco de observación se destaca mejor la especificidad del caso ruso, que varía claramente de los demás, más allá de algunos puntos en común. En tiempos del "socialismo real", existía en todos los países una memoria oficial, forjada por el partido en el poder. Ésta ocupaba todo el espacio público y presentaba una interpretación del pasado conforme a la ideología y a las exigencias políticas del partido dominante. Aunque fuera cambiando en función de las coyunturas políticas,<sup>7</sup> era la única autorizada: las demás memorias colectivas estaban excluidas del espacio público, reducidas al silencio o confinadas a la esfera familiar. Con el convencimiento de poseer la verdad histórica, el partido comunista se adjudicaba el monopolio de la memoria y ejercía un control estrecho sobre la escritura de la historia, que estaba al servicio de la legitimación del poder. El fin de los sistemas políticos comunistas, primero en Europa central y luego en la propia URSS, condujo a que se acabara el monopolio comunista de la memoria. Al tiempo que la memoria comunista oficial declinaba a gran velocidad, otras memorias, antes condenadas al silencio, iban reapareciendo y ocupando el espacio público. Con la dislocación del imperio soviético, resultaba imposible la existencia de una memoria única: cada república ex-soviética, independizada por primera vez o habiendo recuperado su independencia, comenzó a elaborar su propia lectura del pasado y a construir su propia memoria, esta vez en un marco estrictamente nacional y sin directivas impuestas desde afuera. En otras partes, el pasado comunista fue revisado y reinterpretado a la luz de la nueva situación, y ningún partido ni cualquier otra institución podía imponer una interpretación única o excluir a otras. Así fue como se dio en estos países, un verdadero estallido de memorias múltiples compitiendo entre sí y aspirando a ser oídas y reconocidas dentro del espacio público.<sup>8</sup> Los temas considerados tabú en la época comunista como el pacto germano-soviético de 1939 y sus cláusulas secretas, la masacre de oficiales polacos perpetuada por el NKVD en Katyn, las deportaciones de pueblos enteros ordenada por Stalin, el destino trágico de los comunistas extranjeros, víctimas de las purgas estalinistas en la URSS, etc., pudieron por primera vez ser discutidos abiertamente. A partir de los años '90, cada uno de estos países desarrolló políticas de memoria creando museos de historia reciente, instituyendo nuevas conmemoraciones, etc. que expresaban interpretaciones del pasado diametralmente opuestas a las que habían prevalecido en la era soviética. Ahora bien, saldar cuentas con el pasado resultó ser más complejo en Rusia que en los demás países ex-comunistas debido, principalmente, a las posiciones diferentes que ocupaban éstos últimos en el universo comunista. La URSS no era un país como los demás, sino un imperio cuyo centro estaba en Rusia. En su interior, varios

<sup>3</sup> Memorial es una asociación y un movimiento de defensa de los derechos humanos creados en 1988-1989, con el objetivo inicial de elevar un monumento (de allí su nombre) en homenaje a las víctimas de la represión durante la época soviética. Sobre su historia, ver Nancy Adler, *Victims of Soviet Terror: the Story of the Memorial Movement*, Praeger, Westport (Conn.), 1993; Kathleen E. Smith, *Remembering Stalin's Victims: Popular Memory and the End of the USSR*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1996; Maria Ferretti, *La memoria mutilada*, op. cit.

<sup>4</sup> Cfr. Orlando Figes, *Les Chuchoteurs. Vivre et survivre sous Staline*, Paris, Denoël, 2009 (ed. orig. *The Whisperers: Private Life in Stalin's Russia*, Metropolitan Books/Henry Holt & Company, 2007).

<sup>5</sup> Sobre este tema y, más en general, sobre las vicisitudes de la memoria de la Segunda Guerra Mundial en Rusia, véase Maria Ferretti, "La memoria spezzata. La Russia e la guerra", *Italia contemporanea*, n° 245, diciembre 2006, pp. 525-565. Ver también Lev Gudkov, "The fetters of victory. How the war provides Russia with its identity", *Eurozine*, 3 de mayo de 2005, <http://www.eurozine.com/articles/2005-05-03-gudkov-en.html>; Irina Scherbakowa, *Zerrissene Erinnerung. Der Umgang mit Stalinismus und Zweitem Weltkrieg im heutigen Russland*, Wallstein Verlag, Göttingen, 2010.

<sup>6</sup> Ver Bruno Groppo "Politiche della memoria e politiche dell'oblio in Europa centrale e orientale dopo la fine dei sistemi politici comunisti", en Filippo Focardi y Bruno Groppo (dirs.), *L'Europa e le sue memorie*, Roma, Viella, 2013, pp. 215-243.

<sup>7</sup> Dentro del humor soviético, se decía que en la URSS, el pasado era imprevisible porque cambiaba continuamente...

<sup>8</sup> Alain Brossat, Sonia Combe, Jean-Yves Potel, Jean-Charles Szurek, (dirs.), *A l'Est, la mémoire retrouvée*, Paris, La Découverte, 1990.

países (como los bálticos, Georgia o las repúblicas de Asia Central) habían sido anexados directamente por la fuerza, contra su voluntad, mientras que los de Europa central y oriental fueron incluidos posteriormente en su esfera de influencia tras la Segunda Guerra Mundial. Dentro de todo este espacio, Rusia detentaba y ejercía el poder, en lo esencial. La mayoría de los países recibieron como una liberación el fin del comunismo y de la URSS, a la que consideraban un sistema de dominación extranjera, cuasi colonial. Cuando consiguieron o recuperaron su independencia, favorecieron una memoria profundamente negativa del periodo soviético, atribuyendo a la URSS (y concretamente a Rusia), la responsabilidad de todas sus desgracias. Una actitud semejante ya se había manifestado en Europa central y oriental, tras la caída de los regímenes comunistas, sucedida dos años antes que en la URSS. Considerándose víctimas, todos esos países implementaron políticas de la memoria focalizadas en la opresión padecida y en las resistencias a la dominación soviética. Los museos de historia reciente, creados a partir de los años '90, presentan, desde este punto de vista, relatos bastantes similares. Por su parte, la Rusia postcomunista, se encuentra en una situación muy distinta. Al haber sido el núcleo originario del sistema soviético y de la URSS, le resulta imposible atribuir a un actor externo la responsabilidad de sus desgracias. Si bien con la desaparición de la URSS y el fin del sistema soviético se liberó de un sistema opresivo del que ella también podía considerarse víctima, en ese mismo proceso perdió la posición hegemónica que ocupaba dentro de aquel imperio. Desde la mirada de los rusos, la época soviética había estado marcada por terribles represiones, pero también por grandes logros y por una expansión sin precedentes del poderío ruso. De este modo, en Rusia, la memoria de aquellos tiempos difiere inevitablemente de la que predomina en los demás países ex soviéticos. Así, al sentimiento de liberación se sumaban sentimientos de pérdida, frustración, melancolía y añoranza. Frente a las dificultades económicas de la transición hacia el postcomunismo, exacerbadas por la brutal política de privatizaciones implementada por Yeltsin, muchos rusos comenzaron a tener una cierta nostalgia por la URSS, especialmente por la era Breznev que, retrospectivamente, aparecía como una época de estabilidad y relativa prosperidad.<sup>9</sup>

## La memoria del estalinismo

Con el fin de la Unión Soviética, Rusia tuvo que reinventarse por completo y redefinir su identidad desde nuevas bases, al haberse desmoronado profundamente las de la época soviética. Habían dejado de existir las referencias a las que los rusos habían recurrido durante décadas para orientarse: era necesario buscar otras para reconstruir una identidad colectiva en crisis, y enfrentar un futuro incierto. Para ello tenían que mirar hacia el pasado, tanto reciente como lejano, encontrarle un sentido y determinar aque-

llo que, dentro del desastre general, podía recuperarse y utilizarse en pos de construir una identidad positiva. Esta búsqueda identitaria pasó por distintas etapas, pero siempre se desvió del inmenso obstáculo que implicaba la memoria del estalinismo y la cuestión de las responsabilidades. En efecto, aquello que, en Rusia, resulta más problemático es la época del Gran Terror de los años treinta: en una palabra, la historia del estalinismo. Aquel pasado, que ahora resulta lejano, sigue pesando sobre la conciencia colectiva y acechando el presente de la sociedad rusa. Pocos países han vivido, en el siglo XX, una historia tan traumática como la de Rusia, donde las víctimas de las represiones políticas se cuentan por millones, y en la que todas las familias han sufrido la violencia estatal. El nazismo, con el que siempre se ha comparado al estalinismo, también causó millones de víctimas pero se trató, en su gran mayoría, de víctimas no alemanas. En el caso del estalinismo, sus víctimas se cuentan dentro de la población rusa o soviética y, peor aún, fueron perseguidas en tiempos de paz. A esto se suma el hecho de que las represiones estalinistas hicieron participar de manera forzada a una gran cantidad de personas, en todos los niveles del aparato terrorista. De este modo, los rusos fueron a la vez víctimas y verdugos, a tal punto que resulta imposible trazar una línea divisoria entre unos y otros, más aún cuando los mismos organizadores y agentes fueron en muchos casos también liquidados (situación que no ocurrió, salvo contadas excepciones, con el nazismo).<sup>10</sup> Estas circunstancias vuelven especialmente difícil toda confrontación con el pasado. Asimismo, hay que tener en cuenta que mientras que el nazismo duró sólo doce años (1933 a 1945), en Rusia, en cambio, varias generaciones conocieron ese sistema represivo que dejó como herencia un miedo profundamente arraigado en la conciencia colectiva (y sobre todo en el inconsciente colectivo). Las violencias masivas que causaron tantas víctimas entre los ciudadanos rusos, fueron organizadas, planificadas e implementadas por el Estado soviético, pero éste no reconoció jamás oficialmente su responsabilidad ni pidió perdón por su accionar, y ninguno de los responsables fue llevado ante los tribunales de justicia. En Rusia, ningún monumento ha sido levantado por iniciativa del estado federal para conmemorar a las víctimas o recordar ese pasado de violencia: todos los monumentos existentes fueron erigidos por la sociedad civil y, en algunos casos, recibieron el apoyo de autoridades locales pero sin la participación del estado federal, que permaneció absolutamente ausente al respecto. Ninguna comisión oficial, del tipo de las comisiones de verdad creadas en América Latina al terminar las dictaduras, fue instituida en Rusia para investigar las violaciones a los derechos humanos durante la época soviética. A diferencia de lo que sucedió en varios países tras la caída del comunismo, en Rusia la policía política, el principal instrumento represivo y de terror con sus distintos nombres (Tcheka, GPOU, OGPU, NKVD, KGB) no fue disuelta al caer el sistema soviético, sino que cambió simplemente de nombre y

<sup>9</sup> Ver Maria Ferretti, "Nostalgia for Communism in Post-Soviet Russia", Workshop "The Legacy and Memory of Communism in Europe", Paris, EURHISTXX, 17 de diciembre de 2007, <http://www.eurhistxx.de/spip.php%3Farticle39&lang=en.html>.

<sup>10</sup> El historiador Arseni Roginski, uno de los principales representantes de Memorial, ha insistido especialmente sobre este aspecto, y también sobre el hecho de que en Rusia, pareciera haber sólo víctimas pero nunca responsables. Ver Arseni Roginski, "Fragmented Memory. Stalin and Stalinism in Present-Day Russia", Eurozine, 2 de marzo 2009, [http://www.eurozine.com/articles/article\\_2009-03-02-roginski-en.html](http://www.eurozine.com/articles/article_2009-03-02-roginski-en.html).

mantuvo, en lo esencial, a la mayoría del personal: de sus filas, incluso, surgieron el actual presidente y, por su iniciativa, gran parte de quienes ocupan hoy las principales posiciones de poder en la administración pública, la economía y la política. Esa continuidad también prevaleció dentro del sistema judicial, otro engranaje decisivo de la represión. La institución judicial no fue depurada, ni expresó ningún *mea culpa* y sigue estando, aun hoy, estrictamente subordinada al poder. Como se ve, en Rusia no existió ninguna ruptura radical con el pasado, como la que se produjo en Alemania después de 1945.<sup>11</sup> Un hecho significativo, en la Rusia actual, es que todas las encuestas de opinión revelan que Stalin sigue siendo un personaje popular y sigue teniendo una consideración positiva en una importante porción de la población rusa.<sup>12</sup> Así, el estado de la memoria rusa se caracteriza por profundas contradicciones y ambigüedades. Y el olvido constituye su dimensión fundamental.

### Dos intentos frustrados de saldar cuentas con el pasado

En dos oportunidades, durante la época soviética, la sociedad rusa comenzó a enfrentarse a la memoria del estalinismo, pero en ambos casos ese proceso se quedó a medio camino. La primera se dio por iniciativa de Nikita Krushev, quien denunció los crímenes de Stalin en el XX Congreso del PCUS, en febrero de 1956. La prudente “desestalinización” inaugurada tras ese acontecimiento inesperado se caracterizó por medidas significativas como el desmantelamiento parcial del sistema concentracionario, la liberación de una gran parte de los detenidos en los campos soviéticos, la rehabilitación de una cierta cantidad de personas injustamente condenadas bajo el estalinismo, etc. En medio de este clima de “deshielo”,<sup>13</sup> marcado por una cierta liberación de la palabra, fue posible mencionar públicamente las represiones y el Gulag, como lo prueba la publicación de la novela de Alexandre Soljenitsine (él mismo detenido en el Gulag) *Un día en la vida de Iván Denisovich*, que narra la vida de un detenido en un campo soviético. Sin embargo, ese “deshielo” quedó interrumpido en 1964 con la salida de Krushev y su reemplazo, a la cabeza del poder y del Estado, por un triunvirato cuyo personaje central fue Leonid Brezhnev, el principal dirigente de la URSS de 1964 a 1982. A lo largo de esa nueva y extensa “glaciación” política, ya no hubo intenciones de evocar el pasado estalinista: por el contrario, varios aspectos de ese pasado, y también de la figura del dictador, en especial su rol de jefe militar durante la guerra contra la Alemania nazi, fueron rehabilitados oficialmente.

<sup>11</sup> El sociólogo Lev Gudkov considera que existen “fatales continuidades” entre el totalitarismo soviético y el de Putin. Observa que, si bien el monopolio del poder del PCUS y la planificación centralizada de la economía han desaparecido, los pilares del sistema de dominación soviético —servicios de seguridad, ejército y sistema judicial— se han mantenido sin cambios. Cfr. Lev Gudkov, “Fatale Kontinuitäten. Vom sowjetischen Totalitarismus zu Putins Autoritarismus”, *Eurozine*, 7 de febrero de 2013, <http://www.eurozine.com/articles/2013-07-02-gudkov-de.html>.

<sup>12</sup> Ver Thomas De Waal, Maria Lipman, Lev Gudkov, Lasha Bakradze, *The Stalin Puzzle: Deciphering Post-Soviet Public Opinion*, Washington, Carnegie Endowment for International Peace, Report, 1 de marzo de 2013, [http://carnegieendowment.org/files/stalin\\_puzzle.pdf](http://carnegieendowment.org/files/stalin_puzzle.pdf).

<sup>13</sup> Para retomar la novela homónima de Ilia Ehrenburg, publicada en 1954.

La segunda confrontación con el pasado estalinista tuvo lugar en la segunda mitad de los años '80 gracias a la política de la “*glasnost*” (transparencia) inaugurada por Mijaíl Gorbachov, en el marco de su intento de reforma del sistema soviético. En esa oportunidad, todas las capas de la sociedad rusa aportaron sus testimonios y contribuciones a un debate que permitió evaluar la profundidad de las heridas que habían dejado las violencias masivas perpetuadas por el estalinismo. No sólo Stalin, sino también el leninismo, Lenin y la propia revolución de Octubre fueron duramente criticados. Ningún aspecto del pasado soviético quedó fuera del debate, y en su transcurso, las memorias dolorosas, reprimidas durante tantos años, comenzaron a expresarse públicamente por primera vez: así quedó configurado un cuadro extremadamente sombrío de toda la experiencia soviética. Ese ejercicio colectivo de rememoración, que llegó a compararse con un “psicoanálisis salvaje colectivo”,<sup>14</sup> se detuvo a principios de los '90. Fue como si la sociedad rusa, al haberse confrontado a un pasado demasiado denso para sobrellevar, hubiera optado por desviar su mirada para no caer en la desesperanza. En ese mismo contexto, el desorden de una transición caótica, la profundización de las penurias, las dificultades crecientes de la vida cotidiana y el empobrecimiento general la obligaron a concentrar sus energías en la lucha por la supervivencia diaria: la prioridad no estaba en saldar cuentas con el pasado, pues había que luchar contra las dificultades del presente. Desde comienzos de los '90, la memoria del estalinismo dejó de ocupar el centro del debate público en Rusia.

### Las políticas de memoria del Kremlin con el fin de la URSS

Con el fin de la URSS, el poder de Yeltsin, preocupado por reconstruir una identidad nacional rusa tan desmoronada y desamparada, recurrió mucho a la historia por su propia iniciativa: no a la historia soviética pero sí a la época pre-revolucionaria, que fue presentada como la época de oro del crecimiento económico y la prosperidad.<sup>15</sup> Según esta nueva lectura del pasado, la revolución de octubre habría “desviado” la historia de Rusia de su curso “natural”, al interrumpir el proceso de su desarrollo económico y social que sin embargo, la venía acercando cada vez más a los países europeos más avanzados. El período soviético aparecía así como un paréntesis completamente negativo que era necesario cerrar definitivamente y olvidar. Así, el fin de la URSS y del sistema soviético permitían retomar finalmente el camino interrumpido en 1917, y recuperar el terreno perdido. De este modo, la herencia soviética se rechazaba por completo. Rusia era presentada como una víctima del bolchevismo y del sistema soviético y, en tanto tal, no necesitaba interrogarse sobre sus propias responsabilidades. Distintas medidas simbólicas tomadas por el gobierno yeltsiniano

<sup>14</sup> Cfr. Alain Brossat, *Le stalinisme entre histoire et mémoire*, Paris, Editions de l'Aube, 1991.

<sup>15</sup> Ver Kathleen E. Smith, *Mythmaking in the New Russia: Politics and Memory during the Yeltsin Era*, Ithaca and London, Cornell University Press, 2002.

<sup>16</sup> Ver el texto de esta ley (en ruso) en <http://www.memo.ru/rehabilitate/laws/index.htm>. Una ley análoga “de rehabilitación de las víctimas de las represiones políticas en Ucrania” había sido sancionada por el Parlamento ucraniano el 17 de abril de 1991.

tendieron a reanudar lazos con el pasado prerrevolucionario. Cabe mencionar, por ejemplo, el reemplazo de la bandera soviética por la rusa, tricolor, de la época de los zares; el restablecimiento de vínculos estrechos con la Iglesia Ortodoxa, con el propósito de usar la religión como fundamento de la identidad rusa y como guía moral; el cambio del himno soviético por una obra musical de un compositor ruso del siglo XIX, Mijaíl Glinka. Por otra parte, el gobierno yelsiniano no impulsó ninguna iniciativa de memoria por las víctimas de las represiones stalinistas. El único acontecimiento significativo fue, en 1992, un intento frustrado de juicio contra el PCUS que, de haberse concretado, podría haber reabierto el debate sobre el pasado soviético. En cuanto a la rehabilitación de las víctimas y el restablecimiento de sus derechos, resulta interesante destacar que las dos principales iniciativas en este sentido, además de la que tuvo lugar en el período de Krushev, surgieron durante los últimos años de la URSS. La primera fue el decreto “sobre el restablecimiento de los derechos de todas las víctimas de la represión política de los años ‘20-‘50”, firmado por Mijaíl Gorbachov el 13 de agosto de 1990 en su carácter de presidente (el primero y el último) de la URSS. La segunda fue la ley “de rehabilitación de las víctimas de represiones políticas”,<sup>16</sup> sancionada el 18 de octubre de 1991, impulsada principalmente por la Asociación Memorial. La ley de 1991 reconoce la participación del Estado soviético en las violencias masivas perpetradas entre los años ‘20 y ‘50, pero, tal como ha señalado Elisabeth Anstett, “el reconocimiento de la responsabilidad estatal en ese texto legislativo no contribuyó, sin embargo, a establecer responsabilidades individuales. No se abrió ninguna causa contra los creadores y los administradores del sistema concentracionario soviético, ni siquiera a nivel local. Nunca se desarrollaron juicios, ni se intentó instaurar una justicia de transición. No se creó tampoco ninguna comisión investigadora para informar sobre las varias décadas de violencias políticas institucionalizadas, ni para establecer responsabilidades individuales o colectivas ni, por último, para iniciar un proceso de anamnesis”.<sup>17</sup>

El mito de una edad de oro anterior a la Revolución, que tuvo cierto eco entre la población a comienzos de los años ‘90, fue resultando, sin embargo, demasiado abstracto y lejano como para convencer realmente y llegar a renovar las bases de la identidad colectiva. Así, se fue evaporando a medida que crecían el desencanto y la insatisfacción de la sociedad rusa frente a la brutal política económica implementada por Yelsin. Una parte de la población, empobrecida con el pasaje a una economía de mercado que se suponía le aportaría mayor prosperidad, comenzó a sentir nostalgia por la desaparecida Unión Soviética.

La llegada de Vladimir Putin a la presidencia trajo importantes cambios en los usos políticos del pasado por parte del poder ruso.<sup>18</sup> Al igual que su predecesor, se planteó el objetivo de construir, o mejor,

reconstruir una identidad nacional fuerte, para sobrellevar la crisis identitaria causada por el fin de la URSS. La diferencia estuvo en los aspectos del pasado a los que apeló el nuevo gobierno. Putin recuperó y rehabilitó varios elementos de la era soviética que antes habían sido condenados en bloque. Como ya lo había hecho Yelsin, la nueva ideología que ahora se proponía descartó cualquier referencia al comunismo y al anticapitalismo. Su contenido principal estuvo dado por un nacionalismo centrado en la idea de una Gran Rusia, de su pasado glorioso y de un futuro en el que sería capaz de recuperar su poder e influencia en el plano internacional. En dicho nacionalismo, se cruzaban elementos heredados de la época de los zares y de la tradición eslavófila, con otros de la época soviética. A su vez, Occidente se presentaba nuevamente como un adversario frente al cual Rusia debía defenderse. La intervención personal de Putin en esta reorientación de la política de la memoria ha sido y sigue siendo fundamental. Convencido de que “el derrumbe de la Unión Soviética significó la mayor catástrofe geopolítica del siglo [XX]”,<sup>19</sup> el presidente ruso se propuso recuperar los elementos significativos de la herencia soviética (al tiempo que siguió recuperando la historia prerrevolucionaria). Una de las medidas simbólicas orientadas a ese fin fue el restablecimiento, en diciembre de 2000, del himno soviético (con la letra modificada) como himno nacional de la Federación Rusa, en reemplazo de la “Canción patriótica” de Glinka que estaba vigente desde 1990.<sup>20</sup> Pero sobre todo, el gobierno putiano ha desarrollado, y busca imponer por distintos medios, una nueva lectura de la historia soviética que hace hincapié en ciertos aspectos susceptibles de ser el fundamento de una identidad nacional positiva, tales como la modernización económica, la victoria sobre la Alemania nazi o el estatuto de superpotencia alcanzado después de 1945. La referencia a la victoria durante la Segunda Guerra Mundial ha cobrado una enorme importancia. En mayo de 2005, la conmemoración del 60° aniversario de dicho acontecimiento fue objeto de festejos extraordinarios, en los que se destacaron el papel determinante de Rusia en el desenlace del conflicto, y su estatuto de superpotencia. La ocasión fue también un modo de recordarle a los países bálticos, a Ucrania y a los países de Europa central y oriental, que su liberación de la ocupación nazi había sido obra de los ejércitos soviéticos y, por ende, de Rusia.<sup>21</sup> El historiador ruso Nikolai Koposov observa que:

<sup>19</sup> Vladimir Putin, discurso del 25 de abril de 2005 ante la Asamblea Federal de la Federación de Rusia, disponible en la página del Kremlin: [http://archive.kremlin.ru/appears/2005/04/25/1223\\_type63372type63374type82634\\_87049.shtml](http://archive.kremlin.ru/appears/2005/04/25/1223_type63372type63374type82634_87049.shtml). Este juicio, que contrasta con aquellos expresados por las autoridades de las demás repúblicas ex soviéticas, ilustra claramente la singularidad de la situación rusa en el panorama general del postcomunismo.

<sup>20</sup> El nuevo texto del himno fue escrito por el mismo autor, Serguei Mikhalkov, quien ya había escrito la letra del himno soviético de 1944, y que luego la había readaptado, en 1977, para eliminar la referencia a Stalin. Debido a esa referencia, que generaba cierta incomodidad, entre 1961 y 1977 el himno se tocaba sin la letra. Pueden verse las tres versiones del himno en <http://www.kadouchka.com/russie/Hymne.htm> (consultado el 18 de julio de 2014).

<sup>21</sup> En todos estos países, la memoria de la guerra ha sido muy diferente. Todos insisten en que pese a que la URSS los libró del nazismo, fue para imponer su propia dominación. Estas perspectivas distintas acerca de la Segunda Guerra Mundial siguen alimentando tensiones y conflictos de memoria entre Rusia y los países vecinos. Cfr. Tatiana Zhurzhenko, “Geopolitics of memory”, *Eurozine*, 10 de mayo de 2007, <http://www.eurozine.com/articles/2007-05-10-zhurzhenko-en.html>

<sup>17</sup> Elisabeth Anstett, “Mémoire des répressions politiques en Russie postsoviétique: Le cas du Goulag”, *Online Encyclopedia of Mass Violence*, [online], 17 de julio de 2011, consultado el 18 de julio de 2014, URL: <http://www.massviolence.org/Memoire-des-repressions-politiques-en-Russie-postsovietique>, p. 2.

<sup>18</sup> La presidencia de Dmitri Medvedev (2008-2012) no introdujo ningún cambio sustancial en las orientaciones definidas por Putin (quien entonces ocupaba el cargo de primer ministro).

Desde hace algunos años, la Gran Guerra patriótica (...) se ha convertido en un verdadero mito de origen para la Rusia post-soviética. Según una encuesta reciente, el 87 % de los rusos coinciden en afirmar que la victoria de la URSS sobre la Alemania nazi significó el mayor acontecimiento de la historia del siglo XX. Por más que la historiografía reciente haya venido presentando un panorama de la guerra infinitamente más contrastado que la imagen heroica convencional, este mito, sostenido por la propaganda estatal, no ha dejado de satisfacer a la opinión rusa. En la actualidad, al igual que bajo el régimen soviético, la memoria de la guerra, traumática y gloriosa a la vez, sirve para eclipsar otra memoria, la del terror estalinista, y para convencer a los rusos acerca del rol positivo del Estado en la historia nacional.<sup>22</sup>

La importancia otorgada a la memoria de la Segunda Guerra Mundial condujo a una revalorización de la figura de Stalin como jefe militar, tal como ya había sucedido durante la época de Breshnev. Así, se atribuyó en gran parte a Stalin el mérito de la victoria sobre la Alemania nazi. No sucedió lo mismo, en cambio, con las responsabilidades del dictador sobre los desastres de la primera fase de la guerra, en tanto no se mencionan el modo en que debilitó al Ejército Rojo durante el Gran Terror, eliminando a más de un tercio de los cuadros militares, ni el hecho de haber desestimado las múltiples señales que anunciaban la inminente invasión alemana. Otro aspecto importante, en esta visión de la historia rusa que busca imponer Putin, es el de la modernización rusa: se atribuye también a Stalin el mérito de haber modernizado la economía del país y haber convertido a la URSS en una gran potencia, al salir de la guerra. Según este punto de vista, los crímenes y represiones masivas de la época estalinista no se niegan pero se relativizan y presentan como el precio que fue necesario pagar para que pudiera alcanzarse la transformación de la economía y de la sociedad.

El gobierno de Putin intervino de múltiples maneras para promover su visión "acertada" y "no falseada" de la historia soviética, retomando así las prácticas de la era soviética durante la cual el partido comunista ejercía un estrecho control sobre la escritura y la enseñanza de la historia, e imponía su propia visión del pasado. Entre las numerosas iniciativas en ese ámbito, puede mencionarse, por ejemplo, el proyecto de ley de memoria destinada a sancionar "cualquier violación de la memoria histórica de los acontecimientos sucedidos durante la Segunda Guerra Mundial".<sup>23</sup> Otra iniciativa relevante fue la creación, en 2009, de una Comisión presidencial destinada a evaluar la "falsificación de la historia contraria a los intereses de Rusia". Los manuales de historia escolares fueron otro vector de intervención por parte del gobierno de Putin. En los años noventa, se habían publicado en Rusia una gran canti-

dad de manuales de historia, editados en el país y cuya elección estaba a cargo de los docentes. El poder de Yeltsin no tenía aún una visión bien estructurada respecto del pasado soviético y sus intervenciones en materia de memoria e historia eran en su mayor parte improvisadas. Yeltsin tuvo el mérito, sin embargo, de abrir a los investigadores y al público muchos archivos que hasta entonces permanecían rigurosamente cerrados o sólo accesibles a un número muy restringido de investigadores políticamente confiables. Esa decisión dio un gran impulso a la investigación histórica: por primera vez, fue posible estudiar la historia soviética a partir de fuentes y documentos originales que hasta entonces eran mantenidos en secreto. Con la llegada de Putin, uno de los objetivos del nuevo gobierno apuntó a controlar las interpretaciones de la historia y sobre todo, a imponer en las instituciones escolares una concepción única de la enseñanza de esa disciplina. Por eso promovió activamente la elaboración de manuales de historia que proponían esa visión única. Uno de los más representativos fue aquel dirigido por Alexandre Filippov y Alexandre Danilov, dos historiadores que formaban parte del equipo al que el Kremlin encargó el diseño de nuevos criterios en materia de educación.<sup>24</sup> Los dos volúmenes de dicho manual, publicados en 2008, abarcan el período 1900-1945 y 1945-2008, respectivamente.<sup>25</sup> Fueron precedidos por un **Manual del docente**, publicado en 2007 y reeditado desde entonces, que explica detalladamente cómo abordar los distintos aspectos de la historia soviética.<sup>26</sup>

En la primera edición —observa Dina Khapaeva—, Stalin era calificado como un 'administrador eficaz' y el Gulag aparecía como un 'medio para la modernización de Rusia' pero luego de numerosas reacciones, la segunda edición no retomó esa valoración de Stalin. Dicho manual, difundido a través de cientos de miles de ejemplares y recomendado a las escuelas, otorgaba a Stalin un rol decisivo, en tanto estrategia exitoso, en la historia gloriosa de la URSS y de Rusia, de 1945 a 2007.<sup>27</sup>

El terror desatado por ese "dirigente racional" había sido, según los autores del manual, ante todo "un instrumento práctico de resolución de las tareas económicas".

Sin embargo, el manual de Filippov y Danilov no logró satisfacer por completo las exigencias de Putin quien, luego de su reelección en 2012, encomendó al Ministerio de Educación y Cultura que elaborara indicaciones ("estándares") para un nuevo manual

<sup>22</sup> Nikolai Kuposov, "Le débat russe sur les lois mémorielles", *Le Débat*, n° 158, 2010, p. 51. Ver también, del mismo autor, *Memoria con un régimen severo. Historia y política en la Rusia contemporánea*, Moscú, NLO, 2011 (en ruso).

<sup>23</sup> El proyecto de ley fue presentado en la Duma (el parlamento ruso) en mayo de 2009, por el partido Rusia Unida. Un petitorio en contra del proyecto, organizado por Nikolai Kuposov, llegó a juntar las firmas de más de 250 historiadores e intelectuales (<http://www.polit.ru/article/2010/04/26/kuposov/>).

<sup>24</sup> Marie Jégo, "Staline? Un dirigeant 'rationnel'", *Le Monde*, 26 de octubre de 2009.

<sup>25</sup> Alexandre Filippov, Alexandre Danilov (dirs.), *Histoire de la Russie, 1900-1945*, 11 classe: manual escolar para los establecimientos de enseñanza general, Moscú, Prosvechenie, 2008; *Histoire de la Russie, 1945-2008*, Moscú, Prosvechenie, 2008.

<sup>26</sup> Alexandre Filippov et al., *Histoire de la Russie, 1945-2008: le livre de l'enseignant*, Moscú, Prosveshchenie, 2007. Marie Jégo observa que este manual "presenta un condensado del nuevo pensamiento oficial" (*op. cit.*).

<sup>27</sup> Dina Khapaeva, *Portrait critique de la Russie*, Paris, Editions de l'Aube, 2012, p. 11. Sobre los contenidos de estos manuales, ver Korine Amacher, "Les historiens de la Russie et le passé stalinien", *Le Temps*, 22/12/2008, <http://cvuh.blogspot.com/2009/01/les-historiens-de-la-russie-face-au.html>; ver también Elena Morenkova, "Les usages du passé soviétique dans la construction de la nouvelle identité nationale russe", *La Revue Russe*, n° 36, 2011, pp. 87-98.

de historia. El equipo de trabajo formado por académicos, historiadores y sobre todo políticos encargado de esa tarea presentó en octubre de 2013 un informe de 80 páginas que debía servir de base para la futura edición de un manual único destinado a la enseñanza secundaria, y que debería estar listo para el año lectivo 2015-2016. El último acontecimiento que abordará este manual será el de la reelección de Putin a la presidencia, en 2012. Los temas difíciles para la historia rusa, en torno a los cuales no existe consenso, serán tratados en una categoría aparte. Con respecto a las víctimas del estalinismo, se las mencionará pero no se aportará ninguna cifra. De este modo, se tratará de que este manual presente una visión "objetiva" oficial de la historia rusa, consolide el patriotismo de las jóvenes generaciones, y reafirme la idea de que el poder estatal es legítimo por esencia.<sup>28</sup> Al replantear el debate en torno a un manual de historia único, Putin no sólo reanuda lazos con una práctica soviética inaugurada en los años treinta, sino también con otra práctica de aquella época, la de impulsar una reescritura de la historia cada vez que cambian los ocupantes del Kremlin. De este modo, sigue vigente la vieja broma soviética según la cual el pasado soviético (en este caso, el pasado ruso) resulta imprevisible.<sup>29</sup>

## Monumentos y otros lugares de memoria

La inexistencia de monumentos oficiales en memoria de las víctimas del estalinismo demuestra hasta qué punto el estado ruso ha evitado cuidadosamente hasta hoy, enfrentarse a este problema. El gobierno de Putin no se limitó a adoptar una actitud pasiva sino que, en los últimos años, buscó obstaculizar mediante distintas intervenciones administrativas y judiciales la actividad de la asociación Memorial de defensa de la memoria de las víctimas de las represiones soviéticas.<sup>30</sup> A esa ausencia de monumentos oficiales dedicados a la memoria de las víctimas, se agrega la despreocupación completa del estado ruso por preservar como lugares de memoria al menos algunos de los campos que formaban parte del sistema concentracionario soviético. El único que se preservó parcialmente es el de Perm-36, ubicado a unos

cien kilómetros al noreste de la ciudad de Perm, pero lo fue por iniciativa de la asociación Memorial, que hizo allí un museo.<sup>31</sup> Es como si en Alemania el Estado y las regiones no hubiesen conservado ninguna huella de los campos de concentración nazis; ¿de qué otro modo podría interpretarse tal acción, sino como una voluntad de ocultar y dejar en el olvido esa parte de la historia alemana? En Rusia, la amnesia por parte del Estado se suma a la de gran parte de la sociedad que prefiere no hablar más del estalinismo y sus víctimas. Según la historiadora rusa Dina Khapaeva, "la sociedad rusa padece una terrible enfermedad: la amnesia parcial, un borramiento de la memoria, que se ha vuelto caprichosa y selectiva".<sup>32</sup> Y agrega que: "La amnesia actual y su corolario, la falta de condena y la impunidad de los crímenes cuyos autores y víctimas se cuentan por millones, permiten saldar cómodamente las cuentas con el pasado. De allí que la lección de la historia soviético-rusa no sea otra que la siguiente: basta que los dirigentes políticos ignoren los crímenes del pasado, y que los individuos no abran la boca, para que este 'acuerdo' deje en la nada, ante el Estado y el conjunto de la sociedad, la cuestión de su pasado caníbal".<sup>33</sup> Luego del intenso debate que tuvo lugar durante los años de la Perestroika, la sociedad rusa parece haber renunciado, por el momento, a saldar cuentas con ese pasado y a preguntarse sobre las responsabilidades. Prefiere, en su gran mayoría, refugiarse en la amnesia y en el mito nacionalista de la Gran Rusia que se le propone a diario desde el poder. Sin embargo, es poco probable que esta situación se prolongue de manera indefinida, porque ese pasado sigue estando presente, y reaparece diariamente ante los ojos de quienes quieren olvidarlo. Mientras se lo creía enterrado definitivamente, éste reaparece cada tanto, cuando se descubren inmensas fosas comunes en los lugares de ejecución donde, en tiempos del Gran Terror, los agentes del NKVD fusilaban a decenas de miles de personas, como es el caso de Butovo,<sup>34</sup> en las afueras de Moscú, o de Levashovo, cerca de San Petersburgo,<sup>35</sup> y también en otras ciudades. Cada uno de estos descubrimientos vuelve a poner en primer plano la cuestión de las responsabilidades, del Estado terrorista y de la impunidad de la que gozaron los autores de esos crímenes. Paradójicamente, sin embargo, su principal responsable, Stalin, sigue siendo una figura popular para una porción importante de la población rusa. Resulta llamativo que en un país como Rusia, donde las víctimas de la violencia estatal han sido tan numerosas, su memoria, lejos de predominar, esté relegada a un segundo plano, mientras que

<sup>28</sup> Así lo sostiene Andrei Zubov, un profesor de historia del MGIMO de Moscú que fue inmediatamente excluido de la enseñanza después de haber publicado un artículo en el que comparaba la anexión de Crimea con la *Anschluss* de Austria a la Alemania nazi en 1938 (E. Grynszpan, *op. cit.*).

<sup>29</sup> Antoine Pluche, "La Russie édite un manuel d'histoire unique", *Russie info*, 28/11/2013, <http://www.russieinfo.com/la-russie-edite-un-manuel-d%E2%80%99histoire-unique>; Pierre Avril, "Moscou révise ses manuels d'histoire", *Le Figaro*, 31/10/2013; Anna Zafesova, "La storia riscritta da Putin riabilita Stalin e Gengis Khan", *La Stampa*, 03/11/2013; Emmanuel Grynszpan, "Andrei Zoubov: 'Poutine crée un manuel d'histoire qui répond aux attentes des Russes'", *Le Temps*, 12/07/2014. Para una puesta al día sobre la problemática de manuales de historia, ver: Korine Amacher, Vladimir Berelowitch, *Histoire et mémoire dans l'espace postsoviétique. Le passé qui encombre*, Paris, L'Harmattan, 2014, pp. 25-32.

<sup>30</sup> Una ley rusa promulgada el 21 de noviembre 2012 dispuso que cualquier asociación que recibiera dinero del extranjero debía registrarse como "organización con funciones de agente extranjero" si participaba en "actividades políticas" ("Desde hace un año, la ley sobre los 'agentes extranjeros' implementada por Vladimir Putin ahoga las libertades", Comunicado de prensa de Amnesty International, 20 de noviembre de 2013). Por haberse negado a cumplir con esta obligación, Memorial fue objeto de numerosas medidas intimidatorias por parte de las autoridades (allanamientos, controles fiscales, secuestro de computadoras, etc..).

<sup>31</sup> Sobre el campo de Perm, ver Alessandra Stanley, "Lest Russians forget, a museum of the Gulag", *New York Times*, 29/10/1997.

<sup>32</sup> Dina Khapaeva, *Portrait critique de la Russie*, Paris, Editions de l'Aube, 2012, p. 73.

<sup>33</sup> Dina Khapaeva, *op. cit.*, p. 88.

<sup>34</sup> François-Xavier Nerard, "The Butovo Shooting Range", *Online Encyclopaedia of Mass Violence*, 27/02/2009, pp. 1-11, [http://www.massviolence.org/fr/Article?id\\_article=277](http://www.massviolence.org/fr/Article?id_article=277); *Idem*, "La mémoire de Boutovo, massacres de masse des années trente en Russie soviétique", en Luc Buchet e Isabelle Seguy (eds.), *Vers une anthropologie des catastrophes: Actes des 9<sup>e</sup> journées d'anthropologie de Valbonne*, Antibes, APDCA, 2008, pp. 143-159; Kathy Rousselet, "Les mémoires de la Grande Terreur: Butovo" en Marie-Claude Maurél y Françoise Mayer (eds.), *L'Europe et ses représentations du passé. Les tourments de la mémoire*, Paris, L'Harmattan, 2008, pp.131-146.

<sup>35</sup> François-Xavier Nerard, "The Levashovo Cemetery and the Great Terror in the Leningrad Region", *Online Encyclopaedia of Mass Violence*, 27/02/2009, pp. 1-9, [http://www.massviolence.org/Article?id\\_article=308](http://www.massviolence.org/Article?id_article=308).





la de sus verdugos ocupe un lugar tan importante. Según la historiadora Dina Khapaeva, “en Rusia, la memoria de los verdugos triunfó sobre la de las víctimas”.<sup>36</sup> Arseni Roginski considera, por su parte, que “la memoria del estalinismo resulta incompleta y está reprimida”.<sup>37</sup>

La amnesia voluntaria se acompaña, en muchos rusos, sobre todos entre los mayores, de un sentimiento de nostalgia por la Unión Soviética, en especial por el período de Breshnev que se percibe retrospectivamente como una época de estabilidad durante la cual la Unión Soviética y, por lo tanto, Rusia eran una fuerza influyente y respetada en el mundo entero. La popularidad, bien real, de Putin, proviene en gran parte de haber sabido responder a esas aspiraciones de estabilidad y a la nostalgia por ese poderío imperial perdido. En ese sentido, su discurso nacionalista encontró un terreno fértil, al prometer la reconstrucción del poder de una Rusia enfrentada a la hostilidad de Occidente y de los países limítrofes: supo reactivar las antiguas obsesiones soviéticas de un supuesto cerco y así, fomentar una movilización permanente de la sociedad para defenderse de las amenazas provenientes de un mundo hostil. Ahora bien, si el discurso nacionalista del Kremlin encuentra un eco positivo dentro de Rusia, suscita una gran preocupación a su alrededor, especialmente en los países con importantes minorías rusas. Las tensiones políticas alimentan los conflictos de memoria que oponen a Rusia con sus países limítrofes.<sup>39</sup>

## Conclusión

Desde la caída de la Unión Soviética, la memoria rusa siguió un camino que no fue lineal, en el curso del cual la visión del pasado soviético tuvo importantes transformaciones. En un primer momento, ese pasado fue rechazado en bloque, como si se hubiese tratado de un paréntesis lamentable en la historia rusa, que era necesario cerrar definitivamente. El gobierno de Yeltsin contrapuso a ese pasado el mito de una edad de oro pre-revolucionaria y de una Rusia zarista en pleno desarrollo económico y social. Así, el curso “natural” de la historia rusa había sido desviado por la revolución bolchevique, pero en el presente podía ser retomado de tal modo que la economía de mercado llevaría nuevamente al país hacia una prosperidad comparable a la de los países occidentales. Durante un breve período, Occidente se convirtió en otro gran mito del momento. Sin embargo, ambos mitos perdieron rápidamente su poder de atracción ante una población desencantada y enfrentada a las peores dificultades, que comenzó a añorar la desaparecida Unión Soviética. Con Putin, la historia soviética fue reintegrada en el marco de un discurso de tipo nacionalista que hizo hincapié en los grandes logros de la época soviética: la industrialización y modernización del país, la victoria durante

la Segunda Guerra Mundial, la expansión territorial y política de la potencia soviética, la exitosa conquista del espacio, etc., y que relativizaba, en cambio, los costos humanos y las represiones masivas. El gobierno de Putin intervino activamente para imponer esa visión de la historia rusa y hasta ahora ha tenido éxito pues la mayoría de la población se ha mostrado sensible a un discurso nacionalista que le restituye una identidad positiva. La memoria del estalinismo sigue estando reprimida, y la de las víctimas no preocupa más que a una minoría: más aún, la figura de Stalin ha recobrado una cierta popularidad. La reciente anexión de Crimea, a espaldas del derecho internacional, reforzó dentro de Rusia el sentimiento nacionalista y la popularidad del presidente. En conclusión, Rusia no ha saldado todavía sus cuentas con las páginas oscuras de su pasado. Tal como lo han señalado numerosos autores, su memoria sigue siendo fragmentaria, incompleta, reprimida y en migajas. Si bien es cierto que la historia soviética no puede reducirse a las violencias masivas desplegadas por el Estado-Partido, resulta evidente que el Gulag, el terror y los millones de víctimas no pueden ser considerados como meros detalles dentro de esa historia. Tarde o temprano, la sociedad rusa deberá volver a interrogarse sobre su pasado, como lo ha hecho, por ejemplo, Alemania respecto de su pasado nazi, luego de un largo período en el que intentó reprimirlo por todos los medios.

[Traducción del francés de Margarita Merbilhaá]

## Referencias bibliográficas

- Adler, Nancy, *Victims of Soviet Terror: the Story of the Memorial Movement*, Westport (Conn.), Praeger, 1993.
- Amacher, Korine y Berelowitch, Wladimir, *Histoire et mémoire dans l'espace postsoviétique. Le passé qui encombre*, Paris, Université de Genève / L'Harmattan, 2014.
- Amacher, Korine, “La mémoire du stalinisme dans la Russie de Poutine: continuité ou rupture?”, *Esprit*, 2010/12, pp. 70-77.
- Anstett, Elisabeth, “Mémoire des répressions politiques en Russie postsoviétique: Le cas du Goulag”, *Online Encyclopedia of Mass Violence*, [online], 17/07/2011.
- Brossat, Alain; Combe, Sonia; Potel, Jean-Yves; Szurek, Jean-Charles, (dirs.), *A l'Est, la mémoire retrouvée*, Paris, La Découverte, 1990.
- Brossat Alain, *Le stalinisme entre histoire et mémoire*, Paris, Editions de l'Aube, 1991.
- De Waal, Thomas; Lipman, Maria; Gudkov, Lev; Bakradze, Lasha, *The Stalin Puzzle: Deciphering Post-Soviet Public Opinion*, Carnegie Endowment for International Peace, Washington, Report, de marzo de 2013.
- Dubin Boris, «Goldene Zeiten des Krieges: Erinnerung als Sehnsucht nach der Breznev-Ära», *Osteuropa*, a. 55, n. 4/5/6, 2005, pp. 219-233.
- Ferretti, Maria, 1993, *La memoria mutilata. La Russia ricorda*, Milan, Corbaccio, 1991.
- Ferretti, Maria, “La mémoire refoulée. La Russie devant son passé stalinien”, *Annales. Histoire, sciences sociales*, 1995, vol. 50, n°6, pp. 1237-1257.

<sup>36</sup> D. Khapaeva, *op. cit.*, p. 92.

<sup>37</sup> Arseni Roginski, “La mémoire du stalinisme est incomplète et refoulée”, *Le Monde*, 06/03/2013; *idem*, “Fragmented Memory”, art. cit.

<sup>38</sup> Sobre este problema, ver Memorial, “National images of the past. The twentieth century and the ‘war of memories’. An appeal by the International Memorial Society”, *Eurozine*, 05/12/2008, <http://www.eurozine.com/articles/2008-12-05-memorial-en.html>

- Focardi, Filippo y Groppo, Bruno (dirs.), *L'Europa e le sue memorie*, Roma, Viella, 2013.
- Greene, Samuel A. (ed.), *Engaging History. The Problems and Politics of Memory in Russia and the Post-Socialist Space*, Carnegie Moscow Center, Working Paper n° 2, 2010.
- Gudkov, Lev, "Fatale Kontinuitäten. Vom sowjetischen Totalitarismus zu Putins Autoritarismus", *Eurozine*, 7/02/2013.
- Gudkov, Lev, "The fetters of victory. How the war provides Russia with its identity", *Eurozine*, 03/05/2005.
- Khapaeva, Dina, *Portrait critique de la Russie*, Paris, Editions de l'Aube, 2012.
- Koposov, Nikolai, "Le débat russe sur les lois mémorielles", *Le Débat*, n° 158, 2010, pp. 50-59.
- Lars, Karl; Polianski Igor, (dirs.), *Geschichtspolitik und Erinnerungskultur im neuen Russland*, Göttingen, V&R Unipress, 2009.
- Laruelle, Marlene, *Le nouveau nationalisme russe*, Paris, L'œuvre, 2010.
- Merridale, Catherine, *Night of Stone: Death and Memory in Russia*, New York, Viking, 2000.
- Miller Alexei, "The Communist Past in Post-Communist Russia", *Transit. Europäische Revue*, 22, Winter 2001-2002, pp. 131-144.
- Morenkova Elena, "Les usages du passé soviétique dans la construction de la nouvelle identité nationale russe", *La Revue Russe*, n° 36, 2011, pp. 87-98.
- Nerard François-Xavier, "La mémoire de Boutovo, massacres de masse des années trente en Russie soviétique", in Buchet, Luc y Seguy, Isabelle (eds.), *Vers une anthropologie des catastrophes*, Antibes, Éditions apdca, 2008, pp. 143-159.
- Roginski Arseni, "Fragmented memory. Stalin and Stalinism in Present-Day Russia", *Eurozine*, 02/03/ 2009.
- Rousselet, Kathy, "Les mémoires de la Grande Terre: Butovo" en Maurel, Marie-Claude y Mayer, Françoise (eds.), *L'Europe et ses représentations du passé. Les tourments de la mémoire*, Paris, L'Harmattan, 2008, pp.131-146.
- Scherbakowa, Irina, *Zerrissene Erinnerung. Der Umgang mit Stalinismus und Zweitem Weltkrieg im heutigen Russland*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2010.
- Smith, Kathleen E., *Mythmaking in the New Russia: Politics and Memory in the Yeltsin Era*, Ithaca/London, Cornell University Press, 2002.
- Smith Kathleen E., *Remembering Stalin's Victims: Popular Memory and the End of the USSR*, Ithaca/London, Cornell University Press, 1996.
- Zhurzhenko, Tatiana, "Geopolitics of memory", *Eurozine*, 10/05/2007.

### Resumen

La sociedad rusa actual mantiene vínculos difíciles y contradictorios con su pasado, especialmente con el pasado soviético. El fin de la Unión Soviética, que fue recibido como una liberación en la mayoría de los países que habían formado parte de ella, causó una grave crisis de identidad en la población rusa. El recorrido de la memoria rusa desde los años 90, analizado en este artículo, se ha caracterizado por la búsqueda de una nueva identidad nacional. La actual sociedad sigue estando profundamente traumada por la memoria de las violencias masivas y las represiones de la época estalinista, que causaron millones de víctimas, pero aún no ha logrado saldar sus cuentas con el pasado: evitando preguntarse sobre la cuestión de las responsabilidades, optó por refugiarse en la amnesia y reprimir el pasado estalinista hacia los márgenes de la conciencia colectiva. El poder postsoviético usó el pasado para sus propios fines políticos, en particular para tratar de forjar una nueva identidad nacional. En un primer momento, con Boris Yeltsin, el pasado soviético fue rechazado en bloque, como un paréntesis completamente negativo de la historia rusa, y fue sustituido por el mito de la época prerrevolucionaria, presentada como una suerte de edad de oro. Vladimir Putin, en cambio, recuperó y rehabilitó varios aspectos de la historia soviética (la modernización económica, la victoria sobre la Alemania nazi, la expansión del poderío ruso) en el marco de una ideología nacionalista basada en el mito de la Gran Rusia. Estas orientaciones fueron recibidas favorablemente por una gran parte de la población rusa que ha alimentado una cierta nostalgia por la época soviética. La rehabilitación de Stalin como modernizador y como el estratega de la victoria sobre Alemania, constituye un elemento central del discurso nacionalista desplegado por Putin. En cuanto a las víctimas del estalinismo, siguen siendo ignoradas por el poder ruso post-soviético.

### Palabras clave

Memoria rusa; Pasado Soviético; Nacionalismo; Stalin

**Abstract**

Russian society keeps difficult and contradictory ties to its past, especially with to the Soviet past. The end of the Soviet Union, which was received as a liberation in most countries that had been part of it, caused a serious identity crisis in the Russian population. The course of Russian memory from the '90, discussed in this article, has been characterized by the search for a new national identity. Today, the society remains deeply traumatized by the memory of massive violence and repressions of the Stalin era, which caused millions of victims, but has yet to settle accounts with the past: avoiding wonder about the question of responsibility, chose refuge in amnesia and suppress the Stalinist past to the margins of the collective consciousness. The post-Soviet power used past for their own political purposes, particularly to try to forge a new national identity. At first, Boris Yeltsin, the Soviet past was wholly rejected, as a completely negative parentheses in Russian history, and was replaced by the myth of the pre-revolutionary era, presented as a sort of golden age. Vladimir Putin, instead, recovered and rehabilitated several aspects of Soviet history (economic modernization, the victory over Nazi Germany, the expansion of Russian power) as part of a nationalist ideology based on the myth of Great Russia. These guidelines were received favorably by a large part of the Russian population that has fed nostalgia for the Soviet era. The rehabilitation of Stalin as a modernizer and as the strategist of the victory over Germany, is a central element of nationalist discourse deployed by Putin. Regarding the victims of Stalinism, they remain ignored in the post-Soviet Russian power.

**Key Words**

Russian Memory; Soviet Past; Nationalism; Stalin

# Historia Intelectual Europea

---

Desde el año 2011, **Políticas de la Memoria** se ha empeñado en sostener una sección estable enfocada en la historia intelectual europea. Se trata de una empresa que no necesita mayor justificación por el simple hecho de que la cultura argentina y latinoamericana se ha nutrido secularmente de los desarrollos intelectuales europeos mediante diferentes procesos de recepción, adaptación y recreación de ideas que han tenido allí su foco de origen. Sin embargo, entre nosotros son muy reducidos los espacios dedicados a escudriñar desde esta perspectiva la historia de Europa. En ese sentido, esta sección quiere además, desde su propio nombre, homenajear los ingentes y sostenidos esfuerzos del más refinado cultor argentino de la historia intelectual europea. Con escasos recursos y limitado apoyo institucional, José Szabón (1937-2008) desarrolló quijotesca durante décadas una insigne labor en docencia e investigación dentro de ese campo, produciendo una serie de ensayos que no tienen nada que envidiarle a las producciones de los más renombrados exponentes del área en los principales centros académicos.

En esta oportunidad la sección se compone de dos partes. En primer lugar, un *dossier* sobre los intelectuales europeos y la Gran Guerra. Motivado por el centenario del inicio de la conflagración europea, presenta dos artículos que atienden a las diversas repercusiones y reacciones de los intelectuales europeos frente al conflicto. El primero de ellos, "Neutralidad o intervención. Los intelectuales españoles frente a la Primera Guerra Mundial", a cargo de Maximiliano Fuentes Codera, docente e investigador de la Universidad de Girona, analiza con detalle los alineamientos y debates de los intelectuales españoles a lo largo de la contienda. El segundo artículo, "La sociología francesa y la Gran Guerra", a cargo de Daniel Szabón, docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional Arturo Jauretche, está dedicado a estudiar el impacto de la guerra en el seno de la comunidad académica francesa y, en particular, en el ámbito específico de la sociología.

En segundo lugar, continuando con la saga de escritos clásicos en torno a la "crisis del marxismo" iniciada en el n° 13 de **Políticas de la Memoria**, ofrecemos esta vez a nuestros lectores la traducción castellana del célebre artículo de Benedetto Croce "Cómo nació y cómo murió el marxismo teórico en Italia (1895-1900). De cartas y recuerdos" (1937). El texto, que se publica por primera vez de forma íntegra en castellano, está precedido por un estudio introductorio de Horacio Tarcus.



Rodrigo Morquecho  
"¡Esa era mi última moneda!"  
Huecograbado en punta seca sobre acrílico, 38 x 27 cm (2010)

## Presentación

# Los intelectuales europeos frente a la Gran Guerra

Emiliano Gastón Sánchez\*

Ocho millones y medio de muertos, dieciocho millones de heridos y seis millones de inválidos fue el saldo que dejó la hecatombe iniciada en agosto de 1914 y de la que participaron treinta y cinco Estados a lo largo de sus cuatro años de duración. La Primera Guerra Mundial produjo un quiebre de tal magnitud en la vida política y en la cultura europea que puede ser considerada como uno de los acontecimientos capitales en la historia del siglo XX y como la matriz de la cual emergieron la gran mayoría de los desastres que jalonaron el siglo pasado. Es por ello que suele ser pensada como el punto de partida de las diversas caracterizaciones de esa centuria, sea en términos de “el siglo XX corto”, la “era de las catástrofes”, o la “época de la guerra total”.

En ella confluyeron una serie de procesos políticos, económicos y culturales de larga duración y que en parte contribuyen a explicar su desencadenamiento. En primer lugar, la Gran Guerra mostró a la humanidad las dimensiones técnicas de la primera guerra industrial del siglo XX y puso en crisis a las concepciones decimonónicas del progreso, afectando a los cinco continentes del globo, unidos por un nuevo estadio del desarrollo capitalista, el imperialismo, cuyo correlato también era perceptible en la circulación y resignificación de las matrices intelectuales en los escenarios extraeuropeos. Luego, la guerra reveló el exitoso resultado de uno de los experimentos de ingeniería social más espectaculares de su tiempo y que tuvo lugar en el tránsito del siglo XIX al XX: la nacionalización de las masas, es decir, la edificación de una nueva identidad colectiva construida desde el Estado mediante la “invención de tradiciones” y su difusión a través de instituciones como la escuela y el ejército. Este proceso de transformación “de campesinos a franceses”, por decirlo en términos de Eugen Weber,<sup>1</sup> se verificó cabalmente en agosto de 1914 cuando miles de voluntarios eligieron ir a morir al frente, privilegian-

do así su identidad nacional en detrimento de cualquier otra.

Sin embargo, la Primera Guerra también puede ser considerada como una verdadera bisagra en la historia contemporánea desde el punto de vista de sus legados. Al tiempo que fue la sepulturería del mundo edificado afanosamente por la burguesía liberal del siglo XIX, alumbró el nacimiento de los dos movimientos políticos más importantes del siglo XX: los fascismos y el comunismo. Ambos fenómenos son inexplicables sin la guerra que les dio origen, no sólo porque son hijos de la crisis, la derrota o los anhelos nacionalistas insatisfechos en la firma de los tratados de paz sino también porque su aspiración de ser los demiurgos de un mundo y un hombre nuevo está fuertemente marcada por las consecuencias del conflicto bélico.

En el ámbito de la historiografía europea la Primera Guerra Mundial ha sido, sin lugar a dudas, una de las áreas privilegiadas por la investigación y los estudios históricos abocados al siglo XX. Durante el siglo que ha transcurrido desde su estallido hasta la actualidad, las diferentes generaciones de historiadores han estudiado a la Gran Guerra desde diversas perspectivas que se fueron modificando no sólo al calor de los acontecimientos políticos que jalonaron la pasada centuria, sino también de las novedades metodológicas inherentes a la profesionalización de la disciplina histórica.

En su ensayo historiográfico sobre la Gran Guerra, Antoine Prost y Jay Winter sostienen la existencia de tres grandes configuraciones historiográficas que permiten delimitar cronológica y temáticamente el campo de estudios sobre la Primera Guerra Mundial.<sup>2</sup> La primera de esas configuraciones historiográficas comenzó a gestarse muy tempranamente durante los años de la inmediata postguerra. Caracterizada por una imbricación entre ex combatientes e historiadores y entre testimonio e historia, en ella es

\* CONICET / UNTREF / UBA

<sup>1</sup> Eugen Weber, *Peasants to Frenchmen: the Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press, 1976.

<sup>2</sup> Antoine Prost y Jay Winter, *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, Paris, Éditions du Seuil, Colección 'L'Histoire en débats', 2004.



posible constatar una atención privilegiada a las cuestiones diplomáticas ya que, mediante la publicación de documentos históricos de las cancillerías europeas, buscaba intervenir en la “querrela sobre las responsabilidades” que se había desatado en los inicios del conflicto y que volvió a adquirir fuerza durante la firma de los tratados de los miembros de la Triple Entente con las naciones vencidas.

Ligado a ello, esta perspectiva privilegiaba el accionar de los jefes de Estado, los grandes hombres de la política nacional y de los ejércitos. Sin dudas, esa particular combinación de historia política, militar y diplomática adquiere su máxima expresión en el libro ya clásico de Pierre Renouvin, **La Crise européenne et la Grande Guerre**, en el cual los aspectos económicos y sociales del conflicto bélico son prácticamente desestimados.<sup>3</sup> A pesar de que su autor había sido un soldado durante la guerra, donde perdió un brazo en la batalla de Chemin des Dames, este libro condensa una perspectiva caracterizada por la ausencia del combate y de los combatientes, deliberadamente excluidos de un relato que priorizaba una mirada de la guerra desde los cuarteles generales, las embajadas y los gabinetes presidenciales, y no desde las trincheras de los combatientes.<sup>4</sup>

Luego de una fuerte caída en la producción histórica causada por un desplazamiento de los intereses tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial —y que se prolongó más allá de la segunda postguerra—, a comienzos de los años '60 una nueva generación de historiadores produjo un retorno a los estudios sobre la Gran Guerra que marcó los comienzos de una segunda configuración historiográfica. La historia de las naciones en guerra que había marcado a la primera generación de investigadores dio paso a una historia de las sociedades y los pueblos durante el conflicto. Sin embargo, este pasaje a una historia social de la guerra no implicó la desaparición de antiguas temáticas como la historia militar o diplomática, las que ahora se integraban en una historia de la guerra que también daba cuenta de las estructuras económicas, los grupos sociales y el papel del Estado durante el conflicto bélico. Probablemente, la síntesis más acabada de esta nueva perspectiva sea el libro de Marc Ferro, un intento de realizar una “historia total” de la Primera Guerra Mundial en el que se analizan los aspectos propiamente militares del conflicto y las razones económicas y geopolíticas que explican su desencadenamiento, pero que también presta atención a la vida en las retaguardias, al papel de los trabajadores, los empresarios y las mujeres, atendiendo a los variados climas y sensibilidades imperantes en los países que participaron de la contienda.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Pierre Renouvin, **La Crise européenne et la Grande Guerre (1914-1918)**, París, Félix Alcan, Colección “Peuples et civilisations”, dirigida por Louis Halphen et Philippe Sagnac, Vol. XIX, 1934.

<sup>4</sup> La única excepción a esta perspectiva digna de mencionarse, dado que recopila las voces de los combatientes de trincheras, es el libro de Jean Norton Cru, **Témoins**, París, Les Étincelles, 1929. Para un análisis de su recepción y significación en la historiografía de la Gran Guerra véase, Christophe Prochasson, “Les mots pour le dire: Jean-Norton Cru, du témoignage à la histoire”, en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, N° 48-4, París, Belin, octubre-diciembre 2001, pp. 160-189.

<sup>5</sup> Marc Ferro, **La Gran Guerra (1914-1918)**, Madrid, Alianza, 1984 [original francés, 1969].

La tercera configuración historiográfica se caracteriza por un desplazamiento de los intereses hacia el análisis de lo simbólico y lo cultural que se inició a comienzos de la década del '90. En términos estrictos, dicho corrimiento no fue un fenómeno exclusivo de los estudios abocados a la Gran Guerra, sino que se insertó en el marco de un proceso más amplio que incluyó a la renovación de la historia política, la emergencia de la historia cultural y la historia de los intelectuales. Como señalan Prost y Winter, ese desplazamiento puede ser ilustrado apelando a las temáticas convocantes de dos grandes coloquios internacionales organizados en Francia bajo la dirección de Jean Jacques Becker. El primero de ellos tuvo lugar en Nanterre en 1988 bajo el título de “Les sociétés européennes et la guerre de 1914-1918”; el segundo, que se realizó en 1992, desde su mismo título se afinca en la una nueva perspectiva: “Guerre et cultures”. Este rápido pasaje de las “sociedades” a la “cultura” como el epicentro de atención privilegiado en los estudios de la Gran Guerra coincidió además con la inauguración en el mismo año del Historial de la Grande Guerre en Peronne, Francia (un museo consagrado a los avatares de la contienda), sellando así los inicios de la llamada “Generación de 1992”.

Esta nueva perspectiva centrada en el plano de lo simbólico y de las representaciones, ha dado lugar a una importante renovación en los estudios sobre la Gran Guerra, desarrollando nuevas líneas y temáticas de investigación entre las que podemos señalar: el rol de los intelectuales, músicos y artistas durante la guerra; el papel desempeñado por la opinión pública y la prensa durante el conflicto; la ocupación del espacio público y el despliegue a partir de los años de la postguerra de los “lugares de la memoria” (monumentos, recordatorios, panteones, etc.); las artes del espectáculo y la propaganda; las prácticas significantes de los combatientes del frente y de los diferentes actores sociales en los “frentes internos”; la participación de las mujeres y los niños en el esfuerzo bélico; las patologías psicofísicas de los combatientes; y la dimensión cultural de la violencia de guerra, entre otros novedosos tópicos.<sup>6</sup>

En suma, si la primera configuración explicaba el decurso de la guerra a través de las decisiones de los principales actores políticos y militares durante el conflicto bélico, y la segunda ponía el foco en el juego de las fuerzas y actores sociales, la tercera configuración historiográfica hace de la cultura el ámbito privilegia-

<sup>6</sup> Es imposible dar cuenta aquí de los trabajos más representativos de cada uno de estos nuevos tópicos pues la bibliografía es francamente abundante. Sobre el papel de los intelectuales europeos en conflicto, véase: Robert Wohl, **The Generation of 1914**, Cambridge, Harvard University Press, 1979; Roland Stromberg, **Redemption by War: The Intellectuals and 1914**, Kansas, The Regents Press of Kansas, 1982; Mario Isnenghi, **Il Mito della Grande Guerra**, Bolonia, Il Mulino, 1989; Christophe Prochasson, **Les Intellectuels, le socialisme et la guerre, 1900-1938**, París, Seuil, 1993; Christophe Prochasson y Anne Rasmussen, **Au nom de la patrie. Les intellectuels et la Première guerre mondiale, 1910-1919**, París, La Découverte, 1996; Martha Hanna, **The mobilization of intellect. French scholars and writers during the Great War**, Cambridge, Harvard University Press, 1996; Samuel Hynes, **A war imagined. The First World War and English culture**, London, Pimlico, 1992; Frank Field, **British and French writers in the First World War**, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

do para la investigación histórica sobre la Primera Guerra Mundial. Podría agregarse que, de la mano de la globalización de las investigaciones sobre las repercusiones de la Gran Guerra, que ha cuestionado fuertemente la mirada “eurocéntrica” imperante en los estudios sobre el conflicto, esta renovación de la historiografía cultural ha comenzado a influir en los análisis dedicados a otras áreas geográficas afectadas por la guerra como los territorios coloniales y los países neutrales.<sup>7</sup>

Dada la importancia que en las últimas décadas ha adquirido el estudio sobre la participación de los intelectuales en el conflicto, y aprovechando la ocasión que brinda el centenario del inicio de la Gran Guerra, presentamos aquí dos artículos abocados a analizar las diversas repercusiones y reacciones de los intelectuales europeos frente a la guerra. El primero de ellos, “Neutralidad o intervención. Los intelectuales españoles frente a la Primera Guerra Mundial”, a cargo de Maximiliano Fuentes Codera, docente e investigador de la Universidad de Girona, analiza con detalle los alineamientos y debates de los intelectuales españoles a lo largo de la contienda. El segundo artículo, “La sociología francesa y la Gran Guerra”, a cargo de Daniel Sazbón, docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional Arturo Jauretche, se aboca a estudiar el impacto de la guerra en el seno de la comunidad académica francesa y, en particular, en el ámbito específico de la sociología.

---

<sup>7</sup> En este sentido puede consultarse el reciente libro de Maximiliano Fuentes Codera, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014.





Eleazar Hernández  
"León Trotsky"  
Linóleo, 38 x 28 cm (2009)

## Neutralidad o intervención

# Los intelectuales españoles frente a la Primera Guerra Mundial (1914-1918)

Maximiliano Fuentes Codera\*

“The New Year opens in hope, with opportunity, with the certainty of good things, good business, and carefree minds” afirmaba eufórico *The New York Times* el primer día de 1914.<sup>1</sup> En Europa, la situación era mucho más mesurada. En la última edición del año que concluía, el semanario británico *The Spectator* ilustró la contención que dominaba el continente después de los sucesivos conflictos imperialistas que habían tenido lugar desde el inicio del siglo: “One great advantage of the present time, which is the outcome of many past disadvantages and much tribulation, is that men have had their fill of fighting”. A pesar de las diferentes esperanzas proyectadas, unos y otros, americanos y europeos, parecían desconocer la enorme mutación que estaba a punto de producirse. La “edad de la seguridad” que recordaría con melancolía algunas décadas más tarde Stefan Zweig en su imprescindible *El mundo de ayer* comenzaría a desmoronarse a partir de agosto de 1914.

Como es conocido, en la periodización que parece haberse impuesto en las últimas décadas en la historiografía, la Gran Guerra constituye el punto de partida de una “guerra civil europea” de treinta años y un verdadero laboratorio de las violencias que sobrevendrían. Con el derrumbe de los grandes imperios europeos tras la conflagración, la crisis del liberalismo dio lugar a una explosión de alternativas nacionales, políticas y culturales que cuestionaron de manera radical el tradicional enfrentamiento entre progreso y reacción que había dominado el siglo anterior. Entonces, se abrió la puerta a un proceso que se había incubado antes de la guerra pero que ésta contribuyó de manera decisiva a potenciar cargado de múltiples y variadas salidas posibles, entre las cuales acabaron por imponerse las de inspiración bolchevique y fascista.

Tal como plantearon Antoine Prost y Jay Winter en su *Penser la Grande Guerre*, la historiografía sobre la Primera Guerra Mundial ha pasado por tres grandes configuraciones sucesivas. La primera, que se desarrolló entre 1918 y finales de los años cuarenta, estuvo dominada por los estudios de historia militar y diplomática, se fundamentó básicamente en documentos oficiales y se propuso

encontrar el culpable del inicio del conflicto. En ella, los combatientes y las sociedades fueron los grandes ausentes. Justamente, éstos fueron los protagonistas del siguiente paradigma que, bajo la influencia de la historia social de *Annales*, ganaron el centro de la escena después de la derrota del nazismo. Esta reorientación hacia una historia de raíz marxista y analítica puso en el centro de los debates los elementos de continuidad entre las dos guerras mundiales. Si la cuestión central de la primera configuración había sido la de las hostilidades, ahora el eje basculaba hacia las relaciones entre guerra y revolución. En este contexto, hacia mediados de los años setenta empezaron a publicarse algunos trabajos que, a pesar de seguir privilegiando este enfoque social y objetos de estudio vinculados al movimiento obrero, mostraron una cierta ampliación de los horizontes hacia el estudio de la opinión pública, la organización económica, y las víctimas, entre otros temas. La tercera configuración, que comenzó a desarrollarse en los años ochenta, tuvo en la cultura entendida desde la perspectiva historiográfica del “giro cultural” su elemento central de análisis. En pocos años se pasó de analizar “sociedades europeas” a pensarlas en términos de “culturas” en confrontación.

Desde este marco general, en los años noventa comenzaron a publicarse una amplia variedad de estudios que dieron lugar a importantes y encendidos debates que dinamizaron y multiplicaron el conjunto de las investigaciones. Como parte de esta evolución, el desarrollo del concepto “cultura de guerra” dio lugar a una importante renovación historiográfica. Con él, definido por Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker como “el campo de todas las representaciones de la guerra forjadas por los contemporáneos”,<sup>2</sup> se pretendía diluir la separación entre el frente y la retaguardia, y desarticular la tesis de que los soldados habían sido agentes meramente pasivos bajo la presión de sus superiores. Se abrían así vías hacia estudios sobre el impacto del conflicto en los niños y su educación, las atrocidades de la guerra, los procesos de construcción de memoria y duelo, y las violencias, entre otros. Esta estimulante y controvertida formulación originó una fuerte discusión, primero en Francia y luego entre

\* Universidad de Girona (UDG).

<sup>1</sup> Una versión previa de este artículo fue publicada en la revista *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, n° 43, invierno 2013-2014, pp. 22-39.

<sup>2</sup> Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, “Violence et consentement: la ‘culture de guerre’ du premier conflit mondial”, en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli (Dir.), *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, p. 252.



todos los especialistas mundiales sobre la Gran Guerra, que se concentró en los límites del consentimiento y la coerción de los Estados beligerantes. Como parte de este proceso, la figura del testimonio y el análisis de la construcción de la memoria colectiva cobraron una especial importancia, tal como se demostró en Francia en el repetidamente analizado caso de Jean Norton Cru. Esta renovada historia de matriz cultural tuvo reflejos tanto en Alemania como en Gran Bretaña y, finalmente, acabó por extenderse más allá de los estudios sobre la Gran Guerra. Como resultado de este nuevo enfoque y de las polémicas que se derivaron de él, tal como insistieron John Horne y Christophe Prochasson, la guerra dejó de presentarse como un bloque homogéneo y se fragmentó en varias fases que pusieron de manifiesto tanto la utilidad como los límites del uso del concepto. Comenzó a hablarse entonces de “culturas de guerra” y de “movilización” y “desmovilización” cultural.

Uno de los hechos más significativos de toda esta renovación historiográfica fue la emergencia de un conjunto de trabajos sobre los intelectuales, las comunidades académicas y el mundo de la cultura que pretendieron analizar sus redes de sociabilidad, sus relaciones con el poder, la política y la educación, y su papel fundamental en la construcción de nuevos discursos y culturas nacionales desde una perspectiva dinámica y atenta al desarrollo del conflicto. En este contexto, los intelectuales dejaron de ser tratados como individuos aislados para ser analizados en la complejidad de sus relaciones con la política, el poder y las sociedades, así como en sus medios de reproducción e influencia. No obstante, los debates no han cesado y la cuestión del consentimiento y la unanimidad de las sociedades europeas en guerra se encuentra lejos de estar cerrada. En este sentido, entre la amplísima bibliografía que ha aparecido recientemente que se multiplicará al calor de los centenarios del conflicto vale la pena destacar el libro de Nicolas Mariot, **Tous unis dans la tranchée? 1914-1918, les intellectuels rencontrent le peuple**, donde se muestra la distancia que separaba en Francia las representaciones construidas por hombres como Guillaume Apollinaire, Marc Bloch, Maurice Genevoix, Georges Duhamel o Léon Werth de lo que experimentaban los combatientes en los frentes de batalla.<sup>3</sup> Desde su perspectiva, a pesar del empeño puesto por los intelectuales, la tan manida *Union Sacrée*, una suerte de “osmose passagère entre groupe sociaux”, estuvo muy lejos de concretarse en los términos de un consentimiento y una estabilidad permanentes y sin fisuras en los frentes y las retaguardias.

## Los intelectuales europeos y la guerra

En relación con la cultura europea en su conjunto y con los intelectuales en particular, el inicio de la guerra no representó una transformación total. En las últimas décadas del siglo anterior, el progreso y la civilización, piedras basales del racionalismo progresista del siglo XIX, habían sido puestas en cuestión por auto-

<sup>3</sup> Nicolas Mariot, **Tous unis dans la tranchée?: 1914-1918, les intellectuels rencontrent le peuple**, París, Seuil, Colección L'Univers historique, 2013.

res como Friedrich Nietzsche o Sigmund Freud. Lo propio habían hecho con el positivismo Henri Bergson o Albert Einstein. Y a todo ello se había venido a sumar la entrada siempre sospechosa de las masas en la política. Todo estuvo sometido al cuestionamiento, desde la ciencia y el arte hasta la política y las naciones. Como ha mostrado Emilio Gentile en **L'apocalisse della modernità**, la guerra fue más bien un salto en el proceso de radicalización iniciado en 1870, caracterizado, entre otras cosas, por una creciente apelación a la violencia y el antisemitismo y por el crecimiento de opciones nacionalistas expansivas que auguraban un conflicto armado a escala continental.<sup>4</sup>

Con el comienzo de las hostilidades, los procesos de movilización cultural fueron dominados por estrategias de persuasión puestas en marcha por los Estados que funcionaron sin contratiempos relevantes. Los ejemplos abundan. Como recoge Nicolas Beaupré en su **Écrire en guerre, écrire la guerre. France, Allemagne 1914-1920**, en Alemania fueron enviados durante el mes de agosto de 1914 un promedio de un millón y medio de poemas a los periódicos para ser publicados en honor a los soldados que partían hacia el frente; el **Berliner Tageszeitung** recibió un promedio de 500 por día durante las primeras semanas de conflicto. Para noviembre, se registraban en el mercado editorial alemán siete mil títulos relacionados con la guerra, y unos meses después, a comienzos de 1916, la avalancha de obras había alcanzado la cifra de más de 17 mil nuevos trabajos.<sup>5</sup> En Gran Bretaña, durante el primer año y medio del conflicto, 2.400.000 hombres, casi un tercio de los hombres en actividad, se apuntaron como voluntarios para luchar en el frente.<sup>6</sup>

La cultura fue una pieza central de todo el esfuerzo bélico, y la mayoría de los intelectuales vivió los primeros días de la guerra en un estado de máxima excitación. Muchos se alistaron voluntariamente para luchar en el frente. Posiblemente, como sostuvo Roland Stromberg en **Redemption by War: The Intellectuals and 1914**, más revelador que el entusiasmo de la mayoría favorable a la intervención fue el silencio de aquellos que luego se acabaron convirtiendo en abanderados de la lucha contra ella, como George Bernard Shaw, Bertrand Russell, Stefan Zweig o Robert Graves.<sup>7</sup> En Alemania y Austria, hombres como Georg Simmel, Otto Dix, Hugo von Hoffmannsthal, Rainer Maria Rilke o Gerhart Hauptmann, al igual que la mayoría del mundo académico de su país, iniciaron una campaña que presentaba la guerra como una oportunidad para vincular la alta cultura con el conjunto de la sociedad para regenerar la nación. En Francia y Gran Bretaña, la tarea se centró en la denuncia de las “atrocidades” y la defensa del “Derecho” tanto desde la prensa como desde los ámbitos universitarios y escolares.

<sup>4</sup> Emilio Gentile en **L'apocalisse della modernità: la Grande Guerra per l'uomo nuovo**, Milán, Mondadori, 2008.

<sup>5</sup> Nicolas Beaupré en su **Écrire en guerre, écrire la guerre. France, Allemagne 1914-1920**, París, CNRS, 2006; y Wolfgang Maryniewicz, **Salón Deutschland. Intelectuales, poder y nazismo en Alemania (1900-1945)**, Barcelona, Edhasa, 2013, p. 239.

<sup>6</sup> Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, **14-18. Retrouver la guerre**, París, Gallimard, 2000, pp. 113-119.

<sup>7</sup> Roland Stromberg, **Redemption by War: The Intellectuals and 1914**, Kansas, The Regents Press of Kansas, 1982.

En la construcción de estas comunidades nacionales en guerra, una de las más importantes herramientas de intervención colectiva de la cual se dotaron los intelectuales europeos fue el manifiesto público. Como sucedió en España, el conflicto pronto se convirtió en una “guerra de manifiestos” que se inició en octubre de 1914, con un conocido texto firmado por 93 académicos alemanes, que llevó a que sus pares ingleses, franceses y rusos respondieran con documentos similares. En este marco, a pesar de que se enfrentaron simultáneamente varios proyectos y valores, el centro de las polémicas se estructuró alrededor del enfrentamiento entre las “ideas de 1914” alemanas y las herencias del 1789 francés. Así, la gran mayoría de los hombres de letras alemanes se abocaron a la tarea de forjar una ideología concluyente destinada a confrontar las ideas occidentales de libertad y democracia. Los escritos de Max Scheller, Thomas Mann sus **Consideraciones de un apolítico** escritas después de la guerra y recientemente reeditadas en castellano son un documento de máxima relevancia,<sup>8</sup> Houston S. Chamberlain, Friedrich Meinecke y Rudolf Kjellén, entre otros, sistematizaron esta lógica de confrontación que acabó por impregnar las polémicas de todo el continente europeo y parte del americano. Basándose en las tradiciones del derecho, la historiografía y la filosofía románticas, consideraban al Estado alemán como una forma política que concedía una verdadera libertad al pueblo, que solamente podía ser posible en un sistema donde la monarquía y la burocracia se situaban más allá de intereses particulares de clases y partidos. Esta construcción intelectual fue concebida, a su vez, como un medio de movilización del pueblo contra toda tentativa de reforma del sistema político del Imperio.<sup>9</sup> Evidentemente, aquí ya aparecían algunas de las ideas fundamentales del “modernismo reaccionario” que identificó Jeffrey Herf hace ya algunos años.

Desde el otro lado del Rin, intelectuales y artistas franceses realizaron una revisión de los valores y la cultura alemanes que habían respetado y admirado durante mucho tiempo. Para la mayoría de ellos, la violencia de la guerra se acabó convirtiendo en un componente consubstancial a la cultura alemana, y el orgullo alemán devino un dato evidente desde Fichte, a quien pasó a considerarse uno de los grandes responsables del conflicto. El pensamiento alemán sufrió duras críticas y fue asimilado a la *nuage hégelien* que había venido a oscurecer la razón francesa, hipnotizándola al punto de que grandes maestros como Ernest Renan o Hippolyte Taine habían caído bajo su influencia. En este contexto, la guerra expandió las críticas a la noción de progreso tal como había sido asociada con Alemania, con el desarrollo de la ciencia positiva, el comercio, la industria, y la organización metódica de la vida social como elementos centrales. Alemania, patria natural de todos los pensadores, había fallado en su sacra misión, y la ruta estaba ahora libre para que Francia retomara su antigua función como la nación más inteligente de Europa. Desde académicos como Ernest Lavisse o Alphonse Aulard hasta músicos como Camille Saint-

Saëns se convirtieron en destacados difusores de esas ideas. Henri Bergson, uno de los personajes más relevantes del pensamiento filosófico francés en las décadas previas a la guerra, llegó a posicionarse como una especie de embajador cultural itinerante que se encargó de influir con su prestigio sobre la opinión de algunos países neutrales como España y Estados Unidos.

Esta uniformidad entre los intelectuales se resquebrajó con la aparición de la disidencia. Tras los mortíferos resultados de las batallas de Verdún y el Somme en 1916, las bases de este consenso comenzaron a verse erosionadas. El mito de la guerra imaginada y heroica quedó atrás definitivamente y las protestas comenzaron a crecer en todas las potencias europeas. En esos momentos Romain Rolland recibió el Premio Nobel de Literatura correspondiente al año anterior, y Henri Barbusse que había servido en el frente durante algunos meses en 1915 publicó **Le Feu**, libro por el cual un año después le fue concedido el Premio Goncourt. En 1917, Stefan Zweig publicó su drama vagamente antibelicista **Jeremiah**, mostrando que el cuestionamiento de la guerra comenzaba a extenderse y que lentamente se estaba gestando un sector intelectual disidente dentro de cada nación.

Las publicaciones y agrupamientos que rechazaban la guerra y que tenían, todas ellas, a Rolland como guía espiritual, ganaron un cierto terreno en los países más importantes de Europa. El intelectual francés residente en Ginebra decidió en noviembre de 1916 volver tomar la palabra después de un silencio de un año y medio, abriendo así un nuevo período en su pensamiento sobre la guerra. El artículo “Aux peuples assassins”, publicado en **Demain**, fue un auténtico manifiesto de ruptura, no solamente con la guerra, sino con la vieja sociedad y con el orden capitalista y burgués. Fue una llamada a la unidad que presentó elementos cercanos al internacionalismo de izquierdas y al pacifismo zimmerwaldiano.<sup>10</sup>

La entrada de Estados Unidos en la guerra en abril de 1917 y el triunfo de la revolución bolchevique en noviembre del mismo año acabaron por dinamitar la estructura sobre la que se asentaban las propagandas nacionalistas y militaristas de las potencias europeas. Según el Comité de Información Pública del gobierno de Wilson, creado pocos días después de la entrada en el conflicto, debía difundirse la idea de que la intervención americana tenía tanto un carácter de cruzada por la causa de la libertad y la humanidad como un objetivo purificador y regenerador. Así fue asumido por buena parte de las sociedades de los países beligerantes y los pocos neutrales que permanecían aún al margen del conflicto. En este contexto, la relevancia de la figura del presidente americano y su programa de 14 puntos hecho público en enero de 1918 adquirió una importancia central. Todo esto complicó las posibilidades de un triunfo alemán. El fracaso en la

<sup>8</sup> Thomas Mann, **Consideraciones de un apolítico**, Madrid, Capitán Swing, 2011.

<sup>9</sup> Aleksandr N. Dmitriev, “La mobilisation intellectuelle. La communauté académique internationale et la Première Guerre mondiale”, **Cahiers du monde russe**, Vol 43, n° 4, 2002, pp. 622-627.

<sup>10</sup> La Conferencia de Zimmerwald, que tuvo lugar en Suiza entre el 5 y 8 de setiembre de 1915, reunió a la izquierda socialista internacional que cuestionaba la intervención de los partidos socialdemócratas en la guerra. Entre los participantes destacaron los bolcheviques Lenin y Zinoviev, representantes de la minoría “derrotista” o de izquierda, y una mayoría que proponía la reconstitución de la Internacional Socialista. Al año siguiente, estos sectores volvieron a encontrarse en Kienthal.



Operación Michael, iniciada en la segunda mitad de marzo de 1918, y la firma de la paz por separado de Rusia durante el mismo mes fueron determinantes. Pronto se hizo evidente la ruptura de los frentes civiles. La *Burgfriede* y la *Union Sacrée* se vieron erosionadas en Alemania y Francia cuando comenzaron a emerger los rencores provocados por la desigualdad del peso que habían soportado los diversos sectores de las sociedades. La agitación conmovió el Imperio austrohúngaro e Italia, especialmente afectada por la aplastante derrota sufrida en Caporetto, y se sintió también en el Reino Unido y Francia. En Rusia, la revolución derivó rápidamente en guerra civil y en intervención de las potencias aliadas, y en Alemania, el hambre y la desintegración social se expresaron en el crecimiento de revueltas sociales e insurrecciones de soldados y marinos que se inspiraban en el proceso revolucionario ruso. Todos estos elementos precipitaron el desenlace de la guerra, que se concretó en la abdicación de Guillermo II el 9 de noviembre de 1918 y la firma del armisticio dos días después.

Entre los alemanes, la derrota y las reparaciones impuestas en Versalles, las breves experiencias revolucionarias de 1918-1919, y la instauración problemática de la República de Weimar, proporcionaron una base mítica al nacionalsocialismo para la fundamentación de su proyecto político. El papel de la Revolución Conservadora fue central en este proceso. Las obras de Ernst Jünger, Oswald Spengler, Hans Freyer, Werner Sombart, Carl Schmitt y otros intelectuales contribuyeron de manera decisiva a mostrar la potencialidad de la fuerza regeneradora de un nacionalismo que se había fortalecido durante la guerra combinando reacción y modernismo.

En Francia, la victoria perdió relevancia en el discurso intelectual frente a la magnitud de un desastre que afectaba a la humanidad en su conjunto y que motivaba en los intelectuales una "doble mala consciencia" por su papel en la propaganda de guerra y por su acercamiento al poder político. Sin embargo, la incertidumbre por su papel en la guerra fue mitigada por la convicción de que la inmensa mayoría había combatido por la causa del Derecho. Sobre esta base, el resurgimiento de temas como las atrocidades de los alemanes en el debate francés de 1918-1919 denotó que la violencia se había convertido en el tema central del conflicto, y que el papel de los hombres de letras durante la contienda recibía el apoyo de una parte significativa de la sociedad. La experiencia de la guerra concedió al pacifismo y los valores que éste representaba un lugar de primer orden, y Romain Rolland gozó de una situación privilegiada, desconocida antes de 1914. Frente al crecimiento de diferentes corrientes pacifistas relacionadas de diferentes maneras con la experiencia soviética y con la Internacional Comunista, la derecha monárquica volvió a intentar reconstruir su poder bajo el liderazgo de Charles Maurras y Léon Daudet, y llegó a conseguir una destacada representación electoral en su crítica a las negociaciones de paz de Versalles. En realidad, tanto en Francia como en Alemania la guerra dejó como resultado un proceso abierto que volvería a explotar en 1939.

## En España: la posición oficial y las disputas en las naciones

Frente al inicio de las hostilidades, el gobierno conservador de Eduardo Dato declaró la posición neutral del Estado en el diario *La Gaceta* del 30 de julio de 1914. A pesar de que hubo de salvar algunos momentos de tensión (especialmente importantes durante el gobierno de Romanones), esta posición se mantuvo hasta el final de la guerra. En los primeros meses, la opinión de que España no podía involucrarse en el conflicto fue compartida por casi toda la sociedad, no obstante algunas declaraciones de Alejandro Lerroux, Melquíades Álvarez y el conde de Romanones que parecieron amenazar esta aparente unanimidad. Sin embargo, con el paso de los meses el consenso inicial dio paso a un debate sobre el carácter de la neutralidad que acabó por convertirse en una encendida polémica en la que todos se posicionaron. Empezó a hablarse entonces de simpatías y fobias. Neutralidad dejó de ser un concepto unívoco y pasó a tener decenas de adjetivaciones que denotaron unas preferencias muy concretas que contribuyeron, a su vez, a configurar campos culturales y políticos que se acabaron expresando de manera antagónica.

Entre los simpatizantes de las potencias centrales destacaron la Corte y el conjunto de la aristocracia, liderados por María Cristina, y los partidos carlistas y mauristas. También lo hicieron el Ejército y la mayoría de la Iglesia católica. Entre los partidarios de los aliados resaltaron los diversos agrupamientos republicanos, los partidos socialista y reformista, y especialmente los intelectuales. Sus primeras reacciones mostraron un cierto desconcierto ya que, como pensaba Ortega y Gasset, la relevancia del proceso abierto en el continente contrastaba con el adormecimiento nacional. Mientras comenzaba "el incendio del mundo", Madrid parecía aletargada, "muy próxima a la idiotez", como escribió el filósofo en unas anotaciones inéditas entonces. Con el lanzamiento de la Liga de Educación Política como marco, la guerra encontró a la generación del '14 en un momento plenamente expansivo y de aproximación con sus antecesores. A pesar de sus constantes polémicas y enemistades transitorias con Ortega, Araquistáin y otros jóvenes, Unamuno fue uno de los personajes claves para entender los vínculos intergeneracionales. El pensador vasco pronto manifestó sus preferencias aliadófilas y contrarias a la *Kultur* alemana, y detectó que la sociedad española comenzaba a dividirse entre dos sectores, los germanófilos y los francófilos, que, en su interior, constituían dos ortodoxias que representaban la vieja tensión entre las dos Españas. Desde una perspectiva compartida por muchos hombres de letras españoles y europeos, creía que la guerra podía tener virtudes purificadoras —"Dicen que la guerra es como una tempestad que purifica la atmósfera", escribió— siempre que se desarrollara noblemente, como un "holocausto de sacrificio". Así lo planteó en su "¡Venga la guerra!" publicado en *Nuevo Mundo* a mediados de setiembre. Para la gran mayoría de escritores, la guerra podía ser una rotunda corrección de la mediocridad y la pérdida de sentimiento nacional reinantes en España, que Ortega había esquematizado en su famosa conferencia "Vieja y Nueva Política", pronunciada pocos meses antes

en el Teatro de la Comedia de Madrid. A pesar del contexto continental, podía ser una oportunidad para poner en práctica sus eternos proyectos de europeización y regeneración.

A diferencia de lo que se ha pensando muchas veces, la guerra no solamente devino unos de los ejes centrales del debate intelectual sino que también se convirtió en una fuente de enfrentamientos sociales. La crispación fue tal que llegaron a suspenderse las funciones de teatro que pudieran alterar el orden y se prohibió la proyección de películas y noticiarios en los que se hiciera referencia a la guerra. En esta situación los mundos de la política y la cultura se fueron entrelazando alrededor de las tres opciones que la guerra ofrecía para el futuro de España: la monarquía parlamentaria, encarnada por Gran Bretaña, la república laica francesa y la monarquía autoritaria y militarista simbolizada por Alemania.

Los intelectuales ocuparon un papel central en la articulación de los campos enfrentados. Tal como sucedió en el conjunto del continente, esta división se escenificó en una serie de manifiestos. El primer texto que apareció fue el neutralista “Manifest del Comitè d’Amics de la Unitat Moral d’Europa” redactado por Eugenio d’Ors —hecho público a finales de noviembre de 1914—, que dio inicio a un agrupamiento europeísta y recibió duras críticas desde el campo aliadófilo. Como respuesta a este manifiesto, un numeroso grupo de intelectuales catalanes, en su mayoría vinculados a sectores nacionalistas republicanos, firmó el “Manifest dels Catalans”, una clara demostración de la francofilia dominante en el catalanismo, que apareció el 26 de marzo de 1915.

Mientras los tanques y las bayonetas arrasaban media Europa, la Liga de Educación Política parecía no dar señales de vida. Frente a este nuevo fracaso, los intelectuales de la nueva generación volvieron a impulsar su proyecto con el eterno propósito de sacudir la opinión pública y despertar la conciencia nacional. Bajo la dirección de Ortega, un importante número de hombres de letras vinculados en su mayoría —aunque no exclusivamente— al Ateneo de Madrid, el reformismo y el republicanismo lanzaron **España** el 29 de enero de 1915, un semanario “nacido del enojo y la esperanza” que acabaría por convertirse en el periódico político más importante de la Edad de Plata. Fue allí donde el aún joven Ortega dejó entrever las razones que le llevaban a sostener una posición de aliadofilia matizada, una “política defensiva” que habría de convertirse en sinónimo de vitalidad para nacionalizar la sociedad y entrar en el “tiempo nuevo”. Fue allí también donde vio la luz el 9 de julio el texto más importante de la aliadofilia española, el “Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas”, redactado por Ramón Pérez de Ayala con el propósito de que España dejara de parecer “una nación sin eco en las entrañas del mundo” al proclamar su solidaridad con la causa de los aliados.

Era necesario romper con la idea de que la neutralidad del Estado era sinónimo de neutralidad en la nación. Por ello, Unamuno intentó potenciar la guerra civil que parecía abrirse entre aliadófilos y germanófilos desde las páginas de **El Liberal**. Lo propio hizo Luis Araquistáin, quien afirmó en **España** el 25 de junio de 1915 que mientras Europa se esforzaba en “eliminar de su seno el tumor

del despotismo prusiano, España, convertida en miniatura de la operación quirúrgica europea”, debía desterrar “también del suyo el quiste de estas hordas de alma teutónica”. La dinámica amigo-enemigo se desplegó en todo su esplendor, y los estereotipos del alemán y el francés se extendieron prácticamente a todas las publicaciones, tertulias y conferencias. Así lo reflejaban las portadas de revistas como **España**, ilustradas por Luis Bagaría, o las de la barcelonesa **Iberia**. En este marco, al amparo de las subvenciones proporcionadas por las embajadas francesa, inglesa e italiana, los intelectuales aliadófilos se multiplicaron desde la prensa, las revistas, los viajes realizados a los frentes de occidentales y las recepciones a los académicos franceses.

Estos intelectuales aliadófilos creyeron ver en Francia (y en menor medida en Inglaterra) una vía para el renacimiento nacional que en los años anteriores habían buscado en el Partido Reformista y el socialismo. Sin embargo, sus argumentos no estuvieron exentos de contradicciones. Sus apelaciones a la ciencia y al método científico como características netamente germanas, y por tanto despreciables, llegó a resultar incompatible o al menos contradictorio con la defensa del carácter moderno y regenerador del conocimiento científico defendido por el institucionismo, del cual se consideraban herederos.

Como sus pares aliadófilos, los hombres de letras germanófilos hicieron evidente su presencia como colectivo con el manifiesto “Amistad hispano-germana” publicado en el maurista **La Tribuna** el 18 de diciembre de 1915. Este texto, escrito por Jacinto Benavente, rechazaba de manera tajante que la guerra fuese un enfrentamiento de la libertad y la democracia contra la barbarie y el oscurantismo que supuestamente encarnaba Alemania. Desde su punto de vista, el imperio de Guillermo II representaba una lección de socialismo de Estado, orden, organización y fortaleza, que debía ser un modelo para España. Claramente, intentaban romper con el monopolio aliadófilo en la cultura española y se autoconcebían como “la representación de toda la España que piensa, trabaja y estudia” frente a “un grupo de bullidores, muchos de ellos profesionales del bombo mutuo en Madrid” que no entendía que Inglaterra era la causa principal de todos los males de la nación.

Las ideas de Juan Vázquez de Mella ejercieron una gran influencia en todo el arco germanófilo español. La guerra fue, desde su punto de vista, básicamente un conflicto entre Alemania e Inglaterra en el cual los intereses de la primera eran compatibles con los de España y, por ello, había de defenderse la “neutralidad absoluta”. Pero esto no podía afirmarse para la nación, ya que ésta no podía olvidar sus intereses permanentes territoriales y raciales. Una vez que Inglaterra quedara marginada del centro de la escena política éste era el plan, España podría conseguir la unión con Portugal a través de la reconstitución federal de la Península y, desde esta nueva posición, estaría en condiciones de plantearse la reconquista de Gibraltar como centro de la reorientación de una nueva política internacional que habría de concluir con la constitución de unos Estados Unidos de América del Sur que contrarrestara, a su vez, la creciente influencia del imperialismo norteamericano. Era una propuesta geopolítica para un



renacimiento de la nación que habría de poner fin al “parlamentarismo” y a la “falsa democracia” a través de tres “dogmas nacionales”: la soberanía sobre las costas, la federación con Portugal, y el imperio espiritual sobre América. Se trataba de un panhispanismo “precoz” que sería recogido más tarde como *Hispanidad* por el nacionalcatolicismo.<sup>11</sup>

El campo intelectual germanófilo presentó dos sectores relativamente diferenciados. Por un lado, el de aquellos que, como el carlista Juan Vázquez de Mella y el católico Edmundo González Blanco, rechazaban la política internacional inglesa y los valores republicanos y jacobinos franceses, y por el otro el de quienes, a través de elementos provenientes del regeneracionismo, pensaban que Alemania, su sociedad, su sistema educativo y su vitalidad nacional debían servir como modelos para proyectar España en una perspectiva modernizadora. Esta simpatía se afirmaba en la defensa de la neutralidad frente al intento de los “farsantes de la cultura, esas hembras del 98”, la cita es de un texto Eloy Luis André en *La Esfera* del 13 de marzo de 1915 que pretendían que España fuera arrastrada por la guerra. Neutralidad y “españolismo” debían ser compatibles, a diferencia de lo que pretendían imponer los aliadófilos.

Esta heterogeneidad en el ambiente germanófilo que se veía, además, potenciada por la presencia de Pío Baroja entre sus filas se observaba también entre los aliadófilos. No solamente se trataba de los matices que podían observarse en las perspectivas de Unamuno, Ortega, Azaña o Araquistáin. También aparecían posicionamientos sensiblemente diferentes a los de estos intelectuales vinculados al reformismo, al socialismo y al mundo del Ateneo, como los de Álvaro Alcalá Galiano, maurrasiano y futuro miembro de Renovación Española, quien mostró en libros como *La verdad sobre la Guerra. Origen y aspectos del conflicto europeo* (1915) y *España ante el conflicto europeo* (1916) que su apuesta era por la Francia que representan las tendencias religiosas y nacionalistas de Maurice Barrés, Paul Bourget, Paul Claudel y Charles Maurras.

Las disputas antagónicas entre los campos germanófilo y aliadófilo no eliminaban puntos de conexión entre ellos. En este sentido, además de algunos casos puntuales de personajes como Luis Antón de Olmet que pasó de simpatizar por Alemania a ser un rotundo anti-germanófilo, es importante tener en cuenta que algunos conceptos que podían servir para proyectar una regeneración nacional llegaron a ser transversales. Fue esto lo que sucedió con las diversas perspectivas iberistas que potenció la guerra. Por un lado, desde ópticas no siempre coincidentes, germanófilos como Juan Vázquez de Mella y Manuel de Montoliu afirmaban sus propuestas en un iberismo y un latinismo de matriz clásica que se planteaban como mecanismos potencialmente renacionalizadores.<sup>12</sup> Desde el otro lado, la revista *Iberia*, dirigida en

Barcelona por Claudi Ametlla y subvencionada desde París, también afirmaba, esta vez en la pluma de Unamuno, un planteamiento iberista en la línea de Joan Maragall que sería recogido en el último año de la guerra por la también barcelonesa y aliadófila *Messidor*. En realidad, esta coincidencia relativa era parte de un proceso más general que había comenzado antes de la guerra en Europa, y que buscaba soluciones a la cuestión de la decadencia de las naciones en miradas proyectadas tanto hacia el pasado como hacia el futuro.

En última instancia, esta confrontación entre aliadófilos y germanófilos era una expresión de la lucha por el futuro político. Era una disputa entre proyectos que, a pesar de que podían compartir elementos comunes, hacía explícitas perspectivas irreconciliables sobre la defensa y el cuestionamiento del sistema restauracionista. Así se expresó en los últimos años de la guerra en las sucesivas polémicas sobre la neutralidad oficial y la intervención.

## Nuevas perspectivas frente a la neutralidad

Durante los primeros meses de 1917, la situación económica —que se había caracterizado por grandes beneficios empresariales y una inflación que había empobrecido a amplios sectores de la sociedad— empeoró, y con ello aumentó la agitación social. Se fue extendiendo la idea de que el gobierno no estaba en condiciones de resolver los problemas más urgentes de los sectores más desfavorecidos de la sociedad. En este marco, los acontecimientos en Rusia y Estados Unidos contribuyeron a transformar el conflicto en una lucha ideológica entre la democracia y la libertad, entre la autocracia y el militarismo. En estos meses, al calor de la intensificación de la campaña submarina alemana, la cuestión de la neutralidad devino acuciante y Romanones, que había reemplazado a Dato en el gobierno, estuvo a punto de declarar la guerra a Alemania. Pero la presión de los sectores dinásticos, combinada con la falta de apoyos en Inglaterra y Francia, acabó por hacerle cambiar de parecer.

La monarquía se fue convirtiendo en el objetivo de los aliadófilos, al tiempo que un movimiento obrero militante estaba más unido que nunca, los regionalistas catalanes multiplicaban su capacidad de incidencia en la política española, y los oficiales del ejército conspiraban en las juntas. En este escenario, los intelectuales vinculados al Ateneo madrileño y a una *España* que se había convertido en un punto de encuentro entre la aliadofilia militante y los sectores socialistas y republicanos, bajo la dirección de Araquistáin lanzaron una nueva iniciativa colectiva en enero de 1917, la Liga Antigermanófila, que pretendió expresar en toda su magnitud la estrecha relación establecida entre los posicionamientos sobre la guerra europea y la política española. Su texto fundacional, firmado, entre otros, por Unamuno, Azorín, Benito Pérez Galdós, Manuel Azaña, Araquistáin, Antonio Machado y su hermano Manuel, contrastó con el manifiesto de 1915 por la voluntad de deslegitimar la propaganda germanófila como una expresión de la anti-España.

<sup>11</sup> Juan Vázquez de Mella, *El ideal de España. Los tres dogmas nacionales*, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1915.

<sup>12</sup> Maximiliano Fuentes Codera, “Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)”, *Ayer*, n° 91, 2013, pp. 63-92.

La guerra civil tantas veces anunciada se escenificó en dos mítines que tuvieron lugar en la Plaza de Toros de Madrid. Exactamente en el mismo recinto y con menos de un mes de diferencia, germanófilos-neutralistas y aliadófilos-intervencionistas reunieron a decenas de miles de personas para mostrar que el país estaba dividido en dos sectores irreconciliables. Diez días después de que llegara al gobierno de Manuel García Prieto, el 29 de abril, Antonio Maura, que nunca había sido un germanófilo, reunió unas 20 mil personas en un acto anti-aliadófilo en el que se congregaron todos los sectores conservadores. Frente a esto, Araquistáin consideró que era necesario poner fin a la política de un gobierno responsable de la teoría de una neutralidad a todo trance y a todo precio, y que había resuelto prohibir la Liga Antigermanófila al tiempo que permitía que personajes como Vázquez de Mella y Maura difundieran sus ideas. La movilización unitaria de las izquierdas aliadófilas se expresó en un gran mitin que contó con la presencia de unas 25 mil personas. El espectáculo demostró que la causa aliada y las izquierdas estaban unidas. Tal como había planteado dos días antes Manuel Azaña en su conferencia sobre "Los motivos de la germanofilia" la ecuación era simple: únicamente uniendo sus fuerzas con las democracias europeas España podría estar en condiciones de convertirse también en un régimen democrático.

Pocas semanas después estalló la triple crisis que acabó por poner en jaque todo el sistema restauracionista. En este contexto, la aliadofilia fue asumiendo una posición de abierta confrontación con el régimen, a pesar de que se seguía contando con la expectativa de que Alfonso XIII llevara adelante una reforma constitucional democrática. Pero al constatar que el monarca no haría nada en favor de esta reforma se fue concretando la identificación del espíritu de libertad y democracia con las naciones aliadas. No obstante, no era extraño que se mezclaran la defensa de la democracia con fuerte diatribas contra el parlamentarismo ya que, como había escrito Araquistáin, el Parlamento había demostrado ser un instrumento de la monarquía y no un foro desde el cual pudiera resolverse la crisis política en un sentido democrático.

Con la guerra tocando a su fin, los intelectuales que habían convertido su aliadofilia en militancia interpretaron la derrota de Alemania como el fin de la autocracia. El viejo mundo que desaparecía con la abdicación de los Hohenzollern y los Habsburgo debía dar paso, también en España, a un nuevo régimen. En este contexto de esperanza y euforia, Ortega se había multiplicado desde las páginas de *El Sol*. Como afirmaban la mayoría de sus antiguos compañeros de España, pensaba que el sistema de la Restauración tenía sus días contados. En estas condiciones, la guerra debía ser una demostración rotunda de la derrota de la negativa dinámica del siglo XIX y el parlamentarismo, una "sublime podadora" que, a pesar de sus defectos, había tenido la virtud de "sacudir la inercia social echando por la borda toda institución caduca". El conflicto había abierto la puerta a nuevos caminos que las minorías directivas de las sociedades europeas estaban señalando. Por ello, la salida a la crisis española debía estar en los intelectuales, los únicos que podían desarrollar un proyecto asentado en los valores de la libertad, la justicia social,

la competencia y la modernidad. Se trataba de "sustituir radicalmente el eje histórico de la existencia nacional, de entregar España a otra clases y maneras de hombres", como escribió el 23 de marzo de 1918. El propósito era claro: liquidar lo viejo y dar paso a lo nuevo. Lo viejo y lo nuevo no eran aquí categorías generacionales como antes de la guerra. Lo viejo era la autocracia, el corrupto sistema de la Restauración, y lo nuevo era la incierta democracia que parecía vislumbrarse en Europa.

En cierta manera, esta propuesta de Ortega pareció expresarse en un nuevo agrupamiento, la Union Democratica Espanola para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres, fundada en noviembre de 1918. Fue la última demostración del turbulento proceso iniciado en 1917 en el que los intelectuales se habían investido de la misión de proyectar a través de los valores de los aliados el porvenir de la democracia en España. Otra vez, la redacción de España fue la sede de este nuevo agrupamiento. Azaña, secretario del Ateneo y del Partido Reformista, actuó también como secretario de la Unión. El círculo parecía cerrarse. Pero pronto la aceptación de España en la Sociedad de Naciones y el fracaso del gobierno de concentración de Maura, acabó por volver a sumir a muchos intelectuales en la desesperanza. La crisis que había de sublimar todas las aspiraciones construidas y defendidas durante cuatro largos e intensos años parecía cerrarse en falso, con un triunfo aliado celebrado en muchas calles del país pero con una vuelta a la más vieja política. Frente al estallido de la revolución en Alemania, España volvía a confirmarse como una excepción en el contexto europeo. En la hora de la paz, Alfonso XIII decidió reemplazar a Maura por el marqués de Alhucemas, y a éste, otra vez por Romanones. Esto parecía ser todo. "Mientras el mundo subía tan alto, España no podía descender más abajo", escribió Araquistáin en España el 7 de noviembre de 1918. Una vez asumida la negativa de la monarquía a tener en cuenta a los reformistas, algunos intelectuales aliadófilos decidieron que debía trabajarse en adelante desde una perspectiva republicana. "Hay que hundir la monarquía para alzar España; para conquistar la ciudadanía europea", escribió Marcelino Domingo una semana después en la misma revista.

---

## El impacto de la guerra

En cierta manera, la actual falta de estudios sobre el impacto global de la guerra en el conjunto de los intelectuales españoles denota la pervivencia de una cuestión conflictiva, heredada de los discursos nacionalistas de algunos pensadores regeneracionistas. Se trata de un elemento central del discurso de la degeneración, del fracaso nacional: la idea de que España no formaba parte de Europa, que no acababa de encajar en ella, y de que para "regenerarse" debía buscar necesariamente en Europa los antídotos contra su enfermedad. Resulta interesante observar cómo los discursos de algunos hombres de letras han acabado por condicionar la agenda de los investigadores durante muchas décadas. Frente a esta situación se hace necesario insistir en que, a pesar de que en las primeras décadas del siglo XX España no estaba en el centro de las grandes alianzas internacionales, en el pla-





no de la cultura estaba especialmente inserta en Europa. Desde luego, los intelectuales, y sobre todo aquellos que escribían una y otra vez sobre el “problema” de España, estaban plenamente influidos por su ambiente intelectual y tenían un cierto impacto sobre él.

La guerra representó un momento de máxima importancia en el largo derrotero iniciado en el '98 y tuvo en la generación del '14, liderada por Ortega, su actor principal. Durante su desarrollo, todos los conceptos trabajosamente elaborados en las décadas anteriores en un constante ejercicio de comparación con una idea idealizada de Europa se pusieron a prueba y obligaron a los intelectuales a tomar partido, a proyectar nuevos remedios para la “enfermedad” nacional, y a actuar políticamente en consecuencia.

El impacto de la Gran Guerra sobre la política y los intelectuales en España fue, vale la pena insistir en ello, mucho más importante que lo que se ha pensado. O al menos, que lo que se ha escrito. Los cambios políticos e ideológicos —también económicos y sociales— que ella produjo globalmente fueron profundos, y sus consecuencias se observaron en las décadas siguientes. No en vano, la gran mayoría de intelectuales, desde Araquistáin a Eugenio d'Ors, volvieron a recordar estos años varias veces a lo largo de su vida. Anticipándose a una interpretación que han compartido Gerald Meaker y Francisco Romero Salvadó en 1949, en el exilio de Buenos Aires, Francisco Ayala publicó *La cabeza del cordero*, un conjunto de narraciones cuyo proemio planteaba que las divisiones ideológicas de la Guerra Civil habían tenido sus orígenes en la Primera Guerra Mundial, donde los “partidos diseñaron, en aquella España neutralizada, el tajo que más tarde escindiría a los españoles en dos bandos irreconciliables”.<sup>13</sup> A pesar de que resulta necesario matizar este planteamiento general en algunos aspectos —los alineamientos no coinciden en todos los casos con aquellos que se produjeron durante la dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República y, sobre todo, corren el riesgo de ignorar las heterogeneidades dentro de los grandes bloques germanófilo y aliadófilo—, no pueden dejarse de lado las huellas del conflicto europeo en una España que a pesar de que no tuvo los millones de ex-combatientes que nutrieron las diferentes propuestas de nacionalismo radical en Europa, vio cómo los discursos políticos, las lecturas de las opciones posibles frente a un régimen en crisis, y la necesidad de articular nuevas formulaciones para renovar las culturas políticas nacionalistas resultaron profundamente afectadas. No hubo un Estado en guerra ni unos esfuerzos bélicos que afectaran a la sociedad, pero existió una voluntad consciente para pensar el conflicto y posicionarse en consecuencia que, en su desarrollo, acabó por vincular estrechamente el pen-

samiento sobre el conflicto con la realidad política española y su renovación vital-nacional.

La guerra demostró que los intelectuales como colectivo debían ejercer su papel en estrecha relación con la política. Las sucesivas plataformas que se concretaron durante los cuatro años de conflicto *España*, la Liga Antigermanófila, la Union Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones mostraron una creciente conciencia de su papel determinante en la regeneración nacional de la misma forma que lo hicieron sus contemporáneos europeos. Entre los jóvenes de la llamada generación del '14 esta determinación fue más incondicional, mientras que en sus antecesores se limitó por momentos a la mera crítica cultural con el propósito de sacudir las conciencias de sus audiencias. Para los jóvenes, resultó posible y necesario influir en las líneas políticas del Estado, tal como afirmó repetidamente Ortega. La contaminación entre intelectualidad y política, de la cual, en opinión de Azaña, la III República francesa era el modelo a imitar, debía ser total, y el papel de los intelectuales, central en la reforma del Estado. El papel otorgado a la *intelligentsia* en la nueva política hizo que esta generación del '14 fuese la primera deliberada y orgánicamente política, la primera verdaderamente intelectual en el sentido que adquirió la palabra después del *affaire Dreyfus*. Sin embargo, esto no quiere decir que se produjera una ruptura generacional abrupta que pueda justificar una tajante esquematización entre una generación metapolítica, la del '98, y otra esencialmente política, la del '14. Los posicionamientos de Miguel de Unamuno y todas sus actividades durante los años de la Gran Guerra constituyen un ejemplo suficientemente ilustrativo de los peligros de taxonomías demasiado estrechas.<sup>14</sup>

El impacto de la guerra se produjo de manera gradual. Según sostuvo Luis Araquistáin en las primeras páginas de *Entre la guerra y la revolución*, se dividió en tres fases: primero el conflicto se siguió como si fuera un juego y la gente llegó incluso a hacer apuestas por el resultado; después, en 1915, los españoles comenzaron a tomar partido; y finalmente, hacia 1916, se produjo el estallido de la agitación y la movilización sobre la cuestión de la neutralidad. En las diferentes fases, todo el debate giró en torno a la posición neutral de los diferentes gobiernos que se sucedieron entre 1914 y 1918. Es éste un elemento clave para entender la relación estrecha entre el cuestionamiento de la posición frente a la guerra que comenzó a desarrollarse en 1915 y la crítica a los gobiernos y al propio régimen que tuvo lugar en 1917-1918.

Como parte de este desarrollo se produjo una revisión de una serie de conceptos que habían sido fundamentales en la configuración del pensamiento regeneracionista desde finales de siglo. Así lo mostró Ortega, quien se vio obligado a revisar su tan repetida idea de Europa como solución para la decadencia española. En el prólogo a la segunda edición de *España invertebrada*, publicada en octubre de 1922, afirmó que los años posteriores al conflicto europeo habían llevado a una profunda depresión de la potencialidad de las naciones europeas, que transitaban “el momento más grave de toda

<sup>13</sup> Citado en Javier Krauel, “Visión parcial del enemigo íntimo: La Gran Guerra como antesala de la Guerra Civil”, *Vanderbilt e-Journal of Luso-Hispanic Studies*, n° 5, 2009, en <http://ejournals.library.vanderbilt.edu/ojs/index.php/lusohispanic/article/view/3230/1439>; Gerald Meaker, “A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918”, en Hans Schmitt (ed.), *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988, pp. 1-6; y Francisco Romero Salvadó, *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002.

<sup>14</sup> Véase María Díaz Cristóbal, “¿La Generación clásica? Modernidad, modernismo y la generación del '14.”, *Historia y Política*, n° 8, 2002, pp. 143-165.

su historia”.<sup>15</sup> La imagen de las trincheras, que se había hecho habitual en sus meditaciones durante estos años, indicaba la influencia que había tenido la guerra en la trayectoria de un Ortega que, fiel a su optimismo, había tendido a adoptar un gesto de entusiasmo sin dejar de denunciar la crueldad de los frentes o de criticar la exaltación patriótica de un Max Scheler o de un Hermann Cohen. Con ese gesto de entusiasmo saludaba, también, al obrero-guerrero, nuevo protagonista social forjado en los campos de batalla que simbolizaba ya el principio de trabajo y el de la nación (personificando en el obrero el abnegado compromiso con la comunidad, y en el guerrero la ejemplaridad de los mejores que habían de organizar la nación).<sup>16</sup> Después de 1919, Europa había quedado extenuada y España ya no podía buscar la solución en ella. Al menos, no en el modelo de Europa diseñado antes de 1914.

La idealización de Europa como horizonte regenerador tendió a verse sensiblemente limitada durante los años de posguerra. Esto se produjo por dos razones: a nivel europeo, la creciente percepción de que la guerra había sido un auténtico desastre civilizatorio (que se extendió en Francia al compás de una creciente simpatía por un pacifismo intelectual que acabó por vincularse en no pocos casos con el bolchevismo, tal como mostró el grupo *Clarté*) y, a nivel local, la decepción por la escasa receptividad mostrada por las potencias vencedoras hacia los reclamos de democratización del sistema restauracionista. En Cataluña, vale la pena recordarlo, esta decepción se expresó también ante el fracaso de la política autonomista, que no contó con el esperado apoyo de Clemenceau.<sup>17</sup>

Tal como sucedió en el conjunto de los nacionalismos europeos durante las primeras décadas del XX, el binomio decadencia-regeneración constituyó una pieza esencial en la estructuración del nacionalismo español durante los años de la guerra. Durante este proceso, la posibilidad de convertir a España en una nación “vital” se modificó. En este marco se reformularon, a veces desde perspectivas antagónicas, antiguos proyectos políticos y nacionalizadores. La necesidad de una renovación del discurso nacional comenzó a tener en la crítica al régimen de la restauración y a la corona uno de sus puntos clave hacia 1917. Por ello, el debate se concentró alrededor de la intervención o la neutralidad, en el cuestionamiento del régimen que propugnaba el sector mayoritario de la aliadofilia, o la defensa del *statu quo* que sostenían los germanófilos. Por eso, también, la cuestión del republicanismo pudo ser mucho más que antes una vía de renovación del discurso nacional o, como ha escrito recientemente Àngel Duarte, una manera de liberar a España de sí.

<sup>15</sup> José Ortega y Gasset, “Prólogo a la segunda edición”, en *España invertida. Bosquejos de algunos pensamientos históricos*, Espasa, Madrid 2006 [1922], p. 35.

<sup>16</sup> Sabine Ribka, “Ortega y la ‘Revolución Conservadora’”, *Historia y política*, n° 8, 2002, pp. 184-186.

<sup>17</sup> Xosé Manoel Núñez Seixas, *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, Catarroja-Valencia, Afers-Universitat de València, 2010.



Víctor Rizo García  
Sin título [Zapatista]  
Xilografía, 28 x 22 cm. (2012)

# La sociología francesa y la Gran Guerra

Daniel Bernardo Sazbón\*

A mediados de los años '30, entrevistado por un colega norteamericano, Marcel Mauss trazaba un cuadro sobre el estado de la sociología francesa; ante la pregunta sobre dónde encontrar a los "jóvenes prometedores" en ese campo, su respuesta fue elocuentemente descorazonada:

resulta difícil encontrarlos, puesto que la generación de hombres que ahora tendría entre 40 y 60 años fue cortada por la guerra; casi una generación entera fue barrida. De unos 800 estudiantes de la *École Normale* más de 150 murieron. De los 8 *agrégés* a mi cargo, sólo dos sobrevivieron... la generación que nos siguió es prácticamente un espacio en blanco desde el punto de vista de su producción académica...<sup>1</sup>

Efectivamente, la Gran Guerra había tenido efectos particularmente trágicos sobre el grupo nucleado alrededor de Émile Durkheim, empezando por la desaparición de su fundador y principal figura. Su muerte y la de varios de sus colaboradores,<sup>2</sup> sumada a la resultante dispersión temática y sobre todo institucional de los sobrevivientes, afectaron decisivamente el panorama de la sociología francesa de las décadas posteriores; "sólo quedamos un puñado", escribía el mismo Mauss en 1925, lamentando que la guerra hubiera frustrado "lo que hubiera podido llegar a ser lo que se ha convenido en llamar la Escuela Francesa de Sociología".<sup>3</sup>

Si bien este desolador panorama dista de ser excepcional, tanto en comparación con los efectos de la matanza en los estudiantes y profesionales de otras disciplinas universitarias,<sup>4</sup> como en rela-

ción con lo ocurrido en otros de los países involucrados en la conflagración,<sup>5</sup> todos ellos sacudidos por una similar sangría de los jóvenes miembros de sus élites intelectuales,<sup>6</sup> existen ciertas particularidades que hicieron del espacio sociológico francés un campo más sensible que otros a las secuelas más amargas del conflicto. La mayor fragilidad de una disciplina reciente, que contaba con poco más de dos décadas de inserción en el sistema académico francés para el momento del estallido del conflicto,<sup>7</sup> las resistencias que debió enfrentar por parte de los sectores intelectuales más tradicionalistas, su concomitante dependencia de su capacidad de inserción en variados espacios institucionales, atada a vínculos personales por naturaleza inestables y perecederos, y por último, la existencia de proyectos y orientaciones concurrentes respecto al sentido que debía tener la naciente "ciencia de las sociedades",<sup>8</sup> son algunas razones que permiten explicar las mayores dificultades que encontrará la sociología francesa para poder recuperar su impulso una vez que se hubieron silenciado los estruendos de las tempestades de acero.<sup>9</sup>

<sup>5</sup> Cfr. la comparación de Aubin con las cifras de universitarios muertos en Cambridge y Harvard; Aubin, *op. cit.*

<sup>6</sup> "Jamais dans l'histoire des peuples on n'a vu un tel sacrifice de l'élite", *Le livre français pendant la Grande Guerre*, Lyon, 1916.

<sup>7</sup> Si se cuenta desde el nombramiento de Durkheim en la marginal universidad de Burdeos en 1887; pero recién en 1902 lograría desembarcar en la Sorbona parisina, para ocupar la cátedra de Ciencia de la Educación. Y aún habrá que esperar hasta la víspera misma de la guerra para que el curso pueda incluir el término "sociología", cuando en 1913 se pase a llamar "Ciencia de la Educación y Sociología".

<sup>8</sup> Simplificando un paisaje más complejo, además de la representada por Durkheim, podemos identificar en el espacio intelectual francés de fin del XIX a tres grandes direcciones en competencia acerca del sentido que debía darse a la sociología: el grupo de Frédéric Le Play, vinculado ideológicamente al catolicismo social y agrupado en espacios como la revista *La réforme sociale*; el de René Worms, más afín a un positivismo organicista (aunque esto se modificará hacia el fin de siglo), y que logró cierto grado de institucionalización en espacios como el *Institut International de Sociologie*, que publicaba la *Revue internationale de sociologie*; y el proyecto individual y más difícil de clasificar de Gabriel Tarde, originariamente vinculado a los estudios de criminalística pero con una rápida proyección en la esfera pública a partir de sus trabajos y colaboraciones en congresos, aunque con nula capacidad de traducción institucional. Cfr. Pablo Nocera, "En los intersticios de las disciplinas. Gabriel Tarde y los orígenes de la sociología francesa", presentación a Gabriel Tarde, *Las leyes de la imitación y La Sociología*, Madrid, CIS, 2012, pp. 13-118.

<sup>9</sup> Existe abundante bibliografía acerca del difícil y penoso proceso de institucionalización de la sociología como disciplina académica; cfr. Terry Clark, *Prophets and Patrons: The French University and the emergence of the social sciences*, Cambridge, Harvard University Press, 1973; Victor Karady,

\* UBA / UNAJ

<sup>1</sup> Stephen O. Murray, "A 1934 Interview with Marcel Mauss", *American Ethnologist*, n° 16, febrero de 1989, p. 1. La entrevista fue realizada por el profesor de sociología Earle Edward Eubank.

<sup>2</sup> En la necrológica colectiva publicada en 1925, en el primer número de la nueva época de *L'Année sociologique*, Mauss enumeraba a Henri Beuchat, Robert Hertz, Maxime David, Reynier, Bianconi, Gelly, Vacher, Laffitte, Chaillie, Huvelin, y por supuesto a André Durkheim y a su padre; Marcel Mauss, "In memoriam. L'œuvre inédite de Durkheim et de ses collaborateurs", *L'Année sociologique*, Tomo I, 1923-1924, Félix Alcan, p. 20 y ss.

<sup>3</sup> Mauss, *op. cit.*

<sup>4</sup> Como, por ejemplo, las matemáticas; cfr. David Aubin, "L'élite sous la mitraille: les mathématiciens normaliens 'morts pour la France', 1914-1918", en Suzanne Féry (dir.), *Aventures de l'analyse de Fermat à Borel. Mélanges en l'honneur de Christian Gilain*, Presses Universitaires de Nancy, Nancy, 2012, pp. 681-706.



Del mismo modo, algunas de las estrategias empleadas por el grupo durkheimiano en este proceso de inserción y competencia al interior del campo también permiten explicar el elevado grado de involucramiento de sus miembros en el conflicto, que supuso no sólo la partida de los miembros más jóvenes al frente de batalla,<sup>10</sup> sino también la activa participación de los mayores en el "frente doméstico", donde colaboraron en tareas de organización y propaganda.<sup>11</sup> La directa vinculación que establecieron desde temprana fecha entre la institucionalización de la disciplina y su función político-ideológica, tanto como instrumento de conocimiento para comprender la naturaleza de la sociedad francesa como sobre todo en cuanto herramienta de intervención sobre la misma, es decir, tanto para detectar los obstáculos que encontraba la realización plena de los ideales republicanos que buscaban arraigarse desde 1870, como para operar sobre ellos para acotarlos y disolverlos, implicaron que los lazos entre el proyecto encarnado en la figura de Durkheim y el sistema político y cultural de la III República fueran sentidos con particular intensidad por parte de sus adherentes, del mismo modo en que lo serán posteriormente por gran parte de sus críticos, y distinguían nítidamente en este punto a este núcleo de sus rivales en la disputa al interior del campo.<sup>12</sup> La participación de gran parte de su elenco en las filas *dreyfusards* (en particular la del propio Durkheim) en los últimos años del siglo es reveladora de esta afinidad, así como simétricamente lo serán en los años venideros las acerbias críticas que recibirán por parte de autores como Paul Nizan y Julien Benda.<sup>13</sup>

Una triste paradoja (en rigor sólo aparente) en este sentido es que esta fuerte vinculación de la sociología durkheimiana con las "pasiones políticas" del momento que les impugnarán retrospectivamente Benda, así como su adscripción plena y decida a la defensa de los valores culturales y políticos que consideraban expresión de la nación francesa, explican no sólo gran parte de las resistencias que encontró en su camino, por parte de quienes impugnaban ambas asunciones, sino también el grado en el que se vieron involucrados en la contienda bélica en 1914. Por un lado, porque frente a la equivalencia sostenida entre "republicanismo" y "Francia" (y entre ambos términos y "sociología"), gran parte de sus opositores rechazarán la escuela de Durkheim tanto en base a sus valores políticos como en cuanto a la pertinencia de los mismos en la tradición nacional, impugnaciones que se hicieron par-

ticularmente explosivas en la primera década del siglo, con el avance en la arena pública de espacios que recusaban un conjunto de valores centrales para la ideología republicana (laicismo, igualitarismo, racionalismo, etc.) que para muchos van a condensarse perfectamente en la figura del enérgico profesor alsaciano; para el agresivo nacionalismo católico antirrepublicano, la sociología durkheimiana (cuando no la sociología *tout court*) será ajena a la nación francesa, tanto en sus fundamentos culturales como en sus formas políticas.

Esta ajenidad puede serle imputada al grupo durkheimiano por distintas vías, desde las que identifican en la base de sus ideas la presencia de Kant, filosófica y religiosamente hostil a la tradición francesa (es decir, católica),<sup>14</sup> hasta los que más o menos veladamente harán referencia a las raíces judías del autor de *El Suicidio*, especialmente, por razones obvias, en la época del *affaire* Dreyfus, pero con particular intensidad en los períodos cercanos a las guerras de 1870 y 1914, cuando se solapan con la denuncia de las raíces "alemanas" de su pensamiento.<sup>15</sup>

Si esta imputación acerca del carácter importado de la sociología durkheimiana no hacía más que colocar en un distrito novedoso una ubicua y antigua preocupación acerca de las relaciones entre el pensamiento francés y su contraparte germánica, se veía reactivada en un contexto donde el nacionalismo integrista será un vector privilegiado para la oposición al régimen político, y en el cual por consiguiente todo señalamiento acerca de los vínculos entre el elenco gobernante y el "enemigo alemán" tenía una utilidad evidente: la aparición de la *Action française* en 1898 y las obras de dos de sus principales animadores, como Charles Maurras y Léon Daudet, alertando contra el peligro de la presencia de intereses e ideas vinculadas al mundo germánico en el seno de la sociedad francesa, es suficiente ilustración de los carriles por los que circulaba la discusión política del momento, al igual que las dos encuestas que buscaban mensurar la "influencia alemana" en la cultura francesa.<sup>16</sup>

<sup>10</sup> "Durkheim, les sciences sociales et l'Université: bilan d'un semi-échet", *Revue française de sociologie*, Vol. 17, n° 2, abril-junio 1976, pp. 267-311; y George Weisz, "Le corps professoral de l'enseignement supérieur et l'idéologie de la réforme universitaire en France, 1860-1885", *Revue française de sociologie*, Vol. 18, n° 2, abril-junio 1977, pp. 201-232.

<sup>11</sup> En un sentido bastante elástico del término: Mauss, con 41 años, pelea en el frente durante todo el transcurso de la guerra; lo mismo ocurre con Paul Fauconnet (40) y Maurice Halbwachs (37).

<sup>12</sup> Entre ellos, desde luego, el propio Émile Durkheim.

<sup>13</sup> Ni en René Worms ni en Gabriel Tarde, por nombrar a los principales exponentes de la sociología no-durkheimiana del último cuarto del siglo XIX, tendrán una afinidad tan estrecha con el proyecto republicano. Los miembros de la escuela de Le Play, por su parte, eran directamente hostiles a gran parte de los postulados de la República.

<sup>14</sup> Paul Nizan, *Les chiens de garde*, París, 1932 [Los perros guardianes, Madrid, Fundamentos, 1973]; Julien Benda, *La trahison des clercs*, 1927 [La traición de los intelectuales, Buenos Aires, Ediciones Efecé, Biblioteca de Sociología, 1974].

<sup>14</sup> Cf. Martha Hanna, "Contre Kant et la Kultur. La critique culturelle de l'Action française pendant la Grande Guerre", Olivier Dard, Michel Leymarie y Neil McWilliam (dirs.), *Le maurrassisme et la culture. L'Action française, culture, société, politique (III)*, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2010, pp. 121-130.

<sup>15</sup> Las referencias a los judíos como "alemanes interiores" eran frecuentes en los medios nacionalistas, particularmente a partir de la difusión de la tesis de los "estados confederados" que conspiran con el extranjero desde el interior de las fronteras del país: judíos, protestantes, masones y extranjeros. En noviembre de 1915 el periódico *La libre parole* llamó a Durkheim "Boche à faux nez, qui représente le *Kriegsministerium* dont les agents pullulent en France"; cfr. Karady, *op. cit.*, y Philippe-E. Landau "La communauté juive de France et la Grande Guerre", *Annales de démographie historique*, Vol. 1, n° 103, 2002, pp. 91-106. La acusación de *Libre parole* sirvió para que un senador derechista, Adrien Gaudin de Vilaine (que ese mismo año publicaría *L'espionnage allemand en France*), requiriese que se revisara la documentación de Durkheim como parte de los "franceses de origen extranjero"; cf. Steven Lukes, *Émile Durkheim. Su vida y su obra*, Madrid, Siglo XXI – CEIS, 1984 [original inglés, 1973].

<sup>16</sup> "Un enquête franco-allemande", *Mercure de France*, abril, 1895; y "Enquête sur l'influence allemande", *Mercure de France*, noviembre, 1902. El deslizamiento en los títulos de ambas encuestas es revelador acerca de la mutación en el ambiente político-intelectual francés de comienzos de siglo. Destaquemos que entre los consultados en la encuesta de 1902 figura Émile Durkheim.

La referencia alemana ocupó un lugar central en las reformas en el sistema de educación e investigación emprendidas por parte del gobierno republicano en los años '80, y que como se vio encontraban en la sociología durkheimiana una de sus formas de condensación más visibles. Efectivamente, al prestigio del que gozaba el sistema universitario alemán desde mediados del XIX, se le sumaba la operación que buscaba legitimar un nuevo sistema de referencias intelectuales que se quería desmarcar del tradicional.<sup>17</sup> Este mecanismo, notorio ya en el medio francés desde su utilización por parte de figuras como Victor Cousin y François Guizot, se actualizará en el contexto de la III República. Si por un lado en figuras como Émile Boutroux y sobre todo Charles Renouvier la filosofía kantiana servirá para sostener los fundamentos teóricos del sistema republicano,<sup>18</sup> por el otro la derrota sufrida en la guerra del '70, vista por muchos como la traducción en el terreno militar de la superioridad alcanzada en el cultural,<sup>19</sup> se traducirá en el impulso a las reformas pedagógicas y académicas que tomarán al sistema de educación superior del otro lado del Rin como modelo a emular, proporcionando al mismo tiempo un espacio alternativo de autores y perspectivas que servirá de referencia para los jóvenes investigadores y educadores formados en los años '80 y '90.

El caso de la sociología durkheimiana será en esto ejemplar: los viajes a Alemania serán la norma, empezando por Durkheim (cuyas primeras publicaciones serán reseñas de autores como Schaeffle, Gumplowicz, Schmoller o Wund), y siguiendo con otras figuras como Marcel Mauss, Célestin Bouglé, François Simiand y Maurice Halbwachs; además, cuando comiencen a publicar el que será su principal órgano editorial, *L'Année sociologique* (expresión del proyecto colectivo y espacio de explicitación del *canon* propuesto para la disciplina, con la correspondiente distribución de gracias y condenas), será notable como las reseñas y menciones a figuras alemanas superarán con mucho en número y proporción a lo que podía encontrarse en las publicaciones similares de grupos como los leplayistas o la *Revue internationale de sociologie*, en las que las referencias eran preponderantemente francesas. Como ocurría en otras áreas que experimentaban un similar proceso de modernización temática e institucional, la remisión al espacio alemán era la regla para quienes querían fundar en ella un nuevo patrón de legitimidad.<sup>20</sup>

No es de extrañar por lo tanto que en la década anterior a la guerra, precisamente cuando más logró avanzar la institucionaliza-

ción de la sociología durkheimiana en la universidad francesa, y al mismo tiempo cuando con mayor fuerza surgían las voces del nacionalismo católico antirrepublicano, los ataques contra el grupo durkheimiano ganaran en virulencia y publicidad. El escenario abierto a la salida del caso Dreyfus, sumado a la prolongación y profundización de las reformas llevadas adelante por el gobierno republicano en el sistema educativo,<sup>21</sup> contribuyeron a acentuar la movilización del mundo intelectual, proporcionándole consignas unificadoras al heterogéneo bloque tradicionalista en la defensa de la "cultura francesa" frente a las nuevas orientaciones de pensamiento favorecidas por los sectores más reformistas del gobierno. La sociología, particularmente la durkheimiana, estará en el centro del ataque de un conjunto de intervenciones sostenidas en un amplio andamiaje de posiciones mixturadas con énfasis variable: espiritualismo, clericalismo, chauvinismo, clasicismo, antipositivismo, nacionalismo, etc.

Dos ejemplos son particularmente significativos en este sentido: el primero tuvo lugar en las páginas de la *Revue néo-scholastique* (título que exige de aclaración acerca de su inscripción en el mundo cultural y político francés), cuando el sacerdote belga Simon Deploige publicó una serie de artículos entre 1905 y 1907 con el título colectivo "Le conflit de la morale et de la sociologie"; en ellos, la denuncia del "asalto general" contra la filosofía moral tradicional por parte de la sociología lleva al filósofo neotomista a explicar el origen alemán del "realismo social" durkheimiano, y a la derrota de 1870 como clave explicativa de esta "invasión" de productos de cuño germánico.<sup>22</sup> Las dos cartas de respuesta que envía Durkheim a la revista, defendiéndose de esta "argumentación tendenciosa" y colocando su obra en línea con la de predecesores como Comte, Spencer y Espinas, son reveladoras acerca de la sensibilidad de su autor para percibir el peligro que significaba para su proyecto dejar sin contestación este tipo de acusaciones.<sup>23</sup> La otra manifestación del modo en que el rechazo a las reformas modernizadoras republicanas se anudaba a la agitación chauvinista con-

<sup>17</sup> Michel Espagne y Michael Werner, "La construction d'une référence culturelle allemande en France: genèse et histoire (1750-1914)", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, Vol. 42, n° 4, 1987, pp. 969-992.

<sup>18</sup> William Logue, *Charles Renouvier. Philosopher of Liberty*, Baton Rouge-Londres, Louisiana University Press, 1993; más en general, cfr. Claude Nicolet, *L'idée républicaine en France. Essai d'histoire critique*, Paris, Gallimard, 1982.

<sup>19</sup> "La victoire de l'Allemagne a été la victoire de la science... Si nous voulons nous relever de nos désastres, imitons la conduite de la Prusse. L'intelligence française s'est affaiblie; il faut la fortifier. Notre système d'instruction, surtout dans l'enseignement supérieur, a besoin de réformes radicales", Ernest Renan, *La réforme intellectuelle et morale de la France, 1871 [La reforma intelectual y moral]*, Barcelona, Península, 1972.

<sup>20</sup> Al respecto, cfr. Victor Karady, "Stratégies de réussite et modes de faire-valoir de la sociologie chez les durkheimiens", *Revue française de sociologie*, Vol. 20, n° 1, 1979, pp. 49-82.

<sup>21</sup> Se trata en rigor de distintos conjuntos de propuestas presentadas a lo largo de la primera década del siglo, que terminaron superpuestas en las consideraciones de sus opositores: por un lado, una disminución en el peso del estudio de las "lenguas clásicas" en los estudios secundarios (en los *lycées*) y universitarios (en la Facultad de Letras); por el otro, la modernización de la gramática francesa, con el objeto de disminuir su complejidad y arbitrariedad para volverla más accesible para la mayor parte de las personas; finalmente, el relajamiento en los requisitos para la admisión a las facultades de Ciencias y de Letras del diploma en latín. Cfr. Christophe Charle, "Ferdinand Brunot et la défense des modernes. Langue et patrie", comunicación presentada en la Jornada de Estudios de París-IV, junio de 2005; Gisèle Sapiro, "Défense et illustration de 'l'honnête homme'. Les hommes de lettres contre la sociologie", *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 153, 2004, pp. 11-27.

<sup>22</sup> "D'où vient cette invasion ou plutôt cette importation allemande? Elle est peut-être un résultat de la guerre de 1870. Au lendemain de la paix de Francfort, les Français se tournèrent vers l'Allemagne pour lui demander les causes de sa supériorité... Et de jeunes Français s'en allèrent au pays du vainqueur étudier l'organisation des Universités et suivre les cours... Quand son tour fut venu... M. Durkheim suivit le courant", Simon Deploige, "Le conflit de la morale et la sociologie", *Revue néo-scholastique*, n° 12-15, 1905-1908. Significativamente, Deploige señala a Georg Simmel como inspirador de las ideas principales de Durkheim.

<sup>23</sup> "Rien de plus inexact que d'attribuer à l'influence de Schaeffle la conception que M. Deploige appelle le réalisme social. Elle m'est venue en droite ligne de Comte, de Spencer et de M. Espinas que j'ai connus bien avant de connaître Schaeffle". Émile Durkheim, "Deuxième lettre", *Revue néo-scholastique*, 08/11/1907.



tra la penetración de ideas extranjeras la proporciona el conjunto de artículos aparecidos en el *Mercure de France* en 1910 firmados por el seudónimo "Agathon",<sup>24</sup> en los que se ponían en cuestión el perfil de la "nueva Sorbona" que resultaba de las reformas republicanas, consecuencia del "culto a la ciencia germánica" y por lo tanto ajeno a "las cualidades propias de nuestra raza"; como ejemplo más acabado de este modelo educativo se citaba en extenso a la "estrecha" sociología durkheimiana, que encarnaría el ideal "mediocremente utilitario" de la división del trabajo.<sup>25</sup>

Más allá de los rasgos particulares de la escena francesa, lo cierto es que el elevado compromiso que tendrá el grupo durkheimiano con el sistema político gobernante para el momento en que empezaron a sonar los rumores de guerra no fue demasiado distinto al que pudo apreciarse en otros de los países que participaron del conflicto; la "guerra de manifiestos" que se desató entre los intelectuales y académicos de las naciones en lucha en los primeros meses de la contienda es reveladora no sólo de la penetración de las ideas y sentimientos chauvinistas y jingoístas en las distintas capas sociales europeas y norteamericanas, sino también del grado de imbricación existente entre el mundo universitario y cultural y los aparatos estatales que los sostenían. Quizás el mejor ejemplo en este sentido sea, precisamente, el caso alemán, donde la centralidad del Estado en el proceso de modernización económica, política y cultural de la nación, así como el lugar privilegiado del sistema educativo para la conformación de una "burguesía" que debía su posición social más a la posesión de ciertos valores culturales que garantizaba y perpetuaba tal sistema que a la actividad económica independiente, llevó a que los académicos se vieran a sí mismos como parte crucial de la defensa de los intereses nacionales, al tiempo que se le prestaba una atención mayor a las especificidades locales que lo que ocurría con sus contrapartes inglesas o francesas.

Las diversas modulaciones del pensamiento romántico, como las reflexiones acerca de la oposición entre *Kultur* y *Zivilisation*, tendrán una presencia duradera en la producción teórica alemana, particularmente en el campo de las ciencias sociales, donde la distinción entre los modelos "orgánicos" y "mecánicos" de lazos sociales irradiará sus efectos hasta bien entrado el siglo XX; sin ellas sería imposible pensar las producciones de las distintas variantes de "escuelas históricas" (en economía, sociología o derecho), con figuras como Schmoller, Savigny o Tönnies. Pocos textos ilustran tan bien esta percepción del lugar que le corresponde al académico en relación con los intereses nacionales, que la *Antrittsrede* pronunciada por Weber en Friburgo en 1895,<sup>26</sup> una suerte de *pendant*

de la impartida por Heidegger en el mismo sitio, casi 40 años después; más en general, la entera sociología weberiana, y en cierto sentido, la sociología alemana como un todo, es impensable sin referir a esta aguda conciencia de su politicidad ingénita.

Estas construcciones especulares se mirarán extrañadas una vez que "el incendio que cubrió el bosque europeo comenzó a llamear", desconociendo hasta qué punto los unía un mismo patrón de relaciones con el sistema político de sus países, más allá de las evidentes distancias que los oponían en virtud del sistema de valores en el que se sostenía cada uno de ellos. Si en el caso alemán la tarea autoimpuesta para el cientista social apuntaba a velar por los intereses nacionales, entendidos en función de la capacidad del Estado para aumentar su potencia y fortalecer su soberanía interna y externa, en el caso francés las distintas valencias de esas coordenadas (republicanismo, libertad, democracia, universalismo) no impedirá que exista una similar sensibilidad hacia el papel del intelectual en la defensa de las mismas. El propio Durkheim lo ha expresado como pocos en su curso de 1913, cuando señaló al "interés nacional" como una de los motivos detrás de su defensa del racionalismo, "base esencial de la cultura francesa", contra el "peligro" de la irrupción de la filosofía pragmática.<sup>27</sup>

Cuando los primeros disparos de 1914 se escucharon, el universo académico de cada lado del Rhin se vio arrastrado a una tarea militante en favor de cada uno de los extremos de esta polarización. En Gran Bretaña, una fuerte campaña siguió a la invasión alemana de Bélgica, y en particular luego de la destrucción de la biblioteca de la universidad de Lovaina, presentada como ejemplo supremo de la contradicción entre el militarismo prusiano y la cultura clásica europea.<sup>28</sup> Frente a esto, una gran parte de los intelectuales y académicos alemanes, reaccionaron contra las "mentiras y calumnias" acerca de las responsabilidades últimas de la guerra: tal reacción se tradujo en la producción de una serie de manifiestos, de los cuales el más conocido fue el "Llamamiento al mundo de la cultura" o "Manifiesto de los 93",<sup>29</sup> en el que científicos y académicos cerraban filas con la causa de Alemania en la guerra.<sup>30</sup> Esta proyección del *Augusterlebnis* en el mundo inte-

<sup>24</sup> Bajo el cual se ocultaban Alfred de Tarde (hijo del sociólogo Gabriel Tarde, quien se había enfrentado áspicamente con Durkheim) y Henri Massis.

<sup>25</sup> Los artículos fueron compilados en Agathon, *L'esprit de la Nouvelle Sorbonne. La crise de la culture classique, la crise du français*, París, Mercure de France, 1911. En la misma dirección que "Agathon", el nacionalista Pierre Lasserre pronuncia una serie de conferencias (luego reunidas en *La doctrine officielle de l'Université. Crique du haut enseignement de l'état, défense et théorie des humanités classiques*, 1912) denunciando las ideas protestantes, judías e izquierdistas en La Sorbona: "Durkheim [nous offre] un type de pensée, ou plutôt de non-pensée, fort répandu chez les philosophes universitaires... cette double servitude au panthéisme germanique et au mysticisme révolutionnaire". Cfr. Gisèle Sapiro, *op. cit.*

<sup>26</sup> "El Estado nacional y la política económica", en Max Weber, *Escritos políticos*, Madrid, Alianza, 1991, pp. 63-100.

<sup>27</sup> "C'est... un intérêt national. Toute notre culture française est à base essentiellement rationaliste... Une négation totale du Rationalisme constituerait donc un danger: ce serait un bouleversement de toute notre culture nationale. C'est tout l'esprit français qui devrait être transformé si cette forme de l'irrationalisme que représente le Pragmatisme devait être admise". Durkheim, *Pragmatisme et sociologie*, Paris, Vrin, 1955.

<sup>28</sup> La invasión de Bélgica, un país cuya neutralidad estaba supuestamente garantizada desde hacía casi un siglo por el Tratado de Londres de 1839, y las supuestas atrocidades cometidas por las tropas alemanas, dio sustento a una poderosa campaña en la prensa británica en favor de la declaración de guerra contra Alemania. Cfr. Alexandr N. Dmitriev, "La mobilisation intellectuelle. La communauté académique internationale et la Première Guerre mondiale", *Cahiers du monde russe*, Vol. 43, n° 4, 2002, pp. 617-644.

<sup>29</sup> El "Manifiesto" está fechado en octubre de 1914, aunque fue redactado en septiembre; fue precedido por la "Declaración de los Profesores Universitarios del Reich", firmado por cerca de 4000 docentes, y sucedido por la "Declaración de las Universidades Alemanas", presentada por todos los rectores universitarios. Cfr. Dimitriev, *op. cit.*

<sup>30</sup> Entre los firmantes había físicos como Planck y Roentgen, filósofos (Windelband), economistas (Brentano, Schmoller), psicólogos (Wundt), his-

lectual se cristalizó en los meses siguientes en la formulación de las “Ideas de 1914”, condensadas en principios esencialmente alemanas como orden, unión nacional y libertad interiores, enfrentados al mercantilismo británico, la superficialidad francesa o el despotismo ruso; esta contraposición entre la tríada “ley, orden y deber” y la ya caduca “libertad, igualdad, fraternidad” es evidente en las obras de Plenge, Kjellen o Troeltsch, sus principales exponentes, pero también puede apreciarse en las de Scheler, Sombart, Troetsch o Natorp.<sup>31</sup> Era la *Krieg der Geister*, el conflicto entre dos concepciones del mundo.<sup>32</sup>

Es claro que no todo el mundo intelectual alemán se dejó arrastrar del mismo modo por el entusiasmo belicista, pero lo cierto es que, más allá de las gradaciones que no tardaron en aparecer —entre quienes con más entusiasmo abrazaron la guerra, como Sombart y Tönnies, y aquellos cuya prudencia los hizo mantenerse algo más al margen, como Simmel y Weber—,<sup>33</sup> y a la también rápida aparición de una respuesta por parte de quienes eran más refractarios al conflicto, como el “Llamamiento a los europeos” de Georg Nicolai y Albert Einstein,<sup>34</sup> en los países beligerantes se prefirió ver más homogéneamente el panorama de las relaciones entre la cultura alemana y el militarismo que había desencadenado la guerra, y las respuestas al “Manifiesto” no se hicieron esperar.<sup>35</sup> Incluso quienes más esfuerzos hacían para permanecer “*au-dessus de la mêlée*” y evitaban identificar al pueblo alemán con los “bárbaros”, intentando escapar a la “cultura de guerra” que se impone ahogando toda disidencia,<sup>36</sup> no dejaban de indignarse con el testimonio de las atrocidades cometidas contra “el pequeño pueblo belga, inocente e infortunado”.<sup>37</sup>

toriadore (Lamprecht, Meyer), etc. También firmaron artistas, músicos (como el compositor Engelbert Humperdinck) y políticos.

<sup>31</sup> Rudolph Kjellen, *Die Ideen von 1914: eine weltgeschichtliche Perspektive*, 1915; Johann Plenge, *1789 und 1914: Die symbolischen Jahre in der Geschichte des politischen Geistes*, 1916; Ernst Troeltsch, *Die Ideen von 1914*; Werner Sombart, *Händler und Helden*, 1915; Max Scheler, *Der Genius des Krieges und der Deutsche Krieg*, 1915. Ver: Jeffrey Verhey, *The Spirit of 1914. Militarism, Myth, and Mobilization in Germany*, Melbourne, Cambridge University Press, 2000.

<sup>32</sup> Hermann Kellermann, *Der Krieg der Geister*, 1915; escrita al calor de los acontecimientos, se trata de la primera obra que intenta analizar la respuesta de la comunidad académica internacional al conflicto de 1914; cfr. Chagnon, *op. cit.*

<sup>33</sup> Hans Joas, “The Classics of Sociology and the First World War”, *Thesis Eleven*, n° 27, 1990, 101-124.

<sup>34</sup> El *Aufruf* de Nicolai y Einstein tuvo sin embargo un eco muy limitado entre la intelectualidad alemana; cfr. Dimitriev, *op. cit.* Véase también la tesis inédita de Marie-Eve Chagnon, “Le Manifeste des 93: la nature de la mobilisation intellectuelle allemande au déclenchement de la Grande Guerre (1914-1915)”, Université du Québec à Montréal, 2007.

<sup>35</sup> Sobre las respuestas en Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia y Francia, cfr. Dimitriev, *op. cit.*

<sup>36</sup> La expresión “cultura de guerra”, originariamente debida a Georges Mosse, ha sido desarrollada en las últimas décadas por el grupo de historiadores nucleados alrededor de Jean-Jacques Becker y Stéphane Audoin-Roussseau y el “Historial de la Grande Guerre” de Péronne, y comprende además a autores como Annette Becker, Christophe Prochasson y John Horne. Sobre los debates al respecto, cfr. Élise Julien, “A propos de l'historiographie française de la première guerre mondiale”, *Labyrinthe*, n° 18, 2004, pp. 53-68.

<sup>37</sup> “Lettre ouverte a Gerhart Hauptmann”, en Romain Rolland, *Au-dessous de la mêlée*, 1915 [EL Espíritu libre. Por encima de la contienda, Buenos Aires, Hachette, pp. 45-47]. Significativamente, el mismo Henri Massis que como parte de “Agathon” había atacado a Durkheim, escribió ese mismo año el panfleto “Romain Rolland contre la France”; cfr. Ruth Amossy, “Dialoguer au coeur du conflit? Lettres ouvertes franco-allemandes, 1870-1914”, en *Mots. Les langages du politique* n° 76, 2004.

En el caso francés esta perspectiva esencialista, que como vimos hundía sus raíces en una lectura que por lo menos desde comienzos del siglo señalaba los rasgos más indigeribles del pensamiento alemán para la cultura francesa, llevaron a que la reacción fuera inmediata y que contara con un decisivo apoyo estatal; republicanism francés y militarismo alemán cristalizaron en dos polos cuyos oposición irreductible quedó de manifiesto cuando Bergson afirmara que era tarea de la Academia afirmar lo que era evidente para todos: que “la lucha contra Alemania era la lucha misma de la civilización contra la barbarie”.<sup>38</sup> Además de la aparición de un “contramanifiesto” firmado por un centenar de figuras de la cultura francesa,<sup>39</sup> se organizó el Comité de Estudios y Documentación sobre la Guerra, organismo oficial que bajo la dirección del historiador Ernest Lavisse<sup>40</sup> produjo una enorme cantidad de documentos que apuntaba a demostrar la “culpabilidad” alemana en el inicio de las hostilidades, poniendo el acento en la naturaleza expansionista e imperialista del pensamiento alemán, a partir de detectar ciertos núcleos de irradiación de estas ideas (pangermanismo, militarismo, etc.).<sup>41</sup> La *Krieg der Geister* encontró rápidamente su simétrica *guerre des esprits*.

Fue en esta tarea del “frente doméstico” del conflicto donde se hizo notar la participación de los sociólogos franceses que por su edad no fueron movilizados al frente, en particular la de Émile Durkheim. Además de otras muchas funciones en la defensa nacional, que terminaron de desgastar su ya maltrecha salud,<sup>42</sup> fue la verdadera fuerza propulsora del Comité de Lavisse,<sup>43</sup> del que habría sido el impulsor y uno de sus miembros más activos. Desde allí, además de redactar varias de las *Lettres a tous les français* con las que el Comité buscaba mantener el ánimo y la confianza de la población civil, Durkheim escribió dos trabajos,<sup>44</sup> en los que buscaba desnudar las raíces del belicismo agresivo del Reich en un “alma alemana” de las que derivaba, un verdadero “sistema moral y mental” que encontraría su formulación más acabada en la obra de un historiador como Treitschke, condensada en su lema

<sup>38</sup> “La lutte engagée contre l'Allemagne est la lutte même de la civilisation contre la barbarie. Tout le monde le sent. Mais notre Académie a une autorité particulière pour le dire”. Henri Bergson, discurso en la Académie des Sciences Morales et Politiques, 7 de agosto de 1914; en Émile Hinzelin, *Histoire illustrée de la Guerre du Droit*, París, 1916. Digamos por otra parte que la reacción antigermana no se limitó a los círculos de intelectuales vinculados con el gobierno o afines a sus ideas republicanas; una similar respuesta pudo verse en los espacios católicos más tradicionalistas, y, como era de esperarse, en la *Action française*; cfr. Chagnon, *op. cit.*

<sup>39</sup> Como Boutroux, André Gide, Paul Claudel, Henri Matisse y Anatole France.

<sup>40</sup> Además de Lavisse, en el Comité figuraban otros historiadores como Charles Seignobos y Ernest Denis, filósofos como Charles Andler, Bergson y Boutroux, matemáticos, lingüistas, juristas, etc. Su secretario fue Émile Durkheim.

<sup>41</sup> Los nombres de algunos de estos textos eximen de comentarios: “Le pangermanisme, ses plans d'expansion allemande dans le monde”, “Comment l'Allemagne essaie de justifier ses crimes”, “La violation de la neutralité belge et luxembourgeoise par l'Allemagne”, etc.

<sup>42</sup> Steven Lukes lista más de diez comités y asociaciones en las que participó Durkheim en el período 1914-1916; cfr. Lukes, *Émile Durkheim. Su vida y su obra*, *op. cit.*

<sup>43</sup> Sobre el papel de Durkheim en el Comité, cf. Éric Thiers, “Droit et culture de guerre 1914-1918. Le Comité d'études et documents sur la guerre”, *Mil neuf cent. Revue d'histoire intellectuelle*, n° 23, 2005, pp. 23-48.

<sup>44</sup> *Qui a voulu la guerre? Les origines de la guerre d'après les documents diplomatiques*, en colaboración con Denis y L'Allemagne au-dessus de tout. La mentalité allemande et la guerre, ambos de 1915.





"*Der Staat ist Macht*", expresión última de la subordinación de las libertades civiles al interés supremo del Estado, entendido como "potencia" y colocado por la misma razón por encima de la moral, las leyes internacionales y la sociedad civil, lo que constituiría para el sociólogo alsaciano un caso indudable de "patología social".<sup>45</sup> Singular efecto de la "cultura de guerra", el que un autor que no dudó nunca en reconocer su deuda con las ciencias sociales alemanas, a las que veía como verdadera fuente de iluminación, a las que acudía para fundar su reflexión sociológica,<sup>46</sup> y que señalara en buena parte de sus obras la admiración por la centralidad de la vida asociativa en la cotidianidad del mundo de los estudiantes alemanes, frente al "individualismo salvaje" francés,<sup>47</sup> ahora tuviera conceptos similares a los que venían produciendo desde hacía más de una década los adversarios declarados de la sociología "alemanizante".<sup>48</sup>

Por otro lado, los títulos muestran un dato significativo, y es que el involucramiento de los sociólogos durkheimianos en el esfuerzo bélico se expresó o bien en su participación directa en el frente de guerra, o bien en la producción de textos de propaganda, pero no en las elaboraciones que correspondan más plenamente a su especialidad, como queda de manifiesto cuando comparamos con lo ocurrido en el caso alemán, donde autores como Simmel o Tönnies, pero también Sombart y Weber, intentaron aproximaciones al tema desde una perspectiva que buscaba mantener la especificidad de su disciplina.<sup>49</sup> Este problema responde, probablemente, a la dificultad para conciliar la tematización del objeto "guerra" en una sociología que desde su origen se había pensado alrededor del fortalecimiento del "lazo social" y que consideraba a la guerra como una anomalía o recidiva.<sup>50</sup> Esta reticencia no resulta extraña si recordamos el impacto duradero de

la doble carga de la guerra franco-prusiana y la Comuna parisina en el período de formación del grupo durkheimiano, mientras que en la escena alemana se estará mucho más dispuesto a reconocerle al conflicto un papel de mayor relevancia en el funcionamiento normal de la vida social, tanto al interior del conjunto social como entre naciones; los desarrollos de historiadores como Trietschke o Hintze y sociólogos como Gumplowicz u Oppenheimer, por nombrar sólo algunos, eran difíciles de aceptar por sus pares franceses, para quienes el único aspecto valioso que puede desprenderse de la conflagración es el reforzamiento de los vínculos entre los individuos, así como una mayor conciencia acerca de la naturaleza colectiva de la vida social.<sup>51</sup>

Esto también cambiaría con la guerra. Una vez se hubieron apagado el eco de los disparos, la sociología francesa debió reconstituirse alrededor de los sobrevivientes; el impacto traumático del conflicto, sumado a la desaparición física de gran parte de los protagonistas de la etapa anterior, se tradujeron en una discontinuidad con la etapa precedente, tanto desde el punto de vista organizativo (en cuanto a la distribución de sus miembros en los espacios educativos, investigativos, etc.) como, sobre todo, temático.<sup>52</sup> En el nuevo y fragmentado escenario, carente de una figura articuladora que reemplazara a la del fallecido "padre de la sociología francesa",<sup>53</sup> existieron algunos desarrollos novedosos y en cierta forma más abiertos a las comunicaciones con figuras y espacios que en la más beligerante etapa anterior habían sido mantenidos al margen. Finalizado el conflicto, los autores alemanes volvieron a ser objeto de interés por parte de los durkheimianos,<sup>54</sup> pero la huella de la guerra no dejó de estar presente entre estos nuevos aportes; difícil entender el lugar de la memoria en la obra de Maurice Halbwachs sin remitirnos a la marca indeleble dejada por la guerra en la "conciencia colectiva" de los que la vivieron.<sup>55</sup> Del mismo modo, y ya en los años '30, el lugar que se le otorgará en un espacio tan abierto y ecléctico como el *Collège de Sociologie* a la aproximación sociológica a la temática de la muerte, lo sagrado o la propia guerra, en autores como Georges Bataille y Roger Caillois, es tan tributario de la amenaza de un nuevo estallido bélico como de la presencia del

<sup>45</sup> Durkheim, *L'Allemagne au-dessus de tout [Alemania por encima de todo]*, París, Armand Colin, 1915. La preocupación acerca del papel del Estado en las sociedades modernas y en relación con las libertades y derechos individuales cruza toda la reflexión sociológica durkheimiana desde *La división del trabajo social*, pero adquiere su formulación más acabada en sus cursos publicados luego como *Lecciones de sociología*; cfr. Bernard Lacroix, *Durkheim y lo político*, México, FCE, 1984.

<sup>46</sup> En la mencionada encuesta del *Mercure* de 1902 sobre la "influencia alemana" en Francia, Durkheim había respondido: "Personnellement, je dois beaucoup aux Allemands. C'est en partie à leur école que j'ai acquis le sens de la réalité sociale, de sa complexité et de son développement organiques... quand je débutai, il y a dix-huit ou vingt ans, dans les études que je poursuis, c'est de l'Allemagne que j'attendais la lumière"; *Le Mercure de France* 156, diciembre 1902.

<sup>47</sup> "Rien n'est instructif à cet égard comme de comparer la vie de l'étudiant allemand avec celle de l'étudiant français. En Allemagne, tout se fait en commun... en France, au contraire, jusqu'à des temps tout récents, le principe était l'isolement; et, si le goût de la vie commune commence à renaître, il s'en faut qu'il soit encore bien profond". *L'Éducation morale*, 1925 (curso de 1902-3) [La educación moral, Buenos Aires, Schapire, 1972].

<sup>48</sup> Compárese la cita de Durkheim con las palabras del católico realista Denys Cochin: "En Prusse, les individus étant considérés comme incapables de s'unir par l'âme, c'est la force de l'État qui seule les organise en société". Ces quelques mots résument la théorie de Hobbes, du Leviathan, ancêtre de la sociologie moderne, dont la Prusse est l'expression la mieux réalisée", en "Le Dieu allemand", *Pages actuelles*, París, 1917.

<sup>49</sup> Georg Simmel, *Der Krieg und die geistigen Entscheidungen*, 1917 (compilación de cuatro artículos y conferencias del período bélico); Ferdinand Tönnies, *Die englische und der deutsche Staat*; Emil Lederer, "Zur Soziologie des Weltkrieges", 1915; de Sombart, el ya citado *Händler und Helden* de 1915; Weber, *Economía y sociedad* y "La política como vocación". Cfr. Joas, *op. cit.*

<sup>50</sup> "la guerre... abstraction faite de quelques régressions passagères, est deve-

nue de plus en plus intermittente et rare...". *Leçons de sociologie*, 1950 (pero correspondiendo a cursos dictados desde 1890). La influencia más evidente en esta concepción sobre la guerra en los tiempos modernos es la de Herbert Spencer.

<sup>51</sup> "En temps de paix, le patriotisme dort invisible au fond des consciences. Que la guerre éclate, et c'est lui qui mène tout", Durkheim "Reseña a Schaeffle, A., *Bau und Leben des sozialen Körpers*", en *Revue philosophique*, n° 19, 1885. Compárese con las reflexiones acerca del concepto de "efervescencia colectiva" en *Las formas elementales de la vida religiosa*, de 1912.

<sup>52</sup> Johan Heilbron, "Les métamorphoses du durkheimisme, 1920-1940", en *Revue française de sociologie* n° 26, 1985, pp. 203-237.

<sup>53</sup> Clark señala la existencia de varios "centros", alrededor de figuras como Mauss, Davy, Bouglé, etc., cfr. Clark, *Prophets and Patrons*, *op. cit.*

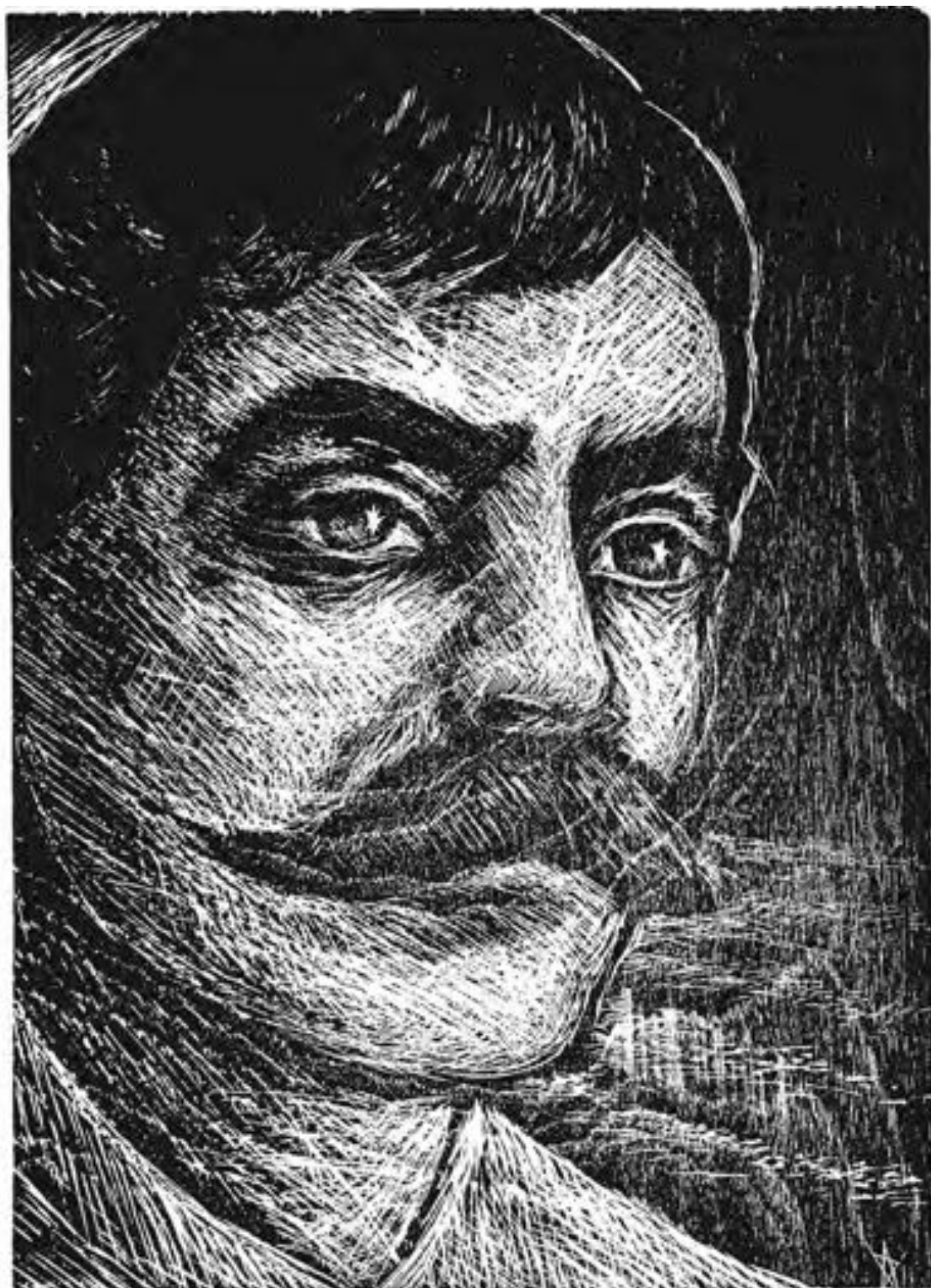
<sup>54</sup> Particularmente Simmel, en la obra de Célestin Bouglé, y Max Weber por parte de Halbwachs; cfr. Laurent Mucchielli, "La guerre n'a pas eu lieu: les sociologues français et l'Allemagne (1870-1940)", en *Espaces Temps*, n° 53-54, 1993, pp. 5-18.

<sup>55</sup> "A présent, de douze à quinze ans me séparent de la grande guerre, et je suppose que pour mes enfants la société d'avant 1914, qu'ils n'ont pas connue, recule de la même manière dans un passé où leur mémoire croit ne pas atteindre", Maurice Halbwachs, *La mémoire collective*, 1950 [La memoria colectiva, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2011].

anterior.<sup>56</sup> Pero quizás el efecto de más largo alcance de la Gran Guerra sobre la sociología durkheimiana haya que buscarlo fuera de ella; en Estrasburgo, en la capital de la Alsacia recuperada, la república victoriosa busca dejar su huella en la universidad, expresión de la antigua superioridad del sistema académico alemán. Las excepcionales condiciones de que gozarán en ella toda una nueva generación de sociólogos, economistas, lingüistas e historiadores para insertarse en el sistema de educación superior, así como las hasta entonces inéditas posibilidades para el trabajo interdisciplinario entre los exponentes de esas disciplinas, darán su fruto más duradero una década más tarde, cuando los lazos entre Halbwachs e historiadores como Marc Bloch y Lucien Febvre y François Simiand se traduzcan en la génesis de **Annales**.

---

<sup>56</sup> Michèle H. Richman, *Sacred Revolutions. Durkheim and the Collège de Sociologie*, Minneapolis-Londres, University of Minnesota Press, 2002.



Alfredo Mereles  
"Zapata Joven"  
Xilografía con mototool, 52 x 32 cm. (2000)

**Dossier: Las “crisis del marxismo (III)”****El joven Croce, el viejo Labriola y la “crisis del marxismo” en Italia**

Horacio Tarcus\*

Benedetto Croce escribió “Come nacque e come morì il marxismo in Italia (1895-1900). Da lettere e ricordi personali” en 1937, a propósito de una nueva edición de **La concezione materialistica della storia** de Antonio Labriola, que al año siguiente publicó Laterza, en Bari.<sup>1</sup> Se trata de un texto de extraordinario valor para el estudio de la recepción del marxismo en Italia, así como para la comprensión del lugar que le cupo a la cultura italiana en el debate finisecular sobre la “crisis del marxismo”. Es un texto insustituible para la biografía intelectual de Labriola así como para la del propio Croce. No exageraba aquel eminente historiador del Renacimiento que fue Eugenio Garin cuando lo calificaba como “escrito inolvidable”. Sin desconocer su (por otra parte inevitable) “tendenciosa unilateralidad”, Garin señalaba que las páginas de Croce, “entretejidas de cartas y recuerdos” eran “dignas del hombre y del pensador”.<sup>2</sup> La mayor parte de la exégesis labrioliana del siglo XX ha discutido con él.

Sin embargo, este texto no mereció hasta el presente traducciones al castellano. La difusión de **La concezione materialistica de la storia** de Labriola en lengua castellana había comenzado en España a inicios del siglo XX sobre la base de las primeras ediciones italianas y francesas, previas al escrito de Croce. Pero tampoco recogieron el texto de Croce las ediciones latinoamericanas posteriores a 1938.<sup>3</sup>

Pocos años después, el propio Croce insertó su texto como Apéndice a la 6ª edición de sus escritos marxistas de juventud: **Materialismo storico ed economía marxistica**.<sup>4</sup> Pero la única traducción caste-

llana de esta obra de Croce (realizada por Oberdan Caletti, un profesor de filosofía del círculo porteño de Rodolfo Mondolfo, recientemente exiliado en la Argentina) se hizo sobre la base de la 5ª edición italiana,<sup>5</sup> de modo que tampoco pudo incluir el texto de Croce que hoy damos a conocer a nuestros lectores.

Acaso contraviniendo su propia preceptiva historiográfica, Croce aparece en este texto singular al mismo tiempo como actor histórico que como historiador de las ideas. Ciertamente, no era la primera vez que ensayaba el género autobiográfico. Encontramos al menos otros dos textos significativos sobre su relación con Labriola y con el marxismo, anteriores al que publicamos hoy. Vale la pena repasarlos brevemente.

**I**

En 1915, y al amparo de Goethe (“¿Por qué el historiador no habría de hacer consigo mismo lo que ha hecho con los demás?”), el filósofo napolitano se había entregado a una “contribución a la crítica” de sí mismo. Por ella sabíamos de su niñez en Pescasseroli, en la región de los Abruzos, de su madre ocupada en la gestión de la casa y su padre dedicado a los negocios y ajenos por completo a la política, de su crisis religiosa en los años del Liceo y del terremoto de 1883 en Casamicciola, la isla de Isquia donde murieron sus padres y su hermana. El propio Croce permaneció “sepultado durante largas horas bajo los escombros, con varias fracturas”.<sup>6</sup> Quiso el azar de este accidente que el joven Benedetto y su hermano fueran confiados a la tutela del político liberal Silvio Spaventa, hermano del filósofo Bertrando Spaventa, una rama de la familia materna con la que los padres de Croce mantenía lejanas y poco cordiales relaciones. Instalado durante varios años en Roma, el joven Croce emprende sin mayor entusiasmo ni vocación estudios de Derecho, demostrando mayor interés por una las figuras que se reúnen habitualmente en tertulia en casa de su tío:

\* CeDInCI/UNSAM-UBA- CONICET

<sup>1</sup> La primera versión apareció en la revista que dirigía Croce: “Come nacque e come morì il marxismo in Italia (1895-1900). Da lettere e ricordi personali”, en **La Critica**, fasc. I, enero 1938, pp. 35-52; fasc. II, marzo 1938, pp. 109-24, Bari. Ese mismo año Croce volvió a publicarlo como apéndice a: Antonio Labriola, **La concezione materialistica della storia**, Bari, Laterza, 1938.

<sup>2</sup> Eugenio Garin, “Antonio Labriola y los ensayos acerca del materialismo histórico”, introducción a A. Labriola, **La concepción materialista de la historia**, México, El Caballito, 1971, p. 57-58.

<sup>3</sup> **Del materialismo histórico. Dilucidación preliminar**, Valencia, Sempere, s/f [c. 1900]. Traducción de José Prat; **Del materialismo histórico. Dilucidación preliminar**, Valencia, Prometeo, s/f [c. 1910]; **Del materialismo histórico**, Buenos Aires, Intermundo, 1945, trad. de J. Desar; **Del materialismo histórico**, México, Grijalbo, 1971, trad. de Octavio Falcón. Colección 70, n° 104.

<sup>4</sup> Benedetto Croce, **Materialismo storico ed economía marxistica**, Bari, Laterza, 1941.

<sup>5</sup> Benedetto Croce, **Materialismo histórico y economía marxista**, Buenos Aires, Imán, 1942, trad. de Oberdan Caletti, revisión de Rodolfo Mondolfo.

<sup>6</sup> Benedetto Croce, “Contribución a la crítica de mí mismo”, escrito en 1915 con motivo de sus 50 años y publicado en edición privada en 1918. Cito de la siguiente edición: B. Croce, **Ética y política, seguidas de la Contribución de la crítica de mí mismo**, Buenos Aires, Imán, 1952, trad. de Enrique Pezzoni, p. 316.



A los dos años de llegar a Roma resolví seguir las lecciones de filosofía moral de Antonio Labriola, a quien ya conocía, pues frecuentaba asiduamente la casa de Spaventa. Había llegado a sentir gran admiración durante las conversaciones nocturnas en que brillaba por su brío y su agudeza, y desbordaba de ideas nuevas. Esas lecciones, inesperadamente, fueron al encuentro de esa angustiada necesidad de recrear en mí mismo, en forma racional, una fe sólida en la vida y sus deberes; desde que había perdido la guía de la doctrina religiosa, me sentía acechado por teorías materialistas, sensualistas y asociacionistas que no lograban ilusionarme, ya que veía en ellas una sustancial negación de la moralidad misma, resuelta en egoísmo más o menos oculto. La ética herbartiana de Labriola pudo restaurar en mi alma la majestad del ideal, del *deber ser* opuesto al *ser*, misterioso en esa oposición pero, por lo mismo, absoluto e intransigente. Solía resumir las lecciones de Labriola en algunos pocos puntos que anotaba en una hoja de papel; por la mañana, al despertarme, meditaba sobre ellos.<sup>7</sup>

Antonio Labriola (1843-1904), que había sido introducido al pensamiento de Hegel por Bertrando Spaventa cuando estudiaba filosofía en la Universidad de Nápoles, compartía con Silvio y su círculo de amigos una misma visión crítica de la vida política italiana desde perspectivas liberales y anticlericales. Por aquellos años Labriola suscribía el programa de un realismo psicológico del filósofo y pedagogo alemán Johann F. Herbart, pero gradualmente, a lo largo de la segunda mitad de la década de 1880, se fue interesando crecientemente por el marxismo.

Esta fascinación por la novedad que representaba en general la emergencia internacional del socialismo y la teoría de Marx en particular para un intelectual de fines del siglo XIX, puede sorprender al lector de nuestros días, habituado a pensar el marxismo como una doctrina dogmática y anticuada, pero fue por entonces una reacción recurrente entre los filósofos, economistas y sociólogos de entresiglos. Ya señalamos en otra oportunidad el influjo que ejerció por entonces el socialismo entre los intelectuales universitarios de todo el mundo: Thorstein Veblen en la Universidad de Chicago, Bertrand Russell en la *London School of Economics*, Wagner en Berlín, Durkheim en París, Ernesto Quesada en Buenos Aires, Valentín Letelier en Santiago de Chile, los principales estudiosos de las ciencias sociales, desde Sombart hasta Pareto discutían afanosamente sobre el socialismo y el marxismo en los congresos académicos y en las principales revistas sociológicas internacionales.<sup>8</sup> Italia no fue ajena a ese proceso, atrayendo el socialismo a figuras de distintas procedencias, como Cesare Lombroso, fundador de la escuela positiva criminológica, seguido entre otros por Enrico Ferri; los sociólogos Napoleón Colaianni y Alfonso Asturaro, el economista Achille Loria, el historiador Ettore Ciccotti, el jurista Giovanni Bovio. Y, por media-

ción de Labriola, llegará el marxismo a la joven generación, desde Benedetto Croce hasta Giovanni Gentile, pasando por Gaetano Salvemini, Guglielmo Ferrero y, finalmente, Rodolfo Mondolfo.<sup>9</sup>

Pero el acercamiento de Labriola al núcleo socialista animado por Filippo Turati y su revista *Crítica sociale* (que se editaba en Milán desde 1891) no había sido sencillo. Entre otras cuestiones, Labriola deploraba los abordajes que del marxismo ofrecían autores provenientes del positivismo como Ferri, con su mixtura de Marx, Darwin y Spencer, o Loria con su "interpretación económica de la historia". Su lectura crítica del marxismo tenía mayores afinidades con las que en la década de 1890 desarrollaban figuras como Eduard Bernstein desde Zúrich o Georges Sorel desde París, con quienes se correspondía. Fue justamente a pedido de **Le Devenir Social**, la revista que acababa de fundar Sorel en París, que Labriola escribió en 1895 el primero de sus ensayos sobre materialismo histórico: **En memoria del Manifiesto de los comunistas**.

Entre tanto, Croce había dejado Roma en 1886 y se instalaba en Nápoles, pero con "alegre ímpetu del alma y la inteligencia solía visitar a Labriola en Roma o cuando viajaba a Nápoles; bebía ávidamente sus palabras, procuraba extenderlas y ahondarlas por mi propia cuenta y sacaba de ellas provecho para todo lo que me concernía".<sup>10</sup> Pero a pesar de esta "oculta efervescencia", el joven seguía sumido en estudios eruditos, sin hallar su verdadera vocación filosófica. Mostraba cierto interés por lo que entonces se llamaba la "cuestión social", pero sólo de modo abstracto, como problema moral.

El acontecimiento decisivo en el despertar de esta conciencia filosófico-política fue, siempre según el relato del propio Croce, la recepción de una carta de Labriola desde Roma:

Apenas había retomado el hilo de mi trabajo cuando, en abril de 1985, Labriola me envió desde Roma, para que lo leyera y tratara de publicarlo, el primero de sus ensayos sobre la concepción materialista de la historia, precisamente el que versaba sobre el **Manifiesto Comunista**: leerlo y releerlo fue sentir de nuevo que mi espíritu todo se encendía, al punto tal de no poder apartarme de esos pensamientos y esos problemas que se ramificaban sin cesar.<sup>11</sup>

Labriola, bajo la forma de un homenaje erudito al histórico folleto de Marx y Engels que estaba por cumplir cincuenta años de vida, ofrecía los trazos fundamentales de la concepción materialista de la historia que, según su perspectiva, encerraba el meollo del **Manifiesto**. Inscribiendo el marxismo en la tradición historicista y humanista que remontaba a Giambattista Vico, Labriola discutía con el positivismo que entonces informaba las lecturas dominantes en clave del "factor económico" como determinante (entre "otros factores") de la historia y postulaba al **Manifiesto**

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 318.

<sup>8</sup> Horacio Tarcus, **Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, 2ª ed., p. 409. Franco Andreucci, "La difusión y la vulgarización del marxismo", en Hobsbawm y otros, **Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIª Internacional (1)**, Barcelona, Bruguera, 1979, vol. 3, pp. 83-84.

<sup>9</sup> Rodolfo Mondolfo, **La filosofía política de Italia en el siglo XIX**, Buenos Aires, Imán, 1942, p. 126-27.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 320.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 324.

comunista como el primer texto moderno que había mostrado la dialéctica de la lucha de clases como un proceso inmanente a la propia historia humana. No se trataba, sentencia Labriola, de partir de la economía para explicar la historia, sino de explicar históricamente la economía. El **Manifiesto** era para nuestro autor el texto que marcaba la transición (aún no consumada plenamente) de la secta al partido, del comunismo como anuncio mesiánico de una secta que se retraía del mundo “en acto de religiosa abstención” para anunciar la buena nueva de la redención humana, al “comunismo crítico” de Marx y Engels, que concebía la emancipación humana como el resultado del desarrollo autocontradictorio de la propia sociedad burguesa que sólo podía resolverse en revolución social dirigida por el proletariado.<sup>12</sup>

Labriola, con su ensayo de lectura, había convertido un folleto político en un texto que encerraba *in nuce* una nueva teoría de la historia. Y había logrado traducir eficazmente un escrito de 1848 a los términos del debate teórico-político de fines del siglo XIX. Pues bien: no sólo se inició con el texto de Labriola la labor de editor de Croce de sus sucesivos **Saggi intorno alla concezione materialistica della storia** a través de la casa Loeschner, sino que fue el punto de partida de la inmersión del propio Croce en los estudios marxistas. Labriola orientaba al joven en sus lecturas, le aclaraba las “cuestiones difíciles” y le prestaba aquellos libros de Marx entonces inaccesibles —gracias a su habilidad con las búsquedas en las librerías de viejo, a su amistad con el viejo Engels y también a sus relaciones de camaradería con la dirección del Partido Socialista en Berlín. Croce estudió no sólo los textos filosóficos e históricos, sino incluso los económicos, llegando a leer “las revistas y periódicos socialistas alemanes e italianos” que llegaron a conmoverlo “hondamente y por primera vez suscitaron en mí algo parecido a la pasión política, procurándome el extraño sabor de lo nuevo”.<sup>13</sup>

Labriola alcanzó a publicar en los dos años siguientes dos nuevos ensayos donde se explicitaban y se desenvolvían muchos enunciados críticos de su escrito de 1895. En **Del materialismo histórico. Dilucidación preliminar**, de 1896, vuelve a la carga contra el determinismo económico y contra la teoría de los factores, defendiendo una concepción de la historia como totalidad e inmanencia. No es la materia, ni las “cosas”, ni los “hechos” económicos los que determinan la acción humana, sostiene allí Labriola. Es la propia praxis humana la que ha construido ese conjunto de relaciones sociales que constituyen la estructura económica de la sociedad, una suerte de “segunda naturaleza” del hombre pero producida enteramente por la acción humana. Si esa “estructura” es producto de la acción humana, es también esta misma la que puede reproducirla y, eventualmente, dadas las condiciones históricas, subvertirla. Labriola defiende aquí la concepción del materialismo histórico como un monismo filosófico, cuestionando la separación dualista dominante en el marxismo finisecular

entre estructura y superestructuras.<sup>14</sup> “Las ideas no caen del cielo”, repetirá Labriola, y esta frase que leyó por primera vez el joven Trotsky en su destierro en Siberia, se convertirá en un *leitmotiv* durante toda su vida.<sup>15</sup>

Y en **Discurriendo sobre socialismo y filosofía**, publicado en 1897 como una serie de cartas públicas dirigidas a Georges Sorel, donde tanto Mondolfo como Gramsci hallarán la célebre definición de la “filosofía de la praxis” como “el meollo del materialismo histórico” (*il medollo del materialismo storico*):

Y así estamos de nuevo en la *filosofía de la praxis*, que es el meollo del materialismo histórico. Esta es la filosofía inmanente a las cosas sobre las que se filosofa. De la vida al pensamiento y no del pensamiento a la vida: he aquí el proceso realista. Del trabajo, que es un conocer obrando, al conocer como abstracta teoría, y no de éste a aquel. De las necesidades y, por tanto, de los diversos estados internos de bienestar y malestar, que nacen de la satisfacción o insatisfacción de las necesidades, a la creación *mito-poética* de las ocultas fuerzas de la naturaleza y no viceversa... En fin, el materialismo histórico, o sea, la *filosofía de la praxis*, en cuanto se refiere a todo el hombre histórico y social, del mismo modo que pone término a toda forma de idealismo que considere las cosas empíricamente existentes como reflejo, reproducción, imitación, ejemplo, consecuencia o como se quiera de un pensamiento, por así decirlo, presupuesto, así es también el fin del materialismo naturalista en el sentido hasta hace pocos años tradicional de la palabra.<sup>16</sup>

Pero volvamos al relato de Croce, que nos revela ahora que “la pasión política y la fe” no duraron en él siquiera un lustro:

Destruyó mi fe la crítica que sometí a los conceptos del marxismo, crítica tanto más grave cuanto que pretendía ser una defensa y una rectificación, y que se manifestó en una serie de ensayos compuestos entre 1895 y 1900 y recogidos después en el volumen **Materialismo histórico y economía marxista**.<sup>17</sup>

Croce nos dice aquí que descubrió entonces que su “verdadera naturaleza era la del hombre de estudio y de pensamiento”. Y se aparta aquí de su maestro Labriola, que a pesar de haber significado en su desarrollo un poderoso estímulo intelectual, no habría querido ir tan lejos en la crítica como se había aventurado su discípulo. En contraste con su propia figura de intelectual, Croce nos presenta una Labriola tensionado entre la crítica filosófica radical y “la pasión política y la fe”.

<sup>12</sup> In memoria del *Manifesto dei comunisti*, Roma, Loescher, 1895. Hay numerosas ediciones castellanas. Cito de la mencionada edición castellana de Garin, incluida en: A. Labriola, *La concepción materialista de la historia*, México, El Caballito, 1971, p. 67 y ss.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp 324-25.

<sup>14</sup> Antonio Labriola, *Del materialismo storico. Dilucidazione preliminar*, Roma, Loescher, 1896. Cito de la siguiente edición: “Acerca del materialismo histórico: dilucidación preliminar”, en *La concepción materialista de la historia*, *op. cit.*, p. 119 y ss.

<sup>15</sup> León Trotsky, *Mi vida. Ensayo autobiográfico*, Madrid, Cenit, 1931, trad. W. Rocés, p. 131 y ss.

<sup>16</sup> Antonio Labriola, *Discurriendo di socialismo e di filosofia. Lettere a G. Sorel*, Roma, Loescher, 1897. Cito de la edición castellana de Garin: “Hablando de socialismo y filosofía”, en *La concepción materialista de la historia*, *op. cit.*, p. 264.

<sup>17</sup> Benedetto Croce, “Contribución a la crítica de mí mismo”, *op. cit.*, p. 325.



Es así que el lustro que va de 1895 a 1900 revelará la vigorosa emergencia de un marxismo filosófico italiano cuyos frutos más sólidos eran los tres *saggi* sucesivos de Labriola (**En memoria del Manifiesto comunista**, 1895; **Del materialismo histórico. Dilucidación preliminar**, 1896; y **Discurriendo sobre socialismo y filosofía**, 1897<sup>18</sup>) y el volumen de escritos de Croce, **Materialismo histórico y economía marxista**, de 1899, a los que habría que sumar las dos obras del joven Giovanni Gentile, **La Filosofía della prassi** y **La filosofía di Marx. Studi critici**, ambas de 1899, donde discute con los intérpretes contemporáneos de Marx, incluidos Labriola y su amigo Croce.<sup>19</sup> Aunque cada autor expresaba colocaciones político-filosóficas diversas respecto del marxismo —Labriola se proponía rescatar al marxismo del materialismo filosófico en que lo habían sumido autores como Kautsky y Plejanov para reinsertarlo en la tradición filosófica idealista del historicismo germano-italiano; Croce pasaba del entusiasmo inicial a un distanciamiento crítico dentro del cual señalaba los límites filosóficos del materialismo marxista al tiempo que le reconocía un estatuto de “canon de interpretación histórica”; mientras que Gentile se empeñaba en mostrar las inconsecuencias del historicismo marxiano para contraponerle un historicismo absoluto, una filosofía del espíritu como “acto puro” —, los tres compartían una base filosófica común. Esa base, que permite identificar una especificidad del marxismo italiano, al menos en el curso del medio siglo que va de Labriola y Croce a Mondolfo y Gramsci, hay que buscarla en el prisma filosófico historicista y antimaterialista desde el cual todos ellos, incluso con sus divergencias filosóficas y políticas, leen a Marx y al marxismo contemporáneo.<sup>20</sup>

<sup>18</sup> La ya citada edición italiana preparada por Eugenio Garin reúne los tres ensayos más un cuarto que Labriola dejó inconcluso: **La concezione materialistica della storia. A cura e con un' introduzione di Eugenio Garin**, Bari, Laterza, 1965. Hay traducción castellana: **La concepción materialista de la historia**, La Habana, Ciencias Sociales / Instituto del Libro, 1970. Reed: México, El Caballito, 1971.

<sup>19</sup> Giovanni Gentile, **La filosofía di Marx. Studi critici**, Pisa, Enrico Spoerri, 1899. **La Filosofía della prassi** fue incluido por Gentile en el volumen recién citado. Luego formaron parte del Volume XII de sus **Opere complete**, Firenze, 1937. Croce y Gentile mantendrán una estrecha amistad entre 1896 y 1923, cuando la emergencia del fascismo los enfrentará definitivamente. V. Patrick Romanell, **La polémica entre Croce y Gentile. Un diálogo filosófico**, México, El Colegio de México, 1946.

<sup>20</sup> La bibliografía sobre la recepción del marxismo en Italia es muy abundante. Algunas de las obras de referencia son: Ernesto Ragionieri, **Socialdemocrazia tedesca e socialisti italiani. 1875-1895**, Milano, Feltrinelli, 1961; Enzo Santarelli, **La revisione del marxismo in Italia**, Milano, Feltrinelli, 1964; Cesare Luporini, **Il marxismo e la cultura italiana del Novecento**, in **Storia de Italia**, V. I Documenti, Torino, Einaudi, 1973; Valentino Gerratana, “Antonio Labriola y la introducción del marxismo en Italia”, en Hobsbawm y otros, **Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIª Internacional (I)**, Barcelona, Bruguera, 1979, vol. 3; Lucia Romaniello (ed.), **Le radici del socialismo italiano: Atti del Convegno, Milan 15-17 Nov. 1994**, Milano, Edizioni Comune di Milano, 1997; Emilio Gianni, **Diffusione, popolarizzazione e volgarizzazione del marxismo in Italia**, Milano, Pantarei, 2004; Richard Drake, **Apostles and agitators. Italy's Marxist revolutionary Tradition**, Harvard, Harvard University Press, 2009; y algunos de los ensayos incluidos en Marcello Musto, **Ripensare Marx e i marxismi. Studi e saggi**, Roma, Carocci, 2011.

## II

Croce dejó otro notable testimonio de su relación juvenil con el marxismo y con su maestro. Se trata, justamente, de un obituario escrito al día siguiente de la muerte de Antonio Labriola.<sup>21</sup> Complementario del texto que publicamos aquí y escasamente reeditado, vale la pena transcribir algunos párrafos. Ya sabemos que para 1884, adonde se remontan estos recuerdos, Croce se encontraba en Roma en casa de los Spaventa:

Hace precisamente entre enero y febrero veinte años que conocí por primera vez a Antonio Labriola. Fue en Roma, en casa de Silvio Spaventa, donde cada tarde se reunía un pequeño grupo de fieles amigos: algún diputado, algún periodista y muchos profesores.

Eran los tiempos de Depretis.<sup>22</sup> La tertulia de Spaventa tenía un tono de lo más negro y pesimista que se pueda imaginar. Las amargas observaciones sobre la política italiana sólo se veían interrumpidas por sutiles disquisiciones sobre derecho público, al que Spaventa estaba dedicado con un ardor que se mantuvo vivo en él hasta sus últimos días. Yo, que no me sentía atraído por la política y sí fastidiado por el derecho —era entonces estudiante de derecho—, estuve todo el tiempo pendiente de Labriola que convertía la política en una sátira de lo más amena, criticaba el derecho y hablaba de todo con una gracia singular, de una forma brillante y siempre al día de las novedades bibliográficas, especialmente alemanas, de las que era una especie de boletín vespertino.<sup>23</sup>

Fue el propio Spaventa el que le recomendó a su sobrino asistir a las clases de Labriola en la Universidad de Roma. Croce abandonó su carrera de derecho y acabó “por asistir sólo a sus clases”. Es que los demás profesores lo “aburrían con sus bellas y perfectas definiciones”. Desplegaban en torno a su tema un vasto conocimiento enciclopédico para luego integrar y armonizar los distintos fragmentos. Labriola, en cambio, no ofrecía jamás una definición, “entraba sin preámbulos *in media res*, ponía de manifiesto las dificultades y los distintos aspectos de los problemas, desarrollaba las orientaciones diversas y antitéticas que los problemas exigían y no hablaba con tono de profesor, sino con frases entrecortadas y punzantes que, de vez en cuando, se alargaban y llegaban a convertirse en vehemente y honda oratoria”. Como Kant, no enseñaba pensamientos, enseñaba a pensar. “Las lecciones continuaban por la calle y en la librería Loescher, a donde me acompañaba”, así como en el mítico Café Aragno, en la *via del Corso*.

<sup>21</sup> Benedetto Croce, “Antonio Labriola: Ricordi”, en **Il Marzocco**, 14 de febrero de 1904, incluido en A. Labriola, **Scritti vari, editi e inediti di filosofia politica**, Bari, Laterza, 1906, pp. 498-504. Hay una única versión castellana de donde cito de aquí en más: “Antonio Labriola. Recuerdos”, en Antonio Labriola, **Pedagogía, historia y sociedad**, Salamanca, Sígueme, 1977, pp. 311-15.

<sup>22</sup> Agostino Depretis, presidente del Consejo del Reino de Italia entre 1876 y 1887, fue un exponente de lo que en la cultura política italiana dio en llamarse “transformismo”.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 311.

Del círculo moderado y conservador de los Spaventa surgió en 1886 un Labriola demócrata y socialista. Evolución que no me maravilló ni debería maravillar a nadie, porque en aquel conservadurismo había mucho radicalismo intelectual y, por tanto, la posibilidad de superarlo. Él me dijo una vez que había llegado al socialismo a través de la crítica de la idea de Estado. Cuando el Estado ético, defendido por los publicistas alemanes, se le reveló una utopía y los intereses antagónicos de las distintas clases como la dura pero única realidad, se encontró en brazos del marxismo. Se convierte así en el mejor conocedor del marxismo que haya habido jamás en Italia.<sup>24</sup>

Labriola fue desde entonces, siempre desde la perspectiva de Croce, “el terror de los socialistas, sobre todo de los jóvenes: un látigo literario siempre levantado que golpeaba implacablemente”. No sólo fue en Italia el “primer pregonero” del marxismo desde la cátedra, el ensayo y el artículo periodístico, sino un expositor riguroso y privilegiado, pues no lo abordó “como aficionado o periodista, sino con la seriedad de un intelectual”. En relación a otros intérpretes contemporáneos, Labriola corría con la ventaja de un conocimiento de primera mano y de larga data de la filosofía idealista alemana:

Especialista como era de la filosofía clásica alemana, pudo entender mejor que cualquier otro la génesis de aquella doctrina que se había desarrollado, como se sabe, en la extrema izquierda hegeliana. La correspondencia epistolar con el viejo Engels, compañero y hermano espiritual de Marx, y con otros marxistas de la primera hora, hicieron de él un experto...<sup>25</sup>

Pero el núcleo más significativo del relato de Croce es el que se refiere al marxismo crítico de Labriola como punto de partida de la ruptura de Georges Sorel y del propio Croce con el marxismo. Vale la pena reproducirlo íntegramente:

...Labriola, precisamente por ser un hombre bastante culto y experto en el estudio de distintos sistemas filosóficos —de joven había sido hegeliano, luego había reaccionado contra Hegel con el herbartismo y, por último, había retornado en cierto modo a Hegel de la mano de Marx—, dio al materialismo histórico, al que los socialistas habían convertido casi en un dogma, una forma crítica. Lo defendía, pero descubría puntos débiles, trataba de subsanarlos pero en este esfuerzo descubría otros. Ha sido fácil para mí, que me siento y me profeso discípulo suyo y me he convertido en editor de sus trabajos sobre materialismo histórico, sacar conclusiones, y ampliando los límites de la crítica, llegar a la nulidad filosófica de esta doctrina, lo cual no quiere decir que sea nula en otros aspectos. Al principio, Labriola me dio, casi de buena gana, total libertad, pero luego, cuando mis conclusiones le parecieron arbitrarias y vio muy unido a mi y en desacuerdo con él a nuestro común amigo Georges Sorel, se enfureció; su obra **Discorrendo di socialismo e di filosofia**, que había estado dirigida a Sorel y

publicada por mí, reapareció al año siguiente en francés con una introducción contra Sorel y un apéndice contra mí.<sup>26</sup>

En suma, en el texto de 1904 están contenidos, de modo explícito o implícito, ciertos núcleos que, con ciertas modificaciones reaparecerán en la “Contribución de la crítica a mí mismo” de 1918 y sobre todo en “Cómo nació y cómo murió el marxismo teórico en Italia” de 1937. Podríamos resumirlos brevemente de esta manera:

1. A diferencia de los divulgadores del marxismo en Italia, Labriola tuvo el privilegio de leer a Marx en su madurez intelectual, cuando contaba con una vasta cultura filosófica. Su madurez y su formación le permitieron concebir un marxismo crítico que contrastaba con el marxismo dogmático imperante en el universo socialista.

2. Mientras la mayor parte de los intérpretes contemporáneos buscaban reponer en el marxismo una filosofía materialista que estaría ausente o apenas esbozada en Marx, su profundo conocimiento de la filosofía clásica alemana le permitió a Labriola reponer la dimensión historicista y antimaterialista del pensamiento de Marx (la “filosofía de la praxis”).

3. El marxismo crítico de Labriola abrió las puertas de la “crisis del marxismo” que muchos proclamaron a fines del siglo XIX (en cierta medida, aún sin afirmarlo en los mismos términos, su amigo Sorel y su discípulo Croce), puertas por las que Labriola se negó a ingresar, antes por convicciones políticas que razones estrictamente filosóficas.

### III

En 1937 Croce, que había cumplido setenta años el año anterior, ofreció un último testimonio sobre Labriola y los ensayos marxistas de su juventud. Gran parte del interés de este nuevo texto viene dado por los extractos de las cartas que Labriola le enviaba desde Roma, pero el relato que Croce ha reelaborado no es menos apasionante desde la perspectiva de la historia intelectual. No vamos a resumirlo aquí pues el lector lo tiene ahora a su disposición. Nos limitaremos a unos pocos señalamientos preliminares.

En primer lugar, es significativa la voluntad de Croce por establecer su propia biografía intelectual. Si bien las cartas que durante una década le dirigió Labriola estaban destinadas a conocer, más tarde o más temprano, una edición póstuma<sup>27</sup>, el filósofo

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 312-13.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 313.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 313-14. La edición a la que hace referencia Croce es: Antonio Labriola, **Socialisme et Philosophie (Lettres à G. Sorel)**, París, V. Giard & E. Brière, 1899. El prefacio contra Sorel, en pp. I-V; el postscriptum contra Croce, pp. 207-224. Hay versión castellana en la ed. citada de Garin: A. Labriola, **La concepción materialista de la historia**, México, El Caballito, 1971, pp. 333-44.

<sup>27</sup> Antonio Labriola, **Lettere a Benedetto Croce. 1885-1904**, Napoli, Istituto Italiano per gli Studi Storici, 1975. Sobre este epistolario, v. Antonio Areddu, **Sulle lettere di A. Labriola a B. Croce (1895-1904)**, Firenze 1987; y “A. Labriola e B. Croce nelle vicende del marxismo teorico italiano (1890-1904)”, in **Behemoth**, X, Roma, 1995, fasc. 1-2, pp. 11-25 (parte prima); y fasc. 3/4, pp. 23-31 (parte seconda).





napolitano se empeñó en publicarlas en vida, aunque más no fuera parcialmente, resignificadas dentro de su propio relato. Su texto se convirtió desde entonces en el punto de referencia obligado de cualquier abordaje sobre el viejo Labriola, el joven Croce y la formación del marxismo en Italia.<sup>28</sup>

En segundo lugar, el relato de Croce es más complejo de lo que aparece a primera vista. Adopta la forma del *Bildungsroman*, de una novela de formación, un relato de aprendizaje juvenil (Croce) apoyado en la experiencia y sabiduría de una figura mayor (Labriola). Figura activa al comienzo, el maestro aparece como incitador y propiciador, mientras que el discípulo, apático hasta entonces a la política y al pensamiento filosófico, se revela de pronto "inflamado"; en un segundo momento maestro y discípulo devienen interlocutores en relativa paridad, al punto que el primero puede apoyarse en el segundo para confesarle sus dudas y prevenciones; al final del relato el maestro aparece superado por el discípulo, lo que no impide que este le rinda tributo póstumo con su escrito y con la reedición de sus obras.

Aunque los personajes centrales del relato son maestro y discípulo, Croce pone sutilmente en juego toda una serie de terceras figuras. Sobre todo en el relato de la "Contribución..." de 1915, el padre ausente aparece reemplazado por la figura del tutor (Silvio Spaventa), y el tutor, a su vez, desplazado por el maestro (Labriola). El maestro Labriola tiene por su parte un maestro mayor, el viejo Engels, que muere justamente cuando el discípulo italiano comienza su obra marxista. El discípulo Croce tiene un condiscípulo, su hermano-enemigo Giovanni Gentile, que también reconoce una deuda con Labriola. Y este tiene también un hermano-enemigo en Francia, llamado Georges Sorel. Sorel y Croce van a romper el pacto colectivo del "marxismo crítico" que mantenían con Labriola, abrazando la "crisis del marxismo" junto a Bernstein y Masaryk. Labriola rompe públicamente con ellos en la nueva edición francesa de su *Discorrendo*. Y se posiciona, no muy cómodamente, en el debate internacional junto a los marxistas "ortodoxos" Kautsky y Plejanov, que están en las antípodas de su lectura historicista y antimaterialista del marxismo. El *intelectual* socialista Labriola tiene además un antagonista en el *político* socialista Turati, pero cuando el joven *intelectual* Croce cuestiona el marxismo siguiendo las enseñanzas del maestro, Labriola rechaza el avance del querido discípulo para salir en defensa del socialismo italiano, a cuyas figuras despreciaba, comenzando por Turati.<sup>29</sup> Croce se apresura a concluir: no es que el discípulo italiano y el hermano francés traicionaran a Labriola, es Labriola quien no fue capaz, por escrúpulos políticos, de llevar hasta las últimas consecuencias las dimensiones críticas de su marxismo. En fin, sólo una edición crítica del texto que hoy damos a cono-

cer a nuestros lectores, acompañada de una edición de la correspondencia cruzada entre las diversas *dramatis personae*, daría cuenta cabal de la complejidad de las relaciones entramadas y de las posiciones en juego. Desde luego, no es posible ofrecer en las páginas de nuestra revista un *dossier* de semejantes proporciones, pero confiamos en que la publicación de los textos que sobre la "crisis del marxismo" venimos dando a conocer en *Políticas de la Memoria*, así como los que seguirán, repongan en buena medida dicha complejidad.<sup>30</sup>

Un último señalamiento. A nadie puede escapar el doble movimiento, de apertura y de clausura, que opera el autor de este escrito, ya desde la misma elección del título. El texto (que, como ya señalamos, servía de apéndice a una nueva edición de **La concepción materialista de la historia** donde Croce incluía también "En memoria del Manifiesto Comunista") apareció en 1938, en plena consolidación del régimen fascista italiano. Al año siguiente Croce publicó incluso el tercer ensayo de Labriola sobre filosofía y socialismo.<sup>31</sup> Es posible conjeturar, a favor de Croce, que se trató de una operación calculada para eludir la censura fascista. Y reconocer que un contexto tan hostil, los tres *saggi* de Labriola, que no se publicaban desde hacía más de tres décadas, fueron accesibles a una nueva generación de luchadores antifascistas que seguramente desconocía a su autor. No deja resultar paradójico que mientras Gramsci escribía en los **Cuadernos de la Cárcel** que debían revalorizarse y volver a ponerse en circulación los ensayos agotados y olvidados de Labriola como punto de partida de una crítica de la ideología italiana tal como la representaban Croce y consortes<sup>32</sup>, sería el máximo exponente de esta ideología quien emprendería una tarea de edición apenas después que Gramsci moría en Roma.

Sin embargo, sería ingenuo limitarse a esta explicación. Croce no sólo clausura el "marxismo teórico" en Italia para 1900, sino que, como apreciará el lector a continuación, desconocía cualquier desarrollo del marxismo contemporáneo por fuera del "catecismo revolucionario" que Rusia exportaba a Europa. Respecto de Italia, Croce necesariamente desconocía los **Cuadernos de la Cárcel** de Gramsci, que recién se van a editar en la posguerra (seguramente debió sorprenderse de su notable gravitación, que acaso alcanzó a vislumbrar antes de su muerte en 1952). Pero no podía desconocer la obra del principal continuador de Labriola en Italia: Rodolfo Mondolfo, que justamente se exiliaba en la Argentina cuando Croce publicaba su texto. Obras de la envergadura intelectual de **Il materialismo storico in Federico Engels (1912) y Sulle**

<sup>28</sup> Aldo Mautino, *La formazione della filosofia politica di Benedetto Croce*, Torni, Einaudi, 1941, y toda la bibliografía ya citada sobre la recepción del marxismo en Italia.

<sup>29</sup> En relación a los actores, los argumentos y los problemas puestos en juego en el debate internacional en torno al "revisionismo" y la "crisis del marxismo" remito, para no repetirme, a mi estudio introductorio: Horacio Tarcus, "Tomás G. Masaryk y la invención de la 'crisis del marxismo'", en *Políticas de la memoria* n° 14, verano 2013/14, Buenos Aires, pp. 33-46.

<sup>30</sup> Georges Sorel, "La descomposición del marxismo", con una introducción de Daniel Sazbón, en *Políticas de la Memoria* n° 13, Buenos Aires, verano 2012/13, pp. 170-192, y *Dossier* "Masaryk y la crisis del marxismo" con una introducción de Horacio Tarcus, en *Políticas de la Memoria* n° 14, Buenos Aires, verano 2013/14, pp. 31-58.

<sup>31</sup> Antonio Labriola, *La concezione materialistica della storia*. Nuova edizione con aggiunto il saggio di Benedetto Croce "Come nacque e morì il marxismo teorico in Italia", Bari, Laterza, 1938; *Discorrendo di socialismo e di filosofia*, Bari, Laterza, 1938, terza edizione a cura di B. Croce.

<sup>32</sup> Gramsci anota: "resumen objetivo sistemático de sus publicaciones sobre el materialismo histórico para sustituir los volúmenes agotados que la familia no reedita", en *Cuadernos de la cárcel*, México, ERA, 1981, ed. Gerratana, vol. 2, p. 35.

orme di Marx (1923), que retomaban el abordaje de Labriola al mismo tiempo que anticipaban motivos y perspectivas del marxismo occidental, dislocan en el cuadro trazado por Croce.<sup>33</sup>

La Revolución rusa produjo, ciertamente, cientos de “catecismos revolucionarios”, pero Croce ignoraba o decidió ignorar los notables desarrollos del marxismo ruso en la década de 1920 (Rubin, Pashukanis, Preobrazhensky, etc.), sin hablar del propio Trotsky, cuya **Historia de la revolución rusa** estaba animada por una concepción de la historia en clara deuda intelectual con la perspectiva historicista de Labriola.<sup>34</sup> También desconocía Croce el influjo que la Revolución de Octubre había ejercido en amplias franjas de la intelectualidad europea, cuyos mayores frutos fueron obras en la década de 1920 de la envergadura de **Historia y conciencia de clase** de Lukács y **Marxismo y filosofía** de Karl Korsch.

Ciertamente, para los años en que escribe Croce, son obras que han entrado en un cono de sombra, y que sólo conocerán un renacimiento en los años de posguerra. El stalinismo en la Unión Soviética y los fascismos en Europa habían significado, cada uno a su modo, una derrota histórica para el movimiento obrero y un reflujo en los desarrollos de la teoría marxista.<sup>35</sup>

Eugenio Garin reconstruía el contexto histórico del escrito de Croce en estos términos:

Después de la tragedia de España, Mussolini y Hitler acampaban en medio de Europa. El comunismo, y Croce lo reconocía, era una fuerza real, y el materialismo histórico interesaba hasta a los “profesores ingleses”. Croce vivía en la confiada certeza de que la “invasión de los hicsos” había sido rechazada, y habrían renacido las esperanzas “de una más libre y gallarda vida italiana desgraciadamente destruidas por el fascismo”. Cerrado el paréntesis, el camino debía reanudarse, pero sin desviaciones marxistas. Croce, en la espera de grandes acontecimientos, en un momento tormentoso y trágico, ofrecía esos textos exorci-

zados, olvidados, prohibidos, pero con el antídoto suyo, para que los italianos no fueran inducidos nunca más a la tentación.<sup>36</sup>

Valentino Gerratana, por su parte, recordaba que para 1938 hacía casi cuatro décadas que Croce había dejado atrás su *flirt* juvenil con el socialismo y su posterior aventura con el revisionismo, habiéndose entregado “a la causa del conservadurismo moderado y comprometido en el ambicioso —y logrado— proyecto de conquistar la cultura italiana para una forma modernizada de hegemonía idealista”. Para el filósofo idealista no se trataba de un retorno a los viejos ideales; al contrario, él mismo no vacilaba en admitir que su intención era desenterrar para al mismo tiempo volver a enterrar definitivamente las páginas del “viejo maestro”. Y las razones de la que Gerratana no dudaba en calificar de “macabra intención” estaban justamente explicadas en “Cómo nació y cómo murió el marxismo teórico en Italia”:

Precisamente porque había observado que se anunciaba el ‘renacimiento del marxismo en Europa’, el buen padre de la cultura italiana sermoneaba a los ignorantes italianos para que no se dejaran deslumbrar: el marxismo había nacido en Italia en 1895 con los ensayos de Labriola y había muerto poco después, en 1890, con la antología de los estudios críticos de Croce sobre materialismo histórico. Había sido una hermosa aventura intelectual, pero una aventura ya terminada, como todas las aventuras de las que ‘solo queda un buen recuerdo. En el fondo, el único mérito de Labriola era ‘haber promovido nuevos pensamientos’, es decir, los pensamientos de la filosofía idealista de Benedetto Croce. En la actualidad este episodio hace sonreír, pero quien lo vivió entonces, de joven bastante ignorante, no puede negar haber tenido un sentimiento de gratitud por el viejo filósofo napolitano que con tanta preocupación ofrecía el fruto prohibido, aunque con la recomendación de no comerlo.<sup>37</sup>

Gerratana, que escribía su texto al mismo tiempo que Garín preparaba el suyo, coincidía en presentar el marxismo en el texto de Croce en términos de “tentación” y “fruto prohibido”. Pero Garín nos ofrece además un *plus*, una suerte de lectura sintomática del texto de Croce, en el que cree advertir, “aunque secreta y contrariada, la conciencia del gran peso que estas doctrinas y ciertos hombres habían tenido y tenían todavía en la historia. Y esos muertos, hombres y doctrinas, después de tantas décadas, aparecían, al fin, muy vivos en la memoria. Así, en verdad, Croce parecía reiniciar, en el momento que lo consideraba concluso, desde hacía cuarenta años, un coloquio: cuando con no común grandeza, ponía ante los lectores italianos, en la clausura fascista, el **Manifiesto** y las páginas de Labriola, dando voz de nuevo a su adversario y maestro durante muchos años.”<sup>38</sup>

<sup>33</sup> **Il materialismo storico** in Federico Engels, Genoa, Formiggini, 1912 (hay dos traducciones al castellano: **El materialismo histórico** en Federico Engels, Rosario, Ciencia, 1940, trad. de Alberto Mantica, Rosario, 1940; y Buenos Aires, Raigal, 1956, trad. de Roberto Bixio) y **Sulle orme di Marx**, Bologna, Cappelli, 1919 (hay traducción parcial en **Feuerbach y Marx**, Buenos Aires, Claridad, c. 1936, trad. de M. H. Alberti, y en **Marx y marxismo. Estudios histórico-críticos**, Buenos Aires, FCE, 1966). El propio Mondolfo ha reconocido, refiriéndose a Gramsci, que “tanto yo como él experimentamos el fuerte influjo de Labriola” (**Marx y marxismo**, *op. cit.*, p. 211). Las referencias a Labriola en sus obras son incontables. Ver “Ricordando Antonio Labriola”, en **Sulle orme di Marx**, *op. cit.*, pp. 348-51. Para una reevaluación reciente del Mondolfo marxista, v. Marcella Pogatschnig, **El otro Mondolfo. Un marxista humanista**, Buenos Aires, Biblos, 2009.

<sup>34</sup> Alain Brossat ha señalado la relevancia de la lectura de Labriola en la formulación de la teoría trotskista de la revolución permanente. Ver **En los orígenes de la revolución permanente. El pensamiento político del joven Trotsky**, Madrid, Siglo XXI, 1976, pp. 112-13. Pero se podría ir más allá, mostrando cómo la perspectiva historicista que Trotsky tomó de Labriola le permitió concebir una obra como la **Historia de la Revolución rusa**. Por otra parte, sus consideraciones sobre “el papel del individuo en la historia” están claramente en la línea de Labriola y en las antípodas de Plejanov. Ver Horacio Tarcus, “Trotsky, el profeta trágico de la revolución”, en **El Cielo por asalto** n° 1, Buenos Aires, verano 1990/91, pp. 189-204.

<sup>35</sup> Perry Anderson, **Consideraciones sobre el marxismo occidental**, Madrid, Siglo XXI, 1978.

<sup>36</sup> Eugenio Garin, “Antonio Labriola y los ensayos acerca del materialismo histórico”, *op. cit.*, p. 57.

<sup>37</sup> Valentino Gerratana, “Acerca de la fortuna de Labriola”, en **Investigaciones sobre la historias del marxismo I**, Barcelona, Grijalbo, 1975, trad. de Francisco Fernández Buey, pp. 195 y 200-201.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 58.



## De cartas y recuerdos personales

# Cómo nació y cómo murió el marxismo teórico en Italia (1895-1900)

Benedetto Croce

El 27 de abril de 1895 Antonio Labriola, mi viejo maestro en la Universidad de Roma, al cual había permanecido ligado y agradecido por todo aquello que de él había aprendido y que siempre aprendía de su conversación, me escribió:

Salió en París el primer fascículo (verdadera revista, y no *Critica Sociale* a la Turati) de *Le Devenir Social*, "órgano marxista". Allí escribiré también yo: de hecho ya he mandado un largo artículo-monografía. Me pidieron que les proporcionara suscriptores. Permítanme nombrarlos a ustedes. Estoy seguro de que allí encontrarán para leer. Y a propósito de mi artículo: ¿me permitirán mandarles el manuscrito? Verán ustedes si es apropiado que de él haga un pequeño opúsculo.

Esta carta señala la fecha del nacimiento del marxismo teórico en Italia.

No era, por supuesto, que antes no se supiese nada de Marx y de *El Capital*, del "plusvalor" y del "materialismo histórico"; porque en efecto en los últimos años, la divulgación de estas teorías había crecido con el crecimiento del socialismo, y en los periódicos y en las revistas socialistas mucho se disertaba en torno a ellas, procurando exponerlas, razonarlas, defenderlas. Pero sólo entonces Labriola, el único entre los socialistas italianos que tenía ingenio y preparación científica de filósofo, comenzó, en calidad de escritor, su obra de teórico del marxismo, y ejerció acción y suscitó reacciones, y dio origen a un proceso mental del cual contaré aquí el principio, el curso y el final.

En cuanto a mí, que debía ser en esta obra su colaborador en todos los sentidos (es decir, también opositor), tenía entonces veintinueve años, había pasado por múltiples pruebas de estudio en literatura, filología y filosofía, e, inconscientemente, por una íntima necesidad moral, me venía concentrando en la investigación del problema de la historia, insatisfecho de la mera erudición y anécdota. Me era conocido el materialismo histórico, del

que ya desde hacía algunos años Labriola se ocupaba en sus cursos de la Universidad de Roma, los cuales, residiendo yo en Nápoles, no podía, aunque mucho lo desease, frecuentar; de modo que esperé con mucha expectativa el manuscrito de su artículo, que era el ensayo: *In memoria del Manifiesto dei comunisti*. Y cuando lo hube recibido, lo leí y lo releí, la mente se me llenó de visiones y conceptos para mí nuevos, y, al responder a Labriola, le propuse ser editor de aquel ensayo —reanudando, hacia él, mis habituales incitaciones—, y que junto a los demás tenían, a mi parecer, el deber de ordenar un tema que tan bien conocía.<sup>1</sup>

Labriola a su vuelta, el 15 de mayo, me escribió:

Querido Benedetto, ¿cómo hago para responderles, en efecto agradecerles (vean que entre el *ustedes* y el *tu* estoy siempre avergonzado y paso de uno al otro con inigualable inconsecuencia)? No ya por la materialidad del ofrecimiento de la impresión y edición. Esto retorna al terreno de su cortesía personal hacia mí: y agradecerles y aceptar es rápidamente dicho y hecho. No me siento avergonzado de agradecerles por el gasto que quieren sostener: eso sería descortesía, casi como si me mostrase avergonzado de la hospitalidad de una invitación a almorzar. Por mi parte basta que les agradezca de corazón y les diga: acepto.

Pero la generosidad de ustedes va mucho más allá de eso. Quisieran comprometerme a sacar en un serie de publicaciones más o menos extendida todo aquello que he aprendido de filosofía de la historia en sentido materialista (cuya denominación, por otra parte, antipática, puede evitarse ponerla en la primera línea y en los títulos), y por este respeto mi gratitud, como no tiene límites, no encuentra adecuada expresión. De hecho no sé qué hacer con aquello que he aprendido y pen-

<sup>1</sup> Antonio Labriola, "En memoire du *Manifeste du parti communiste*", en *Le Devenir social*, a. I, n° 3, Paris, junio 1895, pp. 225-252, y n° 4, julio 1895, pp. 321-344. Croce lo editó en Italia como: *In memoria del Manifiesto dei comunisti*, Roma, Loescher, 1987. Hay numerosas ediciones en castellano. [N. de H.T.]

sado, si no acepto una propuesta como la de ustedes. Mis apuntes de clases (desnudos esqueletos y notas ininteligibles para todo otro que no sea yo) los expreso verbalmente, y luego no pienso más en ellos, especialmente durante las vacaciones. De figurar en Italia como un socialista y un hombre político se me han pasado las ganas, y sobre todo, no quiero figurar en escena junto a tantos, más o menos tramposos. Y sepan qué bello consuelo es para mí saber que un tal me tiene en Viena o en Londres por un campeón del socialismo italiano... ¡que no existe! Por otra parte, no quiero imprimir mis clases, como me fue propuesto. Las clases no son materiales, y en su lugar la verdadera publicación es la monografía redondeada, como les parece a ustedes aquel pequeño escrito. Por lo tanto, la generosa propuesta de ustedes es realmente oportuna para quitarme una vergüenza de la cual no me daba plenamente cuenta, y abrirme una vía inesperada. Porque mi destino es ahora muy curioso: o no hacer nada o hacer cosas inútiles en mala compañía. Pero si he renunciado a ser ciudadano político en Italia, a ser italiano no puedo renunciar, y se necesita que por lo menos escriba. Un día u otro quiero recoger todos mis pequeños opúsculos y artículos políticos y ponerlos por escrito: Aquí yace un desertor. Ni quiero rendirme nunca a las invitaciones por ejemplo de *Die Neue Zeit* de colaborar (salvo la correspondencia política que escribo en algunos periódicos de tanto en tanto para obtener una pequeña compensación), porque, en el fondo, en las revistas, aunque sean óptimas como esa, se termina siempre por perder la propia individualidad. Después de tal confesión, les digo: Hacemos la prueba y comenzamos. Quién sabe, en dos o tres años podrán surgir diversas monografías que no reproducirán ninguna de mis clases (como es justamente aquel opúsculo).

En cuanto al resto —número de las copias, forma de la impresión, uso que quieran hacer de las copias, etc. etc.— a ustedes me remito.

Mientras tanto, yo, inflamado por la lectura de las páginas de Labriola, tomado por el sentimiento de una revelación que se abría a mi espíritu ansioso, no perdí tiempo y me metí de lleno en el estudio de Marx y de los economistas y comunistas modernos y antiguos, estudio que debí proseguir intensamente por otros dos años. A los primeros días de ese nuevo fervor se refiere esta carta de Labriola (17 de mayo del '95):

He sabido por Loescher (y lo he sabido justamente porque se dirigen a mí cuando trata de libros raros, de una evidente rareza) que buscan libros de la vieja literatura marxista.<sup>2</sup> ¡Caso desesperado! Leí dos años atrás *Heilige Familie* [La Sagrada familia de Marx y Engels] e hice un largo extracto sobre un ejemplar que me llegó en préstamo desde Inglaterra asegurado por 500 francos. Finalmente encontré una copia en Viena (de un inexperto) por veinte florines. La he dejado intacta, porque no la

he releído. De *Misère de la Philosophie* [Miseria de la Filosofía de Marx] tenía dos copias, una de las cuales la he cedido recientemente en Viena por otra rareza. Y si les contase toda la historia de estas búsquedas mías, debería escribirles todo un capítulo de curiosidad literaria.

Les aconsejo leer el libro de Engels contra Dühring (*Umwälzung der Wissenschaft*, tercera edición, 1894). Es el libro más grande de ciencia general que haya salido de la pluma de un socialista, y además el libro objetivamente de mayor valor que haya ahora en la concepción filosófica general. Ya lo verán.

Si les gusta, puedo incluso mandárselos para que lo tengan. El año pasado me hice enviar por correo a Castellammare esta tercera edición; pero apenas había releído un capítulo en marzo, cuando me llegó otra copia de regalo de parte del autor. Si les urge, se las mandaré, y ustedes harán una cosa grata para mí y útil para ustedes al leerla.

En verdad, tanto yo como Labriola, acostumbrados a los estudios metódicos y al manejo de los libros, nos comportábamos frente a Marx como lo hacíamos con cualquier otro autor y tema de estudio, procurando estar lo más posible exactamente y plenamente informados de todos sus escritos y de la literatura que le concernía. Labriola me prestó *La Sagrada Familia* y algunos opúsculos raros de Marx; y con alegría me anunció el año siguiente que había obtenido de la dirección del Partido Socialista de Berlín el préstamo del único ejemplar completo —aquel mismo que había pertenecido a Marx— de *Neue Rheinische Zeitung* de 1848.

Mientras se ejecutaba bajo mi vigilancia la impresión del primero de los *Saggi intorno alla concezione materialistica della storia*<sup>3</sup>, ya Labriola dirigía su mente a proyectar el segundo; y el 20 de mayo me anunciaba que lo titularía *Da Vico a Morgan*.<sup>4</sup> El 25 de mayo me volvía a escribir acerca de este segundo ensayo, y también de una pequeña compilación, que yo le había propuesto hacer, en el intervalo, de sus dispersos pequeños opúsculos, artículos y notas sobre el socialismo:

Como sucede a menudo en los asuntos humanos, yo que a esta publicación (del primer ensayo, sobre el *Manifiesto comunista*) no la pensaba en absoluto, ahora no veo la hora de que se haga. Será curioso ver con cuánta desilusión permanecerán los socialistas italianos. ¡Porque aquí en Italia estamos todavía en el punto en el que el socialismo científico (que no es otra cosa que la nueva concepción de la historia) necesita todavía revelarse!

Ya he hablado a Loescher, y está bien. La publicación será hecha con su nombre como editor-librero. Pero como yo le he dicho

<sup>2</sup> Labriola se refiere a *Loescher Editore*, la editorial italiana que había fundado en 1861 en Turín el tipógrafo alemán Hermann Loescher, extendiéndose luego a Firenze y a Roma. Croce estaba en relación con la familia Loescher, para cuya casa preparaba la edición de los sucesivos *Saggi* de Labriola. [Nota de H.T.]

<sup>3</sup> Croce se refiere aquí a la obra ya citada de Labriola: *In memoria del Manifiesto dei comunisti*, Roma, Loescher, 1895. Nota de H.T.

<sup>4</sup> Morgan, etnólogo e investigador de las formas de la familia primitiva, había sido incluido por la escuela marxista entre sus autores, especialmente por efecto de un libro de escaso valor de Engels, *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats* (Zurich, 1884: muchas veces reimpresso, y traducido también al italiano). Nota de Croce. [F. Engels, *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, hay numerosas ediciones en castellano. N. de H.T.]



que se hace por cuenta de ustedes, que han asumido tal cargo, así yo me descargo, y por la sinceridad de la cosa, deseo que ustedes le escriban dos palabras directamente, ahora que ya ha aceptado. Les ruego esto.

En cuanto a aquellos de mis discursos, opúsculos, cartas etc. (de 1886 en adelante), todas cosas que retornan al ámbito de mis ideas, pero bajo un ángulo visual o subjetivo o de ocasión, habría pensado hacer así: recoger todo en un volumen titulado: "Socialismo e Democrazia", con el agregado de "Frammenti". A los títulos especiales los agruparía como en capítulos (por ejemplo: "La Democrazia in Italia" – "Il Socialismo in Italia") un opúsculo y un discurso, una carta y un artículo de periódico, y así sucesivamente. Las cosas tendrían la apariencia de ser simplemente *angereihet*, pero las notas acá y allá darían la unidad. Un breve prefacio debería entre lo serio y lo humorístico explicar el título "Frammenti" (¡porque Italia está toda descosida y fragmentada!) y hacer entender porqué, dándole la espalda a la política de todos los días, tomo el rol de espectador. Dejaría también las contradicciones debidas a las variadas circunstancias de hablar y de escribir, y naturalmente no daría todo, sino, según los casos, pasajes sin develar, nada que pueda parecer indiscreción de encuentros privados. Solo aquello que ha llegado a la luz del día.

Si este pensamiento me madura en la cabeza, y si tengo la paciencia de juntar todos estos recortes, trataré de coordinar cada cosa durante las vacaciones.

Y ahora les pido un consejo. Me encuentro, para escribir los otros opúsculos, con una curiosa dificultad. La dificultad del *demasiado*. Tengo aquí delante mío un desorden de apuntes. Escribir sobre esta huella por ejemplo una historia popular del marxismo moderno, sería cosa fácil. Bastaría que me imaginase estar dando la clase; y decir: ahora se narra la conspiración de Babeuf; y para entenderla se necesita: 1) situación de Francia después del 9 de Termidor; 2) análisis de la condición económica creada por la confiscación y venta de los bienes eclesiásticos etc.; 3) antecedentes del comunismo igualitario, etc. Ahora no quiero hacer esto, más bien convertir todo el material histórico en medio de *ejemplificación*. ¿Me explico?

Para hacer esta *inversión y conversión* bajo un ángulo visual elegido para diseñar, debo hacer un trabajo del todo nuevo. Ahora me son entregados estos dos títulos, que les doy sin comentarios:

"Ricerca del terreno storico"

"Da Vico a Morgan"

En el fondo se trata de desmenuzar en muchas tesis especiales las cosas que acabo de mencionar en el primer opúsculo (que deseo que sea titulado no simplemente primero, sino *promio*). Sin embargo me parece que con eso permanecería una laguna. Para colmarla me parece necesario un opúsculo de estilo llano y ordinario (pero no escolar), que, bajo el nombre de "introduzione alla storia del socialismo", introduzca la materia, convirtiendo en programa de libro el programa de mis clases (que no hace falta decir taxativamente).

Conocía, por haberlos observado desde hace mucho tiempo, los estorbos y los obstáculos que Labriola encontraba, cuando, de la

briosa conversación y del incisivo bosquejo del pensamiento en las clases, se esforzaba por pasar al acto de componer escribiendo. Quizá la razón estaba en la excelencia misma de la actitud que tenía para el discurso oral, el cual fácilmente oculta al hablante mismo las lagunas en la *iunctura rerum*, que se manifiestan inexorablemente a quien se apresta a escribir. Debí, por lo tanto, responderle como médico práctico, como veo aquello que es dicho en una carta suya del 6 de junio:

En cuanto a la cuestión en general de los otros opúsculos sucesivos, estoy plenamente de acuerdo con ustedes. No hay necesidad de hacer un plan preconcebido. Serán expositivos, críticos y también narrativos, y la unidad estará en la cabeza de quien los escribe.

El primer ensayo salió a principios de julio. El 27 de junio Labriola recibía las hojas impresas, y quedaba muy contento: "¿Pero, y la advertencia? No quisiera que me hicieran la mala jugada de suprimirla porque se habla de ustedes. Y eso me generaría un grandísimo desagrado. En resumen, esa es la verdad de las cosas y se debe decir". Casi contemporáneamente aparecía el primer artículo en francés de **Le Devenir social**, y Turati retraducía algunos pasajes, ofreciéndolos a los lectores de **Critica sociale**: con contrariedad de Labriola, también porque, me decía (2 de julio del '95), "la prosa severa de mi opúsculo no se presta a la *réclame*". Una gran alegría fue para él la aprobación del viejo Engels, con quien desde hace años mantenía correspondencia<sup>5</sup>, y que debía morir apenas algunos meses después. Se apresuró a comunicármelo (8 de julio del '95):

Engels (¡piensen que es el mismo de cincuenta años atrás!), quien se encuentra en Eastbourne, para reposar, como él dice (pero otros me dicen que se trata de una grave enfermedad), me escribe, por haber leído en **Le Devenir Social** la parte publicada de mi artículo (lleno, además, de muchos errores de traducción): "Alles sehr gut, nur einige kleine tatsächliche Missverständnisse, und anfangs eine etwa zu gelehrte Schreibweise. Ich bin sehr begierig auf den Rest".<sup>6</sup> Pueden imaginar cuánto desearía satisfacer

<sup>5</sup> Las importantes cartas de Labriola a Engels fueron publicadas, un total de ciento treinta y una, del 2 de abril de 1890 al 13 de julio de 1895, óptimamente anotadas con copiosas referencias históricas, en la revista comunista italiana de París: **Lo Stato Operaio. Rassegna da Politica Proletaria**, n° 1, 1927 y años siguientes. En la misma revista (pp. 787-792) el conocido curador de la nueva edición de las obras de Marx y Engels (editor, al menos, de los primeros volúmenes, porque luego perdió el apoyo del partido y fue destituido o incluso encarcelado), D. Riazanov, escribió un artículo sobre Labriola. Las respuestas de Engels a él no han visto la luz, pero deberían conservarse en manos de los hijos de Labriola. [Nota de Croce]. [Una edición corregida de las cartas de Labriola a Engels aparecidas en **Lo Stato Operaio** de París (a lo largo de los años I: 1927, II: 1928, III: 1929 y IV: 1930) se publicó en la Italia de posguerra como: Antonio Labriola, **Lettere a Engels**, Roma, Rinascita. 1949, Biblioteca del movimiento operaio italiano, 237 p. Una edición posterior rescata una veintena de piezas más (alcanzando en total 151 cartas): **La corrispondenza de Marx e Engels con italiani. 1848-1895**, a cura de Giuseppe Del Bo, Milano, Feltrinelli, 1964, XXVI + 652 p. El estudio de David Riazanov al que se refiere Croce se tituló "Antonio Labriola" y apareció en **Lo Stato Operaio** n° 7, septiembre 1927, pp. 787-92. [Nota de H.T.]

<sup>6</sup> "Todo muy bien, sólo algunos malentendidos fácticos y, en principio, un estilo acaso un poco académico. Estoy ansioso por el resto". En alemán en el original. [Nota de H.T.]

tal *Begierde* [deseo]. Y pueden imaginar cuán feliz sería de escribir con solo algún error de hecho (que será, creo, más error de colorido que de hecho) sobre asuntos tan inhóspitos para el intelecto italiano.

Su sentimiento al remontarse con la imaginación a aquel febrero de 1848, en el cual fue leído y firmado en Londres el **Manifiesto comunista**, tenía algo de religioso, como el recuerdo de la fundación de una iglesia, y del maestro y los primeros apóstoles; y generaba hacia la persona de estos hombres inquietud, veneración, e incluso ternura: como al dedicarse a localizar a los dos sobrevivientes de aquellos primeros firmantes, Lochner y Federico Lessner<sup>7</sup>, y en la diligencia piadosa y socorrista para este último año, que yacía gravemente enfermo y en condiciones miserables en Londres, hacia fines del '97. Había obtenido de Engels una copia de la edición original londinense del **Manifiesto comunista**, que mostraba y volvía a contemplar con devoción.

Nuestra correspondencia no continuó siendo epistolar en el verano del '95 porque Labriola vino a pasar aquellos meses a Nápoles y nos veíamos casi diariamente y hacíamos largos paseos en los cuales me exponía sus pensamientos, sus dudas, sus interpretaciones y reelaboraciones de la doctrina del materialismo histórico; y así en cierto modo venía preparando el nuevo libro. Yo lo dejaba hablar, escuchándolo con atención y sólo rara vez interponiendo alguna observación o pregunta. Más tarde, ante la dificultad de escribir el tercero de los ensayos, recordaba el beneficio (que yo había creído solamente mío) de aquellas nuestras conversaciones: “Tú no puedes imaginarte cuánta pena me causa no poder verte. Habría tenido tanta necesidad de conversar contigo un par de meses, como el año pasado en Nápoles. Debo a aquellos paseos el volumen que he impreso este año” (23 de julio del '96). En aquellos meses había dado un primer signo de mis nuevos estudios, apoyados en los viejos de historia meridional, al someter a una crítica destructiva una monografía que, precisamente en **Le Devenir social**, había publicado sobre el comunismo de Tommaso Campanella un santón del socialismo, Paul Lafargue, yerno de Karl Marx. Digo “signo” porque allí demostraba mi simple disposición de ánimo de no faltar el respeto, a pesar del interés por el socialismo, al culto de la verdad, y de no aceptar y de no dejar pasar sin protesta los disparates que socialistas, incluso de gran renombre y autoridad, imprimían.<sup>8</sup> Recuerdo que **Critica sociale**, que había comenzado a publicar traducida la monografía de Lafargue, se vio obligada, después de la divulgación de mi escrito, a dejar la impresión por la mitad y a mencionar la recensión negativa realizada por el crítico italiano: en ese acto, para hacer menos amarga la bebida a

Lafargue, me condecoró con el nombre, que en absoluto me correspondía, de ¡“compañero”!

Las clases, que Labriola retomó en noviembre de aquel año, fueron el arranque de la escritura del segundo ensayo:

(16 de noviembre del '95). El miércoles comencé mi famoso curso de filosofía de la historia. Ayer entonces di la segunda clase. Y así continuaré todos los miércoles y viernes, habiendo reservado los otros días para el resto. Nominalmente cada clase es de una hora y media como se usa aquí para las disciplinas accesorias, no obligatorias, de encargo etc. Pero no se puede ir más allá de una hora y diez minutos.

En estas dos primeras clases *dadas* traté preliminarmente de los límites de la concepción materialista. Tuve una verdadera multitud de oyentes, que era para morir de calor. Espero que, pasada la primera curiosidad, el miércoles próximo se reduzcan a la mitad.

Aclaré principalmente estos tres puntos:

- 1) La necesidad de que la doctrina, descubierta por no historiadores, encuentre su complemento en el arte del relato, hecho por historiadores de profesión.
  - 2) La necesidad de hallar en la mutación de las formas económicas la *causa* del proceso y reconciliarla con la idea del progreso.
  - 3) Y, principalmente, la psicología social.
- Esta es la materia del segundo ensayo, que por ahora he dicho.

En enero del '96 trabajó en el libro:

(4 de enero del '96). Te anuncio que mi Musa inmortal, siempre virgen antes y después del parto, ha parido las primeras cuatro páginas del nuevo opúsculo. Este se titula definitivamente **Dilucidazione generale della dottrina**. Con tal título descomprometido tendré facultad de extenderme.

Y me tuvo informado de los progresos de su trabajo, del principio al fin:

(6 de enero del '96). Procedo en este ensayo por vía de exclusión crítica. Los primeros cuatro párrafos tratan de aquel que sigue contra el verbalismo (es decir el argumentar por ejemplo de la definición de la materia) contra el conceptualismo inmediato, que luego degenera en fraseología (destino-suertecasualidad-lógica de las cosas) contra lo abstracto que traduce toda la historia (incluida la psicología social) a categorías económicas contra el naturalismo inmediato (por ej. extender a la historia el darwinismo).

(17 de marzo del '96). Te dije que ya había terminado. Pero luego esta fatiga de revisar y de copiar es para mí una verdadera desesperación. Me he metido en eso finalmente. Los capítulos son 13 (¡mala suerte!). Haremos así. Te mandaré el manuscrito en tres tandas. El domingo te enviaré solamente el primer tercio. Así podrás pensar contemporáneamente a la

<sup>7</sup> Lessner había formado parte de los comunistas del proceso de Colonia de 1851. Nota de Croce [El sastre Friedrich Lessner y el carpintero Georg Löchner, antiguos miembros de la Liga de los Comunistas, todavía vivían en 1895 y pudieron ser consultados por Labriola. N. de H.T.].

<sup>8</sup> Benedetto Croce, “La storiografía socialista. Il comunismo di Tommaso Campanella”, en *Archivio storico per le provincia napoletane*, año XX, 1895, fasc. IV, incluido por Croce en su volumen **Materialismo storico ed economia marxistica**, Milano / Palermo, Remo Sandron, 1900. Hay versión castellana en: Benedetto Croce, **Materialismo histórico y economía marxista**, Buenos Aires, Imán, 1942, pp. 215-60. Trad. de Oberdan Caletti. [Nota de H.T.].



impresión. El pequeño volumen resultará ser bastante más largo que el primero.

La impresión ocupó los meses de abril y mayo:

(23 de abril del '96). A esta hora estarás quizás leyendo los dos últimos capítulos de mi cuentito<sup>9</sup>; y con tu habitual infinita bondad hacia mí dirás que he escrito una muy bella cosa. Yo no sé qué cosa sea: estoy seguro de haber escrito aquello que pienso; me parece haberme orientado como se necesita para Italia y para rebatir los prejuicios corrientes; me parece también no haber salido de los límites de una dilucidación preliminar (tanto es así que he suprimido las alusiones polémicas, que irían bien en otro lugar): pero en su conjunto el escrito no me gusta, y lo publico solo para no sentirte refunfuñar.

El ensayo **Del materialismo storico. Dilucidazione preliminare**, salió a principios de junio.<sup>10</sup>

Permíteme que te agradezca napolitanamente con mil besos. Recibo ahora las treinta copias de Pierro. El pequeño volumen es bellissimo. Aquello que contiene... lo releeré en un par de meses, porque ahora, por miles y miles de razones de mal humor, me parece una cosa pésima. ¿Cómo hago para agradecer? Espero solo que el aburrimiento, el fastidio, las molestias que te he procurado te induzcan a dejarme tranquilo por un par de años, para que yo no tenga que continuar haciendo tú editor de juglar.

Este ensayo fundó verdaderamente la autoridad de Labriola como sistematizador filosófico del materialismo histórico y tuvo divulgación internacional en la traducción francesa que, uniéndolo al primero, hizo Bonnet y a la cual Sorel puso el prefacio.<sup>11</sup> De esta forma lo leía, cerca de aquellos años, el joven de diecinueve años León Trotsky, durante su primer encarcelamiento, en la cárcel de Odessa.<sup>12</sup> En 1930, en el Congreso filosófico de Oxford, me pasó

de oír al bolchevique y exministro de educación soviético Lunacharsky, que presentó un informe muy despreciativo sobre la "estética burguesa" (Kant no excluido y yo, nominalmente, incluido), y celebratorio en cambio de la estética marxista y proletaria; y yo, levantándome a hablar después de su discurso y hacerle notar que "estética marxista" es una contradicción de términos, admitiendo el marxismo una economía y nunca una estética,<sup>13</sup> y que no menos privadas de sentido son las palabras "poesía burguesa" y "poesía proletaria" le dije que al pensamiento de Marx nosotros los napolitanos lo conocíamos con pelos y señales mucho antes que los señores revolucionarios rusos, y que yo que le hablaba había sido discípulo, editor y comentarista de aquel Labriola que Trotsky había estudiado de joven, y con Labriola, uno de los dos promotores del estudio de Marx en Italia. Hablándole así, dentro mío sonreía, porque me parecía parodiar en prosa francesa los dos magníficos versos de *Gerusalemme*:

Ma chiunque io mi sia, tu innanzi vedi  
 un di quei due che la gran torre accese!<sup>14</sup>

Ante tal parodia Lunacharsky hizo un gesto de entre maravilla y admiración, y luego vino a saludarme y a entretenerse bondadosamente conmigo.

El trabajo científico tomaba sólo una de las partes de la vida de Labriola, ya que otro tanto y quizás más se lo daba a la política y ya desde algunos años, al socialismo, y, más de cerca, al socialismo italiano. Esta participación, no siendo un hombre de acción, se manifestaba, conforme a su temperamento, en la continua crítica y polémica, e incluso sátira e inventiva: y una representación satírica del socialismo italiano de entonces, hechos y personas, podría recabar de las cartas dirigidas a mí, si tal cosa no me pareciese hoy fuera de tono, que es necesaria la serena indagación histórica sobre ese pasado ya remoto y sobre los hombres que lo representaban. Sin embargo, conviene destacar, para ofrecer

<sup>9</sup> *Cantafavola* en el original [Nota de la trad.].

<sup>10</sup> Antonio Labriola, **Del materialismo storico. Dilucidazione preliminare**, Roma, Loescher, 1896. [Nota de H.T.].

<sup>11</sup> Antonio Labriola, **Essais sur la conception matérialiste de l'histoire**, avec préface de G. Sorel, Paris, Giard & Brière, 1897. [Nota de Croce].

<sup>12</sup> León Trotsky, **Ma vie**, Paris, Rieder, 1930, pp. 189-190. Como documento de la suerte que tuvo el pensamiento de Labriola, y junto a la forma mental de los marxistas, la página de Trotsky merece ser referida en su totalidad: "Conseguimos entrar de contrabando a la cárcel (1898) dos célebres folletos del viejo hegeliano marxista italiano Antonio Labriola, traducidos al francés, cuya lectura me entusiasmó. Labriola manejaba como pocos escritores latinos la dialéctica materialista en el campo de la filosofía de la historia, si bien en cuestiones políticas no podía enseñar nada. Bajo el brillante diletantismo de sus doctrinas, se ocultaban profundas verdades. Labriola despacha de un modo magnífico esa teoría de la complejidad de factores que reinan en el olimpo de la historia y presiden desde allí los destinos del hombre. A pesar de los treinta años transcurridos desde que le leí, todavía recuerdo perfectamente su argumentación y aquél su refrán constante de 'las ideas no se caen del cielo'. Al lado de este autor, ¡cómo palidecían los teóricos rusos como Lavrof, Mijailovskiy, Kareief y otros apologetas de la teoría clásica! Pasados muchos años, todavía no podía explicarme que hubiese marxistas en quienes causase sensación la obra del profesor alemán Stammler **Economía y Derecho**, ese libro tan estéril que se esfuerza, como tantos y tantos otros, por comprimir en los estrechos círculos de eternas categorías el gran proceso histórico y natural que va desde la ameba hasta el hombre, y más allá del hombre; en realidad, esas cate-

gorías no son más que el reflejo de aquel proceso vivo en el cerebro de un pedante". [Nota de Croce].

<sup>13</sup> Lunacharsky, replicando mi afirmación de la ajenidad entre el materialismo histórico y la estética, me anunció solemnemente que en la edición en curso de las obras de Marx habría sido incluido un entero capítulo inédito de la introducción a **Zur Kritik der politischen Oekonomie** (1859), que trata a propósito del problema estético. Este capítulo o parágrafo no era entonces otra cosa que algunas páginas ya publicadas en 1903 por Kautsky en **Die Neue Zeit**, en las cuales se sostiene que el arte griego está enteramente ligado a las condiciones sociales y económicas de la antigua Hélade, y que Aquiles ahora, después de la invención de la pólvora, haría reír; y busca explicar por qué ese arte aún nos llena de tanto placer, aduciendo como razón que a los adultos nos gusta la ingenuidad de los niños (de Homero, Esquilo, Sófocles y niños semejantes). Esto no quita que esas páginas, junto a otras más absurdas o más insulsas aún de Engels, hayan sido reunidas y traducidas en el volumen: Karl Marx y Friedrich Engels, **Sur le littérature et l'art**, textes trad. par Jean Fréville, Paris, Éditions Sociales Internationales, 1936), y que el compilador y traductor escriba en el prefacio: "Les textes inclus dans cette anthologie sont, à notre avis, nécessaires à la formation d'une critique littéraire marxiste en France, dont Lafargue (!) a été jusqu'ici le seul représentant, et à l'élaboration d'une histoire marxiste de la littérature française". Nota de Croce [Hay traducción castellana: Marx-Engels, **Sobre la literatura y el arte**, Buenos Aires, Problemas, c.1942. Nota de H.T.].

<sup>14</sup> "¡Pero quienquiera que sea ves ahora / a uno de los dos que el fuego han encendido!". Los versos pertenecen a **La Gerusalemme liberata**, poema épico de Torquato Tasso, escrito en 1581, según la traducción clásica de Juan Sedeño [Nota de la trad.].

entero el carácter de Labriola, y también para hacer entender bien la continuación de esta narración, las tres principales quejas que no cesaba de expresar contra el socialismo italiano.

La primera era la incultura, y junto con la animosa ignorancia, y, peor aún, la confusión, que reinaba en el círculo socialista, cuyo documento más notable le parecía el homenaje que los socialistas rendían al profesor Loria, inventor (según ellos) de la interpretación materialista de la historia, crítico del capitalismo y de la sociedad burguesa, anticipador de la fatal palingenesis social; el cual era, por el contrario, para Labriola, un plagiador de las ideas de Marx, un encubierto desacreditador del autor plagiado, en óptimo acuerdo con el mundo de la burguesía, un traficante de pseudosistemas para la gloria de su propia vanidad. Pronto, junto a la de Loria, vio ascender la figura, no menos odiosa para él, de Enrico Ferri, convertido al socialismo, quien declaraba haber hecho su “educación científica del socialismo” nada menos que con las obras de Loria, y tenía en la universidad de Roma un curso de sociología, donde aconsejaba a los alumnos “no leer Marx porque él no había entendido nada” y lo consideraba del todo “superado” (carta de noviembre del '96). Y en torno a estos dos mayores se movía una multitud de menores, que afirmaban teorías desquiciadas y daban por hechos establecidos patrañas y disparates.

La falsa autoridad y las falsas reputaciones de que estos gozaban le generaban a Labriola una irritación que incluía el espasmo, y lo inducían a un exagerado pesimismo, que terminaba por envolver a toda Italia, en la cual gente como esta prosperaba y cosechaba admiración y elogio. Poseía un olfato agudísimo de perro de caza para toda suerte de charlatanería, y se agitaba y enfurecía cada vez (y las ocasiones ciertamente no faltaban) que ese olor, de cerca o de lejos, le hería las fosas nasales. Incluso si se tratase de un inocuo e insignificante compilador de artículos de *Nuova Antologia* y de memorias académicas, como el profesor Alessandro Chiappelli, no se podía contener: “Me llega un fascículo de Chiappelli sobre **Premesse filosofiche del socialismo**. Si ves a ese inepto... hazle entender que su calidad de neo-comendador de la cual se vanagloria, no lo autoriza a decir (p. 36) que **Neue Rheinische Zeitung** (desconocida para él como el sentido común) fue un *órgano de los comunistas*, puesto que fue simplemente un periódico político hecho a expensas de los demócratas renanos, en el cual se maltrataba muy a menudo a los sedicentes socialistas y a los profesores eunucos” (23 de junio del '96).<sup>15</sup>

Si en el modo de esta polémica por la verdad y la seriedad contra la ignorancia y la charlatanería había una excesiva irritabilidad y cólera, una deficiencia de la flemma filosófica necesaria para reconocer la eterna necesidad de la ignorancia y la charlatanería y la función útil que los imbéciles ejercitan en el mundo (y que solo ellos saben ejercitar); un no saber discernir cuándo se necesita

partir a la batalla y cuándo sacudir los hombros, despreciar o sonreír: en otra parte de la disputa de Labriola contra el socialismo vivía un noble motivo, heredado del sentimiento italiano del *Risorgimento*, sensibilísimo en términos de amor patrio, y, al mismo tiempo, favorable a todos los pueblos que reivindicaban la independencia de su patria, y unido al patriotismo el ideal de la libertad, y por lo tanto del laicismo del pensamiento y de la civilización. La manera en la cual los socialistas conversaban de estas cosas le parecía no tanto bruta como boba, y en cada caso reproachable, y a veces delictuosa. Me bastará citar para esta parte una carta suya del 6 de junio del '96, en la cual, entre otras cosas, se hace mención de una mujer, que llegó a ser, veintitrés años después, famosa, porque fue jefa del intento de revolución espartaquista en Alemania y pereció en la represión de aquel intento. Pero, en 1896, Rosa Luxemburg había combatido, en *Die Neue Zeit*, al movimiento nacional polaco, sosteniendo contra este el acuerdo del proletariado polaco con el ruso por los intereses de su clase, con plena indiferencia hacia el destino de la patria; de ahí la indignación de Labriola, que empleaba hacia ella palabras feroces y ciertamente injustas:

En uno de los próximos números de *Die Neue Zeit* verás el revés de la medalla de la cuestión polaca, a propósito de esa tal Rosa Luxemburg, que efectivamente se llama Kuczynska. Kautsky la ha hecho importante al publicar los artículos de esa mujer equívoca: pero él, verdaderamente, no estaba en Stuttgart. Y ha tenido una buena reprobación de muchos, yo incluido. Fíjate que el partido alemán subsidia desde hace rato al partido polaco autónomo, y que la revolución polaca fue ya votada en el Congreso austriaco de Praga de abril último. No son simpáticos estos socialistas italianos, verdaderos herederos del amorfista Bakunin, para quienes todo es lo mismo, ¿el Zar y el ministro Rudini, la burguesía francesa y el gobierno turco, Leone XIII y el Abuna, Umberto y Menelik? Tanto es así, que han combatido la política africana al grito de: ¡Viva Menelik! Habrás visto en el último número de *La Critica sociale* que la cuestión de la libertad de la enseñanza no interesa en absoluto a los proletarios y a los socialistas: todo es lo mismo, incluso si la Universidad fuera entregada a los dominicos. A propósito: he cambiado de idea, y en la apertura de la Universidad volveré a tratar la libertad de la enseñanza según aquel esquema que viste en *Beilage*, que mientras tanto me agradecería que fuese reproducido en algún periódico.

En la guerra greco-turca estuvo, naturalmente, a favor de Grecia contra Turquía, como había estado en la guerra de Italia contra Abisinia, incondicionalmente, por la expansión italiana en aquellas tierras. Me escribía el 11 de marzo del '97:

¿Conoces al profesor Triantafyllis? Dame alguna información precisa sobre él. La necesito.

Hasta ayer he creído que el gobierno italiano, hecho en cierto modo prisionero de la opinión pública, habría entendido qué vía debía tomar. Pero no parece que Rudini haya jamás tenido la vocación de entender. ¿Cuál más bella ocasión para reducir la *Triple* a los mínimos términos (antes que desaparezca), des-

<sup>15</sup> Alessandro Chiappelli, *Premesse filosofiche del socialismo*. Memoria letta all' Accademia della Società reale di scienze morali e politiche di Napoli, Napoli, Tipografia della Università, 1897. Nota de Croce [hay trad. castellana: *El socialismo y el pensamiento moderno*, Barcelona, Biblioteca Sociológica internacional, 1905. Nota de H.T.].





montar la Doble y meterse en las cosas de Oriente con una política propia, en la cual sería posible conciliar lo *útil* con lo *placentero*, el cálculo con el altruismo?

La historia no tiene siempre sus intérpretes: el peor papelón lo han hecho los socialistas alemanes y con el *Vorwärts* a la cabeza. Que había entre ellos muchos pequeños burgueses, *Inhaber* [propietarios] de acciones de las bancas crediticias de Turquía, se sabe: pero que un gran partido se diera el aire de no entender una *situación* nueva, porque Marx y Engels, veinte años antes, creían útil la conservación de Turquía contra la invasión rusa, es por lejos una cosa que raya en el cretinismo.

**Avanti**, de reciente creación en Roma, lo hacía perder la paciencia; sobre todo por el modo en el cual hablaba de la patria, repitiendo la frase estúpida de que “la patria es un concepto burgués”, y por la no menos estúpida indiferencia y superioridad fingida sobre las cosas de la religión y de la Iglesia, y la inconciencia de la fuerza y del peligro que esta representa para los ordenamientos libres y para el mismo porvenir del proletariado. He aquí una de sus explosiones:

Estoy (a propósito) en estado de extrema irritación por este bendito **Avanti**; no porque esté mal empastado, cosa natural en un periódico que recién comienza; no porque se imprima en lo de Perino por debajo de la tarifa, a quien ha vendido sus anuncios, porque eso es italianamente plausible; no porque sea la dirección de muchos ex estudiantes, goliardos, aventureros, y bandas similares; no porque haya desmentido el artículo de Ferrero y publicado esas bellas porquerías de Zerboglio, Lombroso, Pozzi y similares; no porque diga impertinencias estúpidas; no porque haya rogado inútilmente hasta ahora para que anuncien tu opúsculo sobre Loria; ni por otras cosas similares: sino principalmente por ese artículo de hoy dirigido a **Osservatore romano**, en el cual un estúpido empaste de doctrinarismo de taberna de aldea y pretendida ironía de Arlequín dan como resultado que el socialismo se confunda con el sciosciammocchismo.<sup>16</sup> Son tantas las parodias que he oído hacer intencionalmente de la gente que habitando en Roma no comprende que los socialistas puedan hablar de ese modo del catolicismo, de la religión, de los sacerdotes y del Vaticano, que yo hubiera ido a apalearlos a todos. No es en absoluto posible que uno se tome en serio alguna complicidad con semejante gente.

Aun en lo peor que salía de su boca contra Italia y los italianos había un inmenso deseo de ver a Italia crecer y configurarse como país moderno y estar a la par de los otros mayores. Tomaba formas como esta:

(22 de octubre del '98). La cosa extraña es cómo Italia, que posee un gran número estafadores de poca monta que intentan estafarse recíprocamente, no es buena para armar una de esas grandes compañías de estafadores de gran estilo que en los otros países consiguen crear las así llamadas fuerzas de la

civilización que son el capitalismo, la colonización, la conquista del mercado y demás. Es un estiércol que, no empleado en forma de abono, apesta el aire.

Las cosas que he expuesto dan razones de por qué Labriola estrecharía lazos de afecto y confianza hacia mí, que no era tanto por esos pequeños servicios que le hacía de editor y corrector de borradores y divulgador de sus escritos, como por saberme de acuerdo sobre estos tres puntos capitales: 1) defensa de la cultura frente, e incluso dentro, el socialismo; 2) serio sentimiento patriótico; 3) intransigencia hacia las opresiones políticas y el oscurantismo eclesiástico. “Nosotros (me escribía el 31 de diciembre del '96, y entendía con el “nosotros” a los italianos) no hemos salido todavía del bakunismo, y el socialismo italiano está todavía conformado de *inadaptados*, *aventureros*, *estafadores* y *esnobistas*. Como ves, esto no es otra cosa que una bella ocasión para hacer todo lo contrario”. “Nosotros (decía en la misma carta; y aquí el “nosotros” no eran más los italianos, sino nosotros dos), nosotros parece que tenemos algo mejor que hacer para defender el socialismo científico; y luego vendrán aquellos que sean aptos para hacer uso de él”.

“Nosotros dos”, pero también con nosotros, tercero, Georges Sorel,<sup>17</sup> a quien él había descubierto en la común colaboración para **Le Devenir social**, y con quien se entendía bien en aquellos dos primeros años de que se conocían, y que procuró que se convirtiera en mi amigo y yo en el suyo. Aconsejó incluso al director de esa revista que me invitara a colaborar; y en efecto, después de algún impedimento inicial a causa de la lección suministrada por mí a Lafargue, vinieron las invitaciones, que gradualmente se convirtieron en premuras e insistencias. Pero yo me retrasaba porque sentía que no había todavía algo mío para decir y me importaba continuar los estudios y las meditaciones emprendidas sobre el marxismo. Labriola me proponía hacer con el profesor Loria aquello que había hecho con Lafargue, rindiendo este servicio a la verdad, purificando en Italia el aire que el socialismo respiraba. Loria se había transformado para él en una obsesión; creo que fue él quien lo puso bajo la mirada de Engels, quien lo encaró violentamente en el prefacio al tercer volumen de **El Capital**<sup>18</sup>; y ahora me instigaba a procesarlo y ajusticiarlo con todas las formas y las ceremonias correspondientes. Por qué yo, y no él, debía cumplir esta obra, no me quedaba bien claro: pero se me volvió clarísimo algunos meses después, cuando, yéndome de veraneo, me llevé conmigo todos los volúmenes de Loria, leídos primero solo en parte y con fastidio, e hice de ellos un estudio metódico. En él, buscando ir al fondo del pensamiento del autor y de reducir en términos precisos el concepto, que circulaba en todos sus volúmenes, de la “tierra libre”, o sea de lo específico, que él se jacta-

<sup>16</sup> “Sciosciammocca”, personaje cómico del teatro popular napolitano, entonces representado por el actor Eduardo Scarpetta. [Nota de Croce].

<sup>17</sup> La literatura sobre Sorel es copiosa; pero me parece al mismo tiempo curioso y un deber señalar dentro de ella el reciente libro, rico en simpatía e inteligencia, del jesuita Víctor Sartre, **Giorgio Sorel. Élités syndicalistes et révolution prolétarienne** (París, Spez, 1937), cuyos juicios me parecen en general acertados. [Nota de Croce].

<sup>18</sup> Friedrich Engels, “Apéndice y notas complementarias al tomo III de *El Capital*”, en Karl Marx, **El Capital. Crítica de la Economía Política**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001, vol. VIII, p. 1125 y ss. [Nota de H.T.].

ba de resolver la “cuestión social”, me encontré, en fin, en las manos un sincretismo incoherente, un razonamientito desquiciado, de Loria enriquecido y lujosamente vestido de conocimientos económicos no originales, de compiladas y traidoras noticias históricas y de retórica pomposa. Arribado algunos meses después Labriola, en calidad de comisario de exámenes, a Perugia, donde yo veraneaba, le di a leer mi manuscrito, del cual estaba poco satisfecho por la pobreza misma del autor criticado. Al día siguiente, le pregunté qué le había parecido, y me respondió que había leído, pero debía releer; y así el tercero y el cuarto día, hasta que el quinto me manifestó todo su júbilo por el modo en el cual había conducido la demostración. ¿Pero en conclusión (me preguntó con cierto asombro) no hay en Loria otra cosa que esa miseria que has dicho? ¿Y qué otra cosa pensaban que habría? (respondí con el mismo asombro). Me di cuenta en aquella ocasión que él tenía, ciertamente, una segura intuición del escaso valor de ciertos hombres, y particularmente de la falta de sinceridad, pero no la paciencia y la capacidad para examinar parte por parte sus escritos, y de hallar en ellas el cabo lógico, y juzgarlas y definir las. Cuando mi ensayo salió en francés en *Le Devenir social*<sup>19</sup>, me reconfirmó su aprobación: “El artículo tuyo en *Devenir social*, que temías que fuese una cosa mezquina, me ha dejado la impresión de una pequeña obra maestra; me ha casi reconfortado del aburrimiento de estos días” (5 de diciembre del ‘96). Y me hizo enviar copias a todos aquellos que creía que necesitaban de aquella medicina mental. Encuentro en una carta suya (25 de diciembre del ‘96): “Aquel tal profesor de Salamanca, admirador de Loria, se llama Don Miguel de Unamuno. Envía, pues”.

Además se me dio fácilmente de satisfacer su curiosidad de investigador de la historia del comunismo y del socialismo, llevando a cabo investigaciones de este tipo; y una vez le pesqué en los periódicos italianos de 1848 una carta de Marx, director de *Neue Rheinische Zeitung*, al Alba de Florencia para entablar relaciones con los demócratas italianos (y reproduce aquella carta en *Critica sociale*); y otra vez escribí una monografía corta sobre uno de los republicanos napolitanos de 1799, implicado en la reacción borbónica, que era comunista, Vincenzo Russo.<sup>20</sup> Sobre tal propósito observaba (11 de noviembre del ‘96):

Espero con interés tu escrito sobre Vincenzo Russo.

Es cierto que durante la Revolución francesa, más allá del comunismo explícito, hubo socialismo latente. Durante años en el programa de mis cursos (nunca se ha podido desarrollar en su totalidad) he usado justamente esa expresión. Es aquel socialismo que resulta *lógicamente* (pero solo *lógicamente*) del principio igualitario; es el socialismo que produce el babouvismo

(y luego el blanquismo). Saint-Just es el extremo de tal democracia igualitaria, como se demuestra en sus escritos y discursos. Murió demasiado joven para alcanzar todas las deducciones de sus principios. Por otra parte, es claro que la conspiración de Babeuf resultó del encuentro de dos corrientes: la comunista y aquella de los restauradores de la Constitución del ‘93, o sea de los republicanos espantados por la reacción del Directorio. Este socialismo, que es una *deducción* del principio democrático, debe estudiarse aparte, o sea independientemente de todo socialismo religioso, o de origen económico unilateral, o puramente utópico. Una vena de este socialismo entra también en el marxismo, el cual precisamente por eso no parte del organismo social, y no pretende instalar un jefe en un organismo social, sino que concibe una producción colectiva que garantice la máxima libertad individual.

Pero, si me era fácil contentarlo desarrollando una metódica crítica de Loria o efectuando investigaciones históricas sobre este o aquel comunista, no me era, no sólo fácil, posible corresponder a las mayores esperanzas que tenía en mis respuestas. Terminó dándose cuenta de eso mismo y, en los momentos de mal humor aunque sin sombra alguna de malevolencia me llamó un “intelectual”, un “literato”, un “indiferente a la lucha de la vida”, un amante sólo de los “debates de las ideas en los libros”, un “epicúreo contemplativo”, y, más, un hombre laborioso al estudiar y escribir únicamente para huir del aburrimiento que lo amenazaba; y similares. Poseo muchas de sus cartas con esta entonación, de las cuales creo que basta con haber indicado el *leitmotiv*. Sin embargo, la cosa no se daba en términos tan simples; y estos juicios del exterior desconocían, como es habitual, el sentimiento íntimo y me causaban culpa. El diletantismo intelectual y literario era contrario a mi temperamento; de huir del aburrimiento no sentía ninguna necesidad, porque recordaba por ciertos dolores crueles de no haberme aburrido nunca, habiendo poseído siempre algún afecto que me animaba y algún trabajo para cumplir. La verdad es que estaba aferrado de una pasión taciturna y tenaz por la investigación científica, dirigida a resolver algunos problemas que estaban en el fondo de mí ser y que fatigosamente venía sacando afuera y aclarándome a mí mismo. Y puesto que siempre he tenido por señal de sanidad espiritual que el hombre tenga una pasión dominante y una correspondiente actividad principal, merced a la cual da armonía y orden y jerarquía a todas las otras pasiones y actividades que como hombre le pertenecen, era natural que no pudiese sentir al socialismo, y a la política en general, del mismo modo en que la sentía un hombre de predominante pasión y disposición política; y, con esta consideración, tendía a permanecer apartado, aunque no imparcial. Cuando escribí mi *Storia d’Italia dal 1871 al 1915*, la cual, más que sobre libros, es elaborada con mis recuerdos y mis experiencias de aquel período, mi viejo amigo y viejísimo parlamentario Giustino Fortunato no sabía darse cuenta cómo era posible que yo hubiese recogido todos aquellos conocimientos y formado todos aquellos juicios, y fuese así plena y exactamente informado y entendedor de las condiciones de entonces y del espíritu que movía las obras, no habiéndome jamás oído conversar de política y de hombres políticos y apasionarme a favor y en contra de ellos, ni habiendo podi-

<sup>19</sup> Benedetto Croce, “Les théories historiques de M. Loria”, en *Le Devenir social*, año II, noviembre 1896, París, pp. 881-905, incluido por Croce en su volumen *Materialismo storico ed economia marxistica*, Milano / Palermo, Remo Sandron, 1900. Hay versión castellana en: Benedetto Croce, *Materialismo histórico y economía marxista*, Buenos Aires, Imán, 1942, pp. 43-80. Trad. de Oberdan Caletti. [Nota de H.T.]

<sup>20</sup> Benedetto Croce, “Vincenzo Russo. Contributo alla storia del socialismo in Italia”, en *La Riforma sociale*, año III, n° 6, Torino, 1896, pp. 361-380, incluido luego en *Studi storici sulla rivoluzione napoletana del 1799*, Roma, Loescher, 1897. [Nota de H.T.]



do jamás distraerme del trabajo de los estudios; y, manifestándose este estupor suyo, yo le respondí que había conseguido todas aquellas cosas únicamente por mi cualidad de ciudadano italiano, que nunca había abandonado. A Labriola la teoría marxista del “plusvalor” y del “materialismo histórico” le importaban sobre todo a los fines prácticos del socialismo; a mí me importaban sobre todo a fin de aquello que se pudiese o no extraer para concebir de modo más vivo y pleno la filosofía y entender mejor la historia. Ni a él la ciencia le era indiferente, ni a mí, en verdad, la acción práctica; pero el acento que poníamos sobre la actividad era diverso y casi opuesto: la naturaleza nos había destinado diferente trabajo. El se ilusionó durante un tiempo de haber encontrado en mí a su colega y sucesor en la custodia y en la defensa de la genuina tradición marxista, que era la fuerza del socialismo; pero yo no me hice ilusión alguna al respecto, y aquella que él llamaba pereza de literato, era en realidad trabajo de pensador, a su modo político en su propio círculo.

Mientras tanto yo, escuchando y meditando, había llegado después de casi un año a una conclusión propia en torno al materialismo histórico; o sea había dado respuesta a la pregunta sobre qué cosa se podría llevar para la filosofía y para la historia. El materialismo histórico se me develó doblemente falaz como materialismo y como concepción del curso histórico según un diseño predeterminado, variante de la hegeliana filosofía de la historia. Pero, por otra parte, vi nacer de una tan ardiente experiencia histórica, de una visión tan penetrante del gran papel que la economía tiene en las vidas humanas, que no estaba dispuesto a pasarle al lado con la suficiencia de quien, demostrado el error de una doctrina, cree haberse liberado de todo lo otro que la doctrina contiene y de la exigencia que la ha hecho surgir. Y, considerando las condiciones de la historiografía en aquel tiempo, tratada por eruditos y por filólogos, que no aportaban más que un genérico y superficial conocimiento de las cosas humanas, y sentimientos fríos y convencionales, estimaba que el materialismo histórico sería un gran beneficio cuando fuese entendido no ya como una filosofía de la historia o una filosofía sin más, sino como un canon empírico de interpretación, una recomendación a los historiadores de prestar la debida atención, que hasta entonces no se le solía dar, a la actividad económica en la vida de los pueblos y a las imaginaciones, ingenuas y artificiosas, que en ella se originan.

Todo eso dije en una memoria académica de título significativo: **Sulla forma científica del materialismo storico**, que leí el 3 de mayo del '96 en la Accademia Pontaniana de Nápoles y que saqué casi al mismo tiempo que el libro de Labriola. Lo dije con mucha cautela y como si no se tratase de un pensamiento mío, sino de algo que ya estaba en Labriola y en el mismo Marx: en el que ciertamente estaba equivocado, pero fui inducido no tanto por una táctica de contendiente que procura reconciliarse y atraer al adversario, como de una verdadera candidez de confianza en que Marx y Labriola no podrían no haber pensado, en el fondo, aquello mismo que me parecía verdadero.

Labriola acogió aquellas observaciones mías como quien no se halló con ellas desde el principio. Me escribe el 24 de mayo del '96:

Todas las observaciones y reservas que haces son fundadas es decir, que tienen fundamento en la cosa misma o sea no son extravagantes o puramente subjetivas. Pero en el fondo de tu pensamiento hay un presupuesto *formal*, o sea un prejuicio, de que se pueda saber más de cuanto efectivamente se sabe. Repiensa, te ruego, esta fórmula improvisada.

Y el día después:

He releído hoy tu carta y me parece que tus observaciones son de mayor peso de lo que me parecieron ayer. Son, en verdad, arrojadas a la buena de Dios. Por lo tanto hay que pensar en ellas nuevamente, por más tiempo, y repetidamente, para tomar algún partido.

Tengo en mente que él no tuviese cuidado de aquello que Dante llamaba “el veneno del argumento”.<sup>21</sup> Pero, de cualquier modo, por entonces mi oposición pasó sin problema y a él no le pareció oposición.

Pero yo continuaba mientras tanto las indagaciones en torno a las doctrinas económicas de Marx y a su teoría del valor y del plusvalor; y para tal fin no solo había estudiado a los economistas clásicos desde Smith y Ricardo hasta su digno continuador contemporáneo, Marshall, y nuestros italianos, Pantaleoni y Pareto, sino que había dedicado una especial atención a la considerada escuela austríaca de economía y a las orientaciones afines a ella, que los marxistas pensaban entonces como su principal enemiga y, más bien, como una *coniuratio* de la burguesía para la defensa, con apariencia doctrinaria, del capital y de la ganancia. Ahora, en esta indagación desprejuiciada y escrupulosa, llegué a una conclusión análoga a aquella a la que había alcanzado en torno al materialismo histórico: es decir que la teoría de Marx no era el fundamento de una nueva ciencia de la economía ni a ella, rigurosamente hablando, pertenecía, porque el concepto base de plusvalor era lógicamente incorrecto y más bien absurdo; y que la ciencia verdadera y propia de la economía se encontraba mucho mejor representada por la vituperada escuela austríaca: pero que, por otra parte, si no a la ciencia económica, la obra de Marx contribuía a la conciencia social, iluminando, con una serie de ideas y comparaciones, el encuentro de los trabajadores con los capitalistas. Cerrando mi pensamiento en una fórmula, dije que el plusvalor marxista era la consecuencia de un parangón elíptico entre una abstracta sociedad compuesta por puros trabajadores asumida como modelo, y una sociedad con capital privado; y esta solución y esta fórmula las enuncié en una nota a la edición italiana de mi ensayo sobre Loria.<sup>22</sup>

El opúsculo con la nota llegó a Labriola en un tiempo en el cual estaba enredado en graves fastidios, porque, invitado por sus colegas a abrir con un discurso el año lectivo '96-97 en la Universidad

<sup>21</sup> Croce refiere aquí al verso “velen dell'argomento”: veneno del argumento. En el canto trigésimo primero del Purgatorio, *La Divina Comedia*. [Nota de la trad.].

<sup>22</sup> Benedetto Croce, “Las teorías históricas del profesor Loria”, en *Materialismo histórico y economía marxista*, *op. cit.*, p. 55 [Nota de H.T.].

de Roma, habiendo tomado como tema: *L' Università e la libertà della scienza*, el ministro de educación, presente en la ceremonia, que no conocía ni el pensamiento ni el hacer de Labriola, creyó dirigidas a él algunas palabras del discurso, y el Consejo académico y los otros profesores se precipitaron a tirar por la borda al colega, mientras los diarios se llenaban de alboroto y ocurrencias contra el profesor socialista. También entonces yo estaba del lado de mi profesor y amigo, y, puesto que el Consejo académico había pedido que el discurso fuese modificado en muchos puntos, aconsejé a Labriola que no modificara nada; y, puesto que el mismo Consejo acordó no incluir el discurso en el anuario de la Universidad, de él me hice editor, declarando en la advertencia que era uno de los más nobles y elevados que jamás hayan resonado en las universidades italianas; y, puesto que muchos proponían y recomendaban a Labriola agregar a la impresión notas defensivas y polémicas, y él viendo falseado su pensamiento en los periódicos, se inclinó por insistir calurosamente para que publicase el discurso desnudo y crudo. De eso se persuadió (1º de diciembre del '96):

Buenísimo. Te has convertido, entre otras cosas, en un hombre político. Lo mismo que me dices, me lo mandó a decir Gallo (¡qué debería ser ministro en lugar de Gianturco!). O sea Gallo es de esta opinión: que mientras tanto unos han considerado la admonición del ministro como una prepotencia y como una bribonada, a mí me conviene publicar el discurso como simple *documento literario*, sin entrar en polémicas con ninguno y sin entrar en excusas y explicaciones.

Me escribió también entonces (y si me concediera transcribir estas palabras de más de cuarenta años atrás, que vienen del mundo de los muertos): “tengo algún otro amigo además de ti, pero ninguno sin embargo te alcanza”.<sup>23</sup>

En medio de estos fastidios, Labriola no había dejado de decirme que la nota para mí apropiada a la edición italiana del opúsculo sobre Loria, en la cual enunciaba mi interpretación del “plusvalor” de Marx y establecía el encuentro entre su obra y la ciencia económica o economía pura, era “inoportuna”. Y puesto que yo me asombraba de aquel juicio, él (3 de diciembre del '96) me lo explicaba:

Hablando de la oportunidad de tu nota, yo quería decir que habías comprometido el valor objetivo de tu opúsculo ante las presuntuosidades de la economía. Pero, ya que hemos entrado en lo puro y en lo impuro, te hago algunas observaciones. Dentro de algún tiempo te convencerás de que la considerada *escuela austríaca* es una simple *excentricidad*. La economía no es una ciencia histórica, mejor dicho no es una abstracción de la historia. La economía clásica es la teoría de la producción burguesa. Aparecida la *crítica* del socialismo, aquella economía devino apologética (en especial en Francia, y en este misme-

ro reflejo de la historia que es Italia). Paralelamente nació la concepción histórica, o simplemente descriptiva o incluso genética. De todas estas diversas cosas nació el eclecticismo, que tolera a su lado al infinito *monografismo* sobre puntos especiales. Ahora bien, ¿a qué clase de hecho nuevo corresponde la escuela austríaca? Llamarla una continuación de la escuela clásica es un absurdo. Aquella partía del proceso de la producción (como después Marx). La escuela austríaca, por el contrario, supone los *bienes* (¿venidos de dónde?) y los confronta no con la psicología históricamente dada en una determinada sociedad, sino con aquellos entes abstractos que llama valoraciones hedonistas. Y aquí me enloquezo. Luego, en cuanto a los ejemplos que tú citas de abstracto y concreto etc., de general y particular, sin cavilar acerca de lo anticuado de tales términos, me basta detenerme en aquello que dices del arte, porque te percatas que estás desencaminado. La estética es independiente del arte, porque el juicio estético es inseparable de la conciencia, y el arte puede serlo o no serlo, y no está hecho *solo de estética*. En resumen se puede hacer una teoría del juicio estético, una teoría del arte y una historia del arte; y eso no es pasar del puro al derivado, del general al particular. Por el contrario existe una *economía*, y por lo tanto una descripción de ella, o una teoría de sus formas; pero no existe un juicio económico independiente, del cual se pueda elaborar la teoría. Y no sé si me he explicado.

Sí se había explicado muy bien, o sea había vuelto a asediar la tesis a la que yo me había opuesto; y la fórmula de su aserción descubría el vicio de la arbitrariedad y de la contradicción, cuando admitía una teoría del juicio estético universal, o esa del arte, y no quería admitir una teoría del juicio económico universal, o sea una economía pura. A tal cosa, aproximadamente, le debí responder, porque él convirtió o restringió la primera acusación en otra de antihistoricismo y de platonismo, en esta cartita (25 de diciembre del '96) que es muy espiritual, pero que hería al platonismo y no a mi tesis sobre la ciencia económica pura:

Aprovecho esta ocasión para decirte que te has aventurado demasiado al afirmar la existencia, aunque sea hipotética, de la economía pura. ¿Y por qué no el derecho puro, la estética pura, la mentira pura? ¿Y la historia, a dónde se va? Por este camino se arriba a las ideas de Platón o a la Escolástica. A propósito. ¿Sabes cómo un profesor de filosofía del Liceo del Salvatore (antes del '60) sacerdote de oficio y frecuentador de la boletería del Corpo di Napoli, donde daba a quienes pasaban los números de la lotería definía las ideas de Platón a los escolares? ¡*Imaginate tantos caciocavalli adormecidos!*<sup>24</sup>

Pero tampoco esta discrepancia tuvo, por entonces, consecuencias; Labriola siguió pensando en la prosecución de sus ensayos y yo me mantuve dispuesto a ser su editor. Primero dio forma al proyecto de escribir un comentario sobre el **Manifiesto comu-**

<sup>23</sup> Antonio Labriola, “L' Università e la libertà della scienza”, Roma, Loescher, 1897, trad. como “La Universidad y la libertad de la ciencia”, incluido en A. Labriola, *Pedagogía, historia y sociedad*, Salamanca, Sígueme, 1976, p. 226 y ss. [Nota de H.T.]

<sup>24</sup> Los *caciocavalli*, como es sabido, son quesos de forma alargada que terminan en algo semejante a un cuello y una cabeza y se conservan colgados en fila en una vara en lo alto. [Nota de Croce].



nista, aproximada al tipo de aquel que hizo después Andler:<sup>25</sup>

(23 de abril del '96). En estos dos meses de mayo y de junio que estoy todavía en Roma trabajaré en ordenar los elementos y los materiales del ensayo que debe titularse: *Introduzione e commento al "Manifesto dei comunisti"* (incluida allí la traducción auténtica del texto), tal ensayo será al mismo tiempo a) un comentario directo; b) una orientación sobre la historia del socialismo; c) y una dilucidación de la historia de Europa, de 1830 al '52, puesto que es el terreno en el cual nace el socialismo científico.

La muerte de Engels me ha privado de la ayuda de muchas fuentes. Ahora espero la gracia, o el desaire, del *Parteiarchiv* [archivo del Partido] de Berlín que me recupere de la biblioteca legada por Engels ciertos libros y periódicos.

Junto a esto, contemplaba otro pensamiento:

Sorel me acosa con cartas para tener un artículo para *Devenir*. Habrás visto que en el último fascículo me han elevado al séptimo cielo.

He terminado por prometerle uno, *volens nolens*, con el título: *La società futura, ossia la prevedibilità della storia*. Sería como la explicación de las últimas páginas del segundo ensayo.

Este artículo sin duda lo escribiré, y quizá pronto. Si después lo fundiré con el ensayo del comentario al *Manifiesto*, o si lo publicaré aparte en italiano, es una cosa para ver...

Por algún tiempo pareció detenerse sobre este segundo tema:

(23 de julio del '96). Debería preparar, paseando contigo, también el III ensayo *La società futura*, que, en un cierto sentido, será una sátira objetiva del socialismo como fantasía de esperanza. Y, en el fondo luego, este deseo que tendría de reencontrarte deriva también de otra cosa, que es el presupuesto de todo el resto, y o sea del hábito que tengo de desearte mucho bien, con el que tú tal vez no estés de acuerdo.

Pero terminó por no hacer nada, ni uno ni el otro proyecto, y se puso a escribir aquellas cartas a Sorel que llevaron el título: *Discorrendo di socialismo e di filosofia*, y que como tercero de los *Saggi intorno alla concezione materialistica della storia* publicó hacia fines del año '97.<sup>26</sup> "¿Hay en estas cartas (me preguntaba al enviármelas para la impresión) un cierto hilo, un cierto contenido y un cierto fin? Dímelo tú". Ciertamente lo mejor de aquellas cartas estaba (no obstante la confusión que se hacía entre las vivas categorías mentales y las abstracciones de las cien-

cias, entre la filosofía que no soporta sistemas cerrados y la filosofía sin sistema) en la tendencia, que de cualquier manera se proyectaba, hacia un más articulado y actual filosofar, y una más concreta historiografía.

Asimismo, aprovechando la ocasión de aquel tercer pequeño volumen, presenté el 21 de noviembre de aquel mismo año a la *Accademia Pontaniana* una amplia memoria: "Per l' interpretazione e la critica di alcuni concetti del marxismo"<sup>27</sup>, en el cual las soluciones ya señaladas por mí en torno al materialismo histórico y a la teoría del plusvalor eran enérgicamente retomadas, desarrolladas en los detalles, enriquecidas con muchos otros problemas y, en resumen, todas las tesis filosóficas científicas de Marx eran negadas, asignándole a Marx el carácter no propiamente y no principalmente de filósofo ni de científico, sino de vigoroso ingenio político, o más bien de un genio revolucionario, que había dado ímpetu y consistencia al movimiento obrero, dotándolo de una doctrina historiográfica y económica, hecha especialmente para eso.<sup>28</sup> En verdad (y si se me permite advertirlo aquí de pasada) a la ciencia y la filosofía de sola apariencia e "ideología de clase" Marx no habría debido ir a buscarla cerca de Descartes y Spinoza, Kant y Hegel, sino cerca de sí mismo: tal cosa no suprime, más bien funda, su importancia histórica de creador de un nuevo evangelio y de apóstol del pueblo y de los proletarios: evangelio destructor de todo idealismo de la vida humana, y que por eso mismo da una fuerza terrible en su mano al apóstol. Ni aquí se olvidan aquellos que podrían llamarse los orígenes religiosos del materialismo histórico y del comunismo dialéctico, no ocultos para quien conozca las vicisitudes de la izquierda hegeliana, la cual, habiendo destruido con su crítica radical el cristianismo y la persistente idea teística y afirmado el ateísmo, no encontraba como precedente a sí otro elemento religioso que la "humanidad", y esta le parecía ofendida en su pureza e impedida en su libre expansión por las divisiones y los contrastes de clases (o sea de la historia), donde la exigencia del comunismo habría concretado la verdadera libertad, el verdadero mundo de la humanidad (liberado de la historia). En Marx, la tendencia a hacer *tabu-*

<sup>27</sup> Benedetto Croce, "Per l' interpretazione e la critica di alcuni concetti del marxismo", en *Atti della Accademia Pontaniana*, vol. XXVII, Napoli, 21 de noviembre de 1897, incluido en: Benedetto Croce, *Materialismo histórico y economía marxista*, op. cit., p. 81 y ss. [Nota de H.T.].

<sup>28</sup> Me parece que la interpretación del marxismo como fórmula revolucionaria y no ya de ciencia y filosofía, se va ahora, finalmente, haciendo camino y que domina en el libro del marxista-comunista Sidney Hook, *Pour comprendre Marx* (ed. francesa: París, Gallimard, 1936), p. 98: "La vérité objective du marxisme se réalise dans l' acte révolutionnaire instruit. Le marxisme n'est ni une science, ni un mythe, il est une méthode réaliste d'action sociale", p. 206: no es "une théorie systématique de la réalité partant des premiers principes évidents par eux-mêmes au sujet de la nature d' être", etc., pero es "une théorie de la révolution sociale". De forma similar toda vuelta a la obra del revolucionario, y prescindible de aquella del teórico, es la otra obra, reciente, de B. Nicolaievski y V. Maenchen Helfen, *Karl Marx* (París, Gallimard, 1937). Puesto que he citado a Hook, advierto aquí que también este cae en una confusión no infrecuente en la literatura marxista, que es la de tomar a Antonio Labriola por un publicista y hombre político socialista de la generación siguiente y que todavía vive, allí donde el nuestro murió hace treinta y cuatro años: p. 44: "Sorel partagea avec Arturo (sic. corr. Antonio) Labriola la réputation d' être l' esprit philosophique dominant parmi les marxistes". Nota de Croce [hay ed. castellana de B. Nicolaievski y V. Maenchen Helfen, *La vida de Carlos Marx. El hombre y el luchador*, Madrid, Ayuso, 1973. Nota de H.T.].

<sup>25</sup> *Le manifestes des communistes*, traduction nouvelle, introduction historique et commentaire par Charles Andler, París, Société nouvelle de Librairie et d' édition, 1901). Nota de Croce [hay edición castellana: Carlos Marx – Federico Engels, *Manifiesto del Partido comunista*, Madrid, Biblioteca Internacional de Ciencias Sociales, 1906, 192 pp. Traducción de Rafael García Ormaechea de la edición francesa de Charles Andler. Nota de H. T.].

<sup>26</sup> *Socialismo y filosofía. Consideraciones sobre filosofía, política, economía, historia desde el punto de vista marxista*, Buenos Aires, Claridad, c. 1936, traducida del francés por Luis Roberts; *Socialismo y filosofía*, Madrid, Alianza, 1969, trad. de Manuel Sacristán. [Nota de H.T.].

La *rasa* de la historia era, prácticamente, frenada y moderada por ser él un hombre del '48, que nunca perdió del todo la conciencia del valor fundamental de la libertad y siempre aborreció los absolutismos y los pactismos proletarios con los absolutismos y apoyó la unión con los partidos demócratas y liberales; y además de la dialéctica hegeliana, de él recibida en su juventud, donde concebía el advenimiento del comunismo como conservación y enriquecimiento de la anterior civilización, y lo preveía y auguraba en los países más desarrollados, como Inglaterra y Francia, y era respetuoso y cauto con la lentitud de los desenvolvimientos históricos; diversamente de aquello que ocurría en el anarquismo a la Bakunin (firmemente por él rechazado), el cual se diría, en verdad, que ha impregnado al comunismo contemporáneo y prácticamente sea predominante sobre el espíritu originario del marxismo. Pero interrumpo estas consideraciones, por importante y actual que sea el tema, y vuelvo a mi simple relato.

Labriola reprobó ásperamente mi nueva memoria académica, y de eso me escribió muchas veces, rebatiendo las cosas que ya he referido antes sobre mi actitud de literato y de epicúreo intelectual, y contra la economía pura y contra cada teorización de categorías filosóficas, todas rebajadas a categorías históricas; y así discurriendo. Rozaba, en un cierto punto, la realidad de mi situación espiritual, pero por entonces al menos, en ella no se explayaba, y ni entendía ni reconocía el derecho, la razonabilidad y la necesidad a los fines de la ciencia.

(28 de febrero del '98) Podrías también coincidir conmigo en esto, que disputas en lugar de exponer, y disputas solo contigo mismo. De hecho los no socialistas no estarán agradecidos de tu marxismo, y los socialistas no sabrán en qué grado tú no sabes dónde colocar al marxismo. En otros términos: disputas con tú mismo para saber qué uso debes hacer del marxismo, pero no para saber qué cosa sea. Si no, sería absurdo que digas que Marx no tenía plena y precisa conciencia de lo que hacía. ¡Pero se irrita con la continua reflexión de los límites y las razones de su actividad científica!

Donde es claro que yo, por ver cuál “uso” se debería hacer de las doctrinas de Marx en el círculo de la filosofía y de la ciencia, no podía no establecer “qué cosa” ellas fuesen, pero aquello que “realmente” fuesen y no aquello que Marx imaginó que fuesen cuando imaginó ser un investigador de verdad, él que, como todo temperamento político, no quería “conocer” el mundo, sino “cambiarlo”.

Sostuve aquellos arrebatos de Labriola con ánimo moderado, y continué ofreciéndole mis servicios de editor, hasta que (en marzo del '98) me escribió que habría considerado si le convenía “armar un nuevo volumen, de los pensamientos, de las ideas y cosas semejantes”. En agosto, se proponía tratar en un cuarto ensayo el tema: **Sociologia, ricerca storica e filosofia della storia**. Incluso en diciembre anhelaba otro tema: **Storia narrata e materialismo storico**. Pero en aquel año sobrevino para turbarlo y exasperarlo la considerada “crisis del marxismo”, en la cual quienes la afirmaron y desarrollaron, y en particular Sorel en Francia y Bernstein en Alemania, se remontaban a mi examen meticuloso de los con-

ceptos históricos y económicos de Marx y aceptaban las conclusiones. Parecía que todos conspirasen para irritarlo. Sorel, ignorante del asunto, le proponía publicar en francés su **Discorrendo** poniéndole como introducción mi última memoria, que él había rechazado con horror; Bernstein le escribía, en octubre, para saber si “aceptaba mi memoria sobre los conceptos fundamentales”; otros ligaban su nombre al mío en la iniciativa crítica del marxismo, que ahora se convertía en la “crisis del marxismo”. Labriola no se resignaba a que yo, justamente yo, hubiese contribuido a desbaratar y poner en peligro de muerte la doctrina en la cual él me había introducido: la doctrina que en la que había estado la fe alcanzada por él en sus años maduros, y que le había abierto un mundo de sueños y del único y perpetuo candidísimo sueño de la edad áurea feliz a instaurar sobre la tierra, el cual, ciertamente, no sería lo esperado de encontrar en un hombre tan satírico y tan pesimista de temperamento y de palabras, como era él.<sup>29</sup> ¡Y, por añadidura, todo este trastorno y este daño yo lo había hecho inoportunamente, “razonando como literato”! Le parecía que, al mismo tiempo, yo usurpase una gloria que no me esperaba y me cubriese de un oprobio que merecía aún menos. Este curioso estado de ánimo se expresa en muchas cartas, que en esos meses me escribía, y de las cuales transcribo algún pasaje:

(9 de octubre del '98). Mi pequeño opúsculo se encuentra publicado por tu consejo y consta de cartas dirigidas a Sorel. Ahora, justamente ustedes dos, se pusieron a escribir aquello que han escrito, y esta santísima trinidad se hizo humo... No sé si esta crisis del marxismo existe, y si yo mismo no seré un representante o un autor. No sé y no me importa saberlo (si

<sup>29</sup> Se ve cuál y cuánto fuese ese sueño suyo en las páginas en las cuales dice que ya se abre a nuestros ojos la perspectiva de una sociedad “organizada de modo de darle a todos los medios para perfeccionarse”, de una sociedad comunista, en la cual el trabajo “pueda ser racionalmente moderado”, y donde, “sean removidos los impedimentos al libre desarrollo de cada uno”, los cuales ahora “diferencian las clases y los individuos”, porvenir en el que cada uno encuentre “en la medida de aquello que se necesita en la sociedad el criterio de aquello que para él es lo factible y lo necesario de hacer”, adaptándose a lo factible “no por externa restricción”, sino según “la norma de la libertad que es una sola cosa con la sabiduría” porque no puede haber “moral verdadera allí donde no está la conciencia del determinismo”; de una sociedad en la cual caigan “las antitéticas apariencias de lo óptimo y lo pésimo, porque la necesidad de trabajar al servicio de la colectividad y el ejercicio de la plena autonomía personal no forman más una antítesis, más bien aparecen como la misma cosa”, y cae “la oposición entre derechos y deberes”; de una sociedad “en la cual la benevolencia no es caridad”, y donde es natural que “cada uno se brinde según sus fuerzas y reciba según sus necesidades”, y la “pedagogía preventiva” elimina en buena parte el “motivo de la penalidad”; de una sociedad, en fin, en la cual “no se arraigue más la necesidad de buscar en el destino práctico del hombre una explicación trascendente” (**Discorrendo di socialismo e di filosofia**, 2ª ed., pp. 101-103). Labriola habría podido añadir, siguiendo el hilo de su discurso, que en tal sociedad, toda determinada, en ese perfecto mecanismo automático, no habría más historia: ni una historia para escribir, ni una historia para hacer. Con sonrisa amarga se releen estas imaginaciones sobre la abolición que en el comunismo sucedería del Estado en pos de la sociedad; sobre la plenísima libertad de la que, sucesora del milenarismo dominio de la necesidad, gozarían todos los hombres: sobre la desaparición de los delitos y de las penas, etc. etc.; cuando se hay ante los ojos, en el país en el cual el comunismo marxista ha hecho sus pruebas, el más violento Estado que la historia jamás recuerde, totalitario, es decir invasor de todas aquellas formas de la vida en las cuales el Estado no tiene derecho alguno, y que rige con la aplicación cotidiana de la más expeditiva de las penas, aquella de muerte, infligida indiferentemente a no comunistas, a comunistas y a ultracomunistas. [Nota de Croce].



bien algunos reseñadores lo han dicho). Pero aquello que sé es esto: que la crisis de una doctrina se realiza en aquellos cerebros que, después de haber terminado de entender, disponen de experiencia nueva para ir más allá. Ni tú ni Sorel tienen esta pretensión, por ahora al menos, y *tienen un discurso acerca de la cosa a la manera de ustedes*. Yo incluso con toda franqueza no he tenido la apostólica investidura de ningún San Pietro, me creo en el deber y en el derecho de defender como puedo y hasta que pueda al socialismo y su *Weltanschauung*; y aquí está el quid de la cuestión que a ti no te puede entrar en la cabeza, porque, por la bondad de tu temperamento, por la vida que llevas, por la variedad de los estudios que haces, por ese no sé qué que hay de literario en tu actitud mental, *no quieras entender que alguien que está conformado como yo pueda estar intelectualmente ofendido por ciertos razonamientos*.

(17 de noviembre del '98) El buen hombre de Sorel está haciendo de la crisis del marxismo... un *vodevil*. Hasta que esto termine es utilizado por personas que están fuera de la cosa (por ejemplo Masaryk y Andler), poco importa... La cosa debería, me parece, desagradarte también a ti, que habiendo desempeñado siempre el oficio de honesto escritor por noble pasatiempo, y seguro que no por ambición abogadesca o subpolítica, debes ver (un poquito por culpa tuya y muchísimo por culpa de los otros) citado tu nombre aquí y allá *como fuente atendible de alegatos concluyentes*. Más allá de esta pretensión crítica semimundana del marxismo de *Quartiere latino*, hay en Alemania otra más seria, o sea *real*. Bernstein fue excomulgado del Congreso de Stuttgart. Bernstein prepara un libro sobre eso que ahora es *válido* en el marxismo. Me ha comunicado la idea, y al mismo tiempo me ha contado los chismes: que, por ejemplo, Kautsky se niega a publicarle los artículos porque no está preparado para argumentar en su contra (!). Kautsky, por su lado, me escribió acerca del grave peligro de la secesión de Bernstein. Parece, que entre otras cosas, Kautsky se ha negado a publicar los artículos en los cuales Bernstein se refería a escritos tuyos y míos.

Aquello que él hubiese deseado que hiciese, y que me inculcaba en estas cartas, es, para decirlo brevemente, que públicamente declarase: Señor mío, soy un simple literato, o un simple intelectual y razonador. Me asombra que ustedes se sirvan de mis demostraciones y de mi autoridad para promover una cosa de tanta gravedad como la crisis del marxismo. Les ruego, de ahora en adelante, hacerlo por ustedes, y dejar de lado mi nombre. En vano procuraré hacerle entender que una declaración de este tipo no sería útil para otra cosa que para hacerme fama de extravagante, no pudiendo nadie jamás prohibir que sus ideas sean aceptadas por otros y que operen entre otros intelectuales. Y no obstante él veía a qué condiciones miserables era reducida la escuela marxista en la misma Alemania:

(1º de agosto del '98). Esa *Neue Zeit* se ha convertido en una especie de *Crítica social*, es decir un periódico de exestudiantes. ¡Y decir que en todo el globo terráqueo no hay nadie fuera de estos cuatro gatos! Ese C. Schmidt, que se convirtió en un gran hombre por haber escrito un par de artículos elogiados por

Engels, ahora constituyó poder propio en los apéndices del *Vorwärts* y el *Archiv* de Braun. Y nos toca escuchar también las lecciones de Plejanov, que está un poco debajo de una tesis de licenciatura.<sup>30</sup> El desgraciado de Marx no ha tenido el honor de dejar detrás de él una escuela que pudiese continuarlo.<sup>31</sup>

Con mayor calma, y reconociendo mi derecho de libre crítica, volví sobre este punto en una carta del 31 de diciembre del '98:

Te diría una mentira si te dijese que me quedé satisfecho con tu postal. Cuando dices que, acerca de la política del proletariado, ni conviene ni no conviene, dices que, en resumen, pasas por alto el 95 por ciento de las condiciones que se necesitan para interesarse por la tan mencionada crisis del marxismo. Yo en eso soy ferocemente socialista y ultrapositivo. Si Marx hubiese sido solamente un profesor (eso sería el otro 5%), yo me interesaría por él cuanto me intereso por la *Lógica* de Wundt, etc., es decir por razones profesionales. Y desde el momento en que tu solo te interesas por este 5% (y eres también dueño de decir que sea el 10 o el 15%, si no quieres coincidir con mis cálculos), así debes tener interés por proseguir en tu ocupación pacífica de investigador *desprejuiciado*, de no estar mezclado con aquellos para los cuales el marxismo y el antimarxismo son símbolos y banderas. Y no sé cómo más deba explicarme, ya que no alcanzo a hacerme comprender. Luego, en cuanto al famoso 5% del marxismo, que es apropiado para la discusión de las teorías de Marx (cosa en la cual no entra ni el proletariado ni la política), harás bien en continuar por tu camino, a tu modo. He leído tu artículo (en *Le Devenir social*) sobre Stammler.<sup>32</sup> Me ha gustado; Y es también la primera vez que escribes en prosa coherente exponiendo lo *pensado*, sin la perorata de nombres propios y sin intersticios de citas.

<sup>30</sup> De Plejanov, que parece que fuese una luminaria de la filosofía revolucionaria rusa, me había pasado de notar la ingenuidad filosófica en mi primera memoria del '96 sobre el materialismo histórico. Un artículo suyo acerca mío está incluido en la edición de sus *Opere complete* (en ruso, curadas por Riazanov, vol. XI, pp. 329-344, como me indica un amigo); pero no he sabido jamás qué cosa dijo, y ahora es demasiado tarde para satisfacer una curiosidad que no es ni más ni menos que curiosidad. [Nota de Croce].

<sup>31</sup> Por aquel tiempo, en *Le Socialiste* de 1900, el ya recordado Lafargue, yerno de Marx, explicaba alegremente en qué consistía el problema del encuentro entre ser y conocer, y el concepto de la cosa en sí:

"El trabajador que come salchichas y recibe cinco francos al día, sabe muy bien que el patrón le roba y que se alimenta con carne de cerdo, que el empresario es un ladrón y que la salchicha tiene un sabor agradable y que alimenta al cuerpo. En absoluto, dicen los sofistas burgueses, llámense Pirrón, Hume o Kant. La opinión del trabajador es personal, totalmente subjetiva, por la misma razón que también podría decir que el empresario es su benefactor y que la salchicha está hecha de cuero picado, él no puede saber como son las cosas en sí" [Paul Lafargue, "Le Materialisme de Marx et l'idealisme de Kant", en *Le Socialiste*, París, 25/2/1900. H.T.]. Encuentro este pasaje referido en el libro de Lenin, *Matérialisme et empiriocriticisme* (trad. franç.: París, 1928, p. 171), el cual es justamente, por lo demás, en mayores proporciones, un documento de la manera en la cual en los círculos marxistas se trataba por entonces a la filosofía, contraponiendo dogmáticamente a cada pensamiento diverso las formulitas de Engels y declarando a quienes pensaban distinto aunque fuesen aquellos de los cuales narra las vidas Diogenes Laercio como "reaccionarios" y "burgueses". Nota de Croce [Materialismo y empiriocriticismo. Obras completas, vol. XIV, Madrid, Akal, 1977, p. 193. [Nota de H.T.].

<sup>32</sup> Benedetto Croce, "Le livre de M. Stammler", en *Le Devenir Social*, París, noviembre 1898; incluido como "Il libro del prof. Stammler" en *Materialismo storico ed economia marxistica*, op. cit. En la edición argentina de Imán: "El libro del profesor Rudolf Stammler", op. cit., p. 143-62. [Nota de H.T.].

Pero no se entraría enteramente en el sentir íntimo y en el razonar de Labriola sino cuando se lamentaba de que mi nombre fuese mezclado con la “crisis del marxismo”, y hubiera querido que yo, con un gesto imposible, me arrastrase afuera, si no se tiene presente que Labriola, como habitualmente quienes están de parte de los revolucionarios, era proclive a creer demasiado, para explicarse los advenimientos, en complots policiales. A propósito de los hechos de Milán de mayo del '98 me había escrito (15 de junio del '98): “La conspiración tuvo lugar, pero fue en perjuicio del socialismo oficial. Estuvo operada por los anarquistas, a los cuales les prestó ayuda y los impulsó la policía internacional (entre Ginebra y Zürich), en la cual muchos italianos estaban (lo supiesen o no lo supiesen) al servicio de Rusia”.<sup>33</sup> Y acerca de la “crisis del marxismo” pensaba algo similar y finalmente me lo dijo (5 de abril de 1899):

Ya se va precisando el *concepto* de un complot internacional, al cual la crisis del marxismo sirve como uno de los tantos pretextos. Es cosa *finisecular*: “el *soplón científico*”.

Mi explicación era del todo diversa: o sea que, mientras que la teoría marxista permanecía en la propaganda socialista, expuesta y creída por mentes no habituadas a la crítica, ellos vivían; pero que, cuando fueron trasladados a la esfera científica, y sometidos al examen de intelectos cultos y perspicaces, de hombres adoctrinados, diversos de aquellos anteriores a los cuales pontificaba Engels y para los cuales escribía August Bebel, debieron, después de un breve tiempo de admiración y de interés, rápidamente descomponerse y disolverse. En este sentido, el promotor de la crisis había sido ¡otro que un *mouchard científico*! el mismo Antonio Labriola, y de eso a veces él tenía alguna conjetura o lo sospechaba. Convivían en él dos almas: aquella del crítico y filósofo, que habría querido ordenar y corregir el marxismo (y en eso cercano no solo a mí, sino también a Bernstein y a los otros de la crisis), y aquella del revolucionario, que sentía y acogía el valor revolucionario de Marx, y que, por esta parte, se hubiera debido colocar al lado de los dogmáticos y los conservadores o despertadores del espíritu original revolucionario de Marx, es decir Rosa Luxemburg o Lenin, que entonces comenzaba su obra.<sup>34</sup>

<sup>33</sup> Referencia a los hechos conocidos como la “masacre de Bava Beccaris”, en referencia al general italiano que el 5 de mayo de 1898 reprimió violentamente una manifestación de los trabajadores de Milán que se hallaban en huelga. La represión continuó en los días subsiguientes, y a pesar del repudio generalizado (el Partido Socialista denunció 400 muertos y dos mil heridos), el rey Umberto I condecoró al general Bava Beccaris por esta acción. El 29 de julio de 1900 Umberto I fue asesinado por el anarquista Gaetano Bresci, que declaró que quería vengar a las víctimas de la represión de 1898. [Nota de H.T.].

<sup>34</sup> En el libro de Hook rectamente se juzga (p. 42): “Le grand mérite de Bernstein consiste dans son honnêteté intellectuelle. Il interprétait Marx et Engels tels qu'ils lui apparaissaient dans leurs années tranquilles: des pacifiques studieux et analystes dévoués à la cause de la réforme sociale, encore émus par les souvenirs d'une jeunesse révolutionnaire. Le mouvement, dont il était le chef théorique, représentait la tendance la plus importante parmi les forces socialistes européennes avant 1918. C'était faire du marxisme une philosophie libérale de réforme sociale”. Pero es de notar una confirmación de que la refutación del Marx teórico no tiene incidencia sobre la realidad del Marx agitador de revoluciones que el octogenario Bernstein, en 1929, admitía, en un coloquio con Hook, que el genuino Marx, el puro revolucionario, era mucho más afín a los bolcheviques (*ibid.*). [Nota de Croce].

Pero, hacia fines del '98 (28 de diciembre) Labriola además me había anunciado:

He mandado para la traducción francesa de **Discorrendo** (que debe publicarse siempre dentro de unos tres meses) un nuevo prefacio en el cual arengo el día de las fiestas a Sorel y a Merlino. Así un libro dirigido a Sorel y publicado por Croce, comienza con impertinencias contra aquel y finaliza con una polémica científica contra este.

Con el apéndice a la edición francesa Labriola trasladaba al público las discusiones que se habían desarrollado hasta entonces entre nosotros por cartas: y públicamente respondí, sosteniendo mis razones.<sup>35</sup>

Un trabajo me restaba aún cumplir en torno a la economía marxista: el examen de aquella “ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia”, que conforma el centro del tercer volumen de **El Capital** y, en cierto sentido, se destinaba a señalar la última fase y el agotamiento de la dialéctica del capitalismo.<sup>36</sup> Confieso que aquel punto me costó mucha fatiga, ya que lo medité intensamente cerca de un mes, sin distraerme con otros trabajos; pero, finalmente, tuve en claro el error en el que había caído Marx, “un grueso error”, como después lo juzgó Andler, recogiendo mi demostración.<sup>37</sup>

Y así cerré mis estudios sobre el marxismo, en los cuales me referí casi en cada parte de forma precisa al concepto del momento económico, es decir a la autonomía de reconocer la categoría de lo útil, que me resultó de gran utilidad en la construcción de mi “Filosofía del espíritu”. Pero del marxismo propiamente dicho excepto, naturalmente, del conocimiento al que con él llegué de un aspecto del espíritu europeo del siglo decimonónico, y excepto de las sugerencias historiográficas a las cuales ya me he referido, teóricamente no extraje nada, porque su valor era pragmático y no científico, y científicamente ofrecía solamente una pseudoeconomía, una pseudofilosofía y una pseudohistoria.

Cuando, al año siguiente, recogí en un volumen aquellos ensayos míos dispersos,<sup>38</sup> Labriola me escribió así (8 de enero de 1900):

Has hecho bien en reunir y unificar aquellas varias memorias. Seguro que eso que dices en el prefacio es muy verdadero. Nadie puede decir que eres un marxista arrepentido: si bajo el nombre de *ninguno* se debe entender las personas que leen y estudian los libros con el hábito de científicos o de pensadores. No he soñado nunca con la creencia de que eres

<sup>35</sup> Benedetto Croce, “Recenti interpretazioni della teoria marxistica del valore, e polemiche intorno ad esse”, en **La Riforma Sociale**, año VI, n° 5, Turín, mayo 1899, incluido luego en **Materialismo storico ed economia marxistica**. En la edición argentina de Imán, *op. cit.*, p. 163 y ss. [Nota de H.T.].

<sup>36</sup> Benedetto Croce, “Una obiezione alla legge marxistica della caduta del saggio di profitto”, incluido en **Materialismo storico ed economia marxistica**, *op. cit.* En la edición argentina de Imán, *op. cit.*, p. 183 y ss. [Nota de H.T.].

<sup>37</sup> Para el juicio de Andler, v. **Notes critiques de science sociale**, año I, n° 5, París, 10 de marzo 1900, p. 77. [Nota de Croce].

<sup>38</sup> El volumen, muchas veces citado, **Materialismo storico ed economia marxistica**, cuya primera edición fue de Palermo, Sandron, 1900. [Nota de Croce].





un marxista, y menos un socialista. Pero como tus escritos circularon entre los socialistas, que por suerte no todos son científicos y pensadores, y fueron invocados por los *periodistas* el año pasado en la considerada polémica antimarxista, por eso te debes resignar a pasar delante del gran público por un *converso*. El caso es curioso, pero es así. Te podría citar docenas de personas que te tienen por un exmarxista, porque tú, por un conjunto de pequeños accidentes (de los cuales yo no tengo ninguna culpa), pasaste un cierto tiempo por un *compañero feroz*.

Creo que te engañas al creerte de acuerdo con Sorel, quien es en el fondo un socialista genérico, que quisiera enseñarle un poco mejor a los Lafargue etc., que cree fanáticos, un mejor marxismo como el suyo, que cree que existe, aunque no alcance todavía a comprenderse. Aquí el equívoco es tuyo, y no del público; tuyo, porque qué cosa es el marxismo lo sabes bien, y cuando expones cualquier cosa no hay posibilidad de que yerres, pero te has equivocado al creer que eso que en ti es disenso o razón instintiva de no aceptación, representa un incremento, una continuación, una interpretación de la cosa misma. No insisto sobre esto, porque tú siendo en todos los aspectos un autodidacta, no puedes descubrir en ti tus propios errores. Hace un tiempo te persuadí de que has escrito estudios sobre Marx, y no correcciones a la filosofía del socialismo...

Luego, en cuanto al Marx *socialista*, eso es en parte harina de otro costal. El socialismo sufre ahora un arresto. Esto no hace más que confirmar el materialismo histórico. El mundo económico-político se ha complicado. Aquel cretino de Bernstein puede imaginarse que hizo la parte de Josué. El buen hombre de Kautsky puede eludir hacer de custodio del arca sagrada. Aquel intrigante de Merlino puede hacer creer que ha servido a la causa del socialismo, haciendo la parte de la policía. Aquel Sorel puede creer haber corregido aquello que jamás ha aprendido y, en efecto, en su corrección está a veces la verdad de la cosa (es como si uno descubriese al verdadero Hegel a través de los vulgarismos del profesor Vera y las simplificadas estupideces del profesor D' Alfonso) como aferrada a adivinar. Pero dime un poco en qué consiste la *novedad real del mundo*, que ha puesto a los ojos de muchos evidentes imperfecciones del marxismo. Aquí está el quid de la cuestión. La realidad no se comprende con los razonamientos, sino con la percepción.

Ahora, para nosotros los italianos, que vivimos fuera de las grandes corrientes de la historia (¡la única cosa verdaderamente histórica para nosotros es el Papa!); que no tenemos para poner en escena más que mafiosos, camorristas, prefectos ladrones, procesos escandalosos, impotencia administrativa, ignorancia política, doctos charlatanes, plebes embrutecidas, politiqueros de café (incluidos casi todos los socialistas), es casi imposible orientarse sobre las condiciones del mundo, que nos evitan por dificultad objetiva y por defecto de trabazón subjetiva. Si lees *Critica sociale* o los artículos firmados T. K., además de asombrarte (como espero) de la inconsecuencia moral de quien ahora ridiculiza eso por lo cual ha ido a la cárcel, te escandalizarías (intelectualmente) de quien hace merodear los pro y los contra

del marxismo (que es de carácter interoceánico) alrededor de las facciones de la casi medieval Milán.<sup>39</sup>

Dejando de lado el modo en el cual aquí Labriola discurre acerca de las condiciones de Italia y que es uno de los tantos cuadros negros que se pueden pintar, cuando se tiene humor negro, para cualquier tiempo y cualquier país, los supuestos nuevos obstáculos que el socialismo encontraba en las condiciones de la sociedad no valían de ningún modo para explicar la crisis doctrinal del marxismo, la cual, más que el efecto de aquel arresto, debía ser, acaso, la causa o una entre sus causas. Que más bien los obstáculos externos o prácticos que resintieron profundamente la verdad de aquella doctrina habrían sido un estímulo para mantenerla viva en contraposición, enriquecerla con nuevos problemas, darle un nuevo desenvolvimiento. En lugar de eso, Labriola, también él, abandonó los trabajos que proyectaba escribir para defender, particularizar y endurecer la doctrina del materialismo histórico;<sup>40</sup> de la teoría económica del plusvalor no habló más; y, si tomó aún la palabra en temas políticos fue para propugnar la ocupación italiana en la Tripolitania, diez años antes que fuese en efecto realizada. El marxismo teórico se agotó, alrededor de 1900, en Italia y en todo el mundo.

Que haya resurgido en los últimos veinte años, y con aire muy animoso, no quiere decir nada si no se dice dónde y cómo ha resurgido. No fue dentro del pensamiento y la alta ciencia europea como fruto de un renovado proceso inventivo y crítico; sino dentro de la propaganda para la acción, como simple catecismo revolucionario, restituido a Europa desde Rusia, donde había sido importado, y más arbitrario y más bruto que antes, sin siquiera un intento de mejorarlo y demostrarlo que pueda lejanamente aproximarse a eso que fue hecho por nosotros en Italia entre 1895 y 1900.<sup>41</sup>

Meana (Turín), agosto de 1937

[Traducción de Betina Bracciale de "Come naque e come morì il marxismo in Italia (1895-1900). Da lettere e ricordi personali", Appendice a: **Materialismo storico ed economia marxistica**, Bari, Laterza, 1977, pp. 251-94. Revisión técnica y notas de Horacio Tarcus]

<sup>39</sup> "T.K." era como firmaban en forma conjunta el líder socialista italiano Filippo Turati y la militante de origen ruso Anna Kulishova, que entonces se encontraba presa. [Nota de H.T.].

<sup>40</sup> Aquello que debía ser un cuarto ensayo, **Da un secolo all' altro** se truncó en las primeras páginas, publicadas por mí en la recopilación de los **Scritti vari** de Labriola (Bari, 1905), no contiene nada que guarde relación con la doctrina. [Nota de Croce].

<sup>41</sup> Es verdad que este materialismo histórico, retornado de Rusia y viejo de más de noventa años, pareció una cosa importante y nueva a algunos profesores ingleses, como se señaló en "Contro le sopravvivenze del materialismo storico", en *La Critica*, año XXXI, Napoli, 1933, pp. 461-462; y en "Tardi infatuamenti marxistici di un professore inglese di politica" [reseña de un libro de Harold Laski], en *La Critica*, año XXXIV, 1936, pp. 458-460 (reimpr. en *Conversazioni critiche. Serie V*, Laterza, Bari, 1939, pp. 215-17 y 287-90) donde se dijo también que la causa de eso era quizá que nunca, en su tiempo, la ciencia política y económica inglesa consideró digno al marxismo de la seria atención que le dimos nosotros los italianos y que nos vacunó contra la recurrencia de la enfermedad. Por lo demás, superado ahora cada vez más el catecismo marxista en Rusia por los acontecimientos y por estas estridencias y molestias, ya se ven señales precursoras de que el renacimiento del marxismo en Europa no tendrá larga vida, porque aquí más que con los acontecimientos, contrasta con el pensamiento desarrollado y con la cultura. [Nota de Croce].

# Intelectuales comunistas latinoamericanos

---

El problema del compromiso político de los intelectuales es uno de los grandes temas de la historia del siglo XX. En ese marco, el caso del comunismo es, tal vez, uno de los complejos. Dominada desde mediados de la década del 80 por las interpretaciones que colocaban la experiencia comunista bajo el prisma del totalitarismo o el terror, en las últimas dos décadas la historiografía sobre el comunismo intelectual ha experimentado un crecimiento notable, tanto en número como en complejidad. En la mayoría de los casos, se trata de trabajos que evitan plantear la relación entre los intelectuales y el mundo comunista bajo la única variable de la obediencia, la sumisión o el acento en la dimensión teleológica del vínculo intelectual con la experiencia soviética. Menos preocupados por subrayar la unicidad y el monolitismo del fenómeno comunista, intentan reflexionar sobre el problema de los intelectuales mediante un ejercicio de contextualización múltiple que pone en su centro una cuestión capital: la permanente tensión entre cultura y política que forma parte constitutiva de la figura del “intelectual de partido”, es decir, según la definición de Gisèle Sapiro, de aquel que “tiene como tarea principal ilustrar o defender la doctrina y/o la línea ideológica del espacio al que ha decidido unirse”.

Este dossier reúne trabajos de investigadores e investigadoras especialmente invitados por **Políticas de la Memoria** a reflexionar sobre la cuestión del compromiso intelectual con el comunismo en América Latina a través de los itinerarios de algunos de sus más importantes intelectuales. Por las demandas que impone el seguimiento de una trayectoria, el periodo abordado en los artículos cubre, casi siempre, la curva de una vida, aunque se buscó prestar mayor interés a los años comprendidos entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y los últimos tramos de la década del 60, es decir, aquel que vio transcurrir el desencadenamiento de la Guerra Fría, el endurecimiento ideológico y doctrinal del zhdanovismo, el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (URSS), la invasión a Hungría, el comienzo de los procesos de descolonización, la Revolución Cubana..., elementos de una historia de dimensión internacional que se articularon de formas diversas a las realidades de cada país.

Rafael Rojas, historiador y ensayista cubano radicado en México e investigador de la Universidad de Princeton, abre el dossier con un artículo dedicado al escritor Juan Marinello (1898-1977), en el que reconstruye su trayectoria intelectual y política dentro del comunismo cubano y latinoamericano a partir de una exploración de las tensiones entre el hispanismo y el americanismo de izquierda que Marinello forjó en los primeros años de su juventud y el comu-



nismo doctrinario y ortodoxo que defendió hasta su muerte. Lincoln Secco, profesor de historia contemporánea de la Universidad de San Pablo (Brasil) y autor de **Caio Prado Junior: o Sentido da Revolução** (2008), vuelve sobre la figura de uno de los más importantes historiadores brasileños y su particular vínculo con el Partido Comunista de Brasil (PCB), reflexionando sobre Caio Prado Jr. (1907-1990) a partir de la idea del "intelectual desclasificado". Encarnación máxima del escritor comunista latinoamericano, la trayectoria de Pablo Neruda (1904-1973) es reconstruida por David Schidlowsky, autor de una monumental biografía del poeta chileno publicada en 2008 bajo el título **Pablo Neruda y su tiempo. Las furias y las penas**. Vania Markarian, docente e investigadora del Archivo General de la Universidad de la República (Uruguay) se ocupa del matemático José Luis Massera (1915-2002) y del modo en que, en la temprana Guerra Fría, se convirtió al mismo tiempo en un matemático de reconocimiento internacional y en un dirigente de primer nivel del Partido Comunista del Uruguay (PCU). La trayectoria del intelectual comunista argentino Héctor P. Agosti (1911-1984) durante este periodo es abordada por Adriana Petra, investigadora del CeDInCI/Unsam y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET), a partir del hilo conductor de las reflexiones del escritor y ensayista sobre la función de los intelectuales y la cultura en el espacio partidario y en los procesos emancipatorios latinoamericanos. Cierra el dossier el artículo de Luciano Nicolás García, docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y del CONICET, dedicado no a una figura, sino a un grupo: el de los médicos y psiquiatras filosoviéticos y comunistas ligados al Partido Comunista Argentino (PCA) y formado, entre otros, por Aníbal Ponce, Emilio Troise, Gregorio Bermann, Julio Peluffo y Jorge Thénon. El artículo, al mismo tiempo que relativiza el lugar central que la figura del escritor ocupa en la mayor parte de los trabajos dedicados a los intelectuales comunistas, reflexiona sobre la cuestión del partidismo en la práctica científica.

# Juan Marinello: el dogma y la crítica

Rafael Rojas\*

Hijo de un rico inmigrante catalán, el intelectual y político cubano Juan Marinello Vidaurreta (1898-1977), personifica los avatares ideológicos y literarios del comunismo cubano en el siglo XX. Nacido en Jicotea, un pequeño pueblo de Las Villas, en la zona central de la isla, en 1898, año de la intervención de Estados Unidos en la guerra de independencia de los cubanos contra España, Marinello se afilió a mediados de los años 1930 al primer Partido Comunista de Cuba, el fundado por Julio Antonio Mella y Carlos Baliño en 1925, y desde su ingreso a esa institución, hasta su muerte en 1977, nunca dejó de militar en las filas comunistas y de pertenecer, de hecho, a su máximo liderazgo.

A diferencia de otros comunistas de aquella primera generación, como el propio Mella o Rubén Martínez Villena, Marinello sobrevivió a las dos revoluciones del siglo XX cubano, la de los '30 contra la dictadura de Gerardo Machado, y la de los '50, contra la de Fulgencio Batista. En los dos regímenes que sucedieron a esas revoluciones, fue una relevante figura pública. En 1939 fue delegado comunista a la Asamblea Constituyente que aprobó la Carta Magna cubana, al año siguiente, y en 1948 y 1952 fue candidato a la presidencia por el Partido Socialista Popular. Luego del triunfo de la Revolución, en 1959, sería Rector de la Universidad de La Habana, embajador de Cuba en la UNESCO, miembro del Comité Central del Partido Comunista, desde 1965 hasta su muerte, y diputado a la Asamblea Nacional y miembro del Consejo de Estado, entre 1976 y 1977.

Se trata, por tanto, de un intelectual con una intervención permanente, no sólo en la esfera pública o en la vida literaria y académica sino, específicamente, en la sociedad política de la isla durante un buen trozo del siglo XX. Marinello comparte esa gravitación con otros letrados comunistas de su generación o un poco más jóvenes, como José Antonio Portuondo, Mirta Aguirre o Carlos Rafael Rodríguez, pero a diferencia de estos, su perfil sumaba dos horizontes discursivos, el americanismo y el hispa-

nismo, no tan perceptibles en aquellos y que también marcaron a otros ensayistas liberales de su generación, como Jorge Mañach, Francisco Ichaso, Félix Lizaso o José María Chacón y Calvo.

En las páginas que siguen intentaré reconstruir, a grandes trazos, la experiencia intelectual y política de Marinello dentro del comunismo cubano y latinoamericano, siguiendo el eje de ese hispanismo y americanismo de izquierda, construido, en buena medida, en los años previos y posteriores a la Segunda República española. Hay en Marinello una formación hispana, deudora del Siglo de Oro, del modernismo hispanoamericano y de la generación peninsular y americana del '98, fundamentalmente, que se abre al interés por las vanguardias y las izquierdas con la generación siguiente, la del '27. Explorar las tensiones entre ese hispanismo y el comunismo doctrinario y ortodoxo, que defendió toda su vida, nos permitirá acercarnos a uno de los capítulos más fascinantes de la historia intelectual de la izquierda latinoamericana en el siglo XX.

El hispanismo juvenil de Marinello es bastante perceptible en su ensayística. No así un americanismo de izquierda, que también compartió con otros intelectuales de su generación, como Jorge Mañach, aunque en una versión más acotada por su acelerada inscripción en el marxismo y el comunismo, y que tiene como lectura básica al escritor newyorkino Waldo Frank. En La Habana de los 20, como en Lima o en Buenos Aires, Frank y el marxista peruano, José Carlos Mariátegui, son referentes ineludibles de las redes intelectuales de una izquierda atlántica.<sup>1</sup> En las páginas que siguen observaremos cómo hispanismo y americanismo son vectores de una política intelectual, que marcan la obra ensayística de Marinello entre 1925 y 1935, cuando, tras su ingreso al Partido Comunista de Cuba, inicia un giro ideológico hacia el marxismo-leninismo de corte soviético, que lo acompañará hasta el final de

\* División de Historia, CIDE/ Princeton University, Estados Unidos.

<sup>1</sup> Horacio Tarcus, *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2001, pp. 37-46.

su vida, y que determina, en buena medida, su visión de la cultura cubana y latinoamericana, además de su constante intervención en la esfera pública de la isla.

## Efímera heterodoxia

En una conocida conversación con el periodista Luis Báez poco antes de morir, que puede ser leída como memoria y testamento, Juan Marinello contaba que su padre había sido administrador del ingenio La Pastora, en Las Villas, donde se enriqueció aceleradamente en los primeros años del siglo XX.<sup>2</sup> La fortuna amasada, sobre todo durante el boom azucarero de la Primera Guerra Mundial, permitió a la familia poner residencia en La Habana, donde ingresó en la universidad capitalina en 1916, graduándose de Derecho Civil y Público en 1921.<sup>3</sup> Luego de una breve estancia en la Universidad Central de Madrid, regresa a la vida académica e intelectual, en La Habana, formando parte de algunos de los más importantes movimientos y publicaciones de aquella década: la Protesta de los Trece (1923), el Movimiento de Veteranos y Patriotas, el Grupo Minorista y las revistas **Social** y **Avance** (1927-30).

Marinello cuenta en la misma entrevista que, a pesar de su constante intervención en aquellos movimientos de la izquierda juvenil habanera, no se sumó entonces al Partido Comunista, fundado por Mella. La explicación que ofrece es por supuesto atendible, pero no permite reconstruir a plenitud las razones de esa decisión, sobre todo si tomamos en cuenta su estrecha amistad con Mella y con el poeta Rubén Martínez Villena (quien en 1928 ya era miembro del Comité Central del Partido Comunista). Veamos cómo Marinello presentaba su no pertenencia al partido entre 1925 y 1935:

Yo empecé a trabajar con otro sentido y con otra perspectiva. No entré en el partido. No entré por una razón un poco táctica. Era principalmente intelectual de izquierda, no era líder popular ni mucho menos. Además, todavía era muy joven... Estuve bastante tiempo trabajando junto al partido en una entidad que obedecía a los criterios partidistas, pero que era mucho más amplia: la Liga Antimperialista. Ese fue el semillero o el paso nuestro hacia el Partido Comunista. Era muy justo que fuera así y, además, muy inteligente por parte del partido.<sup>4</sup>

Marinello fue el sucesor de Mella en la presidencia de la Liga Antimperialista, y coordinador del Consejo de Redacción de la revista **Masas**, entre 1934 y 1935, órgano de esa asociación que, en efecto, era promovida por el Partido Comunista pero no era una dependencia o una extensión de éste. Marinello y otros intelectuales de aquella época, además de la mayoría de los historiadores del periodo, han entendido la Liga Antimperialista como una organización para-comunista, pero la idea podría discutirse. Tanto en la Liga como en la revista **Masas** intervinieron intelectuales

y políticos no comunistas, como el periodista José Manuel Valdés Rodríguez, gran admirador del cine de Serguei Eisenstein, o el historiador de la ciudad de La Habana, Emilio Roig de Leuchsenring, o el nacionalista revolucionario, no comunista, Pablo de la Torre Brau.

Al igual que en las ligas antimperialistas de Estados Unidos, México y Argentina, estudiadas por Daniel Kersffeld, en la cubana intervenían nacionalistas y liberales, que publicaban en publicaciones vanguardistas como **Social** y **Avance**, y que eran próximos a la naciente izquierda populista latinoamericana, que asociamos con la Revolución Mexicana, Augusto César Sandino en Nicaragua o Víctor Raúl Haya de la Torre y el APRA en Perú.<sup>5</sup> En el primer número de 1934 de la revista **Masas**, en el editorial "Al comenzar", Marinello afirmaba que la publicación "aspiraba a ser una revista revolucionaria en el más amplio y genuino sentido de la palabra" y que, "para serlo cabalmente, precisa ante todo, denunciar sin miedos ni hipocresías la realidad colonial de Cuba".<sup>6</sup>

Esa manera de presentar la orientación ideológica de la publicación, permitía una convergencia de diversas corrientes de izquierda bajo la definición de "lo revolucionario". El concepto facilitaba la identificación con las tradiciones anticoloniales y antiesclavistas del siglo XIX, personificadas por José Martí, y, además, suscribía el posicionamiento crítico frente a la hegemonía de Estados Unidos sobre el Caribe y, específicamente, Cuba, que impulsaban pensadores norteamericanos como Waldo Frank, Carleton Beals, Leland H. Jenks, en su influyente libro **Our Cuban Colony** (1926), y socialistas españoles como Luis Araquistáin, autor de **La agonía antillana** (1928).

La expresión que usa Marinello, en la entrevista con Báez, es "las autoridades no conocían que todo aquello estaba fomentado por el Partido Comunista", insinuando que su no militancia era algo pactado con la organización.<sup>7</sup> El argumento de la "juventud" tampoco es convincente, ya que Marinello era cinco años mayor que Mella y uno mayor que Martínez Villena, que fueron militantes desde los '20. Tal vez, la explicación de esa no pertenencia al partido se encuentre en la propia obra ensayística de Marinello, entre 1920 y 1935, donde es posible leer una inscripción en la izquierda no comunista latinoamericana. Era aquel un Marinello que, a la vez que defiende un arte vanguardista, comulga con un hispanismo y un americanismo que no necesariamente respetaban la matriz doctrinal del marxismo-leninismo.

En un discurso de apertura del Salón Anual de Bellas Artes, en 1925, Marinello se apoyaba en el ensayista liberal Jorge Mañach, a quien llamaba "fino talento", para proponer que las artes plásticas cubanas abandonaran el nacionalismo estrecho y el tipicismo folklórico, propios de la "condición subalterna de factoría" de

<sup>2</sup> Luis Báez, **Memoria inédita. Conversaciones con Juan Marinello**, La Habana, Si-Mar S.A., 1995, pp. 11-13.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>5</sup> Daniel Kersffeld, **Contra el imperio. Historia de la Liga Antimperialista de las Américas**, México, Siglo XXI, 2012, pp. 7-24.

<sup>6</sup> **Diccionario de la Literatura Cubana**, La Habana, Letras Cubanas, 1984, t. II, p. 562.

<sup>7</sup> Báez, *op. cit.* p. 59.

un país caribeño, como Cuba, sometido a la hegemonía de Estados Unidos.<sup>8</sup> Marinello sostenía que el vanguardismo y el cosmopolitismo en las artes cubanas eran maneras de enfrentar esa condición subalterna. Era preciso abandonar el “cubanismo temático” e introducir en la cultura cubana una “visión moderna, amplia y comprensiva”, que tomara cuerpo en una “alta política artística”.<sup>9</sup> Cuando Marinello hablaba de “ir a lo vernáculo con ojos extranjeros y a lo extraño con ojos cubanos” coincidía, en lo fundamental, con el Mañach de *La crisis de la alta cultura en Cuba* (1925) y *La pintura en Cuba* (1925) y con la plataforma estética y política que compartirán los editores de la *Revista de Avance*, fueran de simpatías comunistas, como Alejo Carpentier y Martín Casanovas, o liberales como Francisco Ichaso o el propio Mañach.

En otro momento de aquella conferencia, Marinello proponía una crítica de la relación entre Estados Unidos y Cuba, que también establecía puntos de contacto con Mañach, aunque no tanto con Ichaso, quien por su formación centralmente hispánica peninsular se había convertido en un experto en la obra de Luis de Góngora y Lope de Vega. Como Mañach, graduado de la Universidad de Harvard y artífice de la difusión de la literatura y el pensamiento norteamericanos en Cuba, Marinello valoraba positivamente el contacto de la cultura de la isla con la vanguardia intelectual norteamericana, aunque reprochaba que no fuera eso, sino la explotación de la riqueza azucarera de la isla, el principal interés de Washington en el Caribe:

Añadamos a todo esto el contacto con una nación poderosísima, que se ha relacionado con nuestro pueblo, no por el ansia de superiores horizontes, que parece poseer hoy a sus clases directoras, ni por su ambiente abierto y franco a las más diversas tendencias estéticas, ni del color y de la forma, sino por la base dura y egoísta en que estas favorables circunstancias tienen su natural sustentáculo.<sup>10</sup>

Este joven Marinello, que apoya, con algunas reservas, el proyecto del Congreso Libre de Intelectuales Iberoamericanos —impulsado por el peruano Edwin Elmore, que planeaba reunir en La Habana al español Miguel de Unamuno, al cubano Enrique José Varona y al mexicano José Vasconcelos, como patriarcas de un nuevo hispanoamericanismo— y que elogia las “agudas observaciones del maestro Ortega y Gasset”, está, intelectualmente, más cerca de Mañach que de Mella.<sup>11</sup> Los momentos en que esa sintonía intelectual se ve extrañada por tensiones ideológicas, éstas últimas se expresan por medio de una insistencia en la necesidad de unir el marxismo de Mariátegui y el americanismo de Frank, como sostiene en *Sobre la inquietud cubana* (1929).<sup>12</sup>

La divergencia se atenuaba por el hecho de que el propio Mañach era admirador de Mariátegui más como promotor del vanguardismo artístico y literario en Hispanoamérica y como “america-

nista” —en la misma acepción de Marinello, que no excluía la alta cultura norteamericana— que como marxista. Esa defensa del diálogo entre el humanismo de Frank y el marxismo de Mariátegui, fue perceptible en los dos números monográficos consecutivos que dedicó la *Revista de Avance* a ambos pensadores entre fines de 1929 y el verano de 1930. En esos dos números, Marinello y Mañach publicaron sendos ensayos sobre el norteamericano y el peruano, mostrando sutilmente sus diferencias, pero también su común apuesta por un americanismo, abierto al entendimiento entre liberales y marxistas.

En el número de *Avance* dedicado a Frank, en diciembre de 1929, Marinello proponía una muy completa lectura de la articulación entre americanismo e hispanismo que estaba produciendo la obra del norteamericano. Luego de la publicación de *Virgin Spain* (1926), Frank había desplazado la mirada al mundo hispanoamericano con dos libros, *The Rediscovery of America* (1929) y *South of Us* (1931). Para Mañach y Lizaso, es decir, para los ensayistas liberales de *Avance* —a excepción de Ichaso, cuyo antiamericanismo lo hizo tender al falangismo— esa yuxtaposición entre americanismo e hispanismo no era contradictoria, aunque sí conflictiva. Marinello parece colocarse en una misma perspectiva al destacar que la manera en que Frank comprendía España, a través de Cervantes y Unamuno, del “impulso heroico” de Don Quijote, que “sale ileso de todo choque con lo tangible”, y de la “verdad del hombre-isla, colgado de las montañas de Guipúzcoa”, era una vía de acceso a la comprensión de las sociedades hispanoamericanas.<sup>13</sup>

España era una vía de acceso, agregaba Marinello, pero no una “llave” que abrirá a Frank todas las puertas “para llegar a lo íntimo de los pueblos colonizados por ella”.<sup>14</sup> No descartaba Marinello que España e Hispanoamérica pudieran conformar una nueva unidad, donde el “anhelo de totalidad del átomo español” se empalmara con el “proceso heroico” de las independencias.<sup>15</sup> Esa unidad podía ser obra de una política intelectual, que presionara sobre las fronteras culturales de España y ambas Américas, la del Norte y la del Sur, pero, por lo pronto, según Marinello, las realidades de España e Hispanoamérica no estaban situadas en un mismo nivel de la historia social. La forma en que Marinello, hijo de inmigrantes, con una estancia en la Universidad Central de Madrid y con incipientes lecturas marxistas, planteaba ese desnivel, es problemática:

La ciudad, protagonista central en la obra de Waldo Frank, no es española ni en Cuba ni en Bolivia. El hombre ha dejado de ser —nunca lo fue en esencia— parte de la voluntad castellana y aún no ha elevado las torres que debe destruir. Es un hombre que no tuvo verdad y aún no tiene realidad. ¿Cómo

<sup>8</sup> Juan Marinello, *Cuba: cultura*, La Habana, Letras Cubanas, 1989, pp. 3-8.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 6-7.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 5.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 187-191.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 206-207.

<sup>13</sup> Juan Marinello, “Meditación de Waldo Frank”, en *Revista de Avance*, La Habana, diciembre de 1929, p. 7. Este ensayo de Marinello fue incluido en la *Órbita de Revista de Avance* (La Habana, Instituto del Libro, 1965, pp. 340-344), preparada por Martín Casanovas, otro de los editores de la publicación, pero, por alguna razón imaginable, fue excluido de las dos grandes antologías de prosas de Marinello, editadas en Cuba, luego de la muerte del intelectual comunista, *Ensayos* (1977) y *Cuba: cultura* (1989).

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 8.

encuadrar fecundamente un mundo en que el ansia de unidad dispersa en cada espíritu no ha dado aún en la obra parcial, desorientada, pero ponderable, la medida de su sed?<sup>16</sup>

Marinello parecía sugerir que la ciudad y el hombre hispanoamericanos se ubicaban en un escalón inferior del desarrollo histórico, en lo que sería una derivación vulgar del materialismo histórico, que habría espantado a Mariátegui. Aún así, el marxista cubano otorgaba un valor estrictamente “político” a la obra de Frank, a quien llamaba “el yanqui inusitado”.<sup>17</sup> Curiosamente, en aquel mismo número de **Avance** se insertaba un texto de Mariátegui que debió ser una de las últimas publicaciones del marxista peruano en vida, que cuestionaba involuntariamente el reparo de Marinello a Frank. Este último, según Mariátegui, era “la prueba concreta y elocuente de la posibilidad de acordar el materialismo histórico con un idealismo revolucionario”.<sup>18</sup>

Mariátegui, como es sabido, admiraba el temprano ensayo **Our America** (1919) de Frank, donde el escritor norteamericano había reseñado la historia intelectual de Estados Unidos, en el siglo XIX. El peruano concluía, a partir de esa lectura, que el “método” ensayístico de Frank era positivista, pero que, “en sus manos el método no es un instrumento”.<sup>19</sup> Con esta salvedad, Mariátegui sugería a la juventud socialista latinoamericana que leyera a Frank, ya que podría encontrar que en su “crítica al idealismo de Bryant razonara como un perfecto marxista y que en la portada de **Our America** pusiera estas palabras de Walt Whitman: la grandeza real y durable de nuestros estados será su religión”.<sup>20</sup> Mariátegui, quien como Frank admiraba a Unamuno, aunque objetaba su rechazo al marxismo, se atrevía a exhortar al anciano filósofo: “Unamuno modificaría probablemente su juicio sobre el marxismo si estudiase el espíritu —no la letra— marxista, en escritores como el autor de **Our America**”.<sup>21</sup>

Otras colaboraciones en aquel homenaje a Waldo Frank, en **Revista de Avance**, como las de Félix Lizaso y Jorge Mañach, retomaban la misma invitación al diálogo, pero no tanto entre marxismo e idealismo como entre las dos Américas, la sajona y la hispana, la protestante y la católica. Según Lizaso la obra de Frank estaba animada por un “sentido místico de totalidad”, que era inevitable asociar con un espiritualismo o un trascendentalismo, que facilitaba el diálogo entre las dos Américas.<sup>22</sup> El desencuentro entre las dos mitades del continente no tenía que ver con la pugna doctrinal entre materialismo e idealismo sino con dos versiones históricas del materialismo moderno, el de la voluntad, en el Norte imperial, y el de la sensibilidad en el Sur republicano.<sup>23</sup>

Para Lizaso era evidente que la propuesta dialógica de Frank par-

tía de un reconocimiento de la “variedad de *ethos*” que constituía las culturas americanas.<sup>24</sup> Esa diversidad, que no sólo se zanjaba en la frontera entre el Norte y el Sur, sino en fronteras interiores, como la que Marinello insinuaba entre el Caribe y los Andes, por ejemplo, podría reforzar una estrategia de acercamiento, en la que “cada América adquiriera su propio temple espiritual, a un mismo grado de temperatura si fuese posible”.<sup>25</sup> Esta idea de un diálogo cultural hemisférico, basado en el discernimiento y la autoconciencia de la diversidad intra-americana, aparece más claramente esbozada en el ensayo “Signos de Waldo Frank”, de Mañach, que, de algún modo, adelanta la argumentación básica de sus estudios sobre John Dewey y su póstumo libro, **Teoría de la frontera** (1961).

Con mayor espesor filosófico que Marinello y Lizaso, Mañach coincidía en el sentido “totalista”, “cósmico” o “integralista” del pensamiento de Frank.<sup>26</sup> Ese sentido abarcador, según Mañach, tenía que ver, en efecto, con la tradición espiritualista y trascendentalista norteamericana del siglo XIX, con Emerson a la cabeza, que desembocaba en George Santayana, quien había sido maestro de Mañach en Harvard. Pero en Santayana esa tendencia era comprensible, por su ascendencia hispánica, no en Frank, quien, al decir de Mañach, poseía, sin embargo, “concordancias con el pensamiento y la sensibilidad mediterráneas”.<sup>27</sup> Como Martí en su lectura de Emerson, Mañach intentaba leer a Frank como crítico del pragmatismo y el imperialismo norteamericanos.

Una crítica que, a su juicio, también era constitutiva de una cultura liberal y republicana como la de Estados Unidos. La “visión” cósmica de las Américas de Frank, al decir de Mañach, intentaba rebasar el puritanismo y el imperialismo, que integraban los “átomos” del Norte.<sup>28</sup> Aunque no le daba la misma importancia, dado su tono filosófico, Mañach también concluía, como Marinello y Lizaso, en que esa visión integradora de las dos Américas no debía limitarse al ensayismo cultural o a la diplomacia intelectual sino que tendría que aventurar alguna traducción política. Ese será, justamente, el centro del ensayo de Francisco Ichaso, quien con una retórica más encendidamente antiyanqui, insistirá en que los males de América que denunciaba Frank, tenían lugar en las dos riberas del río Bravo.<sup>29</sup>

El número de **Avance** dedicado a Mariátegui, en junio de 1930, es un buen reflejo de las tensiones dentro de aquel grupo de intelectuales cubanos, que compartían hispanismo y americanismo, pero comenzaban a dividirse en relación con la democracia, el libe-

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 8

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 8.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 4.

<sup>19</sup> *Ídem.*

<sup>20</sup> *Ídem.*

<sup>21</sup> *Ídem.*

<sup>22</sup> Félix Lizaso, “Waldo Frank y las dos Américas”, en **Revista de Avance**, La Habana, diciembre de 1929, p. 10.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 12-13.

<sup>26</sup> Jorge Mañach, “Signos de Waldo Frank”, en **Revista de Avance**, La Habana, diciembre de 1929, p. 18. Este importante ensayo de Mañach, también por razones comprensibles, no fue incorporado en la **Órbita de la Revista de Avance** (*op. cit.*), editada por Martín Casanovas luego de la Revolución Cubana, en la que se escamotea la centralidad de Mañach en aquella revista.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>29</sup> Francisco Ichaso, “Cura de verdad”, en **Revista de Avance**, La Habana, diciembre de 1929, pp. 14-16. Este ensayo tampoco fue reproducido en la **Órbita de la Revista de Avance** (*op. cit.*).

ralismo, el marxismo y otras ideologías del siglo XX. El ensayo de Marinello en aquel homenaje abre un flanco de asunción del marxismo, como referente del pensamiento cubano e hispanoamericano, que no hará más que afirmarse en los años siguientes y que, a partir de 1935, determinará la mayor parte de su actuación pública. Aunque seguía defendiendo el “significado continental” y americanista, en **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana** y toda la obra de Mariátegui, lo importante del escritor peruano era la postulación del marxismo —“con sus complementos sorelianos y leninistas”— como “absoluto”.<sup>30</sup>

Esa era, según Marinello, la “batalla” de Mariátegui, la “socialización de Hispanoamérica”, fuera de los “módulos” tradicionales de “importación” material y cultural de Europa. A través de un marxismo mestizo, trasplantado a un contexto incaico, podía lograrse que los “pueblos del Sur realizaran a plenitud el nuevo estado”.<sup>31</sup> El gamonalismo, el problema del indio serrano del Cuzco o el “anquilosamiento del cuerpo social del Perú” eran formas específicas de una explotación colonial que se sufría en toda “Indoamérica”.<sup>32</sup> Lo continental de la empresa estaba relacionado con una revolución social latinoamericana, que Marinello, vasconcelianamente, llama “saturación de Indoamérica”, que ayudaría a trascender el capitalismo industrialista y el imperialismo “estéril”.<sup>33</sup>

Es curioso advertir, en ese número de junio de 1930 de **Revista de Avance**, dedicado a José Carlos Mariátegui, cómo la mayoría de las colaboraciones evitan enfocar el tema del americanismo de izquierda, tan constante en la publicación desde 1927, y cómo muy pocos colaboradores o, acaso, uno, Jorge Mañach, se refiere abiertamente al marxismo, en tanto filosofía traducida por el pensador peruano. Waldo Frank habló de Mariátegui como síntesis de Jesús y Spinoza, Lino Novás Calvo lo describió como “un nuevo misionero, que se limitó a confesar su fe”, Lizaso destacó su defensa de una estética realista y, a la vez vanguardista, Medardo Vitier su estilo enérgico y fogoso y Francisco Ichaso, la sublimación intelectual de su impedimento físico.<sup>34</sup>

Es sintomática, como decíamos, la elusión del marxismo dentro de los ensayos en homenaje a Mariátegui en **Avance**. Novás Calvo, tan cercano al comunismo cubano, no lo menciona, Lizaso dice que “con actitud diáfana, el peruano gravitaba a un marxismo ortodoxo”, Vitier que “la tesis inmensa de Marx le late en las páginas sin sofocarle el aliento propio” o que “Marx queda al margen cuando leemos a este espíritu doloroso de la América nueva”, e Ichaso, en su texto de mal gusto, dice que, a diferencia del “comunismo inconsulto” que, a su juicio, predominaba en América, “el comu-

nismo de Mariátegui no pasó nunca por esa escuela de rigor y precisión, por esa apretada organización revolucionaria, que es la obra de Marx”.<sup>35</sup> Mañach, en cambio, es el más generoso de todos con el marxismo de Mariátegui, que considera un dogma menor y necesario:

En esa actitud, en esa disciplina, se encontrará toda su grandeza y su ocasional servidumbre. Sólo este sentimiento de la idea como algo ajeno y superior puede, tal vez, infundir semejante valor y lealtad y seguridad en la defensa de ella. El mismo Marx —hegeliano *ab origo*— no sintió jamás la paternidad de su criterio, que le pareció criatura del devenir histórico, especie nueva de revelación. El hombre que se siente hechor de sus ideas, superior a ellas, no halla dificultad en abandonarlas a su propia suerte. En todo caso, no se sacrificará él mismo a su criatura. La abnegación es siempre de estirpe religiosa en cuanto supone un sentimiento de dependencia.<sup>36</sup>

Y agrega Mañach:

Pero el dogma no le infunde a Mariátegui solamente su coraje y su fervor, sino también su fuerza dialéctica, su seguridad. En esto vio él la principal conveniencia de una filiación ideológica. Un dogma es un principio jerárquico de posiciones críticas, un orden riguroso de enjuiciamientos. Tiene una lógica interior ya asentada, una sólida trabazón. Admitido el principio, la dialéctica del dogma —en la teodicea como en el marxismo— es punto menos que vulnerable, porque la fuerza es siempre atributo de la cohesión, de la estructura. De aquí que Mariátegui sea por excelencia, en el pensamiento de América, el hombre seguro. Afirma o niega netamente.<sup>37</sup>

No se leyó, en La Habana de 1930, un homenaje a Mariátegui tan honesto y bien escrito como el de Jorge Mañach. Un homenaje en el que se daban la mano marxismo y americanismo, de una manera que condensaba la poética y la política de **Revista de Avance**. La palabra de Mariátegui era, según Mañach, la palabra “neta, directa y total” de América.<sup>38</sup> Esa articulación entre hispanismo, americanismo y marxismo, en uno de los últimos números de la revista, era elocuente, pero frágil, como pudo comprobarse no sólo con el cierre de la publicación, ese mismo año, sino con la evolución posterior de cada uno de sus editores.<sup>39</sup>

## Un comunista profesional

El Marinello posterior a **Avance** describe una progresiva inmersión en el Partido Comunista de Cuba y en la lógica con que esta organización proyectó su intervención en la esfera pública cuba-

<sup>30</sup> Juan Marinello, “El Amauta José Carlos Mariátegui”, en Casanovas, **Órbita de la Revista de Avance**, *op. cit.*, p. 350.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 357.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 358.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 359.

<sup>34</sup> Waldo Frank, “Una palabra de Mariátegui”, en **Revista de Avance**, n° 47, junio de 1930, pp. 165-166; Lino Novás Calvo, “Su ejemplo”, en **Revista de Avance**, n° 47, junio de 1930, pp. 173-174; Félix Lizaso, “Hombre de letra viva”, en **Revista de Avance**, n° 47, junio de 1930, pp. 181-182; Medardo Vitier, “Un ejemplo”, en **Revista de Avance**, n° 47, junio de 1930, pp. 184-185; Francisco Ichaso, “Meditación del impedido”, en **Revista de Avance**, n° 47, junio de 1930, pp. 185-186.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 182, 184, 186

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 178.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 179.

<sup>38</sup> *Ídem.*

<sup>39</sup> Sobre la experiencia de **Revista de Avance** ver Celina Manzoni, **Un dilema cubano. Nacionalismo y vanguardia**, Buenos Aires, Casa de las Américas, 2001, pp. 85-114.



na. Encarcelado dos veces, por su activismo contra las dictaduras de Gerardo Machado y Fulgencio Batista, una vez en la Isla de Pinos, en 1932, y otra, en 1935, a raíz de la publicación de la ya citada revista *Masas*, Marinello vivió durante la segunda mitad de los años '30, exiliado en México, con frecuentes viajes a Estados Unidos y a España, donde se involucra en las redes culturales de apoyo a la República Española. En México participa en el Primer Congreso de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios y en el mismo año, 1937, interviene en Madrid, junto a Nicolás Guillén, como delegado cubano al Congreso de Escritores por la Defensa de la Cultura, en apoyo al gobierno republicano.

De vuelta a La Habana a fines de los '30 e instalado en la alta dirección del partido Unión Revolucionaria Comunista, el nombre que adoptaría la organización en aquellos años, Marinello es elegido delegado a la Asamblea Constituyente de 1940, junto a otros cinco representantes comunistas. Frente a los miembros del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), los liberales, los nacionalistas o los "menocalistas" (partidarios del ex presidente Mario García Menocal), que sumaban más de 10 delegados cada uno, el partido comunista era una fuerza constitucional y legislativa minoritaria. Tal vez comparable, en su pequeñez, a otra minoría, la de los miembros de la organización ABC, dentro de la que estaban dos antiguos compañeros de Marinello en *Avance*, Jorge Mañach y Francisco Ichaso.<sup>40</sup>

A pesar de su pequeñez, Marinello y otros constituyentes, como Blas Roca y Salvador García Agüero, intervinieron enérgicamente y, a veces, de manera decisiva en los debates de la Constituyente. La avanzada legislación social de la Constitución de 1940, en materia de familia, cultura y, sobre todo, trabajo (derecho inalienable al mismo, salario mínimo y equitativo, seguro social, jornada de ocho horas, descanso obligatorio, garantías laborales para la mujer, libertad de sindicación, derecho a huelga, contratos colectivos de trabajo, empresas cooperativas, viviendas obreras, mutualismo...), fue aprobada, en buena medida, por medio de una negociación entre comunistas y liberales cubanos a mediados del siglo XX.<sup>41</sup>

Luego de la instalación del gobierno constitucional de Fulgencio Batista, entre 1940 y 1944, en el que dos comunistas, Carlos Rafael Rodríguez y él mismo fueron "ministros sin cartera" del gabinete, Marinello se convirtió en representante al Congreso cubano, vicepresidente del Senado y en presidente del partido, reteniendo Blas Roca, otro congresista, el cargo de Secretario General. Durante esos años de pertenencia a la coalición gobernante, que coinciden con la Segunda Guerra Mundial, es perceptible una curiosa dualidad en Marinello y, en general, en el Partido Comunista: mientras son más contemporizadores en la política, como corresponde a una época de "frentes amplios" y "colaboración entre clases", se vuelven más ortodoxos desde un punto de vista doctrinario.

La deriva ortodoxa comienza a aparecer en algunos textos de los '30 en los que ataca a intelectuales liberales o a organizaciones como

<sup>40</sup> Mario Riera Hernández, *Cuba republicana. 1899-1958*, Miami, AIP, 1974, p. 43.

<sup>41</sup> Leonel Antonio de la Cuesta, *Constituciones cubanas. Desde 1812 hasta nuestros días*, Madrid, Ediciones Exilio, 1974, pp. 255-259.

ABC, el APRA o el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) de optar por "Wall Street" y no por las "masas criollas".<sup>42</sup> Por entonces sus defensas de la URSS y de Stalin son desinhibidas y dicho posicionamiento se hace acompañar de un abandono progresivo del vanguardismo juvenil y una defensa del realismo en poesía y en narrativa, que ve cristalizados en poetas cubanos como Manuel Navarro Luna y Nicolás Guillén o en narradores de la "tierra" como Rómulo Gallegos, José Eustaquio Rivera y Ramón Güiraldes.<sup>43</sup> Por momentos, en los '40, Marinello lamenta que Cuba no produzca narradores de ese tipo o del tipo de los novelistas de la Revolución Mexicana, Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán. Ya a fines de los '50 o principios de los '60, creará percibir una madurez realista de la narrativa cubana en novelas como *EL acoso* de Alejo Carpentier, *La trampa* de Enrique Serpa y *Una de cal y otra de arena* de Gregorio Ortega.<sup>44</sup>

Es interesante observar, en los ensayos de Marinello de los '40, cómo reaparece el hispanismo, pero desde una perspectiva más conservadora, ya desconectada de la experiencia republicana y vanguardista de los '20 o principios de los '30. La lectura que hace Marinello de Picasso en 1942, por ejemplo, no tiene nada que ver con el cubismo y se concentra en leer al pintor como cifra de una hispanidad tradicional: Fray Luis de León y el Amadís de Gaula, Lope y Góngora, el Arcipestre y La Celestina.<sup>45</sup> Nada es "tan raigalmente español como Picasso", dice Marinello, y enlaza, malabarísticamente, al Cid Campeador con el Guernica en una suerte de llamado de "una voz de la sangre" que se realiza a través de los siglos.<sup>46</sup> Quien llamada a huir del Siglo de Oro como quien huye del cautiverio, regresaba a los tópicos del panhispanismo noventayochesco.

Una operación similar a la de la hispanización de Picasso emprende Marinello en sus relecturas de José Martí, en aquellas décadas. El artículo "Martí y Lenin" (1935), por ejemplo, esbozaba un paralelo desfavorable al poeta y político cubano, que, por momentos, era llamado "abogado de los poderosos", por haber cabildeado en Estados Unidos una política favorable a la independencia de Cuba.<sup>47</sup> Luego, en los '40, Marinello escribirá el ensayo "Españolidad literaria de José Martí" (1942), en el que intenta develar la "marca de España" en la poesía y la prosa de Martí, remitiendo al cubano, otra vez, a la matriz del Siglo de Oro (Gracián, Quevedo, Santa Teresa, Cervantes, el Arcipestre de Hita y hasta el Cid Campeador).<sup>48</sup> Al final, el ensayo intenta regresar a la "cubanidad" de Martí, por medio de la que llama "tradición libertada", pero en buena medida lo que hace Marinello es restablecer el enunciado de la "hispanidad" en Martí subvalorando la reformulación de la misma que produjo el modernismo hispanoamericano a fines del siglo XIX. En su conocida polémica sobre el modernismo, con Manuel Pedro González, en los '60, y otros textos de esta década, Marinello corregirá esa idea conservadora de lo hispánico.<sup>49</sup>

<sup>42</sup> Marinello, *Cuba: cultura*, op.cit., 1989, pp. 211-213.

<sup>43</sup> Marinello, *Ensayos*, La Habana, Arte y Literatura, 1977, pp. 85-99.

<sup>44</sup> *Ibid.*, pp. 229-242.

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 131-138.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 136.

<sup>47</sup> Juan Marinello, "Martí y Lenin", en *Repertorio Americano*, t. XXX, año XVI, n° 716, 1935, pp. 57-59.

<sup>48</sup> Marinello, *Ensayos*, op. cit., pp. 109-120.

<sup>49</sup> *Op. cit.*, pp. 283-320.

Lo curioso es que este conservadurismo cultural, en los '40 y los '50, que se inclina a una doble defensa de lo "hispanico" y del "realismo socialista", de estirpe soviética, y que llegará a su apoteosis con la crítica al abstraccionismo plástico en su ensayo **Conversación con nuestros pintores abstractos** (1960), coincide con el momento de mayor pragmatismo político de Marinello y el Partido Comunista. En 1944, por ejemplo, al término del gobierno de Batista, en el que fue ministro y congresista, Marinello y su partido, ahora llamado Partido Socialista Popular, integró la coalición del candidato Carlos Saladrigas con liberales, demócratas e, incluso, el ABC, una organización tan combatida ideológicamente por los comunistas.<sup>50</sup> En las siguientes elecciones, las de 1948, Marinello se presentó como candidato a la presidencia por el Partido Socialista Popular, en fórmula con el líder sindical Lázaro Peña, como candidato a la vicepresidencia. Perdió con 7.2% de los sufragios.

En una esfera pública abierta y en un contexto democrático, Marinello y los comunistas cubanos, que sentían como suyo el orden constitucional de 1940, formaron parte del pluralismo político. Mientras hacían alianzas con partidos liberales debatían ideológicamente con el liberalismo y, también, con el catolicismo. Marinello, por ejemplo, defendió la educación pública, durante la campaña "por una escuela cubana en Cuba libre", dirigida contra el avance de la instrucción religiosa, de colegios católicos, que ganó el apoyo de liberales laicistas como Fernando Ortiz y Emilio Roig de Leuchsenring.<sup>51</sup> En un plano intelectual, las polémicas que la publicación literaria comunista, **Gaceta del Caribe**, sostuvo con la católica **Orígenes**, o los debates que el propio Marinello entabló con Gastón Baquero, sobre el estado de la literatura cubana a mediados de los '40, son buenas muestras de esa tensión entre comunismo y catolicismo en la esfera pública republicana.<sup>52</sup>

Todavía en las elecciones presidenciales previstas para junio de 1952, Marinello y Peña repitieron la fórmula e intentaron establecer alianzas con otros partidos, pero fueron deliberadamente marginados por otras corrientes opositoras, como la de su ex aliado Fulgencio Batista y la del muy popular Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) de Eduardo Chibás.<sup>53</sup> El anticomunismo en la Cuba de los 50 ascendía, bajo los efectos del vecino macarthysmo de Estados Unidos y la dictadura de Batista, instaurada en marzo de 1952, se inscribió en esa estrategia geopolítica. Los comunistas vieron fuertemente limitada su intervención en la esfera pública cubana, que había sido muy dinámica desde los años '20. A pesar de arrestos e intervenciones de medios, los comunistas lograron mantener una voz en el debate público, como puede comprobarse en publicaciones como **Noticias de Hoy** o el mensuario **Mensajes**, que apareció entre 1956 y 1958, es decir, en los años de la guerra revolucionaria y de la mayor represión de la dictadura.

En **Mensajes**, por ejemplo, Marinello se opone a la idea de una "neutralidad" en la cultura, promovida por la política cultural del gobierno a través de su Instituto Nacional de Cultura, encabezado por Guillermo de Zéndegui, y denuncia la censura y la persecución, por razones ideológicas, de académicos e intelectuales.<sup>54</sup> Sin embargo, defiende siempre la necesidad de un debate ideológicamente plural, en el que intervengan católicos, liberales y marxistas, en pleno respeto a sus específicas orientaciones doctrinales. Lo que propone Marinello, en suma, es reemplazar la idea de neutralidad por la de diálogo o debate en el campo intelectual, ya que "la democracia es indispensable para que la cultura mantenga sus derechos y afirme sus logros".<sup>55</sup>

Un repaso de los textos de Marinello en **Noticias de Hoy** y **Mensajes** confirma su lealtad a la línea del Partido Socialista Popular, durante los años de la insurrección contra la dictadura de Batista. El importante intelectual y político comunista rechaza la dictadura, pero tampoco respalda la Revolución. El primer texto en el que Marinello muestra explícitamente su apoyo al movimiento revolucionario encabezado por Fidel Castro en la Sierra Maestra, es de noviembre de 1958, poco después de las elecciones presidenciales organizadas por la dictadura, con el fin de intentar una sucesión presidencial que evitara el triunfo revolucionario. Marinello y los comunistas habían criticado esas elecciones desde que fueron convocadas, tal y como habían hecho en la contienda electoral anterior, la de 1954. En aquel texto de respaldo a la Revolución Marinello dirá que los intereses "del Ejército Rebelde y las fuerzas de Fidel Castro" coincidían con los "del movimiento obrero y popular" y con "los sectores más leales y democráticos de la lucha actual".<sup>56</sup>

En un uno de los primeros números de la nueva época de **Mensajes. Cuadernos marxistas**, aparecido en septiembre de 1960, Marinello condensará la posición oficial del PSP frente al nuevo gobierno revolucionario:

La victoria de la Revolución cubana es responsabilidad de cada uno de los integrantes de nuestro pueblo. Y la unidad para lograr tal victoria, camino obligado e ineludible. Escatimar un solo esfuerzo a la defensa y al avance de un movimiento libertador que es ejemplo y atención universales, linda con la traición. Desde luego que será necesario discutir y precisar las cuestiones que deben cristalizar la tarea unitaria... Como estableció la reciente y gran Asamblea Nacional del Partido Socialista Popular, hay que centrar en una sola gran fuerza la decisión nacional de culminar nuestra Revolución. No se trata uniformar concesiones ni estilos ni de aprisionar en moldes prefabricados la fuerzas de nuestro quehacer cultural. Se trata en verdad de aunar todos los impulsos creadores en una confluencia patriótica, liberadora, revolucionaria.<sup>57</sup>

<sup>50</sup> Carlos Manuel Rodríguez Arechavaleta, **Cuba 1940-1952. Una democracia presidencial multipartidista**, Tesis Doctoral, FLACSO, México, 2003, pp. 332-333.

<sup>51</sup> Luis Báez, **Memoria inédita. Conversaciones con Juan Marinello**, op. cit., 1995, pp. 62-64.

<sup>52</sup> Amauri Gutiérrez Coto, **Polémica literaria. Entre Gastón Baquero y Juan Marinello**, Sevilla, Espuela de Plata, 2005, pp. 115-132.

<sup>53</sup> Rodríguez Arechavaleta, op. cit., pp. 277 y 290-292.

<sup>54</sup> Marinello, **Cuba: cultura**, op. cit., pp. 244-249.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 248.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 251.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 257.

No fue Marinello el líder del viejo partido comunista mejor posicionado en las altas esferas del gobierno de Fidel Castro. Carlos Rafael Rodríguez, por ejemplo, quien permaneció varios meses en la Sierra Maestra, siempre tuvo una ubicación de mayor peso e influencia. Pero su papel en la construcción de discursos e instituciones culturales y educativas del nuevo Estado no fue menor. En los '60, el veterano intelectual comunista hizo su aporte a la construcción de un relato sobre la historia cultural del siglo XX cubano, que arrancaba con las vanguardias de los '20 y desembocaba en la Revolución de 1959.<sup>58</sup> La lealtad de Marinello al socialismo soviético, sin embargo, se tradujo entonces en una defensa del "realismo socialista" y en un aliento a la adopción, en la isla, de premisas, métodos y prácticas del socialismo real.

Varios artículos y ensayos de Marinello, a principios de los años '70, defienden abiertamente el proceso de soviétización ideológica que vivió el socialismo cubano en aquella década.<sup>59</sup> La idea del artista como soldado y del arte como arma de la Revolución, plasmada en el Congreso Nacional de Educación y Cultura de 1971, que marca el arranque del mal llamado "quinquenio gris", es frecuente en los textos de Marinello de los '70.<sup>60</sup> Muchas de las prácticas normativas e intolerantes en la Cuba de aquellos años —homofobia, censura, estigmatización y represión de disidentes, dogmatismo, ortodoxia marxista-leninista...— encontraron legitimación en textos suyos.

Era inevitable que así fuera. Juan Marinello fue, desde 1935, un comunista profesional, leal a su partido. En el gobierno de Batista o en el Congreso, en el debate literario o en el político, siempre fue un seguidor disciplinado de la línea de aquella organización, subordinada a la estrategia global de Moscú. Al fundirse el viejo Partido Socialista Popular en la alianza revolucionaria que daría origen, en 1965, al nuevo Partido Comunista de Cuba, Marinello transfirió esa lealtad y esa disciplina a la nueva estructura de dirección, de la que formó parte, y a sus nuevos líderes, Fidel y Raúl Castro. En su conversación con Báez, Marinello demostraba una precisa comprensión del papel de Raúl Castro, de la estructura del partido y el gobierno cubano, que es muy reveladora a la luz de lo que ha sucedido en la isla en la última década.<sup>61</sup>

En medio de esa lealtad y esa coherencia doctrinal, durante más de medio siglo de vida intelectual e intervención pública, Marinello fue capaz de reservarse fisuras y heterodoxias personales. Todavía al final de su vida, a un año de la aprobación de la Constitución de 1976, que reproducía no pocas instituciones y conceptos del socialismo real, Marinello se atrevía a defender la inserción de los comunistas en la vida parlamentaria de la democracia republicana, entre 1940 y 1952, y elogiaba la Constitución de 1940, que, a su juicio,

"incluía muchos preceptos progresistas" y que, "en lo declarativo era la más avanzada del continente americano en aquel entonces".<sup>62</sup>

Este tipo de visiones históricas, así como aquella que reconocía el relativo desarrollo social y económico de Cuba, antes de la Revolución, muy común entre historiadores y economistas marxistas de la isla, como Raúl Cepero Bonilla o Manuel Moreno Friginals, sonaban heréticas al nuevo nacionalismo revolucionario, construido ideológicamente al calor de los '60 y articulado en torno a los líderes de la insurrección contra la dictadura. Lo mismo podría decirse de las distancias teóricas que Marinello marcaba, en relación con ese nacionalismo, cuando seguía insistiendo, aún en 1977, que José Martí era un pensador "idealista", aunque con gran sentido práctico, o que Fernando Ortiz "no era marxista y en absoluto revolucionario" o que Ramiro Guerra, fuente, en buena medida, del reformismo agrario de la Revolución, estaba "muy ligado a las fuerzas dominantes" del antiguo régimen.<sup>63</sup>

Juan Marinello termina sus días encarnando el efecto ambivalente del marxismo-leninismo sobre la esfera pública y el campo intelectual cubano, en los años '60 y '70. Por un lado, su figura legítima y afirma la ortodoxia doctrinal, con todas sus consecuencias represivas para la cultura y la educación, la sociedad y el Estado cubanos. Por el otro, la médula ilustrada y laica, moderna y crítica de su ideología contribuye a remover los mitos y las idealizaciones de la historia oficial de la Revolución Cubana, edificados, en muchos casos, en perfecta continuidad con el relato tradicional de la historiografía nacionalista del periodo republicano. Juan Marinello y otros marxistas y comunistas de su generación, en Cuba y América Latina, dejan ese doble legado de dogmatismo y secularidad.

La Condesa, México D.F., verano del 14.

<sup>58</sup> *Ibid.*, pp. 260-265.

<sup>59</sup> *Ibid.*, pp. 265-269 y 485-488.

<sup>60</sup> Sobre el debate en torno al "quinquenio gris" y el dogmatismo cultural en Cuba, ver, Desiderio Navarro (ed.), *La política cultural del periodo revolucionario. Memoria y reflexión*, La Habana, Criterios, 2007. Se puede consultar una versión electrónica en la página [www.criterios.es](http://www.criterios.es).

<sup>61</sup> Báez, *op.cit.*, p. 164.

<sup>62</sup> *Ibid.*, pp. 59-60.

<sup>63</sup> *Ibid.*, pp. 94-95 y 154-155.

# Caio Prado Junior

Lincoln Secco\*

En 1931, el joven Caio Prado Júnior no ocultaba el perfil típico que distinguía a los miembros de la aristocracia cafetalera paulista. Formado en la tradicional Facultad de Derecho de San Pablo, había participado de la así denominada “Revolución de 1930” y se había vinculado con un partido de imagen modernizadora, aunque dentro de los estrechos límites de su clase social. A decir verdad, el Partido Democrático, al cual estaba afiliado, no era más que una simple disidencia de la oligarquía paulista, fundada por su abuelo, Antônio Prado.

Nada en Caio Prado anunciaba el “cortocircuito” que lo llevaría a romper relaciones con su familia y enfrentar las innumerables prisiones reservadas para los comunistas. En aquel 1931, Caio ingresó al Partido Comunista de Brasil (PCB). Al recordar el hecho, él sólo menciona que un mozo español lo presentó al partido. No se sabe quién era el mozo. Probablemente se tratara de alguien que lo atendía en alguno de sus restaurantes preferidos. De acuerdo con ciertos informes de la policía política, Caio Prado Júnior estuvo en contacto con Constantino Torres, mozo de la ciudad de Santos. Pero éste ingresó al PCB solo en 1934. También conoció a Antônio Brittes, presidente del sindicato de mozos de San Pablo. Lo más probable, sin embargo, es que se haya aproximado al comunismo a través del mozo español Elías Sánchez, aunque ninguno de los estudios que hay sobre Caio Prado menciona este nombre.

Si bien Sánchez estuvo preso por ser simpatizante de la Liga Comunista Internacionalista (trotskista), se lo acusaba de ser partidario del comunismo desde 1930 y de mantener contactos con Corifeu de Azevedo Marques y Paulo Lacerda, dos dirigentes del PCB.<sup>1</sup> Caio Prado, por su parte, mantuvo contacto epistolar con Livio Xavier, uno de los principales referentes trotskistas del período. ¿Acaso vendría de ese contacto la acusación hecha por el Comité Regional de San Pablo (CR-SP) del PCB de que él hacía un diario burgués en connivencia con trotskistas?<sup>2</sup> Él se defendió y argumentó que deseaba crear un periódico contra **O Radical**, órgano periodístico de la “demagogia de los tenientes”,<sup>3</sup> según sus propias palabras...

Lo que importa es que Caio Prado permaneció en el PCB por el resto de su vida y no fue víctima de las expulsiones de las que fueron objeto varios intelectuales comunistas durante la fase “obrerista” del partido, que se inició precisamente cuando él se afilió.

## Un comunista típico

La historiografía tiende a sobrevalorar el papel que él desempeñó en los albores del partido. Es cierto que el PCB contaba con pocos intelectuales y que entre los que se destacaron con posterioridad, Caio Prado era el miembro más antiguo. Después de él vinieron, entre otros, los escritores Graciliano Ramos y Jorge Amado, el físico Mario Schemberg, el pintor Cândido Portinari y el historiador Nelson Werneck Sodré.<sup>4</sup>

En los años ‘20, los estudiantes asumieron el papel de intelectuales orgánicos del movimiento comunista. Tres de ellos provenían del nordeste: Leôncio Basbaum, Livio Xavier y Mario Pedrosa. Incluso se dio el caso de Erecina Borges de Souza,<sup>5</sup> hija de terratenientes que había estudiado en Suiza antes de ser redactora del diario **A Classe Operária**. Algunos intelectuales, hoy menos valorados por la crítica, ya eran reconocidos por el público y la prensa, como los escritores Affonso Schmidt, Laura da Fonseca e Silva<sup>6</sup> y V. de Miranda Reis.<sup>7</sup>

Lo sorprendente respecto de Caio Prado radica en la firme persistencia de su vínculo con el partido. Podemos examinar la razón de ello en dos fases de la trayectoria de su vida. La primera fue su perenne distanciamiento de las instituciones que modelaron a la intelectualidad brasileña como grupo social.

\* Universidade de São Paulo, Brasil.

<sup>1</sup> Véase antecedentes de Elías García Sánchez, n.º 2.032. DEOPS/SP.

<sup>2</sup> Carta de Caio Prado Junior (CPI), San Pablo, 19 de diciembre de 1932.

<sup>3</sup> Carta de CPI al CR del PCB, 30 de noviembre de 1932.

<sup>4</sup> Siendo oficial superior del Ejército, Werneck Sodré jamás admitió su vinculación con el partido.

<sup>5</sup> Lazar Jeifets, Víctor Jeifets y Meter Huber, **La Internacional Comunista y América Latina, 1919-1943. Diccionario Biográfico**, Ginebra, Institut pour l’Histoire du Communisme, 2004, p. 59.

<sup>6</sup> Se trata de la mujer de Otávio Brandão, quien falleció a causa de una enfermedad en la URSS en 1942. Ella ya había publicado libros antes de casarse con él y de adherir al comunismo.

<sup>7</sup> Astrojildo Pereira, Río de Janeiro, 16 de septiembre de 1926. AEL – Unicamp (Arquivo Edgard Leuenroth - Universidade de Campinas).



## Distanciamiento

Ahora, si bien es verdad que Caio Prado no se mantenía al margen de la cultura comunista de su tiempo y compartía la fe laica en el modelo soviético con su generación —tal como se comprueba en su libro *URSS: Un Mundo Nuevo* (1933)—, también es cierto que incorporó el concepto de intelectual “desclasificado”.

Puede llamar la atención esta descripción de la persona que los medios universitarios consideraron posteriormente el principal historiador brasileño. Sucede que él no formaba parte del cuerpo académico porque, como era militante comunista, su participación estaba prohibida.<sup>8</sup> Si hubiera sido profesor universitario, su labor intelectual habría sufrido las limitaciones propias de la investigación académica.

Tampoco contaba con un lugar pleno en el partido. Era admirado como intelectual por muchos comunistas, pero no al punto de que sus ideas fueran adoptadas por la dirección. El tema del “feudalismo en Brasil”, discusión clásica no únicamente en la historiografía sino especialmente al interior de la izquierda hasta 1964, opuso a la totalidad de los dirigentes comunistas a las posiciones aisladas de Caio Prado Júnior, quien jamás admitió la hipótesis de que la economía colonial hubiera tenido un carácter feudal.

El fundador del PCB, Astrojildo Pereira, en una extensa y violenta crítica a la obra filosófica de Caio Prado jamás publicada, manifestó, basándose en Andréi Zhdánov, que Caio “al querer parecer más marxista que Engels (e incluso que Marx...) lo que en realidad hace es intentar un revisionismo anti-marxista”.<sup>9</sup> El *revisionismo* era el típico defecto que se le atribuía en los años cincuenta, tal como lo demuestra una crítica escrita por el editor comunista Calvino Filho.<sup>10</sup>

A pesar de ello, su relación con el partido estaba influida por el prestigio y los recursos financieros que aportaba. Si bien esto no explica la aceptación inicial que tuvo en el partido, porque aún no era el “gran intelectual” que sería después de los años '40, ocupaba la posición del hijo comunista de la aristocracia paulista, muy bien relacionado con los medios artísticos y culturales de la época.

Después de graduarse en la Facultad de Derecho, frecuentó como alumno la carrera de Historia y Geografía de la Universidad de São Paulo (USP). No sólo se acercó mucho a algunos profesores de la Misión francesa que ayudó a crear esta universidad, sino que también participó activamente de las publicaciones académicas de Geografía. Asimismo, tuvo una activa participación en el Club de

Artistas Modernos junto a su hermano Carlos, que era pintor. Así se explica que incluso cuando era mal visto por muchos comunistas, ocupó una posición destacada en 1935 como vicepresidente regional de la Alianza Nacional Libertadora (ANL) en San Pablo, órgano cuyo presidente honorario era Luiz Carlos Prestes.

Caio Prado representó en ese organismo la línea política del PCB y se involucró en múltiples actividades públicas. La ANL fue una organización de masas que contó con cerca de 300 mil partidarios. Si bien los datos acerca de su composición son escasos, la ANL contaba con una importante participación obrera. En el Distrito Federal (Río de Janeiro), el 52% eran obreros o soldados y, entre los 412 presos de la ANL en San Pablo, el 65% eran obreros.<sup>11</sup>

Caio también tuvo el bautismo de fuego de los comunistas. Preso político del régimen dictatorial de Getúlio Vargas, salió de prisión gracias a una amnistía y en 1938 partió para Europa. Cuando regresó, se involucró en la reorganización del PCB. Fue otro de los momentos en que estuvo a punto de romper con el partido, pero no lo hizo.

El partido había dejado de existir alrededor de 1941. En diversas partes de Brasil se habían articulado grupos que reclamaban para sí la continuidad del PCB. La corriente que predominó contó obviamente con el apoyo de Luiz Carlos Prestes, pero Caio Prado Júnior no formaba parte de ella. Tenía otra visión de la política nacional y se oponía a que el PCB se aproximara a Getúlio Vargas bajo la idea del antifascismo internacional.

Muchos comunistas creían que también era necesario combatir el “fascismo nacional” y, en consecuencia, rompieron con el partido. Caio Prado aceptó la corriente dominante y, contrariamente a lo que hicieron muchos de sus camaradas de los Comités de Acción en San Pablo (la corriente a la que pertenecía), permaneció en el partido.

Él se mostraba como un fiel militante. Edgard Cavalheiro relata que en el Congreso Brasileño de Escritores que se llevó a cabo en las postrimerías del Estado Novo (1937-1945) y que contó con la presencia de muchos comunistas, Caio Prado Júnior lo tildó de trotskista.<sup>12</sup> Pero al mismo tiempo, cuando en 1945 alguien le preguntó a Prestes si consideraba que Caio Prado Júnior era un buen marxista, él respondió: “los buenos marxistas brasileños están en nuestro Comité Central”.<sup>13</sup>

Aún así, en 1945 y al año siguiente él participó de dos campañas electorales y resultó electo diputado estadual constituyente por San Pablo. En 1946, uno de los periódicos del PCB anunciaba el “brillante discurso del diputado Caio Prado Júnior” contra el impuesto a las ventas y consignaciones, y a favor del aumento al impuesto a la tierra.<sup>14</sup>

<sup>8</sup> Él intentó algunas veces ingresar a la Universidad de São Paulo. A este respecto, véase: Lincoln Secco, *Caio Prado Junior: o Sentido da Revolução*, San Pablo, Boitempo, 2008.

<sup>9</sup> Astrojildo Pereira. Sin título. fl. 19. También copia dactilografiada con modificaciones: Astrojildo Pereira, Notas al margen de un libro de Caio Prado Júnior. Cedem, Unesp, Arch A 2, 6 (1)-13.

<sup>10</sup> Calvino Filho, “O revisionismo econômico que revive”, en *Novos Tempos*, Río de Janeiro, n° 1, septiembre de 1957.

<sup>11</sup> Robert Levine, *O Regime de Vargas: os Anos Críticos 1934-1938*, Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1980, p.111.

<sup>12</sup> Nelson Werneck Sodré, *Memórias de um escritor*, s/L., Ottoni, 2011, p. 286.

<sup>13</sup> Osvaldo Peralva, *O Retrato*, Porto Alegre, Globo, 1962, p. 248.

<sup>14</sup> *Hoje*, San Pablo, 19 de junio de 1946.

Apoyado en el conocimiento que tenía sobre las prácticas comerciales, la administración de las estancias productoras de café de su familia y los múltiples viajes por el interior de Brasil, el objetivo de su actividad como parlamentario eran los problemas concretos y bien definidos, sin discursos grandilocuentes a favor del socialismo.

Él consideraba que la fidelidad a Brasil se anteponía a los compromisos teóricos. Nunca abandonó el PCB porque creía que, a pesar de todo, era una asociación al servicio de los intereses nacionales, como declararía más tarde. Cuando el partido se dividió violentamente en dos alas después del XX Congreso del Partido Comunista Soviético, Caio Prado prácticamente ignoró el tema y continuó ocupándose de la política nacional.

La aproximación del PCB a los gobiernos que sucedieron a Getúlio Vargas lo volvió aún más crítico. Por un lado, a principio de la década del 60 comenzó a cuestionar la postura de los comunistas de apoyar una revolución nacional cuya base social sería la burguesía:<sup>15</sup> “Ella no tiene intereses propios y específicos, como clase, que la lleven a oponerse al imperialismo. (...) En síntesis, no se podrá contar con la burguesía brasileña como fuerza propulsora de la revolución agraria y nacional”.<sup>16</sup>

Por otra parte, él no proponía la socialización inmediata de los medios de producción: “Estoy plenamente de acuerdo (...) que, en las condiciones actuales de Brasil, no es posible socializar los medios de producción, (...). Acepto entonces la posibilidad de la evolución y desarrollo de la economía sobre una base de naturaleza capitalista (...). Entre lo acertado de reconocer la impracticabilidad inmediata de la revolución socialista en Brasil y la afirmación de que esa impracticabilidad guarda alguna relación con el carácter progresista del desarrollo capitalista entre nosotros (...) hay un abismo de incompreensión (...)”.<sup>17</sup> La burguesía brasileña no era una fuerza revolucionaria como afirmaban las tesis del partido y, por lo tanto, el desarrollo económico debería ser limitado por una política emanada de otros estratos sociales.<sup>18</sup>

Destituido de un *lugar* (aunque integraba las bases del partido comunista) y dueño de una excelente formación intelectual (debido a su origen de clase), él pudo ir más allá de sus pares (tanto de los del partido como de los de la universidad). En consecuencia, no es el talento individual lo que lo explica, sino la *convergencia con su distanciamiento involuntario y permanente de las instituciones*.

## Persistencia de la lectura

La segunda fase que moldea su vida intelectual es la interpretación resiliente de la historia brasileña. En 1932 escribió: “dadas las condiciones en Brasil, no hay espacio para una revolución burguesa, porque nuestro *régimen* aquí ya es burgués”.<sup>19</sup> Para él, la burguesía siempre comandó el sistema productivo, ya sea representada por los hacendados o por los industriales.<sup>20</sup>

¡En sus varios libros y artículos escritos desde 1933 la idea fue siempre la misma!

Sin embargo, fue el libro *La Revolución Brasileña* (1966) el que lo puso en el centro del debate político. Él reafirmó la lectura de la historia de Brasil a partir del sistema capitalista internacional. Pero eso era algo muy común en otros libros del autor. ¿Qué había cambiado?

Lo más importante fue la coyuntura. El golpe del 1 de abril de 1964 que instaló la dictadura militar sacó a Caio Prado Júnior de la marginalidad política en el interior de la izquierda y le brindó más respaldo a sus tesis.<sup>21</sup> La Unión Brasileña de Escritores (Premio Juca Pato) lo nombró intelectual del año en 1966.

Las alusiones a la evolución política reciente del país convirtieron al libro en documento político de ajuste de cuentas con el PCB. El autor atacó duramente la adhesión del PCB a los grupos dominantes (desde el gobierno de Kubitschek hasta el de João Goulart) y no perdonó la concepción de la historia brasileña dominante en el partido. Siguió siendo crítico del gobierno de João Goulart por actitudes que consideraba demagógicas, como la expropiación de tierras al costado de los caminos, hecha sin ningún propósito.

## Intelectual público

La obra contó con dos ediciones en el mismo año en que se publicó y otras en 1968, 1972, 1977 y 1978. Se tradujo de inmediato al castellano y se presentó en Argentina con prólogo y traducción de Rodolfo Puiggrós (que tradujo bajo el seudónimo de Alfredo Cepeda).<sup>22</sup> En una carta a Caio Prado, Puiggrós le reconoce en el libro una posición creativa en el seno del marxismo.<sup>23</sup> El libro *Formación del Brasil Contemporáneo* (1942) se tradujo en Estados Unidos en los años '60.

<sup>15</sup> En un libro escrito en ese año, él propugnaba alianzas de clase que incluían “la burguesía industrial y comercial libre de compromisos para con el imperialismo y el capital financiero internacional”. Caio Prado Jr., *Diretrizes para uma política econômica brasileira*, San Pablo, Urupês, 1954, p. 236.

<sup>16</sup> Fue lo que él escribió en la crítica a las Tesis del V Congreso del PCB, una serie de cinco artículos en la Tribuna de Debates abierta por el Partido Comunista en 1960 para redefinir su línea política. Cfr. Caio Prado Júnior, “As Teses e a Revolução Brasileira”, en *Novos Rumos. Tribuna de Debates*, 22 al 28 de julio de 1960.

<sup>17</sup> *Ibid.*, 8 al 14 de julio de 1960.

<sup>18</sup> *Ibid.*, 15 al 21 de julio de 1960.

<sup>19</sup> Carta de Caio Prado Junior al CR del PCB, 30 de noviembre de 1932.

<sup>20</sup> Carta de Caio Prado Junior a Francisco de Borja (seudónimo), San Pablo, 26 de mayo de 1932.

<sup>21</sup> Marco A. Garcia, “Um ajuste de contas com a tradição”, en Maria A. D’Incao (org), *História e Ideal: ensaios sobre Caio Prado Jr.*, San Pablo, Brasiliense, 1989, p. 273.

<sup>22</sup> Caio Prado Jr., *La Revolución Brasileña*, Buenos Aires, Peña y Lillo, 1968.

<sup>23</sup> Carta de Rodolfo Puiggrós a CPJ, 6 de marzo de 1968. Toda la correspondencia citada aquí fue consultada en el acervo de Caio Prado Júnior en el IEB-USP (Instituto de Estudios Brasileños de la Universidad de São Paulo).



La principal crítica que sufrió **La Revolución Brasileña** se basaba en la falta de adecuación que había entre el análisis económico e histórico y la ausencia de un programa político. Sin duda, había un cuestionamiento de las alianzas del PCB con la así denominada burguesía nacional. Pero a la “correcta” elaboración del discurso histórico no le correspondía una adhesión a cualquier tendencia política a la izquierda del PCB. André Gunder Frank, por ejemplo, dijo que el análisis de Caio Prado era correcto pero que la expresión política era “reformista y revisionista”.<sup>24</sup>

Cuando Caio Prado fue a la Asociación de la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de la USP, donde brindó una conferencia sobre **La Revolución Brasileña** y una polémica entrevista, los alumnos no estuvieron de acuerdo cuando él manifestó que el carácter de la revolución no se podría definir *a priori*. La joven Lara Lavelber<sup>25</sup> disintió y apuntando al disertante con el dedo exclamó:

— ¡La Revolución Brasileña es socialista!  
—Es su punto de vista — concedió Caio Prado Júnior, amablemente. —Existen otros puntos de vista.<sup>26</sup>

Pero no por ello su obra dejó de ser una de las pocas lecturas de quienes defendían la lucha armada en aquel período.<sup>27</sup>

Curiosamente, el reclamo de un programa político provenía tanto de la extrema izquierda como de los comunistas del partido. Marcos Tavares Coelho (bajo el seudónimo de “Assis Tavares”) también lanzó críticas que luego fueron respondidas por el autor.<sup>28</sup> Como pudieron notar los lectores que se encontraban tanto a su izquierda como a su derecha, es posible que hubiera planteado un problema sin solución. Es decir, las fuerzas de izquierda de aquella coyuntura no contaban con los medios ni las fuerzas para conducir una alternativa al fascismo militar.

En aquella situación, el reconocimiento político tardío que obtuvo no servía más para reorientar la política del PCB, que ya estaba derrotado. Pero tampoco era suficiente para ser aceptado por la nueva izquierda. En el primer caso, le sobraba radicalización y en el segundo, le faltaba adoptar una táctica de lucha armada. Por lo tanto, siguió siendo un militante solitario, rodeado únicamente de amigos que colaboraban con él en su estrecho círculo comunista de San Pablo o en la **Revista Brasiliense**, que él editó hasta 1964. Después del golpe militar, fue prohibida.

Cabe destacar que dentro de la primera generación de intelectuales comunistas, Caio Prado Júnior fue el único que se mantuvo fiel al partido y produjo una obra original. Muchos de los que rompieron continuaron pensando como el partido. Por su parte, Caio Prado,

que nunca rompió con el partido, divergía bastante de los lineamientos partidarios. Al partido nunca le interesó expulsarlo, aun cuando la hipótesis se haya barajado en algunas ocasiones. Y en cuanto a Caio Prado Júnior, cuando sus prácticas políticas se aproximaron a la ruptura, él se refugió en la disciplina partidaria.<sup>29</sup>

[Traducción del original en portugués por Marcela Andrés]

<sup>24</sup> André Gunder Frank, carta a CPJ, Montreal, 24 de noviembre de 1967.

<sup>25</sup> Ella era alumna de la carrera de Psicología y, por aquel momento, militaba en la POLOP (en portugués: Política Operária). Más tarde se unió al Capitán Carlos Lamarca en la lucha armada y fue asesinada por la represión.

<sup>26</sup> Judith Lieblich Patarra, *Iara*, Río de Janeiro, Rosa dos Tempos, 1992, p.154.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p.302.

<sup>28</sup> Marco Antônio Tavares Coelho, “A polémica com Caio Prado Júnior há quarenta anos”, Seminario organizado por la Universidad Federal de Rio de Janeiro (UFRJ), 8 y 9 de octubre de 2007.

<sup>29</sup> Más detalles al respecto en Secco, *Caio Prado Júnior: O Sentido da Revolução*, *op. cit.*

## Extractos de un *racconto* biográfico

# El itinerario político de Pablo Neruda entre 1937 y 1966

David Schidlowsky\*

Pablo Neruda es, sin lugar a dudas, uno de los poetas más importantes de la literatura universal del siglo XX, siglo de luces y de enormes sombras. Su obra y su vida han tenido y siguen teniendo una enorme influencia literaria y política que sobrepasa los márgenes de su país o los del continente americano. Una de las incógnitas más grandes de la vida de este artista es su relación con el mundo comunista, en todas sus facetas y desarrollos. Este artículo busca centralizar en lo posible su *racconto* biográfico y posibilitar una visión amplia de esta relación, buscando su origen y desarrollo.

La biografía del poeta chileno muestra que su transformación en un intelectual con posiciones políticas definidas solo se logró en Europa. Contrariamente a la mayoría de los miembros “normales” del comunismo chileno, Neruda no ingresó al partido comunista de su tierra natal y no escaló desde ahí los peldaños de la jerarquía comunista. El motivo de su acercamiento y de su ascensión a ser uno de sus intelectuales más conocidos del mundo comunista, fue la consecuencia natural de una combinación de factores externos: su encuentro con los intelectuales españoles durante la Segunda República, cuando ocupó diversos cargos consulares en Barcelona y Madrid entre mayo de 1934 y noviembre de 1936, el comienzo de su relación con la comunista argentina Delia del Carril, el impacto de la Guerra Civil Española y el asesinato de Federico García Lorca, como también su trabajo para el II Congreso de Escritores para la Defensa de la Cultura.

Neruda ingresó oficialmente al Partido Comunista de Chile (PCCH) en 1945, pero su acercamiento al movimiento fue anterior. Pocos meses después del comienzo de la Guerra Civil Española, sale de Madrid y viaja, a comienzos de 1937, a París. Se separa de su mujer e hija y pasa a vivir junto a la artista argentina Delia del Carril, quien le presenta a intelectuales que viven en la capital francesa, como Louis Aragon y Paul Eluard. Como Neruda no recibía salario del Ministerio, ya que no tenía un puesto consular, y sin otras entradas monetarias, comienza a trabajar en la Asociación Internacional de Defensa de la Cultura, dirigida por Aragón. Pasa entonces a ser uno de los organizadores para América Latina del II Congreso de Escritores para la Defensa de la Cultura. En nombre de esta Asociación invita a organizaciones y personalidades del continente,

deseando, en cartas que envía a Juan Marinello, Nicolás Guillén u Octavio Paz, que la representación de “nuestra América sea las más importante”.<sup>1</sup> Paralelo a este trabajo, Neruda publica junto con la poeta, publicista y editora inglesa Nancy Cunard, también simpatizante comunista, la revista **Los Poetas del Mundo Defienden al Pueblo Español** (también bajo el nombre **Les Poètes du Monde Défendent le Peuple Espagnol**). En los seis números que tuvo la revista, se publicaron mayoritariamente autores comunistas o simpatizantes, como Rafael Alberti, Raúl González Tuñón, Nicolás Guillén o Randall Swingler.<sup>2</sup> Los poemas publicados se encontraban a su vez dentro de los márgenes de las propuestas ideológicas de la Tercera Internacional (Komintern), particularmente en cuanto al énfasis en la lucha antifascista y la creación de Frentes Populares.

La cúspide de este proceso de acercamiento de Neruda al movimiento comunista y de su aceptación como uno de los “nuestros”, es su participación en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, efectuado en julio de 1937 en París, Valencia, Madrid y Barcelona. En este congreso, que reunió a delegaciones de veinte y siete países que viajaban de una ciudad a la otra, Pablo Neruda es nombrado miembro de la Presidencia, junto con André Malraux, Julien Benda, Ludwig Renn, Mikhail Koltzov, Alexis Tolstói, Martin Andersen Nexø, Wystan Hugh Auden, Antonio Machado y José Bergamín.<sup>3</sup> En ese tiempo, la mayoría eran autoproclamados marxistas o cercanos al movimiento comunista y la Tercera Internacional. Para Neruda esta participación es de gran importancia. Por primera vez es miembro de la Presidencia en un congreso mundial. Entra en contacto con una organización ideológica que lo respalda y apoya. Su papel no es ideológico, pero pertenece a gremios donde se toman medidas para la lucha. Se encuentra próximo al movimiento comunista que lo trata como uno de los suyos. Es a su vez elegido como miembro del *bureau* de la Asociación Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, decisión adoptada a fines del Congreso. No olvidemos, todo esto siendo Neruda aún Cónsul, sin puesto fijo, pero ofi-

\* Investigador independiente, Berlín, Alemania.

<sup>1</sup> Ángel Augier, **Pablo Neruda en Cuba y Cuba en Pablo Neruda**, La Habana, Unión, 2005, pp. 18-19.

<sup>2</sup> Rafael Osuna, **Pablo Neruda y Nancy Cunard: Les Poètes du Monde Défendent le Peuple Espagnol**, Madrid, Orígenes, 1987, pp. 21-39 y 80.

<sup>3</sup> Manuel Aznar Soler y Luis Mario Schneider (eds.), **II Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura**, Valencia, Conselleria de Cultura, 1987.



cialmente dependiendo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, que le pedía mantener neutralidad política.

Con esta experiencia, sumada a su lograda fama y prestigio internacional, vuelve a Chile a fines de 1937, y desde entonces es considerado por el PCCH como uno de los suyos, aun cuando tanto él como el partido negarán una pertenencia oficial. Para los comunistas chilenos, entonces aislados políticamente, esta táctica era valiosa en tanto facilitaba que a través de Neruda se acercaran al partido una serie de intelectuales amigos. Neruda vuelve a Chile como el “comunicador de una epopeya, el portavoz de un drama universal, el anunciador de un peligro *ad portas*”, como lo describirá años más tarde el miembro del PCCH y futuro secretario general, Volodia Teitelboim.<sup>4</sup>

Después de participar en la política local apoyando al candidato del Frente Popular con participación del PCCH, Pedro Aguirre Cerda, quien asume su puesto a fines de 1938, Neruda es nombrado en 1939 Cónsul Particular para la Emigración Española en París. Con este cargo logra llevar a Chile cerca de 2000 refugiados, en su mayoría comunistas, quienes lograron con su ayuda huir de Europa cuatro semanas antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Esta hazaña ayudará a fomentar la fama de Neruda en su país y dentro del movimiento comunista mundial. Después de un breve intermedio en Chile, es nombrado, en junio de 1940, Cónsul General de Chile en Ciudad de México, asumiendo su puesto en agosto del mismo año.

## México

Durante la estadía en México entre 1940 y 1943, Neruda tendrá una actuación pública que siempre se mantendrá dentro de los márgenes de la política soviética, a pesar de que su cargo consular lo obligaba a mantener una actuación neutral.<sup>5</sup> Esto puede percibirse tanto en su actuación política como en su programa literario. Ejemplos de lo primero es la ayuda que Neruda prestó al muralista mexicano David Alfaro Siqueiros a salir de la cárcel y viajar a Chile. Siqueiros estaba preso por haber participado en mayo de 1940, junto a un grupo de ex combatientes de la Guerra Civil Española, en el primer atentado a León Trotsky. El propio Siqueiros disparó contra el lecho donde supuestamente dormían Trotsky y su esposa, sin lograr asesinarlo. Trotsky morirá después de un segundo atentado, el mismo día que Neruda asume sus funciones. Debido a la ayuda prestada a Siqueiros, Neruda es suspendido de su cargo por un mes, bajo la argumentación de haber reincidido en una falta administrativa al visar el pasaporte de Siqueiros sin autorización ministerial.<sup>6</sup> En el mismo sentido pueden considerarse sus caracterizaciones sobre la Segunda Guerra Mundial. Si en 1939 Neruda definía el comienzo de gue-

rra europea como promovida por los comerciantes e imperialistas que impedían al pueblo obtener sus libertades y a su vez justificaba las medidas “defensivas” de la URSS (el Pacto Ribbentrop-Molotov sobre la partición de Polonia y la declaración de la países bálticos como zonas de interés soviético),<sup>7</sup> con el comienzo de la Operación Barbaroja y la invasión de la Alemania nazi a la URSS, se convierte en portavoz de una campaña de apoyo y solidaridad que pone fin a su silencio sobre lo que ocurría en Europa.

En estos años, Neruda vuelve a escribir poemas y artículos combatientes y políticos, como había ocurrido durante la Guerra Civil Española, que se publicarán en México, Chile y otros países del continente americano. “7 de noviembre. Oda a un día de victoria”, “Canto a Stalingrado” y “Nuevo canto de amor a Stalingrado” son ejemplares en este sentido. También lo es el artículo “Zweig y Petrov”, donde resalta la heroica lucha soviética contra los nazis, contraponiendo el escritor Jewgeni Petrov, que muere como corresponsal de guerra, a la “cobardía” de Stefan Zweig, cuyo suicidio, afirma Neruda, personifica la “muerte de un hombre que no tiene qué hacer sobre la tierra en momentos de grandes tareas”.<sup>8</sup> Al mismo tiempo, su paso por México y la intensificación de la lucha política aceleran un proceso de toma conciencia de América, cuyo mayor ejemplo es el poema “América no invoco tu nombre en vano”, el último escrito antes de salir de México, que luego formará parte de **Canto General**, el libro cúspide de este proceso.

## Chile

Con el término, en 1943, de su cargo consular en México, Neruda manifiesta en varias ocasiones su deseo de dedicarse a la política. Así lo hace en Chile, donde pronuncia discursos y participa en manifestaciones hasta ser elegido senador de la República en marzo de 1945, y finalmente, ingresar oficialmente al PCCH en julio del mismo año. En su trabajo parlamentario, Neruda se integra a la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, dedicándose a temas como el fascismo, las relaciones con la URSS y la situación en Europa. Con el comienzo de la Guerra Fría y merced a su influencia en la vida política de Chile, Neruda se transforma en uno de los más fuertes adversarios del Presidente chileno Gabriel González Videla. Como en toda su vida política, también en esta época pone su discurso al servicio de la causa del PCCH y la URSS y asume públicamente sus, en ocasiones polémicas, posiciones en la Guerra Fría.<sup>9</sup> La confrontación de Neruda con González Videla, acentuada por tres discursos del poeta en el Senado y un artículo publicado en Caracas (la cono-

<sup>4</sup> Volodia Teitelboim, *Antes del olvido. Un muchacho del siglo XX*, Santiago de Chile, Sudamericana, 1997, p. 369; David Schidlowky, *Pablo Neruda y su tiempo. Las furias y las penas*, 2 tomos, Santiago de Chile, RIL, 2008, pp. 351-2.

<sup>5</sup> Schidlowky, *ibid.*, pp. 470-574.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 476-533

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 455

<sup>8</sup> Pablo Neruda, “Zweig y Petrov”, en *Repertorio Americano*, año XXIII, n° 964, San José de Costa Rica, 12 de septiembre de 1942.

<sup>9</sup> Un ejemplo: al romper Chile relaciones con la URSS el ex embajador chileno no recibe los salvoconductos para que su familia pueda salir de Moscú, debido a que su hijo estaba casado con una ciudadana soviética y las leyes soviéticas prohíben a sus ciudadanos casarse con extranjeros y abandonar el país. Para Neruda, el hijo del embajador chileno estaba obligado a conocer, respetar y cumplir la legislación interna soviética. Por lo tanto la nueva del embajador no podía obtener ciudadanía chilena ni optar por fuero diplomático. Cfr. Schidlowky 2008, *op. cit.*, p. 715

cida “Carta íntima para millones de hombres”),<sup>10</sup> lleva a que el gobierno chileno eleve a la justicia una petición de desafuero por infringir la Ley de Seguridad Interior del Estado e injuriar al Presidente y por denigrar a Chile en el exterior. El miedo a que fuera tomado preso obliga a que el PCCH ayude a Neruda a vivir en la clandestinidad a partir de febrero de 1948. Más tarde, el partido mismo será declarado ilegal (30 de septiembre de 1948). La noticia divulgada por el mundo sobre un poeta perseguido por el Gobierno chileno fomenta la fama de Neruda, tanto en la izquierda comunista del mundo occidental como en los países comunistas. En marzo de 1949 logra huir a Buenos Aires y después a París.

## Exilio

El exilio del poeta chileno comienza con su imprevista aparición en el Congreso Mundial de la Paz efectuado en la capital francesa en abril de 1949, mientras en Chile seguía siendo buscado por la policía local. El Congreso Mundial de la Paz fue organizado por el Consejo Mundial por la Paz, una organización financiada por el bloque soviético y de la que Neruda será nombrado miembro en ese momento. Este exilio, que duró hasta 1952, se caracterizó por su obligado distanciamiento de la vida cotidiana chilena, el regreso a una intensa vida literaria, viajes por el mundo, el conocimiento de los países socialistas y el apoyo público a su política. Es entonces cuando Neruda se convierte en uno de los más importantes intelectuales comunistas, aun cuando conocía de cerca lo que acontecía en la URSS en esos mismos años.

Los viajes y estadias en los países socialistas se multiplican, así como los poemas y las declaraciones de apoyo a la política de Stalin. Por esa época, además, recibe los dos premios más importantes del mundo comunista. El primero en noviembre de 1950, el “Premio Internacional de la Paz” —anunciado en Varsovia durante el Segundo Congreso Mundial de la Paz— le es otorgado por el poema “Que despierte el leñador”. Publicado en 1948 (más tarde, con pequeñas modificaciones, formará parte de *Canto General*), el poema es un homenaje a Stalin en el plena Guerra Fría, ataca la política norteamericana y la contraponen a Abraham Lincoln, un ejemplo para la esperanza de un “despertar” pacífico de los Estados Unidos.<sup>11</sup>

El segundo, el “Premio Stalin por el Fortalecimiento de la Paz entre los Pueblos”, le fue concedido en 1953, cuando ya había terminado su exilio. Neruda relata en sus memorias que Stalin mismo, poco antes de su muerte, lo ayudó a recibir este premio, ya que en 1952, enterado del nombre de los galardonados, preguntó por qué Neruda, que pertenecía al jurado, no estaba entre los premiados. Alertado sobre esta inquietud, Neruda no asiste a las

sesiones del Jurado para el año 1953 “debido a haberse encontrado con su salud resentida”.<sup>12</sup>

En sus viajes, Neruda asume en diversas ocasiones la política y propaganda soviética. En septiembre de 1949 participa en México del Congreso Continental Americano por la Paz, junto a 1500 delegados de casi todos los países americanos. Su discurso es uno de los puntos culminantes del encuentro y será traducido y difundido en cerca 20 países. Por el lado político, allí acepta que hay dos fuerzas principales que operan en la política mundial, el imperialismo antidemocrático bajo la tutela de los Estados Unidos y las fuerzas anti-imperialistas y democráticas encabezadas por la URSS, dejando en claro su posición en favor de esta última. Por el lado cultural, muestra su acercamiento a la hegemonía cultural zhdanovista y al “realismo socialista”, lo que lo lleva a rechazar partes importantes de su propia obra temprana. Tampoco faltan las críticas a Jean-Paul Sartre, al “silencio cómplice” de John Steinbeck y Ernest Hemingway y a la novela *Los días terrenales*, del escritor mexicano José Revueltas (quién se había retirado del PC mexicano por su esquematismo y oportunismo), un libro que, según Neruda, contenía un “misticismo destructor que conduce a la nada y la muerte”, esto a pesar de que en los años 40 él mismo consideraba a Revueltas como una de las figuras literarias más importantes de México.<sup>13</sup>

Una visita a Guatemala, en abril de 1950, le sirve a Neruda para volver a demostrar su acuerdo con las medidas soviéticas dentro de los parámetros del zhdanovismo: su aprobación de la crítica al compositor soviético Dmitri Shostakóvich o del destierro cultural de Boris Pasternak, la necesidad de un realismo en la cultura o de utilizar los parámetros del “realismo socialista”. A su

<sup>10</sup> La carta se publicó originalmente bajo otro nombre. Cfr. Pablo Neruda, “La crisis democrática de Chile es una advertencia dramática para nuestro continente”, en *El Nacional*, Caracas, 27 de noviembre de 1947. Al difundirse por el continente americano se tituló “Carta íntima para millones de hombres”.

<sup>11</sup> Schidlowsky 2008, *op. cit.*, p. 751.

<sup>12</sup> El culto a la persona de Stalin llegará a su cúspide con la muerte del dictador soviético en 1953. Neruda le dedica un extenso poema, “En su muerte”, que será parte de su libro *Las uvas y el viento*. Contrariamente a lo que afirma el poeta chileno en *Confieso que he vivido* (“dediqué uno sólo de mis poemas a esa poderosa personalidad” (Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix Barral, 1994 [1974], p. 415), al analizar la poesía política nerudiana queda claro que desde sus comienzos Stalin es un motivo importante en su poemas y está presente en los libros *Tercera residencia*, *Canto General* y *Las uvas y el viento*. [Cfr. Schidlowsky, *op. cit.*, 878-80]. Al recibir el Premio Stalin por la Paz en 1953, después de la muerte del dictador soviético, declara en una entrevista al diario *El Siglo*: “No puedo olvidar que esta recompensa por la paz lleva el nombre de Stalin, lo que es una responsabilidad nacional e internacional” (Cfr. “Premio a Neruda honra a Chile”, en *El Siglo*, Santiago de Chile, 22 de diciembre de 1953. Durante el homenaje oficial del PCCH por el premio, Neruda contesta con un discurso reviviendo y mostrando su admiración por la figura de Stalin, “el hombre sencillo que contemplaba el desfile de su pueblo” (Cfr. “Neruda dijo: Los mensajes de la poesía y la paz son los que pueden alcanzar más profundamente a la humanidad”, en *El Siglo*, Santiago de Chile, 18 de enero de 1954).

<sup>13</sup> Tanto la crítica de Neruda como la de otros marxistas llevó a que Revueltas retirara su obra de las librerías de su país. Años más tarde, después de visitar los Estados Unidos para participar en las reuniones del PEN Club, Neruda visita Cuidad de México y se reencuentra con Revueltas. En casa del periodista y escritor Javier Wimer, el poeta Eduardo Lizalde y Revueltas mantienen una conversación con Neruda, de camarada a camarada, donde tratan de convencerlo de no “seguir engañándose y engañando, conociendo muy bien como estaba la URSS y que debía, basado en su gran prestigio intelectual y moral, denunciar la existencia criminal de los gulags, de la persecución sin fondo de los disidentes, de la falta asfixiante de libertades y de la economía maltrecha de las repúblicas”. Pero Neruda no acepta las razones y seguirá manteniendo su posición pública de apoyo incondicional a la Unión Soviética hasta el resto de sus días. Cfr. Schidlowsky 2008, *op. cit.*, pp. 563; Marco Antonio Campos, “Los días terrenales de Revueltas”, en *La Jornada Semanal*, México, 11 de junio de 2000.

vez acusa a André Malraux y Arthur Koestler de haberse “vendido” al oro de *Reader Digest*.<sup>14</sup>

En marzo de 1951, Neruda viaja a la URSS para participar en las reuniones del jurado del “Premio Stalin por la Consolidación de la Paz entre los Pueblos” y junto a Delia del Carril, visitan diversos puntos del país. En Moscú tiene lugar una conversación confidencial. Jorge Amado y su esposa Zelia Gattai, junto a Neruda y su mujer, mantienen un diálogo con un ex general español republicano que vivía en Checoslovaquia. Este se encontraba de visita en la URSS y les narra a puerta cerrada los rumores que corrían en Praga sobre la detención de altos dirigentes del Partido Comunista local y de ministros de Estado.<sup>15</sup> Entre los presos se encontraban Artur London, amigo común de Neruda y Amado, y André Simonem que estuvo exiliado durante la II Guerra Mundial en México, donde conoció a Neruda. Es el comienzo de lo que pasará a la historia como “Proceso de Praga” o “Proceso Slánski”. Estas farsas judiciales, utilizadas ya por Stalin en la URSS desde los años 30 contra toda oposición a su gobierno, se utilizarán después de la Segunda Guerra Mundial en varios países del hemisferio comunista contra comunistas con un pasado antifascista y luchadores en países occidentales o en la Guerra Civil española. Los procesos eran parte de la política estaliniana de limpiar los regímenes de elementos “no leales” y de hacer una purga en los partidos comunistas de aquellos que venían de familias judías. Para muchos observadores quedó claro el carácter antisemita de los procesos, donde las acusaciones eran de hacer espionaje en beneficio del occidente, ser traidoreros, trotskistas y sionistas. De los catorce acusados en Praga, once son condenados a pena de muerte y asesinados.<sup>16</sup> Neruda nunca se refirió a estas experiencias en sus memorias, donde solo menciona que los crímenes de Stalin fueron “revelados implacablemente en el XX Congreso”.<sup>17</sup> En conversaciones privadas, sin embargo, se refirió a aquella época evadiendo el silencio que mantuvo públicamente, tal como lo recuerda el escritor chileno Jorge Edwards, quién sostiene que Neruda le narró que muchos de sus amigos en esos tiempos, poetas, escritores, y artistas, al divisarlo en la calle “cruzaban con paso rápido a la vereda de enfrente y desaparecían. El contacto con una persona que venía del extranjero era demasiado peligroso”.<sup>18</sup>

<sup>14</sup> Conferencia publicada en 1955 (Cfr. Pablo Neruda, *Viajes*, Santiago de Chile, Nascimento, 1955, p.174-199). Cuando en 1958 la Academia Sueca le otorgue a Pasternak el Premio Nobel, y éste lo acepta mediante una carta de agradecimiento, Neruda declara rápidamente en una entrevista que el premio “ponía fin a una ingrata discriminación internacional y premiaba a uno de los grandes valores de la poesía universal”. (citado en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 28 de octubre de 1958). Días más tarde, Pasternak fue obligado por el régimen soviético a enviar una segunda carta, esta vez rechazando el premio debido “al significado que este premio ha tomado en la sociedad a la que pertenece”. Cuando se conoce en Chile la reacción soviética, Neruda cambia de opinión sobre el premio a Pasternak y sostiene que no es justo “que la Academia Sueca premie su discutible novela por razones políticas y no se base en su poesía de preciosa estirpe” (Cfr. Pablo Neruda, “El socialismo puebla de creaciones los nuevos países”, en *El Siglo*, Santiago de Chile, 9 de noviembre de 1958. Si alguien hasta entonces dudaba si las posiciones públicas de Neruda eran propias, este cambio tan brusco justificó a aquellos que sostenían que solo opinaba según las directivas soviéticas. Obviamente le costará años al poeta liberarse de esta impresión y mejorar su reputación, sobre todo en los países occidentales.

<sup>15</sup> Zelia Gattai, *Jardín de Inverno*, Companhia das Letras, 1988, pp. 112-114

<sup>16</sup> Schidlowsky 2008, *op. cit.*, pp. 826-27.

<sup>17</sup> Neruda, *Confieso que he vivido*, *op. cit.*, pp. 411-415.

<sup>18</sup> Jorge Edwards, *Adiós, poeta*, Barcelona, Tustquets, 1990, p. 230; Schidlowsky, *op. cit.*, p. 828.

Durante una visita a Berlín Oriental en agosto de 1951 para participar en el Festival de la Juventud, nuevamente demostrará Neruda su admiración por la literatura soviética y el realismo socialista. En una conferencia ensaya una comparación con la literatura de los Estados Unidos, la que, según Neruda, “en su germen contiene un carácter criminal como expresión del crimen y del sufrimiento en el imperialismo”, mientras que la literatura soviética muestra el “cuadro de seres humanos felices con una fuerte confianza en el futuro”.<sup>19</sup>

## Chile

A mediados de septiembre de 1952 Neruda vuelve a Chile, después de que el presidente Gabriel González Videla indultara a las personas que, como él, se hallaban procesadas por delitos políticos. Su vuelta a Chile y la fama que le ha otorgado el mundo comunista durante su exilio, es el crédito moral que tiene para difundir sus posiciones políticas, o las de su partido, sin la necesidad de ser un miembro activo en la lucha cotidiana, como en los años 40. Como en su vuelta de 1937, ayuda a su partido a salir del aislamiento político en que se encontraba desde su prohibición en 1948. La cultura es el arma de influencia más poderosa que tiene el PCCH y Neruda está en su centro. Participa en la campaña para las elecciones presidenciales apoyando la candidatura de Salvador Allende, la primera de sus diversas postulaciones antes de las elecciones en 1970.

También en esta época Neruda continuará la política del PCCH de apoyo público e incondicional a las decisiones de la URSS. En una entrevista (efectuada el 11 de octubre de 1952), muestra su profundo compromiso con lo que sucede en la URSS, ya sea en la política como en el arte. Acusa al arte moderno de ser cosmopolita y de no contribuir a la formación y construcción del porvenir. Justificando su posición, ataca a escritores como William Faulkner (uno de los novelistas “llenos de perversidad”) y T. S. Eliot (“falso místico reaccionario que dispone de un cielo particular para la nobleza británica”), a su vez polemiza contra al premio Nobel (“coronación y premio que da una sociedad agonizante a sus propios enterradores”) —el mismo que le será entregado en 1971— y alaba a los compositores soviéticos que se distancian de las nuevas tendencias musicales europeas (“La música atravesó por una crisis, también en la URSS, tendió a hacerse jero-glífica, atonal, disonante, hermética, difícil y antipopular. Esto venía de la influencia cosmopolita de los maestros europeos, que están matando la música... Los grandes compositores [soviéticos] entregan ahora la totalidad de su esfuerzo a una música ligada con la tradición rusa y con el porvenir de la tierra soviética”).<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Discurso encontrado en Stiftung der Akademie de Künste (SAdK), Berlín Alemania, Archiv des Schriftstellerverbandes (SV), Signatura 210 (neue), Blat, 165-166. Citado en Schidlowsky, *op.cit.* p. 833.

## Época del “Deshielo”

A partir del Segundo Congreso de Escritores Soviéticos efectuado en diciembre de 1954, el comienzo de la época titulada “deshielo” (término derivado de la novela de Ilyá Ehrenburg con el mismo nombre), las posiciones políticas y culturales mantenidas por Neruda hasta entonces cambian según las nuevas directivas soviéticas. El poeta, que estuvo presente en Moscú durante las discusiones de aquel congreso, en una entrevista al diario *El Siglo* del 23 de enero de 1955, explica la nueva apertura en las discusiones dentro del partido soviético. En el campo cultural, subraya, Moscú ha reconocido el derecho a una crítica libre y ha condenado un pasado plagado de “esquematismo” y “liquidacionismo”.<sup>21</sup>

Al llegar a Chile, en febrero de 1955, los primeros ejemplares de su nuevo libro *Odas elementales* (publicado en Buenos Aires en julio de 1954), Neruda sostiene que la base del libro es “la existencia de un vasto mundo socialista... [que] ha logrado... un período de mucha mayor amplitud y felicidad que en períodos anteriores...”.<sup>22</sup> En abril del mismo año, vuelve a distanciarse de sus propias posiciones zhdanovistas de comienzos de los años 50. En un discurso público resalta los problemas que traía el “realismo socialista” y el culto personal a Stalin, con “el empobrecimiento de los hechos y de las vidas a través de una literatura que sólo tenga como objetivo el halago político o el oportunismo”.<sup>23</sup>

Después del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y la publicación del discurso de Nikita Jruschov sobre los crímenes de Stalin, Neruda fue extensamente criticado por su continuo apoyo a Stalin y su política. La respuesta a estas críticas fue publicada en junio de 1956 en la revista *La Gaceta de Chile* como “Carta a los lectores”. Neruda sostiene que la “crítica [de Jruschov] fue adulterada, tergiversada y explotada por las agencias norteamericanas de noticias, y que conciernen en gran parte a problemas internos de la URSS...”.<sup>24</sup>

Meses más tarde, con motivo de los cuarenta años de la Revolución de Octubre, Neruda participa en las festividades en Moscú y escribe un poema titulado “Oda a Lenin” (más tarde integrado a su libro *Navegaciones y regresos*). En este, el poeta ya no se centra en Stalin, que había sido “la madurez del hombre y de los pueblos” (de su poema “En su muerte”<sup>25</sup>), sino en Lenin, que “sostuvo un pacto con la tierra / vio más lejos que nadie”. La influencia de los cambios ocurridos en el mundo comunista después del XX Congreso del PC soviético comienza a dejar también sus huellas

en la poesía nerudiana, aunque no lo llevan a un alejamiento público de la política soviética o la del PCCH.<sup>26</sup> Esto queda claro con motivo de la invasión soviética de Hungría en octubre de 1956. Neruda, que se encontraba fuera de Chile durante los acontecimientos, mantuvo un silencio que solo romperá al volver a Chile mostrando públicamente su apoyo a la intervención soviética. En una entrevista de diciembre de 1956, sostendrá que “agentes imperialistas... dieron dinero y armamentos para destruir la obra socialista” y que “el hecho de que las tropas soviéticas hayan intervenido de nuevo para la liberación de un pueblo... es tan natural como la entrada a Chile de las tropas argentinas de San Martín, que terminó con el imperialismo español en nuestra patria”.<sup>27</sup>

Pero a pesar de esto, y en concordancia con la nueva política cultural de la URSS, se nota un paulatino cambio en las posturas de Neruda. Sigue distanciándose públicamente de sus posiciones anteriores sobre el arte, la literatura e inclusive de sus polémicas contra algunos escritores. Comienza a acentuar en entrevistas que está contra cualquier dogmatismo, fórmula o receta, que cualquier “autor verdadero” no aceptaría. A su vez hace autocrítica: “Yo también fui dogmático... Condené por ejemplo a... Rilke [a quien él mismo había traducido en 1926] y Kafka, sin siquiera conocer su obra... Ahora opino que en las obras de Rilke hay mucho de la más espléndida poesía y que en las obras de Kafka hay mucho de un penetrante y específico realismo. Cometí un error, retrasando la creación artística de artistas a quienes sólo conocía superficialmente”.<sup>28</sup>

El poeta sigue igualmente siendo un miembro leal del PCCH y polemiza públicamente contra aquellos que después del XX Congreso del PCUS y la invasión de Hungría se alejan del movimiento comunista, como Howard Fast, amigo suyo por casi 20 años, quien había criticado la política soviética en Hungría. Neruda califica públicamente a Fast de “niño asustado” y deja en claro que él nunca “dejará de ser comunista” y como tal, luchará por una “sociedad sin clases”.<sup>29</sup>

## Cuba y la mayor ofensa política que recibió Neruda

La relación de Neruda con Cuba tiene diversas facetas. Entre 1940 y 1944, Batista había gobernado la isla en una coalición con participación comunista. Eran los tiempos de los Frentes Populares propagados por la Tercera Internacional. En marzo de 1942, durante su visita a Cuba, Neruda se encuentra dos veces con Batista. Al terminar su período presidencial, en octubre de 1944, viaja Batista por el continente americano llegando a Chile en el mes de noviembre. Es homenajeado por varias organizaciones ligadas al PCCH y en la Universidad de Chile. En este homenaje Neruda alaba a Batista como el “capitán de su pueblo... Capitán de las Islas, salido como la fibra o la greda de

<sup>20</sup> Enrique Bello, “Reportaje a Neruda”, en *Pro Arte*, n° 160, Santiago de Chile, 28 de noviembre de 1952; Schidlowky, *ibid.*, pp. 865-7.

<sup>21</sup> “Neruda: no he asistido a Congreso de mayor libertad y espíritu constructivo”, en *El Siglo*, Santiago de Chile, 23 de enero de 1955; Schidlowky, *ibid.*, p. 930.

<sup>22</sup> “El poeta comenta su libro”, en *El Siglo*, Santiago de Chile, 6 de febrero de 1955; Schidlowky, *ibid.*, p. 931.

<sup>23</sup> “Las lámparas del Congreso”, en *Aurora*, n° 3, Santiago de Chile, abril de 1955; Schidlowky, *ibid.*, p. 936.

<sup>24</sup> “Carta a los lectores”, en *La Gaceta de Chile*, n° 4, Santiago de Chile, junio de 1956; Schidlowky, *ibid.*, p. 954.

<sup>25</sup> Pablo Neruda, *Las uvas y el viento*, Barcelona, Seix Barral, 1981 [1954], p. 150

<sup>26</sup> Schidlowky, *ibid.*, p. 972

<sup>27</sup> “Neruda recoge el guante”, en *Ercilla*, n° 1128, Santiago de Chile, 19 de diciembre de 1956; Schidlowky, *ibid.*, pp. 959-60.

<sup>28</sup> “Neruda confiesa sus errores”, en *Vea*, Santiago de Chile, 23 de enero de 1958; Schidlowky, *ibid.*, p. 978-79.

<sup>29</sup> “No dejará de ser comunista, dijo Neruda”, en *El Siglo*, Santiago de Chile, 16 de junio de 1958; Schidlowky, *ibid.*, p. 984.



las raíces populares, pueblo él mismo, pueblo en su gracia, en su intuición y en su fuerza... lo ponemos en el marco de los americanos totales, al lado de Cárdenas y cerca de nuestro nunca olvidado, heroico y calumniado, sagrado e inmortal Luis Carlos Prestes".<sup>30</sup> Cuando Batista se transforma en dictador en noviembre de 1958, Neruda busca mostrar su distanciamiento. En una entrevista dice que "Batista tiene ganas de irse. Seguramente piensa que debe irse cuanto antes. Está preso en la camarilla de policías, usurpadores y aprovechados. Eso le impide irse... Lo conozco bien... Le gusta la popularidad y sé que está mantenido por el terror. No es un demente... Como poeta y no como político tendría que reprocharle a Batista haber hecho del país más alegre del continente un verdadero infierno para su pueblo, de amenazas y de temores perpetuos". A su vez confirma que había sido "su amigo: ya no puedo hacerlo (sic)".<sup>31</sup> ¿Se encuentra aquí, en este oportunismo político, la explicación de la desconfianza mutua entre Neruda, el PCCH y el régimen de Fidel Castro?

Pablo Neruda visita Venezuela en enero de 1959, poco tiempo después del triunfo de la Revolución Cubana. Fidel Castro, que tenía en ese tiempo el puesto de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, también visita el país para expresar su agradecimiento por la ayuda otorgada por el pueblo venezolano en su lucha contra la dictadura de Batista. El encuentro entre ellos no deja muy buena impresión en el poeta chileno, quien igualmente declara su apoyo incondicional al régimen de Castro. Así, durante su primera y única visita a la isla durante el régimen castrista, a fines de 1960, publica en La Habana su libro **Canción de gesta**, con una oculta crítica al culto a la personalidad de Fidel (poema "A Fidel Castro"). Esto no fue bien recibido por el régimen, aunque oficialmente se mostrase solidaridad y respeto mutuo.<sup>32</sup> Al volver a Chile en enero de 1961, en una conferencia de prensa, Neruda declara que lo que sucede en Cuba es grandioso, que el pueblo está defendiendo la revolución y que a pesar del boicot norteamericano no hay escasez de provisiones. Pero las discusiones políticas no dejarán de tener influencia en las relaciones. Por eso, un día después de la conferencia de prensa de Neruda, el PCCH deja en claro que para el partido chileno sigue siendo válida la vía pacífica para la toma del poder, acentuando una frase que Neruda sostuvo frente a los periodistas: "las revoluciones no son exportables".<sup>33</sup> Estas discrepancias sobre las vías revolucionarias afectarán la relación del PCCH y de Neruda con el régimen de Castro y llevarán a la ruptura final del poeta con el régimen cubano.

Cuando Neruda viaja a los Estados Unidos en 1966, se encuentra ya en otra fase de su vida, la de "bonachón" y soberano absoluto, como lo calificó el escritor peruano Mario Vargas Llosa en una entrevista al escritor de este ensayo, donde a Neruda poco le interesaban las diferencias políticas o ideológicas, fuera de las obli-

gatorias declaraciones políticas de acuerdo a la política oficial del PCCH. El poeta chileno se esfuerza por salir de los viejos moldes, romper esquemas y hasta permite que se publiquen sus obras en la España franquista. En 1964 publica sus memorias poéticas **Memorial de Isla Negra**, donde rememora vivencias durante la época de Stalin y menciona el "gran silencio" de su generación frente a sus crímenes, sin perder la esperanza de que el movimiento comunista siga siendo la vanguardia de la humanidad.<sup>34</sup> A su vez, Neruda busca el reconocimiento y recibe invitaciones, no solo para los países socialistas sino también para los de occidente: Inglaterra, Alemania Federal, Europa Occidental y los EEUU. En 1965 viaja a Londres, donde recibe el título de Doctor Honoris Causa en la Universidad de Oxford, visitando a su vez Italia, Finlandia y Yugoslavia, donde participa en las reuniones de PEN Club.<sup>35</sup>

En junio de 1966 Neruda es invitado a los Estados Unidos para participar en las reuniones del PEN Club en Nueva York. El viaje es exitoso y en las reuniones, con participación de cerca de 600 escritores y poetas de 56 países, Neruda es el centro: "el famoso comunista que entraba a Nueva York... se desplazaba como una especie de divino, con una naturalidad de emperador", como lo calificará Vargas Llosa en la entrevista citada.<sup>36</sup> A su vez Neruda, en compañía de su mujer Matilde, visita Washington y San Francisco. Después de una corta visita a México llega al Perú, donde es condecorado por el Presidente Fernando Belaúnde Terry —quien había conocido a Neruda cuando se desempeñó como embajador en Chile en 1938— con la Orden del Sol.<sup>37</sup>

En esta época, las relaciones ente el PCCH y el gobierno cubano están muy deterioradas. El partido chileno temía un acercamiento cubano a China y, a su vez, el llamamiento abierto de Castro para una lucha armada en América Latina efectuado el 26 de julio en una reunión de partidos y movimientos revolucionarios de Asia, África y América Latina complicó aún más las relaciones.<sup>38</sup> Esta era una ofensa pública a la política del PCCH y podía tener graves consecuencias en la política interna chilena, sobre todo para la relación entre los partidos socialistas y comunistas y las perspectivas para las elecciones presidenciales de 1970. A esta campaña cubana contra el PCCH se agrega la emprendida contra Neruda y su visita a los Estados Unidos.

El primer episodio ocurrió cuando un grupo de chilenos que vivían en Cuba criticaron el viaje del poeta por radio La Habana. Poco después, por orden de altas autoridades cubanas, los escritores Roberto Fernández Retamar, Lisandro Otero y Edmundo Desnoes redactan una "Carta abierta a Pablo Neruda", que fue dada a conocer el 31 de julio de 1966 con la firma de la cúspide intelectual cubana: Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Juan Marinello, José Lezama Lima, Heberto Padilla, Miguel Barnet, para solo nombrar

<sup>30</sup> Pablo Neruda, "Saludo a Batista. Palabras de Pablo Neruda en la Universidad de Chile", en *El Siglo*, Santiago de Chile, 27 de noviembre de 1944; Schidlowsky, *ibid.*, p. 612-13.

<sup>31</sup> "Nuevas conversaciones con Pablo Neruda...", en *El Tiempo*, Bogotá, 23 de noviembre de 1958; Schidlowsky, *ibid.*, pp. 992-93.

<sup>32</sup> Schidlowsky, *ibid.*, p. 1031

<sup>33</sup> Dijo Neruda en su conferencia de prensa: "Las revoluciones no son exportables; Chile eligió ya su ruta de liberación", en *El Siglo*, Santiago de Chile, 12 de enero de 1961. Sobre la visita a Cuba véase Schidlowsky, *ibid.*, pp. 1028-33.

<sup>34</sup> Pablo Neruda, **Memorial de Isla Negra**, Buenos Aires, Losada, 1972 [1964], pp. 242-43 y 245-47.

<sup>35</sup> Schidlowsky, *ibid.*, pp. 1132-33

<sup>36</sup> Entrevista concedida al autor de este artículo en Berlín, 11 de mayo de 1998, nunca publicada y citada en partes en *Ibid.*, pp. 1158-9.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 1162.

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 1165-6.

unos pocos. En sus comienzos firmaron la carta cerca de 67 escritores e intelectuales, con la sola excepción del periodista y escritor cubano Enrique Labrador Ruiz y del poeta haitiano exiliado René Depestre, quién había conocido a Neruda en Praga en 1951 y cuya mujer había sufrido en los años 50 las persecuciones antisemitas de la época en la capital checa.<sup>39</sup> Depestre fue amenazado por las autoridades cubanas pero se mantuvo en su negativa.<sup>40</sup>

La ofensiva carta, que a comienzos de agosto ya tenía cerca de ciento cincuenta personalidades adheridas, acusa a Neruda indirectamente de traición a la causa revolucionaria y lo califica de lacayo del imperialismo y de que sus actividades no beneficiaban a los revolucionarios del continente sino solo al Departamento de Estado norteamericano. A su vez, critica el encuentro del poeta con el Presidente peruano exactamente en el mismo momento en que su gobierno luchaba contra las guerrillas en las montañas del Perú.<sup>41</sup> Neruda reacciona con un telegrama enviado a Cuba y publicado un día después de la carta cubana, donde busca defender su imagen dañada, dejando en claro que la carta cubana está en realidad dirigida contra su partido, y es parte de la lucha de Castro contra la vía parlamentaria y reformista del PCCH.<sup>42</sup>

Pero esta ofensa no pasará al olvido. Neruda, quien había escrito un prólogo a un libro de poemas de Javier Heraud, asesinado durante la lucha guerrillera en el Perú, es también el autor de “Canción de gesta”, una de las primeras alabanzas poéticas a la Revolución Cubana. Junto con esto Neruda es quien dictó discursos en defensa de la Revolución y había luchado, publicado y discursado en favor del comunismo. El poeta tomó entonces una resolución personal radical: por un lado mantendrá hasta el final de sus días una posición pública oficial de defensa y solidaridad con la revolución cubana, pero por el otro, no dará nunca más la mano o apoyará a algunos de los que firmaron la carta, “que me sigue pareciendo una infamia”, como escribirá en sus memorias póstumas.<sup>43</sup>

## Dos episodios significativos

El 14 de enero de 1953, *El Siglo* publica con grandes titulares — repitiendo lo publicado un día antes en *Pravda* (órgano oficial del PCUS)—, que se había descubierto que un grupo de médicos, en su mayoría judíos, se habían propuesto asesinar a importantes dirigentes comunistas soviéticos usando tratamientos médicos. Entre las supuestas víctimas, se encontraban Andréi Zhdánov (quién se suponía que había muerto en forma natural en 1948) y varios miembros de la cúpula del partido y el estado soviético. Esta conspiración estaba organizada, según lo publicado en *Pravda*, por el Congreso Judío Mundial y financiada por las CIA. Las marcadas con-

notaciones anti-judías de las acusaciones no podían ser ignoradas. Cuando esta campaña antisemita comienza (con un discurso de Stalin en el Politburó el primero de diciembre de 1952), Neruda, se encontraba en Moscú como jurado del Premio Stalin por la Paz. Al volver a Chile, en una entrevista al diario del PCCH *El Siglo*, el poeta apoya oficialmente la posición soviética sobre lo que él llama “proceso que se sigue en Moscú en contra de algunos médicos sionistas culpables de varios asesinatos” y busca limpiar a la URSS de los cargos de antisemitismo. Neruda continúa que la “supuesta persecución racial... es verdaderamente ridícula... porque... estamos dando en esos mismos días que se descubrió el complot, el Premio Stalin al gran escritor ruso de origen judío Ilya Ehrenburg”<sup>44</sup> No se sabe si Neruda sabía que Ehrenburg, exactamente en esa época, se negó a firmar una carta de apoyo al “justo” castigo otorgado a los culpables de la conspiración. Todavía más, Ehrenburg, como lo atestigua en sus *Memorias*, escribió una carta a Stalin donde le exponía el efecto contraproducente que tendría una persecución racial.<sup>45</sup> Las persecuciones terminarán poco después de la muerte de Stalin en marzo de 1953. *El Siglo* comentará entonces “que se había impuesto la justicia en la URSS”<sup>46</sup> En general, Neruda siempre mantendrá públicamente frente a la problemática judía una posición enigmática y lateral, siempre en armonía con la política soviética y la del PCCH. Aún anteriormente, cuando era cónsul en España y México, antes y durante su entrada oficial al mundo político, Neruda, al contrario de la poetisa chilena Gabriela Mistral, no protesta públicamente frente a la política discriminatoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile relacionada a judíos. El Ministerio no permitía la entrega de visas de entrada o de tránsito a aquellos judíos que trataban de huir de las persecuciones en Europa.<sup>47</sup> Extrañamente si observamos la poesía y la actuación pública de Neruda en su totalidad, vale recalcar su silencio hacia el Holocausto judío, una de las mayores tragedias del siglo XX, o su utilización irónica, como en el caso del cónsul alemán Richard Herz en sus memorias *Confieso que he vivido*.<sup>48</sup> De acuerdo a la política soviética, esta tragedia no es de interés para el miembro del PCCH, a no ser que pueda ser utilizada retóricamente para justificar posiciones y actuaciones políticas.

En febrero de 1954 Neruda publica su poemario *Las uvas y el viento*. Es un libro donde acentúa su “apasionamiento político”, con poemas sobre sus viajes por Europa y Asia, la Alemania dividida o Stalin. Las sombras de la Guerra Fría no pueden dejar de estar presentes. Uno de los poemas, que lleva el título “Titacho”, es un ataque directo a Josip Broz, más conocido como el “mariscal Tito”, jefe de Estado de Yugoslavia desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. En aquel momento, “Tito” intentaba encontrar un cami-

<sup>39</sup> Sobre el destino de Depestre y su mujer, Edith, ver *ibid.*, pp. 823, 828, 839. *Ibid.*, p. 1167.

<sup>40</sup> “Carta abierta a Pablo Neruda”, en *Unión*, año 5, n° 3, La Habana, julio-septiembre de 1966; Schidlowky, *ibid.*, pp. 1166-68.

<sup>41</sup> “Cable de Pablo Neruda a escritores cubanos: ‘Nuestra responsabilidad mutua en el mantenimiento de la unidad antiimperialista continental’”, en *El Siglo*, Santiago de Chile, 2 de agosto de 1966; Schidlowky, *ibid.*, pp. 1168-69.

<sup>42</sup> Pablo Neruda, 1994, *op. cit.*, p. 426

<sup>44</sup> “Neruda pulveriza las calumnias antisoviéticas. En el mundo socialista no existe persecución ni discriminación racial de ninguna especie”, en *El Siglo*, Santiago de Chile de 1953.

<sup>45</sup> Ilyá Ehrenburg, *Gente, años, vida (Memorias 1891-1967)*, Barcelona, Acantilado, 2014.

<sup>46</sup> Cfr. *El Siglo*, 4 de abril de 1953.

<sup>47</sup> David Schidlowky, “Gabriela Mistral y Pablo Neruda: dos respuestas diferentes al antisemitismo en la política migratoria en Chile (1933-45)”, en *Judaica Latinoamericana: Estudios históricos, sociales y literarios*, Jerusalén, n° VI, 2009, p. 397-418.

<sup>48</sup> Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, *op. cit.*, p. 146; Schidlowky, *op. cit.*, pp. 178-9.



no diferente al del comunismo soviético. Planteaba el derecho de cada país de optar soberanamente por su forma de construcción del socialismo y, en la política exterior, buscaba mantenerse al margen de los bloques existentes. La Unión Soviética trató de derrocarlo, pero Tito logró estabilizar su régimen, que se sostuvo hasta su muerte en 1980. En su poema, Neruda asume las críticas soviéticas y acusa a Tito de ser un Trujillo o un Somoza yugoslavo, que defiende “la cultura cristiana / traducida al inglés / precipitadamente, / es decir, traducida / a dólares y dólares / esclavitud, miseria / sótanos de agonía”.<sup>49</sup> Pocos años más tarde, en 1957, encontrándose Neruda en la India con su futura mujer Matilde Urrutia y en compañía de Jorge Amado y su mujer Zelia Gattai, ve en un diario local una foto del Secretario General del PCUS, Nikita Jruschov, besándose con el mariscal Tito en el aeropuerto de Belgrado. Las relaciones entre Yugoslavia y la URSS habían cambiado después de la muerte de Stalin. Sorprendido, Neruda le cuenta a Amado que había escrito un poema contra Tito y que, rehabilitado el “traidor”, ahora le tocaba a él quedarse con el poema. Amado le recomienda retirarlo del libro, lo que efectivamente sucede. En las siguientes ediciones de *Las uvas y el viento* el caricaturesco poema habrá desaparecido.<sup>50</sup>

### Palabras finales: apuntes para un análisis futuro

Después de la caída del muro de Berlín y la disolución de la URSS y el Pacto de Varsovia numerosos especialistas europeos comenzaron a interesarse por la importancia que tuvo el movimiento comunista entre los intelectuales en Europa occidental. Muchas de estas intervenciones posibilitan también un análisis para América Latina.

El historiador italiano Enzo Traverso sostiene que el estalinismo fue un fenómeno histórico complejo, contradictorio, paradójico y una tremenda ilusión.<sup>51</sup> Millones de personas veían en este sistema totalitario la encarnación de la esperanza de la libertad. Aún en su fase más oscura, cuando los mismos líderes de la Revolución de Octubre eran asesinados, cuando se construían campos de concentración, cuando la creación cultural es oprimida y Stalin es declarado casi un dios, la URSS aparecía como una promesa de liberación. Sin duda lo era, sobre todo para aquellos que arriesgaron su vida o su prestigio en la lucha contra el fascismo. La historia del estalinismo como historia de una gran mistificación sólo es comprensible, si se considera, entre otros motivos, el inagotable crédito (moral) con el cual podía contar el régimen pos-revolucionario soviético. La diferencia entre el terror estalinista y el terror nazi se puede ver entonces en el hecho de que el primero no estuvo relacionado necesariamente con el sistema o la ideología soviética, mientras que la exterminación de los judíos, era un objetivo central en la visión del mundo de Hitler y estaba

profundamente arraigado en los objetivos del régimen nazi.<sup>52</sup> Por eso, para el escritor y químico italiano Primo Levi, Auschwitz es un “hoyo negro” de la historia, un suceso insuperable, mientras que el estalinismo y el Gulag no son el resultado de una ideología racista que separa a los seres humanos entre razas superiores o razas inferiores.<sup>53</sup>

Para el historiador francés François Furet el nazismo buscaba afirmarse en la nación o la raza, mientras que el marxismo-leninismo en la igualdad, libertad y redención del ser humano. El hombre es entonces casi un sucesor de Dios y puede actuar históricamente sin las inseguridades de la historia.<sup>54</sup> Para el historiador alemán Thomas Kroll la atracción del comunismo para los intelectuales radica en la “creencia secular” que éste origina. Analizando la biografía de cerca 600 comunistas intelectuales franceses, austríacos e ingleses llega a la conclusión que no existe un tipo uniforme del comunismo intelectual. Cada país tiene su cultura propia, pero independientemente de este hecho, los intelectuales comunistas podrían ser devotos servidores de su partido, como también actores políticos independientes, pero su compromiso con el comunismo tiene un carácter similar al de una “creencia secular”.<sup>55</sup>

El profesor y filósofo ruso Michail Ryklin comparte el análisis de Kroll al considerar al comunismo como una religión secular, desarrollando la definición de Raymond Aron de que el comunismo es el “opio de los intelectuales”, una suerte de ateísmo militante que combina la ideología y un sistema de rituales. Ryklin, siguiendo una propuesta de Jacques Derrida, analiza textos de Bertrand Russell, Walter Benjamin, Arthur Koestler, André Gide, Lion Feuchtwanger y Bertolt Brecht para concluir que el comunismo era la búsqueda de la salvación en la tierra prometida, que los intelectuales declararon como su hogar adoptivo. Una religión a la que cada uno adhería con sus matices personales.<sup>56</sup>

La biografía de Neruda es muy compleja y a primera vista no permite encontrar un concepto central que explique su lealtad incondicional al PCCH y la URSS. Muchos documentos en Rusia aún no están disponibles y otros en Chile se perdieron, lo que perjudica la tarea de encontrar una respuesta. Por eso, el interrogatorio sigue abierto: ¿es Neruda una excepción dentro de los intelectuales comunistas en general y los latinoamericanos en especial? ¿Por qué el compromiso de Neruda con el comunismo soviético es tan incondicional aún cuando esto perjudique su posición pública? ¿Qué diferencia el compromiso nerudiano del de Arthur Koestler, Howard Fast o aun del brasileño Jorge Amado, que desde 1955 no dio declaraciones públicas sobre política? Sin lugar a dudas, existió un muto provecho entre el PCCH y

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 292

<sup>53</sup> Primo Levi, *Il buco nero di Auschwitz*, en *La Stampa*, 21 de enero de 1976 y Traverso, *op. cit.*, p. 266.

<sup>54</sup> François Furet, *Das Ende der Illusion. Der Kommunismus im 20. Jahrhundert*, München. Piper Verlag, 1998.

<sup>55</sup> Thomas Kroll, *Kommunistische Intellektuelle in Westeuropa. Frankreich, Österreich, Italien und Großbritannien im Vergleich (1945-1956)*, Köln, Böhlau, 2007.

<sup>56</sup> Michail Ryklin, *Kommunismus als Religion. Die Intellektuellen und die Oktoberrevolution*. Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main 2008.

<sup>49</sup> Pablo Neruda, *Las uvas y el viento*, *op. cit.*, pp. 393-95.

<sup>50</sup> Jorge Amado, *Navegação de cabotagem. Apontamentos para um livro de memórias que jamais escreverei*, Rio de Janeiro, Mem Martins, 1992, pp. 371-72; Schidlowsky, *ibid.*, p. 965

<sup>51</sup> Enzo Traverso, *Auschwitz denken. Die Intellektuellen und die Shoah*, Hamburg, Hamburger Edition, 2000, p. 137.

Neruda. De parte del poeta, uno puede arriesgarse sosteniendo que en su compromiso puede haber jugado un papel la necesidad de "seguridad" que formaba parte de su personalidad (no olvidemos que su segunda mujer, Delia del Carril, la comunista apodada "el ojo de Molotov" era 20 años mayor que él y Neruda estuvo relacionado con ella la mayor parte de la época aquí tratada (de 1934 hasta 1955). Por el otro lado, está claro que para el PCCH Neruda era el intelectual chileno más "cómodo", ya que los otros conocidos poetas cercanos al partido no podían ser tomados en cuenta: Vicente Huidobro no pensaba abandonar su libertad, y Pablo de Rokha era muy difícil de tratar.

¿Pero permite ver en esta "comodidad", o en la experiencia de la Guerra Civil española y el asesinato de Federico García Lorca, la posibilidad de una explicación para la lealtad nerudiana? ¿O es que la indefinida "creencia secular" –como Ryklin, Furet y Kroll, cada uno a su manera, suponen que origina el comunismo–, es la única explicación posible? ¿O será que solo en un futuro lejano, cuando se abran finalmente todos los archivos rusos, encontraremos documentos que ayuden a esclarecer la incógnita de la relación de Pablo Neruda con el movimiento comunista soviético? ¿O es que simplemente en Neruda *su vida es su incógnita o mejor: su incógnita es su vida*?





Ángel Bracho  
"Sometimimiento de los Sindicatos"  
Linóleo, 30 x 22.5 (ca. 1960)

## Un intelectual comunista en tiempos de Guerra Fría

# José Luis Massera, matemático uruguayo

Vania Markarian\*

En los años de la temprana Guerra Fría, José Luis Massera (Génova, 1915-Montevideo, 2002) se convirtió, casi simultáneamente, en un matemático de reconocimiento internacional, con varios artículos académicos de gran influencia en su disciplina, y en un dirigente de primer nivel del Partido Comunista del Uruguay (PCU), con abundante producción escrita sobre diversos temas político-ideológicos.<sup>1</sup> Según quienes lo conocieron, Massera parecía mantener estos dos carriles casi como compartimientos estancos. Cuenta el matemático húngaro-estadounidense Paul Halmos que, durante su visita a Montevideo en los tempranos cincuenta, Massera dedicaba un tiempo fijo a la matemática, con toda la concentración que le requería, y otro a la política, sin contaminar unas horas con las preocupaciones de las otras.<sup>2</sup> En los sesenta, con la radicalización que acompañó la percepción de una crisis sin precedentes en el país, la actividad política fue ganando la jornada. En 1962 fue electo diputado por su partido. Mantuvo la banca hasta 1972. Luego del golpe de Estado de 1973, pasó a ocupar posiciones cada vez más importantes en el PCU en la clandestinidad. Cayó preso en octubre de 1975, al comenzar la embestida represiva contra los comunistas, y recién recuperó la libertad en 1984, reintegrándose de forma plena a la actividad política y contribuyendo también de modo esencial a la reconstrucción de la vida académica tan diezmada por la dictadura.<sup>3</sup>

Como se desprende de este más que somero repaso de su vida, en muchos momentos Massera puso en primer plano su compromiso político. No lo hizo por acatar un mandato de su partido ni por un cálculo estratégico, dos variables que con frecuencia se consideran al rastrear los itinerarios de intelectuales insertos en estructuras partidarias comunistas. Por provenir de una familia burguesa de Montevideo y por la particularidad de una disciplina

científica que se puede practicar exitosamente en condiciones de relativo aislamiento, el recorrido de un intelectual como Massera en el aparato del PCU no puede asimilarse fácilmente a trayectorias que se suelen tomar como paradigmáticas del “intelectual comunista” en los años cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo pasado. En primer lugar, no influyó en su caso la imbricación de campos que hizo que muchas personas con aspiraciones intelectuales encontraran en los espacios culturales cercanos a los partidos comunistas (y en sus redes globales) posibilidades de reconocimiento social, prestigio y público. Me refiero particularmente a intelectuales-escritores, artistas y cultores de formas embrionarias de las disciplinas sociales y humanas, generalmente en posiciones marginales de la vida académica que en estos países ha sido mayormente universitaria. Con diferencias de talentos y oportunidades históricas que hacen difícil establecer un único modelo, estos intelectuales aportaron su presencia prestigiosa a la causa comunista al tiempo que aprovechaban las oportunidades de una red de simpatizantes y potenciales consumidores de sus obras, así como de casas editoriales, encuentros, sistemas honoríficos y otras prerrogativas que la cercanía al campo socialista otorgaba en esas décadas. Así, no fue infrecuente que las exigencias y las reglas de actuación propias de los diferentes campos del conocimiento o la creación fueran subordinadas a directivas más o menos coercitivas que provenían de la Unión Soviética y otros centros de poder comunista (o que rompieran con esos espacios cuando no toleraban las restricciones, discrepaban con ellas y, a la vez, podían encontrar otras salidas para sus carreras y obras).<sup>4</sup>

Hubo, empero, no pocas trayectorias más independientes. Massera, por ejemplo, estudió en Estados Unidos a fines de los años cuarenta, cuando ya era un dirigente importante del PCU, y en las décadas siguientes construyó su reputación académica en sentido estricto al margen de esos canales de prestigio asociados al mundo comunista. Sus redes de contactos profesionales fueron diversas y no estuvieron exclusivamente marcadas por sus adhesiones político-ideológicas. Esto parece confirmar que, efectivamente, la política y la ciencia corrían, para el matemático uru-

\* Archivo General de la Universidad de la República, Uruguay.

<sup>1</sup> Agradezco la invitación de Adriana Petra a participar de este número de *Políticas de la Memoria* así como la lectura atenta de María Eugenia Jung y la ayuda de Ernesto Mordecki con las traducciones del ruso y los vínculos académicos de Massera en la Unión Soviética.

<sup>2</sup> Paul Halmos, *I want to be a Mathematician: An Automotography*, Nueva York, Springer-Verlag, 1985, pp. 187-188.

<sup>3</sup> Por reseñas de la vida de Massera ver Vania Markarian (ed.), *Un pensamiento libre: Cartas de José Luis Massera*, Montevideo, Archivo General de la Universidad de la República, 2005, y Roberto Markarian y Ernesto Mordecki (eds.), *José Luis Massera: Ciencia y compromiso social*, Montevideo, Orbe, 2010.

<sup>4</sup> Por una reseña de estos temas, ver la “Introducción” de Adriana Petra, *Intelectuales comunistas en la Argentina (1945-1963)*, Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de la Plata, 2014.



guayo, por carriles separados. Sin embargo, como tratará de probar este texto, lo que vengo describiendo como una compartimentación de esferas de actuación y una prescindencia de sistemas de prestigio extra académicos no puede entenderse como un divorcio entre esas dos facetas de la actuación de Massera. Por el contrario, una serie de alocuciones para diversos fines y públicos muestra su preocupación por poner en diálogo esos dos aspectos y por compatibilizar sus reflexiones con el marxismo-leninismo que, también con sus inflexiones, emanaba de la Unión Soviética. Se puede así reconstruir su pensamiento sobre el desarrollo científico-tecnológico en diferentes sistemas sociales, sobre el papel político de las universidades, sobre la importancia de la investigación y el conocimiento y sobre la parte que les cabía a los intelectuales y a los sectores medios como aliados de la clase obrera en el proceso revolucionario.

La mayor parte de sus reflexiones sobre esos asuntos se encuentran en materiales partidarios y en ellos predomina, al igual que en muchas de sus intervenciones en el parlamento, la jerga ideológica en boga en la época, aunque siempre con un esfuerzo por pensar particularidades locales, empresa e interés que compartió con Rodney Arismendi, secretario general del PCU luego del proceso de renovación que ambos condujeron en los años cincuenta. Otros textos derivan de su participación en diferentes instancias de discusión sobre la actualización de la actividad académica en Uruguay. Están formulados en términos técnicos y refieren a las cuestiones concretas de crear institucionalidad científica en un país (y una región) casi sin tradición al respecto, poniendo a Massera en el grupo reducido de intelectuales que trató de modificar el rumbo y la estructura de la Universidad de la República (Udelar) entre los años cuarenta y el golpe de Estado de 1973. A partir del análisis de unos y otros, trataré de mostrar el esfuerzo de convergencia entre compromiso político y actividad académica en el pensamiento (y la vida) de Massera o, para decirlo más directamente, hasta qué punto realizó una búsqueda consciente por poner en armonía su forma de concebir la práctica científica con su concepción de la historia y el cambio social en términos marxistas clásicos.

Con ese objetivo general, este texto comienza por una presentación de la peripecia vital de Massera, combinando su recorrido partidario con su carrera académica a lo largo de tres décadas. Se pasa luego revista a sus principales aportes doctrinarios sobre el papel social y político de los intelectuales, en el marco de la mencionada renovación del PCU a mediados del siglo pasado. A continuación, se presentan sus opiniones acerca de la realidad universitaria, las políticas científicas y los procesos de construcción académica en Uruguay, tratando de poner sus opiniones sobre algunos asuntos concretos en el marco de ideas más generales sobre los procesos de cambio social que creía inevitables. Para terminar, se trata de realizar un balance que permita caracterizar las particularidades de la trayectoria de Massera y sugerir la diversidad de formas posibles de ser "intelectual" y "comunista" en Uruguay entre los años cuarenta y sesenta del siglo pasado.

## Matemático y comunista

Se ha reconocido frecuentemente la precocidad y certeza de la vocación de Massera por las matemáticas en un país entonces prácticamente yermo de tradición científica. Él mismo contó más de una vez sus comienzos solitarios, tratando de aprender en diccionarios y manuales adquiridos en los frecuentes viajes a Europa de su familia los conocimientos básicos de una disciplina que casi no se enseñaba a nivel formal más allá de los niveles más básicos. Su augural encuentro con el grupo de autodidactas que lideraba Rafael Laguardia, sus estudios de ingeniería y los aprendizajes más o menos sistemáticos en el marco de las redes de científicos exiliados en Buenos Aires, como Beppo Levi y Julio Rey Pastor, forman también parte de la historia heroica de los inicios de las ciencias básicas en Uruguay en los años treinta. La exitosa creación del Instituto de Matemática y Estadística en la Facultad de Ingeniería en 1942, también con Laguardia, y la fundación de la Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia en 1948, junto a un grupo de destacados científicos de diversas disciplinas, pueden verse ya como una etapa más avanzada del proceso de institucionalización de la ciencia en la región de acuerdo a estándares internacionales.<sup>5</sup> Esta labor de constructor de instituciones académicas y espacios para la actividad científica lo puso, como dijimos, en la primera línea del conjunto de universitarios que, desde una gran diversidad de motivaciones políticas e intereses sociales, trató de cambiar la estructura de las viejas universidades creadas bajo el modelo francés de las facultades y fortalezadas como formadoras de profesionales liberales y cuadros dirigentes en los diferentes países latinoamericanos.

En 1941, dos años antes de recibirse de ingeniero, pero ya afirmado en su carrera científica, Massera se había afiliado al Partido Comunista del Uruguay. Fue una decisión calibrada junto a su entonces esposa, Carmen Garayalde, como reacción a la derrota de las fuerzas republicanas en España y al avance del nazismo y el fascismo, acontecimientos europeos que tanto repercutieron en la realidad local. Ambos provenían de familias burguesas de cierto refinamiento cultural y encontraron en los espacios de militancia comunista una alternativa al medio social de origen que consideraban opresivo pero que, por las inclinaciones marcadamente liberales y democráticas de sus padres, fue seguramente también propiciatorio de sus derivas a la izquierda.

Massera fue siempre consciente de las dificultades que esta opción podía acarrear para la consagración de su vocación científica. En 1944, apenas inició las gestiones para estudiar en Estados Unidos, donde estaban los matemáticos con quienes quería relacionarse, le aclaró al funcionario de la Fundación Rockefeller que no pensaba, "bajo ninguna circunstancia", abandonar sus "actividades sociales de carácter no científico" porque consideraba "mons-

<sup>5</sup> Ver Martha Inchausti, "La construcción institucional y la escuela matemática uruguaya (1942-1973)", en R. Markarian y E. Mordecki (eds.), *op. cit.*; ver también María Laura Martínez, "La Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia", en *Galileo*, n° 23, Montevideo, mayo de 2001.

truoso” no colaborar “como ciudadano en las luchas democráticas”.<sup>6</sup> La referencia concreta parecía ser a su condición de Secretario General de la Acción Antinazi de Ayuda a los Pueblos Libres, integrante de la red de organizaciones impulsadas desde la Unión Soviética como parte de su política de alianzas durante la Segunda Guerra Mundial.<sup>7</sup> Al año siguiente, como también supieron sus financiadores estadounidenses, Massera fue elegido miembro del Comité Nacional del PCU (del que era, además, Secretario de Educación y Propaganda, según remarcó el anuncio de su viaje en *Justicia*, el diario oficial del partido).<sup>8</sup>

Aunque debieron afrontar varias objeciones del Departamento de Estado, los antecedentes políticos de Massera no desanimaron a sus impulsores más directos en la Fundación Rockefeller y en diversos centros académicos, empeñados, como estaban, en detectar a las jóvenes promesas de las matemáticas en América Latina y Europa para hacer de Estados Unidos el centro de difusión de esa disciplina a nivel global.<sup>9</sup> Entre los restos de las alianzas de la guerra y los estertores de las políticas de buena vecindad, Massera pudo aprovechar, sin renunciar a su fe comunista, esos años de intercambios fructíferos entre lo que pronto fueron los bandos enfrentados de la Guerra Fría. A comienzos de 1947 estudió con los emigrados europeos Gabor Szego, George Pólya y Hans Rademacher en la Universidad de Stanford, para trasladarse luego a las universidades de Nueva York y Princeton, donde mantuvo hasta mediados de 1948 ricos vínculos académicos con los también emigrados Kurt Friedrichs, Emile Artin, Richard Courant, Solomon Lefschetz, Witold Hurewicz y Eberhard Hopf. Como pronto percibieron los mentores y el mentado, fue una etapa fermental de su formación y de lo entonces meditado surgieron sus primeros artículos influyentes sobre “estabilidad de las ecuaciones diferenciales”, rápidamente publicados en importantes revistas estadounidenses como *Annals of Mathematics* y *Duke Mathematical Journal*, y nacieron las líneas de trabajo que desarrolló en los próximos lustros. Por otra parte, Massera se interesó por la política y la sociedad de Estados Unidos y tuvo frecuentes contactos con comunistas y otros izquierdistas de ese país, aunque sin repercusiones que alertaran mayormente a los agentes del FBI que lo vigilaban.<sup>10</sup> Las cartas que con intensa frecuencia enviaba a su esposa Carmen están llenas de observaciones agudas sobre la sociedad de masas y las dificultades del pensamiento crítico y la acción opositora en una de las potencias ganadoras de la guerra.<sup>11</sup>

En los años posteriores a su estadía en el norte, el uruguayo tuvo

el interesante papel de seguir vinculando a quienes hacían matemática en ambos bloques de la Guerra Fría. Era conocido y respetado por los científicos de Estados Unidos, donde había estudiado, y también por los de la Unión Soviética, donde tenía la confianza política de ciertos cuadros dirigentes, además de manejar con fluidez el inglés y entender el ruso, entre otros varios idiomas. Por esos atributos y méritos harto infrecuentes fue convocado repetidamente a realizar reseñas y evaluaciones de trabajos de diversos autores del campo socialista en revistas estadounidenses (sus editores lo consideraban “el más competente fuera de la URSS” en ciertos temas<sup>12</sup>), tuvo la oportunidad de que aparecieran algunos de sus más importantes resultados en publicaciones soviéticas y viajó a conferencias y encuentros científicos en el campo socialista.<sup>13</sup> Como vemos, sus colaboraciones con las comunidades académicas de esos países fueron frecuentes pero no definitorias en su carrera, a pesar de que existían en la Unión Soviética firmes continuadores de la “escuela rusa”, origen de sus preocupaciones matemáticas centrales. Muchos años después, él mismo contó que en un viaje a Moscú por sus “actividades político-sociales” sus colegas rusos se declararon sorprendidos por haber visto, en *Annals of Mathematics*, “resuelto el problema inverso del método de Liapunov, que varios de ellos habían tratado infructuosamente de resolver durante años, y que estaba firmado por un matemático de Montevideo.”<sup>14</sup>

A su vuelta al sur, Massera se propuso también promover el desarrollo de su disciplina a nivel regional, con frecuentes colaboraciones con colegas de Argentina y Brasil, fundamentalmente, y afianzar los lazos de la incipiente escuela matemática uruguayo con sus pares del mundo. Aunque los medios eran escasos, las primeras generaciones de matemáticos viajaron en esos años a congresos y seminarios y realizaron estudios en diferentes centros académicos internacionales, donde muchas veces la fama Massera era la clave para abrir puertas. Al mismo tiempo, Montevideo logró convertirse en un polo de atracción para estudiosos de diversas procedencias que buscaban contribuir a la difusión de sus ramas de especialización y solían apoyarse en los subsidios de varios organismos internacionales dedicados a fortalecer esas redes.<sup>15</sup>

En esos mismos años en que forjó su reconocimiento internacional, el matemático fue protagonista de la renovación de su partido. El historiador Gerardo Leibner ha analizado los motivos de un proceso de cambio profundo en la dirección y muchas de las

<sup>6</sup> Carta de J. L. Massera a Harry M. Miller, Montevideo, 15 de junio de 1944, Archivo General de la Universidad de la República (AGU), Archivo Massera, Caja 5.

<sup>7</sup> Sobre este tema ver Mauricio Bruno y Nicolás Duffau, “José Luis Massera y su militancia social (1940-1973)”, en Markarian y Mordecki (eds.), *op. cit.*

<sup>8</sup> Ver recorte sin fecha del diario *Justicia*, AGU, Archivo Massera, Caja 26.

<sup>9</sup> Ver Michael J. Barany, “Fellow Travellers and Travelling Fellows: Politics, Peripatetics, and Modern Mathematics in Mid-century Latin America”, inédito, consultado por gentileza del autor en 2014.

<sup>10</sup> Hay abundantes referencias a la vigilancia del FBI en las cartas de y a J. L. Massera, H. M. Miller, Gabor Szego y otros en AGU, Archivo Massera, Caja 5; algunas de ellas fueron publicadas en V. Markarian (ed.), *op. cit.*

<sup>11</sup> Ver cartas entre J. L. Massera y C. Garayalde en AGU, Archivo Massera, Caja 26.

<sup>12</sup> Carta de Solomon Lefschetz a J. L. Massera, Nueva Jersey, 14 de febrero de 1949, AGU, Archivo Laguardia, Caja 7.

<sup>13</sup> Por publicaciones y asistencia a eventos en la Unión Soviética ver, por ejemplo, cartas entre J. L. Massera, M. A. Aizerman y B. N. Naumov, entre otros, en AGU, Archivo Laguardia, Caja 7; su libro con J. G. Schaeffer sobre ecuaciones diferenciales apareció en Moscú en 1970, traducido al ruso por la editorial Mir (por cita completa de la edición original en inglés ver Nota 25 de este trabajo).

<sup>14</sup> Conferencia de Massera al recibir el Premio México de Ciencia y Tecnología otorgado por el gobierno de ese país, Ciudad de México, 6 de marzo de 1998, disponible en <http://www.cmat.edu.uy/~mordecki/massera/de/academica-politica.html>. La referencia es al trabajo de Massera sobre las funciones planteadas por el matemático ruso Aleksandr Liapunov a fines del siglo XIX.

<sup>15</sup> Por estas redes y vínculos ver Inchausti, *op. cit.*, y Barany, *op. cit.*

orientaciones del PCU a partir de 1955, un año antes de que el “deshielo” soviético llevara a muchos otros partidos comunistas del mundo a replantearse sus formas de actuación. En el caso uruguayo, se trató fundamentalmente de una crítica de base “moral”, como ha dicho Leibner, a las modalidades sectarias y extremadamente autoritarias del período anterior, llevadas adelante por parte de la misma cúpula partidaria que Massera integraba. De todos modos, no queda duda de que su papel, junto al del nuevo Secretario General, Rodney Arismendi (que también era miembro de la vieja dirigencia), fue clave no sólo para poner fin a ciertas prácticas sino también para reorientar políticamente a los comunistas uruguayos en un ambiente internacional ahora más favorable a esos procesos de renovación. Gracias al viraje de 1955, el PCU demostró en las décadas siguientes un importante grado de autonomía y creatividad que, sin apartarlo de la órbita soviética y sus lineamientos ideológicos, lo convirtieron en una fuerza política mucho más gravitante que la mayoría de sus pares de la región en la misma etapa.<sup>16</sup>

Gran parte de esta capacidad de iniciativa y adaptación del PCU tuvo que ver con la labor de Arismendi y Massera en el plano doctrinario y sus esfuerzos por promover una nueva actitud hacia los intelectuales como parte de una amplia política de alianzas, luego de un período de marcada desconfianza que abrevaba en las políticas soviéticas del período estalinista y las purgas conducidas bajo las directivas de Andréi Zhdánov. La tarea oficial de Massera, como en la etapa anterior, era dirigir lo que en el partido se llamaba “lucha por la paz”, central para la política exterior soviética de “coexistencia pacífica” entre países de diferentes sistemas sociales. En los hechos, dice Leibner, Massera se ocupaba de ese frente de acción, que era vía de acercamiento a sectores de profesionales de clases media y alta, al tiempo que reflexionaba sobre el posible papel de esos grupos como aliados de la clase obrera en la lucha revolucionaria, su relación con los temas generales del desarrollo científico-tecnológico y la gravitación política de las instituciones del conocimiento en diversas sociedades.<sup>17</sup>

El grueso de la reflexión de Massera sobre estos temas apareció en materiales partidarios como *Estudios*, la revista teórica fundada en 1956 como parte de la reformulación del PCU. Esos escritos revelan claramente su protagonismo en la revalorización de los intelectuales en la nueva etapa, derivado en alguna medida de modo natural de su prestigio científico y destacada inserción académica. Sus primeras formulaciones al respecto señalaban a la “intelectualidad avanzada” como la “vanguardia de la pequeña burguesía” y, por ende, “el aliado más importante del proletariado” luego de los campesinos. Apartándose en seguida del mecanicismo extremo tan extendido en el campo comunista, asignaba a los intelectuales la necesaria tarea de crear “una nueva cultura” que pudiera convertirse en “un arma fundamental de la revo-

lución política”.<sup>18</sup> En este sentido, Massera alertaba sobre el peligro simultáneo de las “ideas proletarizantes” que derivaban en el “menosprecio del papel de los intelectuales” y de las “concepciones intelectualizantes” que resultaban en un “paternalismo intelectual sobre los trabajadores”.<sup>19</sup> A partir de ese primer deslinde, logró articular una reflexión que iba más allá de la afirmación dogmática de la importancia política de los intelectuales para destacar su especificidad en los procesos de cambio social. Con conocimiento de causa, no dudaba en afirmar que la “creación intelectual es el primer deber de los camaradas intelectuales”.<sup>20</sup>

La preocupación por el papel específico de ese sector se manifestó primero que nada en la interna del PCU donde cinco años después de la fundación de *Estudios* se creó el Centro de Estudios Sociales, un ámbito que, bajo la dirección de Massera, promovió el análisis y el debate de diversos temas de la realidad nacional. Estas herramientas buscaban extender entre los militantes comunistas la capacidad de polemizar con los grupos que empezaban a disputar desde la izquierda con su poder de convocatoria. En la misma línea, Massera planteó y supervisó entonces los cursos de diferentes niveles por los que pasaron miles de los viejos y nuevos miembros del partido en una etapa de gran crecimiento cuantitativo. Como apunta Leibner, el matemático encontró en esa labor de formación ideológica “el perfecto lugar de confluencia entre su vocación teórico-científica, su inquietud política y su espíritu docente”.<sup>21</sup> La insistencia en “vincular a la vida” la teoría marxista-leninista y en que los alumnos pensarán “con la propia cabeza” muestra, precisamente, la veta docente. Se trataba, repetía, de “perder el miedo al estudio” y de lograr “que cada afiliado se sienta incómodo si no ha dedicado en la semana aunque sea un par de horas al estudio”, tratando de combatir de ese modo la falta de posibilidades de los sectores populares, propia del sistema de dominación capitalista aun en un país, como Uruguay, con altos porcentajes de alfabetización y acceso a la educación formal.<sup>22</sup> Para Massera, como ha observado Álvaro Rico, la lucha ideológica era una “práctica social conciente”, constitutiva de los llamados “factores objetivos” del cambio revolucionario. Por tanto, sus inquietudes en ese plano tenían una finalidad “más política que teórica”, la de “contribuir a la difusión de las ideas marxistas-leninistas, al desarrollo de la teoría de la revolución y a la construcción de la fuerza social de la misma”.<sup>23</sup>

Es muy posible que la naturalidad con que llevaba adelante esas complejas actividades y los referidos niveles de exigencia que plan-

<sup>16</sup> Ver Gerardo Leibner, *Camaradas y compañeros: Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*, Montevideo, Trilce, 2011 y “José Luis Massera y la reconstrucción del Partido Comunista del Uruguay (1955-1973)”, en Mordecki y Markarian (eds.), *op. cit.*

<sup>17</sup> Ver Leibner, “José Luis Massera y la reconstrucción del Partido Comunista del Uruguay (1955-1973)”, *op. cit.*

<sup>18</sup> J. L. Massera, “El papel de los intelectuales en la lucha revolucionaria”, en *Justicia*, Montevideo, 2 de setiembre de 1955, citado en *Ibid.*, p. 133.

<sup>19</sup> J. L. Massera, “En torno a los problemas de la instrucción pública, la cultura y la ciencia”, en *Estudios* 13, Montevideo, mayo de 1962, pp. 132-142.

<sup>20</sup> J. L. Massera, “El papel de los intelectuales en la lucha revolucionaria”, en *Justicia*, Montevideo, 2 de setiembre de 1955, citado en Leibner, “José Luis Massera y la reconstrucción del Partido Comunista del Uruguay (1955-1973)”, *op. cit.*, p. 134.

<sup>21</sup> G. Leibner, “José Luis Massera y la reconstrucción del Partido Comunista del Uruguay (1955-1973)”, *op. cit.*, p. 146.

<sup>22</sup> J. L. Massera, *La educación ideológica de los comunistas*, Montevideo, Editorial del PCU, 1961, citado en *Ibid.*, pp. 150-151.

<sup>23</sup> Álvaro Rico, “José Luis Massera y las ciencias sociales: Los desarrollos de la reflexión política marxista en los trabajos teóricos de José Luis Massera”, en Mordecki y Markarian (eds.), *op. cit.*, p. 294.

teaba en las tareas de formación pusieran de relieve la distancia cultural y educativa que lo separaba de grueso de los militantes e incluso de los dirigentes del PCU. En los hechos, es claro que el ascendiente intelectual e ideológico de Massera era funcional a la estrategia de un partido que no dudaba en afirmar la necesidad de “elevar a las masas” para que estuvieran “a la altura” de las luchas políticas y de los grandes cambios que se creían inminentes. A partir de esas y otras iniciativas de educación política, como ciclos de radio y su posterior **Manual para entender quién vacía el sobre de la quincena** (1973), “el ingeniero”, como muchos le decían, se reveló como “un verdadero sabio”, para usar palabras de Arismendi que evidencian, precisamente, ese proceso de consolidación del prestigio intelectual en los ámbitos partidarios.<sup>24</sup>

### Sobre la universidad, la ciencia y el trabajo intelectual

En los años sesenta, Massera siguió acrecentando su prestigio científico (su libro matemático más importante, **Linear Differential Equations and Function Spaces**, en coautoría con Juan Jorge Schaffer, fue publicado en 1966<sup>25</sup>) y fortaleciendo su compromiso político (asumió la banca de diputado primero en 1963 y nuevamente 1967). Al afianzarse como una figura que trascendía tanto los espacios académicos como los ambientes partidarios, se fue convirtiendo en una autoridad en todo lo relativo a la educación y la cultura para amplios sectores de izquierda y los movimientos sociales. Su opinión sobre cualquiera de esos asuntos solía ser citada como referencia legitimante, aunque no indiscutida, en una época en que esos temas se volvieron centrales para quienes trataban de organizarse y disputar posiciones de poder en un clima de creciente polarización. Massera, por su parte, fue activo en el planteamiento de los problemas del sistema educativo en el parlamento y no dudaba en opinar públicamente sobre diversos asuntos que parecían relativamente alejados de sus intereses inmediatos pero de alguna manera caían en la órbita de sus preocupaciones. Así, por ejemplo, presentó un trabajo en un evento sobre Machiavelo celebrado en la Facultad de Humanidades y Ciencias en 1969 y un año más tarde envió sus opiniones sobre didáctica de la geometría a **Revista de la Educación del Pueblo**, editada por educadores cercanos al PCU, por citar un par de ejemplos.<sup>26</sup>

Como vemos, aunque en esos años Massera fue renunciando a sus principales posiciones académicas en aras de una dedicación más completa a la acción política y parlamentaria, sus vínculos con la comunidad educativa y especialmente con la Universidad de la República no se cortaron totalmente. Mantuvo el dictado de algunos cursos en la Facultad de Ingeniería y siguió colaborando con ciertos espacios de discusión y comisiones de trabajo. Además, recibió en 1967 el título de “profesor emérito” de la Facultad de

Humanidades y Ciencias en reconocimiento a sus múltiples aportes a esa institución. En esa ocasión, diputados de todas las tiendas lo alabaron por sus méritos científicos, mientras Luis Pedro Bonavita, representante de la coalición que integraba el PCU, expresó con claridad la concepción que argumentaba la singularidad y hasta la superioridad de quienes se dedicaban a tareas intelectuales y los encomiaba doblemente por su entrega militante:

Massera, si no fuera quien es, podría él también permanecer más allá, en la cumbre de la ciencia, en una especie de torre de marfil o de castillo consagrado pura y exclusivamente a su disciplina, alejado de la sociedad y del pueblo, en medio del cual vive. Sin embargo, Massera desciende desde allá, se funde en el pueblo que integra, convive con sus afanes, participa de sus esperanzas, se solidariza con sus dolores. Es un hombre cabal, y un hombre cabal es un revolucionario.<sup>27</sup>

Massera, de quien podría decirse que era modesto en lo personal, no dudaba en confesar “¡cuán discutido y discutible es... mucho de lo que propiamente se puede llamar ciencia!”. En reiteradas ocasiones declaró su oposición a las concepciones que, quizás inadvertidamente, separaban el “quehacer teórico” de “la vida” y se manifestó partidario de “la enseñanza de ideas abstractas vinculándola a experiencias vitales” (defendiendo las “virtudes” de una “enseñanza propiamente politécnica”).<sup>28</sup> En un sentido similar, expresó su “profunda solidaridad con la clara comprensión de que no se puede pretender reeditar para la ciencia la manida concepción de la torre de marfil que muchos sostienen en la literatura y el arte”.<sup>29</sup> Pero nada de esto implicaba dudar de la “importancia de la ciencia” y la “necesidad de desarrollar la investigación” y siempre reclamó mejores ingresos tanto para los “hombres de ciencia” (fue un decidido promotor del régimen de “dedicación total” que la Udelar comenzó a implementar recién a fines de los años cincuenta) como para los “escritores, pintores, músicos, gente de teatro, etc.” de modo que la “vida de las masas populares” fuera “más hermosa y feliz”.<sup>30</sup>

La centralidad de estas preocupaciones y de su propio compromiso con la actividad intelectual quedaron patentes en su referida decisión de “no cortar enteramente todos los lazos con la vida universitaria” aun cuando su militancia le empezó a exigir una dedicación casi exclusiva.<sup>31</sup> En diferentes etapas de su vida defendió la importancia de las tareas que realizaban los “camaradas intelectuales”, a quienes llamaba también “trabajadores de la cultura” para conciliar, el menos simbólicamente, como dice Leibner, “su existencia como sector particularizado de no obreros al interior del partido del proletariado”.<sup>32</sup>

<sup>24</sup> Ver Leibner, “José Luis Massera y la reconstrucción del Partido Comunista del Uruguay (1955-1973)”, *op. cit.*, pp. 152-3.

<sup>25</sup> J. L. Massera y Juan Jorge Schaffer, **Linear Differential Equations and Function Spaces**, Nueva York y Londres, Academic Press, 1966.

<sup>26</sup> Ver J. L. Massera, “A propósito de las dos geometrías”, en **Revista de la Educación del Pueblo** 10, Montevideo, 1970.

<sup>27</sup> **Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes**, Tomo 580, 17 de mayo de 1967, pp. 304-305, citado en M. Bruno y N. Duffau, *op. cit.*, p. 190.

<sup>28</sup> J. L. Massera, “A propósito de las dos geometrías”, *op. cit.*, p. 78.

<sup>29</sup> “El título de Profesor Emérito le fue conferido ayer al Ing. J. L. Massera”, **El Popular**, 17 de mayo de 1967, p. 5, citado en M. Bruno y N. Duffau, *op. cit.*, p. 190.

<sup>30</sup> J. L. Massera, “El partido de la cultura”, **El Popular**, 9 de octubre de 1958, p. 3, citado en Bruno y Duffau, *op. cit.*, p. 167.

<sup>31</sup> Carta a de J. L. Massera a H. A. Antosiewicz, Montevideo, 9 de setiembre de 1962, AGU, Archivo Massera, Caja 5; publicada en Markarian (ed.), *op. cit.*, pp. 42-43.

<sup>32</sup> Leibner, “José Luis Massera y la reconstrucción del Partido Comunista del Uruguay (1955-1973)”, *op. cit.*, p. 134.



No es difícil advertir hasta qué punto esas posiciones chocaban con quienes repetían sin demasiadas prevenciones la consigna de Fidel Castro de que “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”, reafirmando la caracterización de “reformistas” que los grupos más radicales asignaban entonces a los comunistas (en alusión a las escisiones entre “revolucionarios” y “socialdemócratas” en Alemania a comienzos del siglo que todavía resultaban relevantes en las discusiones de la izquierda). Claudia Gilman ha descrito un paradójico “anti-intelectualismo” militante de muchos intelectuales latinoamericanos (fundamentalmente escritores) que se radicalizaron hacia posiciones de acción directa y lucha armada en esos años, abandonando en el camino toda actividad que no fuera estrictamente política o subsumiendo todo proceso creativo a las demandas de la “lucha revolucionaria”.<sup>33</sup>

Aunque el PCU, a diferencia de algunos de sus pares latinoamericanos, no rechazó nunca dogmáticamente el recurso de la violencia (y Massera fue muchas veces el encargado de explicitar estos matices), es claro que, por tratarse de una gran organización de masas, la enorme mayoría de sus militantes y cuadros se mantuvo siempre integrada a sus ámbitos de origen y socialización. En el caso de los llamados “trabajadores de la cultura” esto fue especialmente importante porque se los consideraba claves en el proceso de “acumulación de fuerzas” que los comunistas señalaban como tarea esencial del curso revolucionario. En palabras de Massera, la integración de las “fuerzas de la cultura” a las “fuerzas motrices de la revolución” era “una tarea revolucionaria de nivel estratégico”.<sup>34</sup> Pero no se trataba sólo de reclutar adherentes en los campos de la educación y la cultura: era necesario, como ya había planteado a mediados de los cincuenta en la nueva línea partidaria, forjar “un frente muy amplio... de fuerzas de estudiantes, educadores, universitarios, científicos e intelectuales, que se enlace a la acción de las masas trabajadoras que combaten por un cambio progresista en la vida del país” para defender “la cultura, la Universidad y la enseñanza pública” (perspectiva que se fortaleció ante las movilizaciones estudiantiles de 1968).<sup>35</sup>

Para Massera (como para Arismendi) estos temas eran centrales para entender de “modo científico”, como gustaban afirmar en sintonía con el marxismo-leninismo de esos años, el carácter revolucionario de la época histórica del “tránsito del capitalismo al socialismo”. Les dedicaron, por tanto, cientos de páginas y decenas de discursos e intervenciones públicas en las que la referencia teórica preferida era, por supuesto, Lenin. Massera se abocó especialmente a reflexionar sobre la universidad como institución del conocimiento y su papel en los conflictos sociales contemporáneos, así como sobre la participación de los universitarios en el proceso revolucionario, fundamentalmente en la lucha ideológica. Como ha analizado Álvaro Rico, Massera se mantenía en los parámetros del marxismo-leninismo clásico al concebir a la uni-

versidad como “parte de una determinada superestructura definida por las relaciones de producción capitalistas” y asignarle, por ende, la “función ideológico-cultural principal” de “formar los cuadros y especialistas de las clases dominantes para la reproducción de esa formación económico-social capitalista”. Al mismo tiempo, reconocía que la institución, atravesada por las contradicciones de la lucha de clases, debía dar respuesta a las demandas e innovaciones provenientes de la “expansión de las fuerzas productivas frenadas por las caducas relaciones de producción”.<sup>36</sup>

El análisis recién entraba en un terreno algo menos ortodoxo al señalar que los factores estructurales no eran suficientes para explicar el papel social y político de la universidad dado que, “particularmente en épocas de aguda crisis como la actual”, ciertos factores objetivos y subjetivos propios de la institución podían “abrir brechas en esa ideología dominante y, concretamente, aumentar la influencia del Materialismo Dialéctico e Histórico del Marxismo Leninismo”.<sup>37</sup> Esta posibilidad derivaba de la “radicalización de las capas medias”, cuyo peso era decisivo en “las formas en que la Universidad vive intensamente el reflejo de las profundas conmociones sociales de nuestro tiempo” (esta línea de pensamiento sirvió también para explicar la eclosión de movilización estudiantil en 1968 en respuesta a quienes la señalaban como motor del inminente cambio revolucionario).<sup>38</sup> Aparece aquí algún matiz en las relaciones de determinación directa entre estructura y superestructura, al privilegiarse la importancia de los factores políticos y propiamente culturales tanto en los procesos de concientización de las “capas medias” como en la acción de la universidad como productora de nuevos conocimientos que ponían en cuestión los valores propios de la ideología dominante. Para Massera, se trataba de rasgos acentuados en los países dependientes “donde la aplicación de la ciencia a la producción... es apenas un pálido reflejo de una tecnología, no siempre al día, de los países industrializados”, lo cual generaba renovadas tensiones en los sectores encargados de la producción de conocimiento.<sup>39</sup> En este aspecto, como también ha señalado Rico, se trataba de contribuir a entender el papel de la ciencia en las sociedades contemporáneas combatiendo simultáneamente en dos frentes: contra las teorías revisionistas de derecha (“renovación del capitalismo”, “tecnocratismo” y “convergencia de los dos sistemas”) y contra las “anárquico-marcusianas” que atacaban “el gigantesco mecanismo social que el capitalismo ha contribuido a crear”.<sup>40</sup>

El pensamiento de Massera sobre estos temas, quizás no demasiado renovador en el plano teórico, tuvo, sin embargo, un gran impacto político en la definición de la línea de acción de los comunistas en la Universidad de la República, donde adquirieron, desde comienzos de los sesenta, un peso relativamente importante

<sup>33</sup> Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil: Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

<sup>34</sup> J. L. Massera, *Ciencia, educación y revolución*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1970, pp. 66-67.

<sup>35</sup> J. L. Massera, “En torno a los problemas de la instrucción pública, la cultura y la ciencia”, *op. cit.*, 139.

<sup>36</sup> Á. Rico, *op. cit.*, p. 299.

<sup>37</sup> J. L. Massera, *Ciencia, educación y revolución*, *op. cit.*, p. 97.

<sup>38</sup> J. L. Massera, “La Universidad y la Revolución”, en *Estudios*, n° 54, Montevideo, enero-febrero de 1970, p. 14. Sobre las posiciones de Massera y Arismendi sobre el movimiento estudiantil de 1968, ver V. Markarian, *EL 68 uruguayo: El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2012.

<sup>39</sup> J. L. Massera, *Ciencia, educación y revolución*, *op. cit.*, p. 97.

<sup>40</sup> Á. Rico, *op. cit.*, p. 296.

en los gremios y en los órganos de cogobierno (en gran parte sostenido en figuras prestigiantes en lo científico como el propio Massera). Más allá de las posibles restricciones ideológicas de su encare, es claro que su conocimiento profundo de la vida académica le permitió a Massera articular una reflexión estratégica sobre las características únicas de la Universidad en los conflictos sociales del capitalismo dependiente uruguayo. La principal consecuencia en términos de política universitaria fue el apoyo a ciertos procesos de reforma para “asegurar las mejores condiciones para desenvolver el ser-político, no simplemente el ser-técnico” de la institución sin por eso postergar los avances en materia científica y la modificación de las estructuras académicas y los planes de estudio.<sup>41</sup> A cuenta de una investigación más profunda, no parece arriesgado afirmar que muchos universitarios comunistas, liderados por Massera, se convirtieron así en interlocutores válidos y generalmente respetados del conjunto de intelectuales que entre los años cincuenta y setenta del siglo pasado se preocupaban por actualizar la vida académica de la Udelar, única institución de educación superior del país en ese entonces.

La caracterización más extendida de este grupo de universitarios alude a su defensa de los principios contenidos en la Ley Orgánica de 1958, principalmente la autonomía y el cogobierno. Sin embargo, es importante recordar que sus preocupaciones estuvieron fundamentalmente centradas en la estructura académica y los fines de la institución. De hecho, los principios generales consagrados en 1958 eran el resumen de las luchas de la etapa anterior y fueron el punto de partida para pensar los problemas de fondo de la educación superior en el país en las décadas siguientes. El propio Massera defendió la ley de 1958 como un paso hacia una “enseñanza universitaria ligada a nuestro pueblo” y “orientada a servir en el progreso de nuestro país” mediante el “estudio de los problemas nacionales”.<sup>42</sup> Casi una década antes, a poco de volver de su viaje de estudios a Estados Unidos, había reflexionado sobre estos asuntos, que hacían al meollo de la autonomía de las instituciones educativas, al lamentar la posición de sus colegas de ese país, muchas veces “obligados o fuertemente presionados a dedicarse a investigaciones que directa o indirectamente tienden al perfeccionamiento de las armas de destrucción”.<sup>43</sup> Como dijimos, más allá de énfasis y matices, estas posiciones sobre los objetivos y funciones de la Udelar lo fueron acercando a otros académicos de muy diversas posiciones políticas, orígenes ideológicos e intereses científicos, especialmente en la Facultad de Ingeniería.

Massera se involucró tempranamente en el combate contra la orientación “profesionalista” que predominó hasta los años sesenta en esa facultad, como en casi todo el resto de la Udelar, gracias a la influencia de un grupo de ingenieros-empresarios que promovía la formación y el ejercicio profesional con fines pura-

mente económicos y en respuesta a las demandas del mercado. En contra de esa tendencia dominante se fue conformando otro bloque donde confluyeron, ya en los años cuarenta, Massera y Laguardia, matemáticos de extracción izquierdista, con ingenieros como Óscar Maggiolo y Julio Ricaldoni, provenientes de los sectores progresistas del Partido Colorado, quienes defendían una formación científica que reuniese la creación de conocimiento original con la evaluación de su pertinencia social en sentido amplio. Los enfrentamientos se fueron volviendo tan agudos que derivaron en la inoperancia de la dirección de la facultad y determinaron su intervención por parte de los organismos centrales en 1966. A partir de entonces se afianzó el sector que antes fuera opositor, unido por posiciones comunes sobre varios asuntos de intensa discusión en esas décadas como la creación de institutos tecnológicos extra universitarios, la financiación externa de proyectos de investigación, las relaciones entre industria nacional y producción científica, los vínculos entre Estado y Universidad, y el papel de las ciencias básicas en la formación profesional, por mencionar algunos de los más importantes.<sup>44</sup> De hecho, esas coincidencias habían posibilitado primero la fundación del Instituto de Matemática y Estadística en Ingeniería y luego la creación de la Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia, desde donde Massera, Laguardia, Maggiolo y Ricaldoni, junto a otros científicos como Clemente Estable, Rodolfo Tálce y Félix Cernuschi, entre muchos, impulsaron una ambiciosa agenda de trabajo para el desarrollo de la ciencia en el país.

Este tipo de encuentros entre personas diferentes en sus ideas e intereses fueron claves para que accedieran al gobierno universitario los académicos que buscaban, como dijimos, reorientar a la institución y ponerla al día con las formas de producción de conocimiento a nivel global sin descuidar por eso su compromiso con los problemas nacionales. Ni la elección de Maggiolo como rector de la Udelar en 1966 ni la de Ricaldoni como decano de Ingeniería en 1969 pueden entenderse sin esas articulaciones y acumulaciones que tuvieron a los universitarios comunistas, muchas veces representados en Massera, como destacados protagonistas. En términos de formulación de alternativas, la culminación de esos procesos, plagados de debates y contradicciones internas que todavía no se han estudiado en profundidad, fue seguramente el llamado “Plan Maggiolo” que la Udelar presentara como documento de su pedido presupuestal en 1967 y que era, en realidad, el más ambicioso plan de reforma estructural de la institución hasta el momento. Es posible afirmar, entonces, que los casi diez años que habían transcurrido desde la aprobación de la nueva Ley Orgánica fueron los de florecimiento en la Universidad de un pensamiento que podemos llamar “reformista”, por las referencias de sus portavoces a los principios emanados de Córdoba en 1918, fundamentalmente orientado a la reestructura académica general de la casa de estudios pero con el análisis de la problemática nacional, en sentido amplio, como horizonte y guía. El

<sup>41</sup> J. L. Massera, “La Universidad y la Revolución”, *op. cit.*, p. 89.

<sup>42</sup> J. L. Massera, “El partido de la cultura”, *op. cit.*

<sup>43</sup> J. L. Massera, “Las ciencias exactas en la URSS”, en Instituto Cultural Uruguayo-Soviético, *Uruguay y la URSS*, Montevideo, ICUS, 1949, p. 23, citado en Bruno y Duffau, *op. cit.*, p. 165.

<sup>44</sup> Sobre estos temas ver V. Markarian (ed.), *Don Julio: Documentos del Archivo Ricaldoni*, Montevideo, Archivo General de la Universidad de la República, 2007, y M. Inchausti (ed.), *Una vida dedicada a la matemática: Documentos del Archivo Laguardia*, Montevideo, Archivo General de la Universidad de la República, 2007.





lustro siguiente, entre las combativas movilizaciones de 1968 y el golpe de Estado de 1973, fue dominado por la necesidad de defender a la institución de los continuos ataques del poder político y en esas batallas se fueron perdiendo casi todas las preocupaciones por lo específicamente académico.<sup>45</sup>

Como dijimos, en esa década Massera tuvo participación destacada en varios acontecimientos claves que mostraron su voluntad de sumarse a la transformación universitaria. Aunque no integró los principales ámbitos del cogobierno (fue claustrista de Humanidades pero no miembro de los consejos de las facultades ni del Consejo Directivo Central), su opinión fue requerida en diversas instancias de debate sobre el rumbo de la Udelar y realizó importantes aportes al proceso de afianzamiento de la institucionalidad científica en el país. En esos ámbitos, su defensa del cogobierno, de la completa autonomía del poder político y de la acción social de la Universidad no fue nunca en detrimento de su estricta valoración de la calidad académica, del esfuerzo por cumplir con los estándares ya globalizados, fundamentalmente en las ciencias básicas, y de la insistencia en la necesidad de crear una institucionalidad que garantizara el cultivo exigente de las diferentes disciplinas. En los años sesenta, estos posicionamientos lo alejaron de quienes, dentro de izquierda, pensaban a la Universidad básicamente como un campo de reclutamiento de sectores radicalizados, en detrimento muchas veces hasta de su marco normativo (otra dimensión de la despreciada “legalidad burguesa”) y lo acercaron a quienes la veían un espacio de lucha específico, con sus lógicas y necesidades no reductibles a la política (en el plano de las anécdotas, esto puede ejemplificarse en las reiteradas referencias a Massera como duro evaluador de sus “camaradas” y acérrimo defensor de la calidad académica de personas que no eran de izquierda).<sup>46</sup> En este segundo grupo figuraban de modo prominente los comunistas, algunos grupos de izquierdistas independientes y personas provenientes de los partidos tradicionales (como Maggiolo y Ricaldoni) que, en su mayor parte, terminaron adhiriendo a la coalición de izquierda Frente Amplio en 1971. Desde el parlamento, Massera se convirtió en un eficaz portavoz de ese grupo al plantear las necesidades presupuestales de la Udelar y defenderla de los ataques del gobierno y otros actores políticos que a veces lo tocaron personalmente.

Sin embargo, esta división de aguas no alcanza para entender los comportamientos de ese conjunto de intelectuales que, a pesar de sus grandes áreas de coincidencia, tuvo también divergencias relativas a la problemática específica de la actividad académica.

Una línea clara de escisión puede rastrearse hasta la fundación de la Facultad de Humanidades y Ciencias (FHC) en 1945, como primer intento de romper con la orientación profesionalista de la Udelar. Aunque tanto Massera como Laguardia y otros científicos colaboraron a su desarrollo con el dictado de cursos y otras tareas, fueron también fuertemente críticos de la libertad de estudios y de la falta de definición acerca de la inserción laboral de los egresados, marcas de esa facultad de la mano de su primer decano el filósofo Carlos Vaz Ferreira. A fines de los años cincuenta, en respuesta a reclamos de los estudiantes, Massera expresó su opinión sobre el caso específico de la formación matemática en ese ámbito. Señaló, en primer lugar, la necesidad de coordinar con el instituto de formación docente creado paralelamente a (y en gran medida en abierta competencia con) la FHC para asegurar una salida laboral. Apuntó luego a un problema esencial en la discusión sobre la estructura universitaria que, a su entender, la creación de la FHC lejos de resolver había intensificado: “Hay que buscar las soluciones... no en una rivalidad entre las instituciones existentes, que buscarían de ese modo arrebatare... los escasísimos alumnos, profesores y recursos que existen, sino en la coordinación de dichos institutos.”<sup>47</sup>

Por su parte, Massera había favorecido siempre la creación de una Facultad de Ciencias que formara “profesionales” en un sentido muy diferente al de las profesiones liberales predominantes entonces en la Universidad pero sin renunciar, como le parecía que había hecho la FHC, a ser reconocidos como “socialmente útiles” y “remunerados económicamente como corresponde”.<sup>48</sup> Para esto, sostenía, había que articular con el resto del sistema educativo y repensar la estructura de toda la institución, dos asuntos que resultaron imposibles de resolver para quienes ocuparon cargos de poder en la Udelar en esos años (estuvieron planteados en el debate del “Plan Maggiolo” y en gran medida se mantienen abiertos en la actualidad).<sup>49</sup> Sirvan esos deslindes de la posición de Massera y ese señalamiento de los frenos internos de la reforma universitaria de los sesenta para matizar también la idea de que sólo los procesos de polarización política (particularmente el autoritarismo) explican lo sucedido en la Universidad en la década siguiente.

## Intelectual comunista

Este breve repaso de la trayectoria de José Luis Massera buscó mostrar su desarrollo como una figura de referencia sobre los temas de la educación superior, la investigación científica y el papel social de los intelectuales, primero dentro del PCU, y luego para amplios sectores de la izquierda en Uruguay. Este reconocimiento se construyó, como vimos, en el doble carril de la academia y la política. Con menos de treinta años, Massera fue pionero de los estudios matemáticos en el país y fundador de una escuela

<sup>45</sup> Ver M. Blanca París de Oddone, *La Universidad de la República de la crisis a la intervención, 1958-1973*, Montevideo, Universidad de la República, 2011, y V. Markarian, “Apogeo y crisis del reformismo universitario: Algunos debates en torno al plan Maggiolo en la UDELAR”, en *Pensamiento Universitario*, n° 14, Buenos Aires, octubre de 2011.

<sup>46</sup> Ver por ejemplo las declaraciones de Jorge Lewowicz citadas en M. Bruno y N. Duffau, op. cit., p. 189, y R. Markarian, “Las ecuaciones diferenciales están de duelo”, en *Brecha*, Montevideo, 20 de de setiembre de 2002.

<sup>47</sup> J. L. Massera, “Algunas consideraciones sobre reestructuración de la Universidad”, Repartido de la Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad de la República, Montevideo, 4 de junio de 1958, en AGU, Archivo Laguardia, Caja 48.

<sup>48</sup> J. L. Massera, “Disertación en la Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia”, Montevideo, 18 de noviembre de 1947, AGU, Archivo Laguardia, Caja 52.

<sup>49</sup> Por las discusiones del “Plan Maggiolo”, ver V. Markarian, “Apogeo y crisis del reformismo universitario: Algunos debates en torno al plan Maggiolo en la UDELAR”, op. cit.

la sólida de esa disciplina en un medio casi sin tradición científica. En 1947 y 1948, a poco de pasar los treinta y ya miembro del Comité Nacional del PCU, viajó a Estados Unidos con una beca de la Fundación Rockefeller que le permitió conocer a los matemáticos más destacados de la época y familiarizarse con algunas de las instituciones científicas más reconocidas a nivel mundial. En esa misma etapa publicó algunos de sus trabajos matemáticos más importantes en revistas académicas de Estados Unidos.

Hacia mediados de siglo, mientras continuaba una exitosa carrera académica desde Uruguay, Massera tuvo un papel clave en la destitución de parte de la vieja dirigencia comunista y el inicio de un proceso de renovación de la estrategia y forma de funcionamiento del PCU. Se ocupó en esa etapa (y por largos años) de conducir las actividades de lucha “por la paz”, centrales a la política exterior soviética del momento, y de planificar y supervisar las tareas de educación partidaria, de capital importancia a medida que se empezó a captar a cientos y miles de nuevos militantes. En esa doble función, y siempre en acuerdo con el secretario general Rodney Arismendi, puso los temas relativos al papel de los intelectuales en el proceso revolucionario como eje de sus preocupaciones, revirtiendo la anterior posición anti-intelectualista del PCU para considerarlos aliados claves del proletariado en esa etapa de “acumulación de fuerzas” de la revolución en Uruguay. Por otro lado, se fue afianzando en esos años la imagen de Massera como “un sabio”, que a un tiempo se nutría de y reforzaba la valoración de los intelectuales que caracterizó a los comunistas uruguayos en todo este período (y que podía, dicho sea de paso, trazar sus orígenes en el leninismo).

Lo interesante del caso de Massera es que las raíces del sistema de prestigio intelectual que cimentó su reconocimiento partidario, primero, y su reputación en la izquierda en sentido amplio, posteriormente, no tenían ningún punto de contacto relevante con las redes y canales del mundo cultural comunista. Puede argumentarse, como señalamos al principio de este texto, que las características de la disciplina que practicaba hacían innecesarios o fútiles esos contactos de base ideológica y política. Pero digamos más: a pesar de dedicarse a una rama de las matemáticas con antecedentes en Rusia y continuadores en la Unión Soviética, sus colaboraciones con los colegas de ese y otros países socialistas no fueron definitorias en su carrera. Su principal guía en esta materia fue siempre la excelencia académica. Esa brújula lo llevó tempranamente a Estados Unidos para dirigirlo después, en combinación con sus preocupaciones por el desarrollo de la ciencia en países dependientes, a quedarse en Uruguay y relacionarse con matemáticos de la región para fortalecer la investigación y la enseñanza de la disciplina. Esas decisiones, junto con su innegable talento, posibilitaron la creación y consolidación de una escuela matemática potente en un país casi sin tradición científica. Se unió para ello con otros destacados universitarios de la época: con Laguardia en la fundación del Instituto de Matemática y Estadística, con Ricaldoni y Maggiolo para la renovación de la Facultad de Ingeniería, con ellos tres y muchos más en la Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia.

En base a esas articulaciones Massera se integró al grupo de universitarios que intentó actualizar la Universidad de la República en los años cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo pasado y que, sin demasiadas prevenciones, podemos llamar “generación reformista”. A mediados del siglo pasado, como mencionamos, el término “reformismo” aludía, en la interna universitaria, a la inspiración del movimiento, fundamentalmente estudiantil, iniciado en Córdoba en 1918 y con hondas repercusiones en el resto del continente. Era común que muchos participantes en los órganos de cogobierno de la Udelar, sobre todo los docentes, mencionaran esa inspiración para dar densidad histórica a sus reclamos de cambios en la institución en el sentido de incrementar sus acciones sociales, democratizar sus modos de funcionamiento y aumentar su autonomía del poder político, temas que en Uruguay tenían una más larga tradición, como han señalado Mark Van Aken y Juan Oddone y Blanca París, y que la Ley Orgánica de 1958 habilitaba sin restricciones.<sup>50</sup> Aunque todavía hace falta más elaboración de este punto, aquí se trató de demostrar que una parte importante de ese conjunto de universitarios, que fue ocupando cada vez más posiciones de poder en los tres lustros anteriores al golpe de Estado de 1973, tuvo en común, además, una preocupación acuciente por la estructura académica y por el lugar de la investigación entre las funciones de la Udelar. Por encima de sus orígenes sociales, posiciones políticas y formaciones específicas, es posible identificarlos como “generación reformista”, entonces, porque en esas décadas impulsaron varias iniciativas comunes que apuntaban a romper con la orientación profesionalista de la Universidad y con su hasta entonces predominante papel de formadora de los cuadros dirigentes de la sociedad. Por supuesto que este impulso transformador estaba inmerso en un ambiente regional y global de discusión sobre los objetivos y modos de organización de los sistemas de educación superior, desafiados en todas partes por los propios avances del conocimiento científico, el cambio de relaciones con el poder político y la masificación del acceso a esos niveles de enseñanza.

En ese contexto, la “generación reformista” uruguaya tuvo también sus discrepancias internas, con inevitables correlatos políticos. Además de algunos clivajes generacionales que también es preciso estudiar en más detalle, hubo allí, en deslindes difíciles entre la academia y la militancia (y en fluctuantes alianzas), afiliados a diversas versiones del desarrollismo y las teorías de la modernización (muchos de ellos convocados a trabajar en proyectos del gobierno en esos años), adherentes a un nacionalismo proteccionista de raíces en sectores progresistas del Partido Colorado, filósofos de viejo cuño cercanos al modelo del intelectual decimonónico, dirigentes estudiantiles de diversas filaciones izquierdistas y, como dijimos, muchos comunistas activos. En otro trabajo, llamé la atención sobre algunos de estos encuentros al señalar que en el Seminario de Estructuras Universitarias que organizara Darcy Ribeiro en 1967, importante insumo del men-

<sup>50</sup> Ver Mark Van Aken, *Los militantes: Una historia del movimiento estudiantil uruguayo*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 1990, y Juan Oddone y M. Blanca París, *La Universidad uruguaya del militarismo a la crisis*, Montevideo, Universidad de la República, 1971.



tado Plan Maggiolo, participaban dos de los líderes estudiantiles que luego integraron el Comité de Huelga de las grandes movilizaciones de 1968, uno por el ala comunista y otro por la nueva mayoría que favorecía prácticas más confrontacionales.<sup>51</sup> De hecho, las páginas anteriores han tratado de postular que las opiniones de Massera sobre política científica se volvieron relevantes gracias a ese conjunto de asociaciones dinámicas en torno a la necesidad de promover una transformación profunda de la Udelar. A su vez, tal relevancia de uno de sus principales dirigentes permitió a los comunistas universitarios participar de lleno en un debate que consideraban importante y que les permitía articular sus posiciones con los lineamientos políticos más generales sobre el papel de los intelectuales en el proceso revolucionario.

Mirado ahora desde la interna de la izquierda, es claro que tal participación contribuyó a reafirmar escisiones que nacían de diferentes concepciones sobre cómo promover cambios sociales radicales. En este debate, como he señalado en otros textos, el tema de la violencia era sólo una parte y las argumentaciones solían tocar asuntos tan diversos como la importancia de las universidades en esa coyuntura histórica.<sup>52</sup> Esto permite entender mejor algunas particularidades del PCU en el contexto latinoamericano, especialmente su capacidad para seguir creciendo en medio de los procesos de radicalización que alimentaron explosivamente a los grupos y partidos que apostaban por la acción directa o la lucha armada y que disputaban por izquierda con su capacidad de reclutamiento. El desempeño de los comunistas en las discusiones de la Universidad ayuda a comprender también las múltiples convergencias que culminaron en la creación del Frente Amplio entre la mayor parte de los grupos de izquierda y sectores progresistas de los partidos tradicionales.

En ese contexto social y político más general, el análisis de la trayectoria de Massera aporta diversidad a nuestra comprensión de qué podía querer decir ser "intelectual" y "comunista" en tiempos de Guerra Fría. En muchos casos, a no dudarlo, esto significaba aprovechar públicos locales y redes internacionales, apoyar causas de dudosas virtudes, someterse a directivas ideológicas, callarse ciertas opiniones o poner la creatividad y la inteligencia al servicio de objetivos que se creían por encima de toda sospecha y posibilidad de crítica. En el caso de Massera, como en el de tantos otros, sin negar sus silencios o cegueras frente al admirado "socialismo real", es claro que lo medular de su recorrido apunta a un esfuerzo de convergencia y coherencia entre sus dos pasiones: la ciencia y la política. Sin ánimo de simplificar demasiado, pero sin ocultar tampoco la admiración que despierta una vida tan rica en desafíos y realizaciones, quizás lo mejor sea terminar con su propia explicación al repasar, desde la vejez, las décadas pasadas:

Desde la más temprana juventud, he tratado de articular dos aspectos que a menudo se consideran incompatibles, cuando no antagónicos. Por un lado, el estudio de conceptos científicos, a veces muy generales y abstractos, de modo que ellos

resulten aplicables, debido a su propia generalidad, a vastas zonas de conocimientos. Por otra parte, siempre me sentí moralmente comprometido a tomar parte en muchos de los sucesos que en el siglo XX han conmovido con tanta hondura a las sociedades humanas de diversas geografías, las sometían a dolorosas pruebas o, a veces, las llevaban a conquistar importantes avances de bienestar o justicia social. Por mucho que ese compromiso estuviera sujeto a inevitables limitaciones y errores, nunca pude concebir mi existencia egoístamente ajena a estos sufrimientos y alegrías y rehuir mi aporte personal a lo que creía más acorde con la verdad y la justicia.<sup>53</sup>

<sup>51</sup> Ver Markarian, "Apogeo y crisis del reformismo universitario. Algunos debates en torno al plan Maggiolo en la UDELAR", *op. cit.*

<sup>52</sup> Ver por ejemplo Markarian, *EL 68 uruguayo*, *op. cit.*

<sup>53</sup> J. L. Massera al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Puebla, México, 1985, AGU, Archivo Massera, Caja 6.

# Héctor P. Agosti, intelectual y político

Adriana Petra\*

Luego del golpe de 1955, el Partido Comunista Argentino (PCA) no fue ajeno al proceso de contestación generacional e impugnación ideológica que tuvo al espacio liberal, y con éste a las izquierdas "tradicionales", como centro de una profunda mutación de la identidad política de los intelectuales, cuya relectura del peronismo fue acompañada de un notable proceso de modernización cultural y una apertura hacia nuevos horizontes teórico-políticos donde el marxismo podía articularse con el existencialismo, el nacionalismo y, Revolución Cubana mediante, la lucha armada. En este contexto de reorganización ideológica e institucional, en el marco del cual el comunismo perdió el monopolio del saber marxista que hasta entonces detentaba y debió enfrentarse a una profunda crisis de identidad, el espacio cultural ligado al partido se diversificó, distanciándose de la hegemonía de la cultura ruso-soviética y adoptando un dinamismo que no poseía desde la década del '20 y que se tradujo en la proliferación de emprendimientos y revistas culturales animadas por comunistas o simpatizantes. En este periodo, la figura del ensayista Héctor P. Agosti se vuelve central, pues al menos por un puñado de años consiguió articular y canalizar en torno a su figura, las presiones revisionistas de los nuevos intelectuales comunistas, ofreciendo una reflexión sobre el lugar de los intelectuales en el partido y, en general, en los procesos de cambio social, que superaba ampliamente el tono administrativo e instrumental con que el partido solía tratar con los temas culturales.

En el marco de su disputa contra los sectores partidarios más definitivamente apegados a las codificaciones estalinistas en materia cultural, Agosti emprendió desde comienzos de los años '50 un proceso de renovación y ampliación del frente cultural partidario que se nutrió de las nuevas camadas de jóvenes intelectuales tanto de Buenos Aires como de las provincias, entre los que destacaron José María Aricó, Juan Carlos Portantiero y Héctor

Schmucler. Desde su ingreso, en 1952, a la revista oficial del partido, **Cuadernos de Cultura**, la política de traducciones volcada a la difusión del zhdanovismo se abrió hacia los aportes de intelectuales y dirigentes comunistas franceses e italianos, como Henri Lefebvre, Pierre Vilar, Palmiro Togliatti, Antonio Banfi, entre otros que irán ganando presencia en la publicación. Pero será la incorporación de las categorías gramscianas a sus propios análisis culturales, desde la publicación de su **Echeverría** en 1951, y su trabajo como editor y traductor de los **Cuadernos de la Cárcel** lo que definirá el trabajo intelectual de Agosti, así como la clave de lectura del Gramsci de los comunistas argentinos.

En ese artículo, nos proponemos repasar brevemente algunos momentos fundamentales de la trayectoria de Agosti en este periodo, recortando la atención sobre algunas intervenciones significativas en torno al problema de los intelectuales y la cultura, tópico central de su programa político-intelectual.

En el momento de máxima condensación de su ascendencia partidaria, la militancia comunista de Agosti ya recorría tres décadas, cuando en 1927, luego de las juveniles simpatías anarquistas, ingresa a la Federación Juvenil Comunista.<sup>1</sup> Él mismo relató su acercamiento al comunismo en una novela autobiográfica que nunca concluyó titulada "A veces lloro sin querer. Conversaciones con Hugo Lamel", escrita aproximadamente hacia el año 1954.<sup>2</sup> En este

\* CeDInCI-Universidad Nacional de San Martín (UNSAM)/Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET), Argentina.

<sup>1</sup> Para un itinerario de Agosti consultar Samuel Schneider, **Héctor P. Agosti: creación y milicia**, Buenos Aires, Grupo de Amigos de Héctor P. Agosti, 1994; Arturo Zamudio Barrios, **Las prisiones de Héctor P. Agosti**, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992. Para un acercamiento razonado sobre el itinerario de Agosti y el problema de los intelectuales ver Laura Prado Acosta, **Héctor Agosti, el difícil equilibrio. Partido Comunista e intelectuales (1936-1963)**, Buenos Aires, Tesis de maestría inédita de la Universidad Nacional de San Andrés, 2010. Para un balance comprensivo sobre la figura de Agosti como intelectual de partido ver Alexia Massholder, **El Partido Comunista y sus intelectuales. Pensamiento y acción de Héctor P. Agosti**, Buenos Aires, Luxemburg, 2014.

<sup>2</sup> Héctor P. Agosti, "A veces lloro sin querer (Diálogos con Hugo Lamel)", texto inédito perteneciente al Archivo HPA/CeDInCI, Caja 6, p. 24.



texto, que arranca con la muerte de su *alter ego* Hugo Lamel, seudónimo habitualmente utilizado por Agosti y que es un homenaje al revolucionario e intelectual cubano Antonio Mella (Lamel es un anagrama de Mella), relata su infancia en el barrio de Balvanera, entre las estrecheces económicas de una familia trabajadora y el primer acercamiento a la vida política a través de la militancia radical de su padre Rómulo, obrero pintor y letrista. El deambular infantil en la ciudad, su encuentro temprano con el mundo de los libros a través de las visitas a la Biblioteca Nacional de la calle México y con el cine al que accedía repartiendo volantes y barriendo la sala del biógrafo del barrio, aparecen en este texto con un tono definitorio, tanto en lo que concierne a la “sutilidad porteña” que definirá su estilo como ensayista y escritor, como al orgullo por esos orígenes plebeyos que en buena medida marcarán sus tomas de posición políticas e intelectuales. Ese niño reconcentrado y tímido se convertirá, con el tiempo, en un joven embuido de un “idealismo trascendental” que veía la política como un “ejercicio de moralidad”. De allí su desprecio por la mansedumbre y la esclerosis de la vida intelectual argentina, donde “para ser escritor de importancia hace falta regresar de Europa, en primera clase naturalmente, y decir cuatro pavadas engoladas a los crónistas que esperar en el puerto” y su deslumbramiento por el “pathos” de personajes como Augusto César Sandino y Mella.<sup>3</sup>

En este texto, precisamente, Agosti explicará su propia autobiografía político-intelectual a partir del abandono, no sin sufrimientos, de una concepción “idealista” y “moralizante” sobre la política y la realidad americana que comienza a resquebrajarse por una sucesión de momentos clave: la participación en las manifestaciones en contra de la vista de Herbert Hoover a Buenos Aires, la asistencia a una conferencia conjunta de Rodolfo Ghioldi y Carlos Prestes en el Teatro Nuevo (él mismo lugar donde en 1918 José Ingenieros había alabado la Revolución Rusa), su adhesión a la Liga Antiimperialista y, fundamentalmente, el asesinato de Mella en México en enero de 1929.

El infausto suceso conmovió hondamente al joven argentino que recién se incorporaba al combate por los mismos ideales revolucionarios. Sentía gran admiración por su camarada cubano, a quien lo unía una profunda hermandad espiritual.<sup>4</sup>

Esta temprana afinidad es interesante leída en conjunto con la insistencia de Agosti en ponderar las “razones morales” que llevan a un intelectual a tomar conciencia de los procesos sociales, como un primer paso a su politización. Tanto este tópico, como el lamento por una sociedad que mostraba una profunda desconsideración hacia sus intelectuales, incluso dentro de los partidos de izquierda, se mantuvo en todas sus reflexiones sobre el tema.

Pero insisto en la tonalidad moral porque es esa, evidentemente, la insatisfacción de Hugo tomada aquí como signo de

una conciencia colectiva; esa insatisfacción es el primer signo hacia una rebeldía que acaso pueda llegar a ser revolución. Sé muy bien qué clase de objeciones se levantarán a esta altura de la crónica. Algunos dueños de recetas dirán, seguramente, que esa insatisfacción es inexplicable existiendo en el país un partido de la clase obrera. Yo no quiero discutir ahora ese simplismo, bien que yo mismo lo practicara en mis réplicas a Hugo. Pero algo debía existir sin duda en la trama de nuestros datos sociales para que el partido de la clase obrera no alcanzara a convertirse todavía en el centro insipirador de la vida nacional. Se puede decir (y en cierta medida es justo decirlo) que algunas manifestaciones de la insatisfacción, el surrealismo pongo por caso, constituyen derivados del mismo orden social que determina la insatisfacción. Pero lo son en el conjunto del proceso histórico general y no en la actuación individual (por lo menos en los instantes iniciales), a menos de pensar que la humanidad está constituida por farsantes que voluntariamente se cubren de ignominia. Esta insatisfacción es la condición dramática de la inteligencia: cuando Neruda escribe *Residencia en la tierra* está mostrando al desnudo, dolorosamente, las raíces de su perplejidad insatisfecha; sólo la estupidez crítica podría ver allí la cima de una podredumbre existencialista en lugar de ver el padecimiento de una existencia desgarrada por un medio social colmado de mezquindad. No quiero hacer comparaciones infelices; no quiero establecer paralelos. Anoto, simplemente, ese hecho de la insatisfacción, episodio primero de la rebeldía intelectual, que suele mirarse con suficiente simpleza. Hugo fue un ejemplo típico de semejante insatisfacción.<sup>5</sup>

En 1929 Agosti asiste como secretario de Victorio Codovilla, histórico líder del PCA, a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana y el mismo año ingresa a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, la que abandona tiempo después dejando sin entregar una tesis dedicada a las contradicciones de la ética idealista. Para ese momento, ya formaba parte del círculo de jóvenes que rodeaba a Aníbal Ponce, del que se consideraba su principal discípulo y de quien adoptará los rasgos más salientes de su interpretación sobre el pasado argentino y, fundamentalmente, sobre la función de la inteligencia en los procesos de cambio social. Antes de abandonar la facultad, Agosti es elegido presidente de la Federación Universitaria Argentina y participa en la Fundación del Grupo Universitario Insurrexit, ala izquierda del movimiento reformista. Su primer obra de aliento, *Crítica de la Reforma Universitaria*, es anunciada por Aníbal Ponce desde las páginas de *Dialéctica* y finalmente publicada en la revista del Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), *Cursos y Conferencias*. En 1930, el joven Agosti ingresó al Comité Central del PCA, del que es separado tiempo después acusado de no oponerse con suficiente firmeza a los socialistas y radicales, en ese momento considerados socialfascistas. Un año después sufre la primera de una saga de detenciones que lo mantienen entre el exilio montevideano y la cárcel hasta 1937, cuando recupera la libertad luego de una extensa campaña pública de la que partici-

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 60.

<sup>4</sup> Agosti escribió un sentido perfil de Antonio Mella bajo el título “Mella o la voz de América” y lo incluyó en su primer libro *El hombre prisionero*, Buenos Aires, Claridad, 1938.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 27-28

paron los más importantes intelectuales del país. Entre 1938 y 1940 dirige la hoja literaria del periódico **Orientación** y publica su primer libro, **El hombre prisionero**.

Hasta su clausura luego del golpe militar de 1943, Agosti participa activamente de la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), de la que llega a ser secretario general y director de **Nueva Gaceta**, periódico de una de las más importantes organizaciones antifascistas argentinas. A partir de su labor en el movimiento antifascista, se convierte en el intelectual público más importante y requerido del partido, iniciando una larga saga de conferencias y presentaciones en el interior del país. Luego del golpe de junio, se exilia en Montevideo junto a otros dirigentes comunistas, entre ellos Rodolfo Ghioldi, con quien dirige el periódico **Pueblo Argentino**. A través de la editorial del comunismo uruguayo Pueblos Unidos, publica **Defensa del realismo**, uno de sus libros más importantes y el primero que le valió un reconocimiento internacional de la mano del filósofo francés Henri Lefebvre, quien lo elogió con vehemencia.<sup>6</sup>

### Echeverría: entre Gramsci e Ingenieros

La colaboración entre comunistas, socialistas y liberales en el frente intelectual antiperonista tuvo su punto culminante con la campaña de conmemoración del centenario de la muerte de Esteban Echeverría. Impulsado por Agosti desde su puesto en la secretaría de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), el homenaje al poeta y mentor de la Generación del 37 aglutinó a un amplio espectro de intelectuales de diversas tradiciones políticas y fue la oportunidad para reflotar los vínculos de la sociabilidad antifascista en un desafío abierto al gobierno de Perón, que venía de conmemorar con gran despliegue oficial el centenario de la muerte de José de San Martín. La Comisión de Homenaje a Esteban Echeverría fue presidida por el ensayista liberal Carlos Alberto Erró, secundado por el filólogo Jorge Furt y el escritor e historiador Julio Aramburu, y la integraron un elenco de escritores e

intelectuales que incluía a María Rosa Oliver, Raúl Soldi, Roberto Giusti, Arturo Capdevilla, entre otros.

Entre los varios libros que se publicaron en ocasión del homenaje al autor del Dogma Socialista, se encontraba Echeverría, de Héctor P. Agosti.<sup>7</sup> El argumento central recuperaba una idea transitada: el proceso histórico argentino debía caracterizarse como una “revolución interrumpida” a causa de la incapacidad de la burguesía de dar respuesta al problema de la tierra y así integrar a las masas rurales a un proyecto nacional.<sup>8</sup> Valiéndose de las reflexiones de Antonio Gramsci sobre el Risorgimento italiano, Agosti dirá que la burguesía argentina adoleció de un “jacobinismo a medias” que le impidió consumir un programa de unificación nacional que superara la disgregación feudal, estableciera una economía capitalista e imprimiera una dirección progresista al conjunto de la sociedad. Débil y temerosa de las masas populares, la incipiente burguesía comercial porteña terminó derrotada por los caudillos porque fue incapaz de alzarse como clase dirigente del conjunto de las fuerzas sociales nacionales y consumir un estado moderno. Este fracaso arrastró tras de sí a los grupos intelectuales que se hallaban unidos a ella y, entre estos, la única elaboración político-intelectual posterior a la Independencia que fue capaz de pensar el problema de la formación de una nación moderna: la Generación del ‘37 y, sobre todo, Esteban Echeverría. Al no poder generar un partido político propio que articulara programáticamente su equidistancia de las facciones en pugna, el problema de esta generación de intelectuales no fueron sus ideas, dirá Agosti, sino el suicidio histórico de la clase que procuraba adiestrar con sus lecciones.<sup>9</sup>

En una de las más interesantes interpretaciones del programa político-intelectual de Agosti en el seno del comunismo argentino, José María Aricó definirá esta lectura como un particular ejercicio de “traducción errónea” en tanto se fundaba en el establecimiento de una “analogía” entre los procesos históricos analizados por Gramsci para Italia y la situación argentina.<sup>10</sup> Gramsci, explica el autor de **Marx y América Latina**, no se propuso asimilar el caso italiano al modelo de la revolución francesa, sino, por el contrario, determinar las condiciones particulares que imposibilitaron la audacia jacobina entre las fuerzas políticas que se disputaron la dirección del proceso de unificación. Agosti, sin embargo, trasladó los conceptos gramscianos a una realidad que carecía de los elementos a partir de los cuales aquellos conceptos habían sido pergeñados, postulando clases y fuerzas sociales (la burguesía, el campesinado) que en realidad no existían y ofreciendo en consecuencia una lectura sobre el pasado argentino fuertemente ide-

<sup>6</sup> El libro de Agosti llegó a las manos del filósofo francés por intermediación de Antonio Berni, a quien lo unía una amistad que se remontaba a la década del 30, en ocasión del segundo viaje a París del pintor argentino. En el momento del encuentro, Lefebvre venía de una amarga experiencia intelectual con la supresión, por las autoridades del PCF, de la **Revue Marxiste**, de la que también participó Paul Nizan y buena parte de los miembros del grupo Philosophes. Lefebvre le envió una elogiosa carta a Agosti y este la incluyó como prólogo a la segunda edición de **Defensa del Realismo** por la editorial Quetzal. Allí afirmaba: “Pocos textos se han escrito más serios, más profundos que esas líneas. Le confesaré que se adelantaban a casi todo cuanto se escribía en Francia por esa época (1949-50) y que estaba impregnado de una especie de subjetivismo vulgarmente sociológico: un subjetivismo de clase. De esa manera hemos conducido, usted y yo, conociéndonos muy poco, y de manera independiente, la misma lucha por la objetividad profundizada del arte nuevo” (1955, p. 9). En 1958 Lefebvre fue expulsado del PCF y pasó a integrar el equipo de la revista “revisionista” **Arguments**, donde también escribían otros comunistas discolos como Edgar Morin, y comenzó a desarrollar un mayor interés por los fenómenos de alienación en las sociedades de consumo. Agosti retiró de las siguientes ediciones de **Defensa del Realismo** el prólogo que tanto orgullo le había deparado en su momento y comenzó a referirse al filósofo francés como un teórico neomarxista de inspiración anticomunista.

<sup>7</sup> Se publicaron Pedro Barreiro, **El Espíritu de Mayo y el revisionismo histórico: La visión política y social de Echeverría** (Buenos Aires, Antonio Zamora, 1951), Benito Marianetti, **Esteban Echeverría: Glosas de un ideario socialista** (Mendoza, s/d: 1951), Alfredo Palacios, **Esteban Echeverría: Albacea del pensamiento de Mayo** (Buenos Aires, Claridad, 1951), Delio Panizza, **A Esteban Echeverría** (Montiel, 1951), Tulio Halperín Donghi, **El pensamiento de Echeverría** (Buenos Aires, Sudamericana, 1951) y Nydia Lamarque, **Echeverría, el poeta** (Buenos Aires, s/d, 1951)

<sup>8</sup> Héctor P. Agosti, **Echeverría**, Buenos Aires, Futuro, 1951, p. 12

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>10</sup> José María Aricó, **La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 49 y ss.



ológica que resultó políticamente impotente e históricamente falsa. Para Aricó, además, la insistencia de Agosti en la “falta de jacobinismo” de la supuesta burguesía argentina no solo era un anacronismo destinado a justificar la posición política de los comunistas (la revolución democrático-burguesa de carácter agrario y antiimperialista) sino el tributo que su antiguo maestro le rendía a una filosofía de la historia evolucionista y determinista que concebía que la experiencia europea podía replicarse en otras geografías y circunstancias históricas.

La idea de que las tareas de la Revolución de Mayo continuaban vigentes como un mandato irrealizado estaba presente en la imaginación histórica comunista al menos desde la década del '30, cuando obligado por las necesidades políticas de la estrategia frentepopulista el partido comience a construir un relato sobre el pasado histórico que tendrá en Mayo y los héroes culturales del liberalismo su punto de arranque e identificación. En esta operación de invención de una tradición para el comunismo local, la figura de José Ingenieros ocupó un lugar fundamental y fue el punto de partida para una interpretación particular del pasado argentino muy poderosa entre los intelectuales formados en la sensibilidad antifascista. Desde Aníbal Ponce hasta Agosti, pasando por Gregorio Bermann, Sergio Bagú, Raúl Larra, Emilio Troise y José P. Barreiro, “la noción ingenieriana de que el mandato revolucionario de Mayo había abortado en el proceso histórico argentino, y de que era necesario construir una nueva elite que lo llevara a destino, se volvía una potente ficción orientadora para quienes veían en el *fascismo criollo* al enemigo que nuevamente frustraba la concreción de ese ideal”.<sup>11</sup> En efecto, con **La Evolución de las Ideas Argentinas**, Ingenieros había propuesto tanto una periodización de la historia argentina que establecía un claro paralelismo con la historia europea, como una clave ideológica liberal-reformista que establecía una línea de continuidad histórica entre los ideales de la Revolución de Mayo y el presente. De este modo, en su análisis del proceso histórico argentino Agosti no solo era víctima, como sugiere Aricó, del “espejismo de la revolución agraria que desde los treinta obsesionaba a los comunistas”, sino que se inscribía en una tradición intelectual que superaba los límites de la estrechez teórica de su partido.<sup>12</sup>

A esta genealogía intelectual que une a su maestro Aníbal Ponce con José Ingenieros y a este con Echeverría y la Generación del '37, Agosti sumará un punto de vista para evaluar el modo en que el marxismo debía enfrentarse a una realidad diferente de aquella que estaba destinado a interpretar. Es decir, lo que ahora denominamos el problema de la recepción. Michel Löwy ha señalado que el recorrido del marxismo en América Latina se vio amena-

zado por dos tentaciones opuestas: de un lado, el exotismo indioamericano, que tiende a absolutizar la especificidad del subcontinente al punto que termina por enjuiciar al marxismo por su carácter excesivamente europeo; del otro, el europeísmo, que se limita a trasplantar los modelos de desarrollo histórico de las sociedades europeas estudiados por Marx y Engels al análisis de las realidades latinoamericanas, buscando continuamente equivalentes que sostengan las hipótesis teóricas y negando cualquier particularidad local. Todo el período comprendido por la hegemonía estalinista estuvo dominado, según Löwy, por este segundo enfoque, que es el punto de partida para la caracterización feudal de las formaciones económicas latinoamericanas y, en consecuencia, para el etapismo que dominó la política comunista.<sup>13</sup>

A través de la figura de Esteban Echeverría, Agosti realizará una inflexión sobre este modelo europeísta en la que toma especial relevancia la dimensión ideológica y, por lo tanto, el problema de la función de los intelectuales. Para Agosti, el carácter universal del pensamiento europeo y, por lo tanto, de los procesos de transformación social, era incuestionable y su influencia en las regiones atrasadas ineludible, aunque sometida a peripecias particulares. Por esta razón, la teoría del “paralelismo histórico”, proclamada por primera vez por el autor del **Dogma Socialista** y replicada por José Ingenieros cien años después, constituía un programa político-intelectual específico: dado que el pensamiento originado en Europa debía *necesariamente* ejercitar una acción de “desquicio” en los países atrasados, la función de las elites ilustradas era establecer sobre cada terreno nacional las causas concretas que determinaban su “anomalía” respecto a las líneas “lógicas” del desarrollo histórico y, sobre esta base, articular los principios rectores de la “voluntad” de su transformación a partir de una batalla a la vez ideológica y política.<sup>14</sup>

Echeverría enseña la verdad de esta conexión universal de los sucesos revolucionarios, y frente a ciertas meditaciones ilusorias de la historia va a probarnos que las ideas no viven en compartimentos clausurados por fronteras nacionales, y que reproducen sus mismos efectos a poco que sus mismas causas originarias reaparezcan sobre otras latitudes. Más aún: va a probarnos que el pensamiento es en sí mismo “engendrador de la revolución”, en tanto “no es un pensamiento aislado, parto solitario de la razón, sino una concepción racional deducida del conocimiento de la historia, y del organismo animado de la sociedad”.<sup>15</sup>

Este es el motivo por el cual la irreductibilidad del problema argentino a la dinámica de los modelos teóricos europeos, adopta en Agosti la figura del drama. En tanto que la condición dramática del país responde a causas históricas concretas —el abandono de los

<sup>11</sup> Ricardo Pasolini, “Crítica erudita y exaltación antifascista. Acerca de la obra de José Ingenieros ‘historiador’”, en *Prismas*, n° 11, 2007, pp. 87-107; del mismo autor *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013.

<sup>12</sup> Cfr. Aricó, *op. cit.*, p. 57. Esta interpretación de los procesos históricos latinoamericanos excede incluso los límites nacionales, como lo ha demostrado Rafael Rojas al analizar el “mito de la revolución inconclusa” que atravesó el pensamiento político cubano, incluida la izquierda marxista. Cfr. *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Barcelona, Anagrama, 2006. 2005, pp. 61 y ss.

<sup>13</sup> Michel Löwy, *El marxismo en América Latina (De 1909 a nuestros días)*. *Antología*, México, Era, 1980. p. 12.

<sup>14</sup> Sobre la cuestión de la síntesis entre el pensamiento europeo y el conocimiento de la realidad nacional en la obra doctrinaria de Esteban Echeverría así como del esquema interpretativo liberal-progresista de la Revolución de Mayo como un antagonismo entre una tradición progresiva y otra reaccionaria consultar Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 60-69.

<sup>15</sup> Agosti, *op. cit.*, p. 13.

principios de Mayo por una burguesía declinante e incapaz de cumplir su misión histórica— el correcto diagnóstico de esas causas es el primer paso hacia su solución y demuestra que el drama no es ineluctable, pues no es del orden metafísico. A diferencia del ensayo de interpretación nacional que desde la década del '30 comprendía el proceso argentino bajo el tono fatídico de las “invariantes psicológicas” y desembocaba en un nacionalismo de carácter esencialista, el programa echeverriano le permitía a Agosti apelar a una interpretación “realista” del problema nacional que no rechazaba el carácter universal de los procesos de transformación social sino que reconocía en éstos las particularidades locales.

Esta operación de reconocimiento de lo específico en el proceso universal, es lo que, en su opinión, evitaría el mero plagio o trasplante, puesto que obligaba a observar la realidad para deducir de allí las condiciones objetivas que servirían de base a la *voluntad* de su transformación. Así, realizará un diagnóstico sobre la cuestión nacional que si bien plantea el momento de la determinación económica (la revolución burguesa desmontando la arquitectura colonial y fundando otro tipo de relaciones sociales) concibe su solución en términos fundamentalmente *ideológicos*, o más precisamente, como una lucha ideológica tendiente a unificar la nación a partir de una tradición revolucionaria opuesta a la “contrarrevolución” y dispuesta a sustituir las formas de civilización feudal en todos los ámbitos de la vida nacional. Esto es, la lucha entre dos principios. La importancia asignada a los intelectuales y a la cultura en este proceso es lo que distingue a Agosti de otras interpretaciones comunistas del pasado argentino y constituye el punto de mayor operatividad del voluntarismo gramsciano.

Toda revolución o transformación necesita principios y no admitir esto equivale a negar al hombre como sujeto activo de la historia y mantener residuos de fatalidad o mecanicismo en la maduración espontánea de las condiciones objetivas.<sup>16</sup>

En la constante dialéctica entre las ideas y la realidad, el intelectual opera introduciendo la historia en la ciencia, esto es lo que Agosti llama “realismo crítico”.<sup>17</sup> Se trata de un realismo doctrinario opuesto a la pura demagogia o al mero eclecticismo, pues opera mediante el conocimiento de las leyes de la evolución social con el propósito de actuar sobre las masas para elevarlas al conocimiento de esas mismas leyes y, al mismo tiempo, se mide constantemente con la realidad que le impone a esa doctrina estímulos y correcciones. Pero el intelectual “realista crítico”, en tanto se transforma en un revolucionario, es portador de un “ideal ético” que se trasunta en una capacidad de anticipación y una voluntad de transformación, y en este sentido, como lo fue Echeverría, es un romántico. Tal como había definido la misión del escritor en su conferencia “Defensa del realismo” de 1945, para Agosti los intelectuales cumplen una función de aceleración de las condiciones objetivas siempre y cuando sean capaces de presentar ante la conciencia de las masas una visión del futuro posible.<sup>18</sup>

Entre escribir la historia y hacer la historia sin duda es preferible hacerla. Echeverría es, por esencia, el hombre que pugna por hacer la historia. Pero todo hombre que se empeña en hacer la historia es necesariamente alguien que se desvela por injertar en la realidad concreta esa partícula de sueño que la torna transformable. Soñar en las realidades ¿no era para Lenin el atributo de un revolucionario verdadero? Echeverría se nos muestra así como un soñador de realidades, como un recomponedor y transformador de realidades: como un hombre de este tiempo ardientemente volcado hacia el futuro y prohibido por lo mismo para todas las afrentas de la reconstitución imposible del pasado.<sup>19</sup>

En definitiva, la revolución interrumpida se manifestó en el orden cultural bajo la forma de un hiato entre la inteligencia y la realidad concreta del país porque la contrarrevolución inoculó los resabios de la Colonia en todos los órdenes de la vida nacional y obtuvo la dialéctica posible entre la teoría y la historia, es decir, el “realismo crítico” mediante el cual se desbrozan los obstáculos que impiden la inevitable universalización de los procesos de transformación social. La inteligencia argentina vivió el drama de estar unida a una clase incapaz de cumplir su función histórica y cayó presa de la hegemonía cultural de la oligarquía, abandonado su tradición militante y encaminándose hacia una creciente aristocratización. El problema de la función ideológica de los intelectuales en el contexto de una revolución burguesa que debía realizarse a pesar de la burguesía realmente existente, constituirá en adelante un punto nodal del análisis de Agosti, puesto que el progresivo distanciamiento con la tradición liberal lo conducirá a una reconsideración tanto del propio carácter de la revolución como de las formas de relación entre la cultura popular y el mundo letrado.

## Años intensos

Luego de participar activamente en el Congreso Continental de la Cultura, que reunió en Santiago de Chile, en junio de 1953, a una constelación de grandes escritores y artistas latinoamericanos, Agosti viaja por primera vez, a los 42 años, a la URSS. En el mismo trayecto visita China, lo que le producirá un enorme impacto, luego acrecentado por la nueva política cultural que el comunismo chino desarrolla después del XX Congreso del PCUS, en la que se alienta la diversidad de corrientes estéticas, artísticas y filosóficas así como la libertad de expresión y creación en un gesto de clara ruptura con el zhdanovismo que pocos años después será clausurado por la Revolución Cultural.<sup>20</sup>

En setiembre de 1956, en el mismo momento en que el mundo

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 18-19.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 24.

<sup>18</sup> Héctor P. Agosti, *Defensa del realismo*, Montevideo, Pueblos Unidos, 1945.

<sup>19</sup> Agosti, *op. cit.*, pp. 20-21 (resaltado en el original).

<sup>20</sup> El “arrebato de entusiasmo chino” que Agosti declaró en su informe sobre los intelectuales de 1956 también se hizo evidente en las páginas de *Cuadernos de Cultura*, publicación que siguió de cerca la nueva política cultural a través de la traducción de varios textos sobre el tema, incluyendo un dossier que bajo el título “¿Qué cien flores se abran de una vez!” reúne las principales intervenciones del debate sobre la literatura y el arte del período. Cfr. *Cuadernos de Cultura*, n° 33, diciembre de 1957.





descubría los crímenes del estalinismo y el culto a la personalidad denunciados por Nikita Jruschov en el XX Congreso del PCUS, Agosti presenta el informe central de la Primera Reunión de Intelectuales Comunistas, donde por primera vez presentada un abordaje razonado y sistemático de una cuestión que sin embargo no le era ajena: el rol de los intelectuales en la estrategia partidaria y la función de la cultura en los procesos de emancipación social. Punto de llegada de una batalla personal contra el “sectarismo” y el “sociologismo vulgar” que dominaba la crítica comunista, este texto, integrado al libro **Por una política de la cultura** (1956), trascendió las fronteras nacionales y fue recibido elogiosamente por otros intelectuales comunistas latinoamericanos, entre ellos el economista brasileño Caio Prado Jr., quien le dedicó una extenso comentario en su **Revista Brasiliense**.

Paralelamente, se presenta como candidato a diputado nacional en dos oportunidades, sin más suerte que la de terminar nuevamente en la cárcel, lo que no le impide mantener un riguroso programa de lecturas políticas y literarias. La difícil tarea de combinar las demandas de la militancia política y su pasión por los libros, sumado a la necesidad de ganarse la vida como traductor, periodista y profesor de escuelas secundarias, son objeto de amargos balances, sobre todo frente a la productividad de algunos de sus amigos cercanos, como Ezequiel Martínez Estrada. El contexto político, además, era poco propicio para la concentración escritural. A partir de los sucesos de Hungría no solo debió asumir públicamente la defensa de la invasión soviética frente a la condena de los intelectuales liberales, sino que también debió encargarse del frente interno, asumiendo el dictado de diversos cursos entre intelectuales y profesionales del partido con el objeto de “reforzar la lucha ideológica”.<sup>21</sup> En 1958 viaja a la Alemania Democrática para celebrar su décimo aniversario y visita la URSS por segunda vez. A partir este viaje estrecha contacto con el mundo cultural soviético, lo que se traduce en colaboraciones con revistas de Berlín, Praga y Moscú.<sup>22</sup> En las elecciones de 1958 que terminan con el triunfo electoral de Arturo Frondizi es candidato a diputado nacional. Ese mismo año, en vísperas del XII Congreso del PCA que debía realizarse en el mes de junio, corrieron rumores de que sería encumbrado en las “más altas posiciones” como producto de un movimiento de renovación interna que había forzado el apoyo del partido a la candidatura de Frondizi frente a la “posibilidad de extinguirse”.<sup>23</sup> El Congreso nunca se realizó y fue postergado por cinco años, pero el triunfo electoral del candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) le parece a Agosti el inicio de un nuevo curso para la historia del país y, personalmente, la posibilidad de una proyección nunca experimentada:

Para nosotros, para quienes subimos a la hombridad en 1930, esto no deja de ser emocionante. Tiene alguna emoción saber que podrán forjarse planes sin temor de deshacerlos al día siguiente. ¡Planes sin temor! Toda mi vida se ha consumido realmente en esta incertidumbre [...] Pienso que pueden acercarse para nosotros momentos decisivos, si sabemos movernos con soltura en ese mar de contradicciones abierto en el país. Canitrot me decía anteayer: harán muchas cosas si han aprendido verdaderamente el 20º congreso, si no lo repiten simplemente como una composición escolar de sexto grado. ¿Lo hemos aprendido? A veces pienso que no. Veo aún dureza en los planteos, sectarismo, estrechez mental y pienso que esto ya no es simplemente una cosa teórica para nosotros. Es algo vital, nos va en ello nuestro mismo existir, pues ya vamos rondando los cincuenta años y no podemos estar equivocándonos nunca, sin llegar nunca, empezando siempre.<sup>24</sup>

El entusiasmo dura demasiado poco. La “ignominiosa traición” de Frondizi cierra sombríamente el ciclo esperanzador que avizoraba Agosti en el mismo momento en que son publicados **Nación y Cultura** y **El Mito Liberal**. Desde entonces, con el partido nuevamente ilegalizado y perseguido, centra su atención en lo que David Viñas llamó la “generación traicionada” y en el nacimiento de formaciones de izquierda que crecen por fuera y contra el comunismo y el socialismo. En 1961 participa como responsable político del grupo comunista que desembarca en la revista **Che**, entre ellos Juan Carlos Portantiero e Isidoro Gilbert, publicación originalmente impulsada por jóvenes militantes del Partido Socialista Argentino que se propuso como un vehículo de articulación política entre el peronismo y las izquierdas desde una perspectiva revolucionaria y que adoptó un marcado tono cubano y antiimperialista.<sup>25</sup>

Precisamente, la irrupción en el escenario latinoamericano de la Revolución Cubana suma un elemento novedoso a los reacomodamientos moleculares que se estaban produciendo en el campo de las izquierdas, pues venía a cuestionar el núcleo mismo de las caracterizaciones comunistas sobre la revolución latinoamericana. Si bien el partido saludó desde un principio el movimiento que había derrocado al dictador Fulgencio Batista y expresó su solidaridad con el “heroico pueblo” cubano, mantuvo siempre, incluso más allá de 1961, cuando Cuba declaró su revolución como socialista y se cobijó en el marxismo leninismo, serias divergencias sobre la cuestión de la lucha armada. Sin embargo, el acercamiento de Cuba a la URSS supuso para los comunistas la posibilidad de apropiarse de una experiencia que despertaba el entusiasmo de amplios sectores progresistas y de izquierda, pues venía a confirmar que una revolución podía ser hecha sin comunistas pero, al menos, no podía mantenerse sin ellos. Tal vez por su afinidad juvenil por Mella y por los lazos de amistad que lo unían a intelectuales cubanos como Juan Marinello y Nicolás

<sup>21</sup> En su archivo se conserva el material de un cursillo sobre el problema del Estado, dictado en forma conjunta con Rodolfo Ghioldi y que se desarrolló a mediados de 1957. Archivo HPA/CeDInCI, Caja 2 Carpeta “Papeles personales”.

<sup>22</sup> Un detalle de los artículos producidos por Agosti entre 1928 y 1966 puede consultarse en su archivo personal bajo el título “Opera Omnia. Índice General”, Archivo HPA/CeDInCI.

<sup>23</sup> “¿Renovación comunista?, **Qué sucedió en siete días**, Buenos Aires, año IV, n° 180, 6 de mayo de 1958. El contenido del artículo fue desmentido por la prensa comunista “Qué, maledicencia de poca monta”, en **Nuestra Palabra**, 8 de mayo de 1958, p. 5.

<sup>24</sup> Diario personal inédito, pp. 222-223.

<sup>25</sup> Cfr. María Cristina Tortti, **Che. Una revista de la nueva izquierda**, Buenos Aires, CeDInCI, 2013.

Guillén, Agosti celebró desde un principio el proceso cubano y escribió varios artículos elogiosos en *Cuadernos de Cultura*, donde lo definía como un modelo para los demás pueblos latinoamericanos y llamaba a los intelectuales argentinos a cumplir su función de esclarecimiento frente a los ataques que la isla recibía desde el frente occidental.<sup>26</sup> Pero además, el proceso cubano tenía para Agosti un valor testimonial en el terreno específico de la cultura, pues se trataba de una revolución que, finalmente, venía a demostrar que nacionalismo y marxismo podían fusionarse y que los intelectuales era capaces de jugar un papel primordial en la tarea de dotar al Estado de un programa que conjurara la democratización cultural y la dirección ideológica. Como ha señalado Rafael Rojas, el ingreso de los intelectuales comunistas al gobierno comandado por Fidel Castro demostró que, entre todos los grupos que formaron el amplio espectro de la oposición a Batista, eran los comunistas los únicos capaces de ofrecer un proyecto cultural, económico e ideológico consolidado. Por otro lado, comunistas de la primera generación como Juan Marinello, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y Regino Pedrozo leyeron la revolución como “el desenlace político del movimiento cultural vanguardista que ellos habían protagonizado tres décadas atrás”<sup>27</sup> y en no pocos casos coincidían con las preocupaciones de Agosti sobre la irreverencia de las nuevas generaciones.

He leído con la mayor atención lo que dices sobre esa actitud de gallarda irreverencia de los muchachos argentinos –le escribía Marinello en 1961. Lo que aquí es, naturalmente, más intenso, ya que fueron los jóvenes los que hicieron la revolución.<sup>28</sup>

Por último, la imagen de una revolución que “mimaba” a sus intelectuales y, al mismo tiempo, desterraba el analfabetismo en un país hasta ayer sumergido no podía sino entusiasmar a un hombre como Agosti, convencido de que ningún proceso de transformación social podría realizarse sin una reforma cultural que le otorgara principios y dirección.

### Nación y neomarxismo

Después de tres años de trabajar en el que desde los inicios de su escritura consideraba su libro, Agosti publica *Nación y Cultura* a principios de 1959. Existe una plena coincidencia en señalar que, con esta obra, su trabajo ensayístico toma un giro decidido hacia la tematización de lo nacional y la ruptura con la tradición liberal. Uno de los primeros en presentar esta interpretación fue Juan José Hernández Arregui, quien no sin sarcástica complacencia tipificó en la persona de Agosti la revisión que la “izquierda liberal” se había visto obligada a encarar frente a las presiones del pensamiento nacional y popular.<sup>29</sup> Para el autor de *La Formación de*

*La conciencia nacional*, el libro de Agosti representaba un giro tan formidable que consideró necesario dedicar varias páginas de su libro a señalar los aspectos positivos de ideas “antes jamás sostenidas” pero cuya deuda con los escritores nacionalistas le resultaba evidente. Estas aseveraciones polémicas deben ser matizadas, pues si resulta claro que la obra de Agosti se inserta en un universo discursivo dominado por la temática nacional y los motivos antiimperialistas, lo es menos que los temas tratados en estos libros fueron completamente nuevos. Por el contrario, repiten varias de los tópicos clásicos de su ensayística: la ausencia de una revolución democrático-burguesa como núcleo dramático de la historia argentina, la reivindicación de la Generación del '37 y de su programa político-intelectual, la centralidad de la inmigración en la conformación de la cultura nacional, la valorización de las tradiciones culturales... *Nación y Cultura*, sin embargo, integra estas preocupaciones sobre algunos elementos novedosos que sugieren una línea de reflexión tanto más atenta a la cuestión nacional como a ciertas manifestaciones de la cultura popular hasta entonces apenas esbozada en su ensayística. Bajo el prisma de Gramsci, Agosti emprende un costoso intento por comprender ese mundo popular marcado por la presencia de una clase obrera que si en 1945 había apoyado a Perón ahora demostraba su lealtad resistiendo todos los intentos de despersonización con una notable conciencia de clase y capacidad organizativa. En ese contexto, la tematización de los intelectuales también es objeto de un desplazamiento, pues la confianza en las elites liberales deja paso al señalamiento de la emergencia de una nueva elite, aún embrionaria pero palpable en diversos terrenos, particularmente en la literatura.

El antiimperialismo será un elemento central de esta reconsideración, que sin embargo retomaba motivos ya desarrollados, entre ellos la idea de que la cultura argentina se caracterizaba por una crisis en dos dimensiones. La primera, de orden material, consistía en la incongruencia entre el desarrollo de nuevas fuerzas productivas y la pervivencia de relaciones de producción atrasadas como consecuencia del fracaso de la burguesía en la consolidación de una nación moderna. Pero lejos de estancarse, agregaba, la sociedad argentina había evolucionado, y nuevas fuerzas productivas habían crecido por la intervención del imperialismo, el que al mismo tiempo que deformaba las “líneas lógicas” del desarrollo nacional introducía relaciones capitalistas en ciertas zonas geográficas y productivas, dando lugar a la emergencia de un proletariado urbano altamente concentrado en la zona metropolitana.<sup>30</sup> El advenimiento del proletariado a la vida económica nacional constituía para Agosti un hecho de cultura insoslayable pues debía leerse en paralelo a la existencia de una burguesía débil e incapaz que nunca logró imponer un programa cultural que rompiera con el imaginario pastoril de las elites oligárquicas. Como consecuencia de esta característica estructural, la crisis de la cultura argentina poseía una segunda dimensión, ideológica, que se manifestaba bajo la forma específica del divorcio entre las minorías intelectuales y el pueblo. En esta dimensión, el imperialismo jugaba un papel principal pues constituía un factor permanente

<sup>26</sup> Héctor P. Agosti, “Nuestro deber hacia Cuba”, en *Cuadernos de Cultura*, n.º 49, setiembre-octubre de 1959, pp. 1-4.

<sup>27</sup> Rojas, *op. cit.*, p. 171.

<sup>28</sup> Carta de Juan Marinello a Héctor P. Agosti, La Habana, 25 de diciembre de 1961, Archivo HPA/CEFMA.

<sup>29</sup> Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Plus Ultra, [1960] 1973, pp. 454 y ss.

<sup>30</sup> Héctor P. Agosti, *Nación y Cultura*, Buenos Aires, Procyón, 1959, p. 10.



de desnacionalización que reforzaba la dimisión burguesa de sus funciones nacionales y aumentaba el proceso de aristocratización de las elites intelectuales. Para Agosti, la "falsa conciencia" que caracterizaba el trabajo intelectual en el modo de producción capitalista se duplicaba bajo las condiciones de un país dependiente, porque así como le obstaculizaba al intelectual comprender que su trabajo en el mundo de las ideas era consecuencia de un sistema muy concreto de relaciones económicas, creaba los mecanismos para que creyera que los motivos del atraso nacional respondían a una incapacidad congénita para el gobierno propio.<sup>31</sup> Esta conciencia doblemente falsa –o doblemente alienada– requería de una inflexión nacionalista para que el intelectual pudiera religarse con el pueblo y asumir el papel organizador de la nueva cultura que ya se manifestaba entre las torsiones moribundas de la vieja estructura cultural.

A poco de andar, tales mecanismos condicionan una naturaleza ideológica adaptada a las necesidades de la dimisión nacional. La falsa conciencia duplica de esta manera la apostasía porque traslada al plano de la nacional lo que intrínsecamente venía desbaratándola en el abrupto territorio de lo social. Podría decirse que esas realidades disminuidas representan, lo queramos o no, nuestra cuota gentilicia intransferible, y si bien es cierto que a la historia no podemos recibirla con beneficio de inventario, no es menos cierto que el nacionalismo que aquí se reclama nada tiene que ver con la mención abundante de los símbolos o con la restauración cultural que quisiera cerrarse ante los avances del mundo social. Muchas de estas pregonadas restauraciones, por otra parte, se colocan en el nivel limitado de la evocación folclórica y si acaso censuran a los actores locales de la dimisión nacional, lo es más por la forma de los episodios culturales que por el contenido mismo de la sociedad donde tales episodios se originan [...] Porque quienes mantienen el deslumbramiento ante las potencias imperiales y los persistentes mitos de nuestra inferioridad, tanto como los que hablan a veces de restaurar una cultura en naftalina, conservan inalterada la condición del campo argentino y hablan acaso contra los inmigrantes, aunque nunca (o pocas veces) contra los barones de la banca extranjera. Las viejas estructuras siguen imponiéndoles sus marcas mentales.<sup>32</sup>

Las elites intelectuales argentinas se habían demostrado incapaces, en la opinión de Agosti, de interpretar los cambios estructurales que habían llevado a la consolidación de una clase obrera que, a diferencia de las primeras décadas del siglo, se había nacionalizado y hecho más compacta y concentrada, incorporán-

dose de modo definitivo a la vida política del país. En realidad, concluía, desde el punto de vista de su vocación nacional la burguesía argentina había sido incapaz de constituir su propio grupo de intelectuales y la dirección cultural había quedado en manos de sectores a-nacionales o directamente antinacionales como el grupo de la revista *Sur* o el suplemento del diario *La Nación*, cuya incapacidad para dirigir el proceso abierto por la incorporación política de las masas era notoria y se manifestaba bajo la forma de una crisis de hegemonía, evidente tanto en la caducidad de los elementos instrumentales de la cultura (como el arte y la literatura) como en sus elementos jurídicos y morales.

La quiebra actual de las normas jurídicas tradicionales del país (y sus revueltas costumbres, como dicen los editorialistas serios) implica la exteriorización más visible, y al mismo tiempo más profunda, de la llamada crisis cultural, puesto que indica hasta qué punto los antiguos mecanismos del poder resultan ya inservibles para ordenar la opinión pública de manera homogénea.<sup>33</sup>

Esta crisis era producto de una profundización de las contradicciones de clase debido a la presencia de una clase obrera más homogénea y estructurada desde el punto de vista social y nacional y, por lo tanto, dispuesta a asumir las tareas nacionales que la burguesía no pudo ni quiso cumplir, desdeñando un papel histórico que ya no le pertenecía. El deslizamiento desde los motivos de la revolución democrático-burguesa hacia una revolución pensada en términos socialistas es evidente:

La paradoja del proceso argentino consiste en que las formas históricas de la civilización burguesa habrán de ser establecidas inicialmente por el proletariado al frente de la nación entera. Pero esta civilización burguesa no será la clásica que pudieron soñar los hombres de nuestra emancipación americana. Por la presencia activa de la clase obrera es ya una civilización burguesa a medias, prólogo de la civilización socialista. La comunidad de cultura no es ajena a esta divergencia ni a esta integración.<sup>34</sup>

Como ha señalado Guillermina Georgieff, con *Nación y Cultura* y *El Mito Liberal* Agosti ingresó en esa franja de intelectuales políticos que desde la década del '50 emprendieron desde el marxismo una indagación sobre la cuestión nacional que constituyó uno de los rasgos más salientes del campo intelectual de la época.<sup>35</sup> Sin embargo, a pesar de las innovaciones que el análisis de Agosti aportaba a la crítica comunista –y solamente a ésta–, fue recibido con más indiferencia que celebración. Uno de las pocas críticas que se ocupó seriamente de *Nación y Cultura*, la que publicó Francisco Solero desde las páginas de *La Nación*, concluía que detrás de la retórica gramsciana y a pesar de sus esfuerzos por complejizar el abordaje de los problemas culturales, Agosti seguía adherido a una matriz economicista que pensaba la cultura como un mero epifenómeno de las estructuras económicas.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 192. Agosti explica el problema de la "falsa conciencia" intelectual tomando como punto de partida la citada frase de Engels en su "Carta a Mehring" del 14 de julio de 1893: "La ideología es un proceso llevado a cabo por el llamado pensador, conscientemente, sin duda, pero con una falsa conciencia. Los motivos reales que lo impulsan le siguen siendo desconocidos, porque si así no fuera no habría absolutamente ningún proceso ideológico. Por eso imagina motivos falsos o aparentes. Como se trata de un proceso mental, el pensador extrae tanto su forma como su contenido del puro pensamiento, ya sea el suyo o el de sus predecesores", en Karl Marx y Federico Engels, *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, 1972, p. 423.

<sup>32</sup> Agosti, 1959, *op.cit.*, pp. 192-193.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 138.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 131

<sup>35</sup> Guillermina Georgieff, *Nación y Revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, p. 13 y ss.

En los años siguientes, Agosti combinará sus intentos de renovación partidaria con una marcada preocupación por la emergencia de una “nueva izquierda” que se colocaba cada vez más lejos de la órbita del partido o directamente contra él. En los últimos meses de 1960, organizó un número especial de **Cuadernos de Cultura** que bajo el título “¿Qué es la izquierda?”, anunciaba su decisión de conmemorar el cuadragésimo aniversario de la Revolución Rusa asumiendo el desafío de confrontar el “marxismo viviente”, encarnado en la URSS, con las distintas manifestaciones de esa neoizquierda cuya valoración del mundo socialista era dudosa cuando no directamente negativa.<sup>36</sup> En su propia intervención, plantea el problema desde el punto de vista de sus fundamentos teóricos, advirtiendo no sin sagacidad que la neoizquierda adoptaba los rasgos de un neomarxismo que se nutría de fundamentos ajenos, cuando no contrarios, al marxismo-leninismo de corte soviético y que, por lo tanto, su “peligrosidad” iba más allá de la coyuntura política argentina.<sup>37</sup> La llamada nueva izquierda, afirmaba, debía evaluarse como un producto de la “crisis del marxismo”, cuyo principal soporte intelectual era el Sartre de **Cuestiones de Método**, una postura anticomunista bajo la forma de una crítica a la ortodoxia. Amalgama de existencialismo, fenomenología, “sociologismo weberiano”, “abstractismo artístico” y “dramaticidad psicoanalítica”, el neomarxismo se unificaba en torno al humanismo, que ofrecía ocuparse de los hombres que el marxismo oficial había abandonado. Para Agosti, el resultado de semejante operación era un marxismo psicologista e impregnado de eticidad –cuyos exponentes locales más logrados eran para él León Rozitchner y Noé Jitrik– que, sin embargo, tenía el mérito de constituir un avance frente al individualismo y el ontologismo de las filosofías tradicionales.<sup>38</sup> La evolución de las filosofías de la existencia hacia el marxismo, afirmaba, venían a indicar tanto la muerte de la filosofía pura como la crisis del pensamiento burgués. En el contexto de la cultura argentina, estos rasgos eran asimismo celebrables pues indicaban una modificación de los modelos intelectuales clásicos de las elites dirigentes, que desde la derecha hasta el liberalismo habían demostrado una total ignorancia del marxismo. Estas nuevas manifestaciones de la cultura letrada tenían el mérito de conocer el marxismo, aunque desde una postura simplemente intelectualista. Para los neoizquierdistas era más determinante que la filosofía marxista se midiera con el existencialismo, el psicoanálisis y otras variantes de la “cotorrería intelectual”, que el hecho de que el marxismo militante hubiera construido un nuevo sistema de civilización. Se trataba, en fin, de una suerte de “marxismo de cátedra” redimido que operaba escindiendo el marxismo de su capacidad transformadora. Este era el origen del antileninismo de la nueva izquierda.

La teoría del partido de la clase obrera aparece suplantada por un socialismo humanitarista y por una búsqueda abstracta de la autoconciencia de ser. A veces se formula un programa (como, por ejemplo, en **El Grillo de Papel**): luchar contra la ortodoxia del Partido Comunista. A veces, también, se exalta unilateral-

mente a un Marx joven y humanista frente a un Marx de duras sociologías posteriores, y se manejan citas aisladas, a las cuales podrían oponérsele, fundamentalmente, otras muchas citas presentadas en su contexto. Ello implicaría, según dijimos, internarnos en el juego de la intelectualización de la filosofía, cuando lo fundamental es vivir la practicidad de la filosofía. La incompatibilidad entre la ideología burguesa y la ideología socialista es, en este terreno, irreductible.<sup>39</sup>

Porque el neomarxismo era antileninista en muchos sentidos, resultaba fundamental afirmar el carácter leninista del marxismo contemporáneo y, por lo tanto, de la teoría del partido. Esto suponía combatir en el terreno filosófico los dos tesis fundamentales del humanismo neoizquierdista: la crítica a la teoría del reflejo y la elevación de la noción de alienación como clave de la filosofía marxista y punto central de su desarrollo congruente. Ambas dimensiones estaban relacionadas puesto que la postulación de la revolución como un hecho de conciencia solo era válida si se aceptaba que esa conciencia debía ser introducida en el proletariado desde afuera y que esta tarea solo podía ser obra de intelectuales socialistas y revolucionarios que adquirirían esas cualidades en el seno del partido de la clase obrera, es decir, del “intelectual colectivo” según la definición de Gramsci. Pero resultaba que la neoizquierda pretendía erigir su “marxismo abierto” no solo valiéndose del existencialismo y del psicoanálisis, sino que llegaba al punto de querer utilizar al mismo Gramsci como portavoz de la “flexibilidad marxista” frente al “marxismo ortodoxo”. Este, precisamente, era el movimiento que sus propios discípulos estaban realizando en el marco de la brecha abierta en el partido por él mismo.

En 1963, cuando salga a la luz el primer número de la revista **Pasado y Presente**, publicación que contó con su venia, las autoridades partidarias expulsarán a sus integrantes bajo la acusación de revisionistas y renegados.<sup>40</sup> Agosti mantuvo un silencio público demasiado explícito como para permitirle ingresar al poco tiempo al Comité Central del PCA, aunque con ese hecho haya cerrado el ciclo más interesante de su producción político-intelectual. Hasta su muerte en el invierno de 1984, permaneció en el partido al que le había dedicado su vida y su intento de renovación política y doctrinal languideció. Tipo particular de heterodoxia en la ortodoxia, el itinerario de Agosti es menos interesante por lo que tiene de excepcional que por ser un caso ejemplar para observar las aporías y desgarramientos que atraviesan la figura del intelectual de partido.

<sup>36</sup> “¿Qué es la izquierda?”, en **Cuadernos de Cultura**, n° 50, noviembre-diciembre de 1960, pp. 1-99. El dossier fue luego publicado bajo el mismo título en forma de libro por la editorial Documentos en 1961.

<sup>37</sup> Héctor P. Agosti, “La ‘crisis’ del marxismo”, en *Ibidem*, pp. 45 y ss.

<sup>38</sup> Agosti, *op. cit.*, p. 47.

<sup>39</sup> *Ibidem*, pp. 56-57.

<sup>40</sup> Para el tema ver Raúl Burgos, **Los gramscianos argentinos. Política y cultura en la experiencia de Pasado y Presente**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004 y Adriana Petra, “En la zona de contacto: *Pasado y Presente* y la formación de un grupo cultural”, en Diego García y Ana Clarisa Agüero, **Culturas Interiores. Córdoba en la Geografía nacional e internacional de la cultura**, La Plata, Al Margen, 2010.



Francisco Mortales  
"Mona"

Xilografía sobre tronco de carnitas nivelado y preparado para buril,  
diámetro máximo: 59 cm. (2007)

# La cultura científica en la medicina y psiquiatría filo-soviética y comunista en la Argentina (1935-1956)

Luciano Nicolás García\*

## Introducción

Uno de los rasgos que ha caracterizado al marxismo soviético como corriente intelectual fue su apelación a una idea de ciencia, entendida como un saber sistemático apoyado en evidencia empírica y con derivaciones tecnológicas específicas.<sup>1</sup> Este rasgo, ya presente en Marx, se acentuó en los años de la Segunda Internacional, especialmente a partir de las ideas de Engels sobre la dialéctica, que tuvieron un considerable impacto en el bolchevismo. Esta idea de ciencia tuvo una doble importancia: por un lado, estructuró un campo de indagación científica, tanto en las ciencias sociales como en las ciencias naturales; por otro, fue un componente esencial del ideario comunista sobre el conocimiento y la modificación de la realidad. Sin embargo, con la excepción de unos pocos autores y los trabajos específicamente dedicados a la ciencia soviética, ambos niveles han tenido un tratamiento desparejo en la literatura disponible sobre la historia del comunismo internacional, y apenas han merecido atención en los estudios locales.<sup>2</sup> La producción local ha tendido a asimilar al intelectual

filo-soviético y comunista con la figura del escritor y ensayista, particularmente Héctor Agosti, y la del dirigente partidario, cuyo prototipo sería Rodolfo Ghioldi.<sup>3</sup> Queda claro que este tipo de actores culturales fueron centrales en la conformación de una *intelligentsia* comunista, sin embargo, la implantación local del marxismo-leninismo requirió también de otras variedades de intelectual, entre ellas los médicos, en particular los psiquiatras. Por lo regular, los médicos y científicos son considerados bajo la figura de “expertos” o bien intelectuales limitados a sus respectivas disciplinas. La formación científica y humanista del médico de

of California Press, 1984; Leszek Kolakowski, *Las principales corrientes del marxismo*, 3 vols., Madrid, Alianza, 1985; Paul Thomas, *Marxism & scientific socialism: from Engels to Althusser*, New York, Routledge, 2008; Isabelle Gouarné, *L'introduction du marxisme en France. Philosovietisme et sciences humaines, 1920-1939*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2013. Sobre historia de la ciencia soviética véase, entre otros, David Joravsky, *Soviet Marxism and Natural Science, 1917-1932*, New York, Columbia University Press, 1961; Dominique Lecourt (1977), *Proletarian Science? The case of Lysenko*, London, Humanities Press, 1977; Loren Graham, *Science, philosophy and human behaviour in the Soviet Union*, New York, Columbia University Press, 1987; Alexei Kojevnikov, *Stalin's Great Science. The Times and Adventures of Soviet Physicists*, London, Imperial College Press, 2004; Daniel Todes & Nikolai Kremmentsov, “Dialectical Materialism and Soviet Science in the 1920s and 1930s”, en William Leatherbarrow & Derek Offord (eds.), *History of Russian Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 340-367. Quizás el texto centrado en la Argentina que ofrezca un desarrollo más directo sobre los cruces entre marxismo y pensamiento científico Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

<sup>3</sup> A modo de ejemplo, véase Andrés Bisso y Adrián Celentano, “La lucha antifascista de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) (1935-1943)”, en Hugo Biagini y Arturo Roig (dirs.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX, tomo II: obrerismo, vanguardia, justicia social (1930-1960)*, Buenos Aires, Biblos, 2006, pp. 235-265; Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en Argentina 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007; Laura Prado Acosta, *Héctor Agosti, el difícil equilibrio. Partido Comunista e intelectuales (1935-1963)*, tesis de maestría no publicada, Buenos Aires, Universidad de San Andrés, 2008; Adriana Petra, “Cosmopolitismo y nación. Los intelectuales comunistas argentinos en tiempos de la Guerra Fría (1947-1956)”, en *Contemporánea*, Vol. 1, n° 1, 2010, pp. 51-73; Ricardo Pasolini, *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Sudamericana, 2013. El hecho de que estos textos sean producciones sólidas permite destacar la vacancia aquí señalada.

\* Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina.

<sup>1</sup> Este artículo es una revisión y ampliación de la ponencia “Las relaciones entre el marxismo y la ciencia según los intelectuales comunistas y filo-soviéticos argentinos (1935-1953)”, presentada en la XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, 2 al 5 de octubre de 2013, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina. Algunos de los materiales utilizados en este artículo fueron obtenidos mediante una estadía de investigación de posgrado en la Universidad Complutense de Madrid, financiada por el Programa de Movilidad Académica Internacional de la Universidad de Buenos Aires, bajo la dirección de Luis Montiel Llorente (Departamento de medicina preventiva, salud pública e historia de la ciencia, unidad de Historia de la Medicina, Universidad Complutense de Madrid), y de Rafael Huertas García-Alejo (Instituto de Historia, Centro de Ciencias Humanas y Sociales, Consejo Superior de Investigaciones Científicas). Agradezco a Adriana Petra y a Hugo Vezzetti brindarme materiales y sugerencias, a Alejandro Dagfal, Mauro Vallejo, Florencia Macchioli, Marcela Borinsky, Hernán Scholten y Matías Abejón por sus comentarios a una versión previa, y a Ana Belén Amil por sus correcciones al texto.

<sup>2</sup> Algunas de las excepciones son Martin Jay, *Marxism and Totality: The Adventures of a Concept from Lukács to Habermas*. Berkeley, University



principios del siglo XX permitía, mediante el tópicos de la salud pública, la vinculación de saberes biológicos con diversas concepciones sobre el ordenamiento de la sociedad.<sup>4</sup> La medicina, en particular la psiquiatría para el ámbito argentino, constituyó un tipo de conocimiento fundado en diversas ciencias y con una vocación práctica que se alimentaba del evolucionismo, la criminología, la psicopatología y la pedagogía. Ello permitió tematizar una serie de tópicos sociales en una clave científica, en la medida en que se buscó dilucidarlos racionalmente y derivar de ello algún tipo de intervención.<sup>5</sup> Es posible esbozar una genealogía de médicos y psiquiatras con vocación política e intelectual en las izquierdas argentinas: su inicio podría ubicarse con Juan B. Justo y José Ingenieros; tuvo su continuación hacia el antifascismo y el filsovietismo mediante Aníbal Ponce y Gregorio Bermann, y se consolidó en el comunismo con Emilio Troise, Jorge Thénon y Julio Peluffo. El objetivo aquí no es ofrecer una tipología de intelectuales, dado que la medicina es un campo vasto y con diversos cruces con otros agentes culturales.<sup>6</sup> Empero, los médicos como portadores de saberes requieren una mirada específica sobre su formación, sus herramientas de producción de conocimientos y prácticas, y los modos en que las legitimaron. Sin agotar el tópico de los vínculos entre medicina e intelectualidad, aquí el análisis se centrará en cómo una de las derivas de la cultura científica decimonónica, mediante una medicina acreditada que se pronuncia sobre ciertos saberes psiquiátricos y psicológicos, fue reconvertida hacia dentro del comunismo a partir de la apropiación del materialismo dialéctico.

También se buscará poner de relieve el lugar de **Cuadernos de Cultura**, la principal y más longeva publicación del Partido Comunista de la Argentina (PCA) para los sectores intelectuales y científicos, en la diseminación del ideario científico del marxismo-leninismo. La revista ha merecido diversos trabajos, sobre todo centrados en aspectos relacionados al arte y a la política,

aunque se han pasado por alto los artículos dedicados a las ciencias publicados en la gran mayoría de sus números.<sup>7</sup>

Aquí se buscará mostrar cómo el marxismo-leninismo fue erigido como un nuevo fundamento gnoseológico y epistemológico, empresa que para los científicos filo-soviéticos y comunistas resultó central. Puede distinguirse entre una versión débil y una fuerte de tal pretensión: la primera se ofreció como un marco maximizador de científicidad, desde el cual realizar un “rescate crítico” de los saberes disponibles; la segunda se propuso como una superación de toda otra filosofía previa, una refundación de todo saber, y con ello, de toda concepción de hombre. Con todo, ambas versiones compartían un mismo criterio: el pensamiento marxista, en tanto concepción racional del mundo, debía nutrirse de la producción de las diversas ciencias, que devienen necesarias para el sostenimiento del materialismo dialéctico.

El marxismo-leninismo, considerado como un pensamiento científico, tiene en el centro de su filosofía el problema de cómo se conoce adecuadamente la realidad. Tal conocimiento siempre incluye en la argumentación filosófica alguna clase de supuesto sobre la psiquis. En este punto, la adopción de ciertos saberes psicológicos sobre la percepción y la cognición inciden sobre la concepción general que se tenga de la realidad, la ciencia y lo humano. Hasta la década de 1950, buena parte de los saberes psicológicos eran patrimonio de médicos y psiquiatras, quienes otorgaban relevancia a la evidencia empírica sobre las bases biológicas de la actividad psicológica a la hora de fundamentar nociones sobre la conciencia y el conocimiento. Precisamente en este punto se detiene este artículo: en la apropiación local de la investigación de Pavlov sobre la actividad nerviosa superior, un baluarte de la ciencia soviética desde mediados de la década de 1920, presentada como un suelo sobre el cual construir una psicología y psiquiatría científicas que aporten a la epistemología marxista-leninista.

Aquí entonces se ofrecen algunos lineamientos para dar cuenta del modo en que el ideario científico soviético fue apropiado por figuras del antifascismo y el comunismo argentino. Esto conlleva considerar los modos en que esos movimientos políticos se organizaron en diversas instituciones para conformar una red internacional con circuitos específicos para la circulación de las ideas marxistas. Dada la vastedad del tópico, sólo se consideran unos pocos autores: Ponce, Bermann, Troise, Thénon y Peluffo, especialmente las referencias que realizan a la neurofisiología pavloviana como saber “psi” y como modelo de ciencia socialista. La exposición se ordena en dos momentos clave para este análisis: la organización del movimiento antifascista hacia mediados de la década de 1930 y el surgimiento de un pavlovismo partidista a principios de la década de 1950. La comparación de ambos momentos muestra el paso de una concepción débil del marxismo

<sup>4</sup> Sobre este punto véase, entre otros, Diego Armus, *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*, Buenos Aires, Edhasa, 2004; Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comps.), *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

<sup>5</sup> Al respecto véase, entre otros, Hugo Vezzetti, *Aventuras de Freud en el país de los argentinos. De José Ingenieros a Enrique Pichon-Rivière*, Buenos Aires, Paidós, 1996; Carlos Altamirano, “Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en Argentina”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós 2004, pp. 31-65; Ana María Talak, *La invención de una ciencia primera. Los primeros desarrollos de la psicología en la Argentina (1896-1919)*, Tesis doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2008.

<sup>6</sup> Al respecto, cabe destacar que Christophe Charles señale como antecedentes del rol del intelectual contemporáneo, adjudicado tradicionalmente a Émile Zola, a Louis Pasteur y Claude Bernard, quienes resultaron claves en la acreditación de la medicina como práctica científica, y a Hippolyte Taine y Ernest Renán como autores que buscaban acreditarse en un pensamiento científico para abordar la filosofía, la historia y la literatura; *El nacimiento de los “intelectuales” 1880-1900*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009, pp. 25-31. Huelga decir que el cruce entre medicina y pensamiento político puede hallarse desde mucho antes en Europa y la Argentina. Por ejemplo, véase las lecturas que Diego Alcorta hizo de los ideólogos franceses, Mariano Di Pasquale, “Diego Alcorta y la difusión de saberes médicos en Buenos Aires, 1821-1842”, en *Dynamis*, vol. 34, n° 1, 2014, pp. 125-146.

<sup>7</sup> Sobre la publicación véase Néstor Kohan, *De Ingenieros al Ché. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, Buenos Aires: Biblos, 2000, pp. 117-120; Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en*

*la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2004, pp. 45-59; Jorge Cernadas, “La ‘vieja izquierda’ en la encrucijada. Cuadernos de Cultura y la política cultural del Partido Comunista Argentino (1955-1963)”, *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005.

mo-leninismo como ciencia a una fuerte. Desde ya, los avatares políticos, locales e internacionales, transcurridos en el período delimitado son muchos; en pos de mantener enfocada la exposición, sólo se hacen comentarios marginales al respecto.

### El movimiento antifascista y la difusión local de la ciencia marxista-leninista.

Las simpatías de Aníbal Ponce por la experiencia soviética lo acercaron paulatinamente hacia el comunismo durante los primeros años de la década de 1930, sin nunca llegar a ser un “intelectual orgánico” del PCA. En 1935 realizó una serie de viajes por Francia, España y Rusia que lo llevaron a profundizar esas filiaciones. Adhirió entonces a la política de frentes populares impulsado por las nuevas resoluciones del VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista, que revalorizaban el papel de la intelectualidad burguesa en la lucha frente al fascismo. Esta política fue acompañada por una mayor intervención de la URSS en el Partido Comunista Francés (PCF), entonces el de mayor crecimiento e importancia en occidente.<sup>8</sup> La nueva política frentista contó con un apoyo sustancial de la intelectualidad francesa. En este sentido, el comunismo habilitó un proceso de apertura y apropiación de los recursos intelectuales galos, lo que le brindó una nueva legitimidad a su causa. Ese espacio de compromiso significó una renovación del rol del intelectual, proceso al que Ponce suscribió. Lanzado al activismo político, se puso en contacto con organizaciones francesas que propiciaron los modelos para el movimiento antifascista local: el Comité de Vigilance des Intellectuels Antifascistes (CVIA), organizado por el físico Paul Langevin, el etnólogo Paul Rivet y el ensayista Alain, y el Cercle de la Russie Neuve (CRN). A los objetivos de este texto, interesa destacar esta última organización, que desde 1927 congregaba a científicos e intelectuales filo-soviéticos y comunistas.

La comisión científica del CRN fue uno de los primeros grupos occidentales en recurrir sistemáticamente a la filosofía marxista-leninista como fundamento epistémico y político de la actividad científica. Fue conformada por científicos de renombre, dedicados tanto a las ciencias naturales como a las ciencias sociales y las humanidades.<sup>9</sup> El recurso a los criterios científicos de Marx, Engels y Lenin se basaba en la idea de que con ellos se generarían y evaluarían los saberes científicos con mayor rigor, de modo que den cuenta de un modo más apegado a los fenómenos y procesos de la realidad natural y social y, por tanto, que se puedan transformar con mayor eficacia. Todo esto acorde a los objetivos comunistas: que la ciencia, en tanto fuerza productiva del hombre, deje de servir a

la explotación capitalista y se convierta en una herramienta fundamental en la construcción de una sociedad socialista.

Las organizaciones mencionadas, que conformaron uno de los núcleos del antifascismo francés, sirvieron a Ponce, y otros intelectuales, como modelo para la constitución de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), que congregó a pensadores, artistas y científicos de un amplio espectro político, sobre todo a los filo-soviéticos y comunistas. La AIAPE tuvo un estrecho contacto con el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), otra institución impulsada por Ponce, donde se hizo circular tanto la producción de los intelectuales de la AIAPE como el ideario antifascista. Tanto el CLES como la AIAPE fueron ámbitos donde los diversos tipos de intelectuales buscaron renovar su legitimidad en la arena política.<sup>10</sup> De este modo, el antifascismo como ideario y como experiencia organizativa, habilitó una particular sociabilidad que formó nuevas tramas intelectuales ligadas un circuito internacional de circulación de concepciones políticas y científicas progresistas, incluido el marxismo soviético.<sup>11</sup>

Considerando su formación —incompleta— en medicina, sus tareas clínicas en el Hospicio de las Mercedes, su cátedra de Psicología en el Instituto del Profesorado Secundario, y su rol como animador central del antifascismo, interesa destacar la producción de Ponce como una vía temprana de recepción del marco de pensamiento marxista-leninista, tanto del materialismo histórico, con sus libros *Educación y Lucha de Clases* y *Humanismo burgués y humanismo proletario*, como del materialismo dialéctico, el cual ha sido menos comentado debido a que sólo se hace mención a éste en textos menos difundidos. Sin embargo, esas referencias son relevantes para una historia del marxismo como fundamento epistémico y como guía para la actividad científica. Por ejemplo, Ponce elogió el modo en que Marcel Prenant recurrió a las ideas engelsianas de *Dialéctica de la Naturaleza* para ofrecer un marco de renovación general de la biología, y con ello, señalar el estrecho vínculo entre las leyes de la dialéctica y los fenómenos biológicos.<sup>12</sup>

En su revista *Dialéctica*, Ponce se explayó sobre las implicaciones epistemológicas de la versión soviética del marxismo a partir de un artículo de Plejanov sobre las relaciones entre la lógica formal y la dialéctica. Sostuvo que el cambio permanente es una propiedad ontológica del mundo a partir de la idea de que la realidad material consiste en un movimiento fluido y constante: “Lo que se mueve y lo que transforma ‘son’ y ‘no son’ al mismo tiempo. [...] El movimiento es el hecho fundamental del Ser, es decir,

<sup>8</sup> Gino Raymond, *The French Communist Party during the Fifth Republic: a crisis of leadership and ideology*, London, Palgrave Macmillan, 2005, pp. 8-9.

<sup>9</sup> De esta comisión participaron el médico y psicólogo Henri Wallon como presidente, Paul Langevin, el biólogo Marcel Prenant, los lingüistas Marcel Cohen y Aurélien Sauvageot, el astrónomo Henri Mineur, el matemático Paul Labérene, los historiadores Auguste Cornu, Charles Parain y Jean Baby, el sociólogo Georges Friedmann, los filósofos Lucy Prenant, Armand Cuvillier, René Maublanc y Georges Politzer, y los físicos Jaques Solomon y Jean Langevin. La producción del grupo quedó plasmada en dos volúmenes titulados *A la lumière du marxisme*, Paris, Éditions Sociales Internationales, 1935-1936. Para más detalles sobre la formación del CRN véase Gouarné, *op. cit.*

<sup>10</sup> Cabe al menos indicar que *Cursos y Conferencias*, la publicación del CLES donde se compilaban las actividades de la institución, fue una vía privilegiada de difusión de diversos saberes sobre ciencias y una tribuna para los científicos políticamente comprometidos.

<sup>11</sup> Ricardo Pasolini, “El nacimiento de una sensibilidad política. Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina: Entre la AIAPE y el Congreso Argentino de la Cultura, 1935-1955”, en *Desarrollo Económico*, vol. 45, n° 179, 2005, pp. 403-433.

<sup>12</sup> Anibal Ponce, “Marcel Prenant o el marxismo en la Sorbona”, *Obras Completas*, Buenos Aires, Cartago, 1974, tomo III, pp. 110-114; texto original de 1935.





de todo lo que existe”.<sup>13</sup> Según esta concepción, la lógica formal, bajo el principio de no contradicción, omitiría el movimiento y ofrecería una visión del mundo rígida, no cambiante. Las evidencias de las ciencias naturales irían en contra de tal asunción, y por lo tanto la lógica formal no podría ser aceptada como la herramienta central del pensamiento científico. Ponce, sin embargo, no la rechazó por completo, sino que la redujo a un caso especial de la dialéctica: “Así como el reposo aparente es una forma del movimiento, la lógica formal –lógica de lo inmóvil– es un aspecto de la dialéctica –lógica del movimiento y la transformación”.<sup>14</sup>

Para Ponce, el materialismo dialéctico no sólo era una concepción epistemológicamente superior a la formalización lógica, sino que adquiriría un doble carácter positivo: dado que remite a la materialidad del mundo, se informa y justifica en la producción científica, en particular de las ciencias naturales, y a la vez, actúa como fundamento filosófico para las ciencias, dado que la realidad se transforma por la vía de la contradicción.

Por otra parte, el marxismo-leninismo no se limitaba a los principios científicos, sino que ofrecía también una nueva relación política entre los científicos, la población y el Estado. Ponce refiere a esta relación a partir de la figura de Ivan Pavlov. El argentino estaba al tanto de la producción del fisiólogo desde principios de la década de 1920, y en su viaje a Rusia tuvo oportunidad de visitar su laboratorio. Con motivo del fallecimiento de Pavlov en 1936, Ponce destacó el apoyo económico que el estado soviético le brindó al fisiólogo, mayor que el que recibió durante el zarismo a pesar de la precaria situación política y económica de la URSS. Con eso quedaba demostrada la importancia que el bolchevismo le daba al conocimiento científico. El hecho de que Pavlov haya pasado de rechazar el nuevo régimen a celebrarlo sería un testimonio de las bondades irresistibles de la organización socialista de la actividad científica. Sobre todo, la planificación socialista de la ciencia significaba para el argentino el despliegue de todas las fuerzas científicas y su vinculación directa con la población: “sólo el conocimiento científico alcanzará su atmósfera adecuada cuando las masas se incorporen a la cultura y se entreguen a construir de veras el ‘hombre socialista’ de mañana”.<sup>15</sup> Así, el proletariado sería garante y beneficiario directo de la producción científica. El marxismo-leninismo proporcionaba entonces una nueva forma de pensar el rol del científico en función de la organización estatal y de la transformación de la sociedad.

La producción de Ponce permite dar cuenta de la recepción local del marxismo soviético, donde el escenario científico francés hizo las veces de mediador y de legitimador mediante las organizaciones antifascistas. Además, la producción francesa constituyó una referencia obligada para la medicina, la psiquiatría y la psicología argentina, desde fines del siglo XIX hasta al menos la década de

1970.<sup>16</sup> A ello se suma el hecho de que el antifascismo y el comunismo francés también fueron un faro para la intelectualidad filo-soviética y comunista local entre las décadas de 1920 y 1960. En este punto cabe destacar que la circulación del marxismo-leninismo, como filosofía de la ciencia y como modelo de acción político-intelectual, se realizó activamente a través la red de organizaciones antifascistas y comunistas.

Ponce actuó durante los años siguientes como un referente para una medicina filo-soviética con vocación intelectual. Junto a él puede ubicarse a Troise y Bermann, quienes también fueron cercanos a Ingenieros y participaron de la AIAPE y del CLES desde 1935. Respecto del primero, éste brindó un curso sobre materialismo histórico y dialéctico en 1936 que fue publicado dos años más tarde y resultó una obra de referencia para la formación de los comunistas locales. El texto muestra la confluencia entre los saberes científicos y los idearios políticos que suscitó la experiencia soviética. El materialismo dialéctico es presentado como una nueva concepción ontológica y gnoseológica del mundo, a la vez anclada en la realidad material y advertida de la permanente modificación de la misma, tanto por sus componentes intrínsecos como por la acción del hombre. Troise enfatizó lo que denominó las condiciones “fisiopsicológicas” de la capacidad de conocimiento humano. La materialidad del pensamiento se debería tanto al hecho de que el cerebro es un órgano necesario para la vida mental como de que ese órgano se modifica por la interacción con el medio, debido a una “sinergia” entre los estímulos del mundo y la actividad del sistema nervioso: “la conciencia es síntesis interior de nuestra actividad orgánica en general y muy particularmente de nuestra actividad cerebral. Es un fenómeno o realidad —como quiera llamársele— subjetivo, ligado a una realidad objetiva e inseparable. Es, como dice Bujarín: una expresión introspectiva de procesos fisiológicos”.<sup>17</sup> Esta interpretación de la cognición y el cerebro se basaba además en los saberes médicos sobre la fisiopatología del sistema nervioso, en la experimentación pavloviana sobre los reflejos condicionados, y en el evolucionismo de cuño lamarckiano que circuló en el marxismo de fines del siglo XIX y principios del XX. Al mismo tiempo, se concebía al pensamiento del hombre como inherentemente social y derivado de la práctica: “Es la global actividad del vivir, en que la acción fragua la inteligencia y la inteligencia potencia y fecunda la acción. He ahí la filosofía de la *praxis* de Marx”.<sup>18</sup> De esta forma, no habría ideación que no esté vinculada con los avatares del medio ambiente, sea natural y/o social. Para Troise, contra Kant, esa íntima vinculación material entre las ideas y el mundo podía ser conocida exhaustivamente en todas las instancias de la realidad, desde la interacción de las partículas subatómicas a los grandes cambios políticos, incluidas la biología y psicología. Desde este punto de vista, la renovación científica del momento, especialmente en física y biología, con-

<sup>13</sup> Aníbal Ponce, “Lógica Formal y Lógica Dialéctica”, *op. cit.*, tomo IV, p. 567; texto original de 1936.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 568.

<sup>15</sup> Aníbal Ponce, (1974c [1936]), “En memoria de Pavlov”, *op. cit.*, tomo II, p. 364; texto original de 1936.

<sup>16</sup> Al respecto, véase entre otros, Hugo Vezzetti, *El nacimiento de la psicología en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1988; Alejandro Dagfal, *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)*, Buenos Aires, Paidós, 2009.

<sup>17</sup> Emilio Troise, *Materialismo Dialéctico (concepción materialista de la historia)*, Buenos Aires, La Facultad, 1938, p. 75.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 34.

tribuían a corroborar el materialismo dialéctico como epistemología, aun cuando los mismos científicos que desarrollaban esos conocimientos no abonasen al marxismo o no notasen el carácter dialéctico de la materia.

Al respecto, los deslizamientos semánticos en la terminología científica de Troise resultan significativos. Por ejemplo, la noción de experimentación, construida desde referencias tan disímiles como Werner Heisenberg y Antonio Labriola, podía significar tanto “observación metódica”, como “experimentación voluntaria y técnicamente conducida”, además de la idea de *praxis* marxista. Con ello, Troise buscaba resaltar la idea de que el hombre podía interactuar y recrear la naturaleza, y por tanto a sí mismo. Esta “experimentación” sería una suerte de actitud básica humana que haría de la historia un progresivo “enriquecimiento del espíritu”. En este sentido, la idea de un conocimiento históricamente situado no se contradecía con la de leyes regulares de la naturaleza, dado que la noción de historia que se presuponía era la del avance de la razón; la relatividad del saber no era más que una estación hacia una concepción unificada del mundo cada vez más amplia.

Esta perspectiva le permitió rechazar toda filosofía que considere la existencia de ideas o de actividad pensante más allá de la naturaleza fisiológica y de las condiciones del medio natural y social. Troise retomó de Engels, Plejanov y Lenin, así como de Prenant y los autores de los volúmenes de *A la lumière du marxisme*, la oposición entre el materialismo dialéctico y el mecanicismo y el idealismo. El idealismo quedaba representado por casi todo el canon de la filosofía desde la antigüedad, pero muy especialmente por el pensamiento de Bergson. El mecanicismo, por su parte, quedaría representado por el pensamiento científico que no admite la ontología de permanente cambio de la realidad material, esta última confirmada por las nuevas teorías físicas sobre la relatividad y sobre el mundo cuántico. Así, el marxismo se presentaba como un marco dinámico y holista con el cual refundar casi todo el pensamiento occidental en la clave de un nuevo científicismo.

Tal concepción dicotómica del pensamiento occidental fue enducida conforme avanzaron los fascismos europeos. En un plano diferente al de Troise, pero complementario, ello puede ilustrarse con la actividad que Bermann realizó como psiquiatra e intelectual dentro de las brigadas internacionales durante la Guerra Civil Española. Además de organizar el servicio de asistencia psiquiátrica en el Hospital N° 6 del sector Centro de Madrid (también conocido entonces como Hospital Chamartín), ofreció varias conferencias a intelectuales, milicianos y políticos. Una de ellas, pronunciada en el Ateneo de Madrid, la dedicó a los rasgos psicológicos y psicopatológicos movilizados por el fascismo. Todavía afín a ciertas nociones psicoanalíticas, Bermann sostuvo que la demagogia y el personalismo del fascismo apuesta a los mecanismos de identificación inconsciente que Freud propuso para la relación entre líderes y masas; por otro lado, la exaltación nacionalista fortalece los rasgos paranoides e incita a un culto del odio a lo extraño que habilita una liberación irrefrenada de los instintos agresivos. Si bien el fascismo no puede reducirse a la psicopatología, sino que debe entenderse como un efecto inherente al

desarrollo capitalista, Bermann no dudó en caracterizarlo como el exponente último y necesario la irracionalidad:

[L]os sabios oficiales y condecorados se han desplazado abiertamente al campo del irracionalismo. La ciencia oficial proclama la reconciliación de la religión y de la ciencia, el abandono de los “errores” del materialismo, el límite del conocimiento científico, la supremacía de lo espiritual, que es imposible de alcanzar por la vía de la ciencia y de la razón. [...] Los fascismos viven y se nutren de incoherencias y sinrazones, de espiritualismo decadente, de incongruencias entre sus ideas y actos, de anarquía mental y moral.<sup>19</sup>

La idea de que el fascismo pervertía a la ciencia para usarla como un instrumento de opresión, en contraposición a un socialismo que la incorpora como base racional de la emancipación, resultó central en el ideario comunista. La oposición racional/irracional se articuló con la oposición entre socialismo-comunismo/capitalismo-fascismo. La tarea de las fuerzas progresistas era defender y promover la racionalidad de las ciencias, necesaria para la construcción del socialismo.

Bajo esta matriz de pensamiento, no es posible un conocimiento científico neutral, ubicado por encima de los avatares sociales. Por el contrario, el genuino saber sólo se encuentra con una posición política definida: “Las luchas sociales y políticas a todos nos arrastran y nos imponen la ley de la militancia [...] desde la posición que he adoptado ¿viciaría los resultados de este estudio [sobre el desarrollo del fascismo]? En manera alguna. Por el contrario, estarán más cargados de verdad”.<sup>20</sup> En este sentido, Bermann se alineaba con la partidización de los intelectuales “clásicos”, los escritores. Por ejemplo, el poeta y novelista comunista Louis Aragón, en una de sus exposiciones durante el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, realizado en 1937 en España y Francia, defendió el realismo socialista en la literatura en estos términos: “Es así, queridos camaradas por lo que, convertidos en realistas dentro del espíritu del socialismo, parafraseando a la vez varias expresiones de uno de los más grandes espíritus de los tiempos modernos, os convertiréis en ingenieros del alma y colaboraréis en la creación de una cultura verdaderamente humana”.<sup>21</sup> Tanto Bermann como Aragón asumían el mismo supuesto: la alineación política al socialismo coadyuvaría en una producción más ajustada a la “realidad” del mundo y del hombre.

La fusión entre científico e intelectual comprometido también se revela en la actividad psiquiátrica de Bermann. El tratamiento de las neurosis de guerra que propuso se basó más en la ele-

<sup>19</sup> Gregorio Bermann, “Dialéctica del fascismo y su psicopatología”, en *Problemas psiquiátricos*, Buenos Aires, Paidós, 1966, p. 165. Texto original de 1937.

<sup>20</sup> *Ibid.*

<sup>21</sup> Louis Aragón, “Conferencia, París, 16 de julio de 1937”, en Manuel Aznar Soler y Luis-Mario Schneider (eds.), *II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura (1937). Actas, ponencias, documentos y testimonios*, tomo III, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana, 1987, p. 269.



vacación de la moral del soldado que en una psicoterapia profunda o técnicas médicas. En sus términos, ello significaba redefinir el rol del médico:

El médico de sanidad debe ser como un comisario de la salud de sus soldados. No he encontrado mejor término de comparación que el del comisario político del ejército español, de esta admirable creación del genio revolucionario francés, que se ha reeditado con la misma grandeza y eficacia en la guerra rusa y en ésta. [...] Al mismo tiempo que cuidar la salud y la higiene del cuerpo, los médicos pueden hacer mucho por estimular sus fuerzas morales, por curar sus dolencias anímicas, por exaltar su coraje, por elevar su capacidad, por darle, en una palabra, el ánimo necesario, a fin de que adquiera la plenitud de la fuerza defensiva y ofensiva que el Ejército y la retaguardia necesitan [...]. [El médico debe] convivir con ellos, participar en la misma exaltación popular por los ideales antifascistas, participar en las mismas vivencias, dejándose tomar por sus pasiones —la pasión de España—, hablar su lenguaje, atender sus necesidades. [...] No hay límites precisos entre la labor de unos y de otros: de la higiene y la salud de los milicianos pueden y deben ocuparse los sanitarios, los mandos, los comisarios políticos, los delegados, pero sobre todo los médicos.<sup>22</sup>

Por otra parte, tal homologación del médico con el comisario político podía deberse al hecho de que en los servicios médicos republicanos existieron comisarios de sanidad, cuyas tareas en la formación y exaltación de la moral de los soldados poco se diferenciaban de la terapéutica que proponía Bermann.<sup>23</sup>

El movimiento antifascista fue entonces el escenario de una redefinición de los saberes y actividades científicos en función de los criterios del marxismo soviético. En el CLES y la AIAPE se conformó una red de autores mediante la cual el materialismo dialéctico se implantó como marco intelectual. Aquí interesa mencionar, además de Ponce y Troise, a los psiquiatras Jorge Thénon y Julio Peluffo. El primero participó de la AIAPE y del CLES, del cual llegó a ser titular de su consejo directivo entre 1946 y 1952. Peluffo, por su parte, fue colega de Ponce en el Hospicio de Vieytes, ofreció cursos en el CLES y participó en el Comité contra el Racismo y el Antisemitismo de la AIAPE, organizado por Troise. Thénon, Peluffo y Troise tuvieron un contacto cercano con Ponce y Bermann, y fueron compañeros de ruta del comunismo, hasta que los tres se afiliaron al PCA luego del acto realizado en el Luna Park el 1 de septiembre de 1945. Bermann, por su parte, mantuvo su rol de simpatizante no afiliado hasta principios de la década de 1960. Para estos autores, la cultura comunista ofreció un nicho donde continuar y profundizar la idea de que el marxismo representaba una superación general del pensamiento científico. El golpe de estado de 1943, realizado por militares anticomunis-

tas y “neutrales” respecto de la Segunda Guerra Mundial, la experiencia de 10 años de antifascismo, los logros de las políticas frentistas en Francia, y el triunfo de la URSS en la Segunda Guerra Mundial dieron solidez al horizonte histórico del comunismo.

## La partidización de la ciencia marxista-leninista

Dentro de las publicaciones del comunismo argentino interesa destacar **Cuadernos de Cultura**, dirigida expresamente a los sectores intelectuales y científicos. Ya desde su segunda época pueden hallarse textos dedicados a la concepción soviética de la ciencia.<sup>24</sup> Entre ellos, el de mayor interés es un artículo de Sergei Vavilov, quien en 1945 se convirtió en el presidente de la Academia de Ciencias, el organismo más importante de la URSS sobre ese campo. Vavilov afirmó que la ciencia rusa, aunque provista de figuras destacadas desde antes de 1917, sólo con la revolución bolchevique salió de sus claustros y logró plena relevancia al concentrarse en los problemas fabriles y rurales. Lo distintivo de la ciencia soviética sería que no se desentendía del pueblo, sino que le servía. Esta relación se efectivizaba por la amplia promoción, organización y financiación que recibía del Estado soviético; tal administración socialista permitía que la URSS cuente con una vasta estructura de investigación. Vavilov enfatizó que con el gobierno soviético, el número de personal científico se incrementó 20 veces de 1917 a 1946, hasta llegar a 10.000, lo que permitió disponer de “hombres capacitados en casi todas las especialidades que ofrecen interés científico o técnico de consideración. No todos los países, ni mucho menos, poseen este frente científico ininterrumpido”.<sup>25</sup>

Vavilov, sin embargo, abonaba todavía en 1946 a la idea de que la ciencia era un capital universal y que los soviéticos debían apropiarse de toda la buena ciencia disponible. Tal perspectiva cambió poco después con el zhdanovismo, que endureció varias de las premisas que ya subyacían en las formulaciones previas sobre el marxismo-leninismo como filosofía de la ciencia, esto es, el paso de una cierta desjerarquización de los saberes no ajustados al materialismo dialéctico a la plena impugnación. A modo de ejemplo, en una conferencia publicada en **La Nouvelle Critique** y reproducida en **Cuadernos de Cultura**, se realizaban afirmaciones del siguiente tono: “El hecho de que haya una ciencia burguesa y una ciencia proletaria, fundamentalmente contradictorias, quiere decir ante todo que la ciencia es también cuestión de lucha de clases, cuestión de partido”.<sup>26</sup>

La celebración de la ciencia proletaria y la condena de la ciencia burguesa fueron promovidas también por Peluffo, Troise y Thénon,

<sup>22</sup> Gregorio Bermann, *Las Neurosis en la Guerra*, Buenos Aires, Aniceto López, 1941, pp. 34-35.

<sup>23</sup> Véase B. Chueca, “La Labor de los Comisarios de Sanidad”, en *La Voz de la Sanidad del Ejército de Maniobra*, año 1, n° 5, 30 de abril de 1938, p. 11. Ubicado en BI PP 42, UCLM CD B. Internacionales (B), Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete, España.

<sup>24</sup> Se retoma la distinción de cinco períodos en la revista propuesta por Kohan, *op. cit.*: 1) noviembre, 1942-junio, 1943 (ocho números); 2) aproximadamente julio, 1946-octubre, 1947 (unos diez números); 3) agosto, 1950-abril, 1967 (ochenta y cuatro números); 4) octubre, 1967-febrero, 1976 (cuarenta y ocho números); 5) otoño, 1985-primavera, 1986 (cinco números).

<sup>25</sup> Sergio Vavilov, “Porqué progresa la ciencia soviética”, en **Cuadernos de Cultura Anteo**, n° 10, 1947, p. 32. Para un examen minucioso y matizado de Vavilov véase Kojevnikov, *op. cit.*, pp. 158-185.

<sup>26</sup> Jean Desanti, “La ciencia: ideología históricamente relativa”, en **Cuadernos de Cultura Democrática y Popular**, n° 3, 1951, p. 74; subrayado de la fuente.

quienes se hicieron eco de la propaganda sobre los logros científicos soviéticos, particularmente los de Pavlov.<sup>27</sup> Peluffo tuvo una relación estrecha con Agosti y fue miembro del consejo de redacción y luego director **Cuadernos de Cultura**. En las páginas de esta publicación sostuvo que en la URSS “un nuevo hombre, el hombre de la sociedad comunista, [...] liberado de las cadenas irracionales, se eleva al plano de una consciencia superior”. Los postulados sobre el surgimiento de tal nuevo hombre se encontraban para el psiquiatra “confirmados acabadamente por las investigaciones científicas, que [...] han realizado Pavlov, Mitchurin y Lysenko”. Peluffo retomó la concepción ambientalista del conocimiento a partir de un marco pavloviano: la psiquis sería producto de “lo que los psicólogos llaman asociación, sea en la percepción de los signos, del lenguaje, sea en las ideas”, es decir, toda actividad psíquica se reduce a un proceso neurofisiológico, el reflejo.<sup>28</sup> La noción de reflejo remitía, en primer lugar, a las ideas de Lenin, pero especialmente al ambientalismo del modelo pavloviano, que permitía una articulación con las teorías neo-lamarckianas de Lysenko. Todo el marco se ofrecía como una confirmación científica del surgimiento de un “nuevo hombre”. La plasticidad en la adquisición de conductas e ideas según la teoría del condicionamiento se reforzaba con la idea de que los organismos podían transformarse consecutivamente mediante la herencia de los caracteres adquiridos. De este modo, la “evidencia” biológica se basaba y corroboraba la idea de una ontología de lo material en perpetuo cambio. Este materialismo dialéctico naturalizado, fundamentado “de manera experimental y con un criterio de utilización social”, permitía pensar que la transformación del hombre podría lograrse mediante “un amplio y hondo proceso de herencia, de educación, de condicionamiento”.<sup>29</sup> El estado soviético era entonces el encargado de desplegar la potencia de la ciencia para la obtención del “hombre nuevo”. En la visión comunista del momento, la existencia y crecimiento de la sociedad socialista soviética era la corroboración de la cientificidad de las teorías de Marx.

La celebración de Pavlov como representante de la ciencia marxista-leninista no resultaba sólo un efecto de la propaganda, sino que sus teorías neurofisiológicas fueron apropiadas como una crítica a los saberes disponibles en la psiquiatría y como base para una fundamentación científica de esa disciplina. Thénon rápidamente se ubicó como el referente central del pavlovismo comunista y se convirtió en el principal crítico del psicoanálisis. En esa línea, Thénon se propuso un doble movimiento: en primer lugar, desacreditar las ideas psicoanalíticas que él mismo había contribuido a divulgar en la década de 1930, como un saber idealista y reaccionario en la psiquiatría y en la cultura en general; en segundo lugar, buscar fundamentos marxistas para renovar la psiquiatría y la psicología. No se detallará el rechazo del psicoanálisis por parte de los psiquiatras comunistas; baste con señalar que

Thénon consideraba que sólo la escuela de Pavlov “inaugura un método para la caracterización histórica del hombre y para una verdadera psicología científica”.<sup>30</sup> Interesa más bien analizar el modo en que el marxismo-leninismo podía ofrecerse como una concepción genuinamente científica de lo psíquico.

En **Cuadernos de Cultura**, Thénon ofreció una fundamentación marxista de la psicología, quizás el primer intento de muchos otros que se realizaron luego en la Argentina. Bajo la idea de que el bolchevismo “estableció por primera vez las condiciones objetivas para el desarrollo de una psicología científica”, afirmó que la psicología, si pretende ser una ciencia, debe abandonar el estudio de las instancias intrapsíquicas y enfocarse en el estudio de la actividad humana, entendida ésta como las capacidades transformadoras del hombre en función de la historia de las fuerzas productivas. Una psicología científica, en la clave del marxismo-leninismo, debe centrarse en el modo en que la situación socio-política de los individuos define los procesos de concientización: “ninguna psicología puede prescindir, en el estudio crítico del hombre en la era del capitalismo, de su carácter de obrero, asalariado, intelectual o patrón, sin caracterizar las normas sociales que por su constancia relativa crean hábitos mentales”.<sup>31</sup> Desde esta perspectiva, la psicología producida bajo el capitalismo no puede más que limitarse a estudiar un hombre reducido a ser un espectador apolítico de los procesos sociales, mientras que en el bloque socialista, donde se generaría una nueva humanidad, puede investigarse plenamente las capacidades humanas. La URSS era vista como un motor histórico y científico, garante del despliegue de las potencias psíquicas y por tanto del desarrollo de una psicológica genuinamente científica.

Para Thénon, Marx habría abierto la posibilidad de estudiar los modos en que las condiciones socio-económicas inciden sobre la psiquis del trabajador, tanto en el desarrollo de su conciencia como en su alienación, entendida ésta como una “psicopatología industrial”. Sólo en un contexto socialista, desprovisto de alienación, podía haber una verdadera psicología de la conciencia y de la normalidad. Sin embargo, a pesar de las intuiciones de Marx y Engels, recién a partir del surgimiento de la URSS y con las investigaciones pavlovianas podía generarse una psicología rigurosa. En este sentido, la gestación de una psicología científica dependería de la edificación de un estado socialista. Esto conlleva una doble implicación: por un lado, la producción de saberes queda supeditada a un régimen político particular, lo que revela las esperanzas depositadas por los comunistas locales en la URSS; por otro lado, el canon marxista no basta para realizar buena ciencia.

<sup>27</sup> Debe aclararse que los tres autores no fueron zhdanovistas inflexibles; en sus textos hay diversas referencias positivas a científicos no marxistas acreditados. Si aumentó la beligerancia frente a saberes considerados como idealistas o pseudocientíficos, y la suspicacia sobre autores no comunistas.

<sup>28</sup> Julio L. Peluffo, “Pavlov y Mitchurin-Lysenko”, en **Cuadernos de Cultura Democrática y Popular**, n° 4, 1951, pp. 67-69.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>30</sup> Jorge Thénon, “La psiquiatría en el año 50 del siglo XX”, en **Cursos y Conferencias**, vol. XLII, n° 247-248-249, 1952, p. 365. La impugnación del psicoanálisis fue iniciada por Bermann, quien rápidamente se alineó a la postura del PCF al respecto, Gregorio Bermann, “El psicoanálisis enjuiciado”, en **Nuestra psiquiatría**, Buenos Aires, Paidós, 1960, pp. 88-91. El artículo original se publicó en 1949 en **Nueva Gaceta**, periódico dirigido por Héctor Agosti. Para más detalles véase Hugo Vezzetti, “Gregorio Bermann y la *Revista Latinoamericana de Psiquiatría*: Psiquiatría de izquierda y partidismo”, en **Frenia**, vol. VI, 2006, pp. 39-55; Dagfal, *op. cit.*, pp. 311-352.

<sup>31</sup> Jorge Thénon, “Marx, Engels y la psicología”, en **Cuadernos de Cultura**, n° 15, 1954, p. 30.



En este punto, ese canon puede corregirse y reconfirmarse mediante la ciencia socialista; en los términos de Thénon, las teorías pavlovianas "enriquecen con sus experimentaciones la teoría marxista del conocimiento. Las investigaciones y la doctrina de Pavlov y su escuela, constituyen la base científico-natural del marxismo-leninismo".<sup>32</sup> Se reitera entonces la idea de que es la ciencia natural la que constituye el suelo que hace admisible el *diamat*, al punto que la neurofisiología pavloviana es parte del sostén de las ideas de los clásicos.

El paso del científicismo marxista-leninista de su versión débil a la fuerte, además de aumentar la pretensión filosófica, también amplió el grupo de figuras a cuestionar. Ello puede verse en la reedición del libro de Troise **Materialismo Dialéctico**. El texto original apareció casi sin modificaciones. Troise se limitó a agregar párrafos donde extendía la argumentación anterior, esta vez con una mayor presencia de citas de autoridad, entre ellas Stalin, Lysenko, y desde luego, Pavlov: "los trabajos de la escuela de Pavlov, han establecido, con gran rigor experimental, [la] dependencia estricta del psiquismo a los estímulos específicos de la energía exterior". Si hacia 1953 para Troise seguía teniendo sentido cuestionar a Bergson, ello se debía a que éste se emparentaba con los nuevos contrincantes: "La filosofía llamada existencial y fenomenológica –de esencia irracional– alentó con sus especulaciones la brutalidad nazifascista".<sup>33</sup> Las ideas de Husserl y de Heidegger, así como las de sus representantes franceses, Jean-Paul Sartre y Maurice Merleau-Ponty, fueron enmarcadas en la dicotomía racionalismo/irracionalismo, formulada durante los años del antifascismo y cara a la cultura comunista del último estalinismo. Tales filosofías no eran otra cosa que una reformulación del idealismo antipositivista de principios de siglo, cuyos efectos deletéreos para la humanidad habrían sido comprobados con la Segunda Guerra Mundial. Troise intervenía así en la discusión de las izquierdas francesas y argentinas sobre los límites y posibilidades de renovación del marxismo, en el contexto de una Guerra Fría que contribuyó a hacer cristalizar las formulaciones y expectativas sobre las cualidades científicas del marxismo-leninismo.

Por su parte, el pavlovismo comunista representó una de las principales corrientes psiquiátricas durante la década de 1950 y había logrado organizar algunas instituciones relevantes como la Federación Argentina de Psiquiatría.<sup>34</sup> Como se dijo, dentro de este campo disciplinar, la lucha contra el idealismo burgués se traducía especialmente en la impugnación al psicoanálisis, el cual lograba por entonces una amplia inserción en el ámbito psiquiátrico y de la cultura en general. Ello les valió a los psiquiatras comunistas el reconocimiento explícito de Agosti en el informe que realizó para la Primera Conferencia Nacional de Intelectuales Comunistas: "me parece un acto de justicia destacar la labor de nuestros camaradas médicos en la difusión de la doctrina de

Pavlov y los avances de la medicina córticovisceral, ejemplo concreto de realización de la batalla ideológica en el terreno de la cultura superior."<sup>35</sup> Que el principal intelectual del PCA ponga a los pavlovianos como ejemplos partidarios revela su posición como parte de una intelectualidad que defendía y alimentaba el ideario científico del comunismo.

## Conclusiones

Hasta aquí se ha señalado cómo una serie de autores provenientes del espacio antifascista se apropiaron del ideario científico marxista-leninista, el cual fue luego impulsado por el PCA como parte de su visión política. En este sentido, más que considerarlo sólo como un ideario impuesto por la verticalidad habitualmente asignada al comunismo, cabe ser examinado desde la perspectiva de una apropiación activa por los intelectuales que encontraron en el *diamat* herramientas epistemológicas para reconsiderar supuestos filosóficos y la actividad de las ciencias. En esta clave, cabe señalar algunas implicaciones relevantes para una historia intelectual del marxismo-leninismo local.

Interesa destacar el lugar que se le asignó a Pavlov, en conjunción con Lysenko, como parte del canon del marxismo-leninismo. La neurofisiología pavloviana venía a sustentar el estándar materialista con el cual se buscaba comprender al hombre, con lo que se conformó un entramado epistemológico donde marxismo y pavlovismo se legitimaban mutuamente. Representó así una pieza importante de la concepción científica del mundo del comunismo y actuó como un puente entre los intereses científicos de médicos y psiquiatras y los objetivos políticos. En vista de lo anterior, si se considera a las figuras con formación científica como parte de la intelectualidad de izquierda, resulta posible tematizar el papel de la ciencia en el ideario del marxismo-leninismo, tanto dentro del comunismo como fuera de éste, y la incidencia del materialismo dialéctico, en tanto epistemología, dentro de las diversas disciplinas científicas. La obra de los autores trabajados aquí permite dar un primer acercamiento al problema de la figura del médico que, en tanto portador de un saber científico, deviene un intelectual y/o militante político. Esta figura, de límites no muy precisos, antecedería y excedería el marco del comunismo. Sin embargo, se ha buscado ofrecer aquí elementos para contemplar la idea de que estuvo lejos de tener un papel marginal en la cultura comunista local.

Si bien los médicos y psiquiatras filo-soviéticos y comunistas buscaron intervenir en la psiquiatría, el capital que les proveía su saber específico les permitió desempeñar un rol más amplio. Por un lado, actuaron como defensores de la doctrina del marxismo soviético; por otro, promovieron causas políticas más generales, como el rechazo de los fascismos y la organización racional de la sociedad. Esa doble ubicación conjugó al menos dos resortes: la legítima-

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>33</sup> Emilio Troise, **Materialismo Dialéctico. Concepción materialista de la historia**, 2ª ed., Buenos Aires, Hemisferio, 1953, pp. 41, 9.

<sup>34</sup> Enrique Carpintero y Alejandro Vainer, **Las Huellas de la Memoria. Psicoanálisis y Salud Mental en la Argentina**. Tomo I, Buenos Aires, Topía, 2004, pp. 61-70, 83-88.

<sup>35</sup> Héctor P. Agosti, "Los problemas de la cultura argentina y la posición ideológica de los intelectuales comunistas", en **Cuadernos de Cultura**, n° 25, 1956, p. 154.

ción científica, desde la cual sostener el ideario partidista, y la acreditación partidaria, que les amplió el ámbito de intervención por fuera de sus disciplinas. Desde luego, no cabe asumir que ello fue sin tensiones entre las dinámicas disciplinares y políticas. Queda aún por indagar la relación específica de estas figuras con la cúpula del PCA —que fue muy fluctuante respecto de los intelectuales, incluso con los más partidistas— y también en qué medida su pertenencia partidaria podía ser utilizada como un factor de prestigio dentro del campo intelectual y científico más extenso.

El cientificismo comunista muchas veces fue catalogado como un pensamiento dogmático y estrecho. Lejos de reivindicarlo, una mirada alternativa podría mostrar que la división epistémica entre materialismo dialéctico e idealismo supuso una toma de postura intelectual articulada contra el fascismo, la religión y otras fuerzas consideradas regresivas. Una historia del marxismo-leninismo como sistema de pensamiento cobra otra relevancia cuando se lo piensa como un ideario sostenido en múltiples resortes, tanto de argumentación filosófica como de experiencias políticas y actividad en disciplinas específicas. El horizonte desplegado por la URSS permitió repensar casi cualquier saber y construir (o bien renovar) un “gran relato” sobre la naturaleza, la realidad social y el devenir de la humanidad. Resta aún mayor indagación sobre el modo en que el marxismo-leninismo se constituyó como una cosmovisión y cómo reconfiguró las relaciones entre política y conocimiento dentro de las disciplinas científicas en Argentina y el mundo hispanoparlante. En este sentido, más que iniciar un análisis de este tipo a partir de la rigidez de los comunistas, cabría invertir el problema y preguntar mediante qué mecanismos se generó tal dogmatismo y qué papel cumplieron el antifascismo y el comunismo en la instauración de la idea de que el marxismo puede ser un maximizador del conocimiento debido a su estatuto científico.

Finalmente, se hace necesario indicar que el ideario científico del comunismo, además de una ideología —en el sentido negativo del término—, fue también un componente positivo en la legitimación del marxismo-leninismo. Fue considerado un recurso epistemológico renovador por intelectuales y científicos, tanto en lo que respecta al plano de las ideas como al rol de los científicos e intelectuales en una coyuntura histórico-política. Bajo la promesa de saberes más rigurosos y con mayor incidencia en la realidad, el materialismo dialéctico fue impulsado activamente por médicos y psiquiatras filo-soviéticos y comunistas. Aún queda por esclarecer hasta qué punto este esfuerzo tuvo repercusiones más allá del PCA y del campo psiquiátrico.



Mariana Yampolski  
"Vivac de revolucionarios" (Estampas de la Revolución Mexicana)  
Linóleo, 21 x 29 cm. (1947)

## Historia del libro, la edición y la lectura

# Experiencias editoriales de izquierda en México

---

En su habitual sección dedicada a la historia del mundo de la edición y los textos impresos, **Políticas de la Memoria** inaugura una serie consagrada a explorar experiencias editoriales significativas de distintos países de América Latina. En esta primera entrega el espacio nacional elegido es México, consabidamente una de las plazas más importantes en la producción de libros en lengua castellana. El presente dossier está integrado por dos artículos que acometen casos vinculados a las aventuras intelectuales y políticas de las izquierdas. En el primero de ellos, Valeria Añón se aproxima a la trayectoria de las editoriales Era y Joaquín Mortiz, conocidas entre nosotros por su provisión de textos ineludibles para la conformación de cualquier biblioteca interesada en campos como el marxismo o la literatura y el ensayo mexicanos. En el segundo, Martín Cortés ofrece una mirada sobre la experiencia de la editorial Folios –surgida en el marco del exilio argentino en México–, con el objeto de reconstruir una de las últimas incursiones en el campo de la factura de libros de ese editor impenitente que fue José María “Pancho” Aricó. Añón, especialista en estudios culturales e historia del libro, es investigadora del CONICET y Profesora Adjunta de Literatura Latinoamericana en las universidades de Buenos Aires y La Plata. Su último libro, publicado en 2013, es **Interpretar silencios. La extraducción en Argentina**. Cortés, por su parte, es doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires, y de Filosofía por la Universidad Paris 8. Su tesis, aún inédita, está dedicada a la obra de Aricó. Actualmente investiga temas de teoría política latinoamericana.





Alfredo Zalce  
"Prensa reaccionaria ante la lucha social histórica"  
Linóleo, 39.5 x 31.5 cm. [s/f]

# Políticas editoriales, canon y mercado: Editoriales independientes mexicanas en los años sesenta

Valeria Añón\*

A la memoria de Susana Zanetti

Cuando hay preguntas que hacer, debo echar hacia atrás mi silla,  
observar mis papeles y sentir el cambio.

Raymond Williams

## Introducción

Mucho se ha escrito acerca del mundo editorial latinoamericano en los años sesenta, en el marco de la atención —casi hegemónica— a lo que se dio en llamar “narrativas del boom latinoamericano”.<sup>1</sup> Reflexiones centradas en la ficción y en grandes nombres de escritores buscaron la especificidad de lo literario continental, cuestionaron los vínculos entre literatura y mercado,<sup>2</sup> y llamaron la atención respecto de nuevas figuras emergentes por esos años en la “República Mundial de las Letras”<sup>3</sup> (como la de los agentes literarios, entre los cuales descolló Carmen Balcells)<sup>4</sup> en el marco mucho más amplio de los deba-

tes en torno a los años sesenta.<sup>5</sup> En términos de mercado editorial y de construcción de un público lector, la polémica ha oscilado entre plantear una ruptura con modos de narración, circulación y conformación de un mercado editorial global, por un lado, y pensar el proceso como consecuencia de una conformación de lectores y de mercado que comenzó, al menos, en los años cuarenta —quizás antes en México, políticas públicas y fundación de Fondo de Cultura Económica mediante—, en lo que se dio en llamar la “época de oro” de la edición en América Latina.<sup>6</sup> Esta perspectiva diacrónica, de mayor productividad, ha permitido reevaluar factores como el peso de la inmigración republicana española en el mercado editorial continental, o las posibilidades y límites de las colecciones populares que fueron marca definitoria en los años cincuenta y sesenta; también, las transformaciones de la figura de autor en relación con el mercado y los medios masivos.

En esta línea se inscribe la aproximación que presento aquí, porque entiendo que la única forma de pensar el cambio es sopesar desplazamientos y continuidades, y porque esta investigación apuesta a pensar el mercado editorial local y sus políticas en un marco más amplio (continental y supra continental) que tenga

\* IDIHCS-UNLP / CONICET.

<sup>1</sup> La investigación que sustenta este trabajo se enmarca en el Proyecto H555 “Editores y políticas editoriales: articulaciones y redes entre América Latina, Argentina y España” (2010-2013) y continúa en el Proyecto “Políticas editoriales y modernización literaria: géneros, cultura visual, nuevas tecnologías” (desde 2014), ambos dirigidos por José Luis de Diego en la Universidad Nacional de La Plata. Una primera versión de una parte de este trabajo fue presentada en el Congreso Regional de SHARP (Societr trabajo de José Luis de Diego y for the History of Authorship, Reading and Publishing), Río de Janeiro, 5 al 8 de noviembre de 2013. Agradezco a José Luis de Diego, Pablo Rocca, Graciela Batticuore y Gustavo Sorá sus comentarios, y a Martín Bergel, por su generosidad e interés en este trabajo. En México, agradezco a Neus Espresate y a Aurora Díez Canedo las charlas, las remembranzas y los invaluables materiales que me facilitaron. Y a Liliana Weinberg, cuya enorme generosidad me permitió disfrutar de una estancia de investigación durante la cual realicé la mayor parte del trabajo de campo que aquí se presenta.

<sup>2</sup> Al respecto, sigue siendo insoslayable el volumen *Más allá del boom. Literatura y mercado* (México, Marcha, 1981) con textos de Ángel Rama, Tulio Halperin Donghi, David Viñas, Jean Franco, Antonio Cándido y Saúl Sosnowski, entre otros.

<sup>3</sup> Tomo el concepto, discutido por cierto, de Pascale Casanova, *La República Mundial de las Letras*, Barcelona, Anagrama, 2000.

<sup>4</sup> Al respecto, véase el trabajo de José Luis de Diego “El boom latinoamericano: estrategias editoriales, mercado e internacionalización de nuestra literatura”, ponencia presentada en el Congreso SHARP de Río de Janeiro, 5 al 8 de noviembre de 2013; y de mi autoría, “Escritores, editores y agentes: acerca de políticas editoriales transatlánticas en el mercado editorial reciente en lengua castellana”, Il Congreso Internacional Literatura y Cultura Española Contemporáneas. Diálogos transatlánticos, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 3 al 5 de octubre de 2011.

<sup>5</sup> No podría reseñar en este breve espacio los numerosos trabajos que se ocuparon de los años sesenta en América Latina desde una perspectiva cultural y social, y en especial de la figura del intelectual (muchos de ellos reeditados en la última década). Si quisiera referir aquellos que fueron de mayor utilidad para mi aproximación: el ya mencionado libro *Más allá del boom*; de Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2003; de Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991; de Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2013 (reedición).

<sup>6</sup> Para analizar el caso mexicano se destaca el libro de Fernando Escalante Gonzalbo, *A la sombra de los libros. Lectura, mercado y vida pública*, México, El Colegio de México, 2007; también del Seminario de Historia de la Educación en México, *Historia de la lectura en México*, México, El Colegio de México, 1988. José Luis de Diego analizó la experiencia argentina entre 1938 y 1955 en “La época de oro de la industria editorial”, *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, FCE-Libros sobre libros, 2006, pp. 91-121.

en cuenta experiencias fundamentales en los años cincuenta y sesenta. Para ello me interesa, en primer lugar, volver sobre algunos datos y comentarios generales sobre esa época (tan nostálgicamente reseñada en numerosas ocasiones), dado que la reconstrucción *a posteriori* de esta nueva “época de oro” y de sus lazos latinoamericanos está en la base de las formas en que se concibe la historia editorial y cultural hoy. Para ello, a partir de unos pocos datos cuantitativos, quisiera centrarme en dos experiencias editoriales mexicanas, de larga incidencia en el universo del libro y la cultura continental, y cuyos catálogos están en la base de la conformación de un canon literario latinoamericano, así como de una cartografía del interés y la circulación del pensamiento de izquierda en el continente en los años sesenta y principios de los setenta. Por partes, entonces.

### Un poco de historia: *La vuelta completa*

¿A qué llamábamos literatura argentina quienes la seleccionamos para el público lector entre los años sesenta y ochenta? ¿Qué función le atribuimos? Si atiendo a la segunda pregunta, resulta claro que la función se deslizó desde la celebración oficial de la fundación de la nación en 1960 hasta un refugio para insistir en la defensa de un espacio en el campo cultural cuando se inicia la dictadura en 1976. Diríamos, casi, la vuelta completa.

Susana Zanetti

Si bien se afirma que estamos en un mundo globalizado, donde los límites territoriales y temporales parecieran expandirse y ampliarse (al menos, para los productos culturales), lo cierto es que nunca resultó del todo sencillo tener acceso a las publicaciones de nuestros países vecinos. La mayoría de las veces —y debido a polémicas políticas editoriales, que se han aguzado en las últimas dos décadas—, hemos leído a América Latina a través de lo que deciden publicar casas con sede en España. Este periplo, largamente analizado en numerosos informes y objeto de disputas en relación con el lugar de los editores independientes, tiene su correlato, además, en el universo de la traducción y en especial de los procesos de extraducción.<sup>7</sup>

Claro que, desde el comienzo, se parte de un supuesto falaz: la noción de América Latina como una unidad (homogénea, para más datos), tal como ciertas miradas etnocéntricas y pintoresquistas apuntan. Nada más lejos de la realidad: el subcontinente es, en verdad, un conglomerado de países donde se hablan lenguas diversas, con predominio del castellano, pero fuerte impacto también —en términos poblacionales y económicos— del portugués de Brasil, y que incluye asimismo naciones como Haití, donde la lengua oficial (producto de su experiencia colonial) es el francés.<sup>8</sup> De hecho, y como es sabido, el concepto mismo de

América Latina es tardío (de la segunda mitad del siglo XIX) y responde a una disputa de poder entre Francia y España acerca de las colonias (o ex colonias) españolas.<sup>9</sup> De allí que el complejo vínculo entre Europa (y, en especial, España) y América Latina no sea algo nuevo, sino de larga data, y que como tal se haya percibido desde el siglo XVI en la historia del libro y de la conformación de la industria editorial.<sup>10</sup>

Claro que esta heterogeneidad no es ajena a poderosos “procesos de religación”, que comenzaron ya en los primeros momentos de la conquista y colonización, a partir de la imposición de un régimen de gobierno (y una legalidad) específicos, que se sustentaba de manera central en la expansión de una lengua común.<sup>11</sup> Este proceso fue enormemente exitoso y, aunque durante tres siglos soportó el poder colonial, en el siglo XIX también jugó a favor de los procesos independentistas... En cualquier caso, la conformación de una industria cultural en el siglo XX (con el rol que al mundo editorial le corresponde en ella) también se sostuvo sobre dicha religación, posible en función de la extensión de las dos lenguas hegemónicas.

En relación con el mercado editorial latinoamericano en el siglo XX, la historia que puede trazarse no escapa a la polarización de la edición en grandes centros-capitales (Buenos Aires, San Pablo, México, y en menor medida Caracas y Bogotá), así como a procesos políticos de mayor alcance, a través de los cuales el mercado editorial subcontinental también se desarrolló sobre la base de exilios y migrancias. En efecto, la historia de la edición en América Latina reconoce una “época de oro” en los años cuarenta y cincuenta, que coincide con el arribo de los exiliados de la Guerra Civil Española (y la hambruna posterior), quienes se instalan mayormente en México y la Argentina para fundar casas editoriales como FCE y librerías como la Imprenta Madero (en el primer caso), y Losada, El Ateneo o Sudamericana (en el segundo). En términos de dinámicas de traducción, lo que se puso en marcha fueron políticas intraductorales, donde jugó un rol central la revista y editorial *Sur* en la Argentina, y que, en términos del impacto del exilio republicano español, principalmente en México y la Argentina, coadyuvó para que se tradujeran “todos aquellos grandes autores del siglo que estaban prohibidos en España (o cuyos editores habían tenido que emigrar)”.<sup>12</sup> En cambio, las polí-

<sup>7</sup> Analicé estas particularidades y sus inflexiones en el último lustro (2008-2013) en Valeria Añón, *Interpretar silencios. La extraducción en la Argentina*, Buenos Aires, Fundación TyPA, 2013.

<sup>8</sup> La heterogeneidad de historias y lenguas, no obstante, no se condice con cierta homogeneidad lingüística en el mercado editorial subcontinental, en el cual el 58% de lo que se publica es en español y el 38.9% en portugués. El 2% restante se reparte en otras lenguas, entre ellas las indígenas (véase AA.VV., *El espacio iberoamericano del libro 2010*, Santiago de Chile, CERLALC, GIE y Observatorio Cubano del Libro, 2010; disponible en <http://cerlalc.org/publicacion/espacio-iberoamericano-del-libro-2010>).

<sup>9</sup> Acerca de este proceso histórico-cultural, véase “Génesis de la idea y el nombre de América Latina” en *América Latina y la Latinidad* de Arturo Ardao, México, UNAM-CIALC, 1993.

<sup>10</sup> Al respecto me baso en el trabajo de Gregorio Weinberg, *El libro en la cultura latinoamericana*, México, Juan Pablos editor, 2010.

<sup>11</sup> Retomo el concepto de “religación” de la propuesta de Susana Zanetti, “Modernidad y religación. Una perspectiva continental”, en Ana Pizarro (org.), *América Latina: Palabra, Literatura e Cultura. Vol. 2: Emancipação do Discurso*, San Pablo, Unicamp, 1994, pp. 489-534.

<sup>12</sup> Gabriela Adamo (comp.), *La traducción literaria en América Latina*, Buenos Aires, Paidós-Fundación TyPA, 2012, p. 18.

ticas de extraducción brillan por su ausencia, y las traducciones que en efecto se producen llegan solas o por gestiones aisladas.<sup>13</sup>

Estos procesos de desarrollo del mercado editorial subcontinental, que como ya señalamos mucho le deben a editores españoles —aunque la insistencia en dicha deuda no es inocua ya que reitera, en alguna medida, el estereotipo de lo americano como *tabla rasa* donde imprimir los saberes y producciones culturales de la ex metrópolis—, adquiere un nuevo impulso con la ya mencionada “narrativa del boom”.<sup>14</sup> En este momento —como ocurrió años antes, con el primer movimiento genuinamente latinoamericano que fue el Modernismo— el campo cultural subcontinental se reconfigura, así como los vínculos con España y el lugar del libro de autor americano en el universo de las traducciones. En esta década también se fundan algunas de las editoriales americanas independientes más emblemáticas (Era y Joaquín Mortiz en México; Alfa en Uruguay; Monte Ávila en Caracas), y ven la luz proyectos populares que marcaron hitos en la edición en lengua castellana, como los del CEAL y Eudeba en la Argentina. No obstante y como es sabido, este auspicioso impulso renovador y de ampliación del público lector se vio mermado o directamente detenido por dictaduras y exilios que asolaron el continente desde 1973 en adelante. Aunque aquí se detiene esta aproximación, ya que el objetivo es dar cuenta de momentos y fundaciones previas, no quisiera dejar de señalar cierta progresión a la que asistimos aún hoy. Brevemente: los años ochenta son, como en el resto del mundo editorial, los de la gestación y ampliación de procesos de centralización y concentración, que ya se habían iniciado a fines de la década de los cincuenta en el mundo anglosajón, y que vuelven a poner a la cabeza de la edición en lengua castellana a una España ya liberada de Franco. El resto es historia conocida. Sin embargo, no está de más apuntar que uno de los resultados de los procesos de represión y dispersión de intelectuales fue la ruptura de ciertos lazos (incipientes, claro) entre diversos mercados del continente, y la merma o directa desaparición de proyectos de publicaciones de calidad accesibles a un gran público.<sup>15</sup>

## Los datos

Veamos ahora algunos datos puntuales que nos permitirán trazar una pequeña cartografía del universo editorial latinoameri-

cano entre mediados de los cincuenta y los sesenta, contexto en el que se lanzan y desarrollan los dos proyectos que me interesa alumbrar aquí, Era y Joaquín Mortiz.

1959: en México, editorial Porrúa (fundada en 1914, a partir del antecedente de la librería Porrúa, de 1910) lanza la colección “Sepan Cuántos”, que debe su nombre a las propuestas del insoslayable Alfonso Reyes. Publica obras “clásicas” de la cultura “universal”, y se convertirá en un proyecto de importancia en todo el continente.<sup>16</sup> Ese mismo año se funda editorial Era (con el resonar de la Revolución Cubana detrás), de la mano de “cinco amigos audaces e ingenuos”, los hermanos Espresate (Jordi, Enrique y Neus), Vicente Rojo y José Azorín. Según el recuerdo de Rojo, “[...] para entonces, creo, ya éramos republicanos mexicanos, así nos hemos definido, y en México se redondeaba un proyecto cultural muy rico, una efervescencia que se dio particularmente en los 60” (volveré enseguida sobre estas consideraciones).<sup>17</sup>

1960: en Colombia se funda Tercer Mundo, de Belisario Betancour; Carvajal funda Editorial Norma. En Cuba ve la luz la revista **Casa de las Américas**. En tanto en México, Era saca su primer y polémico libro: **La batalla de Cuba** de Fernando Benítez.

1962: en México Joaquín Díez Canedo, ya fuera de FCE, funda Joaquín Mortiz, y publica su primer libro: **Oficio de tinieblas** de Rosario Castellanos.

1963: en la Argentina se lanza la editorial Jorge Álvarez, emblemática empresa independiente que el editor del mismo nombre crea a partir de su experiencia en la librería jurídica De Palma, y que presenta un catálogo y una figura de autor en varios sentidos parangonable a la de Joaquín Díez Canedo. Entre sus primeros colaboradores se contaron Rodolfo Walsh, Piri Lugones, Julia Constenla, Daniel Divinsky y Rogelio García Lupo.<sup>18</sup>

1966: en México, luego de ser destituido de FCE tras el escándalo asociado a la publicación de **Los hijos de Sánchez** de Oscar Lewis y de **Escucha Yanqui** de Charles Wright Mills, Arnaldo Orfila Reynal funda Siglo XXI Editores, apoyado por un amplio espectro de intelectuales mexicanos y latinoamericanos, que contribuyeron con sus pronunciamientos, obras y capital.<sup>19</sup> En la

<sup>13</sup> Véase Gabriela Adamo, Valeria Añón y Laura Wulicher, **La extraducción en la Argentina. Venta de derechos de autor para otras lenguas**, Buenos Aires, Fundación TyPA, 2009.

<sup>14</sup> Se trata, claro está, de un momento crucial, donde la Revolución Cubana tiene una pregnancia monumental. Al respecto, véase el ya citado trabajo de Claudia Gilman, y de Nora Catelli, “La elite itinerante del boom: seducciones transnacionales de los escritores latinoamericanos (1960-1973)”, en Carlos Altamirano (dir.), **Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo 2: Avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX**, Buenos Aires, Katz, 2010, pp. 712-732.

<sup>15</sup> Por último, añadamos que, en la actualidad, este proceso de concentración no ha hecho más que profundizarse, tanto en América Latina como en España. De hecho, en este último país, el mercado del libro está regido por tres grandes grupos (Planeta, Anaya y Random House-Penguin) que acaparan más del 70% de las ventas.

<sup>16</sup> El proyecto librero y editorial comienza a fines del siglo XIX, con la llegada a México de los tres hermanos asturianos José, Indalecio y Francisco Porrúa, quienes comienzan comprando bibliotecas. La editorial se constituye formalmente en 1940.

<sup>17</sup> “Cinco amigos audaces e ingenuos crearon Editorial Era hace 52 años”, **La Jornada-Cultura**, México, 26 de noviembre de 2012, p. 8.

<sup>18</sup> Tomo estos datos de Ana Mosqueda, “La editorial Jorge Álvarez, cenáculo de los sesenta”, **Revista La Biblioteca**, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, Vols. 4-5, 2006-2007, pp. 482-489.

<sup>19</sup> Respecto de la destitución de Orfila Reynal y su equipo de FCE véase Gustavo Sorá, “Edición y política. Guerra fría en la cultura latinoamericana de los años 60”, **Revista del Museo de Antropología**, Córdoba, UNC, Vol. 1, n° 1 (1), 2008, pp. 97-114. Sobre Orfila Reynal en FCE y en Siglo XXI remito al volumen-homenaje publicado por la Universidad de Guadalajara, **Arnaldo Orfila Reynal, la pasión por los libros**, Guadalajara, 1993, y al artículo de Carlos Díaz y Alejandro Dujovne, “*Todo está en el catálogo*: notas sobre Arnaldo Orfila Reynal y Siglo XXI Editores”, **Revista La Biblioteca**, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, Vols. 4-5, 2006-2007, pp. 490-498.

Argentina, Daniel Divinsky crea Ediciones de la Flor, en vínculo directo con Jorge Álvarez (quien "aportó el crédito —que todavía tenía— en imprenta y papeleras, más la logística y administración a cargo de su personal"), y con el asesoramiento de Piri Lugones.<sup>20</sup> En tanto, luego del golpe militar de ese año Boris Spivacov es expulsado de Eudeba (fundada en 1958 y que hacia entonces había puesto en circulación diez millones de ejemplares).<sup>21</sup> En España Jaime Salinas lanza Alianza Editorial.

1967: en la Argentina Boris Spivacov crea el Centro Editor de América Latina (CEAL).

1968: en Venezuela se funda Monte Ávila, a cargo del editor Benito Milla. En tanto, en México, el 2 de octubre tiene lugar la Matanza de Tlatelolco, durante la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz. Pocos años después, Neus Espresate publicará las crónicas de Elena Poniatowska, recopiladas en *La noche de Tlatelolco*, y las de Carlos Monsiváis, *Días de guardar* (en 1971 y 1972 respectivamente).

Esta rápida enumeración, que dista de ser exhaustiva, exhibe un estado de situación de cierta efervescencia en el universo editorial latinoamericano e hispanoparlante (si contamos Alianza y los vínculos con los exiliados españoles). Proyectos editoriales innovadores, que se dirigen a un público interesado y amplio al tiempo que lo crean, y que son concebidos también como forma de intervención política (e incluso como continuidad de cierta militancia por otros medios).<sup>22</sup> Estos proyectos tienen su correlato en los testimonios y remembranzas de diversos protagonistas —editores, autores, periodistas, críticos—, que participan en la conformación de una mirada nostálgica respecto de ese pasado, donde las editoriales como proyectos culturales y también como forma de resistencia aparecen organizando ciertas zonas de la narrativa.

## Remembranzas: México en los años sesenta

El México radiante de los sesenta...  
Sergio Pitol

En los años noventa (1992 y 1995 respectivamente) la Feria del Libro de Guadalajara organizó dos homenajes notables a las editoriales que me ocupan aquí: Joaquín Mortiz y Era. En ambos casos, se publicó un volumen homenaje, con recuerdos y remembranzas acerca de los editores que animaron ambas iniciativas. Invariablemente, las distintas voces (todas ellas de gran prestigio en la cultura mexicana contemporánea, autores además de ambas casas) comienzan sus relatos recordando *aquellos años sesenta*:

Vivir en México los años sesenta fue una experiencia notable. A saber por qué razones una energía acumulada comenzó a apo-

derarse de la ciudad de México. Parecía que todo lo que se hacía estaba regido por la imaginación, el riesgo y la alegría. La solemnidad tradicional fue marginada durante algunos años por una avasalladora carga lúdica que no le dio paz ni cuartel.<sup>23</sup>

"En los años sesenta Ediciones Era comienza, y el proyecto es y parece distinto porque, además de todo, el momento de América Latina es ecléctico, y Era surge como proyecto latinoamericano. Se cree en el cambio (que la mayoría adjetiva: cambio *revolucionario*), se observa con detalle lo que pasa en Cuba (no hay información disponible sobre las UMAP, las Unidades Militares de Ayuda a la Producción, el esbozo de campo concentracionario), se viven con pasión las teorías de la dependencia y, por primera vez desde los treintas, la izquierda cultural está a la vanguardia, una izquierda desestalinizada, crítica, alejada del lenguaje torrencialmente histórico de Vicente Lombardo Toledano.<sup>24</sup>

Decir 1960 equivale a nombrar otro país, otro mundo. (Pocas de las editoriales que existían entonces siguen en pie. Haber sobrevivido a todas las tempestades de un cuarto de siglo y una década más ya es un mérito admirable. Resistir, persistir y cambiar contra todos los obstáculos son los rasgos que definen la asombrosa continuidad de ERA).<sup>25</sup>

[...] don Joaquín Díez-Canedo fue lo suficientemente visionario al extender a los jóvenes escritores de los sesenta un rotundo certificado de adscripción a una sociedad tan cerrada como era la de entonces, en tiempos de Díaz Ordaz, avalando de este modo a esa generación destinada a caer en Tlatelolco, y a todas las generaciones que, después de recoger los cadáveres en la plaza, ocuparon un lugar muy distinto en la vida pública de México y cambiaron la vida privada rápidamente.<sup>26</sup>

Recordar esa época en este tiempo de yupis tristes me hace pensar que vivir era una fiesta permanente. Todo parecía coadyuvar a ese fin: 'La Cultura en México', el suplemento que dirigía Fernando Benítez, la revista *Universidad de México* de Jaime García Terrés, el teatro reinventado por los jóvenes Gurrola, Mendoza e Ibáñez, hijos legítimos y notables de 'Poesía en Voz Alta', los happenings de José Luis Cuevas, los programas radiofónicos de Carlos Monsiváis, las entrevistas de Elena

<sup>20</sup> Daniel Divinsky, "Breve historia de Ediciones de la Flor. Editar en la Argentina, ¿un oficio insalubre?", *Revista La Biblioteca*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, Vols. 4-5, 2006-2007, p. 430.

<sup>21</sup> Según datos de Gregorio Weinberg, *op.cit.*, p. 76.

<sup>22</sup> Agradezco el comentario a Constanza Symmes, comunicación personal, 20/12/2013.

<sup>23</sup> Sergio Pitol, "El México radiante de los años sesenta", en *Editorial Era. Libro homenaje*, Guadalajara, 1995, p. 15.

<sup>24</sup> Carlos Monsiváis, "A los treinta y cinco años de Era", en *Editorial Era. Libro homenaje, op.cit.*, p. 19.

<sup>25</sup> José Emilio Pacheco, "La Era de Neus Espresate", en *Editorial Era. Libro homenaje, op.cit.*, p. 21.

<sup>26</sup> Jaime Avilés, citado por Aurora Díez Canedo, "Joaquín Mortiz. Un canon para la literatura mexicana del siglo XX", en Natalia Corbellini (ed.), *Huellas de la Constitución de Cádiz. Diálogos transatlánticos y mercado editorial* (Volumen IV de Mabel Macciuci (dir), *Diálogos transatlánticos. Memoria del II Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas*), La Plata, Fahce-UNLP, 2012, p. 8. Recordando una de las más destacadas elecciones editoriales de Joaquín Díez Canedo, Jaime Avilés señala que "si la literatura de la onda no reportó mayores beneficios a la literatura en sí misma, su aparición en una editorial tan prestigiosa como Mortiz, contribuyó sin duda a consolidar un espacio de mayor tolerancia social para los jóvenes y, si esto no sirvió para crear un sistema político más potable, al menos redujo el control autoritario que la iglesia y el estado ejercían sobre los jóvenes..." (*ibidem*, p. 2).

Poniatowska, la presencia de Juan García Ponce, Salvador Elizondo, José de la Colina y Juan Vicente Melo en las actividades de la Casa del Lago, las apariciones magnéticas de Carlos Fuentes, de Ibagüengoitia, la rebelión de los pintores, las conversaciones en locales que no cerraban nunca, la aspiración a crear una nueva literatura, una nueva pintura, un nuevo cine y teatro y, más que eso, una nueva vida, propiciaron muchos nacimientos, entre otros los de tres editoriales extraordinarias: ERA, Joaquín Mortiz y, más tarde, Siglo XXI.<sup>27</sup>

Los testimonios y remembranzas se suceden, innúmeros, en los últimos años, en consonancia con cierta revalorización de proyectos editoriales fundantes, que los propios actores del mercado contemporáneo y las instituciones que los nuclean (la importante Feria del Libro de Guadalajara entre ellas) se ocupan de instalar. No se trata tanto de una mirada crítica respecto de ese pasado —a excepción, quizá, de la siempre lúcida caracterización de Monsiváis— sino, antes bien, de cierta épica de los comienzos que esa *memoria que inventa* (parafraseando a Pacheco) permite escenificar. En cualquier caso, los años sesenta como comienzo y como cierre (Matanza de Tlatelolco mediante) están unidos, en México y en buena parte del continente, a la concepción de la labor editorial como proyecto cultural y político, como modo de intervención efectiva; también como puente de consolidación de un público lector que comenzó a gestarse en los años treinta y cuarenta, y que en este contexto impulsa la circulación tanto de narrativa como de ensayo de intervención en el ámbito nacional e internacional, como veremos a continuación al analizar la retórica de los comienzos y las inflexiones de estos catálogos.

## Los comienzos

Más allá de estas consideraciones generales, toda entrevista y toda remembranza sobre Era y Joaquín Mortiz suele remontar su relato a los orígenes y los comienzos. Los orígenes están invariablemente asociados a la Guerra Civil Española y el corolario de migración y exilio para estos editores (tanto Díez Canedo como los Espresate); además, suman cierta épica al trabajo editorial, que reúne juventud, ideal, independencia y ausencia de avidez económica (elementos que se reiteran en todas las intervenciones que he podido rastrear, tanto de editores como de autores, desde los años noventa hasta 2013). Veamos rápidamente dos relatos.

Con respecto a Era, Vicente Rojo señala que: “el inicio tiene que ver con Imprenta Madero y también con mi trabajo en el suplemento ‘México en la Cultura’, y con el equipo que Fernando había reunido. [...] Ahora, el principio de Era fue realmente por una charla con Jordi y con Azorín. Yo les pregunté si en los tiempos muertos de la imprenta —la imprenta comenzaba y no tenía trabajo continuo— podíamos hacer libros. [...] Hablaron con don Tomás y regresaron con su propuesta: armar una editorial con cinco socios, Neus, Jordi y Francisco Espresate, José Azorín y Vicente

Rojo. [...] Para concretar, dijo que cada uno de los socios pondría veinte mil pesos (de aquella época) como pudiera, de a poco, porque ninguno tenía nada. [...] Entonces, de ese grupo con esas tres Es, una R y una A sale ERA. Además, don Tomás puso todavía otra condición que a mí me pareció también muy asombrosa: dijo que no quería a ninguna persona mayor en la editorial, la van a hacer ustedes, dijo claramente, puros jóvenes”.<sup>28</sup>

En cuanto a Joaquín Mortiz, Aurora Díez Canedo, su hija, recuerda que: “Empezando por su nombre, Joaquín Mortiz fue una editorial de editor, estrechamente ligada a la vida, al talento y al olfato de Joaquín Díez-Canedo, como otros y él mismo lo manifestaron en testimonios y entrevistas. ‘El nombre dio lugar a algunas especulaciones y confusiones con Motriz y Moritz, y alguna que otra broma macabra (el *rigor mortis* de Joaquín). Responde a que cuando yo estaba en Madrid ... [se refiere a los años 1939-1940] por esa paranoia que traíamos todos, cuando me escribían mis padres, desde México me ponían J.M. Ortiz, pues mi nombre completo es Joaquín Díez-Canedo Manteca Ortiz [en realidad usaban los dos apellidos maternos para no usar el paterno]. Me gustó el nombre que se formaba y decidí bautizar así la editorial [...] a mí no me gustaban esos nombres como Nuevo Mundo o cosas así, yo quería un nombre propio para la editorial”.<sup>29</sup>

Ahora bien, si como señala Edward Said, “el comienzo no es sólo un tipo de acción, también es un marco conceptual, un tipo de trabajo, una actitud, una conciencia”,<sup>30</sup> el relato de los comienzos de Era cobra el peso específico de lo fundante, le da sentido a lo posterior e incluso se constituye en relato único de la historia de una editorial. Más allá de lo señalado por Vicente Rojo en la cita referida al comienzo, poco cambian los “recuerdos” de sus protagonistas en toda entrevista, en las que invariablemente se hace referencia al origen. Dos dimensiones aparecen siempre: la figura señera de Tomás Espresate (que articula este proyecto con los ideales y los sufrimientos de la Guerra Civil Española), y la idea de la juventud asociada a una posición política clara. Se trata de crear una imagen de la edición como una épica del compromiso, sumada a la renuencia de ver ese trabajo como un espacio mercantil (Rojo señala que, en principio, nadie sacaba un peso, todo se reinvertía: pasan once años hasta que Neus, Vicente y otros comienzan a cobrar por sus trabajos como editores). Este posicionamiento, central pero excéntrico a un tiempo, se sustenta además en el uso de los tiempos muertos de la Imprenta Madero que dirigía don Tomás y en la circulación de personajes, textos e ideas a través de la Librería Madero (famosa aún hoy), ubicada en el centro de México y en la que trabajaba Neus: un verdadero polo cultural de imprenta, editorial y librería.

En buena medida, entonces, la editorial se alimenta de estos contactos, estos tiempos sobrantes, estos márgenes: la épica de lo independiente se sustenta en la imagen de la edición como tác-

<sup>27</sup> Sergio Pitol, “El México radiante de los años sesenta”, en *Editorial Era. Libro homenaje*, op.cit., p. 15.

<sup>28</sup> Vicente Rojo, “Entrevista con Neus Espresate y Vicente Rojo”, en *Editorial Era. Libro homenaje*, op.cit., p. 64.

<sup>29</sup> Aurora Díez Canedo, op.cit., p. 5.

<sup>30</sup> Edward Said, *Beginnings. Intention and Method*, Nueva York, Columbia UP, 1995, p. 3 (traducción mía).



tica, como desvío en los tiempos muertos del negocio efectivo. También como apuesta cultural y como restitución: leer aquellos libros franceses importantes que llegaban a la librería y que no se traducían,<sup>31</sup> publicar aquello que el franquismo no permitía publicar en España, etc., todo lo cual exhibe el impacto del exilio republicano en estos catálogos. Se trata, eso sí, de una épica grupal: y esa es una flexión fundamental que es preciso reconocer en ERA y que la diferencia de la mayoría de los proyectos mexicanos y latinoamericanos, como Joaquín Mortiz, Siglo XXI, Arca, Alfa, Monte Ávila, Eudeba o CEAL.<sup>32</sup>

En tanto, la dimensión del nombre propio, las autofiguras y la construcción de una figura señera de editor (con tanto peso o más que las figuras de autor), a lo que se añade también cierta nostalgia o melancolía del tiempo pasado, tienen lugar en especial en los relatos acerca de Joaquín Mortiz (y su correlato en la mayoría de las editoriales mencionadas hace un momento). Las referencias acerca de Díez Canedo componen la imagen de un editor definido a partir de una voluntad férrea, un saber claro e innovador respecto de la literatura, una gran agudeza crítica sumada a la obsesión de un corrector implacable. Ya desde el nombre propio (que es y no es el de don Joaquín, y que en su origen remite a la marca fundante de la Guerra Civil Española), parece tratarse de un proyecto individual, de un editor que no encuentra el espacio que le correspondería (a él y a sus textos) en el gigante Fondo de Cultura Económica. Nos reencontramos con una épica, pero ahora en la figura individual del editor como visionario, como demiurgo incluso: un verdadero agitador cultural que pareciera poder nuclear en torno a sí la configuración de un canon de la vanguardia literaria mexicana *anche* latinoamericana.

Recordemos, no obstante, que estamos ante imágenes y relatos, no tanto ante datos efectivos; también ante modos de leer la historia editorial y cultural que enfatizan las biografías y los discursos del yo, quizá debido a la dificultad enorme que implica ampliar el espectro cuali-cuantitativo. En cualquier caso, este formato constituye un verdadero modelo, que se replica en otras historias editoriales: la figura de Orfila Reynal en México, la de Benito Milla, entre Montevideo y Venezuela, las de Daniel Divinsky y Jorge Álvarez en la Argentina, por nombrar unos pocos.

## Los catálogos

Como dice L.P. Hartley, en ese país extranjero que constituye el pasado actuábamos de un modo diferente. No nos unían contratos ni estrategia de promoción y venta, sino el resplandor de la amistad.

José Emilio Pacheco

<sup>31</sup> Neus Espresate, entrevista personal, 14/03/2013.

<sup>32</sup> Respecto de las experiencias de Alfa y Arca, y el peso de la figura de Ángel Rama en este contexto, remito al libro de Alejandra Torres Torres, *Lectura y sociedad en los sesenta: a propósito de Alfa y Arca*, Montevideo, Yaugurú, 2013.

Como es previsible, más allá de los comienzos con algunos títulos puntuales (*La batalla de Cuba* de Fernando Benítez en 1960 en Era; *Oficio de tinieblas* de Rosario Castellanos en 1962 en Joaquín Mortiz), progresivamente ambos catálogos se organizaron en torno a colecciones, algunas de larga pervivencia, y otras (como el caso de "Ancho Mundo") de un enorme impacto seguido de un declive progresivo.

En el caso de Era, la épica de los comienzos se articula en torno a un proyecto definido claramente como "de izquierda" por sus protagonistas (Los Espresate y Rojo), y como continuidad de la tradición crítica republicana. En palabras (críticas y algo estereotípicas) de Héctor Manjarrez, "evidentemente [Era es una editorial de izquierda]. Y el alma de ese espíritu de izquierda (*nunca* partidario; lo que quiero decir es: espíritu de justicia) han sido sobre todo Neus, Fito [Adolfo Sánchez Rebolledo] y luego Rubén Jiménez Ricárdez. Ellos tres han representado la lucha por una izquierda que vaya más allá de sus múltiples y constantes estupideces".<sup>33</sup> Esta autodefinición como "republicanos mexicanos" a la que hice referencia antes citando a Rojo y la modelización de esta propuesta editorial como de izquierda apartidaria y marxista (que en ese contexto, para México, significa separarse de cierta ortodoxia y lenguaje rústico, además de la marca stalinista, que Monsiváis ejemplifica en la polémica figura de Vicente Lombardo Toledano), organiza los textos inaugurales del catálogo así como buena parte de su producción durante toda la década del sesenta.<sup>34</sup> Se trataba, en palabras de Manjarrez, de "buscar una teoría general de América Latina",<sup>35</sup> atendiendo a cierto clima de época con el que los editores se sentían particularmente comprometidos, y de poner en circulación miradas críticas que renovaran también los discursos de (y respecto de) la izquierda. Esa teoría general no implicaba sólo revisar algunos clásicos, traducir o retraducir otros del pensamiento marxista (como veremos enseguida), sino también prestar especial atención a teóricos y críticos de los movimientos poscoloniales que marcaban, en el por entonces "Tercer Mundo", el rumbo y el latido de una época.

En este sentido, el gesto inaugural de Era fue prometedor y se sostuvo a lo largo de, al menos, veinte años (cuando la literatura y, en especial, la narrativa, ganó el terreno que en los sesenta tenía el ensayo crítico). Una de las primeras y más famosas colecciones de Era fue "Ancho mundo", en la cual en 1960 se publicó el primer libro de la editorial, el reportaje *La batalla de Cuba* de Fernando Benítez (con una primera edición de 5.000 velozmente agotada). A este volumen le siguieron, en rápida y sintética enumeración, *España heroica* del Gral. Vicente Rojo en 1961 (con una tirada de 2.500 ejemplares); de Norman Phillips,

<sup>33</sup> "Son gente muy rara: entrevista a Héctor Manjarrez", en *Ediciones Era*. 35 años, *op.cit.*, pp. 45-46; el subrayado es del original.

<sup>34</sup> La polémica entre Monsiváis y Lombardo Toledano es conocida en México; el segundo pasa a representar para el primero la "izquierda ortodoxa", caracterizada de manera negativa: "Vicente Lombardo Toledano, stalinista y partidario del Régimen de la Revolución Mexicana", quien colabora en la revista *Siempre!* de José Pagés Llergo (Carlos Monsiváis, *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*, México, Era, 2006, p. 88)

<sup>35</sup> "Son gente muy rara: entrevista a Héctor Manjarrez", en *Ediciones Era*. 35 años, *op.cit.*, p. 46.

**Sudáfrica: la tragedia del Apartheid**, en 1962;<sup>36</sup> de K. S. Karol, **Kruschov y Occidente**, publicado en 1963 con una tirada de 2.000 ejemplares;<sup>37</sup> **La guerra de Vietnam** de Wilfred G. Burchett, publicado en 1965 con una tirada inicial de 3.000 ejemplares y dos ediciones más entre octubre de 1965 y diciembre de 1966;<sup>38</sup> y de Martin Luther King, James Baldwin y Malcolm X, **La protesta negra** (en 1965, con una tirada inicial de 3.000 ejemplares), entre otros.<sup>39</sup>

Pero “Ancho Mundo” dialogaba con y se entrelazaba a partir de otra colección, que incluía ensayos y reflexiones sobre México, así como importantes biografías y textos fundantes sobre América Latina. Me refiero a “El hombre y su tiempo”, una serie mucho más amplia (en cantidad de títulos) que incluyó libros fundamentales y polémicos como **Los marxistas** de C. Wright Mills — con dos ediciones de 5.000 ejemplares entre 1964 y 1966—,<sup>40</sup> o **La democracia en México** de Pablo González Casanova, editado con 3.000 ejemplares en 1965 y que hasta 2008 llevaba vendidos 200 mil ejemplares en 32 ediciones (lo que lo coloca como el título más trascendente de la colección). A ello se suman las fundamentales obras de Isaac Deutscher **Stalin. Biografía política**, editado por primera vez en 1965,<sup>41</sup> y **Troskty**, la biografía en tres volúmenes, editada entre 1966 y 1969.<sup>42</sup> En ese sentido, los textos de Deutscher y la figura de un intelectual mediador fundamental como Fernando Benítez cobran un rol protagónico y muestran los caminos de circulación y difusión del libro de Era. En efecto, si el **Stalin** llegó a Era de la mano de Benítez (en la edi-

ción en francés), pronto contribuyó a consolidar el prestigio y la imagen de la editorial en todo el continente, como explícitamente señala Neus: “Entonces la fama de Deutscher era enorme. Llegabas a cualquier lugar de América Latina y nos preguntaban con incredulidad: ¿ustedes son los editores de Deutscher?”<sup>43</sup> Con respecto a América Latina, la colección también presenta libros emblemáticos como la **Obra revolucionaria** de Ernesto “Che” Guevara, con selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar, editada en 1967 con una tirada de 4.000 ejemplares;<sup>44</sup> **Sociología de una revolución**, de Frantz Fanon (1968);<sup>45</sup> **Ensayos sobre América Latina**, de Régis Débray (1969);<sup>46</sup> o **Cristianismo y revolución**, de Camilo Torres (1970).

Por último, entre las colecciones me interesa destacar la “Biblioteca Era”, que publica ensayo, narrativa y crónica, elección genérica algo ecléctica que, no obstante, mantiene una coherencia en cuanto al tipo de libros (y autores) seleccionados. Una breve muestra: de Fernando Benítez (asesor de la editorial) se publicaron en esta biblioteca dos textos emblemáticos como **Los primeros mexicanos** (1962) y **Los indios de México** (en 1967), que continúan reeditándose;<sup>47</sup> de Georg Lukács, un texto clave para la crítica literaria y los debates culturales en la época, **Significación actual del realismo crítico**,<sup>48</sup> de Malcolm Lowry, **Bajo el volcán**, libro emblemático de Era publicado por primera vez en 1964.<sup>49</sup> Entre los latinoamericanos vinculados de manera directa o periférica con el boom y con la renovación narrativa en el continente (entre la literatura femenina y el denominado “neobarroco”), en esta biblioteca también se cuentan Gabriel García Márquez con **EL coronel no tiene quien le escriba** de 1961 y **La mala hora** de 1966;<sup>50</sup> Sebastián Salazar Bondy con **Lima la horrible** (publicado en 1964 y hoy agotado); Rosario Castellanos (cuya obra central publicó Joaquín Mortiz) con **Los convidados de agosto** (1964);<sup>51</sup> José Lezama Lima, con la fabulosa **Paradiso** (1968), editada por recomendación de Julio Cortázar; Mario Benedetti con **Gracias por el fuego** (1969)... Por último, en la Colección “Alacena” (una suerte

<sup>36</sup> Publicado originalmente en 1960 en Toronto por Longmans Green & Co, para Era lo tradujo Francisco Álvarez Iraola. Agotado en la actualidad, según datos del catálogo realizado por Neus Espresate, **Ediciones Era. 50 años**, México, Era, 2010, p. 158.

<sup>37</sup> Edición original de Julliard en París, 1961; agotado en la actualidad (Neus Espresate, *ibidem*, p. 135).

<sup>38</sup> Edición original de International Publishers, también de 1965; traducido por José Luis González; agotado en la actualidad (Neus Espresate, *ibidem*, p. 125).

<sup>39</sup> Según Neus Espresate, “se tomó como base una parte de la edición de Beacon Press, 1963” (*ibidem*, p. 156) ya que la edición en castellano, traducida por Felipe Sarabia, contaba con 140 páginas. Agotado en la actualidad.

<sup>40</sup> Traducido por José Luis González y Enrique González Pedrero, a partir de la edición original de 1962 en Brandt & Brandt, también se reeditó en los setenta, en dos oportunidades, con tiradas de 4.000 ejemplares en cada caso. En la actualidad se encuentra agotado (véase Neus Espresate, *ibidem*, p. 141).

<sup>41</sup> Traducido por José Luis González a partir de la edición original de Oxford University Press de 1949, tuvo una edición y cuatro reimpressiones entre 1965 y 1988, con un total de 16 mil ejemplares (Neus Espresate, *ibidem*, p. 166).

<sup>42</sup> La trilogía más emblemática de Deutscher y de Era, traducida por José Luis González a partir de la edición en inglés de Oxford University Press de 1954, 1959 y 1963 respectivamente. Del primer tomo, **Trotsky, el profeta armado 1879-1921** se publicaron una edición y cinco reimpressiones entre 1966 y 1987, con un total de 19 mil ejemplares. Del segundo tomo, **Trotsky, el profeta desarmado 1921-1929** se publicó una edición y cinco reimpressiones entre 1968 y 1989, con un total de 17 mil ejemplares. Por último, de **Trotsky, el profeta desterrado 1929-1940**, se publicaron una edición y cuatro reimpressiones entre 1969 y 1988, con un total de 16 mil ejemplares. Los tres tomos se encuentran descatálogos en la actualidad (Neus Espresate, *ibidem*, p. 170). De Deutscher, Era publicó asimismo **Lenin, los años de formación** (1970), **El maoísmo y la Revolución Cultural China** (1971), **El marxismo de nuestro tiempo** (1975), **La revolución inconclusa. 50 años de historia soviética** (1967, trad. José Luis González, 21 mil ejemplares vendidos en seis ediciones hasta 1980), **Rusia, China y Occidente** (1974) y **Los sindicatos soviéticos** (1971), todos traducidos para la editorial por José Luis González (con excepción del penúltimo título mencionado, traducido por Félix Blanco). A pesar de su éxito entre los sesenta y los setenta, y de las reediciones de fines de los ochenta, en consonancia con la debacle de la URSS todos estos libros se encuentran agotados en la actualidad.

<sup>43</sup> Neus Espresate, “Entrevista con Neus Espresate y Vicente Rojo”, en **Ediciones Era. 35 años**, *op.cit.*, p. 61.

<sup>44</sup> Hasta 1989 se hicieron diez reimpressiones, con un total de 39 mil ejemplares; en la actualidad se encuentra agotado.

<sup>45</sup> Traducido por Víctor Flores Olea, tuvo tres ediciones entre 1968 y 1976, con un total de 11 mil ejemplares. Agotado en la actualidad (Neus Espresate, **Ediciones Era. 50 años**, *op.cit.*, p. 166).

<sup>46</sup> Con cuatro ediciones entre 1969 y 1981, se tiraron en total 12 mil ejemplares. En la actualidad se encuentra agotado. (Neus Espresate, *ibidem*, p. 117).

<sup>47</sup> El primero tuvo nueve ediciones y veintiuna reimpressiones, con un total de 31 mil ejemplares hasta 2008; el segundo tuvo una primera edición de 4.000 ejemplares y hasta 25 mil volúmenes en nueve ediciones.

<sup>48</sup> Traducción de María Teresa Toral, a partir del original de Classen, hasta 1984 tuvo cinco ediciones; agotado en la actualidad. Del mismo autor Era también publicó **La novela histórica** en 1966, con traducción de Jasmin Reuter a partir de la edición alemana de Aufbau Verlag.

<sup>49</sup> Traducido por Raúl Ortiz Ortiz a partir de la edición de 1947. Con dieciocho ediciones hasta 2008, lleva impresos 34 mil ejemplares.

<sup>50</sup> El primero tuvo una edición de mil ejemplares en su momento; hasta 2008 se imprimieron 325 mil ejemplares en 41 reimpressiones y es uno de los mayores *long sellers* de la editorial, traccionado, claro está, por el éxito posterior del escritor colombiano. El segundo, publicado cinco años después de que **Cien años de soledad** apareciera en Sudamericana de Buenos Aires, tuvo una primera edición de 2000 ejemplares, y hasta 2008 lleva 67 mil ejemplares en 21 ediciones.

<sup>51</sup> Otro de los libros fundamentales de Era, hasta 2008 tuvo veintidós reimpressiones con un total de 43 mil ejemplares.



de “laboratorio” literario que alcanzó gran renombre), Era publicó en 1962 *Aura* de Carlos Fuentes, otro de los grandes *long sellers* de la editorial.<sup>52</sup>

De este modo, si el catálogo de Era incluye desde el principio una fuerte elección de libros de ensayo en su momento polémicos como los de Benítez y González Casanova, que contribuyeron a crear una imagen de editorial ligada al pensamiento de izquierda latinoamericano (y occidental) —que además en los años setenta se afianzará con la publicación cuatrimestral de la revista **Cuadernos políticos**—, Joaquín Mortiz se afirma desde el principio en la impronta literaria de innovación, y publica lo que luego fue denominado —a partir del análisis de Margo Glantz— “literatura de la onda”, con José Agustín y su **De Perfil** a la cabeza. De hecho, los primeros títulos de Joaquín Mortiz fueron enormemente significativos para la cultura mexicana posterior. Entre muchos otros, pueden mencionarse a **Oficio de Tinieblas** de Rosario Castellanos (Premio Sor Juana 1962); **Las tierras flacas** de Agustín Yañez (1962); **La Feria** de Juan José Arreola (1963, con tapa de Vicente Rojo); **Los recuerdos del porvenir** de Elena Garro (1963); **Los albañiles** de Vicente Leñero (1964, ganadora del Premio Seix Barral, plataforma de difusión de autores latinoamericanos por entonces);<sup>53</sup> **Los relámpagos de agosto** de Jorge Ibarguengoitia (1964); **De Perfil** de José Agustín (1966); y **Ladera Este** de Octavio Paz (1969). Este muestreo —que, como señaló Danny J. Anderson, mucho le debe a relaciones profesionales y personales tejidas por Díez Canedo durante veinte años de trabajo en FCE—,<sup>54</sup> se constituye *a posteriori* como marca de diferenciación respecto de otras editoriales independientes. Por citar un solo ejemplo, muy significativo, Aurora Díez-Canedo explica que “a diferencia de sus contemporáneas Era y Siglo XXI, Joaquín Mortiz nació con un proyecto decididamente literario, si bien con el tiempo incluiría en su catálogo libros de sociología y política, psicoanálisis, historia a nivel de divulgación y antropología”.<sup>55</sup> Sus colecciones más relevantes fueron (hasta 1981): “Novelistas Contemporáneos, con 41 títulos; Nueva Narrativa Hispánica, 86 títulos; Serie del Volador (serie de bolsillo), 145 títulos; Las Dos Orillas, colección de poesía, con 51 títulos; Confrontaciones, 20 títulos; Cuadernos de Joaquín Mortiz, 57 títulos, y algunas bibliotecas de autor, como la de Max Aub, Arreola, Oscar Lewis y Enrique Díez Canedo, por ejemplo”.<sup>56</sup> El variado arco constituye una muestra fundamental de la cultura mexicana de esos años; además de los mencionados, incluye nombres como el de Carlos Fuentes (**Cambio de piel** de 1967, Premio Biblioteca Breve; también publicará más tarde **Terra Nostra**), Juan García Ponce, Héctor Manjarrez, Jorge Aguilar Mora, Salvador Elizondo (**El grafógrafo**), Vicente Leñero (**Los periodistas**), Sergio Pitol y, claro, más adelante, la espléndida novela **Morirás lejos** de José Emilio Pacheco. Este muestreo exhi-

be, además, la lógica de la circulación cultural de obras y autores que, lejos de quedar confinados a una sola casa o un gran conglomerado editorial, tejieron la trama de la cultura latinoamericana por medio de dinámicas de edición, traducción, asesoramiento e impresión de sus obras: la literatura y el ensayo entendidos, por autores y editores, como herramientas fundamentales de religación continental.

Ahora bien, como ya señalé en un trabajo anterior,<sup>57</sup> si bien tradicionalmente se ha caracterizado a estas editoriales en función del pensamiento político de izquierda (Era) o bien de la literatura renovadora (Joaquín Mortiz), ante una mirada comparativa de los catálogos la afirmación cae por su propio peso y podría funcionar incluso como retruécano para el caso de Era. De hecho, esta última tiene sus “caballos de batalla” centrales en varios escritores mexicanos de enorme reconocimiento: Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Sergio Pitol y José Emilio Pacheco, a quienes empieza a publicar en los tempranos años sesenta y comienzos de los setenta. La diferencia se difumina aún más si proponemos una pequeña lista: Rosario Castellanos,<sup>58</sup> Octavio Paz,<sup>59</sup> Carlos Fuentes,<sup>60</sup> y José Emilio Pacheco<sup>61</sup> (por nombrar sólo algunos) publicaron sus textos en ambas editoriales, lo cual también les valió, de parte de don Joaquín, algunas amargas quejas (en especial en los casos de Paz y de Fuentes).<sup>62</sup> Con esto no quiero decir que los catálogos sean semejantes, sino que la diferencia es menos aguzada de lo que se pretende, en especial respecto de los textos literarios. Ambas casas apostaban a la innovación y a la juventud y prestigio de sus autores, y por ello publicaron desde narrativa de vanguardia hasta poesía (Joaquín Mortiz), o libros que entrecruzaban lo literario y las artes plásticas (en especial en Era). Eso muestra también un espíritu común que engloba a varios editores independientes y un auspicioso latir de una época singular en la literatura mexicana y continental, que excedía en mucho el siempre polémico *boom* de la narrativa latinoamericana.

Dada esta heterogénea composición de los catálogos, ¿por qué la necesidad de identificar una editorial con un género o un tipo de libro, cuando en verdad la práctica editorial abarca numerosos y diversos? Creo que el hecho de definirse como “independientes”, sumado al siempre idealizante relato de comienzos, fuerza a reconstruir, *a posteriori*, una identidad editorial cierta y algo unívoca, tanto para subrayar el rol señero del editor (Joaquín Díez Canedo, quien dirigió la colección “Letras Mexicanas” para FCE; Neus Espresate, de quien varios —Elena Poniatowska, Roger Bartra, Bolívar Echevarría— subrayan una cultura política amplia e insoslayable), como para diferenciarse entre sí, en pos de una parte del mercado, por pequeña que fuera. Recordemos que ambas

<sup>52</sup> Se trata del mayor éxito de ventas de Era, con un millón ciento cincuenta y dos mil ejemplares en 54 reimpresiones (cifra que continúa en aumento).

<sup>53</sup> Sobre premios y difusiones, véase el trabajo de José Luis de Diego, “Sobre Premios literarios, editoriales y mercado”, ponencia en el VIII Congreso *Orbis Tertius*, La Plata, UNLP, 8 de mayo de 2012.

<sup>54</sup> Danny J. Anderson, “Creating Cultural Prestige: Editorial Joaquín Mortiz”, *Latin American Research Review*, Vol. 31, n° 2, pp. 3-42.

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 1.

<sup>56</sup> Aurora Díez Canedo, “Joaquín Mortiz”, *op.cit.*, p. 2.

<sup>57</sup> Valeria Añón, “Ediciones Era y Joaquín Mortiz: de los comienzos al catálogo” en *Actas del I Coloquio Argentino de Estudios sobre El libro y la Edición*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2012.

<sup>58</sup> Publicó en Era **Los convidados de agosto**.

<sup>59</sup> Publicó en Era **Apariencia desnuda. La obra de Marcel Duchamp; La hija de Rapaccini y Un sol más vivo** (antología poética).

<sup>60</sup> Publicó en Era **Aura, Los días enmascarados y Una familia lejana**.

<sup>61</sup> Publicó en Joaquín Mortiz **Morirás lejos** (1967), **No me preguntes cómo pasa el tiempo** (1969) y **El principio del placer** (1972).

<sup>62</sup> Danny J. Anderson, “Creating Cultural Prestige”, *op.cit.*, p. 6.

editoriales se gestan en un marco en el que FCE (fundada en 1934 y conducida por Daniel Cosío Villegas primero y Arnaldo Orfila Reynal luego, hasta 1965) tiene ya un rol y un peso (político, cultural, económico) fundamental en el ámbito mexicano y continental. Por otro lado, ni Era ni Joaquín Mortiz surgen en un páramo: la destacable industria editorial mexicana (segunda en importancia y volumen en esos años, luego de la Argentina) presentaba hitos del estilo de la Biblioteca Americana (fundada por Pedro Henríquez Ureña en 1947 para FCE) y Tierra Firme (en la misma editorial), y editoriales como Porrúa, Grijalbo o Diana, con importantes colecciones de ficción.<sup>63</sup>

Para comprender un poco más este tipo de construcción de identidades editoriales, quisiera volver en este punto a la caracterización que ofrece Pierre Bourdieu respecto a la doble dimensión del libro, simbólica y económica, para subrayar dos aspectos.<sup>64</sup> En primer lugar, la constatación de que estos relatos de comienzos configuran una épica de la edición, que relega el aspecto mercantil a un segundo plano, muy lejano en decisiones y aspiraciones; en segundo lugar, la hipótesis de que, en términos efectivos, este aspecto no está relegado sino que, en buena medida, constituye el centro de la estructura de parte de los catálogos: la conformación sesgada de una identidad bien definida para cada editorial contribuye a esa delimitación. Se configura así un público específico, se aseguran en alguna medida cierta recepción, subrayando términos como "prestigio", "calidad" o "ética". No obstante, una lectura diacrónica —que excede el marco temporal que en principio atiende en este trabajo— exhibe cierta falacia en este tipo de argumentaciones. Si la colección "Ancho Mundo" de Era se mantuvo hasta mediados de los setenta, en un contexto latinoamericano especialmente permeable a ese tipo de ensayos políticos, a partir de entonces esos libros dejaron de reimprimirse y la mayoría se encuentra agotada hoy, según datos de la propia Neus Espresate. Cambia el contexto, claro; cambian las posibilidades de circulación del pensamiento político latinoamericano; en alguna medida cambia también el público, arrasado por la era de las dictaduras desde 1973. "Lo que persiste es la literatura", afirmaba Espresate en una entrevista de 2013, y así parece mostrarlo el catálogo.<sup>65</sup>

¿Cambieron las ideas o las búsquedas de los editores en esos años? Poco, si hemos de creer a sus testimonios. No obstante, más allá de las alusiones a lo simbólico, el eje económico está en el centro, de allí que fueran capaces de ajustarse a un cambio de intereses y de lectorados, así como a la transformación en el horizonte mismo de lo decible y lo publicable en América Latina. Destaquemos, además, la capacidad de mutación de este catálogo de Era, que ante la restricción dobla la apuesta, a partir de su vínculo estrecho con **Casa de las Américas** y Roberto Fernández Retamar, con la publicación de los **Cuadernos políticos** a partir

de 1973 y, ya en los años ochenta, con la traducción de los seis volúmenes de **Cuadernos de la cárcel** de Antonio Gramsci, publicados entre 1981 y 2001.<sup>66</sup>

Algo semejante (aunque más radical) ocurre en el caso de Joaquín Mortiz: si en un principio, según relatos de sus propios autores (como Juan Villoro, por ejemplo), el sostenimiento de las ediciones recae sobre los magros sueldos de sus colaboradores y cierto olvido en el pago de regalías,<sup>67</sup> finalmente en los años ochenta la editorial no puede hacer frente al contexto de crisis que afecta a México, y se incorpora al grupo Planeta, dentro del cual desaparecerá progresivamente (aunque aún hoy se editen algunos títulos con su sello). Entonces, detrás de esas decisiones no está solamente el prestigio, sino la dimensión económica del libro como valor de cambio, y sus posibilidades de circulación y supervivencia.

## Coda

Para cerrar este breve panorama, quisiera señalar apenas dos dimensiones más que considero que es preciso analizar en profundidad, en una perspectiva diacrónica y continental respecto del mercado editorial y sus políticas culturales: se trata de las migraciones y las religaciones. Si pensamos la literatura latinoamericana en su conjunto veremos que, al menos desde el modernismo finisecular, han tenido lugar procesos de religación efectivamente vinculados con cambios en las comunicaciones, migraciones y exilios, y las figuras señeras de intelectuales y escritores (José Martí, Rubén Darío y Gutiérrez Nájera, por ejemplo) que actuaban como verdaderos referentes y agitadores culturales en torno a una nueva propuesta estética continental, como brillantemente lo analizó Susana Zanetti.<sup>68</sup> Me gustaría proponer que, en cierta medida, los editores americanos, al menos en los años sesenta y setenta, retomaron algo de esa línea y esos roles, y contribuyeron a difundir (en América Latina y hacia otras lenguas) la narrativa y el pensamiento de izquierda y poscolonial de los cincuenta y sesenta.

No obstante, es preciso reparar en otra dinámica que se entrecruza con ésta: la del exilio republicano (aunque también franquista, a pesar de que las historias editoriales no lo planteen de manera tan clara) y su incidencia en el campo editorial latinoamericano. Ya José Luis de Diego lo explicó en sus trabajos: la caracterización respecto de la fundación del universo editorial americano a partir del exilio español es más una imagen y un estereotipo que un hecho efectivo; ninguno de estos editores llegó a un páramo, y sus catálogos se construyeron de la mano del trabajo de autores, traductores, correctores y armadores latinoamericanos, formados en las décadas precedentes.<sup>69</sup> No obstante, creo que

<sup>63</sup> Respecto de la colección dirigida por Henríquez Ureña, véase el excelente trabajo de Liliana Weinberg, **Biblioteca Americana. Una poética de la cultura y una política de la lectura**, México, FCE, 2014.

<sup>64</sup> Pierre Bourdieu, "Campo intelectual y proyecto creador", **Campo de poder y campo intelectual**, Buenos Aires, Folios, 1983.

<sup>65</sup> Neus Espresate, entrevista personal, Coyoacán, México, 14/3/2013.

<sup>66</sup> Los seis volúmenes fueron traducidos del italiano por Ana María Palos y se publicaron en 1981 (los dos primeros), 1984, 1986, 1999 y 2001. Del mismo autor Era publicó las **Cartas de la cárcel** en 2003.

<sup>67</sup> Juan Villoro, "Don Joaquín", **La Jornada Semanal**, 4/7/1999.

<sup>68</sup> Susana Zanetti, "Modernidad y religación", *op.cit.*

<sup>69</sup> Véase nota 7.



hay una inflexión específica, que tiene que ver con la construcción de cierta sociabilidad entre exiliados republicanos,<sup>70</sup> que también hace del catálogo editorial un espacio donde dirimir la batalla cultural y crítica con el franquismo.

Si toda migración (y todo exilio) implica tender nuevos lazos al tiempo que se sutura el desgarramiento, los catálogos y las historias de estas editoriales muestran, en alguna medida, la puesta en escena del trabajo del editor como búsqueda de restitución: de allí la impronta ética y política de los recuerdos. En este sentido se inserta, de manera crucial, el contexto latinoamericano de los años sesenta al que nos referimos al principio a través de las citas de Pacheco, Monsiváis y Pitol. Se trata de un espacio y un tiempo idealizados en sus posibilidades, en los cuales se gesta, también, la terrible represión de la década posterior, y que en más de un sentido tiene su quiebre con la Matanza de Tlatelolco del 68: "En Tlatelolco, el México oscuro se vengó con saña mortal del ejercicio de libertad e imaginación que había caracterizado a la época".<sup>71</sup> Si bien esta idealización no es privativa de la historia editorial sino se extiende a otras miradas sobre los sesenta, en el universo cultural-editorial se entrelaza con otro "fenómeno" crucial que impacta en la literatura continental: el *boom* de la narrativa hispanoamericana, el rol de nuevos agentes culturales (los agentes literarios) y la construcción de un nuevo estereotipo sobre lo latinoamericano. Este desbalance conflictivo, la figura del editor como productor cultural, y la configuración del autor como polivalente crítico, traductor, corrector y lector a partir de sus experiencias en estas editoriales "independientes", es el camino por el que continúa esta investigación.

### Resumen

¿Qué relación existe entre política, canon y mercado en los años sesenta? ¿En qué medida políticas editoriales, editores independientes e intervención cultural conformaron una dinámica que puede rastrearse más allá de las fronteras de lo nacional? Si mucho se ha escrito respecto de proyectos editoriales emblemáticos en la Argentina de esa época, como EUDEBA o CEAL, resta presentar una aproximación comparativa que aborde estas experiencias en un marco continental. En este sentido propongo volver sobre otro de los polos culturales y políticos emblemáticos de esos años, México, y atender a momentos (y textos) fundacionales de dos editoriales mexicanas de enorme peso en la construcción posterior del canon literario y ensayístico latinoamericano: ERA y Joaquín Mortiz. Mi aproximación indaga los proyectos editoriales iniciales y sus catálogos, en especial en relación con cierta caracterización de estas editoriales como "de izquierda" (en el caso de ERA) o "de vanguardia" en el de Joaquín Mortiz, y en la figura del editor como agente cultural que traza líneas de lectura al tiempo que delinea exclusiones y configura un público específico. Enfatizando la diversidad y especificidad de cada uno de estos proyectos editoriales emblemáticos, propongo reflexionar acerca de otras dimensiones posibles de la construcción de lo legible en esos complejos años sesenta y sus reverberancias en los actuales estudios sobre políticas editoriales y redes culturales en América Latina.

### Palabras clave

Editores; Políticas editoriales; América Latina; ERA; Joaquín Mortiz

### Abstract

What is the connection between politics, canon and publishing in 1960's? How do independent publishers shaped their catalogues and spread them in a wider range, changing misconceptions about Latin American literature and essay? In this article, I propose to describe and analyze the *beginnings* of two Mexican independent publishers in the sixties, ERA and Joaquin Mortiz, from a comparative point of view. The aim of this research is to conceive cultural transformations that took place in this decade from a wider point of view that analyzes publishers, catalogues and authors as cultural agents, and to contribute to the discussion on Latin American culture in a diachronic perspective.

### Keywords

Publishers- Latin America- ERA- Joaquin Mortiz

<sup>70</sup> Me refiero al caso mexicano en especial, ampliamente estudiado por Teresa Ferriz Roure en *La edición catalana en México* (México, El Colegio de Jalisco, 1998) y por Manuel Aznar Soler, *Editores, escritores y revistas del exilio republicano* (Barcelona, Renacimiento, 2006), entre otros.

<sup>71</sup> Sergio Pitol, "El México radiante de los años sesenta", *op.cit.*, p. 17.

## El tiempo de la política

# La última aventura editorial de José Aricó

Martín Cortés\*

El nombre de José Aricó como editor está indisolublemente ligado a los avatares de la izquierda intelectual latinoamericana de las últimas décadas<sup>1</sup>. Sus dos grandes iniciativas editoriales, los **Cuadernos de Pasado y Presente (CPyP)** y la **Biblioteca del Pensamiento Socialista (BPS)** de la editorial Siglo XXI, reúnen cerca de dos centenares de títulos, y alcanzan para colocarlo dentro de los personajes más influyentes del horizonte teórico-político marxista posterior a la Revolución Cubana. Alrededor de esas dos experiencias, se encuentran también algunos otros emprendimientos que no dejan de revestir importancia, por su propio peso y también por su lugar en la trayectoria intelectual de Aricó. Tal es el caso de los **Cuadernos de la FUC**, experiencia que, a mediados de los años sesenta, surge de la confluencia de la revista **Pasado y Presente** con la dirigencia de la Federación Universitaria de Córdoba. De la articulación de esa experiencia con Gregorio Bermann —médico cordobés de larga trayectoria comunista, disidente de la dirección y personaje cercano a **Pasado y Presente**— nacería luego Eudecor. La editorial Signos, primera iniciativa porteña de la que participa Aricó, también constituyó una interesantísima expresión de los problemas político-culturales de su época, y sólo recientemente fue visitada con atención y más allá de su carácter de antecedente inmediato de la fundación de Siglo XXI en Argentina.<sup>2</sup>

Aquí nos interesa trasladarnos a la última aventura editorial de Aricó, que es también el curioso caso de una pequeña iniciativa que condensa en un escaso número de títulos las preocupaciones que atraviesan el momento más prolífico de su producción intelectual. Se trata de la colección “El tiempo de la política” de la editorial Folios. No sólo nos interesa esta experiencia por lo que dice de Aricó, sino fundamentalmente por la fuerza con la que nos habla de su tiempo: de la riqueza intelectual del exilio mexicano, de los dilemas de la bisagra marcada por el retorno a la Argentina hacia el final de la dictadura y, he aquí nuestra principal preocupación, de un momento sumamente complejo en lo que hace a las derivas de la teoría marxista. La *crisis del marxismo*, las crecientes dificultades de ese denso universo conceptual para interpelar la realidad, y la compleja relación entre trabajo editorial y tradiciones de izquierdas están privilegiadamente concentradas en el itinerario de esta corta colección que dirigió Aricó.

### Breve noticia sobre Folios

Desde el año 1974, momento en que empezaron a llegar exiliados argentinos a tierras mexicanas, el destino de cada uno de ellos siguió ligado a su pertenencia política. Fue así que los desterrados se dividieron principalmente en dos sectores que terminarían expresándose en dos espacios político-culturales divergentes. Por un lado, el COSPA (Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino), fundado y dirigido por Rodolfo Puigross, ligado muy estrechamente a Montoneros. Por el otro, la CAS (Comisión Argentina de Solidaridad), que nucleaba grupos socialistas, peronistas críticos de Montoneros, y diversas expresiones intelectuales y culturales. Existen estudios que abordan los diversos ámbitos que han recibido exiliados argentinos y, en general, al mundo cultural que en torno de ellos se conformó. Las editoriales, las universidades, las librerías, las revistas, los centros de estudios, los espacios de discusión, y las diferentes “casas” que reunían grupos en función de su proveniencia política y/o de su

\* Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (UBA) y Centro Cultural de la Cooperación.

<sup>1</sup> Agradezco a Diego García, con quien hemos pensado en común muchas de las cuestiones planteadas en este artículo, que además ha leído y comentado con atención. Con él estamos trabajando en torno de la editorial Folios en general (ver *infra*, nota 6).

<sup>2</sup> La trayectoria editorial de Aricó aparece consignada en Raúl Burgos, **Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004. Para un análisis específico de la actividad editorial de **Pasado y Presente** en los sesenta, ver Diego García “¿De la ilustración a la revolución? Apuntes sobre la actividad editorial de Pasado y Presente en los sesenta”, **Prismas** n° 18, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2014, pp. 209-215. La experiencia de **Signos** ha sido revisitada en Diego García, “Signos. Notas sobre un momento editorial”, **Políticas de la Memoria** n° 10/11/12, CeDInCI, Buenos Aires, 2011, pp. 149-158.



perspectiva respecto de la dinámica política argentina de los años inmediatamente previos, han sido frecuentemente mencionados en las reconstrucciones históricas de la trayectoria de la intelectualidad argentina de las últimas décadas.<sup>3</sup>

Entre las instituciones que acogieron a los argentinos, se pueden mencionar, muy rápidamente, al Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM (organizador de varios encuentros de teoría política sobre los que volveremos), a FLACSO (donde Juan Carlos Portantiero continuó con el trabajo que desplegaba antes de la dictadura en la sede argentina), a la Universidad Autónoma de Puebla (donde Oscar del Barco era profesor), y al Colegio de México (Aricó brindó allí el curso recientemente publicado bajo el título **Nueve lecciones de economía y política en el marxismo**). En el mundo editorial, se destacaba Siglo XXI, en la cual Aricó recala directamente desde su puesto en Buenos Aires para continuar allí la edición de los **CPyP** y dirigir la **BPS**. Y, de especial interés para nosotros, aparece la librería Gandhi. Ésta, fundada en 1971, abre, bajo el nombre de Librería del Tercer Mundo, una sucursal en 1977 en el recién fundado Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo (CEESTEM). Este espacio institucional fue fundado por un personaje sumamente importante en lo que hace a la recepción de exiliados políticos en México en los años setenta: Luis Echeverría,<sup>4</sup> quien fuera presidente de aquel país entre 1970 y 1976.

Ricardo Nudelman, quien fundaría y dirigiría *Folios* a lo largo de su existencia entre 1981 y 1985, comienza a trabajar en la gerencia de Gandhi al arribar a México en 1976. Proviene de una larga experiencia política y editorial, que comienza con su adscripción al Partido Socialista en los albores de los años sesenta, y que conoce posteriormente un derrotero de radicalización que lo llevaría a ser parte de la fracción maoísta Vanguardia Revolucionaria. De hecho, su viaje a México es por directiva de su organización, que termina por disolverse forzosamente cuando la dictadura argentina desaparece o mata a su principal núcleo de militantes. También desde los años sesenta Nudelman vivía en el mundo editorial argentino, compartiendo la experiencia de **Ediciones de la Flor** con Daniel Divinsky entre 1968 y 1976. Esa experiencia, recordada por Nudelman como un pequeño espacio de trabajo donde “todos hacíamos de todo, desde la edición hasta los paquetes”, reaparecerá de algún modo en *Folios*, definida como una “pequeña editorial de amigos”.<sup>5</sup>

A través de Gandhi, un sector de exiliados argentinos se acerca a

Luis Echeverría, quien sería luego un importante impulsor de la CAS, proveyéndole ayuda para conseguir su propia casa en el año 1977. La CAS funcionaba estrechamente ligada a instituciones universitarias y culturales en las que trabajaban los argentinos. El espacio, presidido inicialmente por el ex **Contorno** Noé Jitrik, llevaba adelante diversas actividades de solidaridad (ligadas con cuestiones de alojamiento, trabajo y trámites migratorios para los argentinos que iban llegando, etc.), culturales, y de denuncia de la dictadura argentina, operando además como un espacio de articulación de iniciativas de los distintos grupos de exiliados. Nudelman y Aricó integraban el grupo de “los socialistas”, junto con Portantiero, Héctor Schmucler, Jorge Tula, Alberto Díaz y Emilio de Ípola, entre otros. Según cuenta Díaz,<sup>6</sup> un viernes por mes el grupo tenía la casa a su disposición, organizando debates donde rotaban entre los miembros las presentaciones de los problemas (además, las editoriales y universidades que acogían a estas figuras funcionaban de hecho como lugares informales de encuentro). En 1980, se conforma sobre esta base el Grupo de Discusión Socialista, que participó bajo ese nombre en varios debates e iniciativas de los últimos años del exilio en México. En este marco surge también, en 1979, una revista que sería importante en los debates intelectuales de los argentinos exiliados en México: **Controversia**.

Esta revista aparece como un emprendimiento dedicado a examinar el pasado reciente argentino, con un tono fuertemente autocrítico respecto de las prácticas políticas y los universos teóricos que habían desplegado las izquierdas —tanto las peronistas como las socialistas— en los años inmediatamente previos. Como parte del ejercicio de revisión amplia de las décadas del sesenta y setenta, la revista, impulsada por el grupo de socialistas, integraba entre sus editores a figuras provenientes del peronismo pero críticos de Montoneros, y por ello incorporados a la CAS: Nicolás Casullo y Sergio Caletti. Junto con éstos, Aricó, Schmucler, Portantiero y Nudelman, entre otros, integraban el comité editorial de la revista, que tenía a Jorge Tula por director y que publicó trece números entre 1979 y 1981. **Controversia** fue una experiencia sumamente relevante en las discusiones del exilio mexicano, pues fue vehículo de discusión de temas como la *crisis del marxismo*, la relación entre socialismo y democracia, la relación entre socialismo y peronismo, la cuestión nacional, y el problema de la violencia política.

**Controversia** y el Grupo de Discusión Socialista son experiencias fundamentales en el surgimiento de *Folios*, ya que muchos de los presentes allí compondrían el espacio de discusión de la editorial. Nudelman aprovecha su trabajo en Gandhi para lanzarla en 1981. Sin pretensiones de masividad, sino buscando un público específico y el desarrollo de las inquietudes del equipo editorial, *Folios* funciona absolutamente montada sobre la infraestructura y la distribución de Gandhi. En torno de ésta, la flamante editorial asumía la forma de un pequeño emprendimiento realizado entre amigos donde cada director de colección tenía “poder pleno” para lanzar

<sup>3</sup> Pablo Yankelevich, **Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010; Mempo Giardinelli y Jorge Luis Bernetti, **México: el exilio que hemos vivido**, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2003; Cecilia Lesgart, **Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80**, Rosario, Homo Sapiens, 2003; Raúl Burgos, *op. cit.*

<sup>4</sup> Luis Echeverría fue una figura plagada de claroscuros que cuesta analizar en su complejidad. A su indudable generosidad con los exiliados —no sólo en su recepción en México, sino también mediante la participación activa de algunos de sus embajadores en la ayuda a perseguidos políticos a escapar de distintos países de América Latina—, se le opone su participación y abierta responsabilidad en la masacre de la plaza de Tlatelolco de octubre de 1968, durante la cual se desempeñaba como Secretario de Gobernación del presidente Gustavo Díaz Ordaz.

<sup>5</sup> Entrevista con Ricardo Nudelman, realizada en Buenos Aires en julio de 2012.

<sup>6</sup> Entrevista con Alberto Díaz, realizada en Buenos Aires en mayo de 2012.

títulos —limitado solamente por la cantidad de libros anuales que calculaba Nudelman en función de la disponibilidad de presupuesto—, con un espacio de discusión común que solía reunir a la gente cercana. Folios editó unos cincuenta títulos en México, y tuvo también su momento argentino, a partir del retorno de Nudelman y la apertura de una sucursal de Gandhi en Buenos Aires, funcionando durante un tiempo de manera simultánea en ambos países. En 1985, la experiencia concluyó, cuando Nudelman abandona el mundo editorial y se incorpora al gobierno de Alfonsín.

Además de la colección dirigida por Aricó, Folios contaba con una de Salud y otra de Internacionales, ambas dirigidas por profesores mexicanos. Luego había una colección de psicoanálisis y filosofía (llamada Alternativas), dirigida por Gregorio Kaminsky, y otra de literatura, dirigida en México por Mempo Giardinelli y en Buenos Aires por Ricardo Piglia. En la etapa porteña, se incorpora también una colección dirigida por Hugo Vezzetti (Interacciones) y otra a cargo de Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (Argumentos).<sup>7</sup>

Antes de meternos de lleno en la colección dirigida por Aricó, es preciso inscribirla en los debates de su época y en las iniciativas que su director desplegaba en ese entonces. A través de ese ejercicio, podemos iluminar algunos aspectos originales de los problemas teórico-políticos que recorrieron las discusiones del exilio mexicano, y que hicieron parte de algunas de las más importantes contribuciones de Aricó al pensamiento latinoamericano.

### México: teoría política y crisis del marxismo

A los mencionados trabajos en torno del escenario institucional que acogió a los argentinos y que éstos ensancharon con su trabajo —en universidades, editoriales y revistas—, no le ha correspondido una mirada suficientemente atenta a los temas y problemas teórico-políticos desplegados en dicho contexto. En su lugar, ha tendido a prevalecer una mirada que se articula muy rápidamente en una problemática que permitiría agrupar en su seno prácticamente a todos los temas allí tratados: la cuestión de la democracia. En parte impulsada por las memorias de los propios involucrados<sup>8</sup> y sobre todo por la importancia que el problema de la democracia asumiría en los años ochenta argentinos, es posible encontrar numerosos textos que caracterizan a los debates del exilio como antecedentes, semillas o simplemente terrenos preparatorios para el despliegue de los dilemas político-

lógicos que dominaron las ciencias sociales y políticas en el Cono Sur, especialmente en la Argentina.<sup>9</sup>

Por nuestra parte, no negamos la evidente transformación que los debates teórico-políticos y los temas abordados sufren en el destierro mexicano. Pero nuestra hipótesis se completa con la apuesta por matizar la imagen del exilio como un preludio de la transición democrática. Por el contrario, nos interesa explorar el momento del exilio como el de un laboratorio de compleja experimentación teórico-política que pone en juego la revisita productiva de muchos temas clásicos de las izquierdas latinoamericanas, así como del marxismo en general. Tanto es así que, si bien la renovación de abordajes es evidente, no es fácil mostrar que la derrota sea su única razón instigadora —ni siquiera la más importante. La existencia de espacios inéditos de intercambio entre intelectuales de distintos países de América Latina, así como la presencia de acontecimientos teóricos y políticos relevantes —por caso: la revolución en Nicaragua en 1979, el eurocomunismo y la crisis del marxismo en la Europa latina— oficiaron también como impulsos a la reflexión sobre muchos de los temas que caracterizaron las reflexiones del exilio. Las mismas instituciones mencionadas como espacios de trabajo de los argentinos lo fueron también de muchos otros latinoamericanos, y permitieron también que los debates mexicanos tomaran estrecho contacto con muchas discusiones que se daban simultáneamente en Europa. Según recordaba Portantiero:

México era un lugar privilegiado de exilios latinoamericanos. Nosotros teníamos tanta relación con los chilenos, con los uruguayos, con los brasileros, con los centroamericanos, como teníamos con los argentinos [...] Venía a cada momento toda la intelectualidad italiana, marxista crítica. E iban, también Habermas, Touraine. Y nosotros estábamos en todo eso. Me acuerdo que venía Julio Labastida, que era coordinador de Humanidades de la UNAM y nos decía: "Armemos una lista ¿A quién quieren que invitemos?", y nosotros elegíamos.<sup>10</sup>

En este marco, es posible hacer referencia a numerosas publicaciones y seminarios que dieron cuenta de un momento de rica discusión en materia de teoría política. Entre estos materiales, podemos señalar, en primer lugar, el encuentro realizado en octubre de 1978 en Puebla bajo el nombre de **El Estado de transición en América Latina**, que sería publicado dos años más tarde<sup>11</sup> en una colección dirigida por Oscar del Barco. Además de Aricó, participan allí, entre otros, Norbert Lechner, el propio del Barco, Enzo Faletto, Carlos Franco y Ludolfo Paramio. Las trans-

<sup>7</sup> Aunque no es el centro de este trabajo, queda de todas formas pendiente la reconstrucción precisa del catálogo de la editorial Folios, que, como adelantamos, estamos intentando hacer junto con Diego García. Vale aclarar que, además de las dificultades para encontrar un catálogo de la editorial (no lo hemos encontrado ni en Argentina ni en México, y el propio Nudelman tampoco cuenta con ninguno), se trata de tiradas con pocos volúmenes y dispersas por al menos dos países, por lo cual no es fácil dar con las colecciones completas en bibliotecas o archivos.

<sup>8</sup> Juan Carlos Portantiero, *Juan Carlos Portantiero: un itinerario político-intelectual. Entrevista de Edgardo Mocca*, Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2012; y José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005 [1988]. Ver también Norbert Lechner, *Los patios interiores de la democracia*, en *Obras escogidas. Tomo I*, Santiago de Chile, LOM, 2006.

<sup>9</sup> Entre otros: Cecilia Lesgart, *op. cit.*; Pablo Ponzá, "El Club de Cultura Socialista y la gestión Alfonsín: transición a una nueva cultura política plural y democrática", *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, [en línea], febrero de 2013. Consultado el 20 de septiembre de 2014. A modo de hipótesis preliminar, podría pensarse en un importante peso, en este tipo de estudios, de las mencionadas memorias de los involucrados y del tono editorial de la revista *Controversia*, que situaba a la derrota como instigadora de la reflexión crítica sobre el pasado y las tradiciones políticas argentinas, en la interpretación del período mexicano, imponiendo una suerte de esquema *revolución-derrota-exilio-revalorización de la democracia*.

<sup>10</sup> Portantiero, *op. cit.*, pp. 89-90.

<sup>11</sup> AA.VV., *Movimientos populares y alternativas de poder en América Latina*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1980.



formaciones en el Estado y los sujetos sociales latinoamericanos capaces de abrir el camino socialista entre los regímenes autoritarios de la región son los grandes temas que atraviesan las diferentes ponencias publicadas. En febrero de 1980, se realiza en Morelia el seminario “Hegemonía y alternativas políticas en América Latina”, que se publicaría bajo título homónimo cuatro años más tarde.<sup>12</sup> Aricó redacta el prólogo de la compilación, que incluye a autores como Ernesto Laclau, Emilio de Ípola, Norbert Lechner, Juan Carlos Portantiero y Fernando Henrique Cardoso, reunidos para debatir allí el problema de la hegemonía. Se trataba de desentrañar las insuficiencias políticas de los sectores subalternos latinoamericanos para construir perspectivas integrales y factibles de transformación social. La cuestión de la hegemonía es colocada como la clave para formular una crítica hacia una práctica política “economicista” —o que al menos no comprendió la complejidad de la constitución de sujetos políticos transformadores en las sociedades latinoamericanas— que habría predominado en la región en las décadas previas. A modo de continuación de éste, se celebra en 1981 en Oaxaca el seminario que llevaba por nombre “Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea”,<sup>13</sup> publicado también bajo ese título en 1986.<sup>14</sup> Entre otros, René Zavaleta, Norbert Lechner y Juan Carlos Portantiero debaten en ese contexto sobre los desafíos teóricos que sobrevienen con las transformaciones políticas en la región. Este seminario suma como particularidad la inclusión de una serie de importantes intelectuales europeos que añaden distintas dimensiones a las revisiones de la teoría política marxista que se venían planteando en estos encuentros (entre ellos se destacan Christine Buci-Glucksmann, Ludolfo Paramio, Michel Pecheux y Giacomo Marrao).

A estos espacios se deben sumar los debates que se llevaron adelante en el marco de los Grupos de Trabajo de CLACSO sobre el tema, específicamente el que llevaba por nombre “Estudios sobre el Estado” (coordinado por Guillermo O’Donnell entre 1977 y 1979, año en que se desdobra en dos grupos: “Burocracia y políticas públicas”, a cargo de Oscar Oszlak, y “Teoría del Estado y de la Política en América Latina”, coordinado por Norbert Lechner).<sup>15</sup> Por su parte, junto a la mencionada *Controversia*, revistas como *Crítica y Utopía*, *Revista Mexicana de Sociología*, *Cuadernos Políticos* y la

peruana *Socialismo y Participación* acogieron también en sus páginas muchos textos que abordaban problemas de teoría política desde una perspectiva latinoamericana.<sup>16</sup>

En el caso específico de Aricó, tanto sus escritos como los libros que editó en esos años parecen apuntar a la misma serie de problemas. Las inquietudes que parecen gobernar entonces sus iniciativas están claramente dominadas por el problema de la teoría política del socialismo, en sintonía con los debates que se desarrollaban entonces bajo la rúbrica *crisis del marxismo*. Este fue el nombre que tomaron una serie de discusiones que comenzaron fundamentalmente en Italia y Francia a mediados de los años setenta, y que tuvieron un importante correlato en México (en parte a través de los encuentros recién señalados, y muy especialmente a través de la circulación de revistas y textos, muchas veces publicados por Aricó).<sup>17</sup> Para resumir rápidamente sus principales puntos, podemos decir, junto con Althusser, que la crisis se sustentaba en la admisión de que persistían en la teoría marxista *impasses*, contradicciones, dificultades y lagunas que no eran ajenas a los fracasos y tragedias que se sucedían en los procesos políticos que intentaban desplegarse en nombre de dicha tradición.<sup>18</sup> Las dos grandes cuestiones que agrupaban estos problemas eran, por un lado, la crisis de las narraciones que homologaban marxismo y filosofía de la historia y, por el otro, los interrogantes en torno a la teoría política del socialismo (si existe o no una teoría del Estado, de la organización y de la transición en el marxismo).<sup>19</sup>

Aricó no solamente editará muchos de estos debates, sino que sus propios escritos pueden ser leídos en vinculación con esas problemáticas. Las *Nueve lecciones de economía y política en el marxismo*, producto de un curso impartido en 1977, tienen el explícito propósito de estudiar la relación entre ambas dimensiones de análisis, otorgando privilegio a aquellas figuras de la tradición que tuvieron la capacidad de pensar los dilemas específicos y autónomos del campo de la política. En un mismo sentido podría leerse el ya clásico *Marx y América Latina*, un texto dedicado a rescatar al llamado *Marx tardío*: aquél que en su relación con el capitalis-

<sup>12</sup> Julio Labastida (comp.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, México, Siglo XXI, 1985.

<sup>13</sup> Julio Labastida (comp.), *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*, México, Siglo XXI, 1986.

<sup>14</sup> Cabe mencionar también dos conferencias organizadas por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) en las que participan algunas de estas mismas figuras, aunque ellas estuvieron especialmente centradas en el problema de la democracia antes que en la cuestión del Estado (de hecho, los análisis más unilaterales respecto a la cuestión de la democracia en el exilio suelen referir especialmente a estas conferencias). Se trata de dos conferencias regionales, la primera de ellas realizada en Costa Rica en octubre de 1978 bajo el título “Las condiciones sociales de la democracia”, y la segunda celebrada en Río de Janeiro un año más tarde con el nombre de “Estrategias de desarrollo económico y procesos de democratización en América Latina”.

<sup>15</sup> En el marco de éste último, se publica también la importante compilación a cargo de Norbert Lechner *Estado y política en América Latina* (México, Siglo XXI, 1981).

<sup>16</sup> Para un análisis de las principales contribuciones en materia de teoría política latinoamericana —con especial énfasis en el problema del Estado— que ven la luz en estos debates, ver Martín Cortés, “El Leviatán Criollo. Elementos para el análisis de la especificidad del Estado en América Latina”, en Mabel Thwaites Rey (comp.), *El Estado en América Latina. Continuidades y rupturas*, Santiago de Chile, Arcis-CLACSO, 2012.

<sup>17</sup> Pero no solamente por Aricó. Es preciso destacar también la insuficientemente estudiada *Colección Filosófica* que Oscar del Barco dirigía en la Universidad de Puebla. Allí se editaron importantes libros que se inscribían en esas mismas discusiones. Para lo que aquí nos interesa, se destaca especialmente el título *¿Existe una teoría marxista del Estado?*, que traduce directamente los artículos de la polémica desarrollada a partir del año 1975 en la revista italiana *Mondoperaio* a partir de la afirmación de Norberto Bobbio de que el marxismo carecía de una teoría del Estado; debemos subrayar también la edición del volumen *La crisis del marxismo*, que incluye textos de franceses, italianos y españoles en torno al tema.

<sup>18</sup> Louis Althusser, “¡Por fin la crisis del marxismo!”, AA. VV., *Poder y oposición en las sociedades posrevolucionarias*, Barcelona, Laia, 1980.

<sup>19</sup> Hemos trabajado sobre los debates de la *crisis del marxismo* en Europa y en México en Martín Cortés, “Contactos y diferencias: la ‘crisis del marxismo’ en América Latina y en Europa”, *Cuadernos Americanos* n° 148, México, 2014, pp. 139-163.

mo periférico irlandés y ruso auspiciaba la ruptura con las lecturas de su obra en clave de una filosofía de la historia. Allí, Aricó propone recuperar un Marx que basa sus análisis en el orden de lo político (la posibilidad de la revolución como irrupción de la política en la historia) y no en la construcción de un sistema teórico-filosófico capaz de prever la lógica de la transformación social.

A nivel de las ediciones, es claramente visible la presencia de estas mismas preocupaciones. Los **CPyP 87 (Escritos sobre Rusia I. Revelaciones sobre la historia diplomática secreta del siglo XVII)** y **90 (Escritos sobre Rusia II. El porvenir de la comuna rural rusa)**, ambos publicados en 1980, aspiraban, según la advertencia de Aricó al primero de ellos, a ser parte de una “serie interna” que reuniría más documentos de Marx sobre Rusia (sus apuntes sobre Kovalevski, Bakunin y Chernishevski, entre otros materiales), serie que finalmente no se concretó.<sup>20</sup> En lo que hace al estatuto específico de una teoría política marxista, entendiéndolo por ello una indagación crítica en las consecuencias de la metáfora topológica de Marx (la célebre metáfora de la estructura y la superestructura), podemos situar el **CPyP 89**, de junio de 1981, **Teoría marxista de la política**, que introduce reflexiones sobre esta temática de diversos autores italianos, y el número 95, **Lo político y las transformaciones**, de Giacomo Marramao, publicado en febrero de 1982, libro que recorre debates teóricos y políticos del marxismo centroeuropeo de los años veinte y treinta. Ambos volúmenes recogen directamente reflexiones situadas en la *crisis del marxismo* en su versión italiana. En la advertencia al segundo, queda establecido el interés por las discusiones recuperadas por Marramao “como búsqueda de las respuestas posibles al problema de la relación —aún hoy concebida desde una perspectiva mecanicista— entre crítica de la economía política y crítica de la política”.<sup>21</sup> En la misma dirección, como problema teórico-práctico central derivado de la concepción de la política que se componga, aparece el problema nacional, particularmente atendido por Aricó en estos años tanto en sus numerosas iniciativas en torno a la obra de José Carlos Mariátegui como en la edición de algunas compilaciones de Marx y Engels en torno a este tema.<sup>22</sup>

Por su parte, también en la **BPS** que dirigía, es posible encontrar numerosas ediciones de Aricó para pensar diversos aspectos de

teoría política marxista. En este marco aparecen el libro de Valentina Tvardovskaia **El populismo ruso**, editado en 1978, y el clásico texto de Aleksandr Herzen **El desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia**, en 1979, encabezado por una introducción de Franco Venturi (reconocido estudioso del populismo ruso). A esta lista debe añadirse también un volumen de gran relevancia: la compilación que realiza Aricó de la correspondencia entre Marx, Engels y Nikolai Danielson, pensador populista y traductor al ruso de **El Capital**. En la “Presentación”, a cargo igualmente del animador de la experiencia de **Pasado y Presente**, es evidente su pretensión por introducir con ella aspectos de un Marx crítico del prisma *objetivista* que predominó en la perspectiva marxista devenida doctrina. Por ello se pregunta por los efectos que podrían tener, en términos de una recomposición de la teoría marxista, las problemáticas que aparecen en la correspondencia editada (y, diríamos, en la relación que Marx establece, en general, con el mundo ruso hacia el final de su vida):

Porque si en el razonamiento de Marx se esboza, de manera más o menos explícita, una crítica de la noción de “progreso” capitalista, una delimitación precisa del área geográfica-histórica de validez de su análisis, un cuestionamiento de la ineluctabilidad del proceso de expropiación de los productores directos, una aguda percepción de la posibilidad de un tipo de desarrollo no capitalista en países atrasados, un reconocimiento explícito de la potencialidad revolucionaria que en ellos tienen las masas rurales; si todas estas ideas nuevas se abren paso en su examen de la cuestión rusa, ¿es posible hablar sólo de “un cierto cambio en el pensamiento de Marx”? ¿No estamos frente a un cambio, o mejor, a un viraje radical, a una ruptura en el interior de la propia doctrina?<sup>23</sup>

También en la dirección de los problemas de la *crisis del marxismo*, se destaca una serie de libros que emprende una relectura de **El Capital** y una discusión sobre el viejo problema del *derrumbe*: **El marxismo y el derrumbe del capitalismo**, antología de Lucio Colletti ampliada por Aricó, que incluye textos de Max, Lenin, Bernstein, Hilferding, y Bujarin entre otros, editada en 1978; **La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista**, de Henryk Grossman, título de 1979; **La teoría política de las clases en El Capital**, de Biagio de Giovanni, de 1984; y **Génesis y estructura de El Capital de Marx, de Roman Rosdolsky**, publicado en 1978.

Todos estos títulos parecen tener en común la búsqueda de interpretaciones *políticas*, tanto de **El Capital**, como del problema de la crisis en general. Junto a estas iniciativas, habría que colocar algunos otros títulos de la **BPS** que se acercan más claramente a la experiencia de Folios. Se trata de textos donde la cuestión de la teoría política del socialismo es interrogada desde los bordes o incluso del exterior de la tradición marxista, en lo que constituye una evidencia más de la vocación que Aricó desplegó a lo largo de prácticamente toda su trayectoria intelectual por hacer dialogar al marxismo con las distintas expresiones de la cultura moderna. En primer

<sup>20</sup> José Aricó, “Advertencia”, en Karl Marx y Friedrich Engels, **Escritos sobre Rusia I. Revelaciones sobre la historia diplomática secreta del siglo XVII**, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1980.

<sup>21</sup> Pasado y Presente, “Advertencia”, en Giacomo Marramao, **Lo político y las transformaciones**, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1982. Aunque está firmada por “Pasado y Presente”, la autoría de Aricó es comprobable por su estrecha relación con el autor, quien en una entrevista realizada en julio de 2011 nos refirió las iniciativas de Aricó en relación a la traducción y publicación de algunos de sus textos en América Latina, así como a los intereses comunes que compartían respecto de los marxismos centroeuropeos de entreguerras (y de Carl Schmitt, sobre quien volveremos detenidamente en el siguiente apartado).

<sup>22</sup> Además de la organización en 1980 del coloquio de Sinaloa Mariátegui y la *revolución latinoamericana*, podemos mencionar la compilación **Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano (CPyP 60)**, del mismo año, que contenía además un importante estudio preliminar de Aricó. De Marx y Engels aparecen dos compilaciones hechas por el propio intelectual cordobés: **La cuestión nacional y la formación de los Estados** (n° 69, editado en 1980), e **Imperio y Colonia. Escritos sobre Irlanda** (n° 72, publicado en 1979).

<sup>23</sup> José Aricó, “Presentación”, en Karl Marx, Friedrich Engels y Nikolai Danielson, **Correspondencia 1868-1895**, México, Siglo XXI, 1981, p. XXII.





lugar podemos referirnos a los libros del llamado austromarxismo. Siglo XXI edita dos libros de Max Adler, *El socialismo y los intelectuales*, en 1980, y *La concepción del Estado en el marxismo*, en 1982; uno de Otto Bauer, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, en 1979; y, finalmente, *Socialismo y Estado*, de Hans Kelsen, en 1982. Este último no pertenecía a dicha corriente, pero su libro forma parte de un contrapunto con los textos de Adler acerca de la teoría política y del Estado en el marxismo.

En la advertencia al texto de Bauer, Aricó explica varias de las razones que tornaban productiva la edición del austromarxismo, caracterizándolo como “un movimiento teórico y político que hoy se nos aparece como la tentativa más acabada de prosecución del discurso marxiano en las nuevas condiciones de la sociedad europea de inicios del siglo XX”, para afirmar unos renglones más abajo la pertinencia de esta corriente frente al “actual debate sobre la naturaleza de la concepción marxista del estado y sobre la posibilidad de existencia de una teoría política marxista”.<sup>24</sup> Por su parte, la edición de Adler es explicada por Aricó a través de una doble valoración positiva. Por un lado, en sus argumentos internos, por “encarar una serie de problemas y de temas generales y repensar de manera original la forma teórica misma del marxismo, a partir de las nuevas tareas que el movimiento obrero debía afrontar debido a las profundas transformaciones de la sociedad y el estado.”<sup>25</sup> Por otro lado, en su lógica de discusión, la confrontación de Adler con Kelsen es recuperada por sustraerse de la tentación de la oposición ideológica, moviéndose en realidad en el plano de la compleja confrontación de las hipótesis kelsenianas con el proceso histórico real, sobre la base de una mirada abierta a todas las disciplinas de la época que podían aportar a tales análisis:

Y como lo demuestran las fuentes utilizadas, tal confrontación puede resultar crítica y productiva, a la vez, porque ha contado con la doble vertiente de un conocimiento acabado del pensamiento de Marx y de un fértil contacto con la reflexión sociológica y politológica contemporánea, desde Weber hasta Michels y Carl Schmitt.<sup>26</sup>

Con esta afirmación de Aricó queda clara la conexión entre sus distintas iniciativas editoriales, ya que tanto Weber como Schmitt serán los dos personajes fundamentales, exteriores al marxismo, editados en su colección de la editorial Folios. Asimismo, este enorme y complejo laberinto de publicaciones da cuenta de una fuerte preocupación por la teoría política que, como decíamos antes, excede largamente a la cuestión de la democracia —aunque ciertamente la incluye—. Así, “El tiempo de la política”, último emprendimiento editorial de Aricó, puede ser leído como un ensayo más por tensar al máximo los límites del marxismo, aún en la más dura de sus crisis.

<sup>24</sup> José Aricó, “Advertencia del editor”, en Otto Bauer, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, México, Siglo XXI, 1979, p. IX.

<sup>25</sup> José Aricó, “Advertencia del editor”, en Max Adler, *La concepción del Estado en el marxismo*, México, Siglo XXI, 1982, p. 7.

<sup>26</sup> *Ibidem*, pp. 7-8.

## Una teoría política para la crisis

“El tiempo de la política” constó de importantes publicaciones destinadas a discutir los problemas que se venían tratando en los debates de la izquierda exiliada y que se extenderían a los primeros momentos de la reapertura democrática. A propósito de la segunda edición, en 1981, del CPyP 54, que compilaba *Escritos políticos* de Gramsci, la advertencia explica la no inclusión de la introducción de Portantiero que había salido en la primera edición, por la decisión de éste de reunir sus textos sobre el italiano y publicarlos en un único volumen:

Compartimos su criterio y otorgamos la autorización respectiva para que la nueva editorial Folios, con la que sostenemos lazos estrechos y de afinidad de propósitos, y a la que auguramos el mayor de los éxitos, iniciara su colección “El tiempo de la política” con la recopilación de los ensayos “gramscianos” de Portantiero. Casi en forma simultánea con la nuestra, Folios anuncia a su vez la publicación de *Los usos de Gramsci*, título bajo el cual aparece el nuevo volumen.<sup>27</sup>

Curiosa autorización que Aricó se otorga a sí mismo, en tanto director de la colección que se iniciaba con el texto de su compañero de *Pasado y Presente*. La experiencia de Aricó en Folios se extendió hasta 1984, cuando algunos de los títulos editados en México se reeditan en Buenos Aires. Aunque escueta en publicaciones, esta iniciativa es sumamente clara en su propósito de intervención teórico-política en los temas que veníamos señalando. Instalada claramente en el contexto de la *crisis del marxismo*, todos sus textos se inscriben de algún modo en el intento por interrogar la teoría política del socialismo, desplegando además el ejercicio más fuerte de diálogo entre esta tradición y otras corrientes del pensamiento moderno. La colección publicó un total de cinco títulos: *Los usos de Gramsci*, de Portantiero, en 1981; el volumen colectivo *Discutir el Estado*, en México en 1982 y en Buenos Aires en 1983; los *Escritos Políticos* de Max Weber, en dos tomos, en 1982 en México; los *Escritos Políticos* de Karl Korsch, también en dos tomos editados en México en el mismo año; y, finalmente, *El concepto de lo político*, de Carl Schmitt, editado en México y en Buenos Aires en 1984.<sup>28</sup>

Si *Los usos de Gramsci* convocaba al pensador italiano para abordar problemas de teoría política marxista, *Discutir el Estado* se

<sup>27</sup> Pasado y Presente, “Advertencia a la segunda edición”, en Antonio Gramsci, *Escritos Políticos (1917-1933)*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1981, p. 9.

<sup>28</sup> A su vez, en una nota al pie del texto de Louis Althusser que encabeza el volumen *Discutir el Estado*, se aludía al texto de Biagio de Giovanni “Difusión de la política y crisis del estado”, alojado supuestamente en “*La teoría marxista del Estado*, México, DF, Folios, 1982”. Nos fue imposible dar con este libro, y su inexistencia nos fue confirmada en la ya citada entrevista con Ricardo Nudelman. Por lo demás, es recurrente encontrar este tipo de *accidentes* en la trayectoria editorial de Aricó. Dada la magnitud de la misma y la afición de Aricó por *inventar* libros a partir de artículos o fragmentos que le interesaba reunir, es posible encontrar, en casi todos sus emprendimientos editoriales, numerosos anuncios de publicaciones que finalmente no salieron, así como, a la inversa, libros inesperados que no fueron anunciados.

articulaba en torno de Louis Althusser con un propósito explícitamente similar. El libro es una traducción de un debate que organiza la publicación italiana *Il Manifesto* en torno del artículo de Althusser "El marxismo como teoría finita", donde se sintetizan algunos de los principales elementos de la *crisis del marxismo*, en especial la tesis de la teoría política y la teoría del Estado como *puntos ciegos* en la obra de Marx. Lo cual supone una debilidad que debe ser atendida en función de las profundas transformaciones que atravesaban las sociedades capitalistas desarrolladas en el contexto de la crisis del Estado de Bienestar. El libro no lleva advertencia del editor, pero sí una contratapa en la que se advierte la pluma de Aricó:

Las transformaciones sufridas por el estado en el siglo XX ampliaron sus funciones y articularon sus ramificaciones en relación con la sociedad, mientras que la forma-estado heredada del capitalismo de los años 30 está hoy en crisis y con ella ha envejecido la concepción marxista del estado-instrumento, exterior, a las relaciones de producción. Nace de aquí la "crisis del marxismo" y la necesidad de discutir su capacidad explicativa del funcionamiento efectivo de los aparatos de poder de las formas nuevas del estado. A través de sus intervenciones, nacidas de un debate realizado en *Il Manifesto* en base a una tesis presentada por Louis Althusser, algunos de los exponentes más significativos del marxismo teórico europeo explicitan en este libro el rico espectro de las posiciones alcanzadas a través de la revisión crítica de la estrategia de la "toma del poder" del estado. Eludiendo el fácil camino de encontrar en el pasado una respuesta a los problemas de hoy, trazan de tal modo las líneas proyectivas de una historia que aún debe ser recorrida.

Como vemos, estos debates invitan a revisar todos los grandes postulados políticos del marxismo, pero sin ninguna perspectiva de abandonar tal tradición (camino efectivamente tomado por muchas figuras como efecto de la "crisis"), sino poniéndola en juego y en debate en sus elementos más sensibles, de cara a las grandes transformaciones de la época y tomando todo lo que se precise de otras tradiciones. En esta misma dirección pueden leerse los motivos que impulsaron a Aricó a editar a Weber, que se consignan en la presentación de sus **Escritos políticos**:

Nuestra edición, que no tiene ninguna pretensión crítica, sólo intenta cubrir de la mejor manera posible una ausencia que se ha hecho sentir fuertemente en nuestro medio. En un momento de evidente recuperación del interés por un clásico del moderno pensamiento político y filosófico occidental, confiamos en que nuestra edición pueda salvar, aun transitoriamente, el obstáculo que hasta ahora ha impedido la frecuentación de un pensamiento de sorprendente actualidad para la interpretación de la crisis de las sociedades modernas.<sup>29</sup>

Por último, merece especial atención la publicación posiblemente más arrojada de Aricó: la edición en castellano de Carl Schmitt,

dirigida abiertamente al debate de las izquierdas, y con una clara vocación por tensar al máximo la pregunta por el problema de la política en el marxismo. En la mencionada entrevista con Ricardo Nudelman, éste nos comentó que, frente a la propuesta de publicación de Schmitt realizada por Aricó, la aceptación tuvo como condición la redacción de un estudio preliminar que, ante todo, justificara tal emprendimiento. Esto se debía a que Schmitt era un autor menos leído que conocido por su cercanía al nazismo, por lo cual su publicación produciría resistencias varias en el mundo intelectual latinoamericano, sobre todo en momentos de extrema sensibilidad frente a los autoritarismos que apenas comenzaban a declinar en la región.

El texto resultante es sumamente rico, posiblemente la "Presentación" más importante, por su valor teórico específico, de las decenas que escribió Aricó. El presentador encabeza su texto explicando la inscripción del libro en una forma de pensar el trabajo editorial, como una empresa de "cultura crítica", lo cual implicaba:

[...] instalarse siempre en el punto metódico de la "deconstrucción", en ese contradictorio terreno donde el carácter destructivo de un pensamiento que no se cierra sobre sí mismo es capaz de transformarse en constructor de nuevas maneras de abordar realidades cargadas de tensiones y de provocar a la vez tensiones productivas de un sentido nuevo.<sup>30</sup>

Luego, asoma en la presentación el aporte específico de Schmitt, la razón última de la edición, que se asienta en el modo complejo de comprensión de *lo político*, es decir, en la postulación de su *primacía*, frente a las teorías de las puras determinaciones económicas que anidan en todo pensamiento del progreso (incluido aquí, para Schmitt, el marxismo; para Aricó, sus versiones más vulgares). Asistimos aquí al momento paroxístico del diálogo entre marxismo y cultura moderna característico de la trayectoria intelectual de Aricó. Se encuentran Karl Marx y Carl Schmitt para explicar a los marxistas que no existe dimensión económica por fuera —mucho menos con anterioridad— de la política. En la "Presentación" de *El Concepto de lo político*, nuestro autor retoma la crítica de los trazos de filosofía de la historia en el marxismo, allí donde éste se pensó como plena realización del proyecto de la Ilustración: "El marxismo, en definitiva, no indicaba la tentativa más radical de crítica de un mundo al que la crisis tornaba siempre más indecible, sino la consumación de las concepciones racionalistas que el cosmos burgués elevó a su máxima expresión".<sup>31</sup> La oposición entre racionalismo e irracionalismo, y la inscripción plena del marxismo en la primera de esas familias, deviene un problema, en la medida en que las representaciones lineales modernas debían ser cuestionadas también desde un pensamiento que se pretende emancipatorio. De hecho, según Aricó, la propia crítica marxiana de la Economía Política fue despreciada en su dimensión más disruptiva respecto del saber moderno,

<sup>29</sup> José Aricó, "Advertencia editorial", en Max Weber, *Escritos políticos*, Vol. 1, México, Folios, p. X.

<sup>30</sup> José Aricó, "Presentación", en Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, México, Folios, 1984, p. X.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. XI.



y celebrada en aquello que la cristaliza como ciencia positiva. Por el contrario, nos dice Aricó en una llamativa expresión irracionalista, debe rescatarse “la *demoníaca voluntad* puesta de manifiesto [por Marx] en su deconstrucción de la Economía política como verdadera ‘ciencia’ del poder de su época”.<sup>32</sup>

La crítica del economicismo y la necesidad de una teoría política que no busque sus fundamentos en una esfera situada en el exterior, aparecen como elementos centrales para pensar de cara a la *crisis del marxismo*. En la medida en que éste es el propósito de la reflexión, se justifica el ejercicio desprejuiciado de buscar todas las formas de saber que puedan contribuir a esa tarea, incluyendo a Schmitt:

Acaso resulte un tanto aventurado señalar a Carl Schmitt —ese nonagenario testarudo que aun hoy se sigue considerando el único y verdadero discípulo de Weber— como uno de los “proseguidores” de Marx. Admítasenos esta paradoja que se propone algo más que un efecto provocativo. Como crítico “de derecha” de la sociedad burguesa Schmitt es un pensador reaccionario que considera a las conquistas iluministas como errores gravemente perniciosos para la humanidad. En tal sentido está en las antípodas de Marx. Pero aun con propósitos radicalmente opuestos a los suyos, Schmitt se sitúa en el pleno reconocimiento de lo que para nosotros caracteriza la contribución epocal que Marx produjo: la determinación esencialmente política de la economía.<sup>33</sup>

Si Schmitt resulta una herramienta útil para repensar al marxismo en época de crisis, no es solamente por su crítica del economicismo. La interpelación hecha a través de esta controvertida figura apunta, también, a todas las tradiciones que, más o menos abiertamente, aceptan una escisión tajante entre política y economía que permita pensar el proceso económico como una forma de lo técnico, y no como un espacio conflictivo, es decir, constitutivamente político, aun cuando aparezca neutralizado por el discurso de la ciencia económica. Este punto que, según Aricó, reúne a ambos autores alemanes, no siempre habría sido tenido en cuenta por las izquierdas. No es tan relevante si, como afirma Schmitt, Marx efectivamente hace empatía con el relato ilustrado de la pujante burguesía, como dar cuenta críticamente de las lecturas que han insistido en situar y retener al marxismo en el terreno económico. En esos casos, la crítica de la política sólo podía ser pensada como “emanación directa de la crítica de la economía política”.<sup>34</sup> Y, aunque la escritura de Marx esté plagada de tensiones en esa materia, lo cierto es que Schmitt ataca con agudeza el fundamento esencialista del marxismo leído como una filosofía de la historia que reposaba sobre la esfera económica como generadora de validez para todo el sistema.

Este pensamiento *fuerte* en torno de lo político permite empalmar a Schmitt con las preocupaciones de la *crisis del marxismo*.

<sup>32</sup> *Ibidem* (cursivas nuestras).

<sup>33</sup> *Ibidem*.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. XII.

A Aricó le interesan dos dimensiones centrales de la crítica del autor alemán al liberalismo, que traduce rápidamente en contribuciones para pensar el atolladero en que el marxismo se encontraba en los tempranos ochenta. En primer lugar, la crisis del Estado liberal que Schmitt lee en el fracaso de la República de Weimar: el hundimiento del sueño de un Estado sin política y sin decisión, y la revelación de un exceso de la política respecto del Estado que imposibilita cualquier tipo de inscripción normativa de la misma y, con ello, de filosofía de la historia o justificación del orden más que por la dinámica de las fuerzas enfrentadas. Aricó entiende que este tipo de reflexión está a la altura de un tiempo de profundas transformaciones del orden de lo político que precisan ser pensadas en su especificidad (sin confiarlas a transformaciones económicas y, menos aún, a una teoría del progreso), y que explican en parte la gravedad con que se presentan los debates en torno de una *ausencia* de teoría política marxista.

Por otra parte, el rechazo schmittiano a fundar normativamente la política, y a pensar al Estado como técnica social de organización del mundo implica también una horadación de las teorías del sujeto político. Pues una expansión de la política por fuera de sus límites liberales supone un proceso de permanente irrupción de nuevas conflictividades y, con ello, de nuevas formas de subjetivación. Recordemos que, en este punto, la *crisis del marxismo* coincide con la crisis política de las formaciones comunistas clásicas y con la multiplicación de numerosas formas de lucha que comienzan a teorizarse en los años sesenta, con diferente suerte en lo que hace a su relación con el marxismo. En este marco, afirma Aricó en las últimas páginas del texto:

La notable dilatación de la subjetividad, que tanto el capitalismo como el socialismo crearon en las últimas décadas, no pareciera ser integrable a través de los mecanismos de una sociedad altamente conflictuante en Occidente, o de un sistema fuertemente ideologizado como en los países del socialismo “real”. “La diversidad de lo real muestra hoy, para quien se empeña en leer en el presente los signos del mundo del mañana, la materialidad de un sujeto que se presenta como irreductible al sueño utópico de una sede privilegiada —sea el estado, el partido o la iglesia— desde el cual se dicte la ley del mundo.”<sup>35</sup>

Dicho esto, y para concluir el texto, el presentador vuelve sobre las reservas que produciría la publicación de Schmitt por sus públicas posiciones políticas. Sin embargo, elige confrontar con dichas reservas, y postular la necesidad de que las izquierdas accedan a la riqueza del pensamiento schmittiano. Aricó afirma:

Para estar a la altura de las demandas de nuestro mundo histórico, para aferrar de manera productiva los nudos centrales del debate en torno al significado actual de la crítica del estado y de lo político, es imprescindible que el pensamiento de la transformación sepa medirse con la gran cultura burguesa que a través de Nietzsche y Weber, pero también de Schmitt, some-

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. XX.

tió a una crítica decisiva e irreversible la pretensión del estado moderno de fundar instancias hegemónicas totalizantes. Una crítica de la forma burguesa de lo político resultaría parcial, mutiladora, y finalmente estéril, si dejara de lado por prejuicios políticos o morales, que en el caso de ser válidos reclaman otras sedes y formas de debate, el análisis de una obra que, como la de Carl Schmitt, ha fijado una impronta insoslayable en la vida espiritual del siglo XX.<sup>36</sup>

Una vez explicada la necesidad de leer a Schmitt en tanto expresión de la cultura de nuestro tiempo, el texto finaliza con la invitación, casi imperativa, a que las izquierdas se enfrenten con este legado y lo procesen críticamente:

Para que deje de ser patrimonio exclusivo de la derecha, o de la academia, para que entre en el debate de izquierda de manera plena, y para que éste pueda medirse con los grandes enemigos de sus propuestas, y no con sus mediocres escribas, incluimos a Carl Schmitt en nuestra colección. ¡Ojalá sea leído con la comprensión y el espíritu crítico que el excepcional valor de su obra se merece!<sup>37</sup>

El Schmitt de Aricó: un pensamiento fuerte y autónomo de la política, una crítica de las utopías liberales o socialistas de gestión de lo social y una crítica del sujeto que puede realizar por su propia constitución los sueños emancipatorios. La apuesta es fuerte y busca colocar a Marx a la altura de desafíos verdaderamente complejos. Pero no solamente para la tradición marxista, sino especialmente para un público que no estaba demasiado predisuesto para ese tipo de indagaciones.

Como muestra Jorge Dotti en su extenso estudio sobre el pensamiento de Schmitt en la Argentina, el destino de la edición de Aricó estuvo lejos de esa comprensión: las reseñas del libro y las mesas de debate alrededor del pensamiento del autor alemán realizadas al calor de la publicación revelan una pobre recepción de la provocación de Aricó, con mayor presencia del rechazo a la figura de Schmitt que de una lectura profunda de sus propuestas teóricas. Y esto se explica por un interesante desplazamiento que excede largamente al contexto argentino, ligado con el profundo cambio de léxico y de preocupaciones intelectuales que caracteriza al período. Aricó pensó a Schmitt contra las versiones ortodoxas o economicistas del marxismo, para colocar en su lugar un complejo pensamiento en torno de lo político. Pero ese interlocutor era brutalmente más reducido que el ya hegemónico clima democrático-liberal que predomina en muchos intelectuales de izquierdas en el marco de la problemática de la transición democrática:

Aricó, entonces, puede no haber sopesado adecuadamente cuán extemporánea era su presentación de escritos cuyo nervio es una crítica al liberalismo. O quizá los publicara precisamente por eso. Cualquiera fuese su propósito, y pese a sus aclaraciones y sugerencias, las intenciones de Aricó exigen un

tipo de lector que en el momento político y cultural del 83 y años inmediatamente siguientes no es fácil de fomentar.<sup>38</sup>

Esa extemporaneidad de la apuesta de Aricó de publicar a Schmitt sugerida por Dotti, es sumamente interesante para indagar un momento de la trayectoria del intelectual cordobés que encuentra a sus iniciativas editoriales desplazadas respecto de las preocupaciones de quienes siempre habían sido sus lectores. Pero además permite iluminar aspectos de ese período de la reflexión teórico-política argentina —signado por enormes cambios ocurridos en un tiempo muy breve—, cuando el marxismo, aun en las versiones más complejas y refinadas que Aricó y otros intentaron pensar en México, reduce sustantivamente su presencia en la escena intelectual y política.

### El ocaso del tiempo de la política

Ese *desencuentro* entre la iniciativa editorial de Aricó y el mundo de los lectores puede quizá ser tomado como signo de la clausura de una época y, con ella, de un modo de trabajo. “El tiempo de la política” fue la última iniciativa editorial relevante de Aricó. A partir de entonces es posible encontrarlo en múltiples iniciativas culturales y como un destacado investigador e historiador de las ideas de izquierda, pero no tanto en el mundo editorial. Quizá sea interesante volver aquí sobre la vieja cuestión de la relación entre intelectuales y política. Se suele caracterizar a los años sesenta como un ciclo de radicalización política de los intelectuales que los conduce “de la pluma al fusil”.<sup>39</sup> Si bien es innegable el proceso de fuerte politización del campo cultural que atravesó la Argentina en aquellas décadas, también es cierto que muchas iniciativas editoriales —y culturales en general— no son tan fácilmente reducibles a aquel recorrido. Basta ver la complejidad de temas que habitaban experiencias como **Pasado y Presente** y el mundo editorial argentino en general. En ellos sobresalía, en todo caso, otro modo de leer la relación entre política y cultura, muy dispuesto a pensar con una enorme amplitud los vasos comunicantes entre distintas formas de saber y entre distintos lenguajes: científicos, políticos, estéticos, etc. Al mismo tiempo, la apelación al “fusil” opera sintetizando ese proceso de radicalización con la forma dominante que tomaron las opciones estratégicas de la izquierda bajo el influjo de la experiencia cubana.

Pero, y aquí aparece cierta paradoja que sugiere la experiencia de Folios, el final de esta empresa intelectual también está vinculado con la politización de sus principales referentes, aunque ella aparezca alejada de la vía armada. Nudelman se integra al gobierno de Alfonsín (y atribuye a eso el fin de Folios), mientras otros personajes que formaban parte de la experiencia se acercan tam-

<sup>36</sup> *Ibidem*.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. XXI.

<sup>38</sup> Jorge Dotti, *Carl Schmitt en la Argentina*, Rosario, Homo Sapiens, 2000, p. 705.

<sup>39</sup> Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003; José Luis De Diego, “Los intelectuales y la izquierda en Argentina (1955-1975)”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II. Avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010.



bién de diversos modos al proceso político en curso. Esta nueva forma de la politización, menos épica, coincidió con el profundo cambio que dominaba el clima intelectual argentino. Recordemos que, al mismo tiempo que cerraba Folios, se dejaban de editar, luego de funcionar en tres ciudades distintas durante más de quince años, los **Cuadernos de Pasado y Presente**. Las consideraciones de Aricó al respecto pueden ayudarnos a comprender la clausura de una forma de editar y de leer al marxismo y la teoría política. En una entrevista de 1984, es posible leer una curiosa contradicción en dos sucesivas preguntas, que no hace sino dar cuenta de un esfuerzo por no aceptar que aquello ya no podía continuar, al menos en los términos en los que había funcionado. A propósito de los **CPyP**, el cordobés afirma:

Podemos decir entonces que la diversidad de perspectivas y temas de una colección que alcanzará el año próximo su número 100, es connatural al propio objeto de indagación y muestra hasta qué punto el marxismo no puede ser considerado como una construcción teórica al margen de los hechos; como fue siempre —y más allá de la visión de sus protagonistas— una construcción vinculada a las áreas de conformación de los grandes movimientos sociales.<sup>40</sup>

Lo interesante de esta cita no está solamente en el hecho de que los **CPyP** nunca llegaron al número 100 (concluyeron en el 98), sino en que la segunda parte de la frase da el primer indicio de explicación para ello: para Aricó, editar libros de marxismo no tuvo nunca un sentido filológico o de mera reposición de debates históricos, sino de preocupación por la actualidad teórico-política de diversos problemas que podían convocar diferentes momentos y episodios de la rica y compleja historia del marxismo.<sup>41</sup> Al parecer, el clima político-intelectual de los ochenta distaba de ser un ámbito propicio para esto, pues el marxismo dejaba de ser un horizonte *vinculado* al movimiento real de la sociedad argentina. En la siguiente pregunta, Aricó continúa con este razonamiento:

Los Cuadernos ayudaron a que mucho de lo silenciado pudiera emerger, pero no pueden modificar por sí mismos una tendencia irrefrenable a la reconstitución de un discurso ideológico, y por tanto reduccionista de la realidad. Y no es meramente con buenos libros como pueden superarse visiones que emanan del propio movimiento social. Pero la propuesta de los Cuadernos me parece hoy insuficiente por una razón adicional.

<sup>40</sup> José Aricó, “La necesidad de una autocrítica en el marxismo”, entrevista de Carlos Suárez, en Horacio Crespo (comp.), **José Aricó. Entrevistas (1974-1991)**, Córdoba, CEA, 1999, p. 32.

<sup>41</sup> Hemos analizado las tareas de edición de Aricó en clave de *traducción*: como un intento por articular orgánicamente la potencialidad crítica del marxismo con la singularidad de la realidad latinoamericana, alejado de las tentaciones de *aplicación* de las versiones más ortodoxas de la tradición. En este marco, su tarea editorial —y también sus escritos— pasan a través de debates marxistas —algunos clásicos, otros opacados— para responder inquietudes teórico-políticas que surgen del presente, en una tarea menos asociada con la reconstrucción histórica que con la reflexión sobre las condiciones de posibilidad del marxismo latinoamericano. En Martín Cortés, **Teoría política marxista en América Latina. El problema de la traducción en la obra de José Aricó**, Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires-Université Paris 8, 2013. Inédita.

Debido a causas que no fueron originadas solamente por la censura y la represión, la tradición marxista es hoy mucho más débil en la Argentina. Advierto la presencia de una suerte de ruptura de tradiciones que, de estar en lo cierto, debería llevarnos a analizar con más cuidado la fastidiosa reproducción en las jóvenes generaciones de los viejos discursos. Es como si el olvido o el opacamiento de esa tradición, transformara a los viejos discursos en palabra muerta, en un redoble de tambores que impide al lenguaje ser un medio de comunicar ideas.<sup>43</sup>

Aparecen en estas palabras, si se quiere, las dos razones que podrían explicar no sólo el fin de la experiencia de los **Cuadernos de Pasado y Presente**, sino también el de un modo de ejercicio de la tarea editorial de la cual “El tiempo de la política” también fue parte. Primero, porque los “buenos libros” no pueden resolver dilemas que son en realidad del movimiento social. Segundo, seguramente como efecto de un mismo clima de época, porque los oídos del debate argentino ya no reciben al marxismo como insumo para el pensamiento, sino como un eco del pasado que no parece poder decir nada del presente, lo cual lleva a la trágica circunstancia de que las palabras que antes se ligaban a la emancipación suenen anacrónicas.

<sup>42</sup> José Aricó, “La necesidad de una autocrítica en el marxismo”, *op. cit.*, p. 33.

**Resumen**

Entre 1981 y 1984, José Aricó dirigió la colección "El tiempo de la política" de la editorial Folios, en la cual publicó cinco importantes libros de teoría política. El artículo inscribe esta experiencia en el interés de Aricó por los temas que suscitaba la llamada *crisis del marxismo*, en especial los debates en torno de los límites de la teoría política del socialismo. En ese marco, el trabajo de Aricó es leído como un intento por enriquecer las reflexiones políticas del marxismo acudiendo incluso a personajes muy ajenos a esa tradición, como Carl Schmitt y Max Weber. Analizando esta iniciativa en el contexto de la producción intelectual y editorial de la época, el artículo propone matizar las imágenes del exilio mexicano como un escenario dominado exclusivamente por la problemática de la democracia.

**Palabras clave**

José Aricó; Crisis del marxismo; Editorial Folios; Exilio mexicano.

**Abstract**

Between 1981 and 1984, José Aricó directed the collection "El tiempo de la política" at the Folios publishing house, where he published five important books on political theory. The paper enrolls this experience in Aricó's interest on the so-called *crisis of Marxism*. Particularly, on the debates around the limits of socialist political theory. Aricó's work is read as an attempt to enrich political dimension of Marxism, by linking it even with authors very away from that tradition, such as Carl Schmitt or Max Weber. Analyzing this initiative in the context of intellectual and editorial production of the time, the article proposes refine images from exile in Mexico as ascenario exclusively dominated by the issue of democracy.

**Key words**

José Aricó; Crisis of Marxism; Folios publishing house; Mexican exile.



# Reseñas críticas

*A propósito de Alejandro Dujovne, Una historia del libro judío. La cultura judía argentina a través de sus editores, libreros, traductores, imprentas y bibliotecas, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2014, 302 pp.*

En su reciente trabajo, Alejandro Dujovne aborda el surgimiento, consolidación y posterior declive de la edición judía en Argentina, constituyéndola como un campo de análisis. Teniendo en cuenta las complejidades y transformaciones del espacio que conformaron distintos actores tales como editores, editoriales, escritores, traductores, intelectuales, agrupaciones políticas y culturales, imprentas y bibliotecas, Dujovne describe y analiza las condiciones que permitieron que estos actores e instituciones se relacionaran entre sí, enmarcados en un contexto local y transnacional que se ubica entre principios del siglo XX y los años setenta. En este sentido, el autor analiza los modos de producción y de circulación de las ideas y las letras judías materializadas en libros y vehiculizadas por los mediadores que conforman este espacio social, y considera así el proceso en su complejidad.

Desde los comienzos del siglo XX, fruto de las oleadas migratorias europeas de habla *idish* provenientes del Imperio Ruso, pasando por la consolidación de Buenos Aires como importador de textos, exportador de libros y como uno de los principales centros del libro judío a nivel mundial luego de la Segunda Guerra, el recorrido del libro llega hasta delinear la caída de la edición judía en la Argentina de los setenta, producto de un creciente desinterés de los lectores, una radicalización política de la juventud judía y ciertas condiciones económicas desfavorables para la edición. Desde una perspectiva histórica y sociológica basada en un exhaustivo trabajo de archivo y entrevistas, el autor analiza los espacios, posiciones, relaciones de dominación y disputas políticas y culturales entre los distintos actores que conforman el complejo mundo del libro judío.

En su trabajo, Dujovne realiza dos contribuciones importantes. Por un lado, aporta al cam-

po de los Estudios Judíos, al reconstruir el devenir de la cultura judeo-argentina desde su heterogeneidad. Al analizar las formaciones de escritores, intelectuales, editores, traductores, dirigentes y activistas desde sus trayectorias, sus prácticas y sus posicionamientos que derivaron en la conformación de libros y proyectos editoriales, el estudio permite dar cuenta de cómo la comunidad judía se insertó y asimiló la cultura nacional y la vida política del país, desarrollando sentimientos de pertenencia y resignificando sus lazos con lo judío. Estos movimientos no se llevaron a cabo sin tensiones y disputas, y atravesaron sucesivas facetas al compás de procesos históricos, tales como los sucesivos gobiernos y coyunturas económicas locales, las marcas provocadas por la Revolución Rusa, las guerras, el Holocausto y la conformación del Estado de Israel.

Por otro lado, este trabajo contribuye a consolidar el campo disciplinario de los Estudios sobre el Libro y la Edición en la Argentina. Como dice Pierre Bourdieu, el libro es un objeto de doble faz, económica y simbólica; y en este sentido la cultura judía le asigna un valor central, como artefacto cultural que porta y distribuye valores e ideas que conforman y fortalecen los sentimientos de pertenencia a la comunidad. Retomando los trabajos de autores clave en este campo —como Bourdieu, Darnton, Chartier, Sorá, de Diego y otros que han profundizado esta línea de trabajo en el país—, Dujovne analiza el entramado social en donde se producen y circulan los libros, con sus mediaciones y disputas por un capital específico que giran en torno a la definición legítima del libro judío. Más allá de la importancia del análisis discursivo y de contenido de los textos, el estudio de sus soportes materiales y las mediaciones que implica su circulación son factores centrales para aportar al conocimiento de la producción cultural contemporánea y de la comunidad judía en Argentina en particular, encarnada en libros, actores e instituciones.

Los siete capítulos recorren distintos momentos de la edición judía en Argentina, hegemonizada por editoriales de distintas tendencias:

izquierdistas, liberales-seculares y sionistas. En ellos se puede ver cómo la historia judía nacional, lejos de ser una experiencia homogénea, se conformó como terreno de tensiones y luchas políticas y culturales que se manifestaron de modo específico en el terreno editorial. Pero además, cada capítulo aborda distintas dimensiones de análisis relacionadas con los estudios sobre editoriales: la circulación transnacional y local de libros, la traducción como política cultural, las condiciones sociales, económicas y políticas que permiten determinados modos de producción y circulación de libros por parte de distintas empresas, el análisis de catálogos, la identificación de una geografía de la edición y de la cultura impresa judía y el problema de la definición legítima del libro judío. A partir de estas dimensiones analíticas, el libro de Dujovne en su conjunto constituye una herramienta metodológica importante para quienes abordan el mundo editorial como un objeto de análisis.

Desde el primer capítulo, el autor afirma que no es posible construir un mapa histórico del libro judío argentino sin atender la dimensión transnacional de la circulación de las ideas. Así traza un panorama de la edición judía a nivel mundial, desde la invención de la imprenta hasta mediados del siglo XX, momento en el que ésta comienza a desarrollarse en Argentina. Ilustra el devenir de la edición en *idish*, la lengua popular que caracterizó el vínculo entre askenazíes europeos hasta el Holocausto, desde la problemática inserción de los judíos en los Estados-Nación. Dujovne recorre los movimientos políticos y culturales que disputaban en torno al idioma, la nación, el territorio y la clase. Como un campo con posiciones jerárquicas, el mapa editorial judío se organizaba en torno a Varsovia, con presencia creciente en Berlín y Nueva York. El cambio en la política soviética respecto a la comunidad judía desde el estalinismo, el Holocausto —con la desaparición de Polonia como eje— y la creación del Estado de Israel en 1948 —con la militancia sionista por el hebreo— fueron factores que incidieron negativamente en la cultura *idish* y en la geografía editorial transnacional, que pasó a tener otros centros y otras lógicas.

En el capítulo dos Dujovne estudia a los actores relacionados con el libro en *idish* en Buenos Aires, poniendo de modo manifiesto ciertas disposiciones hacia la cultura impresa por parte de la heterogénea comunidad judía local. En este terreno, los libros eran entendidos como objetos de disputas políticas a la vez que elementos de integración cultural. Durante el período de entreguerras, Buenos Aires fue un centro subordinado por la elevada importación de libros en *idish*. Pero luego del Holocausto el mapa editorial cambió radicalmente, convirtiendo a la ciudad en uno de los principales polos productivos. Las editoriales judías se fundaron por un “deber de memoria”, con el valor simbólico agregado que ocupaba el *idish* como lengua y cultura de pertenencia que debía reconstruirse. Así surgieron editoriales como *Dos Poylish Idntum* y *Musterverk* (idishistas laicas) y la editorial de la Federación de Asociaciones Culturales Israelitas (comunista), que publicaron literatura y ensayos en *idish*. Dujovne analiza los vínculos institucionales, el financiamiento, las motivaciones y trayectorias, su catálogo y la circulación a nivel local y transnacional de las principales editoriales *idish* en Argentina.

Las traducciones del *idish* al español, protagonistas del capítulo tres, fueron un intento por legitimar la presencia judía en el país y por transmitir la cultura a los jóvenes judíos que no conocían el idioma de sus padres. Siguiendo la línea de trabajo iniciada por Bourdieu, Sapiro y Heilbron, Dujovne considera a la traducción como una operación central para analizar la circulación internacional de las ideas y los usos que se realizan de los textos. La selección que realiza el editor que se propone traducir y publicar una obra determinada, daría como resultado que determinadas editoriales se adjudiquen el “descubrimiento” de un autor extranjero. Entre 1919 y 1938 aparecen numerosas editoriales, como la de la Sociedad Hebrea Argentina y Judaica, el prolífico traductor Salomón Resnick y el mítico editor Manuel Gleizer (en un sello no judío) como actores centrales del “aparato importador”. Los intereses específicos que tenían estos actores estaban relacionados con la presentación de la cultura judía en clave moderna, como una contribución a la integración social y cultural de los judíos y como una estrategia simbólica (y comercial) relacionada con la difusión de la cultura *idish*, a partir de la traducción de los padres de esta literatura, entre los que se encontraban I. L. Peretz, Sholem Aleijem y Sholem Asch.

Los dos capítulos siguientes también tratan sobre el libro en castellano, y se focalizan en la creciente hegemonía del sionismo desde

pocos años antes de la creación del Estado de Israel. El proyecto sionista se hizo fuerte entre las principales instituciones judías como AMIA y DAIA —subordinando al integracionismo liberal— pero fue fragmentario en cuanto a establecer una política editorial. Las discusiones políticas coyunturales en torno al sionismo y a la posición de la comunidad local ante el Estado de Israel se expresaron menos en los sellos institucionales que en la prensa periódica judía, atenta a los debates más inmediatos, con menos recursos económicos invertidos. Sin embargo, surgieron iniciativas privadas como la Editorial Israel y Candelabro (culturales sionistas), Sigal (religiosa) y Acervo Cultural (cultural). Ante la fragmentación comunitaria institucional en cuanto a la política del libro, estas empresas editoriales asumieron un rol importante en las disputas político-culturales, interviniendo en el debate público sin descuidar el aspecto comercial de sus proyectos. Con esto Dujovne introduce el problema acerca de la autonomía del espacio editorial, condicionada por las relaciones de los actores con la política, la vida institucional y el mercado de libros.

En el capítulo cinco específicamente, el autor realiza el ejercicio de analizar en profundidad el caso de la Editorial Israel, una de las más importantes que asumió el proyecto sionista, desde dos grandes dimensiones: la trayectoria de sus editores y su catálogo. Las trayectorias de José Mirelman y Máximo Yagupsky —sus posicionamientos económicos, sus competencias intelectuales, sus convicciones políticas y el crecimiento y puesta en juego de su capital social— intervinieron en las elecciones del catálogo de la editorial, vinculado a la importación y traducción de literatura hebrea. La apuesta de la editorial por el sionismo como elemento de identidad nacional judía es trabajada por Dujovne como una materialización de un proyecto cultural ligado a los itinerarios de sus editores, las relaciones que forjaron y las transformaciones del contexto político a partir de la creación del Estado de Israel.

El capítulo seis se ocupa de los actores encargados de la circulación, a partir de un mapa amplio que muestra cómo librerías, bibliotecas e imprentas se concentraron geográficamente en el barrio de Once, por una motivación comercial y por las relaciones que se construyeron entre los actores. El análisis de este espacio permite identificar las lógicas específicas que se pusieron en juego, cimentadas por las relaciones que establecieron los actores e instituciones. Librerías especializadas como Sigal y Kaplansky se conformaron

como espacios de referencia para la circulación de libros y publicaciones periódicas judías. A estas se les sumaron las bibliotecas, con una vinculación histórica con los movimientos políticos y como espacios de integración comunitaria. A su vez, las imprentas funcionaron como los actores “técnicos” imprescindibles para que editoriales, bibliotecas y librerías pudieran ser reconocidas como espacios para la producción y circulación de libros judíos, referenciadas en el barrio de Once, casi como condición de posibilidad para obtener la valoración que los legitimara en el campo de la cultura impresa judía.

Por último, el capítulo siete analiza la feria “Mes del Libro Judío” organizada por AMIA, y considerada por el autor como un acontecimiento central para la vida cultural judía porteña. Dujovne analiza este evento iniciado hacia 1947 a partir de tres dimensiones: la político-institucional, la idiomática —en cuanto a los libros vendidos— y la cultural. En la oferta de libros de la feria aparecían manifiestas las luchas que recorrieron la cultura judía en Argentina: las disputas políticas e institucionales entre los sectores de izquierda marginados a costa de la hegemonía sionista, el crecimiento del hebreo (ya como lengua nacional judía) y el paulatino declive del *idish* entre los cuarenta y los setenta, y los conflictos por la definición legítima del libro judío, al participar de dicha feria una serie de editoriales no judías, con colecciones y temáticas afines.

A modo de balance, el libro de Alejandro Dujovne logra reconstruir la historia del libro judío en Argentina, a partir de la heterogeneidad de su historia, construida y nutrida por relaciones de poder y disputas políticas y culturales. Con una articulación de capítulos que dan cuenta de las distintas etapas que refieren a los estudios sobre la mediación editorial, el libro deja planteadas preguntas para futuras investigaciones. Principalmente, sería interesante poder llevar a cabo un estudio acerca de los modos de lectura de las ediciones abarcadas, poniendo necesariamente en relación las etapas de producción y circulación con las de consumo y recepción. Retomando las dos contribuciones señaladas al inicio de esta reseña, el análisis del lugar del objeto-libro en la cultura judía está pensado desde las prácticas y representaciones de los actores en un contexto que brinda un marco de acción específico. En este sentido, Dujovne logra dar cuenta de cómo los editores, con sus trayectorias, motivaciones y capitales, se apropiaron de determinadas ideas y textos, las materializaron en libros y las hicieron públicas, en el mar-





co de luchas por un capital específico que permitieron estructurar un espacio social.

**Ezequiel Saferstein**  
(CeDInCI-UNSAM/CONICET)

A propósito de Moyn, Samuel & Sartori, Andrew (eds.), **Global Intellectual History**, New York, Columbia University Press, 2013, pp. 342.

“El triunfo de la civilización en singular no supone el desastre de los plurales. Plurales y singulares dialogan, se agregan y también se distinguen...”. En este enunciado de Fernand Braudel se condensa, en buena medida, la problemática relación entre unidad y diversidad como punto de partida de un debate respecto de los efectos de la globalización/mundialización en las Ciencias Sociales y Humanas. Los debates sobre la vigencia de una historia mundial, internacional, transnacional o global no han dejado de multiplicarse a partir de la década de 1990. Como lo advierten Samuel Moyn y Andrew Sartori en la introducción de su libro, esas consideraciones lejos están de ser novedosas. Especialmente la historia intelectual se presenta como un ámbito donde las perspectivas “naciocéntricas” han sido dominantes.

La compilación **Global Intellectual History** ofrece una hoja de ruta posible para recorrer los distintos avances realizados desde la historia intelectual, en relación a las dimensiones espaciales y temporales que supone su práctica. El libro organizado por Moyn y Sartori, que es el resultado de una serie de conferencias realizadas en New York en 2010, pone de manifiesto buena parte de los desafíos propios de las reflexiones que toman la categoría de “lo global” más como un supuesto conceptual que como un punto de llegada de la investigación. El capítulo inicial “Approaches to a Global Intellectual History”, sirve de marco general sobre el cual se recortan las aproximaciones específicas que completan el resto del volumen. Moyn y Sartori señalan allí los principales antecedentes de una “historia intelectual global” a la luz de la tradición “excepcionista” que campea en la producción historiográfica estadounidense. El descentramiento respecto de los casos nacionales contribuiría, a su vez, con una ampliación de los objetos de estudio: de una “historia de ideas” a una indagación sobre el rol de los mediadores culturales, la constitución de redes de contacto, la importancia de la traducción y el cambio conceptual. (p. 9).

La centralidad de las trayectorias sociales de los intermediarios culturales es explorada por

Vanessa Smith y Janaki Bakhle. Smith, en la línea de Mary Louise Pratt, analiza la literatura de viajes a fines del siglo XVIII en el caso de Joseph Banks y sus viajes por el Pacífico. Smith sostiene que antes que una figura intelectual destacada, Banks fue un agente central en la difusión de saberes, prácticas culturales y lenguajes dada su capacidad de colocarse como vértice de una “red de conocimiento” que nucleaba la metrópolis y los diversos territorios por él visitados (p. 82). Bakhle, en su texto sobre el intelectual nacionalista indio Savarkar, enfatiza la importancia de estudiar aquellas “ovejas negras”, figuras intelectuales y políticas apartadas del canon académico y cultural.

La problemática específica sobre la historia de los conceptos es abordada por Sheldon Pollock, Christopher L. Hill, Cemil Aydin y Andrew Sartori. En los cuatro textos, las reflexiones buscan poner en discusión nociones caras a la tradición occidental a partir de los límites que la escala global les impone. En la línea de Ann Laura Stoler, Dipesh Chakrabarty y la crítica postcolonial, los autores delimitan los retos que plantean los procesos de irradiación de conceptos en universos sociales diferentes a aquellos donde fueron producidos. Pollock discute los alcances de un concepto como el de modernidad cuando es pensado desde realidades como la de India, identificando diversos modos de “cosmopolitismo premoderno” articulados por el sánscrito. En términos similares, Aydin propone una indagación de la “identidad musulmana” como categoría que permitió reunir colectivos de regiones y tradiciones culturales diferentes en torno a una religión común. Hill, por su parte, rastrea los derroteros de conceptos europeos tales como “civilización” o “sociedad” en su recepción japonesa durante el período Meiji. Finalmente, Sartori a partir de su investigación sobre la “diseminación de los textos canónicos de la economía política” en India y el sureste asiático, reclama la necesidad de precisión empírica de los contextos de recepción del materialismo histórico en ámbitos de dominación colonial. Esos contextos, sostiene, suelen ser presupuestos desde la mirada occidental. Una “historia de los conceptos de la economía política” debería atender a las lógicas específicas de recepción más allá de las disciplinas y a las re-elaboraciones localizadas de aquellos saberes.

El volumen concluye con dos reflexiones finales a cargo de Sudipta Kaviraj y Frederick Cooper. Ambos casos presentan balances sobre las perspectivas futuras de una historia intelectual global aunque con diagnósticos y

horizontes diferentes. Kaviraj invita a recolectar las preguntas clásicas de los estudios sobre intelectuales e ideas bajo el nuevo prisma que ofrecería la reconsideración de una “globalidad de diferentes ritmos y niveles”, proceso de universalización de saberes y prácticas que podría rastrearse, como lo hace Stuurman en su capítulo, durante varios milenios. Las peculiaridades de la “globalidad moderna” (p. 301) serían las contradicciones que le son inmanentes, tanto en su extensión territorial sin precedentes como en la variedad de contextos de recepción que se generan. En ese sentido, Cooper llama la atención sobre cuán global es la historia que muchos proclaman. ¿Puede ser “global” la historia intelectual? Cooper parece optar por la *histoire croisée* francesa sensible a los efectos contradictorios producidos por las fuerzas “globalizantes”: mayor interconexión a la vez que mayor fragmentación.

Más allá de los aportes indudables que el libro de Moyn y Sartori reporta sobre los problemas de escala geográfica y los debates metodológicos de una historia intelectual “global”, es significativo el “provincianismo” de las discusiones allí desarrolladas. Con escasa, o nula, referencia a la voluminosa producción allende el mundo universitario estadounidense, el libro queda preso de los límites nacionales que disciplinadamente pretende superar: sólo tres colaboradores no pertenecen a la academia norteamericana. En su afán programático, el libro no muestra fehacientemente la “pluralidad” de perspectivas que los editores anuncian dentro de la historia intelectual global sino, más bien, un coherente concierto de “singulares”.

**Ezequiel Grisendi**  
UNC / IDACOR-CONICET

A propósito de Mariano Siskind, **Cosmopolitan Desires. Global Modernity and World Literature in Latin America**, Evanston, Illinois, Northwestern University Press, 2014, 357 pp.

En un contexto académico cada vez más dominado por la producción fragmentaria de artículos que se sitúan cómodamente dentro de las fronteras establecidas, la publicación de una intervención crítica que no le teme a cierta totalidad es un acontecimiento feliz y necesario. Ya en el recorte de su objeto **Cosmopolitan Desires**, el fascinante libro de Mariano Siskind, supera los límites estrictamente nacionales al proponer una cartografía de los

“deseos de mundo” de un conjunto de intelectuales latinoamericanos que invocaron un espacio imaginario exterior a su particularidad latinoamericana como un modo de proyectar su participación en una modernidad global. Aunque la organización del estudio no sigue un criterio cronológico sino teórico, los modos de lectura y articulación propuestos por Siskind hacen que este ensayo de literatura comparada pueda también pensarse como una contribución al campo de la historia cultural y de los intelectuales. Por medio de la reconstrucción de un archivo enorme de intervenciones críticas y de la lectura atenta y lúcida de novelas, poemas, ensayos y relatos de viaje, Siskind explora el surgimiento de las novelas planetarias en la década de 1870, los imaginarios cosmopolitas del modernismo en el cambio del siglo XX y la difusión mundial del realismo mágico como instancias particulares en las que la modernidad literaria latinoamericana fue producida como una relación global.

El estudio de las formas de inscripción de la literatura latinoamericana en el mundo y de las figuraciones del mundo en la literatura latinoamericana tiene en cuenta las dimensiones discursivas y materiales que participan de la conformación histórica de una cultura literaria. En este sentido, en la primera parte del libro, se interroga la formación del mundo como un campo global de intercambios literarios desiguales y se rescata el modo en que ciertas estéticas marginales reproducen o resisten esas totalizaciones hegemónicas. Así, el primer capítulo, “The Globalization of the Novel and the Novelization of the Global”, estudia el rol de la novela en la producción y reproducción del discurso de la globalización deteniéndose en los modos en que los discursos “cartográficos” el mundo, una consideración de las “imaginaciones espaciales” que operará como hilo conductor a lo largo del libro. En las obras estudiadas en este capítulo, la globalización resulta de desplazamientos, cambios de escala y relaciones que dan lugar a distintos imaginarios geográficos. En este sentido, mientras la imagen del espacio como una totalidad cultural y el deseo de agencia de la burguesía son centrales en la novelización de lo global de Jules Verne, desde otra posición y con otras estrategias, la novela **Viaje maravilloso del señor Nic-Nac al planeta Marte** de Eduardo Holmberg “produce mundo” con desplazamientos que dan cuenta de una aspiración cosmopolita que reconoce, al mismo tiempo, limitaciones para la inscripción de la particularidad latinoamericana en el universal. Junto con el análisis de estas obras, en un interesante interludio, Siskind vuelve a insis-

tir en las fisuras del proceso de globalización considerando los sucesivos intentos del Capitán Cook de conquistar como un fracaso que impide la sutura del mundo en una totalidad representable (36).

La producción material de un mundo literario se completa en el segundo capítulo con un estudio de los desplazamientos, apropiaciones y resignificaciones que hicieron del realismo mágico un género global. La reconstrucción histórica de las trayectorias de la forma estética que ha sido considerada dentro del campo de la “literatura mundial” como una expresión “auténticamente latinoamericana”, da cuenta de la pervivencia de cartografías literarias mundiales y permite entender la formación material de campos literarios transculturales y el trazado de un espacio global que era quizás un horizonte de deseo en los imaginarios cosmopolitas analizados en la segunda parte del libro.

En “Marginal Cosmopolitanism, *Modernismo*, and the Desire for the World”, se retoma la discusión de la “literatura mundial” como “discurso crítico estratégico” del modernismo latinoamericano. En este punto, antes que pensar el cosmopolitismo como una irrupción foránea que transforma el campo cultural local, Siskind propone reconstruir las complejas tensiones detrás de los “deseos de mundo” de los intelectuales cosmopolitas latinoamericanos. Así, el extenso tercer capítulo, “The Rise of Latin American World Literary Discourses (1882-1925)”, reconstruye un archivo impresionante de intervenciones literarias del modernismo en torno a las literaturas extranjeras. Generalmente considerados en su papel de articuladores emblemáticos de una identidad latinoamericanista, Martí, Gutiérrez Nájera, González Prada, Pedro Emilio Coll, Gómez Carrillo y Sanín Cano son recuperados por Siskind en aquellos momentos en los que expresan un deseo de formar parte de la universalidad de la cultura moderna. En este sentido, es sugerente la lectura atenta de **Nuestra América** y **Oscar Wilde**, dos intervenciones de Martí que ponen en escena una tensión entre la misión de producir una identidad diferencial y la articulación de un discurso sobre las literaturas del mundo que es una constante en las intervenciones analizadas en **Cosmopolitan Desires**.

Al insistir en esta tensión irresuelta, Siskind profundiza en los motivos de una “agencia cosmopolita” sobre la que también se había detenido Gonzalo Aguilar en **Episodios cosmopolitas en la cultura argentina** (2009), cuando sostenía que en América Latina la posición cos-

mopolita está “en advenimiento” y el intelectual despliega una estrategia que lo vuelve partícipe de una universalidad moderna (10). También en el cosmopolitismo latinoamericano marginal analizado por Siskind la producción de una universalidad es parte de un movimiento estratégico que permite a estos intelectuales inscribir su subjetividad estética en un territorio imaginario que trasciende el presente latinoamericano de atraso (238). En **Cosmopolitan Desires** el esfuerzo de construir una identidad latinoamericana, usando elementos del archivo del mundo, y el deseo de producir un mundo desde Latinoamérica responden a distintas “posiciones de sujeto” asumidas por los intelectuales en relación a un proyecto emancipador que no puede desprenderse de la misma producción de una subjetividad. Para Siskind, el “deseo de mundo” de los modernistas es, en definitiva, parte de la imaginación espacial de una modernidad cosmopolita que supone la creación de una comunidad mundial de sujetos estéticos modernos. En otras palabras, el mundo es un referente de exterioridad sobre el cual los escritores proyectaron sus deseos estéticos de participar en la actualización de la modernidad, la proyección de un deseo cosmopolita sobre una geografía que podía no coincidir con territorialidades estables o preexistentes (125).

En su “producción de mundo” los intelectuales latinoamericanos reconfiguraron mapas que pusieron en evidencia la desigualdad de intercambios y la producción hegemónica del universal. El deseo del intelectual latinoamericano, que imagina una modernidad cosmopolita que los inscribe en el mundo, se contradice con su propia posición marginal de enunciación. En este sentido, Siskind insiste en la “falta constitutiva” del cosmopolitismo marginal que infructuosamente niega su determinación particular para ser incluido en el universal (130). La formación dinámica de un campo global de intercambio simbólico y material, en donde los escritores y textos negocian su inclusión, se revela de manera particularmente agónica en “Dario’s French Universal and the World Mappings of *Modernismo*”, capítulo que aborda la subjetividad poética cosmopolita de Darío durante su período de conflictiva relación con la cultura francesa y el drama que se desencadena cuando su deseo de inclusión se enfrenta a la exclusión real del campo cultural parisino. En este capítulo, Siskind vuelve a señalar el carácter dinámico de las cartografías mundiales del modernismo reconstruyendo la discusión entre Groussac y Darío y sus diferencias en el modo de imaginar la relación que América Latina debía man-

tener con Francia como el significante de la modernidad global. La distancia entre el valor de la "originalidad" y la "imitación", defendidas por Groussac, y la "apropiación" y "resignificación", propuestas de Darío, evidencia que la naturaleza de la relación cambia el lugar que cada una de las partes ocupa y reconfigura distintos mapas de la modernidad.

En el capítulo que cierra el libro, "Gómez Carrillo Eastbound: Travel, Orientalism, and the Jewish Question", Siskind reconstruye los viajes de Gómez Carrillo y el modo en que la "cuestión judía" interpela en este intelectual modernista una subjetividad ética que desestabiliza, pero no llega a deshacer, la distancia entre él y un "otro" cuya diferencia sigue siendo leída desde el marco del orientalismo (241). Este señalamiento de los límites del cosmopolitismo empático de Gómez Carrillo permite repensar una relación entre política, ética y cosmopolitismo que, desde la reflexión inaugural de Immanuel Kant hasta las intervenciones más recientes de Martha Nussbaum, ha marcado la propuesta de la "literatura mundial" como un proyecto cosmopolita emancipatorio abstracto desligado de coyunturas históricas concretas.

En su consideración de las fuerzas materiales y simbólicas que conforman una cultura literaria que coloca a América Latina en un diálogo transnacional, **Cosmopolitan Desires** propone una forma "global" de mirar los fenómenos culturales pero este impulso no busca una sutura que la establezca en una totalidad cerrada sino que es parte de una ambiciosa lectura móvil y movilizadora. Desde un encuadre deliberadamente abierto, el libro plantea distintos registros de lectura posible: en el marco de la crítica literaria latinoamericana la intervención de Siskind reformula una discusión sobre el papel del cosmopolitismo que había sido de cierto modo ocluido por las intervenciones en torno a la transculturación, al mismo tiempo que recupera las ambigüedades del cosmopolitismo en relación a la construcción de la subjetividad de los escritores modernistas y realiza un aporte a la historia de los intelectuales.

Sin embargo, la mayor novedad de **Cosmopolitan Desires** reside en situar los imaginarios cosmopolitas y sus cartografías globales en el seno de debates actuales en el campo de la "literatura mundial". Al reconstruir los obstáculos de los intelectuales latinoamericanos cosmopolitas, cuyas subjetividades derivan de una situación marginal de enunciación, **Cosmopolitan Desires** permite recuperar toda la sutileza de las mediaciones hegemónicas

que conforman las relaciones de intercambio cultural de la literatura global. A lo largo del libro, el significado de la "literatura mundial" se va redefiniendo como una estrategia discursiva de modernización, un modo de vínculo con la formación histórica y hegemónica de un campo de intercambios simbólicos desiguales, una articulación de un deseo de mundo que apunta a la modernización en términos cosmopolitas y un modo de realización de una subjetividad moderna. En este arco de sentido lo que se propone, entonces, es estudiar la producción hegemónica de la universalidad de la "literatura mundial" conservando, al mismo tiempo, un horizonte de potencial emancipatorio en ciertas prácticas cosmopolitas. Los desplazamientos materiales y simbólicos, los cambios de escala y el tipo de relaciones transculturales detrás de esas prácticas van conformando mundos que, como los mapas con bordes blancos que ilustran la tapa del libro, se superponen unos sobre otros y no permiten suturarlo en una totalidad estable. **Cosmopolitan Desires** no cierra su introducción y cinco capítulos con una sección formal de conclusiones. Al igual que las "imaginaciones espaciales" de los intelectuales estudiados que configuran mapas móviles potencialmente abiertos, la crítica cosmopolita de Mariano Siskind expande el archivo de historias, geografías y prácticas del cosmopolitismo pero deja "bordes en blanco" que invitan al lector a seguir estableciendo relaciones y reconfigurando mapas.

Irene Depetris Chauvin  
(CONICET/UBA)

A propósito de Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas (Coordinadores), **Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930**, México, El Colegio de México. Universidad de Colima, 2012, 349 pp.

El número 6/7 de **Políticas de la Memoria** publicado en el año 2007 ofreció un *dossier* acerca del antiimperialismo, en donde se presentaba el tema como un "objeto múltiple". Aquellas intervenciones se concentraron en algunas experiencias del antiimperialismo latinoamericano de la década de los veinte, que tenían en común el desplazamiento producido en esos años respecto de los tópicos transitados por el modernismo de principios de siglo. El *dossier* reunía los trabajos de un conjunto de autores que comunicaban adelantos de sus investigaciones sobre un tema complejo, que no había merecido hasta ese momento un acercamiento siste-

mático, capaz de dar con el nudo de problemas que lo hacían, efectivamente, un "objeto múltiple". Dada la centralidad que tuvo y tiene el antiimperialismo en el discurso político-intelectual latinoamericano, podemos considerar llamativa la ausencia, todavía, de una historia del antiimperialismo que permita ordenar el vasto corpus de ideas y experiencias políticas que se nutrieron de esa temática como eje articulador. De allí la estimulante noticia de la aparición de un nuevo libro que reúne una serie de investigaciones sobre distintos pensadores que se ocuparon del tema. Aunque el libro **Pensar el antiimperialismo** no se propone alcanzar una sistematización ni realizar un recorrido exhaustivo sobre las obras que abordan el tópico, ofrece un necesario e interesante acercamiento a las intervenciones de diferentes intelectuales, lo cual permite extraer conclusiones parciales sobre las características, intenciones y temas transitados por el pensamiento antiimperialista entre 1900 y 1930. Aún más estimulante resulta el proyecto anunciado por los coordinadores del libro en la "Introducción", que propone reunir en un sitio *web* las obras de los autores estudiados, y otras vinculadas con los mismos temas, para la consulta de los investigadores interesados. Así, el libro parece ser la primera de un conjunto de intervenciones sobre el antiimperialismo que el grupo reunido en torno del Seminario de Historia Intelectual, radicado en el Colegio de México, se propone llevar adelante o propiciar.

Los artículos compilados por Alexandra Pita González y Carlos Marichal Salinas, ofrecen una serie de recorridos sobre obras de autores que, en diferentes momentos de las primeras tres décadas del siglo XX, tematizaron el problema de la presencia del imperialismo norteamericano en América Latina. Se trata de un itinerario que permite mostrar el carácter heterogéneo del pensamiento que puede ser agrupado en torno de la idea del antiimperialismo. Voces dispares, fruto de recorridos intelectuales diferentes, que abrevaban en tradiciones ideológicas contrastantes, son objeto de reconstrucciones enmarcadas en las perspectivas de la historia intelectual; las obras elegidas son testimonios de un período de intensas manifestaciones de una sensibilidad antiimperialista, que brotó fundamentalmente a partir del año 1898, con la intervención de Estados Unidos en la guerra con España. Ese acontecimiento constituye el punto de partida de distintas reflexiones acerca del carácter de la amenaza, que ofrecía también un marco para desplegar miradas introspectivas sobre la identidad de América Latina.

Las primeras reflexiones motivadas por los

hechos del '98 se enmarcan dentro de los temas instalados por el modernismo y el "arrialismo rodoniano"; en el libro, esa variante de la crítica que contrastaba el espiritualismo de la cultura hispano-latina frente al materialismo anglosajón, es estudiada por Paula Bruno a través de las intervenciones de Paul Groussac. El intelectual de origen francés, radicado en Argentina, además de sus conocidas impresiones surgidas de los viajes por el continente, ofreció una conferencia en Buenos Aires, luego publicada, que rescataba la cultura heredera de "la española hidalga de la conquista", en el marco de una tensión pensada como un conflicto entre civilizaciones.

La intención de "arreglar cuentas" con el origen hispano de las naciones amenazadas por la potencia del norte, es uno de los tópicos más transitados por los pensadores de principios de siglo. Esa herencia es muchas veces resignificada, no sólo en términos culturales, sino también étnico-raciales, y reaparece como principio de unidad y de potencia de integración frente a la amenaza del norte. Algunas de esas preocupaciones alimentaban las reflexiones del socialista español Luis Araquistain en sus viajes por las Antillas, reconstruidas por Blanca Mar León Rosabal. En esas inflexiones del pensamiento antiimperialista resaltaba la crítica introspectiva, que explicaba la dominación ejercida por Estados Unidos como resultado de sociedades "débiles", que debían reencontrar su identidad hispanoamericana. Ese elemento podía pensarse como factor de unidad, incluso por pensadores como el argentino Alberto Ghirardo, quien, tal como analizan Alexandra Pita González y María del Carmen Grillo a través del análisis de la obra **Yanquilandia Bárbara** (1929), conjugaba en su advertencia sobre los peligros del imperialismo diferentes (y a veces opuestas) tradiciones, como el modernismo y el anarquismo.

La idea de que en la unidad residía la fortaleza para enfrentar el peligro que representaba el imperialismo yanqui, estaba presente también en la propuesta de Unión Centroamericana de Salvador Mendieta, reconstruida por Margarita Silva. Allí se conjugaban, como en otras obras analizadas en la compilación, perspectivas de regeneración social, que depositaban sus expectativas en el papel de las elites cultivadas.

La inquietud por encontrar una clave de unidad, podía derivar en formulas que, tal como sugiere Fabio Moraga en su estudio de la obra del chileno Edwards Bello, pretendían hallar una fuerza autóctona capaz de oponerse a la

de Estados Unidos. Con esa clave de lectura nacionalista-antiimperialista, Edwards Bello rescataba una identidad "indomediterránea", y buscaba en la figura del líder aprista Víctor Raúl Haya de la Torre, un referente local, acorde con las experiencias del nacionalismo autoritario que emergían en Europa.

Sin embargo, tal como advierte Martín Bergel, el antiimperialismo aprista, al menos en su formulación inicial, abrevaba en una variante del antiimperialismo cultivada por las juventudes latinoamericanas al calor del impacto continental de la Reforma Universitaria. La figura de Manuel Seoane y la referencia a dos textos escritos desde el exilio en la década de los veinte, le permiten a Bergel identificar la conexión del antiimperialismo aprista con el marxismo, que se expresaba en el análisis de los aspectos económicos que entrelazaban el carácter de las oligarquías, el imperialismo y el problema del indio. Esa vertiente del antiimperialismo latinoamericano desplegado en la década de los veinte, en la que se inscribe el aprismo, echará mano de la obra de dos norteamericanos que escribieron uno de los textos más leídos por los pensadores latinoamericanos: **Dollar Diplomacy**, de Scott Nearing y Josep Freeman. Esa obra es reemplazada por Carlos Marichal dentro de las redes de la izquierda norteamericana, que produjeron una crítica orientada a develar las motivaciones económicas del imperialismo de su país.

Tal como se desprende de los artículos reunidos en el libro, las respuestas ofrecidas frente a la amenaza del imperialismo muestran una serie de posicionamientos que ponen de manifiesto el espacio de articulación de tradiciones y culturas políticas diferentes en el que se desplegó el pensamiento antiimperialista. De allí la dificultad de "atraparlo" en definiciones precisas. Incluso los autores estudiados en la compilación, tal como muestran algunas reconstrucciones como las de Mario Oliva Medina sobre el guatemalteco Máximo Soto Hall, o la de Andrés Kozel y Sandra Montiel sobre el mexicano Carlos Pereyra, transitaron diferentes "momentos" en los que el sentido de su antiimperialismo fue mutando.

En todo caso, frente a este objeto, que vuelve a presentarse "múltiple", podemos proponer dos caminos para extraer del libro conclusiones parciales. El primero consiste en rescatar la propuesta de Kozel y Montiel de ofrecer una tipología del "ensayo histórico antiimperialista", como subgénero del "ensayo antiimperialista latinoamericano". Los autores identifican cinco elementos recurrentes, a partir de la obra **El Mito de Monroe** (c. 1916), de Carlos Pereyra:

- 1) la tendencia al inventario de atrocidades en la denuncia de intervención imperialista;
- 2) el tono oscilante entre la tragedia y el sarcasmo;
- 3) el uso del testimonio del actor imperialista;
- 4) la tensión entre el realismo de la descripción del poderío del imperio y la denuncia moral; y
- 5) la idea de la buena política, recortada frente al victimario. Este listado ofrece un primer intento de definir rasgos comunes presentes en textos dispares.

También, en el camino de identificar características del género, Mario Oliva Medina encuentra dos momentos particulares a través del pasaje de la novela ficcional al ensayo, en la producción intelectual de Máximo Soto Hall. La primera expresión correspondería a un momento inicial en que se agita el temor a la posibilidad de ser absorbido por una cultura o una raza superior, representada en la potencia del norte, en donde los conceptos "imperialismo" y "antiimperialismo" no estaban definitivamente asentados en el repertorio de la época; la experiencia imperial de los años siguientes quedaría reflejada en las modulaciones del ensayo antiimperialista latinoamericano de las décadas del veinte. Con esa reflexión Oliva Medina inscribe la forma de la intervención cultural de los intelectuales latinoamericanos como parte de la experiencia del imperialismo.

Finalmente quisiera recuperar, en el sentido ya mencionado, una de las particularidades del antiimperialismo, tal como es reconstruido en la compilación reseñada: se trata de un espacio que se despliega sobre un entramado ecléctico de referencias y tradiciones. Este aspecto advierte sobre la necesidad de problematizar la recuperación selectiva que ciertos antiimperialismos hicieron de los legados en los que inscribieron sus reflexiones y prácticas políticas; así, deberíamos evitar que la reconstrucción histórica pierda de vista las tensiones, trasvasamientos y heterodoxias del antiimperialismo. Esto supone, sin desconocer las conexiones entre el antiimperialismo latinoamericano de la década del veinte y la de los sesenta, reponer las conexiones entre las experiencias de las primeras décadas del siglo y los populismos de las siguientes, o el desarrollismo posterior. Dentro, y más allá de ese paréntesis establecido, parece haber muchas y variadas formas del antiimperialismo para investigar: **Pensar el antiimperialismo** invita a seguir recorriendo el camino a través de sus huellas.

Leandro Sessa  
(IDIHCS-FAHCE-UNLP)

A propósito de Alejandra Torres Torres,  
**Lectura y sociedad en los sesenta: a propósito de Alfa y Arca**, Montevideo, Yagurú, 2012, 210 pp.

Producto de su investigación de maestría e inscripto en la historia editorial e historia intelectual, el trabajo de la uruguaya Alejandra Torres Torres avanza en un espacio novedoso y necesario: las estrategias de dos grandes editoriales uruguayas que se convirtieron en referencia inevitable para el estudio del campo literario sesentista y el de la renovación de la literatura latinoamericana con su polémico *Boom*.

La autora escogió el modo más productivo de abordaje al contrastar dos proyectos culturales de los '60 y '70: la editorial Alfa, creada por el exiliado republicano español Benito Milla, y la editorial Arca, fruto de la labor del crítico Ángel Rama. Cada una a su modo, y con sus grandes colecciones, moldearon la lectura de varias generaciones con proyectos que, más allá de sus aspectos comerciales, estuvieron comprometidos con la construcción de un espacio crítico y renovador de la cultura uruguaya y latinoamericana —porque Arca y Alfa trascendieron las fronteras nacionales y se desbordaron en el mundo librero chileno y argentino—. En cada uno de ellos subyace —en palabras de la autora— “el propósito de construcción de un ‘sistema literario’”.

Los primeros capítulos introducen al lector en el escenario literario y editorial de los años sesenta, los canales de publicación y las posibilidades que tenían quienes se aventuraban a la práctica literaria. En este sentido, la figura de Benito Milla cobra protagonismo y resulta reveladora. Torres intuye en él a un gran gestor cultural. Aunque lo presenta dirigiendo un proyecto que busca “la consecución de metas financiero-económicas”, se desprenden de la lectura de forma inmediata otras motivaciones que lo guían. La autora nos propone un recorrido biográfico que reconstruyó a través de entrevistas y complejas búsquedas, debido a que su nombre hasta ahora había adquirido escaso relieve, si se considera la inmensa tarea que llevó a cabo primero con la editorial Alfa primero —en Uruguay y Argentina—, y luego con dos proyectos editoriales de alcance continental como Monte Ávila y Tiempo Nuevo de Venezuela, y por último a través de la experiencia de Laia en Barcelona.

Ángel Rama, sin duda formado también en las lecturas de la editorial de Milla, colaboró en Alfa tomando a su cargo la colección “Letras

de hoy”, pero se alejó de esta editorial ante un conflicto —no explorado en el trabajo— relacionado con las distancias ideológicas que la Guerra Fría, avivada por la Revolución Cubana, acentuaba ya en América Latina. El enfrentamiento arroja a Rama, colaborador muy cercano de **Casa de las Américas** y de Roberto Fernández Retamar, a la creación de su propio sello, Arca, de nombre llamativamente similar. Finalmente, más adelante, el devenir latinoamericano lo llevará también a recalar en Venezuela, donde será uno de los mentores de la reconocida Biblioteca Ayacucho. Los capítulos centrales de la tesis de Torres abordan los proyectos de Alfa y Arca, sus puntos de contacto y sus distancias, los autores de uno y otro catálogo, los conflictos que las involucran en la disputa de nombres.

Situado más en el abordaje de la crítica literaria y el estudio del canon, y tal vez más preocupado por la problemática de la expansión del mercado editorial, el lector encuentra por primera vez en el libro **Lectura y sociedad en los sesenta: a propósito de Alfa y Arca** el nacimiento de dos grandes proyectos gestados al calor de los debates de los provocadores años sesenta. Se echa de menos, sin embargo, la exploración de un momento previo: el contexto ideológico que hizo posible el trabajo conjunto de Rama y Milla a fines de los '50, cuyo estallido en la década siguiente los confrontó en espacios políticos antagónicos, envueltos en la conflictiva Guerra Fría cultural, en muchos sentidos motor de estos proyectos.

Acompañado de anexos sumamente útiles para la investigación del libro y la edición, el apéndice aporta, además, entrevistas a actores clave de esos años como Carlos Maggi, Hiber Conteris y Hugo García Robles, además de la reconstrucción de los catálogos de algunas de las más reconocidas colecciones de ambas editoriales. Con todo, el lector se queda en la espera de los catálogos editoriales completos que, demasiado extensos, seguramente serán objeto de una nueva publicación.

A pesar de que la autora nos presenta su obra, con proverbial modestia oriental, como “apenas un intento de acercamiento” al tema, estamos ante un trabajo de lectura imprescindible. Se trata de una coyuntura político-cultural crucial abordada en clave de historia intelectual, donde la combinación de relato histórico, el análisis crítico enriquecido con la entrevista y apoyado en la reconstrucción de catálogos —en la línea de trabajo iniciada por su maestro en los estudios de revistas rioplatenses, Pablo Rocca— convierten a la obra de

Alejandra Torres Torres en un esfuerzo sin duda pionero, eficaz a la hora de recuperar una parte fundamental de la historia editorial e intelectual uruguaya y latinoamericana.

**Karina Jannello**  
 (CeDInCI-UNSAM/UNLP)

A propósito de Mariano Zarowsky,  
**Del laboratorio chileno a la comunicación-mundo. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart**, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2013, 312 pp.

Pocas veces entre la abundante producción escrita en ciencias sociales, nos encontramos con un libro ameno y a la vez rico en contenido que coloca aportes originales en muchas direcciones. En efecto, la proliferación de textos en forma de *papers* o libros de investigación, muchas veces llevan la marca de las normas que imparten las reglas del mundo académico. Las tesis y sus derivados están sostenidas sobre un andamiaje donde la imaginación y el riesgo muchas veces sucumbe frente al dato y a las cuestiones formales a las que lo someten esas reglas. Por eso el libro de Mariano Zarowsky constituye una sorpresa. Porque recorrer el itinerario de Armand Mattelart construyendo un producto ameno a la lectura por la forma ágil en la que escribe. Al mismo tiempo, tiene una prosa cuidada y logra un modelo de biografía intelectual que evade caer en el mero contextualismo o el empirismo que describe los sucesos evadiendo el análisis y la interpretación, riesgo en el que puede caerse, entre otras cosas, por la escasez de modelos a imitar.

Con las herramientas que le proporcionan la historia cultural y la sociología de la cultura, sobre todo la abocada al estudio de los intelectuales, el autor logra una obra que quedará como un modelo. Porque no busca que su personaje encaje aquí o allá para que su comprensión sea totalmente lógica o en una categoría de análisis cerrada y específica, sino que toma en cuenta los imponderables, los frutos del azar y las disposiciones de este intelectual nacido en Bélgica, devenido en francés, para luego convertirse en un “latinoamericano”. El libro de Zarowsky muestra de qué modo esa marca no sólo no lo abandonaría jamás sino que le servirá como un arma de intervención pública y una credencial en muchos de los circuitos por los que su largo itinerario se desplaza.

Buscando contribuir a los estudios que retratan la historia de la comunicación en Argentina, el autor discute lo que llama una “memoria

selectiva” de los sucesos que le dieron origen y así ajusta cuentas con la historia anterior y con sus contemporáneos del propio campo. El ejercicio, más allá de la colocación del autor, es ilustrativo de cómo se han escrito las memorias sobre los años sesenta y setenta. Zarowsky no sólo destaca algunas omisiones de hechos que le parecen fundamentales, sino que sostiene que esa historia está todavía impregnada de juicios normativos hechos por algunos protagonistas de esos periodos y en muchos casos la reconstrucción está desahistorizada. Estas cuestiones ponen de relieve cómo esos años todavía son los de una disputa por el sentido del pasado y también del presente, en definitiva, una disputa que no es otra cosa que política.

El recorrido por la trayectoria de Mattelart está apuntado por la idea de que ese itinerario reconoce “entrecruzamientos múltiples”. Esto lo ayuda a no perder de vista las muchas vicisitudes por las que viajó su retratado, captando los ricos matices de ese periodo histórico —los años sesenta y setenta— pero también de la realidad latinoamericana. Allí están los impulsos de organismos multilaterales para la puesta en marcha del desarrollismo y al mismo tiempo su contestación, la teoría de la dependencia. El papel del Estado como generador de la planificación de políticas y la Universidad como el centro privilegiado de saber y productor de diagnósticos para esa tarea, encontraron en la figura de Mattelart un aliado. Mattelart, en ese movimiento, colaboró y a la vez produjo algunos ajustes en las orientaciones que se impartían desde la política y la teoría, y por eso mismo se desplazaba. El experto belga en ese movimiento cambió sus intereses intelectuales y con ellos su objeto de estudio. Cuestionó entonces el rol del cientista social y colocó a la política en el centro de gravitación de su práctica político intelectual, mostrando cómo ese movimiento no sólo era epocal sino también generacional. Allí es donde se producen las condiciones que hacen posible la edición de **Para leer al Pato Donald** de Dorfman y Mattelart, señala Zarowsky, poniendo de relieve cómo las obras no operan en el vacío sino que adquieren todo su sentido al reconstruir el contexto que posibilita su producción. Esos son los años en los que la movilidad del campo intelectual lo dinamiza como nunca antes y donde también Chile aparece como una vía novedosa en el recorrido que los actores de la izquierda quieren llevar adelante en busca del cambio social de signo socialista. De diferentes lugares llegan intelectuales que se interesan por la “vía chilena”, el intercambio se vuelve productivo y Mattelart coloca una preocupación que en ese

momento aparece como capital: la falta de políticas y estudios sobre los medios de comunicación para una política contrahegemónica. Aparece allí una palabra clave de la lucha cultural latinoamericana y que el libro escrito con Dorfman ejemplifica bien, Imperialismo. Eso y no otra cosa supone la lucha por la liberación y el socialismo.

El golpe de Estado de Pinochet precipitó la salida de muchos intelectuales y tiró por la borda los planes de la Unidad Popular. Mattelart es obligado al exilio y en su regreso a Francia nuestro autor retrata su inestabilidad y su condición de exiliado “latinoamericano”. Anclado en lo que Zarowsky llama una “esfera pública internacional popular” Mattelart profundizó sus lazos con otros intelectuales al tiempo que batalló por colocar su problemática en un medio que le era un tanto hostil y desierto para los estudios sobre la comunicación. Actuando como un verdadero *bricoleur*, el pensador belga incursionó en el cine, el periodismo, la traducción y edición de textos, y también como consultor transformándose en un hacedor de proyectos e ideas. Esto le valió como reputación para acercarse a los socialistas franceses y extender su red de influencia. Como muestra el libro, su exilio lejos de catapultarlo al centro de la escena o dejarlo en el abandono, lo colocó en un lugar trabajoso pero productivo. En esa clave es que el autor encara el problema que analiza en la última parte, pensando rupturas y continuidades nuevamente como un diálogo con las evaluaciones sobre la figura de Mattelart y sobre los estudios en comunicación que lo antecedieron. De este modo, Zarowsky se avoca a descifrar “el mapa cognitivo” que el intelectual belga movilizó en sus producciones. Para ello se concentra en el diálogo y posteriormente distanciamiento que Mattelart emprendió con las escuelas de economía política de la comunicación de cuño anglosajón, y como ese diálogo redundó en una nueva perspectiva. Perspectiva que el autor belga sostendrá hasta bien entrados los años ochenta.

En un mundo donde el capitalismo despliega como nunca antes su escala planetaria, Mattelart se avoca a dar curso a su teoría de la Comunicación-Mundo. Zarowsky muestra los *continuum* pero también los desplazamientos cuando lo local se hace global y viceversa, sin perder de vista las asimetrías y los desfases que generan las interdependencias. A riegos de sonar redundantes, diremos para terminar, que el libro de Zarowsky se constituye en una obra de gran aporte que deja como legado un modelo, porque señala un método

y una guía, para todo los estudios biográficos y sobre historia intelectual.

José María Casco  
(UBA/UNLAM)

A propósito de Mariana Di Stéfano, **El lector libertario. Prácticas e ideologías lectoras del anarquismo (1898-1915)**, Buenos Aires, Eudeba, 2013, 212 pp.

El lector libertario. Prácticas e ideologías lectoras del anarquismo argentino (1898-1915) es producto de la tesis doctoral en Lingüística de Mariana Di Stéfano, en la que se analizan las políticas del lenguaje del anarquismo argentino compuestas por las políticas de lectura, de escritura y de la lengua. Este libro se propone dar cuenta de la matriz ideológica que orientó las conductas lectoras del movimiento, es decir, las representaciones que tenía el anarquismo sobre la lectura. Para esto, Di Stéfano aborda una amplia variedad de géneros discursivos: textos de ideólogos del anarquismo y la educación libertaria como William Godwin, Mijail Bakunin, Paul Robin, Francisco Ferrer y Guardia y Julio Barcos, prensa anarquista local, libros escolares para niños y las revistas educativas **Francisco Ferrer y La Escuela Popular**, destinadas a la propaganda de la educación racionalista en el país. La indagación de estos textos se lleva a cabo a partir de la perspectiva de la Glotopolítica Histórica, enfoque a partir del cual se estudian las prácticas discursivas que realizan los grupos sociales como un signo de su inscripción en las relaciones de dominación. De esta forma, el análisis del discurso realizado pone especial énfasis en la situación enunciativa que hace posible entender los sentidos que se ponen en juego, así como la imagen del enunciador y el enunciatario construidos en el propio discurso. Así, las prácticas lectoras que la autora estudia dan cuenta de las representaciones sociales que el anarquismo poseía sobre sí mismo y sobre su relación con respecto a otros grupos. Indagar estas prácticas en un movimiento que se caracterizó por una producción tan prolifera de prensa, bibliotecas, centros culturales y escuelas es un aspecto clave para profundizar el conocimiento en torno al anarquismo en particular, y para repensar la importancia de la reflexión sobre el propio lenguaje de las fuentes que se indagan desde las Ciencias Sociales en general.

La autora explica al anarquismo a partir de la categoría de *comunidad discursiva*, como una comunidad lectora. A partir de ello defiende la hipótesis de que la identidad libertaria se



define por su práctica con la lectura y las representaciones que sobre ella tienen los anarquistas: la lectura como camino hacia la libertad y como objeción al poder instituido. Es así como, según Di Stéfano, a pesar de la fragmentación existente dentro del anarquismo, esta concepción sobre la lectura pone de manifiesto una regularidad en el grupo y cierta homogeneidad ante la necesidad de disputar hegemonía frente al discurso dominante.

El recorte temporal comienza en 1898, entre la aparición de la publicación que consolidaría el triunfo del sector proclive a la organización sindical, siguiendo la hipótesis de Iacov Oved, y la primera experiencia educativa en Buenos Aires, para culminar en 1915, año en que deja de aparecer el **Boletín de de Educación Racionalista**.

El libro, dividido en cinco capítulos, comienza caracterizando los rasgos centrales de la ideología lectora ácrata en los discursos de pensadores del anarquismo y la educación racionalista y a partir de allí realiza un recorrido por las enunciaciones en torno a la lectura que formaron parte del ámbito educativo como lo fueron los libros escolares y la prensa educativa.

El primer capítulo postula que lo contrahegemónico del anarquismo se dio precisamente en la concepción de una lectura crítica y en la introducción de nuevos objetos de lectura. Estas prácticas la autora las ubica principalmente en el espacio de las escuelas creadas por el propio movimiento. Partiendo del concepto de *ideología* de Marc Angenot, como la máxima ideológica que subyace en un enunciando, la autora propone dos rasgos centrales de la ideología lectora anarquista: la lectura como objeción y la lectura como un camino hacia la libertad. La primera concepción de la lectura, que presupone un rechazo a toda autoridad y a la necesidad de tomar la palabra para demostrar la falsedad del poder hegemónico, implica un esfuerzo, un trabajo y un compromiso individual que todo libertario debería asumir. La segunda, en cambio, implica una actitud obediente para con el saber científico entendido como la verdad y por lo tanto el acceso a él se produce de manera casi espontánea, como una revelación. A partir de allí es que la autora rescata dos concepciones contrapuestas del lenguaje que coexistieron en el anarquismo: por un lado, el lenguaje del poder es entendido como opaco, sujeto al debate y a la crítica; por el otro, el lenguaje de la ciencia considerado transparente, despojado de ideología.

Teniendo en cuenta la lectura como objeción, Di Stéfano postula que el desafío que debieron

afrontar los proyectos pedagógicos fue el de alejarse de la transmisión plena de conocimientos y enseñar al niño a razonar. Sin embargo, y en la medida en que las experiencias educativas del anarquismo no forman parte del objeto de estudio de este libro, esta es una afirmación que requiere posiblemente de un posterior análisis para indagar en qué medida esa concepción de la lectura y del aprendizaje así como la relación adulto-niño o docente-alumno entraba en tensión en las prácticas que el anarquismo llevó a cabo durante más de dos décadas. A su vez, lo que pone de manifiesto esta tensión entre enseñar a leer de forma crítica y difundir la doctrina del movimiento, es la negación a toda forma de autoritarismo por parte del discurso anarquista conviviendo con la necesidad de disputar poder y crear un lector homogéneo y una comunidad que se apropie de la *discursividad rebelde*, en términos de la autora.

El segundo capítulo aborda la Biblioteca de la Escuela Moderna llevada a cabo por Francisco Ferrer y Guardia. Este proyecto, desarrollado para la formación de los alumnos de las escuelas racionalistas en España, es rescatado, según Di Stéfano, por diferentes motivos. En parte, por su originalidad dentro del anarquismo ya que se disputó un espacio enunciativo tradicionalmente en manos de los poderes hegemónicos visible en la producción de materiales de lectura escolares. Además, porque la Colección Francisco Ferrer de esta Biblioteca se constituyó como un modelo para quienes emprendían escuelas en nuestro país. Finalmente, porque este emprendimiento demuestra la preocupación del grupo por la infancia y la educación temprana, así como también por el papel que la educación podía tener en la transformación social. Frente a este último punto, es necesario recordar que el rol de la educación y la prioridad adjudicada a las escuelas fue objeto de debate y de tensiones al interior del anarquismo, como en parte han afirmado los trabajos de Dora Barrancos y Juan Suriano. La Biblioteca representaba el camino para construir a través de la lectura una nueva subjetividad en los niños requerida para la transformación social, aunque planteada de cierta manera despojada de las tensiones que impregnaron el rol que debía ocupar la educación en el proceso revolucionario. A partir del análisis minucioso de las publicaciones de la Biblioteca, Di Stéfano muestra que la formación del lector libertario requirió de la adquisición de distintos saberes a partir de diversas estrategias. Así, divide los variados tipos de textos que se encuentran en Ferrer, eligiendo analizar aquellos destinados a la enseñanza de la lengua española, la lectura y la escritura como fueron el

**Compendio de Gramática de la Lengua Española, Las aventuras de Nono y Sembrando Flores.** Uno de los rasgos que distingue la autora es que no todas las obras incluidas en la Colección fueron escritas para formar parte de ésta, razón por la cual se incluyeron autores que, si bien apoyaban la educación racionalista, no por ello compartieron la ideología anarquista.

En el tercer capítulo se estudian los cuadernos manuscritos que formaron parte de la Colección Francisco Ferrer a partir de la categoría de *género discursivo* propuesta por Mijail Bajtin y de las reformulaciones más recientes de la Escuela francesa del análisis del discurso, que plantean el *efecto de genericidad*, complejizando el tan citado concepto bajtiniano, al poner el énfasis en la situación enunciativa que permite pensar tanto en la producción como en la recepción del discurso y en la noción de género como parte de un efecto de sentido construido por el enunciador que guía y predispone la lectura de un texto. Para analizar los manuscritos, la autora indaga las rupturas y estabilidades genéricas existentes en la producción de estos textos en relación a los empleados en la enseñanza formal. En cuanto al estilo, se conserva la formalidad y complejidad en el léxico y la estructura sintáctica propios de los manuscritos de la época. En cambio, en torno a la estructura y la finalidad sí detecta un cambio, ya que en los textos de la Colección de Francisco Ferrer se puede observar un desplazamiento hacia el aprendizaje de la escritura y no sólo de la lectura como ocurre en los otros textos del mismo género. La parte más rica del capítulo es aquella en la que se examina el tema de los manuscritos ya que pone de manifiesto, al mismo tiempo, rupturas y continuidades genéricas que dan cuenta de las distintas concepciones del lenguaje abordados en el primer capítulo. En este sentido, Di Stéfano evidencia por un lado, una ruptura en cuanto a la representación del mundo, en términos de Emile Benveniste, que en los materiales escolares aparece sin conflicto. Esa representación se construyó en los libros anarquistas desde la percepción de la injusticia, la falta de libertad y el autoritarismo reinante en la sociedad. El saber sobre el conflicto implicaba entonces polemizar con aquello que estaría naturalizado por el "sentido común" de la sociedad y por lo tanto requiere de un proceso de razonamiento que el sujeto debía llevar a cabo para acceder a él. Por otro lado, la autora demuestra las continuidades en torno al saber científico que se construyó, al igual que en los libros escolares, como un saber evidente, incontestable, que

no necesitaba ser demostrado y a partir del cual se accedía a partir de la mera exposición a esas “verdades científicas”.

El cuarto capítulo pone el énfasis en las tensiones entre lo que Di Stéfano denomina como dos tipos de racionalismos presentes en las publicaciones **Francisco Ferrer** y **La Escuela Popular**. La autora, si bien aclara que en ambas revistas educativas el anarquismo formó alianzas con otros sectores de la época, argumenta que el racionalismo presente en **Francisco Ferrer** tendría una correspondencia con los objetivos del anarquismo en la medida en que defendía la transformación social y la educación como una herramienta esencial para llevarla a cabo. Por esta razón, según Di Stéfano en **Francisco Ferrer** estaría presente un racionalismo que denomina “libertario”. En cambio, en **La Escuela Popular** existía un “racionalismo progresista” cuyo objetivo era hallar reformas más acotadas, ligadas a la transformación del sistema educativo. Según la autora, esta diferencia entre los discursos de ambas revistas, estaría dado por el debilitamiento que produjo el Centenario de la Revolución de Mayo en el movimiento ácrata. Es aquí donde, según Di Stéfano, entró en crisis la postura racionalista dentro del anarquismo que tenía como propósito la creación de escuelas propias al tiempo que comienza a adoptar un discurso promotor de transformación pero dentro de la escuela formal. La Liga de Educación Racionalista creada en nuestro país en 1912 encarnaría este desplazamiento, tal como sugiere también Juan Suriano, quien postula la “separación” del grupo pro-educación liderado por Julio Barcos del resto del anarquismo. De esta manera, mientras en **Francisco Ferrer** estarían presentes los objetivos y principios anarquistas, en **La Escuela Popular** predominarían los del progresismo a partir de la construcción del enunciatario, la estética, las temáticas abordadas, las obras recomendadas y la concepción de la lectura que se tenían de cada revista. Sin embargo, algunos trabajos más actuales, posteriores al pionero de Juan Suriano, han vuelto sobre el tema y a repensar las tensiones al interior del anarquismo para definir el propio significado de ser libertario, disputado por distintas publicaciones, entre las que **La Protesta** representa una fracción.

Finalmente, el quinto capítulo indaga a partir del concepto de *escena* propuesto por Dominique Maingueneau, la construcción de las *escenas de lectura* presentes en **La Protesta**, entendidas como la representación discursiva de determinadas prácticas. A partir de un profundo análisis, la autora describe su importancia no sólo en los ambientes educativos sino en el rol de herramienta de trans-

formación en diversos ámbitos y acontecimientos, como en las manifestaciones del Primero de Mayo. El libro, el diario, el panfleto y todo material escrito aparece como un estandarte de lucha en diversos espacios como la plaza, el sindicato y la fábrica. Otra escena que reconstruye es la de la asamblea en donde se leían cartas de compañeros presos y en donde también se ensayaban escrituras colectivas para resumir los consensos del encuentro. Si bien este último tema no está profundizado, es pertinente para reflexionar sobre la lectura y la escritura, aunque cada una eran actividades a partir de las cuales el sujeto adquiría una mirada crítica o un saber científico, como parte de un proceso que implicaban un “estar con otros” en marchas, asambleas, aulas escolares y lecturas comentadas. En conclusión, **El lector libertario** postula cierta homogeneidad del anarquismo en la construcción de una comunidad discursiva para la disputa del poder y la construcción de una contrahegemonía, en contraposición a las miradas que ponen el eje en las tensiones y diferencias no sólo al interior del movimiento sino también en relación con otros sectores de la izquierda. Es en el cruce de los discursos y las prácticas de esos actores donde se pueden encontrar los matices para entender las experiencias del pasado de una forma que no opaque su complejidad. Precisamente por esa convivencia marcada por la existencia simultánea de consenso- diferencia y aliados-enemigos, es que vale la pena repensar la experiencia histórica de un grupo que dedicó muchos de sus recursos materiales y humanos a la disputa por los significados en torno a las luchas encarnadas en la conformación de un sindicato o la acción huelguística y que el libro de Mariana Di Stéfano reconstruye de forma indiscutible.

Sabrina González  
(IDAES-UNSAM)

---

A propósito de *Andreas L. Doeswijk, Los anarco bolcheviques rioplatenses (1917-1930)*, Buenos Aires, *CeDInCI*, 2013, 306 pp.

El trabajo de Andreas Doeswijk introduce varias novedades a las discusiones historiográficas sobre el anarquismo argentino existentes hasta hoy en día. Se trata de una tesis doctoral finalizada en 1998 que circuló ampliamente en forma de fotocopias por los grupos y bibliotecas abocados al tema, donde tomó relevancia por constituir una indagación inicial sobre agrupaciones, folletos y periódicos de un período hasta ese momento no trabajado. Por lo tanto, es

un texto ya bastante citado por los investigadores aunque sus páginas no dialoguen con los últimos quince años de investigaciones.

Aún hoy encontramos insistentes discusiones sobre si los huelguistas de la Patagonia de 1921 eran anarquistas o filo-bolcheviques en las cuales no se puede pensar la posibilidad de que, precisamente, se haya tratado de anarquistas filobolcheviques. Los mismos militantes anarquistas borraron esta parte de su pasado, pero la hoz y el martillo llegaron a estar en el sello de la FORA, y términos como “dictadura del proletariado”, “Centurias Rojas”, “Ejércitos Rojos” y “pre-revolución” fueron ideas adoptadas y discutidas por militantes anarquistas. Doeswijk trae por primera vez los **Manuscritos inéditos** de Nettlau al debate histórico sobre el anarquismo argentino para sostener que efectivamente la versión oficial internacional compró la versión oficial nacional. El olvido voluntario de la trayectoria del grupo de militantes que aquí se reconstruye partió de 1925, cuando, desde las páginas de una obra determinante de la historiografía oficial anarquista, Diego Abad de Santillán y Emilio López Arango, promovieron la idea luego replicada de que el movimiento anarquista en su totalidad se opuso desde el principio a la Revolución Rusa. Sin embargo, Doeswijk afirma que la revolución en Rusia, no sólo entusiasmó a todo el espectro del anarquismo al menos hasta 1919, sino que además revitalizó al movimiento, aumentó considerablemente sus bases, e, incluso, le dio una cohesión sorpresiva. Por lo que una de las primeras tesis fuertes en la que Doeswijk insiste contra las investigaciones editadas hasta su momento es ponderar el apresuramiento con la que se declaró la defunción del anarquismo argentino, además de cargar contra la historiografía marxista y remarcar que la Revolución Rusa inicialmente tuvo un significativo impacto en las filas anarquistas.

La revitalización de la izquierda en general a partir de la revolución se manifestó en fuertes movilizaciones en varias ciudades del mundo a partir de 1918, especialmente en España, Italia y Alemania, y Doeswijk introduce la categoría de “trienio rojo”, tal como se lo ha aplicado en estos países, para referirse a estos años de luchas políticas argentinas. En tanto, entre enero de 1919 y diciembre de 1921, estallaron en el país numerosos conflictos: la denominada “Semana Trágica”, las huelgas en La Forestal, el “Verano Rojo”, la huelga de los maestros en Mendoza, la huelga de los marítimos, la “huelga de las Bombas”, y, finalmente, los acontecimientos de Santa Cruz en 1921.

Como señala el propio autor, algunas de estas





movilizaciones se estudian aquí por primera vez, pero, contra las lecturas de Julio Godio, David Rock y Edgardo Bilsky, sucede que además estos hechos no han tenido una interpretación contextualizada y por lo general se los ha tomado de manera aislada entre sí. La novedad de la obra de Doeswijk consiste en hilar la relación entre algunos de estos acontecimientos a partir de seguir el itinerario militante del grupo anarquista liderado por García Thomas, cuyos miembros fueron los más permeables a las influencias de la Revolución Rusa y al sindicalismo revolucionario. Y, en este punto, al rearmar los episodios rodeados de clandestinidad que involucraron al grupo más conspirador del anarquismo argentino, la lectura del trabajo se vuelve especialmente atrayente.

En primer lugar, porque permite conocer nuevos aspectos sobre la trayectoria de José Vidal Mata, Elías Castelnuovo, Hemerigildo Rosales, Pierre Quiroule, Eva Vivé, Atilio Biondi, Julio Barcos, Nemesio Canale, Antonio Gonçalves, Leopoldo Alonso, Santiago Locascio, y Luís Di Filippo, entre algunos otros militantes. Pero también porque se trató de un grupo que publicó periódicos, libros y folletos. Doeswijk se propone rearmar la construcción cultural, ideológica y literaria con la cual estos actores buscaron resignificar los tópicos y preocupaciones anarquistas clásicas, desde el utopismo, anti-nacionalismo, anti-militarismo, hasta el panteón heroico del anarquismo local.

Además, el autor realiza una revisión de las publicaciones periódicas sindicales y culturales hasta ese momento no trabajadas como **La Rebelión, Bandera Roja, El Comunista, El trabajo**, y, después, **El Libertario, Cuasimodo, Vía Libre y El Burro**. De manera tal, en su recorrido también propone la ubicación político-ideológica de otras publicaciones del espectro anarco-sindicalista, como **Voces proletarias, Nubes Rojas, Ideas, La Montaña, El Soldado Rojo y La Batalla Sindicalista**.

Los futuros antorchistas Rodolfo González Pacheco, Teodoro Antillá y demás miembros del grupo "La Obra", fueron los primeros en desencantarse y mostrarse fuertemente críticos con el proceso ruso en 1919. Pero es sólo a partir de 1921 cuando se plantea definitivamente la dicotomía que encontramos en gran parte de la prensa anarquista del período analizado, en donde el ala forista y protestista encabezada por López Arango y Santillán toman a este grupo como enemigos directos: en tanto frente a los "cristalizados" o dogmáticos, fueron los "camaleones" o "anarco-dicadores" quienes insistieron con la experien-

cia bolchevique más allá de las novedades que la "revolución real" traía sobre Kronstad. En los últimos capítulos se desarrolla cómo este grupo quiso unir a las dos FORAs en la Unión Sindical Argentina (USA) y cómo su periódico **El Trabajo** presionaba para acercarla a la futura Internacional Roja mientras organizaba la conformación de la Alianza Libertaria Argentina (ALA). Finalmente, también a través de la poca información y la misma atmósfera sostenida de rumores, intrigas y acusaciones, se reconstruyen los posibles contactos con la llegada de los primeros delegados de Moscú, las experiencias de los viajeros sindicalistas y anarcófilos que pasan por Rusia para evaluar el proceso, y el mítico complot anarco-radical de 1932 con la supuesta participación de Julio Barcos y García Thomas.

La investigación radicada en la UNICAMP bajo la dirección de Michael Hall, investigador principalmente dedicado a la clase trabajadora brasilera, propone comparaciones con las experiencias organizativas del sur de Brasil, y además con España, Francia e Italia. De modo que, a partir del estudio de un grupo minúsculo, las claves de lectura propuestas contextualizan y enriquecen el conocimiento sobre el movimiento obrero del período, a la vez que amplía las fuentes, discute con gran parte de la historiografía y abre hipótesis sobre terrenos hasta ahora no explorados. En este sentido, la ambiciosa variedad de enfoques que propone el texto puede hacerlo parecer desordenado, pero, a la vez, parece ser la manera adecuada de ingresar a este ambiente de intrigas y sospechas y también permitir una gran cantidad de propuestas de lectura sobre agrupaciones, publicaciones, disputas y divisiones, de un período del anarquismo argentino que sólo recientemente se ha podido investigar

Lucas Domínguez  
(CeDInCI/CONICET)

A propósito de Michael Goebel,  
**La Argentina Partida. Nacionalismos y Políticas de la Historia**, Buenos Aires, Prometeo, 310 pp.

**La Argentina Partida. Nacionalismos y Políticas de la Historia**, el libro que recoge los resultados de la tesis de doctorado del historiador alemán Michael Goebel, ofrece una exhaustiva reconstrucción de la relación entre los usos de la historia argentina y las diversas variantes de nacionalismos en de los últimos cien años.\* El

\* Texto leído en la presentación del libro realizada en el Cedinci el 14 de marzo de 2014.

nacionalismo, nos recuerda el autor en la introducción, apoyándose en una conocida cita de Hobsbawm, tiene en el pasado su principal combustible, su "materia prima esencial". Y si ese principio se verifica universalmente —es conocida la paradoja borgeana según la cual el nacionalismo es el más universal de los fenómenos—, en la Argentina asumió algunos ribetes singulares. Si es cierta la aseveración de Ernest Renan en su célebre conferencia "¿Qué es una nación?" respecto a que el olvido de las diferencias pasadas constituye un elemento primordial de la nación en tanto comunidad imaginada, **La Argentina Partida** nos muestra en cambio que en este país el discurso nacionalista se construyó permanentemente invocando las tradiciones de un pueblo-nación que excluía de sus fronteras diversos elementos históricos ocurridos en el espacio argentino. La incesante producción de un pasado de diferencias entre lo nacional y lo antinacional habría dado la tónica a las principales expresiones del nacionalismo argentino.

El libro de Michael Goebel recorre entonces un siglo de efusiones nacionalistas, desde el nacionalismo mitrista de la Nueva Escuela Histórica y el llamado "primer nacionalismo cultural" del Centenario, a los diversos usos del pasado e imágenes de la nación que se dieron en las diversas coyunturas que signaron el curso histórico argentino de los años 1930 hasta prácticamente nuestros días. Además de mostrar la centralidad que la temática nacionalista tuvo en la política y la cultura argentinas, una primera virtud del libro tiene que ver precisamente con ofrecer una visión de ese recorrido en su larga duración. Ese rasgo infrecuente en los trabajos eruditos, hace de **La Argentina Partida** un libro que puede resultar atractivo para un público no solamente académico, y justifica plenamente su traducción al castellano (su versión original en lengua inglesa fue publicada en 2011 por Liverpool University Press). Hubiera sido de lamentar, en efecto, que un esfuerzo de esta naturaleza permaneciera fuera del conocimiento de los lectores argentinos.

Ese carácter de libro emparentado con las producciones historiográficas enmarcadas en el campo de la llamada "alta divulgación", se vincula al hecho de que, en una primera impresión, pareciera que estamos ante cuestiones que ya han sido transitadas por la historia académica reciente. El primer capítulo, en particular, que se centra en La Nueva Escuela Histórica y en el surgimiento del revisionismo histórico en los años 1930, sugiere esa percepción. Conforme se avanza en la lectura del texto, sin embargo, queda de manifiesto que estamos ante un libro que combina juicios sintéticos

sobre algunos fenómenos conocidos, con la apertura a una amplia serie de nuevas dimensiones y matices relativos a los actores políticos e intelectuales estudiados. Así, por ejemplo, Goebel acomete no sólo los discursos de las distintas camadas de revisionistas, sino aspectos mucho menos visitados como su procedencia étnica, su composición de género y su ubicación social. Pero es sobre todo a partir del capítulo que explora las políticas de la historia de los gobiernos que se suceden al primer peronismo que pueden percibirse mejor las contribuciones que el libro ofrece. Así, nos enteramos de los diversos afluentes que convergieron no exentos de tensiones en los usos del pasado de la “Revolución Libertadora”, el frondismo, el Onganiato y el peronismo entre 1973 y 1976, o del cambiante y conflictivo lugar que los intelectuales del nacionalismo de derecha de los años '30 y del revisionismo de izquierda posterior ocuparon en cada una de esas estaciones. A través de episodios como los diversos intentos de repatriación de los restos de Rosas, las conmemoraciones de la batalla de Vuelta de Obligado, los usos de las imágenes del gaucho, el folclore o la cuestión Malvinas, de conjunto obtenemos un panorama mucho más completo y complejo del avance de un discurso revisionista que, no sin contratiempos para algunos de sus difusores, en palabras de Oscar Terán hacia los años '60 se había transformado en una suerte de “sentido común”. Goebel ofrece así un relato matizado de las diversas alternativas que tiñeron de un aire anticosmopolita y extranjerofóbico a la política y la cultura argentinas.

Pero no voy a detenerme en los innumerables meandros que abonan esta reconstrucción multidimensional de los vínculos entre las distintas versiones del nacionalismo argentino y los empleos del pasado. Quiero en cambio subrayar tres cuestiones de gran valor que ofrece el libro. En primer lugar, como queda claro tanto en la introducción como en las conclusiones, se trata de un trabajo que se inscribe expresamente en las líneas abiertas por la historiografía de las naciones y los nacionalismos desarrollada sobre todo en los últimos 30 años. Es decir, que coloca al caso argentino en el campo de discusiones alimentado no solamente por los nombres más referenciados con ese enfoque historiográfico —Hobsbawm, Benedict Anderson, Ernest Gellner—, sino por un abanico bastante más amplio de autores que contribuyeron a instalarlo y que promovieron debates en su seno. Recordemos que, como dejaba sentado Hobsbawm al inicio de su **Naciones y nacionalismos**, desde los años 1980 un conjunto de trabajos históricos y sociológicos ha sentado nuevas bases para pensar el fenómeno nacional. Tan robusta fue esa renovación, que los

estudios sobre los nacionalismos pasaron a ocupar un lugar primordial en las humanidades, lo que se evidenció en programas de investigación y revistas académicas internacionales consagradas especialmente a la temática. La historiografía argentina se hizo eco de esa perspectiva que tuvo resonancias globales, y así autores como José Carlos Chiaramonte, Fernando Devoto, Oscar Terán o Lilia Ana Bertoni, entre otros, ofrecieron contribuciones que ayudaron a enfocar críticamente el problema. Pero hay que señalar que, a pesar de la importancia de esos trabajos, la mirada que promovían no alcanzó a establecerse como una orientación de peso. Todavía más, sin haber agotado la agenda de problemas y discusiones que esa perspectiva crítica traía consigo, algunas voces ya la han dado por perimida. Tal es la opción defendida, por ejemplo, por Alejandro Grimson, que ha propuesto una perspectiva post-constructivista sobre la nación que explícitamente toma distancia del mencionado enfoque. En este contexto, la aparición de un libro como el de Michael Goebel debiera ser motivo de celebración, porque invita a renovar y aun profundizar las discusiones sobre esta problemática. Una problemática cuya actualidad, huelga decir, se comprueba apenas se observa el acontecer de la vida del país.

Un segundo mérito del libro radica en haber considerado al nacionalismo argentino en un sentido amplio, no limitado a las corrientes que reivindican ese nombre. Así, “los nacionalistas” estudiados por autores como Enrique Zuleta Alvarez o David Rock, es decir, los nacionalistas de derecha, componen solamente una de las familias del campo nacionalista. Y más importante que eso: a diferencia de autores como Cristián Buchrucker, que establecía nítidas diferencias entre el nacionalismo autoritario y el nacionalismo popular, Goebel se ocupa de los numerosos lazos y zonas de convergencia que comunicaron, en distintas coyunturas, a ambas tradiciones. Así, por ejemplo, si el peronismo se inventa a sí mismo desmarcándose del elenco de nacionalistas de derecha en el que se había fraguado tras el golpe de Estado de 1943, el tipo de nacionalismo que promueve incorpora y mixtura elementos de diversas tradiciones: del panteón del nacionalismo liberal —como queda de manifiesto no solamente a través del conocido episodio de los nombres adjudicados a las líneas ferroviarias luego de su nacionalización—, del nacionalismo popular de FORJA, de los elementos del criollismo, del nacionalismo culturalista de la generación del Centenario (la de Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez), pero también del revisionismo histórico de derecha de Ernesto Palacio, los hermanos Irazusta y tantos otros, por ejemplo en sus deudas con el hispa-

nismo tradicionalista y, al menos inicialmente, con el catolicismo. También el nacionalismo de tintes antiimperialistas del proyecto frondicista convocó elementos de diversas tradiciones: pudo mentar al forjismo, al que lo comunicaba su Ministro de Defensa, Gabriel del Mazo, pero también pudo dar lugar en su seno a figuras provenientes del nacionalismo católico de derechas como Mario Amadeo. Pero en la medida en que los rumbos adoptados por el gobierno de Frondizi consolidaron la noción de que cometía una “traición” (una traición al nacionalismo que había profesado), espacios opositores como el Instituto Rosas, bastión del revisionismo de derecha, comenzaron a reunir nacionalistas de diversas procedencias. Así, su director, José María Rosa, podía converger con Arturo Jauretche en campañas culturales en sindicatos y otros espacios culturales. Años después, el Instituto Rosas dio cobijo no sólo a viejos revisionistas de derechas, sino a otros de izquierda como Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde. En definitiva, lo que muestra Goebel es que el revisionismo histórico no meramente viró hacia la izquierda en los años '60, sino que fue un espacio fluido y de múltiples vasos comunicantes en el que motivos compartidos (como el antiliberalismo, o el antiimperialismo) podían reunir a figuras de diversa procedencia. La narrativa nacional-popular que se hace sentido común en los años '60 era deudora de muchos motivos que eran la razón de ser de los revisionistas de derecha, como muestra el fervoroso rosismo de la Juventud Peronista en esos años, o el tradicionalismo cultural de Hernández Arregui (que llegó a afirmar, según recuerda el autor del libro, que la homosexualidad era un producto extranjero derivado de las imposiciones imperialistas).

Finalmente, un tercer aporte que me gustaría extraer de las numerosas ideas sugestivas que trae este libro tiene que ver precisamente con una nueva mirada sobre el fenómeno de expansión de las ideas revisionistas y nacional-populares luego de la caída del peronismo en 1955. Usualmente ese fenómeno se atribuye a una serie de factores como la emergencia de una nueva generación que ingresa a las universidades y se desmarca del antiperonismo de sus padres, el aura proveniente de la resistencia peronista y de la persistente fidelidad a Perón de la clase obrera, o el éxito editorial de figuras como Rodolfo Puiggrós, Hernández Arregui, Jorge Abelardo Ramos o Arturo Jauretche. Goebel ofrece otro punto de partida, que tiene que ver precisamente con que su punto de mira parte de la centralidad y casi omnipresencia del nacionalismo. Como él señala, en general los trabajos que se preocupan por la historia del nacionalismo en Argentina se han



concentrado en la nacionalización de las masas a través de la escuela a fines del siglo XIX, la emergencia del nacionalismo cultural durante el Centenario de 1910, o las entonaciones del nacionalismo de derecha de los años '30. En cambio, el período que se abre en 1955 no ha sido explorado en la misma medida en cuanto a la centralidad que el nacionalismo, o la pluralidad de nacionalismos que convergían en su seno, detentaba en el período. Como señala el autor, así como el peronismo fue un experimento exitoso de apropiación de ideas y consignas que provenían de otras tradiciones políticas, como el socialismo, fue asimismo exitoso en la fagocitación de virtualmente todos los nacionalismos. Así, luego de 1955 todo aquel que se sintiera traccionado por alguna forma de nacionalismo, sea nacionalismo autoritario, antiimperialista, culturalista o popular, podía encontrar motivos para añorar a Perón, para imaginar que las ideas que profesaba sólo podrían llevarse a la práctica una vez que el peronismo regresara al poder. En definitiva, este punto de vista ayudaría a comprender no solamente la peronización progresiva de muchos sectores y la transformación del revisionismo histórico en esa suerte de sentido común que mencionaba Terán, sino a enfocar de modo novedoso tanto el amplio paraguas que fue el peronismo como las semillas de discordia que se incubaban en su seno, y que estallarían trágicamente en 1973.

Esos y otros varios rasgos hacen de **La Argentina Partida**, en momentos en que las querellas sobre el pasado y las políticas de la historia han cobrado una relevancia en el debate público insospechada apenas unos años atrás, un libro que convoca a continuar las exploraciones y las discusiones sobre la materia que trata.

**Martín Bergel**  
(CHI-UNQ / CONICET)

A propósito de Sebastián Carassai,  
**Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia**, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2013, 329 pp.

El libro de Sebastián Carassai es, sin lugar a dudas, una intervención particularmente disruptiva, incómoda. Lo es, al menos, para ese relato sobre los años setenta que se ha consagrado en el espacio de la memoria social hasta alcanzar la estatura de una suerte de memoria oficial y que, paralelamente, se halla instalado sin mayores interpelaciones en el campo de los estudios sobre el pasado reciente.

A riesgo de esquematizaciones burdas, podría decirse que los tópicos que jalonan ese relato son: a) la proscripción del peronismo a partir de 1956 le otorga un insalvable carácter de ilegitimidad al régimen; b) en ese contexto, una porción sustantivamente significativa de las clases medias se *peronizan* y, en un escenario internacional signado por la expansión de movimientos emancipatorios en general y por la experiencia de la Revolución Cubana en particular, se radicalizan; c) la cerrazón de canales político-institucionales implicada en la proscripción del peronismo, primero, y en el golpe de Estado de 1966, después deja sin alternativas al campo popular: la protesta social y la violencia insurgente son, así, los componentes clave de un mismo proceso; d) de lo anterior queda claro no sólo la naturaleza reactiva de la violencia insurgente sino, además y fundamentalmente, su legitimidad y su aprobación por parte de amplios sectores sociales; e) la amplitud del desafío contestatario desencadena una represión legal e ilegal sin precedentes hasta entonces que empuja a las organizaciones revolucionarias a la clandestinidad; f) acorraladas por la represión, éstas cometen el error de militarizarse lo cual se traduce en un aislamiento de las masas; g) en ese contexto de represión ilegal, militarización y aislamiento de las organizaciones revolucionarias sobreviene una suerte de rebote del humor colectivo respecto de la violencia insurgente; h) este rebote favorece el avance de las fuerzas golpistas; i) tras el golpe del 24 de marzo se despliega sobre el conjunto de la sociedad un sistema represivo ilegal basado en la diseminación del terror y orientado al disciplinamiento social.

Bueno, el libro de Carassai viene a poner en cuestión si no todos y cada uno de estos tópicos, al menos aquellos que le son centrales o, mejor aún, fundamentales a ese relato. Y lo hará a partir del estudio de las clases medias no involucradas de manera directa en la lucha política de los años setenta, en especial, en relación a dos cuestiones claves: la política y la violencia. Se celebra, entonces y en primer lugar, un objeto de estudio poco estudiado en el campo de la historia reciente: eso que la editorial ha decidido llamar "gente común", término por lo menos polémico y muy fácilmente impugnado y que, sin embargo, *funciona* en términos de *representaciones e interpelación*.

¿Y qué nos dice Carassai de "la gente común"? a) Que no se peronizó (más aún, que su identidad política permaneció condicionada por una sensibilidad estructurada en torno a su distinción del peronismo); b) que no participó del proceso de radicalización política-ideológica de los tempranos setenta (en todo caso esa radicaliza-

ción tuvo lugar sólo entre los jóvenes universitarios que representan, de todos modos, un porcentaje ínfimo de las capas medias); c) que no votó por la izquierda en 1973; d) que nunca legitimó o vio con simpatía la violencia insurgente; e) que incluso guardó una completa ajenidad respecto de los objetivos y/o sentidos de esa violencia; f) que si tuvo algún tipo de sensibilidad respecto de la "violencia social" —en rigor, protesta social— ésta tuvo razones más afectivas y ligadas a cierta empatía o identificación generacional que a razones de índole político-ideológicas; g) que la represión de la violencia guerrillera en su modalidad terrorismo de Estado no sólo comenzó mucho antes del '76 (bajo el gobierno peronista) sino que, bastante lejos de percibirse como *disciplinamiento*, fue la depositaria de buena parte de las esperanzas de estas capas medias que, para coronar la disruptiva intervención de Carassai, sólo aspiraban a un suerte de recomposición moral (cuyo *leiv motiv* sería la conservadora cadena no necesariamente consciente pero presente en todo caso familia-trabajo-estudio-orden-jerarquía).

Estos son, dichos en tiempos de reseña, los tópicos que decantan de cuatro capítulos del libro de Carassai (1. La cultura política; 2. La violencia social; 3. La violencia armada; 4. La violencia estatal). El último y 5° capítulo, Deseo y violencia (1966-1975), se aleja ligeramente del hilo conductor del relato para adentrarse en otra dimensión tan resbaladiza como sugerente: aquella que remite a los vínculos entre violencia y deseo social. A través del análisis de un conjunto de productos publicitarios —entendidos éstos como vehículos de valores y creencias que exceden a los protagonistas del negocio y son, en rigor, ruedas de molino que mediatizan el deseo social, en tanto de éste se nutren y a éste se dirigen— Carassai echa luz sobre un fondo de creciente violencia inconscientemente compartida por amplios sectores sociales. En ese fondo se dejan leer un culto a la implacabilidad de las acciones, una necesidad de producir o desear que se produjeran hechos irreversibles, expresiones de una fe compartida, por unos y por otros, en acciones extraordinarias que, como un rayo, partieran en dos la historia.

Así, la intervención de Carassai avanza por caminos sugestivos sobre varios de los huecos y sin respuestas que acarrearán las investigaciones y relatos más extendidos sobre los setenta. A través de un objeto de estudio que, como ha sido señalado, se encuentra poco explorado por la historiografía de esos años, avanza, por ejemplo, sobre un vínculo también poco explorado: el de las organizaciones revolucionarias armadas con el afuera. Si los rela-

tos más consagrados no logran explicar los motivos del postulado rebote del humor colectivo respecto de la violencia insurgente, el trabajo de Carassai lo hará impugnando supuestos básicos: en realidad, al menos en lo que hace a las capas medias, no hubo tal rebote sino, antes bien, rechazo y ajenidad respecto de los fines y los medios de la apuesta guerrillera. Avanza a su vez, por ejemplo, sobre otro vacío central: si la idea de una “naturalización de la violencia” aparece con bastante frecuencia en aquellos extendidos relatos y, en general, con el objeto de explicar y, al mismo tiempo, legitimar la apelación a las armas por parte de los grupos radicalizados, la investigación de Carassai representa un esfuerzo metodológico bastante excepcional para llenar de contenido a aquella idea de naturalización e iluminar los dispositivos, las tramas y los sentidos particulares que la definirían.

Ahora bien, el trabajo de Carassai también deja abiertos problemas e interrogantes nada menudos; siendo el primero de ellos la imagen de la sociedad y del período que ofrece: una mayoría silenciosa que ni entiende ni acompaña el proceso de radicalización política que en definitiva marca el pulso de la época. ¿Se reducirían aquellos años, al fin y al cabo, a un encarnizado enfrentamiento entre vanguardias de signo ideológico opuesto? Por otra parte, ¿cuáles son los tránsitos, los préstamos, las intercomunicaciones entre los distintos actores sociales que, según el propio autor, comparten un sustrato cultural de fascinación por lo irreversible? ¿Por qué, de qué manera, ese sustrato de fe en acciones definitivas que partieran en dos a la historia alimentó, en las capas medias, una disposición hacia la intervención violenta del Estado y no hacia la acción revolucionaria radical? Finalmente, si la represión de la guerrilla contó con el apoyo de estas capas medias puesto que allí se depositaban sus expectativas de recomposición moral ¿por qué el andamiaje represivo incluyó estrategias específicas de adoctrinamiento y control destinados a amplios sectores sociales que incluyeron, por supuesto, a esas mismas capas medias?

El de Carassai es, en definitiva, un libro de proposiciones sugestivas que arroja al debate interrogantes abiertos e inquietudes incómodas; y aunque sus fundamentos metodológicos han despertado dudas, es, sobre todo, un libro necesario, tanto en términos de aportes historiográficos como de intervenciones más estrictamente políticas.

**Vera Carnovale**  
(CeDInCI-UNSAM / CONICET)

A propósito de *Claudia Hilb, Salazar P-J y Martín, L. (Editores), Lesa Humanidad, Argentina y Sudáfrica: reflexiones después del Mal*, Katz editores, Buenos Aires, 2014, 184 pp.

Dos universos geográficos, políticos e ideológicos gravitan en el centro neurálgico de este libro, no otro que el que diseñan los procesos judiciales que tuvieron lugar tanto en Argentina como en Sudáfrica luego del fin de la última dictadura y el *apartheid*. Procesos políticos y sociales radicalmente diferentes entre sí pero que culminaron, ambos, ante escenas jurídicas. Podría decirse que de un lado del Atlántico emerge la imagen del ya célebre tribunal enjuiciando a las cúpulas militares, y del otro, la de la Comisión de Verdad y Reconciliación impulsando un proceso que por otra vía, apelando a otros recursos, hundiéndose sus fundamentos en otras genealogías históricas, eligió la figura de la reconciliación como modo de inaugurar el futuro para su país.

En el caso de los ensayos de los autores rioplatenses aquí reunidos, se trata de textos que son prolongación de antiguas reflexiones, muchas de las cuales han visto la luz ya sea bajo el formato de libro, ya de ensayos, aparecidos en revistas como **Puentes, Punto de Vista, Lucha Armada**, por nombrar sólo algunos de los proyectos editoriales en los que han ido asomando versiones *disonantes* con respecto a eso que se conoce como “pasado reciente”.

Las voces de los autores aquí reunidos escriben a contrapelo de lo que en los últimos años se ha configurado como una verdad de carácter indiscutible acerca de lo que fue la última dictadura militar. Porque ese capítulo trágico de nuestra historia, esos años que marcan un verdadero antes y después, quedaron capturados —como lo señalan muchos de los textos de este volumen— bajo la forma de un sentido cristalizado que no ha dejado demasiado lugar para la interrogación crítica.

Las páginas de este libro vienen a decirnos, como antes lo hicieron otros textos y otros autores, que el ayer no sólo no puede ni debe ser considerado como un territorio incuestionable sino que por el contrario es necesario interrogarlo hasta el extremo y el riesgo — como nos enseña Todorov— de que aquellas preguntas que le formulemos nos devuelvan respuestas que nunca esperábamos escuchar.

En esa dirección están escritos estos textos, pensados y concebidos, en un sentido disruptivo respecto a un pensamiento oficial que desde

hace años insiste en leer el pasado como un territorio donde las figuras del mal se oponen de manera diáfana a las del bien, al tiempo que vanagloriándose los sostenedores de ese pensamiento, de haber logrado desarrollar un modo casi ejemplar de entender y abordar la historia traumática. Un modo de leer el ayer en el que algunos conceptos han alcanzado un estatuto de legitimidad casi incuestionable, como por ejemplo el de genocidio, concepto que tanto Hugo Vezzetti como Emilio Crenzel vienen interrogando desde hace tantos años y que aquí, en estos textos vuelven a ponerse en discusión.

O el de guerra, obliterado de las enunciaciones oficiales y que con tanta claridad Vera Carnovale explora en su trabajo recordando que tanto las agrupaciones armadas como las fuerzas represivas se lanzaron a un combate sustentados en una representación de sí mismos que giraba en torno a las figuras de vanguardias bélicas, figuración ausente hoy en la mayoría de las evocaciones que los propios protagonistas sobrevivientes hacen de ese pretérito.

Por su parte, el ensayo de Claudia Hilb penetra con gran agudeza dilemas medulares de nuestro pasado e invita a la discusión de otros temas como los relacionados con las ideas de perdón y reconciliación, conceptos exiliados de nuestro vocabulario y cuya sola enunciación ubica a quien los enuncia, en el incómodo espacio de la sospecha. Gravísima condena que a lo único que ha contribuido es a la construcción de un estado de consenso que supuestamente existiría entre todos los argentinos respecto a qué fueron y qué significaron los años del llamado pasado reciente.

La importancia de este volumen es la de lograr poner en discusión nuestra escena social, histórica, jurídica en relación o contrapunto con la historia sudafricana, al visualizarla como portadora de dilemas y desafíos en muchos casos similares a los argentinos. Algo en lo que concentran su reflexión los textos de Martín Bohmer, Lucas Martín, Erik Doxtader y Philippe-Joseph Salazar, ensayos que logran problematizar, por fuera de los lugares comunes y con gran agudeza intelectual, capítulos más que complejos de ese pasado, al tiempo que ponen de manifiesto, de manera sorprendente, cuán poco se conocen en la Argentina los alcances y consecuencias que tuvo el complejo proceso transicional sudafricano, tantas veces desmerecido al no querer visualizarse en él ejemplaridad alguna.

Lejos está del interés de los impulsores de este proyecto de lectura de estos dos procesos transicionales pretender señalar la excelencia y la



ejemplaridad de una experiencia jurídica por sobre otra. Por el contrario, la idea de contrapunto con la que fue concebido el volumen invita más a la idea de diálogo y cotejo que de modelo a seguir. Leyendo con detenimiento cada uno de los ensayos el lector podrá advertir cuáles son, en ambos países, los desafíos que han quedado “pendientes” de resolución, como también las limitaciones a las que tuvieron y tienen aún que enfrentarse ambas comunidades en sus respectivos procesos de normalización institucional. En este sentido, las palabras que los editores inscriben como prólogo a esta edición resumen con claridad el espíritu de un proyecto que invita a “reconocer lo que la propia comunidad no ha sabido ver de sí misma en lo que otras comunidades vivieron, testimoniaron y pensaron, y reconocer asimismo que en ese aprendizaje se revela también la imposibilidad no sólo de la solución perfecta y definitiva sino, además, la imposibilidad de la migración o exportación de *soluciones* y la vanidad de la auto celebración de las respuestas y los logros propios”.

**Lesía Humanidad** es, en este sentido, algo más que una reunión de visiones sudafricanas y argentinas sobre procesos jurídicos tan complejos como los que hacen centro en los delitos de lesa humanidad; es también, una poderosa reflexión que nos advierte no sólo que no todo ha sido ya pensado y dicho sobre el tema sino que, además, quedan muchas preguntas sin resolver y muchos capítulos por revisar acerca de nuestros modos de procesar nuestros pasados traumáticos.

**Rubén Chababo**

(Director del Museo de la Memoria de Rosario)

## FICHAS DE LIBROS

Ricardo Pasolini, **Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX**, Buenos Aires, Sudamericana, p.208.

El libro de Ricardo Pasolini es una bienvenida y refrescante aparición. Por varios motivos. En primer lugar, porque acerca al público lector, tanto especializado como interesado, a una investigación sólida sobre el papel desplegado por el Partido Comunista en la arena política y cultural argentina del siglo XX. Con un lenguaje claro y ameno, el autor desanuda los nudos centrales que conformaron a una institución central en la cultura de izquierdas en la Argentina. Allí se aborda, fundamentalmente, el período de formación de toda una generación de dirigentes e intelectuales —como Héctor Agosti, Raúl Larra y Rodolfo Ghioldi, entre otros— que lideraron al

partido en momentos en que la lucha contra el fascismo abroquelaba y delineaba al unísono un marco de lectura política, cultural pero también de acción, dominantes por varias décadas de la identidad del partido y sus asociaciones conexas.

Pero además de reducir significativamente el vacío historiográfico existente, Pasolini brinda una visión panorámica de la vida político-intelectual del PC que habilita a considerar varios aspectos que, más o menos, no habían sido profundizados y sistematizados hasta ahora por la literatura partidaria, militante y académica. El análisis de revistas —como **Unidad**, **Nueva Gaceta**, **Expresión**, etc.— y libros publicados por varias figuras del partido, la formación y participación en disímiles organizaciones culturales como la AIAPE o el Congreso Argentino de la Cultura y la indagación sobre las tensiones internas al partido, ofrecen una nueva, matizada y compleja mirada sobre el comunismo argentino.

En tercer lugar, **Los marxistas liberales** aborda un aspecto primordial en la configuración político-cultural del Partido Comunista, sobre todo por la labor de sus intelectuales: la relación con la tradición liberal. A pesar de los vaivenes y críticas que sufrió el liberalismo por parte de distintos sectores de la izquierda argentina desde el peronismo en adelante, Pasolini afirma que, si bien nunca existió un quiebre en el vínculo, el mismo no estuvo excepto de alteraciones. Existieron revisiones, críticas y readaptaciones que modificaron significativamente ese lazo, como puede apreciarse en el libro **El mito liberal** (1959), escrito por el mayor intelectual comunista de la segunda mitad del siglo XX: Héctor Agosti. Y aunque Pasolini se centra en la vida interna política y cultural del comunismo dejando de lado el estudio de las posibles imbricaciones generadas en el contexto mayor de las izquierdas, el libro, solamente por las razones recién esgrimidas, conforma un momento sustancial e imprescindible en el estado actual de los estudios sobre la cultura de las izquierdas en Argentina.

Juan Sebastián Califa, **Reforma y Revolución. La radicalización política del movimiento estudiantil de la UBA 1943-1966**, Buenos Aires, Eudeba, p. 374.

La vuelta a la democracia en 1983 generó nuevos interrogantes sobre la historia política, social y cultural de la Argentina. En una búsqueda por comprender los diversos comportamientos desplegados por diferentes actores e instituciones, historiadores y sociólogos fueron quienes en un primer momento tomaron la delantera para explorar el pasado reciente, en una clave que

internaba explicar las causas de la derrota de los distintos movimientos sociales y el triunfo de la reacción conservadora y liberal de 1976. Uno de los principales objetos de investigación fueron los estudiantes universitarios. La literatura de la época intentaba comprender las causas que llevaron a lo que, finalmente, Juan Carlos Portantiero consideró como el agotamiento de la identidad reformista nacida en 1918 ante la radicalización expresada por amplios sectores de la vida universitaria. Si bien el trabajo de Portantiero fue uno de los pocos que se dedicaron a indagar el papel histórico de los estudiantes universitarios argentinos, su visión devino canónica y poco revisada en el campo dedicado al estudio de las universidades en el país.

El libro de Sebastián Califa es un aporte innegable al estudio del mundo universitario estudiantil en un tramo significativo del siglo XX, no sólo por cuestionar la mirada enunciada por Portantiero, sino también por el tipo de abordaje que propone al tomar como objeto de estudio el caso de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires. Utilizando un amplio espectro de fuentes —escritas y orales—, Califa reorganiza el período tradicionalmente considerado para abordar el rol desplegado por el cuerpo estudiantil durante la convulsión década de 1970. Considera que si bien la radicalización fue un aspecto central en su comportamiento, en rigor, el inicio del proceso fue anterior. Pero además, el autor afirma que en el extremismo alcanzado por los estudiantes el reformismo fue nodal en la conformación de su identidad, a pesar de las consideraciones enunciadas por la literatura que ponderaba justamente lo contrario: el fin del reformismo como tradición tuvo su causa en la radicalización. Incluso, el trabajo de Califa permite iluminar otras fuerzas político-ideológicas vigentes en el interior de la UBA, como fueron los casos de los comunistas —en un período de franco crecimiento— y la “Izquierda Nacional”. Por todo ello, el libro brinda un paisaje complejo y pormenorizado de la vida de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, en un momento en donde la política brindaba los elementos necesarios para la consecución de un difundido deseo de revolución entre un sector del cuerpo estudiantil capitalino.

Julieta Pacheco, **Nacional y popular. El MALENA y la construcción del programa de liberación nacional (1955-1969)**, Buenos Aires, R y R, 2012, 320 p.

El Movimiento de Liberación Nacional (MLN o “Malena”) fue una organización política de izquierda que nucleó a varios militantes e intelectuales

argentinos durante la década de 1960, y que contó con el liderazgo de Ismael Viñas. El libro de Julieta Pacheco tiene como objetivo reconstruir su historia, por cierto poco explorada por la literatura dedicada al estudio de las izquierdas en la Argentina. Para lograr tal fin, la autora esgrime realizar un análisis de su principal publicación titulada **Liberación** pero también de otros diarios, programas y folletos pertenecientes al MLN. A partir de estas fuentes, Pacheco intenta apreciar la potencia discursiva gozada por el grupo liderado por Viñas abordando varios temas de vital consideración y definición para la cultura de izquierda de aquellos años: el peronismo, la Revolución cubana, los procesos de descolonización, la crítica a las izquierdas “tradicionales”, entre otros. A esta base documental, se le agrega la utilización de archivos personales y entrevistas realizadas por la misma autora a algunos de los integrantes del MLN, como Susana Fiorito, Ramón Alcalde y el propio Viñas.

Ahora bien, si en la ausencia de investigación y de recopilación de fuentes radican dos de los puntos fuertes del trabajo, es preciso señalar que en la elaboración del mismo, incluso a poco de comenzar, las tendencias sobreinterpretativas y prescriptivas sobre los actores y sus posiciones asumidas durante el período abordado, rebelan rápidamente la existencia de una dificultad insuperable a la hora de plasmar una cabal comprensión de esta experiencia política e intelectual de izquierda. Situación similar se experimenta a través de la utilización de las entrevistas. En gran parte de sus siete capítulos, son las voces actuales de los actores las que casi de manera exclusiva se citan y no sus enunciaciones o acciones del pasado. De esta manera, historia y memoria conviven en un canon vocal en donde los recuerdos y el pasado se confunden, como dos planos paralelos que fugan hacia un infinito que el libro desiste, de manera casi insistente, compaginar, problematizar y resolver.

---

Ana Longoni, **Vanguardia y Revolución. Arte e izquierdas en la Argentina de los sesenta-setenta**, Buenos Aires, Ariel, 316 p.

La relación entre arte e izquierdas durante la denominada “larga década” de los sesenta-setenta ha sido central en la configuración del campo cultural argentino. Varios trabajos recientes y autores advirtieron y abordaron en parte ese vínculo, aunque sus objetivos priorizaron el mundo de las vanguardias artísticas y no tanto sus lazos con la cultura de izquierdas. El libro de Ana Longoni justamente propone trazar una mirada y un recorrido de la conexión que existió entre las vanguardias y diversas experien-

cias, formaciones y agentes de izquierda en esos años, en un contexto marcado por una creciente tensión entre el quehacer artístico y la política.

Longoni, demostrando un gran conocimiento acumulado en más de veinte años de investigación, explora el mundo artístico y el de las izquierdas a través de diversas entradas. En la primer parte del libro, agrupa una serie de ensayos sobre diversos temas de la historia cultural y política argentina, con el objetivo de superar el mero conocimiento del pasado y generar un marco reflexivo que busca intervenir en el presente. Para ello, propone una sugestiva hipótesis sobre la conexión efectuada entre la vanguardia y los proyectos revolucionarios entre las décadas de 1960 y 1970, analiza la obra del artista rosarino Juan Pablo Renzi y reflexiona con afán polémico sobre el devenir de la experiencia colectiva **Tucumán Arde** hacia una actual posición de “mito”. La recuperación de la “poéticas políticas” del pasado y el análisis de sus ecos en la actualidad, en conclusión, dominan el paisaje de la primera pieza.

En la segunda parte, Longoni focaliza su trabajo en lo que denomina como el período, retomando el título de un libro clásico, de “Lucha de Calles”. A partir del Cordobazo de 1969 hasta el golpe de Estado de 1976, la política y la violencia condicionaron definitivamente la producción artística. Durante esos años, las vanguardias artísticas ya no deploraron el circuito mercantil del arte sino que buscaron pensarlo como un marco posible de acción, a través del empleo de los denominados “copamientos” en galerías y entregas de premios, con el fin de interpelar al público y a disímiles productores artístico-culturales. Pero también el arte por esos años buscaba trasladar el ámbito del museo y las galerías a la calle: producciones gráficas, consignas, diversas acciones y confrontaciones intentaban asumir el compromiso político del arte y del artista en la calle, junto al “pueblo”, tal como revela el caso de la obra colectiva **Ezeiza es Trelew** y el grupo Espartaco liderado por el muralista Ricardo Carpani.

Por último, el libro explora de manera atenta e inteligente las políticas enunciadas y establecidas sobre el arte por parte de partidos y formaciones de izquierda. Allí están las iniciativas emprendidas por el Partido Comunista y los debates sobre el “realismo socialista”, las del Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC) y, finalmente, los agrupamientos y acciones desplegadas por intelectuales y artistas nucleados en torno a la idea, muy difundida hacia 1973, de que el peronismo era parte de una revolución cultural que había que sostener y dar sustento en un país

en donde, definitivamente, no había lugar para el “arte por el arte”.

---

Mabel Bellucci, **Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo**, Buenos Aires, Capital Intelectual, p.512.

Una historia y un mapa. El libro de Mabel Bellucci conforma el trazado de una historia sobre actores, organizaciones y prácticas vinculadas con las luchas por el derecho al aborto desde la década del sesenta hasta el presente en la Argentina. Buscando el esclarecimiento intelectual al mismo tiempo que la intervención política, Bellucci indaga la genealogía de un movimiento que ha sabido superar impedimentos políticos, sociales y culturales relacionados con los distintos contextos nacionales, pero también las tensiones y rupturas surgidas en su interior. A lo largo de sus ocho capítulos, puede observarse de qué modo el derecho al aborto logró imponerse como tema y problema en la sociedad argentina a fuerza de convicción, voluntad y organización gracias a la labor de varios individuos y agrupaciones. Allí se registran las múltiples asociaciones y acciones que supieron desandar ese largo camino: grupos de estudios, prensa, libros, folletos, movilizaciones, la Universidad y la reconstrucción de los itinerarios de varios acotres centrales en la configuración de dicho movimiento, como fueron Néstor Perlongher, Dora Coledesky, Tununa Mercado y Martha Rosenberg, entre otros.

Desde el inicio de la democracia en 1983 hasta la actualidad, el aborto voluntario y el movimiento feminista no han hecho más que incrementar su capacidad discursiva y de acción con el fin de instalar al aborto como tema en la agenda política nacional. Los numerosos Encuentros Nacionales de Mujeres y la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito de creciente presencia pública durante las últimas décadas, son conjugados en el libro con novedades recientes como el Movimiento Socorrista, en donde se busca difundir prácticas libertarias, radicales y rebeldes al tiempo que brindar información sobre el uso seguro de misoprostol y un acompañamiento a mujeres y familias. A partir de la construcción de esta cartografía sobre el aborto y el feminismo que Bellucci denuncia casi al detalle en su libro, es posible afirmar la imposibilidad ya de desconocer una parte esencial de la historia de la Argentina pero también la importancia que revisten ambos en la comprensión del mapa social y cultural contemporáneo.

# Normas para el envío de originales

---

Invitamos a enviar artículos y reseñas originales para su publicación en **Políticas de la Memoria**. Los textos enviados deberán ser inéditos y no ser sometidos simultáneamente a la consideración de otras publicaciones..

**Políticas de la Memoria** publica trabajos que contribuyan al estudio y reflexión de los debates actuales en torno a los estudios sobre:

- » historia intelectual e historia de las ideas;
- » las izquierdas y los movimientos sociales en la Argentina y en el mundo;
- » las teorías críticas y emancipatorias; y
- » las políticas de archivo, preservación y representación de la memoria colectiva, desde diversas tradiciones disciplinares.

Las contribuciones recibidas serán evaluadas por el Comité Editorial, el cual puede considerar la necesidad de evaluaciones externas. Del mismo modo, este Comité se reserva el derecho de solicitar contribuciones o reseñas bibliográficas a especialistas cuando lo considere oportuno..

Por otra parte, sólo se considerarán los artículos y reseñas enviados a este Comité que se ajusten a las normas de publicación que se detallan a continuación. El orden de publicación de las contribuciones aceptadas será establecido por este Comité y su publicación estará sujeta a la disponibilidad de espacio en cada número.

## Normas generales de presentación de los trabajos

- a) Los trabajos serán enviados a la siguiente dirección:  
**informes@cedinci.org**  
El texto debe presentarse en letra Times New Roman, tamaño 12, espaciado 1 ½.
- b) En la primera página del trabajo deberá constar.  
Título y nombre completo de autora/autor.
  - » Las aclaraciones acerca del trabajo (agradecimientos, mención de versiones previas, etc.) se indicarán mediante nota al pie al final de la primera oración del artículo.
  - » La adscripción institucional de autora/autor se indicará mediante asterisco en el nombre, remitiendo a pie de página.
- c) En la última página del trabajo deberá incluirse un resumen de contenido en castellano y en inglés, de entre 120 y 150 palabras, seguido de tres a cinco palabras clave en castellano y en inglés.

- d) Extensión (en caracteres con espacio)  
**Artículos:** entre 20.000 y 50.000 caracteres;  
**Introducciones a Documentos inéditos:** hasta 20.000 caracteres.  
**Reseñas críticas:** hasta 7.000 caracteres.

- e) Sistema de citas
  - » **Sistema cita-nota:** las referencias de las citas deberán estar enumeradas de manera correlativa en el cuerpo del texto, y colocadas las referencias al pie de página del documento.

A continuación detallamos las especificaciones formales (orden, tipo de letra y puntuación):

- » **Libros:** nombre del autor, apellido, **título**, lugar de edición, editorial, fecha de publicación, volumen o tomo. Ej.: Mike Hammersley y Peter Alkinson, **Etnografía**, Buenos Aires, Paidós, 1994.
- » **Artículos de revistas y periódicos o capítulos de libro:** Nombre del autor, apellido, "título del texto", nombre y apellido del/a compilador/a o editor/a del libro o revista, **nombre del libro o revista**, editorial, lugar de edición, número de revista, tomo, volumen y páginas del capítulo o artículo citado, fecha de publicación. Ej.:  
Robert Stake: "Case Studies", en Norman Denzin (ed.), **Handbook of Qualitative Research**, London, Sage Publications, 1994.
- f) No es necesario listar nuevamente la bibliografía al final, excepto si se consulta bibliografía no citada en el texto («Bibliografía consultada»).

- g) **Se solicita además utilizar:**
  - » Negritas (bold) para títulos de libros o publicaciones periódicas (**Clarín, Ficciones**)
  - » Itálicas sólo para enfatizar conceptos y para palabras extranjeras (*tertium datur*)
  - » Comillas tipográficas "xxx" (y no "xxx"). En caso de entrecorillado dentro de citas usar comillas simples ("xxx 'xxx' xx")
  - » Guiones cortos para palabras compuestas (político-social), y
  - » Guiones largos para frases interpoladas —xxx— (control + alt + -)
  - » Numerales: 1º, 2ª (y no 1ro. ni 2da.)
  - » nº en vez de Nº

NO USAR subrayados, espaciados a fuerza de golpes del pulgar en el espaciador así como todas las formas tipográficas propias de la máquina de escribir..